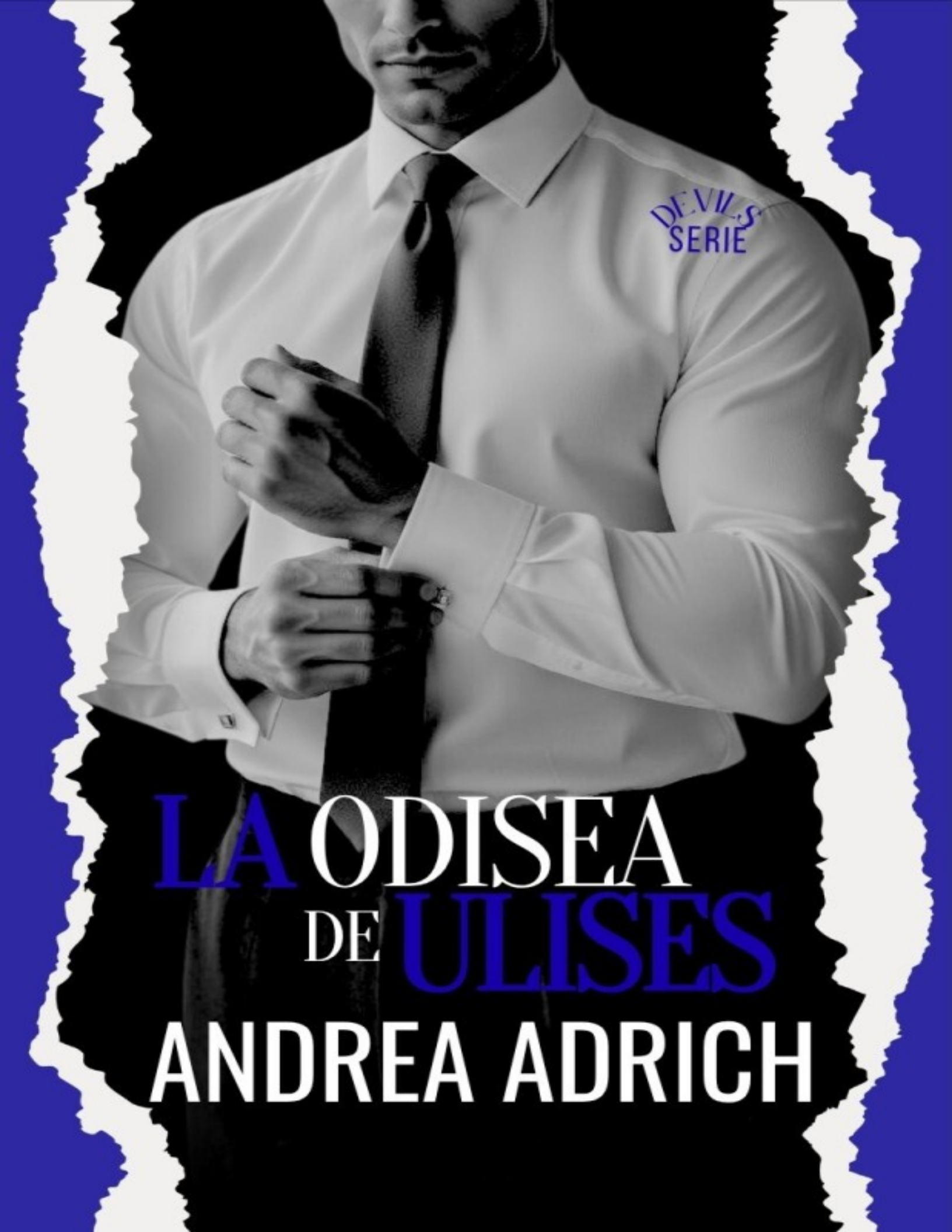

LA ODISEA DE ULISES

ANDREA ADRICH

LA ODISEA DE ULISES

ANDREA ADRICH

Copyright © Edición original 2026 por Andrea Adrich

Todos los derechos están reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier modo, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de su autor.

Esta es una novela ficticia en su totalidad. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Primera edición: agosto 2026

Título: La Odisea de Ulises. Devils.

Número de Registro en SafeCreative: 2608086671916

Puedes seguir a la autora a través de Instagram (**andreaadrich_**), y así conocer todas sus novedades y sus próximas publicaciones.

GRACIAS POR COMPRAR ESTE EBOOK

ÍNDICE

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31

CAPÍTULO 32

CAPÍTULO 33

CAPÍTULO 34

CAPÍTULO 35

CAPÍTULO 36

CAPÍTULO 37

CAPÍTULO 38

CAPÍTULO 39

CAPÍTULO 40

CAPÍTULO 41

CAPÍTULO 42

CAPÍTULO 43

CAPÍTULO 44

CAPÍTULO 45

CAPÍTULO 46

CAPÍTULO 47

CAPÍTULO 48

CAPÍTULO 49

CAPÍTULO 50

CAPÍTULO 51

CAPÍTULO 52

CAPÍTULO 53

CAPÍTULO 54

CAPÍTULO 55

CAPÍTULO 56

CAPÍTULO 57

CAPÍTULO 58

CAPÍTULO 59

CAPÍTULO 60

CAPÍTULO 61

CAPÍTULO 62

CAPÍTULO 63

CAPÍTULO 64

CAPÍTULO 65

CAPÍTULO 66

CAPÍTULO 67

EPÍLOGO

CAPÍTULO EXTRA

OTROS LIBROS DE LA AUTORA:

CAPÍTULO 1

El sol de media tarde caía como miel sobre las calles de Atenas, convirtiendo el Partenón en una postal que ningún turista se querría perder.

Aria Shaw (mitad griega por parte de madre, mitad inglesa por parte de un padre que había desaparecido de su vida con la misma facilidad con la que se esfumaba el dinero de su cuenta bancaria) esquivó un scooter que pasó zumbando a centímetros de su pierna derecha.

—*¡Malaka!* —gritó el conductor.

Algo así como gilipollas es lo que vino a decir.

—¡Igualmente! —contestó Aria, ajustándose la correa del bolso sobre el hombro.

El bolso, un Chloé de imitación que había comprado en un mercadillo de la ciudad tres años atrás, contenía todo lo que definía su situación actual. Un currículum impreso en papel barato que se arrugaba en las esquinas, un pintalabios rojo que alguna vez le había traído suerte (mentira, pero le gustaba creerlo), tres monedas de euro que tintineaban con un sonido casi burlón en el fondo, un paquete de chicles de menta y media barrita energética.

Atenas era hermosa, incluso cuando te estaba arruinando económicamente.

Aria caminó por la calle Stadiou, sorteando a vendedores ambulantes que ofrecían souvenirs de la Acrópolis, a turistas confundidos con mapas abiertos, y a ancianas vestidas de negro que la miraban con esa compasión que solo las *yiayás* griegas habían perfeccionado a lo largo de milenios.

«Veintiséis años —pensó Aria, mientras esperaba en un semáforo que parecía estar en rojo perpetuamente—, licenciada en Historia del Arte, hablo tres idiomas, sé distinguir un Caravaggio de un Rembrandt con los ojos cerrados, y aquí estoy, a punto de suplicar un trabajo de cuidadora.»

No es que hubiera nada malo en ser cuidadora. Por supuesto que no. El problema era que Aria llevaba seis meses enviando currículums a museos, galerías, casas de subastas y hasta tiendas de marcos de cuadros. Las respuestas habían sido devastadoras en algunos casos. En otros, directamente la habían ignorado. Estaba harta del «Buscamos a alguien con más experiencia.» «El puesto ya ha sido cubierto.» «No encaja con el perfil que necesitamos.» Y del «Su entusiasmo es admirable, pero...»

El «pero» siempre le recordaba que el entusiasmo no pagaba el alquiler.

El edificio de la agencia de trabajo Helios era menos impresionante de lo que su pomposo nombre sugería. Estaba situado entre una farmacia y una tienda de souvenirs que vendía unas versiones en miniatura del Partenón que probablemente habían sido hechas en China.

Aria subió las escaleras, el ascensor tenía un cartel de «Averiado», y llegó jadeando al cuarto piso.

La recepción olía a café fuerte y a ambientador de limón que intentaba, sin éxito, ocultar el aroma a tabaco. Una mujer de unos cincuenta años, con el cabello teñido de un rubio que desafiaba las leyes de la naturaleza (y la naturalidad) y unas uñas postizas decoradas con pequeños cristales, levantó la vista de su ordenador.

—¿Aria Shaw? —preguntó al verla, con un acento que mezclaba el griego con algo vagamente hispano.

—La misma —respondió Aria, intentando sonar más confiada de lo que se sentía.

Su estómago gruñó en ese preciso momento, traicionándola. La media barrita energética que se había comido no estaba cumpliendo su función como sustituto de comida.

—Soy Maggie Pavlides, hablamos por teléfono. —La mujer se levantó, revelando un vestido ajustado de leopardo que habría hecho llorar a cualquier activista por los derechos de los animales—. Siéntate, siéntate.

Aria se hundió en una silla de madera que crujió bajo su peso. Maggie la observó con esos ojos que las mujeres griegas parecían tener entrenados para detectar debilidades, mentiras y el estado de tu cuenta bancaria.

—Así que necesitas trabajo —dijo, no como una pregunta sino como un diagnóstico médico.

—Bueno, más bien el trabajo me necesita a mí —respondió Aria, con una sonrisa que esperaba que transmitiera una especie de despreocupación encantadora y no desesperación—. Soy muy buena en lo que hago.

—¿Qué has estudiado exactamente? —Maggie hojeó el currículum de Aria con la velocidad de alguien que había visto miles de ellos y sabía que todos contaban básicamente la misma historia de ambiciones frustradas—. Ah, sí. Historia del Arte. Mmm.

El «mmm» sonó exactamente como todos los «mmm» que Aria había escuchado en los últimos meses: escéptico, ligeramente condescendiente y con un toque de «cariño, escogiste la carrera equivocada».

—He trabajado con ancianos antes —se apresuró a decir Aria—. Mi abuela materna vivió con nosotras hasta que cumplí veintitrés

años. Tenía Alzheimer avanzado. Sé de paciencia.

Eso era cierto. También era cierto que su *yiayá* Calíope había sido la persona más dulce del planeta, que la llamaba «pequeña estrella» incluso cuando olvidaba que Aria era su nieta y la confundía con una enfermera, con una prima lejana o, en una ocasión, con Rita Hayworth.

Maggie dejó el currículum sobre el escritorio con un golpe seco que hizo saltar un bolígrafo.

—El puesto es en Ítaca —dijo, pronunciando el nombre de la isla como si estuviera anunciando un exilio a Siberia—. ¿Conoces Ítaca?

—La isla de Odiseo, o de Ulises, como se le conoce en su adaptación al latín —respondió Aria automáticamente. Su formación en Historia del Arte venía con una dosis obligatoria de mitología griega y romana—. El héroe que tardó diez años en volver a casa después de la guerra de Troya.

—Bueno, este Ulises también te hace sentir como si estuvieras atravesando una guerra —murmuró Maggie, y luego, dijo más alto —: La señora que necesita cuidados es Katerina Diakos, ochenta y cuatro años, lúcida como un reloj suizo y encantadora como un día de primavera en Santorini. El problema es su nieto.

Aria se quedó pensando en el modo en el que aquella mujer describía las cosas. ¿Lúcida como un reloj suizo? ¿Encantadora como un día de primavera en Santorini? ¿Era novelista o algo así en su tiempo libre?

—¿Su nieto? —repitió Aria, sintiendo que la palabra contenía una nota de advertencia.

Maggie se echó hacia atrás en su silla, que también protestó, y encendió un cigarrillo a pesar de que había un cartel de «Prohibido Fumar» justo detrás de ella. Exhaló el humo hacia un ventilador que simplemente lo redistribuyó por la habitación.

—Ulises Diakos —dijo el nombre como si estuviera convocando a un demonio—. Treinta y dos años, dueño de la mitad de Ítaca, y casi de la mitad de Grecia, rico como él solo, y con el carácter de un dios griego antiguo de esos que convertían a la gente en árboles por mirarlos mal.

—Suena... pintoresco.

—Suena insoportable —corrigió Maggie—. Mira, niña, voy a serte honesta porque me caes bien y porque reconozco la mirada de alguien que está a dos pasos de comer arroz blanco durante un mes. He enviado a seis cuidadoras a esa casa en los últimos ocho meses. Seis. La más resistente aguantó tres semanas.

Aria sintió que su esperanza, ese pajarito tonto que insistía en anidar en su pecho, se marchitaba un poco. Pero su cuenta bancaria, con sus patéticos 73 euros, la mantuvo anclada en la silla.

—¿Qué les hizo?

—Nada físico, si eso te preocupa. No es violento. Es peor. —Maggie dio otra calada profunda—. Es exigente hasta límites inhumanos. Controlador. Perfeccionista. Tiene reglas para todo. Cómo se debe colocar la ropa, qué música se puede poner, a qué hora se debe pasear a la señora Katerina. Una chica renunció porque Ulises Diakos le hizo repetir una ensalada griega dos veces porque los trozos de tomate eran demasiado grandes.

Aria parpadeó.

—Estás bromeando —dijo con incredulidad.

—Ojalá. Otra se fue llorando después de que él criticara la forma en que había organizado los medicamentos de su abuela.

—¿Y la señora Katerina? —preguntó Aria—. ¿Ella es...?

—Un ángel —respondió Maggie inmediatamente, y por primera vez su expresión se suavizó—. Una verdadera joya. Culta, graciosa, amable. Te contará historias de cuando era joven e Ítaca era todavía un secreto, antes de que los turistas la invadieran. Te preparará té y

se preocupará porque comas bien. El trabajo en sí sería un sueño. —Hizo una pausa dramática—. Si no fuera por él.

—¿Por qué es tan... así? —Aria no estaba segura de qué palabra usar. ¿Horrible? ¿Maniático? ¿Digno de un estudio psicológico?

Maggie se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? Algunos dicen que siempre ha sido así. Otros dicen que tiene que ver con el hecho de que sus padres murieron cuando él era un niño, en un accidente de barco, de avioneta, o de helicóptero. No sé, algo así, y tuvo que hacerse cargo de todo. El negocio familiar, las propiedades, su abuela. Que se endureció. Se volvió... lo que es ahora. —Agitó la mano en el aire, haciendo tintinear sus múltiples pulseras doradas.

Aria procesó la información. Un huérfano rico y traumatizado con problemas de control. Fantástico. Justo lo que necesitaba después de seis meses de rechazos laborales.

—¿Cuánto paga? —preguntó, porque al final, esa era la pregunta que importaba.

Maggie escribió una cifra en un post-it y lo deslizó por el escritorio.

Aria miró el número. Parpadeó. Volvió a mirarlo.

—¿Esto es al mes o al año? Porque si es al mes, por este dinero le plancho los calcetines al señor Diakos, le canto nanas en griego antiguo y, si me lo pide, le construyo un caballo de madera a tamaño real para que juegue a la guerra de Troya.

Maggie no pudo evitar reír.

—Es al mes. Más alojamiento completo, dietas y billetes de ferry pagados. —Maggie la miró con una mezcla de lástima y admiración.

Era... el triple de lo que Aria había ganado en su último trabajo en una galería de arte, donde básicamente había servido copas de

vino en inauguraciones y había sonreído a coleccionistas que confundían el impresionismo con el expresionismo.

«Con ese dinero —calculó rápidamente—, podría pagar todas mis deudas en dos meses. En cuatro, tendría un colchón financiero decente. En un año, podría cambiar de trabajo.»

—Hay una trampa, ¿verdad? —dijo—. Siempre hay una trampa.

—La trampa es que tienes que aguantar a Ulises Diakos —respondió Maggie, sin tapujos—. Y créeme, es una trampa a tener en cuenta. Pero mira, si sobrevives, si realmente puedes con él, este trabajo puede ser un billete de lotería. Los Diakos tienen conexiones por toda Grecia. Conocen a coleccionistas, a dueños de galerías, a directores de museos. Una buena recomendación de esa familia...

Dejó la frase sin terminar, pero Aria captó el mensaje. Una recomendación de los Diakos podría abrir puertas que hasta ahora habían permanecido cerradas para ella.

—Entonces, ¿qué dices? —presionó Maggie—. ¿Quieres hacer la entrevista? La señora Katerina te adorará, estoy segura. El nieto... bueno, él es otra cosa. Pero necesito saber si estás dispuesta a intentarlo.

Aria miró por la ventana sucia de la oficina. Desde allí podía ver un pedazo de la Acrópolis, esa antigua ciudadela que había sobrevivido a invasiones, terremotos, saqueos y al paso de dos milenios y medio. Si esas piedras podían aguantar tanto, seguramente ella podría sobrevivir al insoportable Ulises Diakos.

«Además —pensó con un destello de su optimismo habitual—, ¿será realmente tan malo? Los griegos son muy dramáticos. Probablemente Maggie está exagerando un poco. Tal vez el tipo sea simplemente un poco quisquilloso. Meticuloso. Puedo trabajar con un meticuloso.»

—Haré la entrevista —dijo Aria, y trató de que su voz sonara firme.

Maggie sonrió, revelando un colmillo de oro en el lado izquierdo que de alguna manera le daba un aire de pirata.

—Esa es mi chica. Te diré algo, me caes bien. Tienes esa chispa, ¿sabes? Esa cosa que hace que piense que quizás podrías ser la que finalmente ponga a ese arrogante en su lugar. —Apagó el cigarrillo en un cenicero ya repleto de colillas—. La entrevista es mañana. Estate aquí a las diez de la mañana. No llegues tarde. Él no tolera la impuntualidad.

—¿Algún otro consejo? —preguntó Aria, sintiendo que estaba a punto de entrar en territorio enemigo sin un mapa adecuado.

Maggie la estudió durante unos segundos, luego se inclinó hacia adelante como si fuera a compartir un secreto de estado.

—No te dejes intimidar. Él intentará intimidarte, es su táctica. Te mirará como si fueras un insecto molesto. Cuestionará cada palabra de tu currículum. Buscará cualquier razón para descartarte. Pero si te mantienes firme, si no te achantas, si le demuestras que tienes los ovarios bien puestos... puede que tengas una oportunidad.

—¿Y si no me elige?

—Entonces seguiremos buscando. Pero entre tú y yo, Aria, no tengo muchas más candidatas dispuestas a intentarlo. Ulises Diakos tiene una reputación. Las chicas hablan entre ellas.

Aria se levantó, sintiendo el peso de lo que acababa de aceptar. Era como firmar un contrato para una expedición al Monte Olimpo sin saber si encontraría dioses o simplemente un tipo rico y malhumorado con problemas serios de control.

—Una última cosa —dijo Maggie mientras Aria se dirigía a la puerta—. No menciones nada de la reputación que tiene. Actúa como si no tuvieras ni idea de que es un grano en el culo del tamaño del Partenón.

—Entendido —asintió Aria, con una sonrisa en los labios.

—Y ponte algo profesional pero no demasiado formal. Él valorará la actitud, pero desconfiará de cualquiera que parezca estar intentando impresionarlo.

Aria asintió de nuevo. Santo Dios, parecía que estaba recibiendo instrucciones para desarmar una bomba más que para asistir a una entrevista de trabajo.

Cuando salió a la calle, el sol de Atenas seguía brillando con esa intensidad que hacía que todo pareciera más vívido, más alegre. Los scooters seguían yendo de un lado a otro, los vendedores ambulantes seguían pregonando el precio de sus mercancías, y algunos turistas seguían igual de perdidos que antes.

Aria compró un *gyros* en un puesto ambulante con los últimos euros que le quedaban. Al diablo con el dinero. Necesitaba proteína y una buena dosis de calorías si iba a enfrentarse a un tirano millonario al día siguiente, y caminó lentamente de regreso a su diminuto apartamento en el barrio de Exarcheia.

El apartamento era básicamente una caja de zapatos con una cocina del tamaño de un armario y una ducha que solo funcionaba a ratos. Pero tenía dos buenas compañeras de piso y una pequeña terraza que daba a los tejados de Atenas. Y desde allí, en las noches claras, se podía ver la Acrópolis iluminada como un faro en medio de la modernidad.

Se sentó en la única silla de plástico que tenía en la terraza y mordió su *gyros*, dejando que el sabor a cordero especiado le recordara por qué, a pesar de todo, amaba aquella ciudad. Atenas te rompía el corazón muchas veces, pero luego te ofrecía un atardecer dorado, o el aroma a jazmín flotando desde un balcón vecino, o el sonido de un *bouzouki*, parecido a un laúd, en la distancia, y de repente todo parecía valer la pena.

—Ulises Diakos —dijo a media voz—. Un nombre mitológico para alguien aparentemente imposible. —Suspiró—. Bueno, Ulises, yo soy Aria Shaw, mitad griega, mitad inglesa, no tengo un euro, pero

mañana voy a convencerte de que soy exactamente lo que tu abuela necesita.

Dio otro mordisco a su *gyros*.

—Y si en el proceso tengo que aguantar tu mal carácter y tus trozos de tomate cortados al milímetro, que así sea. He sobrevivido a cosas peores —añadió.

Aunque, pensándolo bien, Aria no estaba del todo segura de qué era peor que enfrentarse a un hombre al que no le habían parecido bien ninguna de las seis cuidadoras que había contratado a lo largo de ocho meses.

Terminó su gyros mientras el sol comenzaba su descenso hacia el horizonte, pintando el cielo con unas tonalidades rosas y naranjas tan perfectas que ningún pintor del mundo podría captar para un lienzo.

La mañana siguiente vendría con sus propios desafíos. Pero aquella noche tenía un techo sobre su cabeza, comida en el estómago, y la oportunidad de un nuevo trabajo a la vista.

CAPÍTULO 2

Aria llegó a la agencia Helios exactamente diecisiete minutos antes de las diez de la mañana. Había calculado el tiempo con una precisión casi militar. Suficientemente temprano para demostrar puntualidad británica, pero no tanto como para parecer desesperada. Aunque, lo estaba.

Se había puesto su único traje decente, una chaqueta azul marino y pantalones a juego que había comprado en las rebajas de Zara dos años atrás, y una blusa blanca que había planchado con tanto cuidado que prácticamente podías ver tu reflejo en ella.

Su melena castaña, normalmente un desastre de ondas rebeldes que tenían vida propia, estaba recogida en un moño bajo que esperaba que transmitiera que era una persona profesional y competente y no una maestra de un internado reprimida.

Los zapatos eran el punto débil de su atuendo. Unos tacones negros que había rescatado del fondo del armario y que ya mostraban signos de desgaste en la punta. Pero eran los únicos zapatos formales que poseía que no tenían agujeros en las suelas, así que tendrían que servir.

«Al menos —pensó Aria mientras subía las escaleras. El ascensor seguía averiado, y según parecía, sería para toda la eternidad—, no parezco una vagabunda. Parezco una profesional venida a menos, que es técnicamente lo que soy.

Maggie ya estaba en la recepción, pero había cambiado su vestido de leopardo por uno de cebra que era igual de agresivo para la vista. Llevaba el pelo recogido en un elaborado peinado que desafiaba el buen gusto, y las uñas hacían un sonido de castañuelas cuando tecleaba en el ordenador.

—Llegas temprano —observó Maggie con aprobación—. Bien. Ulises Diakos también. Está en la sala de reuniones desde hace diez minutos, probablemente cronometrando cuánto tardas en entrar.

—¿Ya está aquí? —El estómago de Aria dio un vuelco. Había contado con tener unos minutos para componerse, para repasar mentalmente las respuestas a posibles preguntas difíciles, para recordarse que necesitaba este trabajo más de lo que necesitaba respirar.

—Ha llegado hace quince minutos. Puntual no, lo siguiente. —Maggie se levantó, alisándose el vestido—. Ven, te lo presentaré. Recuerda: ovarios bien puestos. No te dejes intimidar.

—Eso es fácil decirlo —pensó Aria, siguiendo a Maggie por un pasillo estrecho decorado con carteles motivacionales que prometían que «¡Tu trabajo perfecto te está esperando!» y «¡El éxito está a solo una entrevista de distancia!»

Quien los hubiera hecho claramente no había conocido a Ulises Diakos.

Maggie se detuvo frente a una puerta de cristal y llamó dos veces antes de abrirla.

—Señor Diakos, le presento a Aria Shaw, la candidata para el puesto.

Y entonces Aria entró, y su cerebro inmediatamente se dividió en dos bandos beligerantes.

El primer bando, el racional y profesional, tomó nota de la sala. Pequeña, con una mesa de conferencias que había visto días

mejores, sillas de oficina que chirriaban y un aire acondicionado que hacía ruido. Nada impresionante.

El segundo bando, el que aparentemente había decidido traicionarla en el peor momento posible, solo podía enfocarse en el hombre que se levantaba de la silla delante de ella.

«Ay, Dios.»

Ulises Diakos no debería ser legal.

Medía fácilmente más de un metro ochenta y cinco, con esa clase de hombros anchos que sugerían que no pasaba todo su tiempo detrás de un escritorio. Llevaba un traje gris oscuro que le quedaba tan perfecto que solo podía ser hecho a medida, con una camisa blanca sin corbata que revelaba justo lo suficiente de su cuello como para que la mente de Aria pensara cosas inapropiadas e inoportunas.

Pero fue su rostro lo que realmente la golpeó como un rayo del mismísimo Zeus.

Era... bueno, era ridículamente guapo. Como escandalosamente guapo. Como «¿esto es justo para el resto de la humanidad?».

Tenía esa estructura ósea que hacía que los escultores de la Antigua Grecia tallaran mármol. Mandíbula definida que parecía diseñada por un artista obsesionado con las proporciones perfectas, nariz recta y aristocrática, labios que eran generosos sin ser demasiado carnosos. Su pelo era negro como el ala de un cuervo, cortado de manera formal, pero con la longitud suficiente para que pudieras imaginar (no es que Aria lo estuviera imaginando, por supuesto) pasar los dedos por él.

Y sus ojos. Santo cielo, sus ojos.

Eran de un color verde claro, como el mar Jónico en un día tormentoso, enmarcados por pestañas que eran ofensivamente largas para un hombre.

Esos ojos la miraron de arriba abajo con una intensidad que hizo que Aria se sintiera al mismo tiempo evaluada, insuficiente, y extrañamente consciente de cada centímetro de su propio cuerpo.

«Concéntrate —se ordenó—. Es solo un hombre guapo. Has visto hombres guapos antes. El mundo está lleno de hombres guapos. Bueno, no tan lleno, y generalmente no tan...»

—Señorita Shaw —dijo Ulises, y su voz era profunda, con ese acento que convertía cada palabra en algo más interesante—. Siéntese.

No era una invitación. Era una orden.

Aria sintió que su espina dorsal se enderezaba automáticamente.

«No te dejes intimidar», se recordó, repitiendo como un mantra el consejo que le había dado Maggie.

Se sentó en la silla frente a él con lo que esperaba que fuera una dignidad serena y que no se notara el temblor nervioso que sentía en las piernas.

Maggie le lanzó una sonrisa que era mitad aliento, mitad pésame, y salió de la sala, cerrando la puerta detrás de ella con un *clic* que a Aria le puso los pelos de punta.

Estaban solos.

Ulises Diakos y ella.

Ulises no se sentó inmediatamente. Caminó lentamente alrededor de la mesa, y Aria notó cómo se movía con esa gracia depredadora de alguien completamente cómodo en su propio cuerpo, hasta quedar de pie junto a la ventana, con la luz del sol enmarcándolo como si posara para la portada de una revista de negocios titulada «CEOs Jodidamente Atractivos que Arruinarán Tu Vida».

«Relájate. Cuenta hasta diez —se dijo Aria—. Uno, dos, tres...»

—Su currículum es... interesante —comenzó él, y la forma en que pronunció «interesante» dejaba claro que no lo decía como un cumplido—. Historia del Arte. Universidad de Atenas. Calificaciones... aceptables.

«¿Aceptables?», se dijo Aria indignada para sus adentros.

Aria había sudado sangre por ese título, había escrito su tesis sobre la influencia del arte bizantino en el Renacimiento italiano hasta que prácticamente podía recitar pasajes enteros de memoria, y aquel hombre lo resumía todo como «aceptable».

«Cuatro, cinco, seis...», siguió contando, mientras él volvía a la mesa.

—Experiencia laboral mínima —continuó Ulises, hojeando las páginas impresas con dedos largos y elegantes. Dedos que parecían ser de un pianista o un cirujano.

«No te fijes en sus manos, Aria, por el amor de Dios. No te fijes en sus manos.»

—Tres meses en la Galería Artemis, seis meses en la Casa de Subastas, algunos trabajos temporales. Nada sustancial —continuó diciendo Ulises.

Aria apretó las manos en su regazo.

«Siete, ocho, nueve...»

Sí que iba a tener que armarse de paciencia, sí.

—Con todo respeto, señor Diakos —dijo, manteniendo su voz calmada incluso cuando quería gritarle que conseguir un trabajo «sustancial» en el mundo del arte en Grecia sin conexiones familiares era más difícil que escalar el Everest descalza—, tengo experiencia relevante en atención a personas mayores. Cuidé a mi abuela durante cuatro años.

Ulises finalmente se sentó. Se reclinó en la silla con una postura de autoridad que probablemente era natural en los hombres que

poseían la mitad de una isla griega. Y la mitad del país.

—Háble me de su abuela —dijo, y había algo diferente en su voz. No era más suave, exactamente, pero sí más... auténtico.

Aria cogió aire.

—Mi *yiayá* Calíope tenía Alzheimer avanzado. Al principio, eran pequeñas cosas. Olvidaba dónde había puesto las llaves, repetía la misma historia tres veces en una conversación. Pero empeoró. Hacia el final, no me reconocía la mayoría de los días. —Hizo una pausa, sorprendida por la emoción que todavía sentía tres años después de su fallecimiento—. Pero nunca dejó de ser amable. Incluso cuando estaba confundida, incluso cuando pensaba que yo era una extraña, siempre me sonreía.

Los ojos verdes de Ulises la estudiaban con una intensidad que hacía que Aria se sintiera como un manuscrito antiguo examinado para comprobar su autenticidad. O como una cucaracha. No lo tenía claro.

—¿Qué fue lo más difícil?

La pregunta tomó a Aria por sorpresa, porque era personal.

—La repetición —respondió honestamente—. No las preguntas repetidas o las historias que ella contaba mil veces. Eso era fácil. Era... tener que decirle una y otra vez que su esposo había muerto. Que llevaba muerto diez años. Cada vez que se lo decíamos era como si lo escuchara por primera vez. Cada vez lloraba como si acabara de perderlo. Y mi madre y yo teníamos que ser quienes le entregáramos ese dolor una y otra vez.

Hubo un silencio. El aire acondicionado sonó de pronto demasiado fuerte en la quietud de la sala.

—Mi abuela no tiene Alzheimer, pero tiene ochenta y cuatro años —dijo Ulises finalmente—, y como toda persona de esa edad, comienza con achaques.

Aria sintió algo suavizarse en su pecho. Un punto de empatía hacia aquel hombre imposible.

—Entiendo, con esa edad es normal —dijo.

Ulises descartó su empatía con un gesto de la mano, y la expresión de CEO implacable volvió a su lugar en cuestión de segundos.

—No necesito su pena. Necesito saber si puede hacer el trabajo. —Se inclinó hacia adelante, y Aria tuvo que hacer un esfuerzo consciente para no retroceder ante la intensidad de su mirada—. Mi abuela no requiere cuidado constante, pero sí de vez en cuando. Necesita compañía, pero no condescendencia. Que la ayude con su medicación, que es múltiple y tienen horarios específicos. Alguien que pueda leerle, porque su vista está fallando. Alguien que pueda mantenerla estimulada mentalmente pero que no la canse.

Aria asintió, tomando nota mental.

«Medicación, lectura, estimulación mental. Puedo hacer todo eso.»

—Y… —continuó Ulises, y había acero en su voz en aquel momento—… alguien que pueda seguir instrucciones. Al pie de la letra. Sin improvisaciones creativas, sin justificaciones de que sus ideas son mejores, sin decidir que sabe más que yo sobre lo que mi abuela necesita.

Ah. Ahí estaba. La reputación de la que le había hablado Maggie.

Aria respiró hondo.

—Entiendo que tenga estándares específicos —dijo con cautela —. Y lo respeto. Pero también necesito que entienda que cuidar a alguien mayor requiere flexibilidad. No se puede programar cuándo tendrá un buen día o un mal día. No se puede cronometrar exactamente cuándo necesitará consuelo o cuándo querrá espacio.

Los ojos de Ulises se entrecerraron.

—¿Me está diciendo cómo debo cuidar a mi abuela?

—Le estoy diciendo que si quiere un robot que siga órdenes sin pensar, hay empresas tecnológicas que están trabajando en ello —respondió Aria—. Si quiere a alguien que cuide de su abuela, que la trate como un ser humano y no como un proyecto que gestionar, entonces tendrá que aceptar que habrá momentos en los que necesitaré usar mi criterio.

Hubo un silencio.

Aria se preguntó si acababa de joder cualquier posibilidad de conseguir aquel trabajo. Sorprendentemente descubrió que la idea le dolía menos de lo que esperaba. Estaba cansada, cansada de ser rechazada, cansada de tener que humillarse, cansada de pretender ser menos de lo que era solo para complacer a personas que pensaban que su dinero los hacían superiores.

Quizá la acababa de cagar.

Y aunque pensó que cuando Ulises Diakos abriera la boca sería para decir que la entrevista había terminado, no fue así.

—El salario es el que le mostró Maggie —dijo—. Vivirá en la propiedad. Tendrá dos días libres por semana, que pueden ser flexibles dependiendo de las necesidades de mi abuela. El ferry a Atenas sale tres veces al día si quiere volver a la ciudad. Yo paso la mayor parte del tiempo en Atenas —y aquí, Aria sintió una oleada de alivio tan intensa que casi se mareó—, pero voy a Ítaca al menos un par de veces por semana para supervisar como van las cosas y ver a mi abuela.

—Espere —dijo Aria, segura de que había entendido mal—. ¿Está diciendo...?

—Está contratada, señorita Shaw —se adelantó Ulises—. Asumiendo que realmente quiere el trabajo, por supuesto. Después de esta *encantadora* conversación, no la culparía si huyera gritando. —añadió, enfatizando la palabra «encantadora».

Aria notó que las piernas le temblaban ligeramente.

—Lo quiero —dijo, contundente—. El trabajo, quiero decir —aclaró al darse cuenta de cómo había sonado ese «lo quiero».

Ulises asintió una vez, un único gesto que probablemente usaba para cerrar acuerdos millonarios, y se levantó. Aria imitó su gesto.

—Maggie tiene el contrato. Empieza el lunes. Hay un ferry a las nueve de la mañana desde El Pireo. Suba a él —dijo Ulises en tono autoritario.

Extendió la mano, y Aria la estrechó sin pensar.

Su apretón era firme, su piel cálida, y el contacto envió una pequeña corriente eléctrica por el brazo de Aria que definitivamente no debería estar sintiendo por su nuevo jefe gruñón e imposible.

«Es solo electricidad estática —se dijo—. O nervios. O las dos cosas. No es atracción hacia este tirano con traje que acaba de interrogarme como si estuviera solicitando un puesto en la CIA.»

Ulises soltó su mano primero y se dirigió hacia la puerta, recogiendo un maletín de cuero que tenía pinta de caro.

—Una última cosa, señorita Shaw —dijo, con su mano en el pomo de la puerta—. A mi abuela le encanta la poesía, especialmente la de los autores Cavafis y Seferis. Toca el piano, aunque sus dedos ya no son tan ágiles. Y tiene un sentido del humor mordaz, a veces incluso negro. —Se quedó en silencio unos segundos, como si estuviera recordando a su abuela—. Creo que os llevareis bien —concluyó.

Después se fue, dejando a Aria de pie en medio de la sala de reuniones, con el corazón latiendo como si hubiera corrido una maratón y el cerebro tratando de procesar que acababa de conseguir el trabajo.

CAPÍTULO 3

La puerta se abrió de nuevo, y Maggie entró como un ciclón de entusiasmo y estampado de cebra.

—¡Lo conseguiste! —gritó, envolviendo a Aria en un abrazo que olía a perfume y tabaco—. ¡Sabía que lo conseguirías! Vi esa chispa, te lo dije.

Aria se dejó abrazar, todavía procesando lo que había pasado y la impresión que le había causado Ulises Diakos.

—¿De verdad acaba de contratarme? —murmuró.

—Por supuesto que sí. —Maggie se apartó, sosteniendo a Aria por los hombros—. Vamos a mi oficina, tienes que firmar el contrato y luego, niña, necesitas contarme exactamente qué ha pasado aquí dentro, porque ese hombre no contrata a nadie sin al menos tres entrevistas y una verificación de antecedentes que haría sonrojar al FBI —bromeó.

Aria esbozó una sonrisa.

En la oficina de Maggie, que era igual de caótica que el día anterior, pero que en aquel momento parecía casi acogedora en comparación con la sala de reuniones donde Ulises Diakos la había entrevistado, Aria se dejó caer en la silla de madera y finalmente permitió poner los pies en la realidad.

Tenía trabajo.

Tenía un trabajo bien pagado.

Tenía un trabajo bien pagado que incluía alojamiento y comida y la posibilidad de conexiones que podrían cambiar su carrera en un futuro.

Y solo tenía que sobrevivir a un CEO gruñón que visitaría la isla un par de días a la semana.

«Puedo con ello —pensó Aria—. Claro que puedo con ello.»

Maggie le pasó un contrato que tenía más páginas que algunos libros que Aria había leído, junto con un bolígrafo dorado con plumas en la punta, que era tan característico de Maggie que Aria casi sonrió.

—Antes de que empieces a leer esa novela —dijo Maggie, encendiendo un cigarrillo—, hablemos del elefante en la habitación.

Aria levantó la vista de la primera página del contrato.

—¿Qué elefante?

Maggie le lanzó una mirada que decía claramente «no me tomes por tonta».

—El elefante de que Ulises Diakos es, objetivamente hablando, uno de los hombres más guapos que han caminado por esta tierra desde que los dioses dejaron de materializarse para seducir mortales.

Aria sintió que sus mejillas se calentaban.

—Yo no... no me he fijado en...

—Por favor. —Maggie exhaló humo hacia el techo—. Tengo ojos, tú tienes ojos, todas las mujeres heterosexuales y hombres homosexuales de Grecia tienen ojos. Ese hombre podría hacer que Adonis se sintiera feo. Es un hecho, no una opinión.

—Vale, sí —admitió Aria, porque negar lo obvio era simplemente ridículo—. Sí. Es... muy guapo.

—Es un maldito dios. Te diría que griego, pero es que es griego —dijo Maggie—. Parece que lo ha tallado el mejor escultor del

mundo en un buen día. Ese traje probablemente sea italiano y cueste más que mi coche. Y esos ojos... ay, esos ojos verdes podrían convencer a una monja de reconsiderar sus votos.

Aria no pudo evitar reírse.

—Estás siendo un poco exagerada, ¿no crees? —dijo, aunque tenía que reconocer que estaba totalmente de acuerdo.

—Soy griega, el drama es mi herencia cultural. Nosotros inventamos las tragedias. —Maggie apuntó su cigarrillo hacia Aria como si fuera una espada—. Pero hablo en serio, niña. Sí, es guapísimo. Sí, probablemente te hará sentir cosas que no te convienen mientras trabajas. Pero recuerda esto: los hombres guapos son siempre los peores.

—¿Los peores?

—Los-pe-o-res. —Maggie enfatizó cada sílaba—. Están acostumbrados a que todo les sea fácil. Las mujeres se les tiran a los pies. Las puertas se abren mágicamente. Piensan que sus mandíbulas cinceladas y sus sonrisas les dan permiso para ser arrogantes, controladores e imposibles. Y Ulises Diakos tiene todo eso multiplicado por mil porque además es rico y poderoso.

Aria pensó en cómo él la había interrogado, en la intensidad implacable de sus ojos, en la forma en que había descartado su experiencia como «aceptable».

—No creo que eso sea un problema —dijo—. No me ha parecido... es decir, no ha sido encantador. Todo lo contrario.

—Exactamente. —Maggie asintió con satisfacción—. Y eso, querida Aria, es peligroso.

—¿Peligroso, por qué?

Maggie la miró a los ojos.

—Peligroso porque los hombres como Ulises Diakos terminan haciendo que caigamos a sus pies, y nosotras tenemos la puñetera

manía de quererlos salvar. Son el diablo —dijo. Se inclinó hacia adelante—. Solo te digo una cosa. Sí, es guapísimo, y está bien para alegrar la vista. Es como admirar el Partenón o el David de Miguel Ángel. Pero no te enamores de él, ¿de acuerdo? Los hombres guapos y ricos con problemas de control no son proyectos que arreglar, son desastres que evitar. ¿Lo has entendido?

Aria asintió.

Maggie tenía razón. Era su jefe. Era imposible. Y ella necesitaba ese trabajo demasiado como para complicarlo con ridículas fantasías sobre un CEO gruñón que probablemente se irritaba si alguien respiraba más fuerte de lo normal en su presencia.

—Entendido —le dijo a Maggie—. Sin enamoramientos. Estrictamente profesional.

—Bien. —Maggie parecía aliviada—. Ahora firma el contrato antes de que cambie de opinión sobre enviarte a esa isla con ese hombre imposible y su adorable abuela.

Aria firmó en cada página que lo requería. Con cada rúbrica, sentía que estaba comprometiéndose, no solo con un trabajo, sino con... algo más. Pero no sabía por qué.

Cuando terminó, Maggie le entregó una copia del contrato y un sobre con información sobre el ferry, mapas de Ítaca, y el número de teléfono de Ulises Diakos y de la señora Katerina.

—Una cosa más —dijo Maggie mientras Aria se levantaba para irse—. La casa es espectacular. Vistas al mar, jardines que parecen sacados de una postal, habitaciones llenas de antigüedades... Disfrútalo. Y si Ulises Diakos te desquicia, recuerda que solo la visita un par de veces a la semana.

Aria afirmó con la cabeza, apretando el sobre contra su pecho.

—Gracias, Maggie. Por todo.

—No me agradezcas nada todavía. Agradécemelo dentro de tres meses si aún estás allí. —Estaba sonriendo, y cuando Aria se fue, le

gritó—: ¡Y llámame! ¡Quiero todos los detalles jugosos!

Aria salió a las calles de Atenas, donde el sol seguía brillando con esa intensidad mediterránea que hacía que todo pareciera vivo, irreal. Tenía un trabajo. Tenía una oportunidad. Y tenía el recuerdo de unos ojos verdes que la habían mirado como si...

«No pienses en sus ojos —se ordenó—. Ni en sus manos. Ni en cómo el traje le quedaba como si hubiera sido diseñado específicamente para él. Ni en esa casi-sonrisa que…

«Para.»

«Tienes que ser pro-fe-sio-nal.»

Pero mientras caminaba a casa, esquivando el tráfico y los turistas, Aria no pudo evitar sonreír. Contra todo pronóstico, lo había logrado. Había conseguido el trabajo. Había plantado cara a un tirano imposible y había sobrevivido.

Estaba… Ufff…

El lunes comenzaría una nueva aventura en Ítaca, la isla del héroe más famoso de la mitología griega.

Y si su propio Ulises personal resultaba ser tan difícil como el del mito, bueno, se armaría de paciencia y contaría hasta diez.

O hasta veinte.

O hasta treinta, si era necesario.

Abrió el bolso y sacó el teléfono. Tenía que llamar a su madre.

CAPÍTULO 4

El ferry a Ítaca olía a diésel, a sal marina y al bocadillo de queso feta que una mujer sentada cerca estaba desenvolviendo de un papel de aluminio arrugado.

Aria estaba de pie en la cubierta superior, aferrada a la barandilla oxidada, mientras el barco cortaba las aguas del mar con una determinación perezosa que sugería que llegaría cuando le diera la gana, y no un minuto antes.

Sus dos maletas, una azul desgastada de su madre y otra negra con ruedas que chirriaban, estaban a sus pies como dos perros obedientes. Dentro había metido lo que consideraba esencial: ropa práctica para trabajar, algunos de sus libros favoritos que no podía dejar atrás, el ordenador portátil que tenía todos los años del mundo, un neceser con el cepillo de dientes, las cremas y algo de maquillaje, una foto de *yiayá* Calíope con su madre, Eleni, y unos cuantos vestidos fresquitos. El resto de cosas, que no eran muchas, se las había enviado a su madre para que las guardara.

El viento mediterráneo jugaba con su pelo castaño, liberando mechones del moño que había intentado hacerse aquella mañana a las seis, cuando el amanecer apenas pintaba de rosa el cielo de Atenas. Se había levantado en la minúscula habitación de su minúsculo apartamento (que había dejado), con esa mezcla de emoción y pánico que caracteriza todos los nuevos comienzos.

«¿Estoy haciendo bien? —se preguntó por vigésima vez desde que había subido al ferry en El Pireo—. Me voy a una isla a cuidar a

la abuela de un tirano controlador que probablemente cronometre cuánto tiempo tardo en prepararle el té.»

Pero la alternativa, quedarse en Atenas, seguir buscando trabajo infructuosamente, ver cómo sus ahorros se esfumaban como arena entre los dedos, era peor. Mucho peor.

Además, se recordó, mirando cómo la costa de Ítaca comenzaba a aparecer en el horizonte como una acuarela cobrando vida, que aquello era una aventura. Una oportunidad. Y si Ulises Diakos resultaba ser insoportable, bueno, él había dicho que pasaba la mayor parte del tiempo en Atenas. Podría sobrevivir a sus visitas semanales. Probablemente.

Tal vez.

Con suerte.

La isla crecía ante sus ojos con cada minuto que pasaba. Ítaca era pequeña, todo el mundo lo sabía, pero verla así, emergiendo del mar como el lomo de una criatura dormida, le quitó el aliento. Colinas verdes salpicadas de cipreses y olivos, casas blancas con tejados de terracota trepando por las laderas, y el puerto. Vathy, si recordaba correctamente el mapa que Maggie le había dado, se extendía en forma de una herradura perfecta de agua turquesa, protegida por brazos de tierra cubiertos de vegetación.

«Es preciosa —pensó Aria, sintiendo que algo se aflojaba en su pecho—. Realmente preciosa.»

Aunque no era una isla que pillara lejos de Atenas, nunca había estado en ella.

El ferry dio un pitido largo que hizo que varios turistas se sobresaltaran y que la mujer de los bocadillos hiciera una mueca con la boca.

El barco comenzó su lento vals de aproximación al muelle, con los motores rugiendo mientras retrocedía para alinearse con los pilotes de madera desgastada.

Aria cogió sus maletas y se unió al flujo de pasajeros que se dirigían a la rampa de desembarque.

El muelle era exactamente lo que uno esperaría de un pequeño puerto griego. Tablas de madera que crujían bajo los pies, el olor penetrante a pescado y sal, gaviotas graznando como vendedores agresivos, y una fila de tabernas y cafés con toldos de colores vívidos que prometían *gyros*, *souvlaki* y café griego lo suficientemente fuerte para despertar a los muertos.

Aria pisó tierra firme, y se detuvo un momento solo para respirar hondo. El aire allí era diferente al de Atenas. Más limpio, más dulce, con un toque de tomillo silvestre y pino. El sol brillaba con esa cualidad dorada particular de las islas griegas, como si cada rayo hubiera sido sumergido en miel antes de llegar a la tierra.

«Podría acostumbrarme a esto», pensó.

Alzó un poco más los ojos y lo vio.

Ulises Diakos estaba de pie junto a un Mercedes negro reluciente que parecía tan fuera de lugar en aquel pintoresco pueblo como un tiburón en una pecera. Llevaba otro traje en gris carbón, con corbata azul, y con una camisa blanca tan impecablemente planchada que Aria se preguntó si todas las llevaría a la tintorería para que las limpiaran.

Estaba mirando su reloj de pulsera. Un reloj que captó la luz del sol y la reflejó con un destello que gritaba Rolex o Patek Philippe, o alguna otra marca que Aria solo conocía de revistas que hojeaba en la sala de espera del dentista.

Y estaba frunciendo el ceño.

¿Cómo no iba a estar frunciendo el ceño?

Junto a él había un hombre mayor, probablemente de unos sesenta años, con el rostro curtido de alguien que había pasado su vida bajo el sol mediterráneo. Llevaba un traje de chófer completo, gorra incluida, y parecía perfectamente cómodo esperando con una

paciencia que sugería años de práctica esperando a tiranos impacientes. A tiranos como Ulises Diakos.

Aria se acercó arrastrando sus chirriantes maletas, consciente de que parecía exactamente lo que era, una chica de veintiséis años que había empaquetado su vida en dos maletas destartaladas y estaba a punto de embarcarse en un trabajo que podría ser o maravilloso o un desastre monumental.

—Señorita Shaw —dijo Ulises a modo de saludo, y su tono sugería que estaba criticando no solo su llegada sino su existencia en general—. El ferry llega tarde.

Aria miró el reloj del campanario de la iglesia que dominaba el puerto. Eran las doce y cinco.

—Cinco minutos —dijo ella, manteniendo su voz neutral.

—Cinco minutos… —repitió Ulises—, que se suman a otros cinco minutos aquí, y otros cinco allá, y de repente una hora de productividad se ha evaporado.

«Oh, Dios —pensó Aria—. Es uno de esos jefes. Del tipo que programa los días en intervalos de cinco minutos y probablemente tiene un ataque si su café tarda treinta segundos de más.»

Pero no dijo nada. Solo asintió educadamente, porque ya estaba aprendiendo que con Ulises Diakos elegir las batallas era crucial. No valía la pena morir por todas las causas.

El chófer (bendito fuera) intervino con una sonrisa.

—Permítame. —Se acercó a Aria y, con un movimiento sorprendentemente grácil para un hombre de su edad y complexión, tomó ambas maletas como si no pesaran nada—. Bienvenida a Ítaca, señorita. Soy Yiannis. Seré su chófer mientras esté aquí.

—*Tu* chófer —corrigió Ulises, quitándole el tratamiento formal, mientras caminaba ya hacia el coche—. Trabaja para mí, Yiannis, y para mi abuela. No se confunda sobre la jerarquía.

Aria intercambió una mirada con Yiannis, cuyas cejas se arquearon en una expresión que claramente decía «sí, siempre es así, te acostumbrarás... O a lo mejor no».

Yiannis abrió el maletero, que era tan espacioso que podría haber metido a tres personas allí junto con las maletas, y colocó el equipaje de Aria con cuidado. Luego, con una formalidad que la tomó completamente por sorpresa, rodeó el coche y le abrió la puerta trasera del lado izquierdo.

—Por favor, señorita.

Aria se quedó mirando la puerta abierta, el interior de cuero color crema del Mercedes, y a Yiannis esperando con la paciencia de un mayordomo inglés.

—Yo... gracias —masculló, sin saber muy bien qué decir.

Se deslizó al interior, y fue como entrar a un mundo diferente. El coche olía a cuero caro y a ese aroma indescriptible que da el dinero, no era perfume exactamente, era algo limpio y lujoso y ligeramente intimidante. Los asientos eran tan suaves que Aria tuvo que resistir el impulso de acariciarlos como si fueran gatos. Había una botella de agua en un soporte, un iPad en el respaldo del asiento delantero, y suficiente espacio para las piernas como para que alguien hiciera yoga.

¡Madre de Dios!

Antes de que pudiera procesar aquella realidad alternativa en la que estaba, la puerta del otro lado se abrió, y Ulises se deslizó al interior con esa gracia que parecía ser su movimiento predeterminado.

Y de repente, el espacioso interior del Mercedes no parecía tan espacioso.

Aria se encontró siendo plenamente consciente de todo. De todo. Del modo en el que el coche, a pesar de su tamaño, de pronto

parecía... pequeño. Íntimo. Como si el aire hubiera sido comprimido en el espacio que quedaba entre ellos.

Ulises se sentó con esa postura perfecta que le habrían enseñado en alguna escuela para ricos. Espalda recta, un tobillo cruzado sobre la otra rodilla, manos descansando casualmente en su regazo. Ocupaba el espacio con una autoridad inconsciente que hacía que Aria se sintiera como si estuviera invadiendo *su* territorio, incluso aunque Yiannis le había abierto la puerta a *ella* primero.

Y luego estaba su olor.

«No, joder.»

Aria trató, realmente trató, de no notarlo. Pero era imposible. En el espacio cerrado del coche. No podía escapar de la fragancia de Ulises Diakos. No era abrumadora. De hecho, era sutil, elegante. Seguro que diseñada por algún perfumista francés. Notas de madera, tal vez, con un toque de bergamota y algo más profundo, más oscuro... ¿ámbar? ¿Vetiver?

«Deja de catalogar su colonia como si fueras una *sommelier* de perfumes», se ordenó Aria con firmeza.

Pero su cerebro, hijo de puta como era, no podía evitarlo. Porque junto con la colonia había algo más, el olor de su piel, del gel que usaba, de la camisa recién planchada. Era... desconcertante. En el buen sentido. En un sentido muy, muy inconveniente.

Yiannis cerró la puerta de Ulises, rodeó el coche, y se deslizó en el asiento del conductor.

—¿A la casa, señor?

—¿A dónde más, Yiannis? —La voz de Ulises tenía un filo de impaciencia que Aria estaba comenzando a reconocer.

—Por supuesto, señor.

El motor arrancó con un ronroneo que era más melodía que ruido. Yiannis salió del puerto y condujo por las calles estrechas de

Ítaca como si lo hubiera hecho un millón de veces.

Y Aria se encontró atrapada en el asiento trasero de un coche de lujo con un hombre que parecía llenar todo el espacio disponible con su simple presencia.

Se apretó contra la puerta, tratando de poner distancia con él. Pero incluso así, podía sentirlo. La forma en que se reclinaba en el asiento, completamente relajado y, sin embargo, de alguna manera al mismo tiempo, irradiando una autoridad controlada. Podía ver, por el rabillo del ojo, sus manos (esas manos con dedos largos en las que había tratado de no fijarse durante la entrevista) descansando sobre sus muslos.

«Mira por la ventana —se ordenó—. Admira el paisaje. Piensa en cualquier cosa excepto en lo cerca que está. O en cómo el sol que entra por la ventana ilumina su perfil como si fuera una maldita pintura renacentista. O en cómo su voz, en este espacio cerrado, adquiere una profundidad que hace cosas extrañas a tu sistema nervioso.»

Giró la cabeza y trató de contemplar el paisaje.

El pueblo era... bueno, era perfecto. Como sacado de una postal o de esas películas románticas que Aria devoraba en Netflix. Calles empedradas que subían serpenteando desde el puerto, tan estrechas que el Mercedes apenas cabía, con casas pegadas unas a otras a cada lado. Construcciones de dos y tres pisos pintadas en todos los tonos del arcoíris: azul cielo, amarillo limón, rosa coral, verde menta. Todas con contraventanas de madera, balcones con macetas desbordantes de geranios y buganvillas, y ese aire de haber estado allí desde siempre.

Pasaron por una panadería. «El último molino», leyó Aria, y el olor a pan recién horneado se coló por la ventilación del aire acondicionado, cálido y acogedor, y tan hogareño que Aria sintió una punzada de algo parecido a la nostalgia.

—La panadería de Manolis —dijo Ulises, y Aria se sobresaltó ligeramente, sorprendida de que le hablara—. Tiene ciento veinte años. La receta del pan ha pasado por cinco generaciones. Mi abuela dice que es el mejor pan de toda Grecia.

Aria se giró para mirarlo, y fue un error. Porque él también se había girado hacia ella, y de repente estaban más cerca de lo que habían estado. Sus ojos verdes se encontraron con los de ella con una intensidad que hizo que algo se apretara en su estómago.

—¿Le gusta el pan fresco, señorita Shaw? —preguntó Ulises, y había algo en su voz, un matiz que no podía identificar del todo.

—¿A quién no? —respondió Aria, y su propia voz sonó ligeramente estrangulada incluso a sus propios oídos.

La comisura de la boca de Ulises se curvó, no exactamente en una sonrisa, pero casi.

—Mi *yiayá* insiste en que Yiannis venga cada mañana a comprar el pan aquí. Dice que el pan de supermercado es una afrenta.

—Mi abuela decía lo mismo, como buena griega que era —repuso Aria—. El pan de los supermercados está hecho de forma industrial. Solo es agua y harina.

Ulises se quedó mirándola unos instantes, y Aria no supo muy bien qué hacer.

El coche comenzó a subir, dejando atrás el centro de la isla y adentrándose en una carretera que serpenteaba por la ladera. A un lado, vistas del mar que eran tan espectaculares que Aria tuvo que hacer un esfuerzo para cerrar la boca que había abierto involuntariamente. Al otro lado, olivares y cipreses, y el destello de grupos de casitas escondidas entre la vegetación.

—La casa está en la cima de la colina —explicó Ulises, siguiendo su mirada—. Mi bisabuelo la construyó en 1920. Tenía ideas... algo especiales sobre la arquitectura. Quería algo que pudiera verse

desde el mar, algo que fuera una especie de declaración de intenciones.

—¿Y la hizo? —preguntó Aria con curiosidad.

—Juzgue usted misma.

El coche tomó una curva, pasó por unos portones de hierro forjado que se abrieron automáticamente, y de repente estaban en un camino de entrada bordeado de cipreses que se extendía como una alfombra verde oscura.

Y al final del camino...

La casa.

No. Eso era quedarse corto.

La mansión.

¡Hostia puta!

Aria se encontró presionando su cara contra la ventanilla del coche como una niña pequeña en una tienda de golosinas. Ni siquiera se acordó de que a su lado iba su jefe.

Era enorme. Tres pisos de piedra blanca que brillaba bajo el sol como mármol pulido, con un tejado de terracota que había envejecido hasta un tono perfecto de naranja oscuro. Ventanas enormes (docenas de ellas) que reflejaban el cielo y el mar. Balcones con barandillas de piedra, algunos tan grandes que podrían albergar fiestas enteras. Y en el centro, una entrada con columnas, pero columnas reales, como las de los templos antiguos que sostenían un pórtico donde podían caber tres coches. O más.

Joder.

Los jardines que rodeaban la casa eran igual de impresionantes. Césped verde esmeralda que debía requerir un ejército de jardineros, caminos de grava perfectamente definidos, setos esculpidos en formas geométricas, fuentes (Aria contó tres), y más flores de las que había visto en un jardín botánico.

—Dios mío —murmuró, y se sonrojó hasta la raíz del pelo al darse cuenta de que lo había dicho en voz alta.

—La declaración de intenciones de mi bisabuelo —dijo Ulises, seco—. Sutil, ¿no?

Yiannis detuvo el coche frente a la entrada principal, donde una escalinata blanca ascendía hacia las puertas dobles que parecían pertenecer a un palacio veneciano.

—Bienvenida a Villa Penélope, señorita Shaw —dijo Yiannis, saliendo del coche.

«Penélope, qué curioso, como en la Odiosea», pensó Aria.

Se quedó mirando por la ventanilla unos segundos más, tratando de procesar que iba a *vivir* allí. A vivir. Que aquello no era un hotel de cinco estrellas que estaba visitando, sino su hogar durante los próximos meses. Si Ulises Diakos no la echaba a la calle antes, claro.

Tragó saliva.

Pero entonces Ulises abrió su puerta. No esperó que lo hiciera Yiannis cuando podía hacerlo él mismo, y salió del coche con una fluidez irritantemente elegante, y Aria se obligó a moverse.

Abrió su puerta antes de que Yiannis pudiera llegar, porque, aunque apreciaba la cortesía, también había un límite de cuántos gestos protocolarios del servicio podía aceptar antes de sentirse completamente ridícula, y salió al sol de Ítaca.

El aire allí era incluso mejor que en el puerto, más limpio, perfumado con la lavanda que bordeaba la entrada y con ese olor indefinible del mar que llegaba hasta arriba de la colina.

«Joder, podré acostumbrarme a este lugar —pensó Aria de nuevo—. Ya lo creo que sí. Es una pasada.»

De pronto Ulises estaba a su lado (¿cuándo se había movido tan rápido? ¿Tenía poderes?), y la miraba con esa expresión evaluadora

que usaba siempre por defecto.

—Yiannis se encargará de sus maletas —dijo—. Ahora la llevaré con mi abuela para que la conozca.

No era una sugerencia. Era una orden.

Y con esas palabras, echó a andar hacia las escaleras de piedra. Aria seguía en su mundo, de pie en el camino de entrada, con el corazón todavía latiendo demasiado rápido por los diez minutos de viaje en el coche, respirando la colonia de Ulises, e intentando que el corazón no le saltara por la boca.

Sobrevivir al trayecto hasta la mansión, tan cerca de Ulises, había requerido más esfuerzo del que nunca se hubiera imaginado.

«Y él ni siquiera ha tratado de ser encantador —se dijo Aria en silencio—. Imagínate si lo fuera.»

No quería pensar en ello.

No lo haría. No podía. Porque Maggie tenía razón: los hombres guapos eran siempre los peores.

Y Ulises Diakos, con su colonia amaderada y su forma de hacer que cada espacio se sintiera muy pequeño solo con estar en él, definitivamente era uno de los peores.

«Esto es solo un trabajo, y yo tengo que ser profesional. Él es mi jefe. Un jefe imposible, gruñón, y controlador, que casualmente parece un dios de nuestra mitología. —Sacudió la cabeza, quitándose ese último pensamiento de la mente—. Es solo mi jefe. Y así tiene que seguir siendo, solo mi jefe.»

—Señorita Shaw… —La llamó Ulises desde lo alto de la escalinata.

Aria salió de su ensimismamiento y volvió a la realidad. Alzó los ojos. Ulises la miraba con el ceño fruncido.

—¿A qué está esperando? —preguntó, sin entender por qué Aria estaba parada frente al pórtico.

—Ya voy —dijo ella, caminando a zancadas para alcanzarlo.

«No lo enfades», se aconsejó a sí misma.

Yiannis había sacado sus maletas del Mercedes y las subía con facilidad por las escaleras detrás de ella.

Las puertas se cerraron a su espalda con un sonido sólido.

Y de pie, en un vestíbulo más grande que su apartamento, con una lámpara de cristal del tamaño de un coche colgando sobre la cabeza, Aria tuvo la sensación de que estaba cerrando un capítulo de su vida y abriendo otro completamente nuevo.

—Por aquí —indicó Ulises.

Ella lo siguió.

CAPÍTULO 5

El interior de Villa Penélope era exactamente lo que uno esperaría de una mansión construida en lo alto de una colina en una isla. Una sinfonía de mármol, madera oscura, y suficiente arte en las paredes como para abrir un pequeño museo.

El vestíbulo tenía un techo abovedado que se elevaba dos pisos completos y una escalera en el centro que se bifurcaba en dos en el primer piso.

Yiannis había desaparecido en algún momento con sus maletas, y Aria seguía a Ulises a través de un laberinto de pasillos que parecían diseñados para desorientar a las visitas.

Pasaron por una sala de estar del tamaño de una cancha de tenis con sofás de cuero color crema y ventanas del suelo al techo que enmarcaban unas vistas al mar que parecían pinturas. Por un comedor con una mesa que fácilmente podría sentar a veinte personas y un aparador del siglo XVIII. Por un pasillo decorado con fotografías en blanco y negro de lo que Aria supuso era la historia familiar de los Diakos. Hombres serios con bigotes, mujeres con vestidos de época, niños con expresiones solemnes mirando fijamente a la cámara como si les hubieran dicho que sonreír era un pecado.

—¿Siempre ha sido así de... grande? —dijo Aria, arrepintiéndose inmediatamente después de hacer la pregunta, porque sonaba estúpida incluso a sus propios oídos.

Ulises la miró por encima del hombro, y por un momento ella pensó que simplemente la ignoraría. Pero respondió.

—Mi bisabuelo comenzó con ocho habitaciones. Cada generación ha ido añadiendo más. Mi padre construyó el ala este. Yo añadí el helipuerto.

—¿Heli… Helipuerto?

Aria se detuvo en medio del pasillo. Por supuesto que había un helipuerto. ¿Por qué no? ¿Por qué no añadir un helipuerto a una mansión en una isla griega? Era perfectamente razonable. Totalmente normal. El tipo de cosa que la gente común hacía todo el tiempo.

Ulises se había detenido también, y había algo en su expresión, tal vez diversión, que sugería que disfrutaba de su reacción.

—¿Le sorprende, señorita Shaw?

—Yo... no. Bueno, sí. Es que no es algo con lo que me encuentre todos los días —respondió Aria.

—El ferry es pintoresco —dijo Ulises, reanudando su caminata—, pero poco práctico para viajes rápidos. El helicóptero me lleva a Atenas en una hora más o menos. Al aeropuerto de Cefalonia en quince minutos.

«Claro —pensó Aria, apresurándose para seguirle el paso—. Porque esperar tres horas en un ferry como el resto de los mortales está completamente fuera de discusión. Mucho mejor tener tu propio helicóptero personal —se dijo—. Probablemente también tiene un yate. Y tal vez un jet privado escondido en algún lugar. Seguro que en el sótano —bromeó para sí misma—. ¿Esta casa tiene sótano? Probablemente tiene tres.»

Llegaron a una puerta de cristal que daba a la parte trasera de la casa, y Ulises la abrió con un gesto que podría haber sido caballeroso, si no viniera con ese aire de impaciencia que parecía ser su estado natural.

—Mi abuela estará en el jardín —dijo—. Siempre está en el jardín.

Aria salió al exterior y tuvo que parpadear contra el sol brillante.

El jardín trasero se extendía ante ella como algo sacado de un sueño. O de una revista de arquitectura paisajística. O del cielo de un jardinero.

Santo Dios.

Había terrazas. Varias terrazas conectadas por escalones de piedra blanca, cada una en un nivel diferente de la colina, creando una cascada de vegetación que descendía hacia el mar. La terraza superior, donde estaban parados, tenía una piscina infinita que parecía fundirse con el horizonte, con el agua tan azul y tranquila que Aria tuvo que resistir el impulso de quitarse los zapatos y meter los pies.

Era una delicia.

Pero la piscina era casi secundaria comparada con los jardines. Rosales que trepaban por pérgolas de madera blanca. Lavanda plantada en hileras perfectas. Hierbas aromáticas que llenaban el aire con sus fragancias. Limoneros y naranjos cargados de frutos. Y flores, Dios, tantas flores que Aria no se sabía el nombre de la mitad. Buganvillas y jazmines que se enrollaban alrededor de cada superficie vertical disponible, geranios en macetas de terracota del tamaño de barriles.

Y en medio de todo, en la segunda terraza, de rodillas en la tierra con un sombrero de paja de ala ancha, estaba Katerina Diakos.

Aria había esperado (bueno, no sabía exactamente qué había esperado) una anciana frágil. Alguien que necesitara cuidado para las tareas básicas.

Desde luego que no había esperado aquello.

Katerina Diakos estaba plantando algo con el vigor de alguien tres décadas más joven. Llevaba pantalones de lino color beige que estaban manchados de tierra en las rodillas, una blusa de algodón blanco con las mangas arremangadas, y guantes de jardinería que parecían haber sido usados tanto que se habían moldeado perfectamente a sus manos.

Su pelo, completamente blanco, sin una pizca de gris o plata, solo blanco como la nieve, estaba recogido en un moño informal bajo el sombrero de paja. Y cuando levantó la vista al escuchar sus pasos, Aria vio que sus ojos eran exactamente del mismo verde claro y profundo que los de su nieto.

Seguro que eran como un superpoder diseñado para hacer que las personas se sintieran hipnotizadas.

—¡Ulises! —La voz de Katerina era fuerte, clara—. ¡No me dijiste que llegarías tan temprano! Estoy hecha un desastre.

—*Yiayá* —dijo Ulises, y el cambio en su voz fue notable. Toda la frialdad profesional se derritió, desplazada por algo cálido, afectuoso, casi tierno—. Te dije que llegaría a las doce y media.

Katerina se quitó los guantes y los dejó caer en el suelo junto a una bolsa de fertilizante.

—Y aquí estás, puntual como siempre, como si tuvieras un reloj suizo donde debería estar tu corazón —dijo, mirando su reloj de pulsera—. Y yo cubierta de tierra como una granjera.

Se puso de pie con un pequeño gruñido, el único indicio de su edad, ese pequeño sonido de esfuerzo. Pero lo hizo sin ayuda, sin vacilar, sin apoyarse en nada. Simplemente se enderezó, se sacudió la tierra de las rodillas, y se giró hacia Aria con una sonrisa.

«Es guapa», pensó Aria, sorprendida.

Tenía arrugas que se arremolinaban alrededor de los ojos, labios sonrosados y una piel ligeramente bronceada que hablaba de años

bajo el sol mediterráneo. La postura era recta y orgullosa, pero sin ser rígida.

—Así que tú eres Aria —dijo Katerina, y había tanto calor en su voz que Aria sintió algo aflojarse en su pecho, algo que había estado tenso desde que había subido al ferry aquella mañana—. Una cara nueva. ¡Una cara joven! ¡Por fin alguien menor de sesenta años en esta casa!

Se acercó, caminando con ligereza, y antes de que Aria pudiera ofrecer su mano para un apretón formal, Katerina la tomó por los hombros y le dio dos besos en las mejillas en el estilo griego tradicional.

—Bienvenida, cariño. Bienvenida a nuestro pequeño caos.

—Gracias —respondió Aria.

—Tienes un nombre precioso —dijo Katerina—. ¿Sabes que tu nombre en griego significa leona?

—Sí, me lo dijo mi abuela.

—Las abuelas, qué sabías somos, ¿verdad?

Aria sonrió.

—Sí.

Los ojos verdes de Katerina destellaron con un matiz travieso.

—Ulises, ya puedes irte. Los hombres solo estorban cuando las mujeres necesitan hablar.

—*Yiayá* —dijo Ulises, y había una advertencia en su tono—. Necesito explicarle a la señorita Shaw sus responsabilidades, la rutina de la casa, tus pautas médicas…

—Mis pautas médicas —interrumpió Katerina—, son tomar mis pastillas por la mañana y por la noche, caminar treinta minutos al día, y no comer demasiado queso porque mi médico, que tiene doce años…

—¿Doce años? —interrumpió Aria con los ojos como platos.

—Tiene treinta y cinco, pero parece un niño a mi lado —aclaró Katerina, moviendo la mano en el aire—. Dice que necesito vigilar mi colesterol. Es solo un poco de colesterol, no tengo que hacerme una cirugía cerebral.

—*Yiayá*...

—Ulises. —Katerina se giró hacia su nieto, y algo pasó entre ellos, alguna comunicación silenciosa que Aria no pudo interpretar del todo—. Te quiero más que a mi propia vida. Eres la luz de mis ojos. Pero si no te vas y me dejas conocer a esta pobre chica sin que la aterrorices con tus listas, tus horarios y tus mil reglas, voy a decirle a todo el pueblo que llorabas cada vez que veías una mariposa cuando tenías cinco años.

Ulises se sonrojó.

Realmente se sonrojó. El color subió por su cuello hasta las mejillas como si fuera un charco de tinta derramada sobre un papel.

—Eso es... eso es chantaje emocional, *yiayá* —se defendió.

—Lo sé. Aprendí de los mejores. —Katerina le dio una palmadita en la mejilla con afecto—. Ahora vete. Ve a hacer... lo que sea que hagas. Gritar a personas por teléfono. Intimidar a tus empleados. Revisar informes y fruncir el ceño…

—No intimido a mis empleados —dijo Ulises, pero su tono no tenía convicción. Ninguna.

—Ya. —Katerina se giró hacia Aria con una expresión de complicidad—. ¿Qué piensas, Aria? ¿Mi nieto te intimida? Sé honesta.

Aria abrió la boca. La cerró. Miró a Ulises, que la estaba mirando con una expresión que claramente decía «di que no o habrá consecuencias», y luego de vuelta a Katerina, que estaba esperando con esa sonrisa traviesa que sugería que sabía exactamente la respuesta.

—Bueno —dijo Aria con cautela—. «Intimidar» es una palabra un poco fuerte...

—Pero real —terminó Katerina, asintiendo como si Aria hubiera confirmado algo—. Ulises, mi amor, eres muchas cosas maravillosas, pero cálido y acogedor no está en esa lista.

—No necesito ser cálido y acogedor —dijo él con dignidad—. Necesito ser eficiente.

—Y lo eres. Eres muy eficiente. Tan eficiente que has hecho que seis mujeres perfectamente competentes huyeran de esta casa como si estuvieran escapando del Minotauro. —Katerina se giró hacia Aria —. ¿Te ha contado lo de las otras cuidadoras?

—Solo sé que... no duraron mucho —contestó Aria.

—No duraron porque mi nieto las hacía sentir como si estuvieran en una prueba permanente para un trabajo que ya habían conseguido. Listas de tareas. Horarios. Inspecciones sorpresa. Una de las pobres mujeres me dijo que se sentía como si estuviera en el ejército.

—Estaba asegurándome de que recibieras el cuidado apropiado —argumentó Ulises.

—Estabas siendo un tirano controlador, mi amor. —Katerina suspiró y su expresión se suavizó—. Sé que te preocupas mucho por mí. Sé que lo haces desde el amor. Pero Aria no necesita un capataz. Y yo no necesito un guardia. Lo que necesito es compañía. Conversación. Alguien que no me trate como si fuera a romperme.

Hubo un silencio. Aria se sintió incómoda presenciando aquel momento claramente íntimo entre abuela y nieto, como si estuviera espiando algo privado.

Finalmente, Ulises exhaló.

—Está bien. Me voy. Pero —se giró hacia Aria, y su expresión volvió a ser seria—, quiero un informe diario sobre la salud de mi

abuela. Cualquier preocupación, cualquier cambio, me informa inmediatamente. ¿Entendido?

—Entendido —dijo Aria, porque parecía razonable. Eso era parte de su trabajo, después de todo.

—Y *yiayá*… —Ulises miró de vuelta a su abuela—, toma tu medicación. Sin excepciones. Sin «olvidarlos». Sin decir que sabes más que tu médico.

—Solo fue una vez —protestó Katerina—. Me olvidé solo una vez porque estaba plantando los tomates y perdí la noción del tiempo.

—Dos veces. Y la segunda vez no fue un olvido, fue porque decidiste que el suplemento de hierro era innecesario porque habías comido un plato de lentejas.

—Era un plato muy grande...

—Abuela.

—Está bien, está bien. Tomaré mis pastillas como una buena niña. —Katerina le lanzó un beso—. Ahora vete antes de que te eche con la manguera del jardín.

Ulises sacudió la cabeza, pero había una sonrisa, pequeña, pero sonrisa, al fin y al cabo, jugando en las comisuras de sus labios.

—Señorita Shaw —dijo, y su mirada se encontró con la de Aria con esa intensidad que hacía cosas extrañas a su pulso—. Cuídela. Cualquier cosa, por pequeña que sea, me llama.

—La cuidaré —prometió Aria, y lo decía en serio.

Ulises asintió, y luego se fue caminando de vuelta hacia la casa con zancadas largas y seguras que comían la distancia sin esfuerzo.

Aria y Katerina lo vieron irse. Cuando la puerta de cristal se cerró detrás de él, Katerina soltó un suspiro teatral.

—Ay, ese chico. Lo quiero más que a mí misma, pero Dios mío, puede ser agotador.

—Parece... preocupado por usted —dijo Aria con diplomacia.

—Tengo ochenta y cuatro años, y cada día que me despierto él espera una llamada telefónica diciéndole que me he caído o que he tenido un derrame cerebral o simplemente que no me he despertado.

—Bueno, es normal.

Katerina se puso el sombrero de nuevo.

—Por eso no para de contratar cuidadoras que no necesito —dijo.

—¿No las necesita? —Aria no pudo evitar preguntar.

—Mira a tu alrededor. —Katerina extendió los brazos, abarcando el jardín—. He hecho esto esta mañana. He plantado tomates. He regado las plantas en esta terraza. He podado parte de los rosales. Estaba a punto de comenzar con el abono cuando habéis llegado. ¿Te parezco alguien que necesita ayuda para vestirse?

—Bueno... no.

—Exacto. —Katerina se inclinó, recogió sus guantes de jardinería y los sacudió—. Tengo artritis en la cadera izquierda que me molesta cuando llueve. Mi vista no es lo que era, así que ya no conduzco. Y sí, a veces me canso más rápidamente de lo que me gustaría admitir. Pero estoy bien. No estoy al borde de la muerte, a pesar de lo que mi nieto parece pensar.

—Entonces, ¿por qué ha aceptado tener una cuidadora?

Katerina sonrió, y había algo astuto en su gesto, algo que sugería que sabía más de lo que decía.

—Porque mi nieto necesita tranquilidad más de lo que yo necesito independencia. Y porque, francamente, estaba aburrida. Matilde, la ama de llaves, es maravillosa, pero tiene sesenta y dos años y está casada y tiene cinco hijos y siete nietos de los que habla sin parar. Yiannis es encantador pero pasa la mayor parte de su

tiempo haciendo recados o mantenimiento. Y mis amigas del pueblo... bueno, la mayoría están más cerca de los noventa que de los ochenta, y sus conversaciones tienden a girar en torno a enfermedades, muerte, y chismes sobre personas que ya han muerto.

Hizo una pausa, mirando a Aria con esos intensos ojos verdes que eran tan similares a los de su nieto.

—Quería a alguien joven. Alguien con vida todavía por delante. Alguien con quien pudiera tener conversaciones reales, sobre cosas reales, no solo sobre medicamentos y funerales.

Aria se encontró sonriendo.

—Así que básicamente me ha contratado para ser su amiga.

—Básicamente —reconoció Katerina sin vergüenza—. También para evitar que Ulises contrate una enfermera que me siga por toda la casa tomándome la tensión arterial cada diez minutos. Esa era su siguiente amenaza. Vi el folleto que dejó casualmente en la mesa de la cocina la última vez que estuvo aquí.

—Eso es...

—¿Ridículamente sobreprotector? ¿Preocupación exagerada? ¿Exasperante? Sí, es todo eso. —Katerina le hizo un gesto—. Ven, vamos a caminar. Quiero mostrarte los jardines. Y luego iremos a la cocina y conocerás a Matilde, que estoy segura de que ha preparado comida para alimentar a un ejército, porque cocinar es su manera de demostrar amor y no sabe cómo hacer porciones pequeñas.

Aria no tuvo más remedio que echarse a reír. Katerina Diakos era maravillosa.

Comenzaron a bajar las escaleras de piedra hacia la siguiente terraza, y Aria se encontró disfrutando del momento, disfrutando de Katerina, disfrutando de la forma en que el sol se sentía en la piel y cómo las abejas zumbaban entre las flores.

—Y dime… —dijo Katerina casualmente, demasiado casualmente —. ¿Qué piensas de mi nieto?

Aria tropezó. Solo un poco, pero lo suficiente como para que Katerina la mirara con una expresión de diversión que apenas podía contener.

—Yo... es mi jefe. Es muy... profesional.

—Mmm. Profesional. Esa es una palabra… —Katerina se detuvo junto a un rosal, pasando sus dedos sobre los pétalos de color rosa —. ¿No se te ocurren otros adjetivos? Y, por favor, sé sincera. He vivido ochenta y cuatro años. No me ofendo fácilmente.

Aria vaciló, luego decidió que, si Katerina quería sinceridad, le daría sinceridad.

—Intimidante. Controlador. Impaciente. Exigente. Y con una severa incapacidad para relajarse.

—¡SÍ! —El rostro de Katerina se iluminó—. ¡Exacto! Oh, gracias a Dios, alguien que lo ve claramente. Las últimas cuidadoras estaban tan intimidadas que apenas hablaban. Una de ellas me llamó «señora Diakos» y se negó a usar mi nombre de pila incluso después de pedírselo seis veces.

—¿Quiere que le llame Katerina? —preguntó Aria.

—Quiero que me llames Katerina —afirmó ella—. Y nada de tratarme de «usted». Odio que a las personas mayores se nos tenga que hablar de «usted». Es un horror.

Aria sonrió.

—Llámame «señora Diakos» y te rociaré con la manguera del jardín. No estaba bromeando sobre ello con Ulises.

Aria se río abiertamente, y se sintió bien, cómoda. Katerina era todo lo que no era su nieto.

—Entonces te llamaré Katerina —dijo—. Y nada de «usted».

—Perfecto. —Katerina reanudó la caminata—. Ahora, déjame adivinar... Ulises te ha dado algún tipo de lista. Probablemente numerada. Con horarios, reglas y expectativas.

—Todavía no —admitió Aria—. Pero creo que me la dará.

—Por supuesto que te la dará. Él ama las listas. Creo que incluso hace listas de sus listas. —Katerina sacudió la cabeza. Aria apretó los labios para no soltar una carcajada—. Aquí está mi lista para ti, Aria: asegúrate de que tome mi medicación por la mañana y por la noche. Acompáñame en mis paseos si quieres, o no, es tu elección. Háblame. Lee conmigo. Ayúdame en el jardín si te gusta la jardinería. Juega a las cartas conmigo por las tardes. Y por favor, *por favor*, haz que esta casa se sienta viva de nuevo.

Se detuvieron en la terraza más baja, donde había una fuente con una estatua de una ninfa vertiendo agua de un cántaro. El agua brillaba a la luz del sol, y el sonido era increíblemente relajante.

—¿Viva? —preguntó Aria, sin entender muy bien a qué se refería.

—Ha estado demasiado silenciosa —dijo Katerina, y por primera vez, su voz llevaba una nota de tristeza—. Desde que mi hijo murió, desde que Ulises heredó la fortuna familiar y empezó a pasar todo el tiempo en Atenas construyendo su imperio... esta casa a veces se siente como un mausoleo. Preciosa, sí. Pero silenciosa. Vacía. Sin risas, sin conversaciones reales, sin *vida*.

Aria no supo qué decir a eso, así que simplemente apretó el brazo de Katerina.

Ella le devolvió el apretón.

—Pero ahora estás aquí —dijo. La sonrisa regresó a sus labios—. Y eres joven y, sospecho, que mucho más divertida de lo que pareces a primera vista. Así que tal vez las cosas cambien.

CAPÍTULO 6

Desde algún lugar por encima de sus cabezas, más allá del borde superior de la propiedad donde presumiblemente estaba el helipuerto, llegaron los sonidos de los motores del helicóptero.

Katerina levantó la vista, entornando los ojos contra el sol por debajo del sombrero.

—Y ahí va. Volando de vuelta a Atenas para aterrorizar a sus empleados, hacer millones de euros y no dormir lo suficiente ni comer bien porque está demasiado ocupado trabajando.

El helicóptero, elegante, negro y obscenamente lujoso, apareció sobre el borde de la colina como un insecto gigante y ruidoso, se elevó durante un momento, y luego giró hacia el este, hacia el continente.

—Él... vive en Atenas, ¿verdad? —preguntó Aria, observando cómo el helicóptero se hacía más pequeño.

—Tiene una casa allí. Un penthouse. —Katerina comenzó a caminar de nuevo—. Dice que viene cada semana, pero a veces son dos semanas, a veces tres. Los negocios lo mantienen demasiado ocupado. Siempre los negocios.

Había algo en su tono que no era exactamente crítica, más bien... preocupación.

—¿Desearías que viniera más a menudo? —preguntó Aria.

—Desearía que se relajara más a menudo. Que encontrara algo más en la vida además del trabajo. Que conociera a una chica agradable y se estableciera y me diera bisnietos antes de que me muera. —Katerina le lanzó una mirada de reojo—. Pero eso es probablemente pedir demasiado de un hombre que programa sus comidas con tres meses de anticipación.

—Él no... ¿hace eso? —Aria estaba flipada.

—No. Pero no me sorprendería si lo hiciera. —Katerina abrió la puerta de un cobertizo lleno de herramientas, macetas y varios pares de botas—. Ven, me voy a lavar y luego iremos a la cocina. Matilde ha estado amenazando con hacer *spanakopita* toda la semana y sospecho que hoy es el día.

Atravesaron el jardín y se internaron en un pasillo que olía a limón y flores frescas. Las paredes estaban decoradas con acuarelas, con escenas del mar, del pueblo, de los jardines, que Aria reconoció de alguna manera como pintadas por la misma mano.

—¿Son tuyas? —preguntó, deteniéndose ante una especialmente bonita que mostraba el puerto al atardecer.

—Empecé a pintar después de que mi marido muriera. Necesitaba algo para hacer que no fuera llorar o comer. La pintura resultó ser más saludable que ambas opciones. —Katerina la estudió —. ¿Pintas?

—No. Pero me gustaría aprender.

—Entonces te enseñaré. Tengo suministros de sobra y mucho tiempo. Ulises sigue comprándome juegos de pintura caros para Navidad y cumpleaños como si fuera a gastarlos todos. Creo que piensa que estoy construyendo mi propio museo.

Aria rio.

Llegaron a la cocina, y Aria tuvo que detenerse y simplemente mirar. Mirar.

Era enorme. No tan grande como algunas de las otras habitaciones, pero sí como para que varias personas pudieran trabajar sin estorbarse. Tenía armarios blancos relucientes, encimeras de mármol, una mesa de madera, una isla central con un fregadero, y un espacio para trabajar como en un restaurante pequeño. Los electrodomésticos eran de acero inoxidable de marcas que Aria había visto en revistas de cocina de alta gama. Las ventanas daban a los jardines, inundando el interior de luz.

Y en el centro de ella, de pie junto al fuego, donde algo en una sartén chisporroteaba, estaba una mujer.

Matilde, supuso Aria.

Matilde era... robusta. No había otra palabra para describirla. Robusta de una manera cómoda y maternal que inmediatamente te hacía querer que te alimentara y te arropara. Tenía el pelo oscuro con mechones grises recogido en un moño, mejillas rosadas, y un delantal blanco sobre un vestido floreado.

Se giró cuando entraron, y su rostro se iluminó.

—¡Katerina! Esta debe ser Aria.

Hablaba de forma rápida y musical.

—Sí, ella es Aria —dijo Katerina—. Aria, esta es Matilde, que ha estado cuidando esta casa desde antes de que yo naciera.

—No tanto tiempo —protestó Matilde, pero había diversión en su voz—. Solo treinta años. Treinta años asegurándome de que nadie muriera de hambre.

Se limpió las manos en el delantal y se acercó, tomando las manos de Aria entre las suyas y apretándolas calurosamente.

—Bienvenida. De nuevo una mujer joven en esta casa. Katerina y yo estamos convirtiéndonos en viejas juntas sin que nadie mantenga nuestro espíritu joven —bromeó.

—Habla por ti —dijo Katerina—. Yo soy eternamente joven.

—Eternamente terca, querrás decir. —Pero Matilde lo dijo con tal cariño que era imposible tomarlo como crítica—. Sentaos. Tengo galletas de mantequilla en el horno.

—¿*Koulourakia*? —preguntó Aria, refiriéndose a las galletas tradicionales griegas.

—Sí. ¿Te gustan? —le preguntó Matilde.

—Me encantan.

—Perfecto, también hay café recién hecho. Y no acepto un no por respuesta.

—Nunca aceptas un no por respuesta cuando se trata de comida —comentó Katerina, pero ya se estaba sentando en uno de los taburetes de la isla de la cocina.

Aria se sentó al lado, todavía sintiéndose un poco como si estuviera en un sueño.

Matilde se movió por la cocina con habilidad, sacando un plato de galletas que olían a mantequilla y vainilla, sirviendo café en tazas de cerámica azul que tenían el aspecto desgastado que dan los años de uso, colocando una pequeña jarra de leche y un tarro de azúcar.

—Entonces —dijo Matilde, apoyándose contra la encimera con sus propias manos envolviendo una taza de café—. ¿Ya has conocido a Ulises?

Aria cogió una galleta y le dio un mordisco. La verdad era que tenía hambre.

—Sí. Ya lo he conocido.

—¿Y?

—Y... ¿qué?

—¿Qué piensas de él? —Los ojos de Matilde brillaban con lo que solo podía describirse como travesura—. ¿Es guapo? ¿Intimidante? ¿Imposible?

—Es todo eso —respondió Aria, tomando un sorbo de café que estaba tan fuerte que casi le hizo toser.

Katerina soltó una carcajada.

—Me gusta esta chica. Matilde, me gusta —dijo.

—A mí también —contestó Matilde—. Las otras estaban demasiado asustadas de él para decir algo real. Una de ellas me preguntó si Ulises siempre se quejaba tanto o si solo estaba teniendo un mal día. Le dije que ese era su buen humor.

—En su defensa —dijo Katerina, tomando una galleta y mordiéndola con satisfacción—. Está bajo mucha presión. El negocio, la economía, mantener a cientos de empleados trabajando... no es fácil.

—Nada es fácil para ese chico —dijo Matilde, sacudiendo la cabeza—. Se lo hace difícil a sí mismo. Como su padre, que en paz descanse. Los hombres Diakos no saben cómo relajarse.

Hubo un momento de silencio, algo respetuoso, algo triste.

Luego, Katerina sacudió la cabeza y sonrió a Aria con un gesto que era un poco pícaro, un poco conspirador.

—No le hagas caso a mi nieto —dijo—. Ladra mucho pero no muerde... Bueno, no mucho.

—Katerina —rio Matilde—. No asustes a la pobre chica.

—No la estoy asustando, la estoy preparando. —Katerina dio un sorbo de café—. Ulises va a querer informes. Va a querer actualizaciones. Va a querer saber cada pequeña cosa que hago, cada comida que como, cada paso que doy. Y cuando venga a visitarme, lo cual será el próximo fin de semana, va a inspeccionar todo como si fuera un general inspeccionando sus tropas.

—Él solo se preocupa —dijo Matilde.

—Lo sé. Y está bien. Pero es agotador. —Katerina miró a Aria—. Así que aquí está mi consejo, de una mujer que ha lidiado con

hombres Diakos durante más de sesenta años: sé firme. No dejes que te intimide. Y cuando te dé órdenes, porque te dará órdenes, un montón de ellas, escúchalas, asiente educadamente, y luego… y luego no le hagas ni caso.

Aria no pudo evitarlo. Se rio. Se rio hasta que le dolieron los costados, hasta que tuvo que limpiarse las lágrimas de los ojos. Katerina y Matilde se unieron a ella.

—Tengo que obedecerle, es mi jefe —dijo.

—Ya me lo dirás dentro un mes —repuso Katerina.

—Espero durar un mes —dijo Aria.

—No voy a permitir que te despida —aseveró Katerina—. Estoy harta de que esta casa se haya convertido en un ir y venir de cuidadoras. No, no voy a dejar te vayas.

Aria sonrió. Y rezó porque fuera así, necesitaba aquel trabajo para pagar las deudas que tenía.

CAPÍTULO 7

La habitación de Aria estaba en el segundo piso, al final de un pasillo decorado con fotografías familiares en marcos de plata y una alfombra persa tan suave que Aria sintió culpa por tener que pisarla.

Katerina abrió la puerta.

—Esta es tu habitación.

Aria entró y se quedó completamente inmóvil.

—Esta... esta no puede ser mi habitación.

—¿Por qué no? —Katerina parecía confundida.

—Porque es... es...

—¿Demasiado grande? —terminó de decir Matilde detrás de ellas—. Todas las habitaciones de esta casa son demasiado grandes. Los Diakos nunca han entendido el concepto de moderación arquitectónica.

Demasiado grande era quedarse corta.

La habitación era aproximadamente del tamaño del apartamento que Aria había compartido con sus dos compañeras de piso en Atenas. Había una cama gigante con un cabecero de hierro forjado pintado de blanco, cubierta con ropa de cama de color crema que parecía tan suave que quizá estaba hecha de nubes o de lágrimas de ángel o de algo igualmente ridículo.

Un armario antiguo que podría fácilmente guardar la ropa de tres personas. Un escritorio de madera junto a la ventana con una silla también de madera. Una cómoda con un espejo ovalado. Un sillón de lectura en la esquina junto a una estantería que ya estaba llena de libros. Y una puerta que presumiblemente llevaba al baño.

Y las ventanas. Dios, las ventanas.

Dos ventanas enormes que iban del suelo casi hasta el techo, con puertas de cristal que se abrían a un balcón, y más allá de eso, más allá de la barandilla de piedra blanca y las macetas de geranios rojos, estaba el mar.

El mar Jónico en toda su gloria, extendiéndose hasta el horizonte en cada tonalidad de azul que existía. Turquesa cerca de la costa, cobalto más lejos, y casi índigo donde se encontraba con el cielo. El sol brillaba sobre el agua como diamantes esparcidos, y Aria podía ver un pequeño bote pesquero en la distancia, con las velas blancas capturando el viento.

—No puedo... —Aria sacudió la cabeza—. Esto debe ser para invitados importantes. Yo debería estar en... no sé, las habitaciones del servicio o algo así.

Katerina resopló con tanta fuerza que sonó como un bufido.

—Las habitaciones del servicio. Como si esto fuera Downton Abbey. No, no tenemos habitaciones del servicio. Matilde vive en el pueblo con su familia. Yiannis tiene su propia casa en el otro lado de la isla. Y esta habitación ha estado vacía durante años porque nadie quiere quedarse después de trabajar para Ulises más de unas cuantas semanas.

—Tres semanas —corrigió Matilde—. La última chica duró tres semanas. Un récord.

—Ah sí, la pelirroja con acento de Tesalónica. Me gustaba. —Katerina suspiró—. Ulises la hizo llorar cuando reorganizó el botiquín y las vitaminas no estaban en orden alfabético.

—¿En... en orden alfabético? —Aria parpadeó.

—No preguntes. —Matilde agitó la mano con resignación—. Ulises tiene sus peculiaridades. Es mejor simplemente aceptarlas.

Katerina se acercó al armario y lo abrió, revelando perchas de madera (perchas de madera, no de plástico barato) y suficiente espacio, tal y como Aria había pensado, para guardar la ropa de varias personas.

—Ulises hizo que lo reacondicionaran el mes pasado.

Las dos maletas de Aria, modestas, con las ruedas ligeramente desgastadas, estaban colocadas cuidadosamente a los pies de la cama.

Yiannis las había dejado ahí.

Katerina caminó hacia la puerta del baño y la abrió.

—Esto quizás también te va a abrumar, así que prepárate —dijo.

Aria se asomó.

Wow. Era verdad, resultaba abrumador.

El baño era todo mármol blanco y accesorios de cromo, con una ducha de lluvia, una bañera independiente que invitaba a baños de burbujas con vino, y suficiente espacio en la encimera como para montar una tienda de cosméticos.

—Hay toallas en el armario. —Matilde señaló un armario empotrado.

Katerina se giró hacia Aria con una sonrisa cálida en los labios.

—Instálate tranquila. Tómate tu tiempo. Date una ducha si quieres, date un baño, o simplemente quédate mirando las vistas si eso es lo que necesitas. No hay prisa. Comemos a las dos, pero si tienes hambre antes, Matilde siempre tiene algo en la cocina.

—Siempre —confirmó Matilde—. Es imposible pasar hambre en esta casa. Cocino como si estuviera alimentando a un ejército.

—Y yo como como un ratón, así que tenemos suficientes sobras para alimentar al pueblo entero. —Katerina le dio una palmadita a Aria en el brazo—. Estaré en el jardín. Ven a buscarme si necesitas algo, o simplemente quédate aquí y descansa. Has tenido una mañana larga.

—Gracias —agradeció Aria, que no sabía muy bien qué decir.

—No se merecen —contestó Katerina.

Las dos mujeres se fueron. Sus voces se desvanecieron por el pasillo. Matilde diciendo algo sobre preparar *dolmades* para la cena, y Katerina respondiendo que no, que nada de *dolmades*, que le había prometido a su estómago una pausa de las hojas de parra rellenas.

Y Aria se encontró sola.

Completamente sola.

Se giró lentamente, absorbiendo de nuevo todo lo que había en la habitación. Caminó hacia las ventanas como si estuviera en trance, empujó las puertas de cristal, y salió al balcón.

La brisa del mar golpeó su rostro inmediatamente, cálida, salada y perfecta. El sonido de las olas era un murmullo constante bajo, rítmico y relajante. Podía oler jazmín de algún lugar cercano, mezclándose con el aire marino para crear algo que era única e inconfundiblemente mediterráneo.

Aria se apoyó en la barandilla de piedra y contempló las vistas.

El mar. El cielo. El pequeño pueblo abajo, con sus tejados de terracota y su pequeño puerto donde las barcas se mecían suavemente. Las colinas verdes en la distancia. Todo era tan bonito que casi dolía.

«¿Esto es real? —pensó, pellizcándose discretamente el brazo para comprobarlo—. ¿Me pagan por trabajar aquí? ¿Por quedarme en esta habitación con estas vistas?, ¿por pasar tiempo con Katerina,

que es probablemente la persona más encantadora que he conocido?, ¿por vivir en esta casa que parece sacada de una revista?

Sonrió.

No pudo evitarlo.

Sonrió tan ampliamente que le dolieron las mejillas.

—Gracias —dijo, sin estar segura a quién le estaba agradeciendo exactamente—. Al universo. Al destino. A la agencia de empleo. A quien sea responsable de esto —enumeró.

Y luego, como se conocía, se dijo:

—No lo arruines, Aria. Por favor, por favor, no encuentres alguna manera de arruinarlo. Necesitas este trabajo. Lo necesitas como respirar.

Se quedó ahí un rato más, dejando que el viento despeinara su pelo castaño, dejando que el sol calentara su piel, dejando que todo el estrés de la mañana, el ferry, el trayecto en coche con Ulises al lado y su abrumadora intensidad, la incertidumbre sobre si la cosa funcionaría, cómo sería el carácter de Katerina, se disolviera en el aire salado.

Finalmente, con un suspiro satisfecho, entró de nuevo.

Sus maletas la esperaban, pacientes y modestas.

—Está bien —dijo, arremangándose metafóricamente—. Hora de hacerlo oficial. Hora de deshacer las maletas.

Arrastró la primera sobre la enorme cama y la abrió.

Toda su ropa estaba cuidadosamente doblada siguiendo ese método que había visto en YouTube y que supuestamente ahorraba espacio.

Comenzó a trasladar todo al armario, colgando prendas en aquellas elegantes perchas, doblando otras y metiéndolas en los cajones con olor a madera, que se deslizaban tan suavemente dentro de ellos que parecían flotar.

—Madre mía, este armario es más grande que mi dormitorio en Atenas —dijo en voz alta, mirando toda la ropa que había llevado y que solo había llenado un cuarto del espacio disponible—. Podría traer a mis dos compañeras de piso a vivir aquí y todavía tendríamos espacio de sobra.

Fue mientras estaba doblando la quinta camiseta, una verde que estaba ligeramente desteñida por tantos lavados pero que era cómoda, así que se negaba a tirarla, cuando la imagen de Ulises se coló en su cabeza sin invitación.

Ulises esperándola en el puerto, con sus ojos verdes imposibles y su traje. Ulises mirándola con el ligero ceño fruncido. Ulises diciendo su nombre (Señorita Shaw) de esa manera formal y distante que de alguna forma había hecho que su apellido inglés sonara más interesante de lo que jamás había sonado.

—No —se dijo con firmeza en voz baja—, agitando la cabeza como si así pudiera echar el pensamiento de su mente—. No. No. Y no. Ni siquiera vayas por ahí.

Dejó caer la camiseta en un cajón.

Ulises Diakos era su jefe. Un jefe imposible, controlador, intimidante. Un hombre que hacía listas y pilotaba helicópteros y que probablemente nunca había tenido un pensamiento despreocupado en su vida. Un hombre que había hecho llorar a una mujer porque las vitaminas no estaban colocadas en orden alfabético, por el amor de Dios.

—Es ridículo incluso pensar en... en lo que sea que *no* estoy pensando porque *no* estoy pensando en nada —se dijo, abriendo la cremallera de la segunda maleta con determinación.

Aquella maleta tenía su neceser, sus libros, su viejo portátil, su cargador de teléfono y algunas fotografías enmarcadas de su familia.

Llevó las fotos a la cómoda y las colocó cuidadosamente sobre ella. Su madre y su abuela mirando a la cámara con esa expresión dulce que escondía el corazón más noble que había conocido. Su

prima Anastasia, haciendo una cara tonta en su graduación universitaria.

Pero incluso mientras miraba aquellas imágenes, incluso mientras enfocaba su mente en los recuerdos familiares, parte de su cerebro seguía pensando en los ojos verdes, los trajes perfectos y la forma en que Ulises se había ablandado ligeramente al hablar con su abuela.

—Para —se ordenó, alejándose de la cómoda—. Para ahora mismo.

Necesitaba una distracción.

El teléfono.

Sí, el teléfono.

Llamaría a su madre. Era algo perfectamente razonable y normal y no tenía nada que ver con expulsar pensamientos no deseados de su cabeza.

Buscó su bolso, lo abrió, metió la mano al fondo y sacó el móvil. Desbloqueó la pantalla y marcó el número de su madre.

Dos tonos.

—¿Aria? ¿Cariño? ¿Has llegado bien? —La voz de su madre era cálida y familiar y exactamente lo que Aria necesitaba escuchar.

—Hola, mamá. Sí, he llegado bien. El ferry fue... bueno, un ferry.

—¿Largo?

—Interminable.

—¿Y qué tal con el señor Diakos?

Aria se movió de nuevo hacia las ventanas.

—Bien, solo que es... muy serio. Muy profesional. Muy... intenso, supongo.

—Intenso —repitió su madre, en ese tono que significaba que aquella palabra requería una explicación extra.

—Tiene opiniones muy estrictas sobre cómo deben hacerse las cosas. Y listas. Al parecer, ama las listas más de lo que ama a la mayoría de las personas.

Su madre se rio.

—¿En serio?

—Sí.

—Suena agotador.

—Probablemente lo es. Pero no vive aquí, así que eso ayuda. —Aria se apoyó contra el marco—. Pero mamá, la señora Katerina, su abuela, es encantadora. Absolutamente encantadora. Divertida, cálida y para nada frágil como esperaba. Cuando hemos llegado estaba trabajando en el jardín. *Trabajando*. Plantando cosas, regando y abonando.

—¿A sus ochenta y cuatro años? Dios la bendiga —dijo Eleni.

—¿Verdad? Y es tan amable, mamá. Me ha hecho sentir bienvenida de inmediato. Y hay un ama de llaves, Matilde, que hace galletas y café y que también es muy amable.

—Suena maravilloso, cariño. —Aria podía escuchar la sonrisa en la voz de su madre—. ¿Y la casa? ¿Cómo es?

Aria echó un vistazo a su alrededor.

—La casa es... no tengo palabras para describirla. Es enorme. Como salida de una película. Tiene una piscina infinita y jardines en todas partes y arte en las paredes y mi habitación... Oh, mamá, mi habitación tiene una terraza privada con vistas al mar y un baño que es más grande que nuestra sala de estar y…

Se detuvo, dándose cuenta de que estaba parloteando, de que las palabras salían en un torrente de su boca.

—La tendrías que ver, mamá. ¡Es una pasada!

Su madre se rio de nuevo. Ese sonido cálido y afectuoso que había consolado a Aria durante muchas rodillas raspadas y corazones rotos y crisis existenciales de medianoche.

—Estoy tan feliz por ti, mi niña. Tan, tan feliz. Te lo mereces. Después del último año que has pasado, después de ese horrible trabajo en esa horrible oficina con ese horrible jefe…

—El señor Papadakis no era tan horrible…

—Te hizo trabajar en Navidad —la cortó Eleni.

—Vale, sí, era horrible.

—Te mereces esto. Estar en un lugar tan bonito, que la señora Katrina sea encantadora. Esta oportunidad. —Eleni hizo una pausa antes de decir—: ¿Estás feliz, cariño?

Aria miró hacia el mar, hacia el cielo, hacia toda aquella belleza sobrecogedora que de alguna manera ahora era su vida.

—Sí —respondió—. Creo que lo estoy.

Hablaron durante un rato más. Su madre le puso al día sobre su trabajo como limpiadora de la pequeña escuela del pueblo y sobre el chisme del vecindario (la señora Kostakis finalmente se había divorciado de su marido, para sorpresa de nadie), antes de que Eleni se diera cuenta de que llevaban mucho tiempo al teléfono.

—Deberíamos dejarlo por hoy, no quiero que te regañen —dijo su madre—. Deshaz las maletas, instálate. Descansa un poco. ¿Me llamas mañana?

—Te lo prometo —dijo Aria.

—Te quiero, cariño.

—Te quiero, mamá.

Colgó, sosteniendo el teléfono contra el pecho durante unos segundos, sintiendo ese tirón de nostalgia que se formaba en su pecho por estar lejos del hogar mezclado con la emoción de un nuevo comienzo.

Luego, con una energía renovada, continuó deshaciendo las maletas.

Cuando terminó, sentía la habitación... no exactamente como suya, todavía, pero iba en camino de ser suya. De transformarse en su espacio, en su refugio.

Se dejó caer en el sillón de lectura, que era tan cómodo que inmediatamente entendió que podría quedarse dormida allí si no tenía cuidado, y dejó que sus ojos recorrieran el espacio una vez más.

—Esto es real. Realmente está sucediendo —murmuró.

El mar brillaba bajo el sol de la mañana. En algún lugar abajo, Katerina seguía en su jardín. En la cocina, Matilde seguro que estaba preparando algo delicioso para comer.

Y en algún lugar de Atenas, Ulises Diakos estaría revisando correos electrónicos, informes, realizando llamadas telefónicas o haciendo lo que fuera que los magnates griegos hicieran con su tiempo.

«No pienses en él», se dijo en silencio una última vez.

Pero mientras se refrescaba la cara y se ponía ropa más cómoda para bajar y buscar a Katerina, una pequeña parte traicionera de su mente susurró:

«Demasiado tarde.»

CAPÍTULO 8

El trayecto en helicóptero desde Ítaca hasta el helipuerto privado en la azotea del edificio Diakos Corporation, en pleno corazón financiero de Atenas, duró exactamente sesenta y dos minutos. Dos minutos más de lo previsto debido a un ligero viento en contra sobre el golfo de Corinto.

Ulises Diakos odiaba los vientos en contra. Odiaba cualquier cosa que alterara sus planes, sus horarios o su visión del mundo perfectamente estructurada.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron con un suave *ding* en la planta cuarenta y cinco, salió con su habitual zancada depredadora. El aire acondicionado de las oficinas lo envolvió, frío, estéril y con ese sutil aroma a ozono y productos de limpieza que siempre le ayudaba a concentrarse. Atrás quedaba el olor a sal, a lavanda y a la tierra húmeda del jardín de su abuela. Atrás quedaba el sol deslumbrante del Jónico.

Y atrás quedaba Aria Shaw.

Empujó la puerta de cristal de su despacho, esperando encontrar su templo de orden y silencio. Un espacio inmenso de tonos grises y negros, con ventanales que ofrecían una vista panorámica de la Acrópolis y un escritorio de cristal tan limpio que parecía no haber sido usado nunca.

En lugar de silencio, encontró a Tobías.

Tobías Makris, jefe de finanzas, su mejor amigo desde los días de la universidad y la única persona en toda Grecia que no le tenía ni una pizca de miedo, estaba desparramado en uno de los sofás de cuero blanco. Tenía los pies cruzados sobre la inmaculada mesa auxiliar, sostenía una taza de café jamaicano de Ulises en una mano y estaba lanzando una pelota de goma contra el ventanal panorámico, atrapándola al rebote con una pereza envidiable.

Físicamente, Tobías era la antítesis de Ulises. Mientras que Ulises era todo ángulos duros, trajes oscuros y tensión contenida, Tobías era luz y calma. Tenía el pelo rubio oscuro y siempre parecía estratégicamente despeinado, ojos de un azul claro y risueño, y llevaba un traje gris claro con una camisa blanca y una corbata azul oscuro ligeramente aflojada. La chaqueta descansaba sobre el respaldo del sofá.

—Llegas tarde —canturreó Tobías, atrapando la pelota con un chasquido—. Dos minutos tarde, para ser exactos. Estaba a punto de llamar a la guardia costera. Pensé que el helicóptero se había estrellado o, peor aún, que te habías detenido a oler las flores.

Ulises cerró la puerta a su espalda y dejó el maletín sobre el escritorio con un golpe seco.

—Viento en contra —murmuró, dirigiéndose hacia la máquina de agua para servirse un vaso—. Y quita los pies de la mesa auxiliar, Tobías. Sabes que detesto que hagas eso.

Tobías sonrió, una sonrisa amplia y descarada que solía desarmar a juntas directivas enteras, y bajó los pies con una lentitud teatral.

—¿Qué tal por Ítaca? ¿Sigue la isla en su sitio o la has reestructurado para que sea más aerodinámica?

—La isla está bien. Mi abuela está bien. Todo está... en orden. — Ulises bebió el agua de un trago, sintiendo cómo el líquido frío le calmaba un poco la irritación que siempre le producía salir de su zona de confort.

Tobías se incorporó, apoyando los codos en las rodillas, y lo miró con una agudeza que escondía bajo su fachada de playboy despreocupado.

—¿Y la nueva cuidadora? ¿Ya está instalada en la fortaleza Diakos?

—Sí. La he dejado allí hace algo más de una hora —respondió Ulises.

Tobías se persignó con la mano libre y miró hacia el techo de la oficina.

—Que Dios se apiade de ella. Y de su alma inmortal —dijo.

Ulises lo fulminó con la mirada, rodeando el escritorio para dejarse caer en su silla ergonómica. Encendió la pantalla del ordenador con un toque seco.

—No seas ridículo. Es un trabajo excelente. El sueldo está tres veces por encima del mercado, las condiciones son inmejorables y mi abuela es la persona más fácil de tratar del mundo.

—Tu abuela es un ángel que bajó del cielo para compensar el hecho de que su nieto es la reencarnación de Hades —replicó Tobías, dando un sorbo a su café—. No rezo por Katerina, rezo por la cuidadora. ¿Cuánto le damos a esta? ¿Dos semanas? ¿Tres? La última pobre chica aguantó tres semanas antes de huir llorando porque le exigiste no sé qué.

—Si hicieran bien su trabajo, no tendría que despedirlas —se defendió Ulises, sintiendo que la vena de la sien empezaba a palpitar.

Tobías soltó una carcajada que resonó en las paredes de cristal.

—¡Si hicieran bien su trabajo! Joder, a la penúltima la regañaste porque cortó los trozos de tomate de la ensalada más grandes de lo supuestamente debido. ¿Cuánto fue? ¿Unos cuantos milímetros? ¡Por Dios, Ulises! ¡Ni siquiera un chef con estrella Michelin saca una regla para medir un trozo de tomate!

—Mi abuela es mayor, puede atragantarse —replicó Ulises. Se pasó una mano por el pelo, desordenando ligeramente la perfección de su peinado—. Mira, no es un capricho. Es mi abuela. Tiene ochenta y cuatro años. Es lo único que me queda. Si no soy yo el que exige que se la cuide bien, ¿quién lo hará? ¿Me vas a culpar por querer lo mejor para ella?

El tono de Ulises se había suavizado, revelando una vulnerabilidad blindada y que solo mostraba de vez en cuando a Tobías. El jefe de finanzas suspiró, dejando la taza sobre la mesa (usando un posavasos, para alivio de Ulises) y lo miró con afecto.

—No te culpo por quererla, Ulises. Ni por protegerla. Te culpo por tratar a las cuidadoras como si fueran reclutas en un campo de entrenamiento militar. Tienes que relajarte. Katerina necesita compañía, no un sargento de artillería vigilando su perímetro. —Tobías se puso de pie, estirándose como un gato perezoso, y caminó hacia el escritorio de Ulises, apoyando las manos en el borde de cristal—. Así que, dime. ¿Cómo es esta nueva víctima? ¿Es de las que lloran rápido o de las que se quedan paralizadas muertas de miedo cuando frunces el ceño?

Ulises apartó la vista de la pantalla del ordenador. Involuntariamente, la imagen de Aria apareció en su mente. Su currículum arrugado, sus zapatos ligeramente desgastados, y esa actitud de «no me vas a pisar» que irradiaba por cada poro.

—Ninguna de las dos cosas —admitió a regañadientes—. Es... un poco insolente.

Tobías enarcó ambas cejas, sorprendido.

—¿Insolente? ¿Contigo? ¿Con Ulises Diakos, el hombre que hace temblar a los empresarios de medio mundo?

—Me contestó en la entrevista. Me dijo que no era un robot y que si quería a alguien que siguiera órdenes sin rechistar, que contratara a una empresa tecnológica. —Ulises apretó la mandíbula al recordarlo, aunque, muy en el fondo, una chispa de diversión que

se negaba a reconocer bailaba en su interior—. Y hoy, cuando le he presentado a mi abuela, prácticamente se ha aliado con ella para echarme del jardín.

La sonrisa de Tobías se amplió de forma exagerada hasta amenazar con dividirle la cara en dos. Se dejó caer en una de las sillas que había frente al escritorio, frotándose las manos con anticipación.

—Oh, me gusta. Me gusta mucho —dijo—. Una chica con agallas. ¿Y no la has despedido en el acto? Ulises, me estás asustando. ¿Te has golpeado la cabeza en algún momento?

—Necesitaba a alguien con urgencia, la agencia ya no tenía más candidatas dispuestas a ir a la isla, y no quería que mi abuela se quedara sola —se justificó Ulises, tecleando su contraseña con una fuerza que no era necesaria—. Es temporal. En cuanto cometa el primer error grave, o en cuanto intente saltarse las pautas médicas, estará fuera.

—Claro, claro, las pautas médicas... —se burló Tobías. Se inclinó hacia delante, entrecerrando los ojos con una expresión pícara en ellos—. ¿Y cómo es? Físicamente, quiero decir. Porque si tiene agallas para plantarte cara, ya tiene mi respeto. Si además es guapa, puede que me pase por Ítaca este fin de semana a ver a tu abuela.

Ulises sintió un molesto pinchazo debajo de las costillas. Clavó sus ojos verdes en su amigo.

—Es una empleada, Tobías. Y tú tienes prohibido acercarte a la isla para acosar a mi personal —aseveró.

—¡Yo no acoso! Yo... solo quiero darle la bienvenida. —Tobías soltó una carcajada al ver la expresión asesina de su amigo y jefe—. Dios, Ulises, si las miradas mataran, ahora mismo yo sería un charco de cenizas en tu mullida moqueta. Vale, vale, capto el mensaje. La señorita Shaw es territorio prohibido —dijo—. Pero no me has respondido. ¿Es guapa?

Ulises intentó mantener su rostro sin ningún cambio de expresión. ¿Era guapa? La pregunta era ridícula. Por supuesto que se había dado cuenta de que era guapa. Se había fijado en la curva de sus labios, en la forma en que sus ojos avellana parecían poseer destellos dorados bajo el sol, y cómo el traje azul marino barato se ajustaba a su figura de una manera que desafiaba la mala calidad de la tela.

—Es aceptable —mintió con voz monocorde, volviendo su atención a la pantalla—. Tiene dos brazos, dos piernas y una cabeza. No la he contratado para un certamen de belleza.

Tobías soltó un bufido, negando con la cabeza mientras se levantaba para recoger su chaqueta del respaldo del sofá.

—Aceptable —repitió—. Eres de piedra, Ulises. De maldito mármol del Partenón. —Se echó la chaqueta al hombro y caminó hacia la puerta—. Bueno, estatua de mármol, te dejo con tus adorados informes. Tenemos la reunión con los inversores alemanes a las cuatro. Trata de no despedir a nadie de aquí a entonces, ¿quieres? Recursos Humanos me ha pedido que te esconda los bolígrafos rojos.

—Llega puntual, Tobías. Y ajústate la corbata, pareces un extra de una película de mafiosos de los ochenta —dijo Ulises.

Tobías le guiñó un ojo desde la puerta.

—Y tú pareces el hombre de hojalata del Mago de Oz. Te hace falta un corazón, Ulises —bromeó.

Antes de que Ulises pudiera replicar, Tobías cerró la puerta, dejando tras de sí el eco de su risa.

Ulises se quedó solo en el silencio del despacho. Miró el informe financiero en su pantalla, pero las cifras parecían borrosas. Suspiró, se recostó en el sillón negro y, muy a su pesar, la imagen de Aria sonriendo en el jardín de su abuela volvió a colarse en su mente.

«Aceptable», pensó, frotándose el puente de la nariz.

Qué mentira más grande.

CAPÍTULO 9

El sol de media tarde comenzaba a teñir el mar Jónico de tonos dorados y naranjas cuando el viejo portátil de Aria, que sonaba como un avión a punto de despegar cada vez que abría más de tres pestañas en el navegador, emitió un agudo *ping*.

Aria estaba tumbada boca abajo en la inmensa cama de su habitación, descalza, con los pies balanceándose en el aire y disfrutando de la brisa marina que entraba por las puertas del balcón, mientras hojeaba en TikTok trucos para eliminar el *frizz* del pelo. Había pasado la tarde ayudando a Katerina (o más bien, viendo cómo Katerina trabajaba incansablemente) a trasplantar unas hortensias.

Se estiró perezosamente hacia la mesita de noche y arrastró el portátil hacia ella. Abrió la bandeja de entrada.

Allí estaba. El temido correo de Ulises. Katerina se lo había advertido. Matilde se lo había advertido. Maggie, en Atenas, también se lo había advertido. Todo el mundo se lo había advertido.

De: Ulises Diakos [udiakos@diakoscorp.gr]

Para: Aria Shaw [ariashaw.art@gmail.com]

Asunto: Protocolos y Directrices - Katerina Diakos

Archivos adjuntos:

Protocolo_Asistencia_KD_Rev4.pdf (4.2 MB)

Aria hizo clic en el archivo adjunto. El PDF se abrió, revelando una portada sobria con el logo de la empresa de Ulises.

Desplazó el cursor hacia abajo.

Página 1 de... 47.

—Cuarenta y siete páginas —dijo Aria en voz alta, soltando una carcajada que resonó en la enorme habitación—. ¿Qué es esto, el Tratado de Versalles?

Había un índice y todo.

Un maldito índice.

Sección 1: Horarios de medicación, efectos secundarios y contraindicaciones alimentarias.

Sección 2: Rutinas de ejercicio cardiovascular ligero.

Sección 3: Protocolos de emergencia y números de contacto (ordenados por nivel de gravedad)...

—La madre que lo parió —se le escapó decir en voz baja.

Aria se mordió el labio inferior. Sabía que debía responder con un simple «Recibido, señor Diakos. Lo leeré de inmediato». Eso sería lo profesional. Lo sensato. Lo que Ulises esperaría. Lo que haría alguien que quisiera conservar su trabajo sin sobresaltos.

Pero Aria nunca había sido buena reprimiendo su ironía, especialmente cuando se enfrentaba a niveles absurdos de control. Sus dedos volaron sobre el teclado desgastado.

De: Aria Shaw [ariashaw.art@gmail.com]

Para: Ulises Diakos [udiakos@diakoscorp.gr]

Asunto: Re: Protocolos y Directrices / ¿Incluye índice analítico?

Estimado señor Diakos:

Acuso recibo del documento adjunto. Cuarenta y siete páginas. Impresionante. Mi tesis sobre el arte bizantino tenía menos extensión y me llevó seis meses escribirla.

Tengo una duda logística antes de comenzar mi lectura: ¿Debería encuadernarlo en piel con letras doradas, o una simple espiral de plástico será suficiente para el uso diario?

Atentamente,
Aria Shaw

Le dio a enviar antes de arrepentirse.

Sonrió.

A trescientos kilómetros de allí, en su despacho de la planta cuarenta y cinco, Ulises estaba revisando un contrato naval cuando la notificación de un nuevo correo apareció en la esquina de su monitor.

Vio el remitente. Vio el asunto.

«¿Incluye índice analítico?»

Ulises parpadeó. Abrió el correo. Leyó las tres breves líneas de Aria. Su ceño, que habitualmente estaba fruncido con varias líneas verticales, se profundizó.

¿Se estaba burlando de él? Sí, definitivamente se estaba burlando de él. Nadie en su empresa, ni siquiera Tobías en sus peores días, se atrevía a responder a un correo suyo con sarcasmo. Bueno, Tobías sí.

Una extraña sensación, algo peligrosamente parecido a la diversión, le hizo cosquillas en la base de la garganta. La reprimió de inmediato, enderezando la espalda.

De: Ulises Diakos [udiakos@diakoscorp.gr]

Para: Aria Shaw [ariashaw.art@gmail.com]

Asunto: Re: Re: Protocolos y Directrices / ¿Incluye índice analítico?

Señorita Shaw:

Una grapa en la esquina superior izquierda será suficiente. La información contenida en el documento es vital para el bienestar de mi abuela, no una sugerencia literaria.

Cuando termine de leer este correo, le ruego que baje a mi despacho en la primera planta de la villa. En él encontrará una impresora de alta capacidad. Imprima el documento para tenerlo a mano en todo momento.

UD.

Aria soltó una risita al leer la respuesta. *UD*. Ni siquiera un «saludos» como despedida. Solo la inicial de su nombre y de su apellido, seguido del logotipo de la empresa, como si cada letra le costara dinero.

«Madre mía», pensó.

De: Aria Shaw [ariashaw.art@gmail.com]

Para: Ulises Diakos [udiakos@diakoscorp.gr]

Asunto: Re: Re: Re: Protocolos y Directrices / ¿Incluye índice analítico? / Misión Aceptada (¿Hay alarma de seguridad?)

Entendido, jefe. Una grapa. Nada de lujos.

Me dirijo a su despacho ahora mismo. Solo por precaución: ¿necesito escanear mi retina en la puerta, meter una contraseña en griego antiguo, o sacrificar una cabra para poder entrar? No quisiera activar las alarmas y que Yiannis tenga que venir a rescatarme.

A.

Ulises leyó el correo casi al instante. Esa vez, no pudo evitarlo, la comisura de su labio derecho se elevó un milímetro. O dos. Para Ulises Diakos, eso equivalía a una carcajada a mandíbula batiente.

Se reclinó en el sillón de cuero, tamborileando con los largos dedos sobre el cristal del escritorio. *Misión Aceptada.* ¿Quién se creía esa chica que era? ¿Acaso no sabía con quién estaba hablando? Él era su jefe. La persona que podía mandarla a la puta calle.

Estaba en la cuerda floja, a un paso de ser despedida por insubordinación, y sin embargo... no pudo evitar contestarle.

De: Ulises Diakos [udiakos@diakoscorp.gr]

Para: Aria Shaw [ariashaw.art@gmail.com]

Asunto: Re: Re: Re: Re: Protocolos y Directrices / ¿Incluye índice analítico? / Misión Aceptada (¿Hay alarma de seguridad?)

La puerta está abierta, señorita Shaw. No hay alarma.

Le sugiero que deje a las cabras de la isla en paz. Simplemente entre, imprima el documento, no toque nada más que la impresora y salga. Confío en que pueda manejar la misión sin incidentes.

UD.

Aria delineó en sus labios una sonrisa triunfal. Había conseguido que le siguiera el juego. A su manera rígida y robótica, pero lo había hecho.

Se levantó de la cama, portátil en mano, y salió al pasillo. Bajó las majestuosas escaleras de mármol hacia la planta baja. Matilde le había dicho dónde estaba el despacho de Ulises durante un breve

recorrido por la mañana, detrás de una imponente puerta de caoba maciza al final del ala oeste.

Aria se detuvo frente a la puerta. «La puerta está abierta», había escrito él. Giró el pomo de bronce y empujó.

El despacho de Ulises en Ítaca era exactamente como se imaginaba que sería. Básicamente como él. Oscuro, elegante, intimidante y extremadamente ordenado. Las paredes estaban forradas de estanterías de madera repletas de libros (organizados por tamaño y color, notó Aria con una mezcla de horror y fascinación). Había un enorme escritorio de nogal en el centro, completamente despejado salvo por un par de pisapapeles de cristal y un portátil cerrado.

Y luego estaba el olor.

Aria cerró los ojos un segundo. El despacho olía a él. A esa colonia amaderada, a bergamota y algo limpio y masculino que había inundado el interior del Mercedes aquella mañana. Era un olor que te envolvía, que te hacía querer respirar un poco más profundo.

—Céntrate, Aria —se susurró a sí misma, abriendo los ojos de golpe.

Localizó la impresora en una mesa lateral. Era un monstruo tecnológico que parecía capaz de imprimir, escanear y tal vez preparar un café *espresso*.

Aria conectó su portátil por Bluetooth (gracias a Dios, la red no tenía contraseña). Entró en su correo electrónico y le dio a imprimir al famoso PDF de 47 páginas.

La máquina cobró vida con un leve zumbido y comenzó a escupir hojas a una velocidad vertiginosa.

Mientras esperaba, Aria paseó la mirada por el despacho. «No toque nada más que la impresora», había dicho Ulises.

Está bien, le haría caso. No quería problemas. Ya había tentado demasiado a su suerte aquel día.

Aria cruzó las manos a la espalda como una niña en un museo para evitar la tentación.

Vio una pequeña fotografía enmarcada en plata en una de las estanterías. Era Ulises, mucho más joven, tal vez con veintipocos años, junto a Katerina el día de la graduación. Él estaba sonriendo. Una sonrisa real, abierta, que se reflejaba en sus ojos y le formaba un pequeño hoyuelo en la mejilla izquierda.

Aria se quedó mirándola, fascinada. Así que el tirano sabía sonreír. O lo había hecho en algún momento.

La impresora emitió un pitido, anunciando que había terminado. Aria apartó la mirada de la fotografía y se giró. Recogió el grueso fajo de folios, buscó una grapadora en un cajón lateral (rompiendo la regla de no tocar nada más, pero era por una necesidad puramente logística) y grapó la esquina superior izquierda con fuerza.

—Misión cumplida, jefe —murmuró al aire vacío del despacho.

En Atenas, la ciudad bullía bajo el calor de la tarde, pero el despacho de Ulises era un oasis de silencio y temperatura ideal.

Ulises tenía el informe financiero abierto en la pantalla, pero sus ojos llevaban cinco minutos fijos en la misma línea de texto sin procesar una sola palabra.

Su mente seguía volviendo al intercambio de correos con Aria.

«¿Necesito escanear mi retina, meter una contraseña en griego antiguo, o sacrificar una cabra?»

Ulises soltó un suspiro despacio, como si se estuviera armando de paciencia, y se pasó una mano por el rostro.

Las otras cuidadoras temblaban cuando él les enviaba un simple mensaje de texto preguntando por la tensión arterial de su abuela. Las otras cuidadoras le llamaban «Señor Diakos» con voz temblorosa y evitaban mirarle a los ojos.

Aria Shaw, con sus 73 euros en la cuenta bancaria (él había hecho que investigaran sus antecedentes, por supuesto), su ropa de rebajas y su currículum «aceptable», no le tenía miedo. En absoluto. Le vacilaba. Le desafiaba con una ligereza y un buen humor que a Ulises le resultaba completamente de otro mundo. Alienígena.

Y lo peor de todo... lo peor de todo era que no le molestaba.

Ulises giró el sillón para mirar por el ventanal hacia la Acrópolis. Recordó la chispa de rebeldía en los ojos color avellana de Aria, la forma en que se había reído con su abuela en el jardín, llenando el aire de la villa con un sonido que había estado ausente durante mucho tiempo.

—Aria Shaw... —murmuró su nombre en el silencio del despacho.

Sonaba bien. Sí, sonaba bien.

Enderezó la espalda de golpe, frunciendo el ceño, enfadado consigo mismo por los derroteros por los que iban sus pensamientos. Era su empleada. Era la cuidadora de su abuela. Era una mujer insolente que necesitaba aprender a seguir las reglas.

Él le enseñaría.

Esas cosas se le daban bien.

CAPÍTULO 10

El sol de la tarde había comenzado a suavizarse, bañando la terraza de la villa con una luz anaranjada que invitaba a la pereza, a no hacer nada. Katerina estaba sentada en su sillón de mimbre favorito, bajo la sombra de una pérgola cubierta de buganvillas en flor, con una taza de té blanco humeando suavemente sobre la mesa de hierro forjado.

Aria apareció por las puertas francesas, sosteniendo el fajo de cuarenta y siete páginas grapadas en la esquina superior izquierda con la solemnidad de quien transporta las tablas de los Diez Mandamientos. El papel aún conservaba el ligero calor residual de la impresora del despacho de Ulises.

Con un suspiro exagerado, dejó caer el documento sobre la mesa. El *plof* seco hizo que Katerina levantara la vista del paisaje que estaba pintando con acuarelas en un cuaderno de dibujo.

—Lectura ligera para el fin de semana —anunció Aria, dejándose caer en la silla de enfrente—. Cortesía de tu nieto.

Katerina miró el mamotreto de papel. Sus ojos verdes, idénticos a los de Ulises, pero rodeados de finas líneas de expresión que denotaban una vida mucho más reída, se fijaron en el título. Inmediatamente, Katerina puso los ojos en blanco con una teatralidad que a Aria le arrancó una sonrisilla.

—Por el amor de Dios... —murmuró la mujer, negando con la cabeza—. ¿El Protocolo de Asistencia? ¿Otra vez? Pensé que lo había quemado después de que la última cuidadora saliera corriendo.

—Tiene índice, Katerina. Índice —puntualizó Aria, señalando la portada con el dedo—. Hay una sección entera dedicada a la temperatura exacta a la que es aconsejable servirse tu sopa, tu té, tu café... Empiezo a pensar que tu nieto cree que soy una ingeniera termonuclear en lugar de tu cuidadora.

Katerina soltó un bufido divertido y le dio un sorbo a su té.

—Ulises y su manía de controlarlo todo. Si pudiera, redactaría un contrato para regular la cantidad de veces que respiro por minuto. —Katerina miró a Aria con curiosidad—. ¿Y bien? ¿Qué le ha dicho? Conociendo a mi nieto, te habrá exigido que te lo aprendas de memoria para mañana al alba.

Aria se removió en el asiento, de repente un poco cohibida. Se mordió el labio inferior, una pequeña manía que aparecía cuando sabía que había cruzado una línea que quizá no debía cruzar.

—Bueno... sobre eso... —empezó, jugueteando con el borde del mantel con los dedos—. Puede que me haya dejado llevar un poco. El filtro entre mi cerebro y mi boca a veces está de vacaciones, ¿sabes? Y por escrito es peor, porque tengo tiempo para pensar la ironía.

Katerina se inclinó hacia delante, con los ojos iluminados por la expectación.

—Cuéntamelo todo. Con pelos y señales —dijo.

Aria suspiró, sintiendo como el calor le subía a las mejillas.

—Le pregunté si debía encuadernar el documento en piel con letras doradas. Y cuando me mandó a su despacho a imprimirlo, le pregunté si necesitaba escanear mi retina, meter una contraseña en griego antiguo o sacrificar una cabra, para poder entrar sin que saltara la alarma de seguridad.

Hubo un segundo de silencio absoluto en la terraza. Solo se escuchaba el canto lejano de las cigarras y el suave batir de las olas rompiendo contra el acantilado.

Aria contuvo la respiración, esperando el sermón. Esperando que Katerina le recordara que Ulises era su jefe y que, por muy estricto que fuera, merecía un respeto profesional.

En lugar de eso, Katerina parpadeó una vez, dos veces, y de pronto, soltó una carcajada.

No fue una risita educada. Fue una carcajada profunda, ronca y auténtica que resonó en toda la terraza, haciendo que los pájaros que descansaban en las buganvillas salieran volando.

Katerina se echó hacia atrás en el sillón, riendo con tantas ganas que tuvo que llevarse una mano al pecho y la otra al estómago.

—¡Una cabra! —consiguió articular entre carcajadas, con lágrimas en los ojos—. ¡Ay, Dios mío! Habría pagado millones por ver la cara que ha puesto Ulises al leer lo de la cabra.

Aria soltó el aire que había estado reteniendo en los pulmones. Una sonrisa amplia, llena de alivio y contagiosa, se dibujó en su rostro.

—Estaba un poco preocupada, la verdad —confesó, riendo también—. Quizá me he excedido. Su nieto no parece tener mucho sentido del humor. Pensé que a lo mejor me despedía por insubordinación antes de la cena.

—¿Y no lo ha hecho? —preguntó Katerina.

Aria negó con la cabeza.

—No —dijo—. Me ha contestado que deje a las cabras de la isla en paz.

Katerina se limpió una lágrima de la comisura del ojo con los dedos, intentando recuperar la compostura. Su rostro estaba

sonrosado y parecía haber rejuvenecido diez años en los últimos diez segundos.

—Oh, Aria, cariño... no sabes el favor que le estás haciendo —dijo, mirándola con una mezcla de afecto y picardía—. Sigue por ese camino, te lo ruego. No te detengas. Ulises necesita desesperadamente que alguien lleve un poco de diversión a su aburrida y cuadriculada vida. Está tan acostumbrado a que todo el mundo le diga «sí, señor Diakos», «por supuesto, señor Diakos», que se ha olvidado de cómo interactuar con seres humanos normales.

Aria miró el grueso dossier sobre la mesa y luego a la mujer que tenía en frente. Una cálida sensación de pertenencia se instaló en su pecho. En ese momento, Aria se dio cuenta de que acababa de ganar mucho más que una jefa o una paciente; había ganado una aliada. Una cómplice.

—Es que es tan... rígido —comentó, apoyando la barbilla en la mano—. Parece que no sonríe nunca.

Katerina sonrió con ternura, y su mirada se perdió durante unos instantes en el horizonte, suavizándose con los recuerdos.

—Mi nieto no siempre ha sido un erizo, ¿sabes? —murmuró, en un tono más íntimo, casi nostálgico—. Antes era un cachorro adorable. Se reía a carcajadas, se ensuciaba las rodillas jugando en el jardín, le encantaba gastar bromas... Pero la vida, las responsabilidades, la empresa... lo fueron blindando. Se puso esa armadura de hielo para protegerse y proteger lo que quedaba de la familia, y ahora se le ha olvidado cómo quitársela.

Aria escuchó en silencio, sintiendo una punzada de algo muy parecido a la compasión. La imagen de un Ulises niño, riendo y con las rodillas manchadas de tierra, contrastaba brutalmente con el hombre de hielo que le enviaba correos electrónicos firmados con un escueto «UD».

—Bueno —dijo Aria, recuperando el tono ligero de la conversación para espantar la melancolía—, si sigue enviándome manuales de instrucciones, te prometo que mi próxima respuesta incluirá un meme. O un gif de un gato. Eso seguro que colapsa su sistema nervioso.

Katerina volvió a reír, con una risa suave y cómplice.

Se inclinó hacia delante, apoyando los codos sobre la mesa de cristal, y le hizo un gesto a Aria con los dedos para que se acercara. Aria imitó su postura, reduciendo la distancia entre ambas hasta que sus cabezas estuvieron a escasos centímetros.

—Te voy a contar un secreto, Aria —susurró Katerina, con un brillo travieso en los ojos, que rivalizaba con el de cualquier adolescente planeando una travesura—. Pero tiene que quedar entre nosotras.

—Soy una tumba —prometió Aria, cruzándose los dedos sobre el corazón.

Katerina miró a un lado y a otro, como si temiera que los rosales tuvieran micrófonos ocultos.

—A veces... —comenzó, bajando aún más la voz—, a veces finjo alguno de mis achaques. Un pequeño mareo por aquí, un dolor de cadera por allá, unas palpitaciones de más...

Aria abrió los ojos de par en par, sorprendida.

—¿Qué? ¿Por qué?

La sonrisa de Katerina se volvió un poco más triste, pero no perdió su chispa.

—Porque es la única maldita manera de que ese erizo testarudo deje sus reuniones, coja el helicóptero y venga a verme. Si le digo «Ulises, te echo de menos, ven a verme», me envía un ramo de flores carísimo y me dice que tiene una junta de accionistas. Pero si le digo a Matilde que me duele el pecho... lo tengo aquí en una hora.

Aria sintió un nudo en la garganta. Era una confesión tierna, un poco manipuladora, pero nacida del profundo amor que Katerina sentía por su nieto, y también un poco de la soledad.

Miró a Katerina, viendo más allá de la anciana frágil que los médicos describían, y vio a una matriarca inteligente que jugaba sus cartas con maestría.

Aria estiró el brazo por encima de la mesa y cubrió la mano arrugada de Katerina con la suya, dándole un suave apretón. Le guiñó un ojo con complicidad.

—Tu secreto está a salvo conmigo —dijo, con una sonrisa cálida y llena de cariño—. De hecho, si alguna vez necesitas que tu dolor de cadera parezca más convincente, dímelo. Soy excelente fingiendo pánico por teléfono. Podemos hacer que venga corriendo desde Atenas solo porque te has roto una uña.

Katerina soltó una última carcajada, apretando la mano de Aria con fuerza.

—Creo, señorita Shaw —dijo, con los ojos brillando con un matiz de satisfacción—, que usted y yo nos vamos a llevar maravillosamente bien.

Aria le guiñó un ojo.

CAPÍTULO 11

El reloj de pared del salón marcaba las cuatro de la tarde con un tictac perezoso, casi como si el propio mecanismo estuviera contagiado por el letargo de la sobremesa.

Katerina estaba recostada en el sofá, con los pies en alto y una mascarilla de gel frío sobre los ojos que le daba el aspecto de una superheroína jubilada.

Aria, con una actitud vigilante, daba vueltas por el enorme salón, recolocando cojines que ya estaban perfectamente colocados por Matilde.

—Aria, querida —dijo Katerina de pronto, sin moverse un milímetro ni levantarse la mascarilla—. Si sigues ahuecando ese cojín, vas a apelmazar las plumas. Y me estás mareando. Puedo oír cómo vas de un lado a otro.

Aria se detuvo en seco, abrazando el cojín bordado que tenía entre las manos contra su pecho.

—Estoy... supervisando tu sueño. Tu nieto me ha dejado muy claro en la página veintidós del manual de «Protocolo de Asistencia» que tu siesta debe ser monitoreada para asegurar un descanso óptimo.

Katerina soltó un bufido que hizo que la mascarilla de gel se le resbalara un poco por el puente de la nariz. Se la apartó con un dedo y fulminó a Aria con su único ojo visible.

—Mi nieto es un excéntrico con corbata que no sabe lo que es una siesta. Y tú eres una chica de veintitantos años que se está comportando como una solterona victoriana. —Katerina se quitó la mascarilla del todo y señaló a Aria con ella—. Sal de mi casa.

—¿Me estás echando? —Aria se llevó una mano al pecho, fingiendo indignación—. ¡Ya hasta los pacientes se me sublevan!

—Te estoy desterrando temporalmente de mi casa por tu propio bien —replicó Katerina, esbozando una sonrisa cómplice—. Mírate, estás pálida. Necesitas vitamina D, necesitas ver a gente que no tenga la cadera de titanio. Ítaca es un lugar maravilloso, lleno de gente hospitalaria y cordial. Sal a explorar. Piérdete un poco. Encuentra un pescador guapo, o al menos un buen café capuchino. Y no vuelvas hasta que hayas respirado aire que no huela a mis ungüentos de mentol.

Aria sonrió, sintiendo una oleada de afecto por aquella mujer. Joder, le había tocado la lotería con ella. Tenía conocidas que habían trabajado cuidando ancianos y solo les había faltado pegarlas con el bastón.

Dejó el cojín en su sitio y le hizo una reverencia exagerada.

—Sus deseos son órdenes, oh, gran matriarca. Si su nieto llama para comprobar mis coordenadas GPS, dile que me he ido a buscar el vellocino de oro —bromeó.

—Si mi nieto llama para controlar dónde estás, le mandaré a paseo —contestó Katrina, colocándose de nuevo la mascarilla de gel en los ojos.

Aria dejó escapar una sonrisilla.

—Vale, entonces me voy a dar una vuelta —dijo.

—¿Quieres que le diga a Yiannis que te lleve? —preguntó Katerina.

—No, iré dándome un paseo. Me encanta caminar.

—Como quieras.

—Hasta luego —dijo Aria, sonriente.

—Hasta luego —se despidió Katerina.

Un rato después, Aria caminaba por las estrechas y serpenteantes calles de la isla.

El calor de la tarde había empezado a ceder, dando paso a una brisa marina que se colaba entre las casas de fachadas pastel y tejados de terracota.

No tardó en darse cuenta de que Katerina tenía razón. Ítaca no era solo una isla, era un estado de ánimo. La gente con la que se cruzaba, sentada en sillas de mimbre a las puertas de sus casas o barriendo los pequeños patios llenos de geranios, le dedicaba sonrisas abiertas y sonoros *«¡Kalispera!»*, «Buenas tardes» en griego.

No había prisa en sus movimientos. El tiempo allí no se medía en minutos, sino en la longitud de las sombras y en el ritmo de las mareas.

Caminando sin rumbo fijo, dejándose guiar por el instinto y por el aroma a salitre y buganvillas, Aria desembocó en una pequeña plaza empedrada. Allí, encajonada entre una taberna de la que emanaba un olor exquisito a pulpo a la brasa y una tienda de cerámicas, vio un letrero de madera pintado a mano en tonos turquesa: *«Letras del Mar»*, rezaba. Era una librería.

La campana de latón sobre la puerta tintineó alegremente cuando Aria entró.

El interior era un refugio mágico. Olía a papel, a tinta, a madera vieja y a ese toque inconfundible que desprenden los libros, tantos

los nuevos como los antiguos. Las estanterías, pintadas de un azul cobalto desgastado, trepaban hasta el techo, abarrotadas de volúmenes en griego, inglés y un puñado de otros idiomas.

A Aria se le iluminó el rostro, consciente de que había encontrado un pequeño tesoro en la isla y de que visitaría aquella librería muchas veces.

Detrás de un mostrador de madera maciza, que parecía haber sido rescatado del naufragio de un galeón, había una chica que podría tener más o menos su edad. Tenía el pelo rizado y oscuro recogido en un moño caótico del que escapaban mechones rebeldes hacia todos lados, y llevaba unas gafas de pasta roja que le daban un aire de intelectual traviesa. Estaba absorta leyendo un libro de bolsillo, pero levantó la vista al oír la campana.

—¡Hola! —saludó, cerrando el libro de golpe y apoyando los codos en el mostrador—. Bienvenida al único lugar de la isla donde las historias no se cuentan a gritos de balcón a balcón. Soy Dora.

Aria soltó una carcajada espontánea, sintiéndose inmediatamente a gusto.

—Hola, Dora. Soy Aria. Y gracias a Dios por el silencio. Vengo huyendo de un manual de instrucciones de cuarenta y siete páginas sobre cómo cuidar a una abuela que, francamente, tiene más energía que yo.

Dora levantó las cejas por encima de sus gafas rojas y una sonrisa de comprensión emergió en su rostro.

—Tú eres la nueva cuidadora de la señora Katerina. La empleada del temible Ulises Diakos. —Dora se rio entre dientes—. Las noticias en Ítaca viajan más rápido que la fibra óptica. En el pueblo ya hay apuestas sobre cuánto tardarás en tirarte de los pelos y largarte corriendo, pero te veo bastante entera.

—De momento, mi cordura está intacta —bromeó Aria, acercándose al mostrador y ojeando una pila de novelas—. Katerina

es fantástica. Su nieto, en cambio, se comunica la mayor parte del tiempo a base de gruñidos y quejas.

—¿Por qué será que no me sorprende? —dijo Dora, haciendo un gesto en el aire con la mano—. Pero oye, te has ganado el respeto del pueblo solo por atreverte a venir a trabajar, después de... ¿Cuántas van ya?

—Yo soy la séptima —respondió Aria.

Dora sacudió la cabeza.

—Bueno, si necesitas un refugio, tranquilidad, y libros que no sean manuales de cuidados geriátricos, esta es tu casa —dijo.

—Gracias —sonrió Aria.

Pasaron la siguiente media hora charlando como si se conocieran de toda la vida. Dora era chispeante, aguda y tenía un sentido del humor deliciosamente sarcástico. Le recomendó a Aria un par de novelas ligeras y le hizo un croquis mental de los mejores lugares de la isla, advirtiéndole sobre qué tabernas eran trampas para turistas con paladar de corcho y cuáles servían la verdadera musaca de los dioses.

Cuando Aria salió de *Letras del Mar* con dos libros bajo el brazo y la promesa de volver para tomar un café con Dora, sentía el corazón ligero.

Siguió su paseo hacia el puerto, el famoso golfo natural que se cerraba sobre sí mismo como un abrazo protector.

El agua era de un azul tan intenso y cristalino que parecía irreal. Un espejo líquido donde se reflejaban los pequeños *kaikia*, las barcas de pesca tradicionales, pintados de rojo, amarillo y azul brillante.

Aria caminó por el paseo marítimo, llenando sus pulmones con el aire puro del mar Jónico. Podía oler el salitre, la resina de los pinos que se aferraban a las laderas de las montañas circundantes, y el dulce aroma del jazmín que trepaba por las fachadas encaladas.

Decidió sentarse en el muelle, dejando que sus piernas colgaran sobre el agua, y cerró los ojos, levantando el rostro hacia el sol del atardecer. La brisa le acarició las mejillas de una forma que ella sintió cálida y reconfortante.

De pronto, fue plenamente consciente del contraste brutal entre aquel momento y su vida apenas unos meses atrás. En Atenas, su existencia había sido una carrera de obstáculos constante. El ruido ensordecedor del tráfico en la avenida Syngrou, el humo de los tubos de escape, el estrés palpitando en sus sienes mientras corría de un trabajo precario a otro, mirando el reloj, sintiendo que siempre llegaba tarde a alguna parte, a su propia vida.

En la ciudad, su estómago siempre era un nudo tenso de ansiedad, al igual que sus hombros, que soportaban toda la tensión acumulada.

Pero ahí... en Ítaca, el nudo se había deshecho.

Abrió los ojos y contempló el paisaje.

Pensó en Kioni, el pequeño pueblo pesquero al norte del que Dora le había hablado, con sus molinos de viento en ruinas vigilando la bahía, pensó en los olivos centenarios que salpicaban los valles, retorcidos y sabios, y se sumergió en la paz inquebrantable del lugar.

Ítaca no era solo el destino mítico de un rey errante, era un bálsamo.

Aria suspiró con una exhalación larga y profunda que pareció llevarse consigo los últimos restos de la ansiedad. Se sentía viva, presente. Sentía que podía respirar de verdad por primera vez en meses.

Sonrió para sí misma, mirando cómo el sol empezaba a teñir el cielo de tonos melocotón y lavanda. Katerina tenía razón. No podía quedarse encerrada. Ítaca la estaba esperando con los brazos abiertos, y Aria estaba más que dispuesta a dejarse abrazar.

El aroma a café recién molido, canela y masa horneada fue el canto de sirena que sacó a Aria de su ensoñación. Tras su encuentro con Dora en la librería, y su parada en el paseo marítimo, sus pies la habían llevado hasta una pequeña plaza empedrada donde se erguía, orgullosa y coqueta, la cafetería *La Gaviota*.

La fachada era una delicia visual. Estaba pintada de un blanco inmaculado, con contraventanas de un amarillo mostaza vibrante y un toldo a rayas que le daba un aire de café parisino de los años cincuenta, pero con alma innegablemente griega.

Un cartel de madera sobre la puerta mostraba una gaviota pintada a mano que, por algún error de cálculo del artista, parecía estar ligeramente bizca, lo que le confería un encanto irresistible.

Aria empujó la puerta de cristal. Al igual que en la librería, una campanilla tintineó, anunciando su llegada con un sonido alegre.

El interior era aún más acogedor que el exterior. Mesitas de mármol con patas de hierro forjado se distribuían sobre un suelo de baldosas de patrones hipnóticos. Detrás de una vitrina que exhibía porciones pecaminosamente grandes de *baklava* de pistacho bañados con jarabe de miel y tartas de queso rebosantes de mermelada, se encontraba el centro de operaciones.

—¡*Kalispera*! ¡Pasa, pasa, que el aire acondicionado es gratis y el café es el mejor del Jónico!

La voz que llamó su atención, vibrante y cargada de energía, provenía de una chica joven que estaba limpiando una mesa con la velocidad y la intensidad de un tornado. Llevaba un delantal vaquero sobre una camiseta de rayas, el pelo negro recogido en una coleta alta que rebotaba con cada uno de los movimientos que hacía, y una sonrisa que le ocupaba la mitad de la cara.

—Hola —respondió Aria, contagiada por su entusiasmo—. Un café helado me salvaría la vida ahora mismo —dijo.

—¡Marchando un *freddo espresso* para la forastera! —anunció la chica, lanzando el trapo sobre el mostrador con una puntería

envidiable—. Soy Xanna, por cierto. Camarera, relaciones públicas y la Wikipedia no oficial de esta isla. Y esa señora con cara de estar apuntando mentalmente mis errores es Mirta.

Al lado de la imponente máquina de café italiana, una mujer de mediana edad, con el pelo oscuro veteado de plata y una expresión de escepticismo en el rostro, levantó la vista de la taza que estaba puliendo con un paño.

—No apunto tus errores, Xanna, simplemente me maravillo de que aún no hayas roto nada hoy —replicó Mirta con voz grave y un tono seco que, sin embargo, escondía un evidente cariño maternal. Luego, clavó sus ojos oscuros en Aria—. Bienvenida a *La Gaviota*. No le hagas mucho caso a la niña, se ha tomado tres cafés esta mañana y aún está como una moto. A mil revoluciones.

Aria soltó una pequeña carcajada y se acercó a la barra, acomodándose en uno de los taburetes altos de madera.

—Soy Aria. Y no te preocupes, vengo de Atenas, estoy acostumbrada a que todo el mundo vaya por la calle a mil revoluciones.

Xanna se apoyó con los codos en la barra, invadiendo el espacio personal de Aria con la confianza de eses seres humanos que no conocen el concepto de «distancia social». Sus ojos negros destellaron con la chispa inconfundible de un cotilleo inminente y jugoso.

—Aria... Aria... —murmuró, entrecerrando los ojos como si estuviera escaneando un documento—. ¡Ah! ¡La chica de Atenas! ¡La nueva cuidadora de Katerina Diakos!

Aria parpadeó varias veces, impresionada.

—Vaya. Dora, la chica de la librería, me ha dicho que las noticias aquí volaban, pero esto adquiere un nivel de servicio de inteligencia.

—Cariño, en Ítaca el FBI vendría a tomar apuntes —bromeó Xanna, apoyando la barbilla en las manos—. Así que es verdad... —

Bajó la voz, adoptando un tono conspiratorio—. ¿Trabajas para el Ogro de la Colina? ¡Qué valiente!

Aria tuvo que morderse los labios para no soltar una carcajada.

El Ogro de la Colina.

Era un apodo maravilloso. No podía negarlo. Mentalmente, lo añadió a la portada del dossier de cuarenta y siete páginas de Ulises. *«Protocolo de Asistencia, redactado por el Ogro de la Colina».*

—¿El Ogro de la Colina? —repitió en voz alta, arqueando una ceja con expresión divertida—. Supongo que te refieres a Ulises Diakos.

—El mismísimo —confirmó Xanna, asintiendo con tanta vehemencia que la coleta le azotó la nuca—. Madre mía, ese hombre es una leyenda urbana en el pueblo. La última vez que bajó a la plaza, hace como dos años, se quejó de que las campanas de la iglesia sonaban en un tono «demasiado agudo para la acústica de la plaza». Y dicen que una vez devolvió un café porque, según él, estaba demasiado fuerte y no le iba permitir concentrarse. Es famoso por quejarse hasta del color del cielo —bromeó.

Aria se tapó la boca con la mano, riendo por lo bajo. La imagen de Ulises, enfundado en uno de sus perfectos trajes, frunciendo el ceño ante el sonido de las campanas de la iglesia por ser «demasiado agudo», era tan absurdamente plausible que le dolía el estómago de contener la risa.

—Bueno, no puedo confirmar lo del sonido de las campanas —dijo Aria, con los ojos bailando de diversión—, pero sí puedo decir que tiene opiniones muy firmes sobre la temperatura exacta a la que debe servirse una sopa. Digamos que es un hombre... meticuloso.

—Meticuloso dice. Es un puto témpano de hielo —aseveró Xanna, inclinándose aún más cerca de Aria, como si fuera a revelarle los códigos nucleares de la bomba atómica—. Dicen que trabaja tanto que ya no recuerda cómo sonreír. Te lo juro, Dimitrios, uno de

los pescadores más viejos del lugar, dice que, si Ulises sonriera, su cara se agrietaría como un jarrón viejo.

—Deja de asustar a la clientela, Xanna, o te pondré a fregar los baños —intervino Mirta, colocando un vaso frente a Aria. El hielo tintineó contra el cristal, y la espuma del café tenía un aspecto exquisito—. Aquí tienes tu *freddo espresso*, Aria. Invita la casa por ser tu primera vez.

—Oh, muchísimas gracias, Mirta —dijo ella, agradecida.

Se llevó el vaso a la boca, le dio un sorbo al café y cerró los ojos un segundo. Dios, estaba perfecto. Fuerte, frío y con el punto exacto de dulzor.

Mirta se apoyó en la barra frente a ella, cruzándose de brazos. Su expresión se suavizó un poco, adoptando un matiz de curiosidad.

—Y dime, muchacha... ¿qué tal la abuela? La señora Katerina. Hace meses que no la vemos por el pueblo. ¿Está muy mal? —Mirta bajó un poco la voz, frunciendo el ceño con expresión de lástima—. ¿Está... ya sabes... chocha? —preguntó—. Pobre mujer, encerrada en esa enorme casa.

La palabra «chocha» flotó en el aire, y Aria sintió una reacción física inmediata. Fue como si un resorte saltara dentro de ella. La imagen de Katerina, con su mascarilla de gel frío en los ojos, sus comentarios mordaces, su risa fresca y su brillante estrategia de fingir achaques para que su nieto fuera a verla más a menudo, cruzó por su mente.

Aria dejó el vaso de café sobre la barra con un golpe un poco más seco de lo que pretendía. Su postura se irguió instintivamente, y aunque mantuvo la sonrisa, sus ojos mostraron un destello de lealtad.

—¿Chocha? —repitió, y soltó una risa fuerte y clara, negando con la cabeza—. Ay, Mirta, ni por asomo. Katerina tiene la mente más afilada que un cuchillo de chef. De hecho, estoy bastante segura de que es más lista que todos nosotros juntos.

Xanna parpadeó, sorprendida por la vehemencia de la respuesta, y Mirta enarcó las cejas, claramente impresionada.

—No está encerrada, está... reinando desde las alturas —continuó Aria. Su tono era ligero pero firme, rebosante de un afecto hacia Katerina que ella misma no sabía que había crecido tan rápido —. Tiene un sentido del humor maravilloso, una ironía que ya quisiera yo para mí, y una energía que me agota solo de verla. Si no baja al pueblo es porque prefiere que la gente vaya a verla a ella, y porque no para de trabajar en su jardín. Es toda una matriarca. Os aseguro que de «pobre mujer» no tiene absolutamente nada.

Hubo un segundo de silencio en la cafetería, roto solo por el zumbido de la nevera de las tartas. Mirta esbozó una sonrisa lenta, una sonrisa que daba a entender que su curiosidad había sido satisfecha.

—Me alegra oír eso —dijo, asintiendo con respeto—. Y me alegra ver que tiene a alguien que la defiende con tantas ganas. Parece que el Ogro de la Colina ha hecho por fin algo bien al contratarte.

—¡Eso, eso! —secundó Xanna, dando una palmada en la barra que hizo saltar un azucarero—. ¡Brindo por eso! Bueno, tú brindas con tu café y yo con mi bayeta —dijo.

Aria esbozó una sonrisa. Levantó su vaso helado, notando que un calor muy agradable se instalaba en su pecho, un calor que no tenía nada que ver con la temperatura exterior. Se sentía cómoda. Se sentía en casa.

—Por Katerina —brindó, volviendo su sonrisa chispeante—. Y por el Ogro de la Colina. Que, sin él, yo no tendría trabajo.

—Por Katerina y el Ogro de la Colina —dijo Xanna.

Aria dio otro sorbo de café, saboreando el momento.

Ítaca no solo tenía aire puro y paisajes de ensueño. De repente también tenía a Dora, a Xanna, a Mirta, y a una jefa maravillosa esperándola en casa, junto a Matilde.

El miedo que tenía a que su vida en Ítaca fuera a ser tediosa se desvaneció. La isla prometía ser de todo menos aburrida.

CAPÍTULO 12

Los días en la mansión pronto adquirieron un ritmo propio, una coreografía suave y predecible que a Aria le sentaba como un guante hecho a medida. Lejos del caos asfixiante de Atenas, la rutina en Ítaca se saboreaba a fuego lento.

Las mañanas comenzaban en la terraza, con desayunos que parecían bodegones renacentistas. Yogur griego espeso como el cemento, pero suave como la seda, miel dorada que brillaba bajo el sol, higos frescos y un café lo bastante fuerte como para resucitar a los muertos. Perfecto.

Katerina, siempre envuelta en batas de seda que la hacían parecer una emperatriz de otra época, se enfrascaba en las conversaciones matutinas con su habitual ironía.

—Aria, cariño, si le pones más miel a ese yogur vas a entrar en un coma diabético y tendré que reanimarte yo. Y te advierto que mis conocimientos de primeros auxilios se basan en lo que vi en *Anatomía de Grey* —comentaba, dándole un sorbo a su café.

—Es miel de Ítaca, Katerina. Tiene propiedades curativas. Estoy invirtiendo en mi salud a largo plazo —replicaba Aria, llevándose una cucharada rebosante a la boca y cerrando los ojos con deleite.

A los desayunos les seguían los paseos por el inmenso jardín, o la playa privada, y las tardes estaban reservadas para la lectura y la jardinería.

Aria había descubierto que a Katerina le aburrían soberanamente las novelas románticas y los dramas históricos. Prefería las novelas de misterio nórdicas, cuanto más sangrientas y enrevesadas, mejor. Verla pintando plácidamente mientras Aria leía en voz alta descripciones de crímenes en la nieve sueca era un contraste que nunca dejaba de hacerle gracia.

Fue durante una de esas mañanas, mientras Aria buscaba toallas limpias en el ala oeste de la casa, cuando hizo un descubrimiento peculiar. Al final del pasillo, una puerta entornada dejaba ver una habitación inmensa. Aria se asomó por inercia, como si algo la llamara desde el interior.

Era un dormitorio espectacular, con ventanales que enmarcaban el mar Jónico como si fuera un cuadro vivo. Sin embargo, lo que le llamó la atención fue el estado de la estancia. La cama, enorme y cubierta con una colcha azul marino, estaba hecha con una precisión militar. No había ni una mota de polvo en los muebles de caoba, y sobre la mesilla de noche descansaba una bandeja con una jarra de agua fresca junto a un vaso limpio. Una jarra de agua que Matilde renovaba a diario. Parecía la suite de un hotel de cinco estrellas esperando a su huésped VIP.

—La habitación del Ogro de la Colina —dijo una voz a sus espaldas.

Aria dio un respingo y se giró, llevándose una mano al pecho. Katerina estaba allí, de pie, mirándola con una leve sonrisa.

—¡Katerina! Me has dado un susto de muerte. Y no estaba husmeando, lo juro, es que la puerta estaba abierta y... —Se detuvo de golpe—. Espera, ¿has dicho «el Ogro de la Colina»?

Katerina soltó una carcajada ronca que resonó en el pasillo.

—Por favor, tengo ochenta y cuatro años, pero no estoy sorda. Sé perfectamente cómo llaman a mi nieto en el pueblo. Y, francamente, a veces creo que se queda corto. Sí, esta es la habitación de Ulises.

Aria volvió a mirar hacia el interior.

—Está... lista. Como si fuera a llegar en cualquier momento. Pero casi nunca se queda a dormir.

—No, no se queda —suspiró Katerina, y durante unos instantes, la ironía desapareció de sus ojos, y en su lugar asomó una sombra de melancolía—. Pero yo ordeno que se prepare todos los días. Sábanas limpias, agua fresca, las cortinas descorridas para que entre el sol. Es mi pequeña rebelión contra su terquedad. Le dejo claro que su sitio está aquí, aunque él se empeñe en vivir atrincherado en su despacho de Atenas.

—Entiendo —murmuró Aria.

Más tarde, durante su paseo matutino por el jardín, el tema volvió a surgir.

Los limoneros perfumaban el aire con un aroma cítrico y limpio, y las buganvillas trepaban por los muros de piedra blanca estallando en colores fucsias y violetas. El sonido de las cigarras era el telón de fondo perfecto, como una banda sonora.

Katerina caminaba despacio, apoyándose ligeramente en el brazo de Aria, observando las flores.

—Ulises no siempre ha sido un adicto al trabajo con alergia a las emociones, ¿sabes? —comentó de pronto, deteniéndose frente a un rosal blanco—. Cuando era pequeño, era un torbellino. Se pasaba el día corriendo por el jardín, con las rodillas llenas de rasguños y los bolsillos llenos de ranas que soltaba en la cocina para aterrorizar a Matilde. No sé cómo la pobre todavía sigue trabajando aquí.

Aria delineó en los labios una sonrisa.

Intentó visualizar al autor del infame manual de «Protocolo de Asistencia» con sus cuarenta y siete páginas persiguiendo ranas, y su cerebro hizo un cortocircuito.

—Me cuesta imaginarlo sin un traje de chaqueta y sin estar delante de un portátil, o dirigiendo una junta, la verdad.

Katerina sonrió con tristeza y acarició los pétalos de una rosa.

—La vida tiene una forma muy cruel de obligarte a crecer antes de tiempo —dijo—. Ulises tenía ocho años cuando... cuando ocurrió.

Aria guardó silencio. Notó cómo el ambiente ligero del jardín se volvía de repente más espeso. Aminoró el paso, dándole a Katerina todo el tiempo del mundo para que hablara, si quería.

—Fue un accidente de avioneta —continuó. Su voz perdió un poco de fuerza, pero mantuvo una dignidad inquebrantable—. Mi hijo, su mujer y la pequeña Keisi, la hermana mayor de Ulises. Volvían de pasar el fin de semana en Cefalonia. Hubo una tormenta imprevista, un fallo en el motor... Cayeron al mar.

Aria sintió un nudo frío en el estómago.

—Dios mío... Katerina, lo siento muchísimo —murmuró.

Katerina asintió con la cabeza.

—Ulises iba con ellos —añadió, girando la cabeza para mirar a Aria a los ojos. Había una mezcla de antiguo dolor y de orgullo en su mirada—. Fue el único superviviente. Un pescador lo encontró horas después, aferrado a un trozo del fuselaje. Con ocho años perdió a sus padres y a su hermana en un abrir y cerrar de ojos, y se quedó solo en medio del mar oscuro hasta que lo rescataron.

Aria se quedó sin aliento.

Joder. La escena era terrible. Y sobre todo para un niño.

De repente, la imagen del «Ogro de la Colina» se desmoronó por completo. El hombre controlador, el jefe exigente que protestaba por todo y redactaba manuales absurdos sobre la temperatura de las cosas, ya no le parecía un tirano excéntrico. O no por las razones que ella creía que era así. Le pareció un niño aterrorizado que había crecido intentando controlar cada cosa de su entorno porque, una vez, la vida le había demostrado de la forma más brutal posible que no tenía el control de nada, y que le podía quitar todo de golpe, en menos de lo que duraba un parpadeo.

—Yo me hice cargo de él, por supuesto —dijo Katerina, retomando el paseo y apoyándose un poco más en el brazo de Aria —. Lo traje aquí. Lo crie lo mejor que supe. Pero algo se rompió en él aquel día, Aria. El niño de las ranas se ahogó en aquel mar, y emergió un hombrecito serio, hermético, que decidió que, si no amaba a nadie, no volvería a sufrir cuando los perdiera. Por eso trabaja tanto. Los números no mueren. Las empresas no tienen accidentes en el mar.

Aria asintió lentamente, procesando la información. Una oleada de empatía reemplazó cualquier rastro de irritación que hubiera sentido hacia Ulises Diakos.

—Tiene que haber sido muy duro para él —comenzó—. Y para ti, Katerina. Perder a tu hijo, a tu nieta, a tu nuera… y tener que ser fuerte para el nieto que había sobrevivido. Eres una mujer extraordinaria.

Katerina soltó un bufido, agitando una mano en el aire para espantar el halago, aunque una pequeña sonrisa asomó a sus labios pálidos.

—Tonterías. Hice lo que cualquier abuela griega haría: alimentarlo a base de musaca y amor incondicional, aunque él se resistiera —dijo, con ese punto de humor mordaz tan característico suyo. Cogió una bocanada de aire—. Pero bueno, ya basta de tragedias helenas por hoy. Me estás mirando con cara de cachorro apaleado y me niego a ser objeto de lástima. Nunca me ha gustado sentirme como una víctima, aunque en algún momento lo haya sido.

Aria se echó a reír, aliviada por el cambio de tono.

—No es lástima, es admiración —dijo—. Pero prometo no mirarte como si fueras de cristal. Sé perfectamente que podrías tumbarme si echáramos un pulso —bromeó.

—Y no lo dudes —replicó Katerina, guiñando un ojo—. Pero ahora te toca a ti, señorita misterios. Llevas aquí días, sabes muchos de mis secretos, aguantas mis manías y me lees historias de suecos

descuartizados, pero apenas sé nada de ti. ¿De dónde sale una chica con tanta paciencia y tan poco miedo a jefes gruñones?

Aria sonrió, dando una suave patada a una piedrecita del sendero. El sol le calentaba los hombros y la brisa marina le alborotaba el pelo, que caía suelto hasta la mitad de la espalda. Se sentía tan a gusto con Katerina que la confesión fluyó sin esfuerzo, ligera como el aire de Ítaca.

—Bueno, mi historia tiene menos drama y más clichés de telenovela de sobremesa —comenzó, con un tono chispeante y desenfadado—. Mi padre decidió que la vida familiar no era lo suyo cuando yo tenía dos años. Supongo que fue a comprar tabaco, o aceitunas de Kalamata, y se perdió por el camino. Nunca más volvió.

—¡Cobarde! —exclamó Katerina, indignada—. Si lo tuviera delante, le daría una buena patada en las espinillas.

Aria soltó una carcajada.

—Me encantaría verlo, pagaría entrada. Pero la verdad es que nos hizo un favor. No era un buen hombre —aseveró—. Mi madre y yo nos fuimos a vivir con mi abuela. Así que fui criada por un matriarcado. Dos mujeres fuertes, ruidosas, trabajadoras, feministas y con opiniones muy firmes sobre absolutamente todo.

—Ah… —Katerina asintió despacio, con los ojos brillantes, como si acabara de comprender algo—. Ahora lo entiendo todo. Con razón Ulises no te asusta. Estás entrenada por profesionales —dijo en tono distendido.

—Sí, así es. —Aria le devolvió la sonrisa, apretando suavemente el brazo de Katerina—. Crecí en una casa donde las mujeres resolvían los problemas, arreglaban las tuberías, los enchufes, trabajaban de sol a sol, y se reían a carcajadas de los dramas de la vida. Mi abuela era... bueno, era un poco como tú. No dejaba que nadie le dijera lo que tenía que hacer, y tenía un radar infalible para detectar tonterías.

—Suena a que era una mujer fascinante. Y muy inteligente —dictaminó Katerina con satisfacción.

—Lo era —afirmó Aria.

—Así que, en el fondo, las dos somos supervivientes de familias poco convencionales. Tú fuiste criada por una abuela de armas tomar, y yo crie a un nieto que ahora se cree el rey del mundo empresarial.

—Bueno, es que es el rey del mundo empresarial —comentó Aria.

Katerina se quedó pensando unos segundos.

—Sí, tienes razón —dijo.

—Pero volviendo al tema, somos el club de las mujeres al mando —bromeó Aria.

—Me gusta cómo suena eso —dijo Katerina, deteniéndose para mirar hacia el horizonte, donde el mar se fundía con el cielo en un abrazo de color azul infinito—. ¿Sabes, Aria? Creo que mi nieto, por una vez en su vida, hizo algo bien sin darse cuenta.

—¿El qué? —preguntó ella, curiosa.

Katerina se giró hacia Aria, y delineó en sus labios una sonrisa suave, desprovista de cualquier matiz de ironía, pero llena de un afecto sincero que le iluminó el rostro arrugado.

—Traerte a Ítaca —respondió.

Aria sintió un calor reconfortante expandirse por su pecho. Miró a Katerina, luego al jardín bañado por el sol, y finalmente hacia la ventana de aquella habitación que siempre estaba preparada en el piso de arriba.

—Tienes razón —dijo.

CAPÍTULO 13

La tarde había ido perdiendo su resplandor de color oro típico del mediterráneo para oscurecerse con un tono plomizo, casi plateado. El mar Jónico, que horas antes parecía una balsa de aceite, empezaba a rizarse con pequeñas crestas de espuma blanca.

En el jardín, el ambiente apacible se vio repentinamente asaltado por un viento travieso que agitaba las copas de los limoneros y hacía bailar las flores de las buganvillas con fuerza.

Aria se apartó un mechón de pelo rebelde que el viento le había estampado contra la mejilla y sonrió. Había algo vigorizante en aquel cambio de tiempo. Katerina, a su lado, respiró hondo, cerrando los ojos y absorbiendo la brisa cargada de salitre, como si estuviera degustando un buen vino.

—Parece que Eolo se ha despertado de la siesta —comentó Aria, sujetando con suavidad el brazo de Katerina para darle más estabilidad ante las ráfagas que empezaban a arreciar.

Iba a sugerir que tal vez fuera buena idea ir acercándose al porche, cuando un zumbido ruidoso, rítmico y potente, comenzó a vibrar en el aire.

No era el canto de las cigarras, desde luego.

El sonido creció rápidamente, transformándose en un estruendo ensordecedor que ahogó el ruido del viento.

Aria alzó la vista, parpadeando contra las repentinas ráfagas de aire. Un helicóptero negro, elegante y amenazador como un ave de presa de alta tecnología, descendía hacia el helipuerto situado en la explanada trasera de la propiedad. Las aspas levantaron un huracán en miniatura, haciendo que Aria tuviera que sujetarse la falda del vestido con una mano mientras con la otra protegía a Katerina, quien, por el contrario, ni se inmutó. La mujer se limitó a apoyar ambas manos en el brazo de Aria, observando el aterrizaje con la misma expresión de aburrimiento que pondría ante un anuncio de detergente.

La puerta del helicóptero se abrió y de él descendió Ulises.

Aria sintió que el estómago le daba un pequeño vuelco, una mezcla de sorpresa y esa inevitable sacudida que provocaba siempre la presencia de su jefe. Del gruñón de su jefe.

Ulises iba impecable (el muy cabrón siempre iba impecable, sin un solo pelo fuera de lugar). Llevaba un traje de chaqueta azul marino de un corte tan perfecto que parecía desafiar las leyes humanas, la corbata perfectamente anudada, y los zapatos brillaban a pesar del polvo levantado por el aterrizaje. Parecía un anuncio de relojes suizos caminando hacia ellas. Sin embargo, la expresión de su rostro no era precisamente de catálogo.

Tenía el ceño tan fruncido que parecía a punto de crear un agujero negro entre sus cejas. Su mandíbula estaba tensa, cuadrada, y sus ojos verdes escaneaban la escena con la seriedad de un general que acaba de encontrar a sus tropas haciendo un picnic en medio del campo de batalla.

Aria, recordando la conversación de aquella misma tarde sobre el niño que había sobrevivido a un accidente de avioneta en mitad del mar, intentó ver más allá de la máscara del «Ogro de la Colina». Pero, francamente, con esa cara de pocos amigos, resultaba difícil ver al niño de las ranas y muy fácil ver al tirano empresarial.

—Abuela. Señorita Shaw —saludó Ulises al llegar a su altura. Su voz era cortante, fría como el hielo—. ¿Qué hacéis aquí fuera?

Adentro. Ahora. Es hora de que cenes, abuela.

Katerina arqueó una ceja, mirándolo de arriba abajo.

—No sabía que te habías convertido en un reloj de cuco con traje de Armani, querido —dijo, con su habitual humor (negro)—. Ceno cuando tengo hambre, no cuando tu agenda electrónica te envía una notificación.

—El viento está soplando a más de cincuenta kilómetros por hora, abuela. Adentro —insistió Ulises, sin inmutarse ante la ironía de Katerina, ofreciéndole su brazo con una rigidez casi marcial.

Katerina suspiró, teatral y sonoramente.

—Está bien, está bien. Entremos. De todos modos, me estaba empezando a quedar un poco fría. Voy a mi habitación a por una chaqueta de punto. —Dirigió su mirada a Aria—. Aria, ¿te encargas de que mi nieto no muerda a nadie mientras vuelvo?

—Haré lo que pueda, Katerina, pero no tengo la vacuna de la rabia al día —respondió Aria, con una sonrisa chispeante en los labios.

Ulises le lanzó una mirada que habría congelado el infierno. ¿Es que aquella chica siempre tenía que soltar alguna de sus mordacidades? ¿No sabía estar callada? ¿Por qué no se amedrentaba como lo habían hecho las que habían ocupado antes su puesto? ¿No tenía miedo de que la mandará a la puta calle? Porque podía hacerlo.

Una vez dentro del inmenso y cálido vestíbulo de la mansión, Katerina se dirigió hacia el ala este a paso tranquilo. En cuanto desapareció por el pasillo, la temperatura de la sala pareció descender varios grados. Ulises se giró hacia Aria. El silencio duró dos segundos, los suficientes para que Aria se preparara mentalmente para el impacto. Porque sabía que venía un impacto.

—¿En qué estaba pensando? —disparó Ulises. No gritaba, lo cual era peor. Su tono era bajo, denso y cargado de reproche—. ¿Llevarla

a caminar por el jardín con el viento que hay? ¿Tiene idea de lo peligroso que es?

Aria alzando ligeramente la barbilla. No iba a dejarse intimidar.

—Para empezar, buenas tardes, señor Diakos. Qué sorpresa tan agradable tenerle por aquí —dijo—. Y para continuar, cuando hemos salido a pasear, el cielo estaba despejado y no se movía ni una hoja. El viento se ha levantado al final de la tarde. Pero anotaré en mi currículum que carezco de poderes de adivinación meteorológica para que lo tengan en cuenta mis futuros jefes.

Ulises apretó los labios, poco receptivo a su humor. A Aria no le extrañó.

—No me tome el pelo, señorita Shaw. Es una mujer de ochenta y cuatro años. Una ráfaga fuerte puede tirarla al suelo. Podría romperse la cadera. O resfriarse. Sus pulmones no están para jugar a los exploradores del Polo Norte. Le pago para que la cuide, no para que la exponga a riesgos innecesarios —aseveró Ulises.

Aria sintió un pinchazo de indignación en el pecho, pero al recordar la historia del accidente, supo leer entre líneas. Aquel enfado no era más que pánico disfrazado de autoridad. Aun así, no pensaba darle la razón en su afán por sobreproteger a su abuela hasta la asfixia.

—La cuido, señor Diakos. Perfectamente, de hecho —replicó, manteniendo un tono firme, pero sin perder la calma, inyectando una dosis de realidad en su defensa—. Y parte de cuidarla es entender que es una persona, no una reliquia del museo de cristal de Bohemia. Está bien que se preocupe por ella, es su abuela y la quiere, lo entiendo, y quiere lo mejor para ella. Pero no puede quitarle su independencia.

—Yo no le quito su independencia, la protejo —gruñó Ulises, dando un paso hacia ella, imponiéndose con su altura.

—La está convirtiendo en una inútil cuando no lo es —le rebatió Aria, sosteniéndole la mirada sin pestañear—. Katerina tiene la

mente más lúcida que usted y que yo juntos. Si quiere pasear por su jardín, pasea. Tiene que dejarla que viva. Que respire. Si la encierra en una burbuja con temperatura controlada por miedo a que le pase algo, no la está salvando, la está apagando.

Las palabras de Aria aterrizaron como piedras. Ulises pareció encajar el golpe, pero su reacción inmediata fue la de un animal acorralado, y se enfadó aún más. Sus ojos centellearon, furiosos por la osadía de aquella empleada que no solo le contestaba, sino que se atrevía a rebatir sus decisiones. ¿Qué coño se había creído?

—Usted no sabe nada de lo que ella necesita —siseó, señalándola con un dedo acusador—. Y el viento sigue siendo un peligro. Si hubiera tropezado...

—¡Si hubiera tropezado, yo estaba allí para sujetarla! Iba agarrada a mí —lo interrumpió Aria, alzando las manos al cielo en un gesto de exasperación—. De verdad, señor Diakos, tiene que relajarse. Va a acabar con una úlcera antes de los cuarenta.

—El viento... —volvió a insistir él, terco como una mula, dispuesto a no perder la discusión bajo ningún concepto—… podría resfriarla.

—El único que se resfriará será tu corazón si sigues así, cariño.

La voz de Katerina resonó en el vestíbulo, clara y rotunda. Ambos se giraron hacia ella. La mujer estaba de pie al pie de la escalera, envuelta en una elegante chaqueta de punto de color crema, mirándolos con una mezcla de diversión y reproche.

Ulises abrió la boca para justificarse.

—Abuela, yo solo le estaba explicando a la señorita Shaw que...

—Que eres un cabezota controlador que le tiene miedo a un poco de brisa marina, sí, lo he oído desde el pasillo —le cortó Katerina, avanzando hacia ellos—. Deja en paz a la pobre chica. Fui yo quien insistió en alargar el paseo. Y si me apetece salir a volar una cometa en medio de un huracán, lo haré. Bien sabes que lo

haré. Deja de tratarme como a una inválida —dijo—. Aria ha sido una compañía excelente estos días y me ha cuidado de maravilla.

Aria no pudo evitar esbozar una sonrisa triunfal, aunque intentó disimularla apretando los labios con fuerza. No quería que Ulises Diakos se enfadara aún más. Estaba a punto de salirle humo por las orejas.

Ulises miró a su abuela. Luego miró a Aria, que le devolvía la mirada con una expresión inocente y chispeante que claramente gritaba «se lo dije».

El gran magnate griego, el hombre que hacía temblar a las juntas directivas, se dio cuenta en ese preciso instante que había perdido la guerra antes de empezarla. Estaba en clara desventaja numérica y estratégica.

Soltó un bufido sonoro, cruzándose de brazos con un gesto que, por un brevísimo segundo, recordó al de un niño pequeño al que le acaban de quitar la razón.

—Haced lo que queráis —murmuró, rindiéndose con un deje de frustración en la voz, aunque la tensión de los hombros pareció relajarse un poco—. Pero luego no me llaméis si salís volando hacia el pueblo.

Katerina le guiñó un ojo a Aria cuando Ulises no la veía.

—No te preocupes, cariño, Aria tiene buen agarre. Y dime, ¿vas a cenar con nosotras o prefieres comerte un informe financiero en tu despacho?

Ulises miró a una y a otra, que se habían aliado en su contra, irradiando un buen rollo y una complicidad que él no sabía cómo manejar. Suspiró, derrotado.

—Cenaré con vosotras —dijo.

Aria sonrió abiertamente. La tormenta había pasado, y el Ogro, al parecer, tenía hambre.

CAPÍTULO 14

El comedor de Villa Penélope era una estancia que, por lo general, invitaba a la solemnidad. Con su inmensa mesa de caoba maciza, la lámpara de araña que derramaba una luz cálida y ambarina sobre la vajilla de porcelana, y los ventanales que daban a un mar Jónico sumido en aquel momento en la oscuridad, parecía el escenario perfecto para firmar un tratado internacional. Sin embargo, aquella noche, el ambiente vibraba con una energía muy distinta. Una energía eléctrica, chispeante y cargada de una ironía que flotaba sobre los platos como un condimento invisible.

Aria se removió en su silla tapizada, sintiéndose un poco como un polizón que ha sido invitado a cenar en la mesa del capitán. Y el capitán, en este caso, estaba sentado exactamente frente a ella.

Ulises se había quitado la chaqueta del traje y se había aflojado el nudo de la corbata, pero ni siquiera ese pequeño guiño a la informalidad lograba restar un ápice de su imponente presencia. Su mirada verde, escrutadora, se cruzaba con la de Aria cada vez que ella levantaba la vista de su copa de agua. Al principio, se sentía cohibida. Compartir la cena con su jefe, el «Ogro de la Colina», después de la pequeña discusión en el vestíbulo, la mantenía en un estado de alerta constante, midiendo cada movimiento para no derramar el agua ni usar el tenedor equivocado.

Aquel hombre era alérgico a los errores.

Katerina, sentada en la cabecera de la mesa como la matriarca indiscutible que era, observaba la dinámica entre ambos con los ojos

tan brillantes como los de un halcón que acaba de avistar una jugosa presa. O, más bien, como una celestina con demasiado tiempo libre.

—Y bien, Ulises —comenzó, rompiendo el silencio mientras jugueteaba con el tallo de su copa de vino tinto—. Aún no me has dicho a qué debemos el inmenso honor de tu visita sorpresa. ¿Acaso no tenías a quién gritarle en Atenas?

Aria tuvo que morderse el interior de la mejilla para no sonreír. O, mejor dicho, para no echarse a reír a carcajadas. Ulises, por su parte, suspiró con esa paciencia infinita y ligeramente exasperada que parecía reservar solo para su abuela.

—Todo está perfectamente, abuela. Simplemente quería asegurarme de que todo iba bien por aquí, y... bueno, supervisar que las cosas estén en orden.

Katerina soltó una carcajada corta que resonó en las paredes del comedor.

—Por favor. A mí no me vengas con comunicados de prensa. Tú no has venido a ver si todo estaba en orden. Has venido a controlar a Aria. —Katerina la señaló con un leve gesto de la mano, mientras Aria abría los ojos como platos, notando como un intenso rubor le subía a las mejillas—. Has venido a regañarla por todas las cosas que no hace exactamente como a ti te gustaría, porque en tu cabeza, si no lo controlas todo tú, el mundo se desintegra.

El silencio que cayó sobre el comedor fue algo pesado, pero no incómodo del todo, más bien, estaba cargado de una tensión un poco cómica.

Aria miró a Ulises de reojo, esperando una explosión o una réplica cortante de las suyas. Era un maestro en eso. Sin embargo, se quedó mudo. Parpadeó un par de veces, cogió su copa de vino, le dio un sorbo lento y desvió la mirada hacia el centro de mesa floral.

Sabía que su abuela tenía razón. Había volado hasta allí impulsado por una necesidad irracional de vigilar a Aria y ver cómo

estaba manejando la situación, y ser expuesto de aquella manera tan directa lo dejó sin munición.

Aria, al ver que el temible Ulises Diakos no tenía respuesta, sintió que la presión en su pecho se aflojaba. De repente, el hombre sentado frente a ella no parecía tan intimidante. Solo era un nieto sobreprotector al que acababan de pillar con las manos en la masa.

En aquel momento, las puertas dobles del salón se abrieron y entró Matilde empujando un carrito de servicio del que emanaba un delicioso aroma a cordero asado con romero y patatas al horno.

—La cena está lista —anunció con una sonrisa amable. Se acercó a la enorme mesa y comenzó a servir los platos.

—Gracias, Matilde, huele de maravilla —dijo Katerina, antes de retomar su misión con renovado vigor—. Como te decía, Ulises, deberías estar agradecido. Aria tiene una paciencia de santa. No solo me soporta a mí, que ya es decir, sino que tiene que lidiar con tus órdenes de dictador. Y mírala, siempre con una sonrisa. Es una joya. ¿Verdad que es una joya?

Aria casi se atragantó con el primer bocado de cordero.

—Katerina, por favor, no hace falta que... —intentó intervenir, sintiendo que la cara le ardía.

—Tonterías, la verdad hay que decirla —la interrumpió ella, agitando una mano en el aire—. Además, fíjate en ella, Ulises. Es inteligente, tiene un sentido del humor excelente, te plantó cara muy bien en el vestíbulo, por cierto, y, salta a la vista, es preciosa. No entiendo cómo una chica tan estupenda no tiene a una legión de pretendientes haciendo cola en la puerta. Aunque, claro, la gente joven de hoy en día estáis tan centrados en el trabajo... ¿Verdad, Ulises? Tú también trabajas demasiado. Necesitas distraerte. Compañía.

La sutileza de Katerina era comparable a la de un elefante en una cacharrería, pero lo hacía con tanto encanto y naturalidad que resultaba imposible enfadarse con ella.

Aria bajó la vista hacia su plato, cortando un trozo de patata con una concentración digna de un cirujano en plena operación de corazón, intentando ocultar la sonrisa que ya no podía contener. La situación era tan absurda que resultaba cómica.

Ulises carraspeó, visiblemente incómodo, moviendo el nudo de su corbata ya floja como si de repente le oprimiera.

—*Yiayá*, creo que Aria no necesita que le hagas publicidad —dijo serio—. Y yo estoy perfectamente bien con mi carga de trabajo.

—Sí, claro. Tan bien que vienes aquí en helicóptero a buscar problemas donde no los hay —replicó Katerina, implacable. Luego, con un tono inocente que no engañaba a nadie, añadió—: Ulises, pásale la sal a Aria, por favor. Y sírvele un poco más de vino. Tenéis que probar este tinto, es de la misma bodega que os gusta a los dos. Qué coincidencia, ¿verdad? Tenéis tantas cosas en común.

Ulises obedeció y cogió el salero de plata. Al extender el brazo sobre la mesa para pasárselo a Aria, sus miradas volvieron a encontrarse. En aquella ocasión, Aria no apartó los ojos. Vio en la expresión de Ulises una mezcla de seriedad y resignación ante las tácticas poco discretas de su abuela.

Aria tomó el salero, y sus dedos rozaron levemente los de él. Una chispa de electricidad estática (o tal vez algo más) pareció saltar entre ellos.

—Gracias —murmuró.

—De nada —correspondió Ulises.

Ulises retiró la mano con más brusquedad de la necesaria, como si el salero de plata hubiera estado caliente, y volvió a concentrarse en su plato.

«Contrólate —se ordenó mentalmente, cortando un trozo de cordero—. Es tu empleada. Tu abuela claramente está tramando algo, ya la conoces. Y tú eres un tío de treinta y dos años, no un adolescente con las putas hormonas descontroladas.»

Pero entonces Aria se rio, con una risa suave y musical, en respuesta a algo que Katerina acababa de decir, y él levantó la vista sin darse cuenta.

Ella había cambiado la forma de vestir desde que la había visto las primeras veces. Llevaba un vestido sencillo de tirantes de color melocotón con flores negras que dejaba al descubierto sus hombros ligeramente bronceados, y su melena castaña, caía en ondas sueltas alrededor de su rostro. La luz de la lámpara de araña captaba reflejos dorados en su pelo, y cuando sonreía, sus ojos color avellana se iluminaban de una manera que...

«Para.»

Ulises parpadeó, forzándose a mirar hacia su plato de nuevo.

«Es tu empleada —repitió, como un mantra—. Está aquí para cuidar a tu abuela. Nada más.»

—... y entonces le dije al alcalde que si pensaba que iba a permitir que construyeran ese horrible hotel en la bahía, estaba completamente loco. —Katerina estaba contando una historia muy animada, gesticulando con su tenedor—. Esta isla tenía ya suficientes hoteles. Lo que necesitaba era mantener su carácter, su encanto...

Aria asentía, completamente absorta en la historia, con esa pequeña arruga de concentración entre las cejas que aparecía cuando estaba escuchando con atención. Tenía una patata ensartada en el tenedor, pero parecía haberla olvidado, suspendido a medio camino hacia su boca mientras escuchaba.

«Deberías comer —pensó Ulises—. La comida se te está enfriando.»

Como si hubiera leído su mente, lo cual era imposible, por supuesto, aunque en aquel momento parecía inquietantemente posible, Aria se llevó el tenedor a la boca. Sus labios se cerraron alrededor de la patata, y masticó pensativamente, asintiendo de nuevo a algo que Katerina estaba diciendo.

«¿Por qué estás mirando cómo come? —se preguntó Ulises con alarma—. ¿Qué cojones te pasa?»

Apartó la vista deliberadamente, enfocándose en su abuela, que estaba describiendo con gran detalle la batalla burocrática que había librado para detener la construcción de un hotel años atrás.

—Por supuesto, ayudó que el hijo del alcalde resultara estar saliendo con mi jardinero de aquella época —dijo Katerina—. Y que yo pudiera, muy casualmente, mencionar que sería una pena si cierta información sobre ciertas irregularidades en ciertos permisos de construcción llegara a oídos de ciertas personas...

—Abuela —dijo Ulises en tono de advertencia—. ¿Estás admitiendo haber chantajeado al alcalde?

—No fue chantaje si era verdad, cariño. Es solo periodismo de investigación.

Aria se rio de nuevo. Ese sonido que era como campanillas, pensó Ulises, y luego inmediatamente se odió a sí mismo por pensar algo tan ridículamente cursi, y Aria se llevó la copa a los labios.

Ulises la miró. No quería. Su cerebro había enviado órdenes específicas de *no mirar*, pero, por lo que parecía, sus ojos tenían otras ideas.

Aria tomó un sorbo pequeño de vino, saboreándolo, y luego su lengua salió brevemente para capturar una gota que se había quedado en su labio inferior.

«Mierda»

—Ulises, ¿me estás escuchando?

La voz de Katerina interrumpió sus pensamientos de una manera que solo podía describirse como salvadora.

—¿Qué? Sí. Sí, por supuesto. El alcalde. El hotel. El chantaje.

—No era chantaje. —Katerina entrecerró los ojos—. Y acabo de preguntarte si pensabas quedarte esta noche o si vas a volar de

regreso a Atenas como un murciélago despavorido.

Ulises abrió la boca, luego la cerró. No había planeado quedarse. Había planeado inspeccionar la situación, asegurarse de que Aria hiciera exactamente lo que se esperaba de ella, repasar las reglas una vez más, y luego volar a Atenas donde había trabajo que hacer y reuniones que atender y ninguna mujer de grandes ojos avellana distrayéndolo durante la cena.

—Yo... no he decidido nada todavía.

—Quédate —dijo Katerina—. Ya es de noche, y la visibilidad no es igual que de día.

—Estoy acostumbrado a pilotar de noche —comentó Ulises.

—Lo sé, lo sé —dijo Katerina—. Pero hace mucho tiempo que no pasas una noche aquí. Ya sabes que tu habitación está siempre lista.

«Mi habitación.»

La habitación que estaba en el mismo pasillo que la habitación de Aria.

Dos puertas más allá, para ser exactos.

«Mala idea —pensó—. Muy mala idea.»

—Tengo reuniones mañana temprano…

—Puedes hacer las reuniones desde aquí —lo interrumpió Katerina—. Tienes ordenadores, tienes teléfonos, tienes toda esa tecnología moderna que supuestamente hace posible trabajar desde cualquier lugar. Quédate. Desayuna con nosotras mañana. Relájate por una vez en tu vida.

Aria había estado observando el intercambio con una expresión cuidadosamente neutral, sin despegar mucho los ojos de su cordero.

—No quiero molestar —dijo Ulises finalmente, mirando a su abuela, pero muy consciente de la presencia de Aria en su campo de visión—. Si la señorita Shaw está aquí para cuidarte, no debería interrumpir su rutina...

—Oh, por favor. —Katerina agitó la mano con desdén—. ¿Desde cuándo a ti te importa interrumpir algo?

—Abuela… —dijo Ulises.

—Estoy diciendo la verdad. Además, estoy segura de que a Aria no le importará, ¿verdad que no?

Aria levantó la vista, sorprendida de ser incluida directamente en la conversación.

—No, por supuesto que no —respondió, mordisqueándose el labio inferior de una manera que Ulises definitivamente percibió.

—¿Ves? —Katerina sonrió triunfal—. No hay nada que requiera que mi nieto huya de regreso a Atenas esta misma noche.

Ulises se dio cuenta, con resignación, de que no había nada que hacer. Cuando Katerina decidía algo, era como tratar de detener un tsunami con una pala de playa.

—Bien —dijo, alcanzando su copa de vino y tomando un trago más largo de lo habitual—. Me quedaré esta noche.

—Maravilloso. —Katerina prácticamente irradiaba satisfacción—. Y mañana puedes enseñarle la isla a Aria. Ella no ha visto nada todavía excepto el puerto, la casa y un poco el pueblo.

—Abuela, tengo trabajo…

—Que puede esperar. —Katerina lo interrumpió de nuevo—. Aria no conoce la isla. Tú conoces cada centímetro. Sería de mala educación no ofrecerte a enseñársela. Podéis ir en el helicóptero.

Aria parecía estar tratando de hacerse invisible, estudiando su plato de cordero como si fuera una fórmula matemática.

—No es necesario —murmuró—. Puedo explorar por mi cuenta…

—Es mejor ir acompañada de una persona que conozca la isla —la cortó Katerina—. Y para eso, Ulises es el mejor, porque se conoce la isla como la palma de la mano. ¿Por qué no dejar que te muestre

los lugares especiales? Los mejores miradores, las playas escondidas, el pequeño monasterio en la cima de la colina...

Ulises se dio cuenta de que estaba atrapado. Totalmente atrapado. Si no accedía, su abuela no le dejaría en paz. La conocía bien. Podía ser insistente hasta la saciedad.

«Será solo un recorrido rápido —se dijo en silencio—. Nada complicado.»

—Si la señorita Shaw quiere —dijo formalmente, mirando a Aria directamente por primera vez en varios minutos—, puedo enseñarle la isla con el helicóptero.

Aria lo miró asombrada. Sus ojos se encontraron con los de Ulises, y durante un momento, el comedor, con su mesa de caoba, su lámpara de araña y el sonido distante de las olas contra la costa, pareció encogerse hasta solo ellos dos.

—Yo... sí. Gracias. Sería... muy amable por su parte —dijo.

—Excelente. —Katerina sonrió como el gato que se comió al canario—. Todo arreglado entonces. Ahora, Matilde ha preparado uno de sus postres legendarios. *Baklava* con miel. Espero que hayáis dejado un hueco en el estómago.

La conversación se movió hacia temas más seguros, el clima, las renovaciones que Katerina tenía planeadas para el jardín… y Ulises se dijo a sí mismo que no habría más miradas incómodas. No más tensión extraña. Solo una cena normal con su abuela y su cuidadora.

Pero entonces Aria carcajeó por una de las anécdotas de Katerina, y echó la cabeza ligeramente hacia atrás, exponiendo la línea delicada del cuello, y Ulises se encontró mirando de nuevo.

Mirando la forma en que la luz de la lámpara jugaba en su piel. La forma en que sus pendientes, unos pequeños cristales blancos, captaban la luz cuando movía la cabeza. La forma en que sus manos, con dedos delgados y uñas sin pintar, gesticulaban expresivamente cuando hablaba.

Aria alcanzó su copa de agua, y él observó el movimiento, fascinado por alguna razón que no podía comprender. El agua era solo agua. Beber era solo beber. No había razón para que sus ojos siguieran el movimiento de su garganta cuando tragaba, o notaran la pequeña sonrisa de satisfacción que curvaba sus labios después de...

«Para. Para ahora mismo, joder.»

Se obligó a mirar hacia otro lado, centrándose en su abuela, que estaba describiendo no sé qué sobre unas flores.

Ulises asentía de vez en cuando, mientras que por dentro luchaba con el perturbador hecho de que no podía dejar de mirar a Aria.

«¿Qué te pasa, joder? —se preguntó—. Ves mujeres atractivas todos los días. Atenas está llena de ellas. Tu oficina está llena de ellas. *Tu cama está llena de ellas.* Y nunca, nunca te has distraído así durante una cena de negocios.»

«Pero esto no es una cena de negocios —señaló una parte traicionera de su cerebro—. Esto es diferente. Ella es diferente.»

«No lo es —contradijo, rotundo—. Es solo otra empleada. Está aquí para hacer un trabajo. El hecho de que sea atractiva es completamente irrelevante.»

«¿Atractiva? —la parte traicionera de su cerebro se burló de él—. Inténtalo de nuevo. Prueba con "preciosa". Prueba con "cautivadora". Prueba con "no puedes dejar de mirarla incluso cuando sabes que deberías"».

Aria estaba contándole algo a Katerina, algo sobre su *yiayá,* y su rostro se iluminaba mientras hablaba, lleno de un afecto y una diversión cálidas.

—... "tomé prestada" la motocicleta del vecino, pero no sabía conducirla, así que la choqué contra el contenedor de basura. El vecino estaba furioso, mi madre estaba furiosa, mi abuela estaba tratando de no reírse...

Katerina se estaba riendo abiertamente, y Aria también, y el sonido llenó el comedor como música.

Y Ulises se encontró mirando de nuevo.

Aria levantó la copa de vino otra vez, dio un sorbo, y entonces, como si sintiera la mirada de Ulises sobre ella, sus ojos se desplazaron hacia él.

Durante un segundo, tal vez dos, simplemente se miraron.

Ulises volvió a su comida con un movimiento brusco, casi volcando su copa de agua en el proceso.

«Mierda. Te ha pillado mirándola.»

—¿Ulises? Tierra llamando a Ulises. —La voz de Katerina interrumpió sus pensamientos una vez más.

—¿Sí?

—Te he preguntado si quieres más cordero o le digo a Matilde que traiga el postre.

—No. Gracias. Estoy bien.

Katerina lo estudió con ojos perspicaces, luego miró a Aria, luego de vuelta a él. Una sonrisa lenta, satisfecha, se extendió por su rostro.

Matilde eligió ese momento para aparecer con el postre, y Ulises nunca había estado tan agradecido de ver *baklava* en toda su vida.

CAPÍTULO 15

La mañana se derramaba sobre Villa Penélope con esa generosidad luminosa que solo el Mediterráneo concede. El aire olía a sal, a pino y a ese perfume indefinible que indicaba simplemente que es verano en Ítaca.

Aria se miró por última vez en el espejo de su habitación, ajustándose la camiseta blanca de algodón. Sencilla, de cuello redondo, con las mangas cortas que dejaban al descubierto sus brazos ligeramente bronceados, y preguntándose si debería haberse puesto algo más... formal. ¿Existía un código de vestimenta para volar en helicóptero privado con tu jefe?

«Demasiado tarde para cambiar ahora», pensó, recogiendo sus gafas de sol del tocador.

Los pantalones cortos de mezclilla, desgastados y cómodos, le llegaban justo por encima de las rodillas, y había optado por unas zapatillas blancas que al menos no la harían parecer completamente una turista. Aunque, técnicamente, eso era exactamente lo que era en este momento.

Katerina ya estaba atendiendo su jardín, no sin antes guiñarle un ojo de manera extremadamente poco sutil a Aria durante el desayuno. Y la casa estaba sumida en ese silencio tranquilo de media mañana, interrumpido solo por el canto distante de las cigarras y el murmullo constante del mar.

Aria atravesó la casa hacia la parte trasera. Cuando salió al jardín que daba al helipuerto, un círculo perfecto de cemento sobre el césped, con una H blanca pintada en el centro, su corazón dio un pequeño salto.

Ulises ya estaba allí.

Y no llevaba traje.

Era una observación ridícula, lo sabía. El hombre tenía derecho a vestirse como quisiera. Pero verlo así, con unos vaqueros oscuros que le quedaban indecentemente bien, una camiseta de color gris que se ajustaba a sus hombros de una manera que debería estar prohibida, y gafas de aviador colgando del cuello de la camiseta, la hizo detenerse momentáneamente.

«Contrólate —se ordenó—. Es solo ropa. Los hombres usan ropa casual todo el tiempo. No es para tanto.»

Excepto que de alguna manera sí lo era.

Ulises estaba haciendo algo en el helicóptero, comprobando algo en el exterior, con un portapapeles en la mano, y no la había visto todavía. Aria aprovechó esos segundos para respirar hondo y recordarse que era una mujer de veintiséis años, no una adolescente con su *crush*.

«Aunque —admitió la parte traicionera de su cerebro—, sería mucho más fácil si no fuera tan... él.»

Como si sintiera su presencia, Ulises levantó la vista. Sus ojos, ese verde imposible que parecía más brillante bajo la luz del sol, se encontraron con los de ella a través de la distancia, y por un momento, ninguno se movió.

Entonces él le hizo un gesto con la cabeza, una especie de saludo informal, y Aria obligó a sus piernas a moverse.

—Buenos días —dijo cuando estuvo lo suficientemente cerca, con una sonrisa que esperaba que pareciera más despreocupada y relajada de lo que en realidad estaba.

—Buenos días —respondió Ulises, dejando el portapapeles dentro del helicóptero—. Ha sido puntual. Es algo que aprecio.

«Por supuesto que lo aprecias —pensó Aria con diversión—. Probablemente llevas un registro mental de quién llega tarde a qué y luego le penalizas por ello.»

—Trato de no decepcionar —dijo con voz ligera—. Aunque debo advertirle que no tengo ni idea de qué hacer en un helicóptero más allá de sentarme y tratar de no vomitar.

Los labios de Ulises se curvaron, no exactamente en una sonrisa, pero en algo que se le parecía.

—Regla número uno: no vomite en mi helicóptero —dijo.

—Me lo apunto. —Aria asintió con solemnidad—. ¿Alguna otra regla que deba conocer? ¿No tocar botones al azar? ¿No gritar «¡estamos cayendo!» cada vez que el helicóptero se incline un poco?

Esa vez Ulises definitivamente sonrió. Fue una sonrisa pequeña pero real.

—Esas también son buenas reglas, sígualas —dijo, girándose hacia el helicóptero y abriendo la puerta del lado del pasajero—. ¿Lista?

Aria miró el interior (era de cuero negro, con un montón de botones relucientes que no tenía ni idea de para qué servían), y sintió un revoloteo de nervios mezclado con emoción en el estómago.

—¿Lista? —repitió Ulises.

Aria lo miró.

—Sí —dijo, asintiendo con la cabeza.

Ulises hizo un gesto hacia el asiento.

—Después de usted.

Subir al helicóptero fue algo más complicado y torpe de lo que Aria habría deseado. El escalón era más alto de lo que esperaba, y tuvo que agarrarse del marco de la puerta mientras intentaba no golpear la cabeza ni tropezar con sus propios pies. Finalmente se dejó caer en el asiento de cuero con alivio.

«Elegante, Aria. Muy elegante», se burló de sí misma.

Ulises subió después de ella con la facilidad de alguien que había hecho aquello mil veces, moviéndose por el reducido espacio con una gracia natural que ella solo podía envidiar. Cerró su puerta, luego se inclinó hacia ella.

—El cinturón —dijo, alcanzando el arnés de seguridad que colgaba a ambos lados del asiento.

—Oh, yo puedo... —Aria comenzó, y sus manos se movieron hacia las hebillas.

Pero Ulises ya estaba ahí, en su espacio personal, con sus manos expertas localizando las distintas partes del arnés y dirigiéndolas hacia el centro. Aria se quedó completamente inmóvil, muy consciente de repente de lo cerca que estaba. Podía ver la línea definida de su mandíbula, la ligera sombra de barba que no había estado allí la noche anterior, la forma en que sus cejas se fruncían ligeramente, concentradas, mientras aseguraba las correas sobre su torso.

—Esto va aquí —murmuró Ulises, más para sí mismo que para ella, ajustando algo cerca de su hombro—. Y esto...

Sus dedos rozaron accidentalmente su clavícula mientras ajustaba la correa superior, y Aria sintió que su respiración se le atascaba en la garganta.

«Solo te está poniendo el cinturón de seguridad —se dijo—. Es un procedimiento normal y necesario. No significa nada.»

Excepto que él olía a algo limpio y masculino (a *aftershave* y algo más que no podía identificar pero que hacía que quisiera

inclinarse hacia él) y sus manos eran cálidas incluso a través de la tela de su camiseta cuando ajustaba las correas alrededor de su torso.

Ulises se detuvo, con sus manos todavía en las hebillas del arnés, y levantó la vista.

Sus rostros estaban a centímetros de distancia.

Aria pudo ver las pequeñas motas de gris en sus ojos verdes, la forma curva de sus pestañas, la línea de su boca, que siempre parecía a punto de fruncirse en una mueca de desaprobación.

Ulises se dio cuenta de que los ojos de Aria no solo eran de color avellana, sino que tenían motas de verde y oro, y que cambiaban con la luz.

Durante un par de latidos ninguno se movió.

El mundo se redujo al espacio minúsculo entre ellos, al sonido de sus respiraciones, al calor de las manos de Ulises descansando ligeramente contra su estómago, donde las hebillas se encontraban.

Aria parpadeó primero, apartando la mirada rápidamente, con un ligero rubor subiendo a sus mejillas.

«Dios —pensó—, un poco aturdida—. ¿Cómo es posible que alguien sea tan...»

—Listo —dijo Ulises bruscamente, retirándose de golpe y dando un tirón final al arnés para verificar que estuviera seguro—. ¿Cómoda?

«No —se dijo Aria en silencio—. Para nada. El corazón me está latiendo tan fuerte que seguro que puedes oírlo desde ahí.»

—Sí —respondió, con una voz que sonaba casi normal—. Aunque me siento un poco como un astronauta. ¿Los helicópteros siempre requieren tanta... sujeción?

—Solo cuando no confío en que mis pasajeros se queden quietos —dijo Ulises, y había un brillo de algo (¿humor?) en sus ojos,

mientras se instalaba en el asiento del piloto y comenzaba a abrocharse su propio arnés con movimientos hábiles.

Aria lo observó, fascinada muy a su pesar. Había algo hipnótico en la forma en que sus manos se movían sobre los controles, verificando esto, ajustando lo otro, con la confianza y la tranquilidad de alguien que sabía exactamente lo que estaba haciendo.

Concentrado. Competente. Controlándolo todo.

Estaba claro que sabía pilotar su propio helicóptero. Probablemente también sabía pilotar aviones. Y yates. Y un cohete. Y probablemente podía desactivar bombas y realizar cirugías a corazón abierto en su tiempo libre.

El hombre era irritantemente capaz.

—Oiga… —dijo Aria—. Siento que se sienta obligado a hacer esto. Por la insistencia de su abuela, quiero decir. Si prefiere trabajar o... hacer lo que sea que haga normalmente, puedo explorar por mi cuenta. De verdad. No necesito una visita guiada.

Ulises se detuvo en su verificación pre-vuelo y la miró. Había algo indescifrable en su expresión.

—No me siento obligado —dijo después de un momento—. Y si lo hiciera, no estaría aquí. Nadie me obliga a hacer nada, ni siquiera mi abuela.

—Ah… —Aria parpadeó, sin saber muy bien qué hacer con esa información—. Vale. Me… alegra saberlo.

—Además —agregó Ulises, devolviendo su atención a los controles, pero con un toque de algo que podría haber sido humor en su voz—, no es tan malo. Pasar un par de horas volando sobre una isla griega, me refiero. He tenido que hacer cosas peores.

Aria notó cómo una sonrisa asomaba a sus labios.

—Wow. Qué elogio tan entusiasta. Me siento verdaderamente honrada —dijo.

Para sorpresa de Aria, Ulises sonrió, solo un pequeño tirón en la comisura de la boca, pero ahí estaba.

—No se acostumbre —dijo, alcanzando dos auriculares con micrófonos incorporados—. Póngase esto. El ruido del rotor puede ser ensordecedor sin protección.

Aria tomó los auriculares, que eran bastante pesados, y se los colocó sobre la cabeza. Inmediatamente, el mundo exterior se amortiguó.

—¿Puede oírme? —La voz de Ulises sonó clara y directa en sus oídos, incluso aunque él no la estuviera mirando, ocupado ajustando varios interruptores en el panel de control.

—Sí —respondió Aria, sobresaltándose ligeramente al oír su propia voz resonar en los auriculares.

—Está bien, vamos a despegar. Si en algún momento se siente mareada o incómoda, dígamelo de inmediato.

—¿Y qué hará? ¿Aterrizaremos en medio de las colinas? —bromeó Aria.

—Si es necesario.

Aria no estaba completamente segura de si Ulises estaba bromeando.

El helicóptero cobró vida con un rugido que hizo que todo vibrara. Aria sintió el poder de la máquina a través del asiento. Un zumbido constante que subía de frecuencia mientras Ulises manipulaba los controles con movimientos seguros.

«Está bien —se dijo, agarrando instintivamente los reposabrazos —. Solo es un helicóptero. La gente vuela en helicóptero todos los días. Es seguro y un medio de transporte como otro cualquiera.»

—Relájese. —La voz de Ulises sonó en sus oídos, tranquila y estable—. Le prometo que he hecho esto antes.

—¿Cuántas veces? —preguntó Aria, tratando de mantener su voz ligera.

—Lo suficiente como para que confíe en mí —respondió Ulises.

Y entonces, con suavidad, con tanta suavidad que apenas lo notó al principio, el mundo comenzó a caer.

O más bien, ellos comenzaron a elevarse.

Aria observó, fascinada, como el suelo se alejaba gradualmente. La casa se hacía más pequeña y el jardín se transformaba en un patrón de colores.

—Oh —susurró, sin darse cuenta de que lo había dicho en voz alta.

Subieron más alto, y de repente el mundo se expandió.

El mar Jónico se extendía ante ellos en todas direcciones, con un azul tan intenso que parecía imposible, salpicado aquí y allá con las diminutas velas blancas de los barcos.

Ítaca se desplegaba bajo ellos como un mapa tridimensional, colinas verdes onduladas, pequeños grupos de casas aferrados a las laderas, calas escondidas con playas de arena dorada, caminos serpenteantes que parecían hilos delgados a través del paisaje.

—Dios mío —dijo Aria, presionando su cara prácticamente contra la ventana—. Es... es...

—Sí —estuvo de acuerdo Ulises, y cuando ella lo miró, vio que él también estaba observando las vistas con algo que podría haber sido orgullo en su expresión—. Lo es.

Giró el helicóptero suavemente, y Aria sintió que su estómago daba un pequeño vuelco, no desagradable, solo... extraño. Emocionante.

—Esa es la bahía de Vathy. —La voz de Ulises sonó en sus oídos, profesional, informativa—. El puerto principal donde llegó el ferry en

el que vino. Si mira hacia el este, puede ver el pueblo extendiéndose por la colina.

Aria siguió su mirada y allí estaba, diminuto y perfecto como una aldea de juguete. Podía ver los edificios blancos con sus tejados de terracota, el puerto en forma de herradura lleno de pequeños barcos, la plaza principal donde había visto a algunos habitantes sentados bajo la sombra de los árboles.

—Es tan bonito —murmuró—. Todo parece tan... pequeño desde aquí.

—Espere a que veamos el resto —dijo Ulises, dirigiendo el helicóptero hacia el norte—. Esto es solo el comienzo.

Volaron sobre colinas cubiertas de olivos, miles de ellos, con las hojas plateadas brillando bajo el sol, y Ulises le explicó que algunos de aquellos árboles tenían cientos de años, y que habían sido plantados por generaciones que habían vivido y muerto bajo su sombra.

Sobrevolaron pequeñas iglesias solitarias en lo alto de colinas. Sus paredes blancas y sus cúpulas azules destacaban contra el verde. Pasaron sobre viñedos, sobre pueblos donde las calles eran demasiado estrechas para los coches, sobre playas escondidas accesibles solo por mar.

Y durante todo el tiempo, Aria no podía dejar de mirar.

No solo a la isla, aunque era espectacular, sino a Ulises.

Había algo diferente en él en ese momento, en el aire. Una relajación en sus hombros que no había visto desde que lo conocía. Sus manos se movían sobre los controles con una facilidad natural, ajustando su curso con pequeños movimientos que parecían más instinto que acciones conscientes.

—Ahí —dijo Ulises, señalando hacia la izquierda—. Está el monasterio del que habló mi abuela anoche. Data del siglo XV.

Aria miró y vio una estructura antigua encaramada precariamente en el borde de un acantilado. Las paredes estaban descoloridas por siglos de sol y viento salado.

—¿Habita todavía alguien en él? —preguntó.

—Solo dos monjes—respondió Ulises—. Hombres muy viejos ahora. Dedican sus días a la oración y al cuidado del jardín. Dicen que es el lugar más pacífico de la isla.

—¿Ha estado allí?

—Muchas veces. Cuando era niño, solía ir con mi abuelo. Él decía que un hombre necesita un lugar para pensar, lejos del ruido del mundo.

Había algo en su voz, un toque de melancolía, de nostalgia, que hizo que Aria lo mirara de nuevo. Su perfil era nítido contra la ventana, su expresión distante, como si estuviera viendo no solo la isla debajo sino también recuerdos superpuestos sobre el paisaje.

Ulises debió sentir su mirada porque giró la cabeza ligeramente hacia ella.

—¿Qué? —preguntó.

Su voz sonó neutral, pero tenía un matiz de curiosidad en el fondo.

—Nada —respondió Aria rápidamente—. Solo... gracias. Por enseñármelo. Es precioso.

Él la estudió durante un momento, como si estuviera tratando de determinar si era sincera, luego asintió brevemente y devolvió su atención al vuelo.

Siguieron volando, y Aria se perdió en la experiencia. El zumbido constante del rotor se volvió reconfortante. El movimiento del helicóptero, esa sensación de flotar, de estar suspendido entre el cielo y el suelo, se volvió casi natural.

Y todo el tiempo, era muy, muy consciente de Ulises sentado a apenas un metro de distancia.

Consciente de la forma en que los vaqueros se estiraban sobre sus muslos cuando apretaba los pedales. De cómo la camiseta gris se tensaba sobre sus hombros cuando ajustaba los controles de la parte superior. De la concentración en su rostro, de las pequeñas arrugas alrededor de los ojos cuando los entrecerraba contra el sol.

«Para —se ordenó—. Estás aquí para ver la isla, no para babear sobre tu jefe.»

Pero era difícil no notarlo. Difícil no apreciar la eficiencia con la que manejaba la máquina, la confianza en cada movimiento.

«Es que es muy bueno pilotando —se justificó—. Objetivamente es impresionante. Cualquier persona se daría cuenta.»

«Claro —respondió su cerebro con escepticismo—. Sigue diciéndote eso.»

—Esa cala de allá… —Ulises estaba diciendo, inclinándose ligeramente hacia su lado para señalarla. Y de repente estaba en su espacio otra vez, con un hombro casi tocando el de ella—. ¿La ve? Con la arena blanca.

Aria tragó saliva y se obligó a mirar donde señalaba en lugar de mirar su perfil que estaba peligrosamente cerca de ella.

—Sí —dijo.

—Ese era mi lugar secreto cuando era adolescente. Es casi imposible de alcanzar excepto escalando por los pequeños acantilados, lo que significaba que nadie más se molestaba en ir. Solía llevarme un libro y pasarme horas leyendo en la arena.

Aria se lo imaginó, más joven, menos escamado con la vida, tumbado en aquella playa escondida con un libro, y sintió algo cálido expandirse en el interior de su pecho.

—Apuesto a que era el tipo de chico que leía filosofía griega por diversión —dijo, y había una sonrisa en sus labios.

Ulises giró el rostro hacia el frente, pero no antes de que Aria viera el destello de humor en sus ojos.

—Filosofía, historia, mitología —corroboró.

—Lo sabía —dijo Aria en tono triunfal.

Ulises la miró. Simplemente la miró. Y luego, para sorpresa de Aria, sonrió, débilmente, pero fue una sonrisa, al fin y al cabo.

«Oh, no —pensó Aria, sintiendo que el corazón hacía algo extraño y acrobático dentro de su pecho—. Su sonrisa es peligrosa. Muy peligrosa.»

Siguieron volando en un silencio cómodo, y Aria le devolvió su atención a la ventana, empapándose de cada detalle.

Pero era imposible no ser consciente de él.

A Ulises también le resultaba imposible no ser consciente de ella.

Imposible no advertir el olor sutil que llenaba el pequeño espacio del helicóptero. No era él, o al menos no solo era su olor. Era algo más suave, más íntimo. Como flores. No el aroma fuerte y perfumado de un ramo de floristería, sino algo más delicado. Jazmín, tal vez, mezclado con algo que podría ser lavanda. Y debajo de eso, algo cálido que era simplemente de ella. Una mezcla única de champú, crema hidratante y piel, que era difícil de describir, pero muy reconocible.

«Huele bien —dijo Ulises para sus adentros. Luego inmediatamente trató de no pensar en ello.»

Pero inconscientemente, inhaló, tratando de captar su aroma.

«No huelas a tu empleada —se ordenó rotundo—. Eso es raro. Y probablemente ilegal en algún lugar.»

Pero en el espacio cerrado del helicóptero, era inevitable. Cada vez que Aria se movía, inclinándose hacia la ventana para ver algo mejor, girándose para hacerle una pregunta, el aroma se intensificaba ligeramente.

«Flores —identificó—. Definitivamente flores. Suave. Femenino… ¡Para, joder!»

Se obligó a concentrarse en el vuelo, en el paisaje, en cualquier cosa que no fuera la mujer sentada a medio metro de distancia que olía a un jardín de verano.

—¿Le gusta? —preguntó, y su voz sonó un poco más áspera de lo que pretendía.

Aria se giró hacia él, con sus ojos avellana brillando de emoción.

—¿Gustarme? —repitió—. Esto es... ¡me encanta! Es increíble. Es... —Hizo un gesto amplio con las manos, como si las palabras fueran insuficientes—. Nunca había montado en helicóptero antes. Nunca había visto nada así. Es como... es como ver el mundo desde la perspectiva de Dios, ¿sabe? Todo se ve tan pequeño y perfecto. Pero también enorme. Infinito. No sé si me explico bien…

Ulises pensó que se explicaba perfectamente.

Aria hablaba rápido, con las palabras tropezando unas con otras en su prisa por responder, y había un rubor en sus mejillas que no tenía nada que ver con el sol.

—Es la experiencia más increíble que he tenido nunca—continuó —. Bueno, tal vez no *nunca* nunca, pero definitivamente está en el top cinco. Tal vez el top tres. Oh, Dios, estoy divagando, ¿verdad? Lo siento, es que... estoy fascinada. Esa es la palabra, sí, fascinada. Gracias. De verdad. Gracias por traerme.

Ulises la miraba, olvidando durante un instante que estaba pilotando un helicóptero (afortunadamente, estaban en vuelo nivelado). Había algo en su entusiasmo sin filtros, en la forma en

que sus ojos se iluminaban como los de una niña en Navidad, que lo desarmaba completamente.

«Está feliz —pensó con algo parecido al asombro—. Sin reservas.»

¿Cuándo había sido la última vez que había visto a alguien así? ¿Cuándo había sido la última vez que él se había sentido así?

—No tiene que agradecerme nada —dijo, con una voz más suave de lo habitual—. Es solo un vuelo.

—No es solo un vuelo —contradijo Aria, girándose totalmente en su asiento para mirarlo directamente—. Es... es magia. Es libertad. Es ver cosas que la mayoría de la gente nunca verá. No lo minimice.

«No lo estoy minimizando —quiso decir Ulises—. Es solo que... no sé qué hacer cuando me miras así.»

En cambio, asintió brevemente y volvió el rostro hacia el paisaje debajo de ellos.

—Hay un lugar más que quiero mostrarle —dijo—. Si no le importa volar un poco más.

—¿Importarme? —Aria se rio—. Podríamos estar volando todo el día y no me quejaría.

—No puedo. Tengo reuniones esta tarde —apuntó Ulises.

—Sí, claro —dijo Aria, pero había afecto en su voz, no exasperación—. Sus empresas no esperan solo porque se haya tomado un día libre.

—No me he tomado un día libre —corrigió Ulises automáticamente.

—No, por supuesto que no. Jamás ose tomarse un día libre para descansar —dijo Aria, haciendo gala de su habitual mordacidad.

Ulises negó con la cabeza, pero estaba sonriendo (solo un poco), mientras dirigía el helicóptero hacia el oeste, hacia donde el

sol del mediodía convertía el mar en una extensión de cristal líquido que dolía mirar directamente.

Y en el asiento del pasajero, Aria volvió a mirar por la ventanilla, con el rostro presionado contra el cristal como una niña en una tienda de juguetes, completamente ajena al hecho de que el hombre sentado a su lado la estaba mirando (solo ocasionalmente, solo de reojo) con una expresión que habría preocupado profundamente a cualquiera que lo conociera bien.

Porque Ulises Diakos, el Ogro de la Colina, el hombre que mantenía a todos a distancia, que en su interior atravesaba su particular Odisea emocional...

Estaba en problemas.

CAPÍTULO 16

El jardín de Villa Penélope a media mañana era un santuario de paz en mitad del Mediterráneo.

Las buganvillas trepadoras derramaban cascadas de color fucsia sobre las paredes de piedra, las abejas revoloteaban perezosas entre las flores, y la brisa del mar traía consigo ese aroma salado y vigorizante que hacía que respirar fuera algo maravilloso.

Matilde apareció en la terraza con una bandeja, balanceándola con la práctica de décadas. Sobre la bandeja descansaba una tetera de porcelana blanca con delicados motivos azules, dos tazas a juego, un plato de *loukoumades* (buñuelos griegos bañados en miel) recién hechos, un pequeño cuenco de miel para añadir y otro con rodajas de limón.

Katerina estaba sentada en su silla favorita bajo el gran olivo, con un libro abierto en su regazo, que claramente no había estado leyendo. Sus ojos se encontraban perdidos en la distancia, mirando hacia el mar, y había una sonrisa pequeña y satisfecha jugando en sus labios que Matilde conocía muy bien.

«Esa es su sonrisa de "acabo de hacer una travesura" —pensó Matilde—. Dios nos ayude a todos.»

—Tu té, Katerina —anunció, colocando la bandeja en la mesa de hierro forjado.

—Ah, Matilde. —Katerina cerró el libro sin molestarse en marcar la página, confirmando que efectivamente no lo había estado

leyendo—. Perfecto. Ven, siéntate conmigo. Necesito compañía para disfrutar esta hermosa mañana.

Matilde levantó una ceja. ¿Había algún cotilleo del que hablar?

—¿Estás segura? Tengo que limpiar la cocina y...

—La cocina puede esperar —interrumpió Katerina con un gesto de la mano—. Si he aprendido algo en mis ochenta y cuatro años de vida, Matilde, es que las cocinas siempre estarán ahí, pero las buenas conversaciones son fugaces. Siéntate.

Matilde suspiró y se sentó en la silla opuesta. Katerina ya estaba sirviendo el té, llenando ambas tazas con el líquido ámbar humeante que olía a limón y verano.

—Entonces —dijo Matilde, aceptando la taza—, ¿qué has hecho que te tiene tan... radiante?

Katerina dejó escapar una risilla.

—¿Tan transparente soy?

—Como el cristal.

—Bueno… —Katerina tomó un sorbo de su té, claramente saboreando el momento—, digamos que el universo está cooperando con mis planes de manera muy favorable.

—Dios nos ayude —murmuró Matilde—. ¿Qué planes?

Pero antes de que Katerina pudiera responder, Matilde se dio cuenta de que Aria no estaba. Miró hacia el jardín, luego hacia la casa, frunciendo el ceño ligeramente.

—¿Dónde está Aria? —preguntó—. Normalmente a esta hora está acompañándote en tu paseo.

La sonrisa de Katerina se amplió hasta convertirse en algo que solo podía describirse como triunfante.

—Está volando sobre Ítaca mientras hablamos. En helicóptero. Con Ulises.

Matilde se atragantó con el té.

Tosió, tratando simultáneamente de tragar, respirar y procesar lo que acababa de oír.

—¿Qué? —logró decir cuando finalmente recuperó la capacidad de hablar—. Ulises está... pero él nunca... ¿cómo diablos has conseguido...?

—Yo tengo mis métodos —dijo Katerina con una modestia falsa, aunque sus ojos centelleaban con un orgullo travieso. Simplemente sugerí, muy casualmente durante la cena de anoche, que sería una pena que Aria no viera la isla desde arriba. Mencioné, también muy casualmente, que Ulises podría mostrársela desde el helicóptero. Y luego... —Hizo una pausa dramática—. Dejé que la culpa griega hiciera su trabajo.

Matilde negó con la cabeza, incrédula.

—Manipulaste a tu nieto —dijo.

—Yo no lo llamaría manipulación —protestó Katerina—. Prefiero pensar en ello como... una ligera guía hacia decisiones que son objetivamente buenas para todos los involucrados.

—Eso es literalmente la definición de manipulación —matizó Matilde.

—Semántica. —Katerina lo desestimó con un gesto de la mano —. La cuestión es que ha funcionado.

—Katerina Diakos —dijo Matilde—. ¿Qué estás tramando exactamente?

—¿Yo? —Katerina parpadeó con una inocencia tan exagerada que no habría engañado ni a un niño de cinco años—. No estoy tramando nada.

—Mentirosa.

—Está bien, está bien. —Katerina se rindió con una sonrisa—. Tal vez estoy... facilitando las cosas. Solo un poco.

—¿Facilitando las cosas? —repitió Matilde—. ¿Es así como llamamos ahora a hacer de celestina?

—Esa es una palabra tan antigua —protestó Katerina—. Prefiero pensar en mí misma como una... arquitecta del amor.

—Una alcahueta.

—¡Matilde! —pero Katerina estaba riendo—. Está bien, llámalo como quieras. Pero dime honestamente: ¿no te parece que Aria es perfecta para Ulises?

Matilde abrió la boca, luego se detuvo, y consideró la pregunta. Tomó un sorbo de su té mientras pensaba.

—Es una buena chica —respondió—. Amable, educada, divertida. Y Dios sabe que no se deja intimidar por él, lo cual es refrescante. La mayoría de la gente se acobarda cuando Ulises entra en una habitación.

—¡Así es! —Katerina se inclinó hacia adelante, entusiasmada—. Ella lo ve. No solo al Ogro de la Colina..., sino al hombre que hay debajo. Al hombre real. Lo vi anoche durante la cena. La forma en que ella lo mira, la forma en que lo escucha, Matilde.

Matilde no pudo discutirlo.

—Puede ser —comenzó—. Pero eso no significa...

—No quiero que se quede solo —la cortó Katerina, y toda la ligereza había desaparecido de su voz, reemplazada por algo más serio, más profundo—. Mi nieto se está convirtiendo en piedra, Matilde. ¿Lo ves? Cada año que pasa se endurece un poco más. Se aleja un poco más. Se vuelve más como un témpano de hielo, y eso... —Guardó silencio unos segundos antes de decir—: Eso me aterra.

Matilde sintió que su corazón se apretaba. Alcanzó la mesa y cubrió la mano de Katerina con la suya.

—Katerina...

—Necesita a alguien —continuó ella—. Necesita una compañera de vida que le ayude a llevar el peso que carga en los hombros. Alguien que le recuerde que hay más en la vida que beneficios empresariales y mercados bursátiles. Alguien que lo haga reír. Que lo desafíe. Que lo *vea*. Como es de verdad.

—Y crees que esa persona es Aria —concluyó Matilde con suavidad.

—Sé que lo es —respondió Katerina con una convicción absoluta —. He vivido mucho tiempo, Matilde. He visto muchas parejas, muchas uniones. Algunas por conveniencia, algunas por pasión, algunas por obligación familiar. Pero las que duran, las que realmente funcionan... son las que están construidas sobre el amor, la amistad, el respeto mutuo, y la capacidad de hacer que el otro sea mejor persona. Y cuando miro a Ulises y a Aria juntos... —Sonrió —. Veo potencial.

—Potencial —repitió Matilde, no del todo convencida—. Katerina no estoy segura de que...

—Es una buena chica —continuó Katerina, como si Matilde no hubiera hablado—. Es una persona con principios. Tiene integridad. Y alegría, Matilde. Tiene esa alegría natural y espontánea que se ha vuelto tan rara en nuestro mundo. Cuando ella entra en una habitación, es como si alguien hubiera abierto una ventana.

Matilde no podía discutir ninguna de aquellas observaciones. Aria era, objetivamente, una persona encantadora. Pero...

—Todo eso es cierto —dijo con cuidado—. Pero Katerina... Ulises no es un hombre de compromisos.

Katerina se puso rígida.

—¿Qué quieres decir?

Matilde la miró directamente a los ojos, sin pestañear.

—Quiero decir que las mujeres pasan por su vida como una exhalación. Por su cama también, para ser franca. Una semana con

una, dos semanas con otra, y luego... nada. Desaparece, y nadie vuelve a mencionarlas. Esa es la realidad del hombre que es tu nieto.

Una abeja pasó zumbando. En algún lugar del jardín, un pájaro cantó.

—No es que no pueda comprometerse —dijo Katerina—. Es que no ha encontrado a la persona adecuada todavía.

—O —contrapuso Matilde—, quizá aprendió que el amor es una debilidad que no puede permitirse. Toda su familia se mató en un accidente de avioneta. Eso te marca para toda la vida.

—Lo sé. El carácter de Ulises se ha forjado en base a esa tragedia.

Katerina se quedó inmóvil, con la taza de té suspendida a medio camino hacia sus labios. Pero entonces bajó la taza con cuidado y miró hacia el mar.

—Tenía ocho años —dijo en voz baja—. Ocho años cuando lo encontraron aferrado a un trozo de metal en medio del mar. Con hipotermia. Delirando. Llamando a sus padres, a su hermana.

Matilde sintió que se le hacía un nudo en la garganta. Había estado allí. Había visto al niño destrozado aquella noche terrible.

—Lo recuerdo —dijo—. Recuerdo cuando lo trajeron. Tan pequeño, tan roto. No habló durante días.

—Durante semanas —corrigió Katerina, y su voz temblaba ligeramente—. No habló durante cuatro semanas. Solo se sentaba en su habitación, mirando al mar, como si esperara que volvieran. Como si en cualquier momento fuera a ver la avioneta aparecer en el horizonte.

—Y cuando finalmente habló...

—Fue para preguntarme si era su culpa —terminó Katerina, secándose discretamente una lágrima—. Si había hecho algo malo.

Si por eso Dios se había llevado a su familia y lo había dejado a él, para castigarlo.

El jardín pareció guardar silencio alrededor de ellas, ante el peso de los recuerdos.

—Por eso es como es —continuó Katerina después de unos segundos—. Por eso construyó esas murallas tan altas alrededor de él. Aprendió, con ocho años, que las personas a las que amas pueden desaparecer en un instante. Que el amor significa pérdida. Que abrirse es arriesgarse a un dolor insoportable.

—Sí —dijo Matilde—. Y por eso no estoy segura de que tu plan...

—Precisamente por eso tiene que funcionar —dijo Katerina, volviendo el rostro para mirar a Matilde—. Porque no puedo dejar que viva el resto de su vida así. No puedo ver cómo se convierte en una estatua de hielo, protegiéndose de sentir algo porque teme perderlo. Eso no es vida, Matilde. Es existir por existir. Es supervivencia. Y mi nieto merece más que eso.

Matilde sintió que su corazón se ablandaba. Porque tenía razón. Dios, tenía toda la razón.

—Lo sé —admitió—. Lo sé, Katerina. A mí también me encantaría verlo enamorarse. Verlo reír de verdad, no esa sonrisa cortés que usa con la gente. Verlo... feliz. Pero el miedo que tiene dentro...

—Es precisamente por lo que necesita a alguien como Aria —insistió Katerina—. Alguien que no venga con expectativas. Que no lo conozca como el magnate de los negocios o el heredero Diakos. Ella vino aquí simplemente para cuidar de una anciana, y se encontró con un hombre complicado que la intriga.

—Y que la atrae —añadió Matilde con una pequeña sonrisa—. Me he fijado en cómo lo mira.

—¿Ves? —Katerina se animó visiblemente—. Hay química. Hay conexión. Y Aria... ella tiene esa calidez natural que podría derretir

sus murallas de hielo, siendo simplemente cómo es.

Matilde tomó otro sorbo de té, pensativa.

—Ella creció sin padre —dijo, tras unos segundos—. Me lo contó el otro día mientras hacíamos spanakopita. Dijo que se fue cuando tenía dos años y no volvió.

Katerina la miró con interés renovado.

—¿Lo ves? Ella entiende la pérdida. Sabe lo que es el dolor.

—Y aun así —continuó Matilde—, sigue siendo alegre. Sigue siendo capaz de abrirse, de confiar, de reír. No dejó que el abandono de su padre la endureciera.

—Sí. —Katerina golpeó la mesa suavemente con la mano—. Eso es lo que Ulises necesita ver. Que se puede sobrevivir a la pérdida sin cerrarse por completo. Que se puede recordar y honrar a los que se fueron sin dejar de vivir.

—Pero Katerina, la pérdida de Aria fue diferente —dijo Matilde—. Ella tenía a su madre y a su abuela. Ulises... Ulises era un niño que vio morir a toda su familia en un instante. Que pasó horas en el agua, solo, esperando que lo rescataran. Eso deja cicatrices diferentes.

—Lo sé —la voz de Katerina se dulcificó—. Créeme, lo sé, Matilde. Viví cada pesadilla, cada ataque de pánico cuando había tormenta, cada vez que se despertaba gritando. Lo vi construir sus muros ladrillo a ladrillo, y no supe cómo detenerlo. Solo tenía... —Se quebró ligeramente—, solo tenía mis brazos para ofrecerle. Mi amor. Y no fue suficiente.

—Fue suficiente para mantenerlo vivo —dijo Matilde con firmeza —. Para criarlo hasta convertirse en un hombre. Un hombre complicado, sí, pero un hombre bueno. No olvides eso, Katerina. Ulises puede ser frío, puede ser distante, pero en el fondo es bueno. Lo veo en cómo te trata. En cómo te cuida. En cómo...

—En cómo mira a Aria —terminó Katerina con una pequeña sonrisa en los labios—. Lo vi anoche. Cuando ella estaba hablando, Ulises... Ulises la miraba como si estuviera viendo el sol por primera vez en años. Aunque ni él mismo fuera consciente de ello.

Matilde sintió que una calidez se extendía por su pecho. Porque ella también lo había visto. Ese momento fugaz donde el muro de Ulises se había resquebrajado y había mostrado algo real, algo auténtico, algo esperanzador.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó, y al decir «hacemos» se dio cuenta de que había cruzado una línea, que había pasado de ser escéptica a cómplice.

Katerina la miró con sorpresa.

—¿Hacemos? ¿Significa eso que...?

—Significa —dijo Matilde, con un suspiro resignado pero afectuoso—, que también quiero verlo feliz. Que también creo que Aria podría ser buena para él. Pero tenemos que ser discretas, Katerina. No podemos forzar nada. Si Ulises siente que lo estamos manipulando...

—Retrocederá aún más —concluyó Katerina—. Lo sé. Por eso tiene que ser sutil. Natural. Solo... crear oportunidades para que pasen tiempo juntos.

—Como vuelos en helicóptero —dijo Matilde.

—Como vuelos en helicóptero —confirmó Katerina sin vergüenza —. Y cenas, y...

—Un paso a la vez —advirtió Matilde—. Recuerda, Aria está aquí para trabajar. Para cuidar de ti. No puede parecer que la estamos usando como carnada.

—No es carnada —dijo Katerina—. Es... ayudar al destino a juntar a dos personas que están hechas la una para la otra.

Matilde no pudo evitarlo. Se rio, negando con la cabeza.

—Eres incorregible.

—Soy optimista —matizó Katerina. Levantó su taza en un brindis —. Por la esperanza. Y el amor. Y porque mi nieto finalmente deje entrar a alguien en su corazón.

Matilde levantó su propia taza, chocándola suavemente contra la de Katerina.

—Por el amor —repitió—. Aunque sea complicado. Aunque dé miedo. Aunque...

Se detuvo abruptamente. Su mirada se fijó en algo más allá del jardín. Katerina siguió su mirada y vio lo que había captado su atención.

En la distancia, sobre el mar brillante, apareció un punto negro que poco a poco se fue haciendo más grande. El sonido de las aspas del helicóptero comenzó a hacerse audible, aumentando de volumen a medida que se acercaba.

—Ya vuelven —murmuró Katerina, poniéndose de pie con sorprendente agilidad para una mujer de ochenta y cuatro años.

—Siéntate —le ordenó Matilde—. No queremos que parezca que estábamos esperándolos.

—Pero es que estamos esperándolos —señaló Katerina.

—Ellos no necesitan saber eso. —Matilde la tiró suavemente de vuelta a su silla—. Actúa casual. Natural. Como si ni siquiera nos hubiéramos dado cuenta de que se han ido.

—Eso es imposible y lo sabes. —Pero Katerina se sentó, arreglando su libro en su regazo y tratando de parecer absorta en él.

—Lo estás sosteniendo al revés —señaló Matilde.

—Maldición. —Katerina le dio la vuelta rápidamente.

Las dos mujeres intercambiaron una mirada y luego estallaron en risas sofocadas, como dos colegialas conspirando.

El helicóptero estaba más cerca, descendiendo hacia la pista de aterrizaje en el extremo de la propiedad. A través de los cristales de las ventanillas, aunque estaban demasiado lejos para ver claramente, podían distinguir dos figuras.

—¿Crees que se habrán divertido? —preguntó Katerina.

—No lo sé —dijo Matilde, observando cómo el helicóptero tocaba suelo—. Pero creo que pronto lo vamos a descubrir.

Permanecieron en silencio un rato, bebiendo el té tibio, fingiendo leer y cotillear sobre asuntos mundanos, mientras sus oídos estaban atentos a lo que pasaba al otro lado del jardín.

—Katerina… —dijo Matilde de repente.

—¿Sí?

—Si esto funciona... si realmente funciona y ellos se enamoran...

—¿Sí?

—Prométeme que no te pavonearás por ahí el resto de la vida.

Katerina sonrió.

—No prometo nada, Matilde. No prometo nada.

Y se echaron a reír.

CAPÍTULO 17

El helicóptero fue descendiendo poco a poco sobre el helipuerto de piedra y césped perfectamente cuidado en el extremo del jardín trasero de Villa Penélope. Las aspas cortaban el aire creando remolinos de brisa que hacían ondear las buganvillas cercanas y levantaban pequeños torbellinos de polen.

Ulises apagó los motores, y el rugido atronador se fue apagando gradualmente hasta convertirse en un zumbido, luego en un susurro, y finalmente en silencio. Solo quedó el sonido del viento del Mediterráneo y el canto lejano de las cigarras.

Se quitó los auriculares y miró hacia el asiento del copiloto, donde Aria seguía con los suyos puestos, mirando por la ventanilla con una expresión de asombro todavía pintada en el rostro. Tenía las mejillas sonrosadas, los ojos brillantes, y un mechón de pelo se había escapado de su cola de caballo durante el vuelo, enmarcando su cara de una manera que Ulises encontró... perturbadora. En el buen sentido. En el sentido del efecto que provocaba en él.

—Ya hemos llegado —dijo, y su voz sonó más áspera de lo que hubiera querido.

Aria parpadeó, como despertando de un sueño, y se quitó los auriculares.

—Oh. Sí. Claro.

Ulises salió primero, y rodeó el helicóptero para abrir la puerta del lado de Aria. Era un gesto automático, uno que su abuela le

había inculcado desde la infancia («un caballero siempre ayuda a una dama»), pero cuando Aria tomó su mano para descender, sintió una corriente eléctrica que no tenía nada que ver con la caballerosidad.

Los pies de Aria tocaron tierra firme, pero por un momento se tambaleó ligeramente, todavía ajustándose a la solidez después del vuelo. Instintivamente, Ulises puso su otra mano en su cintura para estabilizarla.

—¿Está bien? —preguntó.

—Sí, sí. —Aria dejó escapar una risilla, un poco avergonzada—. Siento las piernas como si fueran de gelatina. No vuelo en helicóptero todos los días.

—La mayoría de la gente no lo hace —comentó Ulises, pero no retiró la mano de inmediato. Y no sabía la razón.

Se quedaron así un momento, más tiempo del estrictamente necesario, con la mano de él todavía en su cintura, los ojos de Aria fijos en los de Ulises. El jardín parecía suspendido alrededor de ellos, esperando.

Entonces Aria dio un paso atrás, soltándose suavemente, y Ulises dejó caer la mano sobre su costado, sintiendo una extraña pérdida ante la ausencia de contacto.

—Señor Diakos… —comenzó ella, y había algo en su voz, algo suave y sincero que hizo que él la mirara directamente—. Gracias. De verdad. Por el paseo en helicóptero. Por mostrarme Ítaca desde el cielo. Ha estado genial.

Ulises se encogió de hombros, incómodo con el agradecimiento.

—No ha sido nada —dijo. Su voz volvió a ese tono neutro y distante que usaba como armadura—. Solo un vuelo corto.

—Para usted tal vez —insistió Aria—. Pero para mí... —Se detuvo, buscando las palabras correctas—. Ha sido mágico. Así que gracias. Por tomarse la molestia.

Ulises sintió algo agitarse dentro del pecho, algo que había mantenido cuidadosamente congelado durante años. No le gustó. O tal vez le gustó demasiado. No estaba seguro de qué era peor.

Asintió con la cabeza.

Metió las manos en los bolsillos de los pantalones, mirando hacia la casa, hacia cualquier lugar menos a esos ojos expresivos de color avellana que parecían ver demasiado.

—Tengo que volver a Atenas —dijo abruptamente—. Me esperan unas cuantas reuniones esta tarde.

—Claro. —Aria asintió, dando un paso atrás, poniendo más distancia física entre ellos—. Y yo debería ir a buscar a su abuela. Para ver si necesita algo de mí.

—Probablemente esté en el jardín —dijo Ulises.

—Iré a buscarla.

—Bien.

—Bien.

Se miraron el uno al otro, y durante un momento, durante un instante fugaz y suspendido en el tiempo, algo pasó entre ellos. Algo sin nombre, algo eléctrico y turbador, y prometedor, todo a la vez.

Los ojos verdes de Ulises volvieron a encontrarse con los de Aria. Pero después, como si se hubiera dado cuenta de lo que estaba pasando, apartó la mirada.

—Que tenga un buen día, señorita Shaw —dijo. Su voz volvió a ese tono profesional y distante característico suyo.

—Usted también, señor Diakos.

Ulises asintió una última vez, se giró sobre los talones, y echó a andar hacia la casa con pasos largos y decididos. Su postura era rígida, como si estuviera huyendo de algo. O huyendo de alguien.

Aria se quedó de pie junto al helicóptero, viéndolo alejarse, con el corazón latiendo de una manera que no tenía nada que ver con la adrenalina del vuelo.

¿Qué acababa de pasar?

Una parte de ella quería correr tras él, llamarlo, preguntarle por qué había puesto esa distancia entre ellos de forma tan abrupta. Pero otra parte, la parte sensata y racional, le recordó que Ulises Diakos era su jefe (y no cualquier jefe). Que ella estaba allí para cuidar de su abuela. Que complicar las cosas sería una terrible idea.

Pero Dios, la forma en que la había mirado ahí arriba, entre las nubes...

Se llevó una mano al pecho, sintiendo cómo su corazón todavía galopaba. La brisa del mar jugaba con su coleta, arrastrando el aroma a sal y jazmín, y el sol calentaba su piel de una manera que la hacía sentirse viva, despierta, consciente de cada sensación.

Se sentía como si estuviera flotando. Como si sus pies no tocaran del todo el suelo. Como si acabara de despertar de un largo sueño y el mundo se hubiera vuelto de repente más brillante, más nítido, más real.

«Te estás metiendo en un lío —se dijo a sí misma—. En un lío gordo.»

Pero incluso mientras pensaba eso, una sonrisa pequeña e involuntaria se estaba dibujando en sus labios. Una sonrisa que no podía controlar, que surgía desde algún lugar profundo en su interior, desde ese lugar donde nacen las esperanzas tontas y los sueños imposibles.

Respiró hondo, tratando de centrarse, de recuperar el equilibrio. Tenía trabajo que hacer. Una anciana encantadora que cuidar. Responsabilidades.

Sin embargo, de pronto se sentía como si estuviera caminando sobre una nube, ligera e ingrávida, suspendida entre el cielo y la

tierra, entre la sensatez y la locura, entre lo que era seguro y lo que podría ser extraordinario.

Y aunque era peligroso, Aria decidió que no iba a luchar contra esa sensación.

Al menos, no todavía.

Al menos, no ese día.

Aria encontró a Katerina y Matilde en la terraza, sentadas en la mesa de hierro forjado en la que había una tetera, dos tazas y el plato de *loukoumades,* que brillaban tentadoramente bajo el sol.

El jardín estaba en su máximo esplendor a esas horas. Las rosas trepaban por las pérgolas blancas, las lavandas formaban oleadas púrpuras que se mecían con la brisa, y el aire estaba tan cargado del perfume de jazmín y hierba recién cortada que casi se podía saborear. Mariposas color ámbar danzaban entre las flores de buganvilla, y el sonido distante de las olas del mar se mezclaba con el canto hipnótico de las cigarras.

—¡Ahí está nuestra aviadora! —anunció Katerina con ese tono de triunfo apenas disimulado. Sus ojos brillaban con un entusiasmo que inmediatamente puso a Aria en guardia.

«Oh, no —pensó, reconociendo su expresión. Era la misma que había visto en su *yiayá* Calíope antes de cada intento de emparejarla con el nieto de alguna amiga—. Esto va a ser un interrogatorio.»

Matilde levantó la vista y sonrió con esa calidez maternal que caracterizaba cada uno de sus gestos.

—Aria, cariño. Ven, siéntate con nosotras. Debes estar agotada después de volar —dijo.

—Hola. —Aria se acercó, tratando de adoptar una expresión de normalidad, como si volar en helicóptero con un multimillonario hosco, pero devastadoramente atractivo fuera algo que hacía todos los días antes de comer—. Estoy bien. Ha sido... relajante.

«Relajante —se burló una vocecita en su cabeza—. Claro, si consideramos "relajante" tener el corazón en la garganta, mientras un hombre con intensos ojos verdes te enseña la isla desde el aire.»

—¿Relajante? —repitió Katerina, arqueando la ceja—. Qué interesante elección de palabra. Anda, siéntate, y cuéntanos todo sobre el vuelo.

Aria se sentó en la silla que Matilde le indicó, y aceptó el vaso de té helado que le ofreció. La verdad era que tenía la garganta seca.

«Estás aquí para trabajar, Aria —se recordó a sí misma con firmeza—. No para flotar en nubes metafóricas pensando en hombres con mandíbulas esculpidas y sonrisas... Deja de pensar en su jodida sonrisa.»

El té helado estaba perfecto. Frío, dulce con un toque de acidez, con una rodaja de limón flotando entre los cubitos de hielo. Matilde era la mejor preparándolo.

—Ha estado genial —dijo Aria, con lo que esperaba fuera un tono casual y despreocupado—. Ítaca es preciosa desde el aire. Toda verde y azul, con esas calas escondidas... Es como ver un cuadro en movimiento.

—Mmm… —Katerina intercambió una mirada con Matilde—. ¿Y Ulises? ¿Ha sido amable? Porque si no lo ha sido…

—Sí, sí, ha sido amable —se apresuró a decir Aria, tomando un sorbo de té para ganar tiempo—. Ha sido... muy amable. Me ha explicado varios lugares de interés de la isla, me ha mostrado la cala a la que solía ir cuando era adolescente...

—¿Has disfrutado del viaje?

—Sí, mucho. Ítaca es preciosa y Ulises es un piloto excelente —respondió Aria.

«¡Piloto excelente! —se burló su voz interior—. ¿En serio? ¿Eso es lo mejor que se te ocurre? ¿Por qué no agregas "tiene una comprensión muy sólida de los principios aerodinámicos"? ¡Por favor!»

Katerina y Matilde intercambiaron otra mirada, y estaba cargada de tanto significado que prácticamente tenía subtítulos.

—Un piloto excelente —repitió Katerina lentamente, saboreando las palabras como si fueran un vino de reserva—. Qué observación tan... objetiva.

—Es que es verdad —dijo Aria, consciente de que estaba cavando su propia tumba, pero incapaz de parar—. No hay muchas personas que sepan pilotar helicópteros.

—Claro —dijo Katerina—. Me alegra que finalmente accediera a darte una vuelta en él.

—Bueno, probablemente lo ha hecho para complacerte —dijo Aria—. Lo medio obligaste.

—Yo solamente le di la idea. Pero te aseguro que yo no tengo capacidad para obligar a Ulises a hacer nada, cariño. Él tiene un talento especial para hacer exactamente lo contrario de lo que sugiero.

—Es muy testarudo —agregó Matilde—. Siempre lo ha sido. Desde niño. Si le decías que se pusiera el abrigo azul, él elegía el marrón.

—Así que el hecho de que haya accedido a llevarte a volar... —Katerina dejó la frase colgando en el aire como una pregunta sin respuesta.

—Lo hizo para no discutir contigo —terminó Aria firmemente, negándose en rotundo a morder el anzuelo.

Las dos mujeres intercambiaron otra de esas miradas cargadas de significado.

—Por supuesto —dijo Katerina.

Aria tomó un *loukoumas*, más que nada para tener algo que hacer con las manos y una excusa para no tener que hablar inmediatamente. El buñuelo estaba delicioso, crujiente por fuera y esponjoso por dentro. La miel y la canela explotaron en su lengua. Pero apenas podía saborear nada. Era demasiado consciente de que Katerina y Matilde la observaban con una atención que resultaba amenazante y afectuosa al mismo tiempo.

Consultó su reloj.

—Es hora de tus vitaminas, Katerina. Voy a ir a prepararlas —dijo.

Era cierto, era la hora de las vitaminas de Katerina, pero necesitaba una excusa de manera urgente para salir de allí. Corriendo, a ser posible. Aquellas dos mujeres le estaban haciendo un interrogatorio como si fueran el FBI.

—Vale —dijo Katerina.

Aria se levantó, dio media vuelta y encaminó los pasos hacia la casa. Cuando ya ninguna de las dos podía verla, resopló aliviada.

CAPÍTULO 18

Uno de los ascensores del edificio Diakos Corporation era una cápsula de cristal y acero que ascendía por el exterior de la torre, ofreciendo vistas panorámicas de Atenas que se desplegaban en cada piso. La Acrópolis coronando la ciudad como una joya antigua, el bullicio de la plaza Syntagma abajo, el mar Egeo brillando en la distancia... Era un ascensor diseñado para impresionar, para recordar a cada visitante el imperio que Ulises Diakos habían construido.

Ulises apenas era consciente de ello ya. Después de años subiendo y bajando en aquella misma cabina, las vistas se habían vuelto parte del fondo, como el papel de las paredes de una habitación que uno deja de ver.

Pero aquel día, mientras las puertas se cerraban en el vestíbulo de mármol, su mente estaba en otro lugar. Específicamente, en una cabina de helicóptero más pequeña, con el aroma a flores flotando en el aire y unos ojos color avellana mirándolo con una mezcla de nerviosismo y asombro que había agitado algo extraño e incómodo en su pecho.

«Concéntrate —se ordenó a sí mismo con severidad, ajustando el nudo de su corbata azul marino—. Tienes tres reuniones esta tarde, doce correos urgentes que atender, y una adquisición que cerrar antes del viernes.»

Las puertas del ascensor se abrieron en el piso veintidós con un suave *ping*, y Ulises dio un paso adelante justo cuando una figura familiar se deslizaba dentro de la cabina en el último segundo.

—¡Espera, espera, espera! —Tobías prácticamente se lanzó entre las puertas cerrándose. Su maletín de cuero golpeó contra el marco con un ruido sordo—. ¡Gracias a Dios! No quería esperar otros cinco minutos.

Ulises observó a su amigo reorganizar su traje gris perfectamente cortado, pasarse una mano por el pelo rubio oscuro que, como siempre, parecía estar artísticamente despeinado de una forma que seguro que le había llevado veinte minutos dejar así.

—Buenos días, Tobías —dijo Ulises, seco—. Qué entrada tan teatral.

—Es mi especialidad. —Tobías le dedicó una de aquellas sonrisas amplias y despreocupadas que había encantado a medio Atenas y había causado al menos tres escándalos menores en la alta sociedad griega—. Buenos días, jefe. Aunque técnicamente ya casi es hora de comer, así que tal vez debería decir buenas tardes.

Ulises reprimió el impulso de revisar su reloj de pulsera. Sabía exactamente qué hora era. La una y cuarenta y cinco. Había retrasado su reunión de las once a las cuatro y media, algo que raramente (nunca) hacía.

—Tenía asuntos que atender esta mañana —dijo Ulises en un tono que esperaba que cerrara el tema.

Naturalmente, Tobías ignoró completamente la señal.

—¿Asuntos? —repitió. Sus ojos azules estudiaron a Ulises con una mezcla de curiosidad y diversión que generalmente significaba problemas—. ¿Qué tipo de asuntos requieren que Ulises Diakos, el hombre que una vez asistió a una reunión de accionistas con 40 grados de fiebre retrase su sagrado horario matutino?

El ascensor seguía subiendo silenciosamente. Piso veintitrés. Veinticuatro. Veinticinco.

—¿Ha pasado algo con tu abuela? —La voz de Tobías cambió, y la preocupación sustituyó el tono de burla—. ¿Está bien Katerina?

—Sí, está bien —aseguró Ulises.

Tobías se relajó visiblemente.

—Entonces es por otra cosa. Interesante.

Piso veintisiete. Veintiocho.

—No es interesante. Es algo mundano.

—Ulises —comenzó Tobías con una paciencia exagerada—, tú no haces cosas mundanas. El hecho de que hayas alterado tu rutina significa que algo no es mundano. En absoluto.

Las puertas del ascensor se abrieron en el piso cuarenta y cinco, la planta ejecutiva, revelando un pasillo de diseño minimalista. Paredes blancas, pisos de mármol gris pulido, arte moderno estratégicamente colocado, y ventanales del suelo al techo que inundaban todo de luz natural. El logo de Diakos Corporation (una D estilizada entrelazada con una flecha ascendente) dominaba la pared principal en acero bruñido.

La asistente de Ulises, una mujer de cuarenta años con el pelo negro y liso, levantó la vista desde el elegante escritorio de cristal.

—Buenos días, señor Diakos. Señor Makris —saludó con una profesionalidad impecable, aunque Ulises notó el brillo de curiosidad en sus ojos. Friné era brillante, eficiente, y chismosa cuando creía que nadie estaba prestando atención—. He reorganizado todas sus reuniones. Los contratos de Helsinki están en su escritorio esperando su revisión, y el equipo legal necesita su firma en los documentos de Dubái antes de las cuatro.

—Gracias. —Ulises asintió mientras pasaba junto a su escritorio —. ¿Café?

—Recién hecho. Jamaicano, fuerte, sin azúcar. Como le gusta —respondió Friné.

—Eres un tesoro nacional —dijo Tobías a la mujer, dedicándole su sonrisa más encantadora.

Friné le devolvió la sonrisa sin poder evitarlo.

—Señor Makris, su equipo ha estado buscándolo. Han dicho algo sobre los números de la franquicia de Tesalónica que no cuadran.

—Claro que no cuadran —suspiró Tobías—. Nada cuadra nunca en la franquicia de Tesalónica. Es como si tuvieran un problema con las matemáticas básicas —se quejó.

Ulises ya estaba caminando hacia su despacho al final del pasillo. Sus pasos resonaban en el mármol con una autoridad incuestionable. Podía sentir a Tobías siguiéndolo, prácticamente podía oír las preguntas burbujeando en el cerebro de su amigo como cuando se agita una botella de champán.

Ulises dejó el maletín junto a su mesa y se desabrochó el botón de la chaqueta del traje.

Tobías se dejó caer sin ceremonia en uno de los sillones de cuero frente al escritorio, cruzando las piernas con esa casualidad estudiada tan particular suya.

—Entonces —dijo—, ¿vas a contarme qué te ha tenido ocupado toda la mañana o tengo que torturarte para sacártelo?

Ulises se sirvió café de la cafetera que Friné había preparado. El aroma delicioso y oscuro llenó el aire de la oficina. Tomó un sorbo, dejando que la cafeína le aclarara las ideas.

«Podrías decirle que has tenido que resolver algunos asuntos personales —sugirió la parte racional de su cerebro.»

«Pero él no lo dejará pasar —respondió la parte que conocía a Tobías desde la universidad.»

—He llevado a alguien a dar una vuelta en el helicóptero —respondió finalmente, manteniendo la voz neutral, como si estuviera informando de los resultados del trimestre.

Tobías parpadeó.

—¿Qué?

—Esta mañana. He llevado a alguien a dar una vuelta por Ítaca en el helicóptero —repitió.

—¿Tú? —preguntó Tobías, como si estuviera traduciendo lo que había dicho de un idioma extranjero—. ¿Ulises «el-helicóptero-es-mi-espacio-sagrado-y-si-me-hablas-mientras-vuelo-te-tiraré-al-mar» Diakos? ¿*Ese* Ulises? —enfatizó.

—Sí, ese Ulises —respondió él.

—¿Llevaste a alguien voluntariamente en tu helicóptero? —Tobías se inclinó hacia adelante con el ceño fruncido—. ¿En el mismo helicóptero en el que no me llevaste el año pasado cuando necesitaba desesperadamente llegar a Mykonos para el cumpleaños de Andreas?

—No necesitabas desesperadamente ir a una fiesta de cumpleaños.

—¡Andreas cumplía treinta años! ¡Un hito!

—Llegaste en ferry —dijo Ulises.

—¡Después de tres horas nauseabundas! —Tobías se presionó una mano contra el pecho de forma dramática—. Tres horas, Ulises. Tres horas viendo a turistas alemanes comiendo *souvlaki* grasiento mientras el barco se mecía como una montaña rusa enferma. Todo porque tú dijiste que volar era el tiempo que utilizabas para reflexionar.

A pesar de sí mismo, Ulises sintió una sonrisa elevando las comisuras de sus labios.

—Todavía lo es —dijo.

—Según parece, ya no tanto. —Tobías lo estudió con interés—. Entonces, ¿quién es el afortunado pasajero que logró lo imposible?

Ulises dio otro sorbo de café, dejando que el silencio se extendiera solo lo suficiente para resultar incómodo.

—La cuidadora de mi abuela —dijo finalmente—. Aria.

—Aria —repitió Tobías, y Ulises no necesitaba mirarlo para saber que su amigo estaba sonriendo con una de sus sonrisas de satisfacción insoportables—. La cuidadora de tu abuela que contrastaste hace... ¿cuánto, unas semanas?

—Sí.

—¿Y por qué exactamente la has llevado a volar esta mañana?

Ulises se movió hacia su escritorio y fingió revisar los contratos que Friné había dejado sobre él.

—Porque mi abuela me obligó —dijo.

Las palabras salieron más bruscamente de lo que hubiera querido. Ulises se concentró en la primera página del contrato de Helsinki, aunque no estaba prestando atención.

El sonido que hizo Tobías fue algo entre una risa ahogada y un resoplido de incredulidad.

—¿Te obligó?

—Sí.

—Ulises.

—¿Qué?

—Mírame.

Ulises suspiró, levantando la vista del contrato para encontrar a Tobías observándolo con una expresión que era parte diversión, parte exasperación. Una expresión que conocía muy bien.

—Tú no haces nada por obligación. Nunca —dijo Tobías—. Ulises Diakos no hace cosas que no quiere hacer, sin importar quién se lo pida. Ni siquiera tu encantadora abuela tiene ese poder.

Ulises sintió algo tenso tirando dentro de su pecho, algo incómodo que no quería examinar.

—En esta ocasión ha sido diferente —insistió, consciente de lo débil que sonaba—. Mi abuela estaba... muy persuasiva. Ya la

conoces.

—¿Persuasiva cómo? ¿Te amenazó con desheredarte? ¿Te chantajeó con fotos embarazosas de tu infancia? ¿Fingió un ataque al corazón?

—No seas ridículo.

—Entonces ¿por qué lo hiciste? —Tobías se inclinó hacia adelante un poco más. Sus ojos azules destellaron con la intensidad de un detective que acaba de encontrar una pista—. Dime una razón real y honesta de por qué el hombre que protege su tiempo libre como si fuera oro, de repente accede a jugar al guía turístico aéreo.

«Porque cuando la he mirado esta mañana, algo en mí quería enseñarle la isla —pensó Ulises, pero esas palabras se quedaron firmemente atrapadas en su garganta—. Porque cuando mi abuela mencionó lo del helicóptero, sus ojos se iluminaron con una emoción que no he visto en años. Porque la idea de verla sonreír desde arriba de las nubes hizo que mi agenda perfectamente planeada de repente pareciera... menos importante.»

—Quería complacer a mi abuela —dijo en voz alta, manteniendo su tono neutral—. Está envejeciendo, Tobías. Su salud es frágil. Si algo tan simple como llevar a su cuidadora a volar la hace feliz, ¿por qué no hacerlo?

Tobías lo estudió durante un largo rato, y Ulises tuvo la incómoda sensación de que su amigo veía directamente a través de cada palabra que salía de su boca para construir su relato.

—¿Sabes qué creo? —dijo.

—¿Qué?

—Que tu abuela está tratando de emparejarte —contestó Tobías finalmente, con la misma certeza con la que anunciaría que el sol sale por el este—. Con la cuidadora.

—Por supuesto que lo está intentando. —Ulises soltó los contratos, que cayeron en la mesa—. Mi abuela ha estado tratando

de emparejarme con alguien desde que tenía veinticinco años. No es nada nuevo.

—¿Y generalmente respondes llevando a sus candidatas a volar en tu helicóptero?

—Generalmente evito de todas las formas posibles conocer a sus candidatas —dijo Ulises—. Pero esta vez era diferente porque la chica vive en la casa familiar. Es imposible evitarla.

—Ya. —Tobías no sonaba convencido en absoluto—. Es imposible de evitar. Por eso la llevaste a una excursión aérea romántica sobre la isla.

—No fue romántico. Fue... algo por compromiso.

—¿Compromiso? —La risa de Tobías explotó en el despacho como fuegos artificiales—. ¿Compromiso? Ulises, amigo mío, hermano de mi corazón, eres muchas cosas, pero un mentiroso convincente no es una de ellas.

Ulises sintió cómo sus mandíbulas se apretaban.

—No estoy mintiendo. Mi abuela quería que Aria viera Ítaca desde el aire. Yo tenía el helicóptero disponible. Punto.

—¿Y el hecho de que hayas retrasado una reunión importante?

—Puedo reprogramar reuniones cuando quiera. Soy el dueño de la empresa.

—El dueño de la empresa que tiene escrito en su calendario «no mover nunca las reuniones bajo ninguna circunstancia, incluyendo terremotos, huracanes o una guerra nuclear». —Tobías citó textualmente la frase que le había dicho años atrás a una antigua secretaria a la que se le había ocurrido retrasar una reunión porque el cliente se lo había pedido—. Esa regla. ¿Recuerdas esa regla?

«Mierda», pensó Ulises.

—Las reglas están hechas para tener excepciones —dijo.

—Ah, sí, excepciones. —Tobías asintió fingiendo seriedad—. Excepciones para cuidadores guapas que tu abuela claramente ha seleccionado como la futura señora Diakos.

—No va a haber una futura señora Diakos —dijo Ulises, dejando su taza de café en el escritorio con suficiente fuerza como para hacer un sonido seco—. Ni ahora, ni nunca. Mi abuela puede tejer todas las fantasías que quiera, puede intentarlo todas las veces que quiera, pero es una tarea completamente inútil.

—¿Por qué es inútil?

—Porque yo no soy un hombre de compromisos, Tobías. —Ulises se pasó una mano por el pelo, sintiendo la frustración burbujeando en su pecho—. No soy material de matrimonio. No tengo interés en relaciones serias, en compartir mi vida, en todo ese... enredo emocional que inevitablemente termina en desastre.

—Eso no es verdad.

—Sí lo es. He visto suficientes matrimonios implosionar para saber que no es para mí. Mi madre y mi padre apenas podían estar en la misma habitación sin discutir. El día que tuvimos el accidente mi madre estaba echando a mi padre en cara algo y el perdió el control de la avioneta —dijo Ulises muy serio—. La mitad de nuestros amigos están divorciados y matándose entre ellos. El matrimonio es una institución diseñada para decepcionar a todos los involucrados en él. Y en muchos casos, son los hijos los que terminan pagando los platos rotos.

Tobías se quedó callado durante un momento.

—No todos los matrimonios son como el de tus padres, Ulises —dijo finalmente.

—Muchos sí —atajó él.

—No todas las relaciones tienen que acabar en desastre.

—La mayoría lo hace. —Ulises recogió el contrato de nuevo, señalándolo como evidencia de que la conversación había terminado

—. No me voy a emparejar con nadie, Tobías. Ni con la cuidadora de mi abuela, ni con ninguna de las candidatas que Katerina pone frente a mí, ni con ninguna mujer. Punto final. Fin de la discusión.

Pero cuando levantó la vista, encontró a Tobías observándolo con una expresión extraña, casi pensativa, que hizo que algo incómodo se removiera en su estómago.

—¿Qué? —preguntó Ulises con brusquedad.

—Nada. —Tobías se levantó lentamente del sillón, pero esa mirada todavía seguía ahí, como si estuviera resolviendo un rompecabezas—. Solo estaba pensando que nunca te había escuchado defenderte de algo que, según tú, no es un problema en absoluto.

—No me estoy defendiendo. Estoy dejando las cosas claras —dijo Ulises.

—Ya… —Tobías caminó hacia la puerta, pero antes de salir, se dio la vuelta con esa sonrisa en los labios que tanto irritaba a Ulises —. Una última pregunta.

—Tobías...

—¿Cómo estuvo ella? La cuidadora. Mientras volabais sobre Ítaca. ¿Cómo estuvo?

Ulises no pudo evitar pensar en ella. Aria en la cabina del helicóptero, con los ojos muy abiertos llenos de asombro; en su suave risa cuando le señaló las calas escondidas, la forma en que se mordía el labio inferior cuando se concentraba, el aroma a flores que había llenado el espacio cerrado, la sensación eléctrica cuando sus manos se rozaron...

—Estuvo... —Ulises se detuvo, buscando la palabra correcta, la palabra segura, la palabra que no revelara demasiado—. Fue profesional.

Tobías lo estudió durante unos segundos, unos segundos que a Ulises le parecieron una eternidad.

Entonces Tobías sonrió. No con su sonrisa habitual de burla juguetona, sino de un modo más suave, como si supiera algo que Ulises ignorara.

—Claro, profesional —dijo simplemente.

—Tobías... —La voz de Ulises sonó como una advertencia.

—¡Ya me voy! ¡Ya me voy! —Tobías levantó las manos en un gesto de rendición—. Tengo números que repasar de la franquicia de Tesalónica. Te dejo con tus contratos. Pero para que conste, creo que tu abuela podría tener razón sobre ella.

—No digas tonterías.

—No son tonterías. —Tobías se detuvo en el umbral de la puerta —. Y solo para que lo sepas, la última vez que vi esa expresión en tu cara fue hace ocho años, justo antes de que hicieras esa adquisición imposible en Frankfurt que todos dijeron que era una locura.

—Eso fue diferente. Fueron negocios —dijo Ulises.

—¿Sí? —Tobías inclinó la cabeza—. ¿Y cómo terminó?

Ulises apretó la mandíbula.

—Ganamos treinta millones el primer año.

—Exacto. —La sonrisa de Tobías era absolutamente insufrible en aquel momento—. Fue algo impulsivo y exitoso. Tal vez deberías confiar en tus impulsos más seguido.

Y con eso, Tobías salió del despacho, dejando a Ulises solo con sus contratos sin leer, su café enfriándose, y una pregunta molesta que seguía dando vueltas en su cabeza como un disco rayado.

¿Por qué diablos había accedido realmente a llevar a Aria a volar en el helicóptero?

Y la respuesta, que se negaba rotundamente a reconocer en voz alta, sonaba en algún lugar profundo de su pecho.

«Porque quisiste. Simplemente... quisiste.»

Ulises se obligó a mirar los contratos de Helsinki, decidido a enterrar aquel pensamiento bajo montañas de trabajo.

Pero mientras sus ojos leían las cláusulas y números, una imagen apareció en su mente. Ojos color avellana brillando con asombro, una sonrisa que había sido solo para él…

«Joder», pensó.

Pero era Ulises Diakos y el control era lo único que conocía.

—Esto no significa nada. No cambia nada. Todo sigue exactamente como estaba.

CAPÍTULO 19

El timbre de Villa Penélope sonó exactamente a las cinco de la tarde.

Aria estaba precisamente en el lugar equivocado en el momento equivocado (o tal vez el lugar correcto en el momento correcto, dependiendo de cómo se mirara), cruzando el vestíbulo de camino a la cocina, con una bandeja vacía que había recogido de la habitación de Katerina. Se había terminado su té de menta de media tarde antes de salir un rato al jardín para que le diera aire fresco y sol.

El timbre sonó de nuevo, más insistente, y Aria suspiró, dejando la bandeja sobre el aparador junto al espejo antiguo de marco dorado.

—Ya voy, ya voy —murmuró para sí misma, aunque quien fuera que estuviera al otro lado de la puerta obviamente no podía escucharla.

Se echó un vistazo rápido en el espejo mientras pasaba delante de él, más por hábito que por vanidad. Tenía el pelo recogido en una cola de caballo práctica. Llevaba pantalones blancos de lino, una blusa de flores de distintos colores y unas sandalias planas.

Lo que no esperaba cuando abrió la puerta de roble macizo era encontrarse con el tipo de hombre que parecía haber salido directamente de un anuncio de colonias.

Alto, probablemente rondando el metro ochenta, con el pelo negro como la tinta, peinado hacia atrás, aunque un par de

mechones le caían por la frente. Ojos azules brillantes, mandíbula angular, y un traje gris oscuro que se ajustaba a su figura atlética.

Llevaba un maletín de cuero marrón en una mano y una sonrisa en el rostro que podría derretir mantequilla a veinte pasos.

—Buenas tardes —dijo. Su voz era agradable, con un ligero acento—. Soy Ezio Marcetti. Tengo una cita con la Señora Diakos.

—Sí, la señora Diakos lo está esperando —respondió Aria, haciéndose a un lado para dejarlo pasar—. Adelante, por favor.

Ezio entró en el vestíbulo, y Aria notó cómo sus ojos recorrieron el espacio. Pero después sus ojos volvieron a ella, y Aria sintió el peso de su mirada.

—¿Y tú eres...? —preguntó Ezio, y había algo en su tono, una calidez que iba más allá del encanto superficial, que hizo que Aria bajara ligeramente la guardia.

—Aria Shaw. Soy la cuidadora de la señora Diakos.

—Aria —repitió Ezio, como si estuviera probando el nombre, saboreándolo—. Como el término musical. Precioso.

«Punto para él por saber algo de cultura», admitió Aria para sus adentros, aunque mantuvo su expresión neutral.

—O como «aire» en italiano —respondió.

—Entonces tus padres tenían buen gusto. —La sonrisa de Ezio se amplió, y Aria notó que tenía hoyuelos en las mejillas cuando sonreía—. Aunque supongo que eso es obvio.

Aria sintió una sonrisa tirando de sus propios labios a pesar de sí misma.

—La señora Diakos está en el jardín —dijo, ignorando elegantemente el cumplido—. Si me sigue, lo llevaré con ella.

—Encantado de seguirte a cualquier parte —respondió Ezio, y aunque era completamente cursi, la forma en que lo dijo, con

suficiente humor como para sugerir que él mismo sabía que era ridículo, hizo que Aria volviera a sonreír.

Lo guio a través de la casa, consciente de su presencia detrás de ella.

Pasaron por delante de la cocina, donde Matilde estaba preparando lo que olía como *spanakopita*, la tarta de espinacas que Katerina adoraba.

—¿Cuándo has empezado a trabajar para Katerina Diakos? —preguntó Ezio mientras caminaban hacia el jardín.

—Hace dos semanas —respondió Aria.

—Yo llevo manejando los asuntos legales de la familia desde hace cinco años. Principalmente propiedades y rentas. Nada demasiado emocionante, creo —bromeó.

—El trabajo legal raramente es emocionante para cualquiera que no sea abogado —observó Aria.

Ezio rio.

—Tienes razón. Aunque diría que depende del tipo de derechos. El derecho penal tiene sus momentos —dijo.

—Pero tú no te dedicas al derecho penal, ¿no?

—Dios, no. —Ezio hizo una mueca—. Demasiado drama, demasiadas emociones. Prefiero los contratos y las propiedades. Números, cláusulas, términos definidos...

Esa vez fue Aria quien rio.

Salieron al jardín, donde el sol de la tarde bañaba todo en luz dorada. El aroma dulce de los jazmines flotaba en el aire.

Katerina estaba sentada en su lugar favorito bajo la pérgola, rodeada de plantas trepadoras y flores, y con una jarra de limonada en la mesa. Llevaba un vestido floreado blanco, y sus ojos se iluminaron cuando vio a Ezio.

—¡Ezio! —exclamó con evidente placer—. Siempre tan puntual.

—Para ti, Katerina, siempre —respondió él, acercándose para besar su mano con un gesto que debería haber parecido anticuado, pero que de alguna manera funcionaba perfectamente—. Te ves radiante.

—Adulador —dijo Katerina, claramente encantada—. Pero eres un adulador encantador, así que te perdono. Siéntate, siéntate. Matilde nos ha traído limonada fresca.

Aria observó el intercambio en silencio. La relación entre Katerina y Ezio tenía la calidez y la confianza de años de familiaridad.

Katerina dirigió la mirada a Aria.

—Aria, ¿conoces a Ezio? —preguntó.

—Nos hemos presentado en la puerta —respondió ella.

—Ezio es el abogado de la familia y amigo.

Aria asintió.

—Os dejó solos para que habléis —dijo.

—Gracias, cariño. Esto va a ser terriblemente aburrido. Números y contratos y términos legales que harían dormir a cualquiera.

Aria y Ezio se echaron a reír.

—Si necesitas algo, Katerina, solo tienes que llamarme —dijo Aria.

—Por supuesto.

Aria se giró para irse.

Pero justo antes de cruzar el umbral para entrar en la casa, sintió los ojos de Ezio sobre ella otra vez.

Katerina Diakos no había vivido ochenta y cuatro años sin desarrollar un radar afinado para ver cuando a alguien le gustaba otro alguien. Y en aquel momento, ese radar vibraba.

Ezio había sacado los documentos de su maletín con su eficiencia habitual, había comenzado su revisión trimestral de las rentas de propiedades con su profesionalidad característica, pero había algo en él (una distracción en sus ojos, una ligera sonrisa jugando en sus labios) que no había estado allí en reuniones anteriores.

Katerina lo observó mientras discutían los detalles aburridos de los contratos de arrendamiento y los distintos alquileres, esperando su momento.

Y entonces, exactamente como había predicho, Ezio hizo una pausa en medio de una frase sobre regulaciones de inquilinos y preguntó, con un tono que intentaba ser casual pero que no lo era:

—Tu nueva cuidadora parece... encantadora.

—¿Aria? —dijo Katerina, manteniendo su propia voz perfectamente neutral—. Sí, es maravillosa. Brillante, dedicada.

Ezio asintió, sus dedos tamborilearon ligeramente contra el borde de su carpeta de documentos.

—Me ha dicho que lleva dos semanas trabajando aquí.

—Sí, así es.

—¿Y es del pueblo?

—No, es de Atenas. —Katerina tomó un sorbo de su limonada, dejando que el silencio se extendiera—. ¿Por qué lo preguntas?

Los ojos de Ezio se movieron hacia la casa, como si pudiera ver a través de las paredes el lugar donde estaba Aria.

—Simple curiosidad —dijo, pero su sonrisa lo traicionaba—. Es que es inusual encontrar a alguien tan... refrescante.

«Refrescante —pensó Katerina—. Qué palabra tan cuidadosamente elegida.»

—Es una chica completamente dedicada a su trabajo. Muy profesional. No es del tipo que se distrae fácilmente —comentó Katerina.

Algo en la expresión de Ezio sugería que había aceptado eso como un desafío más que como una advertencia.

—Las mejores cosas en la vida requieren esfuerzo —dijo.

Katerina sonrió detrás de su vaso de limonada. Estaba claro que a Ezio le había gustado Aria.

Continuaron con la revisión de los documentos, pero Katerina notó que la atención de Ezio seguía desviándose de vez en cuando hacia la casa, como si esperara ver a Aria aparecer de nuevo.

Una hora más tarde, cuando todos los papeles habían sido puestos al día y firmados, Ezio guardó los documentos en el maletín.

—Como siempre, Katerina, todo está en orden —dijo—. Te veré de nuevo la próxima semana.

—A menos que me muera antes —respondió Katerina en broma.

—No te atreverías. ¿Quién más me daría limonada casera y me llamaría «muchacho» de esa forma tan cariñosa?

Katerina se rio, dándole palmaditas en la mejilla con afecto.

—Eres un buen muchacho, Ezio. Tu padre estaría orgulloso de ti.

Algo suave pasó por los ojos de Ezio ante la mención de su padre, que había fallecido dos años atrás, pero su sonrisa se mantuvo firme.

—Eso espero.

—Lo estaría. —Katerina se levantó lentamente de la silla, aceptando el brazo que Ezio le ofrecía—. Ahora, déjame acompañarte a la puerta antes de que mis huesos viejos decidan que ya no quieren cooperar más hoy.

Caminaron lentamente de vuelta a través del jardín y entraron en la casa. Y mientras cruzaban el pasillo principal, el destino, o tal vez solo la coincidencia, intervino.

Aria estaba subiendo las escaleras, llevando una pila de toallas limpias al baño de Katerina. Los mechones de pelo de la coleta capturaban la luz de la tarde.

Se detuvo al verlos, y Katerina no perdió la forma en que los ojos de Ezio se iluminaron, en cómo se irguió.

—Ya me voy —se apresuró a decir Ezio—. Ha sido un placer conocerte, Aria.

—El placer ha sido mío —respondió ella, cordial.

—Espero que no sea la última vez —dijo Ezio, y había algo en su tono, serio debajo del encanto, que hizo que Katerina levantara las cejas.

Aria se limitó a asentir.

Se sostuvieron la mirada durante unos segundos. Ezio finalmente se volvió hacia Katerina, besando su mano una vez más.

—Gracias, Katerina. Ha sido un placer, como siempre.

—Para mí también, querido muchacho. —Katerina le dedicó una sonrisa.

Los ojos de Ezio se movieron hacia Aria.

—Hasta la próxima, Aria.

—Hasta la próxima —respondió ella.

Ezio dio media vuelta, abrió la puerta y salió.

CAPÍTULO 20

La tarde había caído sobre Ítaca con ese gris plateado característico de los días de lluvia en el Mediterráneo. No era la tormenta que sacudía árboles y azotaba ventanas, sino esa lluvia suave, persistente y melancólica que convertía el mar en una extensión de estaño y envolvía la isla en una niebla etérea que difuminaba los contornos del mundo.

Aria iba por el pasillo con una taza de manzanilla humeante entre las manos, con cuidado de no derramar ni una gota sobre el inmaculado suelo. Katerina había pedido algo caliente para combatir la humedad que se filtraba por las ventanas, y Matilde, que estaba ocupada preparando la cena, le había pedido a Aria que se lo llevara al salón principal.

El sonido de la lluvia repiqueteando contra los cristales creaba una banda sonora hipnótica, casi meditativa. Aria siempre había encontrado algo reconfortante en los días lluviosos. Le recordaban a su infancia en Atenas, acurrucada junto a su *yiayá* Calíope mientras la anciana le contaba historias de dioses y héroes, con el aroma del *spanakópita* horneándose en la cocina y el sonido de la lluvia como telón de fondo.

«Los días grises son para recordar —solía decir su abuela—. El sol es para vivir, pero la lluvia es para pensar.»

Cuando Aria entró en el salón, encontró a Katerina sentada en el sofá junto a la ventana, envuelta en un chal de color crema. Pero no

estaba mirando la lluvia. Su atención estaba completamente absorta en algo que descansaba sobre sus rodillas.

Un álbum de fotos.

No era uno de esos álbumes modernos con páginas plastificadas y diseños minimalistas. No. Era antiguo, con la cubierta de cuero marrón desgastado por años de uso, con las esquinas dobladas y manchas que hablaban de manos que lo habían abierto cientos de veces. Un álbum que no solo contenía fotografías, sino historias. Memorias. Fantasmas del pasado capturados en papel.

—Katerina... —Aria se acercó con suavidad, como si temiera interrumpir un momento sagrado—. Te he traído la manzanilla que has pedido.

Katerina levantó la vista, y Aria notó de inmediato que sus ojos verdes, normalmente brillantes y llenos de ironía, estaban vidriosos.

—Ah, cariño. Gracias. —Katerina hizo un gesto hacia la mesa auxiliar—. Déjalo ahí. Y siéntate conmigo, si no tienes nada mejor que hacer que acompañar a una anciana nostálgica en una tarde lluviosa.

—No hay nada mejor que hacer —respondió Aria con sinceridad y una sonrisa, dejando la taza y acomodándose en el sofá junto a Katerina.

Ella le dedicó también una sonrisa pequeña pero cálida, luego volvió su atención al álbum.

—Estaba guardando algunas cosas en el desván esta mañana —comenzó a explicar, pasando un dedo arrugado sobre la cubierta de cuero—. Organizando, tirando lo que ya no sirve. Y encontré esto. —Hizo una pausa, como si las siguientes palabras pesaran—. No lo había abierto en meses. Supongo que... supongo que la lluvia me ha puesto melancólica.

Aria se inclinó ligeramente, curiosa pero con respeto, sin querer invadir su privacidad.

—¿Es un álbum familiar? —preguntó con voz suave.

—Sí. —Katerina abrió la cubierta con cuidado, revelando la primera página. Había una fotografía en blanco y negro, ligeramente descolorida por el tiempo, de una joven pareja el día de su boda. El hombre era alto, con el pelo oscuro peinado hacia atrás y una sonrisa orgullosa. La mujer era delgada y de aspecto delicado, con un vestido de novia que parecía hecho de nubes y una expresión de felicidad tan pura que casi dolía mirarla—. Esta soy yo, y él es Georgios, el abuelo de Ulises.

Aria estudió la fotografía con atención. La Katerina de la imagen debía tener veintipocos años, con la belleza clásica de las actrices griegas de los años cincuenta: grandes y expresivos ojos, pómulos altos y una sonrisa que iluminaba toda la imagen.

—Eras preciosa —dijo Aria con sinceridad.

—*Era* es la palabra clave. —Katerina soltó una risilla seca—. Ahora soy una versión arrugada de aquella chica. Pero bueno, ochenta y cuatro años te hacen eso. El tiempo es un ladrón despiadado, Aria. Te roba la juventud, la belleza, la energía... pero al menos tiene la decencia de dejarte los recuerdos.

—Sigues siendo preciosa, Katerina. Quien tuvo, retuvo —dijo Aria.

Katerina no pudo evitar sonreír.

—Gracias.

Pasó la página, revelando más fotografías. Georgios y Katerina en la playa, ella con un traje de baño de una pieza y él con pantalones arremangados, ambos riendo. Georgios sosteniendo un bebé envuelto en una manta blanca. Katerina embarazada, con las manos sobre el vientre abultado.

—Este era mi hijo, Dimitrios. —La voz de Katerina se suavizó al pronunciar el nombre, volviéndose casi una caricia—. El amor de mi vida. Bueno, uno de ellos. Junto con Georgios, por supuesto. Pero

un hijo... —Se detuvo, buscando las palabras—. Un hijo es algo diferente. Es tu corazón caminando fuera de tu cuerpo.

Aria sintió un nudo formándose en la garganta. Sabía lo que vendría después. Katerina ya le había contado, brevemente, la tragedia que había sacudido a la familia. Pero una cosa era oír un resumen y otra muy distinta era ver las fotografías, ver las caras sonrientes de personas que ya no estaban.

«Los muertos dejan de ser abstractos cuando les pones cara», pensó.

Katerina pasó más páginas. Dimitrios creciendo. Un niño con las rodillas raspadas y una sonrisa traviesa. Un adolescente serio con un libro bajo el brazo. Un joven graduándose de la universidad con la toga y el birrete.

—Era brillante. —El orgullo maternal impregnaba cada palabra—. Inteligente, ambicioso. Estudió Economía y Administración de Empresas en Londres. Volvió a Grecia y se hizo cargo de la empresa familiar cuando Georgios murió. Yo pensé que... —Su voz se quebró ligeramente—. Pensé que tendría décadas por delante. Que vería a mis nietos crecer, que envejecería con dignidad sabiendo que mi legado estaba en buenas manos.

Pasó la página, y ahí estaba.

Aria se quedó sin aliento.

Dimitrios, ya adulto, con el mismo aire de autoridad contenida que Ulises heredaría años después. A su lado, una atractiva mujer de pelo castaño claro y sonrisa dulce, con los brazos alrededor de dos niños.

Una niña de unos diez años, con coletas y un vestido de flores, sonriendo con el entusiasmo despreocupado de la infancia.

Y un niño.

Ulises.

Aria lo reconoció de inmediato, aunque debía tener solo siete u ocho años en la fotografía. El mismo pelo negro, los mismos ojos verdes intensos, pero había algo en su expresión... algo ligero. Felicidad. Sin las capas de hielo y distancia que ahora caracterizaban su rostro.

Estaba riendo en la foto, con la boca abierta en una carcajada y los ojos arrugados por la alegría.

«Dios —pensó Aria—. Era solo un niño. Un niño normal y feliz.»

—Esta es Elena, mi nuera —dijo Katerina, señalando a la mujer —. Era profesora de literatura. Dulce, inteligente, con una paciencia infinita. Amaba a Dimitrios con una devoción que yo solo había visto en las novelas románticas. Y esta... —Su dedo se movió hacia la niña —. Esta era Keisi, mi nieta mayor. Tenía diez años cuando... —Se detuvo, incapaz de terminar la frase.

Aria tomó la mano libre de Katerina y la apretó con suavidad.

—No tienes que contarlo si no quieres —dijo.

—No, estoy bien. —Katerina respiró hondo, como si estuviera reuniendo fuerzas—. Creo que necesito contarlo. Al menos una vez más. Para que alguien más lo sepa. Para que no sean solo fantasmas en mi cabeza.

Pasó la página de nuevo, y había más fotografías.

La familia en la playa. Ulises construyendo castillos de arena. Keisi persiguiendo olas. Dimitrios cargando a ambos niños sobre sus hombros. Melina riéndose bajo un sombrero de paja.

Momentos congelados en el tiempo. Fragmentos de una vida que ya no existía.

—Fue un sábado de marzo —comenzó Katerina, con la voz baja pero firme—. Hace veinticuatro años. Dimitrios había comprado una avioneta pequeña el año anterior. Le encantaba volar. Decía que era la única forma en que su mente se callaba, cuando estaba allá arriba entre las nubes. Melina siempre estaba nerviosa cuando volaba, pero

confiaba en él. Y Keisi... Keisi estaba emocionada. Volvían de pasar el fin de semana en Cefalonia. Habían ido a celebrar el cumpleaños de Melina en un pequeño hotel junto al mar.

Aria podía ver la escena desarrollándose en su mente como una película. Una familia feliz preparándose para un fin de semana perfecto. Sin saber lo que vendría.

—Ulises iba con ellos —continuó Katerina—. Tenía ocho años. Estaba emocionado porque su padre le había prometido enseñarle cómo funcionaba la avioneta. Le había comprado un cuaderno nuevo para que dibujara durante el vuelo. Ulises siempre estaba dibujando en aquella época. Casas, barcos, pájaros, personas... Tenía un talento natural.

«¿Dibujando? —pensó Aria con sorpresa—. ¿Ulises dibujaba?»

Era difícil imaginar al hombre que redactaba manuales de cuarenta y siete páginas sobre «Protocolos de Asistencia» y controlaba cada aspecto de su vida con una obsesión matemática, como un niño artista, perdido en su mundo de creatividad.

—Despegaron al mediodía —dijo Katerina—. El clima estaba perfecto. Cielo azul, sin una nube. Yo los despedí desde la terraza, los vi subir a la avioneta, los vi despegar... Y a la vuelta… —Su voz se rompió—. Fue la última vez que vi a mi hijo, a mi nuera y a mi nieta con vida.

La lluvia golpeaba contra las ventanas con más fuerza ahora, como si el cielo estuviera llorando por la historia que estaba contando Katerina.

—Hubo una tormenta repentina sobre el mar. Una de esas tormentas que aparecen de la nada, sin advertencia. Dimitrios era un buen piloto, pero no tenía experiencia en condiciones meteorológicas adversas. Trató de encontrar un lugar para aterrizar, pero... —Katerina cerró los ojos—. La avioneta cayó al mar. A unos quince kilómetros de la costa.

Aria sintió lágrimas picándole en los ojos. No dijo nada. No había nada que decir. Solo apretó la mano de Katerina con más fuerza.

—Dimitrios, Melina y Keisi murieron en el impacto —continuó Katerina, con una voz que sonaba como si viniera de muy lejos—. Ulises... Ulises fue el único superviviente. Un pescador lo encontró horas después, aferrado a un trozo del fuselaje, como ya te comenté, flotando en el agua. Tenía hipotermia severa. Estaba delirando. Llamaba a su madre, a su padre, a su hermana...

«Dios mío», pensó Aria, sintiendo como si algo pesado le oprimiera el pecho.

Un niño de ocho años. Solo en el mar oscuro. Viendo morir a toda su familia. Esperando, con el agua helada rodeándolo, sin saber si vendría ayuda o si también él moriría allí.

Era una pesadilla. Una pesadilla que ningún niño debería experimentar jamás.

—Lo llevaron en helicóptero al hospital de Atenas —dijo Katerina —. Pasó tres días en cuidados intensivos. Los médicos no estaban seguros de si sobreviviría. Pero Ulises... —Una sonrisa triste cruzó su rostro—. Mi nieto es un luchador. Siempre lo ha sido. Sobrevivió.

—Pero a qué costo —murmuró Aria, más para sí misma que para Katerina.

—Sí, ¿a qué costo? —Katerina abrió los ojos y miró a Aria—. Sobrevivió físicamente. Pero algo en él... algo en él murió en aquel mar junto con el resto de su familia.

Pasó la página del álbum de nuevo, y había una fotografía de Ulises en el hospital. Debía haber sido tomada días o semanas después del accidente. Era su cumpleaños, porque estaba rodeado de globos y guirnaldas. Se encontraba sentado en la cama, con vendajes en los brazos, mirando fijamente a la cámara con una expresión completamente vacía. Sin lágrimas. Sin emoción. Solo... vacío.

Los ojos de ese niño no pertenecían a un niño de ocho años. Ya no. Pertenecían a alguien que había visto demasiado, que había perdido demasiado.

—Durante un mes completo, no habló —dijo Katerina en voz baja—. Ni una palabra. Los médicos dijeron que era shock postraumático severo. Probaron terapia, medicamentos, todo. Pero Ulises simplemente... se había ido. Físicamente estaba allí, en su habitación, comiendo cuando le llevaban la comida, durmiendo cuando le decían que durmiera. Pero no era él. Era como si su alma hubiera decidido esconderse en algún lugar profundo dentro de sí mismo donde nada pudiera alcanzarla.

Aria sintió que las lágrimas finalmente se desbordaban, rodando silenciosamente por sus mejillas.

—Katerina... —susurró—. No puedo ni imaginar...

—Yo tampoco podía —dijo ella—. Estaba destrozada por mi hijo, por Elena, por mi preciosa Keisi. Pero tenía que ser fuerte por Ulises. Porque él me necesitaba. Así que me tragué mi dolor, guardé mis lágrimas para cuando estaba sola, y me dediqué completamente a él. En cuerpo y alma.

Pasó más páginas. Había fotografías de Ulises a lo largo de los años siguientes.

Nueve años, diez, once.

En todas ellas, había algo diferente en su expresión. Seriedad. Distancia. Como si se le hubiera olvidado cómo sonreír.

—La primera vez que habló fue para preguntarme si había sido su culpa —dijo Katerina, y su voz se quebró completamente—. Me preguntó si había hecho algo malo. Si por eso Dios se había llevado a su familia y lo había dejado a él. Un niño de ocho años, Aria. Preguntándome si merecía vivir cuando los demás habían muerto.

Aria ya no intentaba contener las lágrimas. Dejó que cayeran libremente, sintiendo el peso aplastante de la tragedia que Katerina

estaba compartiendo con ella.

—¿Qué le dijiste? —preguntó con voz temblorosa.

—Le dije la verdad. Que no había sido su culpa. Que a veces suceden cosas terribles sin razón, sin justicia, sin sentido. Que Dios, o el universo, o el destino, o lo que sea que controla estas cosas, no lo estaba castigando. Que sus padres y su hermana lo amaban y querrían que viviera. Que viviera por todos ellos.

—¿Te creyó?

—No lo sé. —Katerina negó con la cabeza—. Creo que quería creerme. Pero también creo que, en algún profundo rincón de su mente, la culpa se quedó. Enquistada. Infectando todo.

Pasó otra página, y ahí estaba Ulises a los trece o catorce años, de pie junto a un caballete con un lienzo. Incluso en la fotografía, Aria podía ver el boceto de un velero que estaba pintando. Los trazos eran seguros, precisos, llenos de vida.

—Seguía dibujando —dijo Katerina—. Incluso después del accidente. Era su forma de procesar el mundo, supongo. O el dolor. De darle sentido a las cosas cuando nada tenía sentido. Los profesores del colegio decían que tenía un don. Que podría estudiar Bellas Artes si quisiera. Que podría ser artista.

Aria miraba la fotografía, fascinada.

—¿Y qué pasó? —preguntó, aunque parte de ella ya sabía la respuesta.

Katerina suspiró. Fue un suspiro pesado que parecía llevar el peso de años de dolor.

—Pasó la empresa. La empresa familiar que Dimitrios había hecho crecer. Después de su muerte, quedó en manos de administradores externos durante años. Yo traté de manejarla lo mejor que pude, pero no era mi área. Y para cuando Ulises cumplió dieciocho años, las cosas estaban mal. Muy mal. La empresa estaba

al borde de la bancarrota. Íbamos a perder todo por lo que Georgios y Dimitrios habían trabajado.

—Y Ulises... —Aria comenzó.

—Ulises decidió que era su responsabilidad salvarla —terminó Katerina—. Tenía dieciocho años, acababa de graduarse en el instituto, y en lugar de ir a la universidad a estudiar arte como soñaba, se inscribió en Economía y Administración de Empresas. Dijo que era su deber. Que su padre había confiado en él para proteger el legado familiar. Que no podía ser egoísta y perseguir sueños cuando había una empresa que salvar.

«Dieciocho años —pensó Aria—. Apenas un niño. Renunciando a sus sueños porque sentía que era su obligación.»

—Traté de convencerlo de que no lo hiciera —continuó Katerina —. Le dije que podíamos vender la empresa, que podíamos vivir más modestamente, que su felicidad era más importante que cualquier negocio. Pero él no me escuchó. Ya había tomado la decisión. Y cuando Ulises toma una decisión... —Sonrió con tristeza—. Bueno, ya lo conoces un poco. Es más terco que una mula griega.

Aria asintió, pensando en todas las veces que había chocado con la terquedad de Ulises en el poco tiempo que llevaba trabajando allí.

—¿Y logró salvar la empresa? —preguntó.

—Oh, sí. —El orgullo se mezcló con la tristeza en la voz de Katerina—. No solo la salvó. La transformó. La convirtió en un imperio. Trabajó como un obseso durante años. Noches sin dormir, sacrificando fines de semana, invirtiendo todo su tiempo y su energía en la empresa. Con veinticinco años había triplicado su valor. Con treinta, era uno de los empresarios más exitosos de Grecia.

Pasó la página del álbum, mostrando fotografías más recientes. Ulises en traje, cortando cintas en inauguraciones. Ulises estrechando manos con mandatarios. Ulises en la portada de revistas de negocios.

En todas ellas, se veía profesional, exitoso, poderoso.

En ninguna se veía feliz.

—Pero el precio... —murmuró Aria.

—El precio fue su alma —dijo Katerina—. Se convirtió en lo que pensaba que necesitaba ser. Alguien frío, calculador, con todo bajo control. Construyó murallas tan altas alrededor de su corazón que ni siquiera yo puedo alcanzarlo a veces. Sus relaciones... —Negó con la cabeza—… nunca duran más de unas pocas semanas. Se aburre, o se asusta, o simplemente decide que no vale la pena el riesgo emocional. Prefiere la soledad a la posibilidad de perder a alguien de nuevo.

«Aprendió con ocho años que las personas a las que amas pueden desaparecer en un instante —pensó Aria—. Que abrir el corazón significa arriesgarse a un dolor insoportable. Así que decidió no abrirlo nunca más.»

—Es tan triste —dijo en voz alta, limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano—. Y tan injusto. Era solo un niño.

—Lo sé. —Katerina cerró el álbum suavemente, como si estuviera cerrando un libro sagrado—. A veces lo que construimos para protegernos acaba convirtiéndose en nuestra prisión. Ulises construyó esas murallas para mantenerse a salvo, pero ahora está atrapado dentro de ellas. Solo. Trabajando sin parar porque si se detiene, si realmente se detiene y siente... teme que el dolor lo destruya.

Aria se quedó en silencio durante un rato, procesando todo lo que Katerina le había contado. La lluvia seguía cayendo fuera, constante y melancólica, como si el cielo estuviera de luto por todas las vidas que se habían perdido, por todos los sueños que habían sido enterrados.

Finalmente, habló, con voz suave pero firme.

—Tú también perdiste mucho, Katerina. Perdiste a tu hijo, a tu nuera, a tu nieta. Como madre... no puedo ni imaginar ese dolor.

Los ojos de Katerina se llenaron de lágrimas, lágrimas que dejó caer sin vergüenza.

—El dolor de perder un hijo... —comenzó, con la voz rota—. Es como si te arrancaran una parte de ti misma. Como si el universo estuviera al revés. Los padres no deberían enterrar a sus hijos. Va contra el orden natural de las cosas. Y perder a Keisi también, a mi dulce nieta que apenas había comenzado a vivir... —Se detuvo, llevándose una mano temblorosa al pecho—. Hay días, incluso todavía ahora, veinticuatro años después, en los que me despierto y se me olvida que se han ido. Y luego la realidad me golpea de nuevo, y es como si el accidente hubiera ocurrido ayer.

Aria se movió para colocarse más cerca, y pasó un brazo alrededor de los hombros de Katerina, dejando que se apoyara contra ella.

—¿Cómo lo soportaste? —preguntó en voz baja—. ¿Cómo sigues adelante después de algo así?

Katerina respiró hondo.

—No te recuperas —dijo—. Nunca te recuperas del todo. El dolor no desaparece. Solo... cambia. Se vuelve parte de ti. Aprendes a vivir con él, como aprendes a vivir con una cicatriz. Algunos días es solo un dolor sordo en el fondo. Otros días te golpea con la fuerza de un huracán y te quedas sin aliento. Pero sigues adelante. Porque tienes que hacerlo. Porque la gente que amas, la gente que perdiste, querría que lo hicieras.

—Y porque Ulises te necesitaba —añadió Aria.

—Sí. —Katerina asintió—. Porque Ulises me necesitaba. Y en cierto modo, salvarlo a él me salvó a mí. Me dio un propósito cuando todo lo demás parecía no tener sentido. Me obligó a levantarme cada mañana, a seguir respirando, a seguir viviendo. Porque él necesitaba que fuera fuerte.

Permanecieron sentadas así durante un minuto, abrazadas en el sofá, con el sonido de la lluvia de fondo, y el álbum de fotos cerrado sobre las rodillas de Katerina como un testamento silencioso de todo lo que se había perdido.

Finalmente, Katerina se enderezó, secándose los ojos con el pañuelo de encaje que siempre llevaba en el bolsillo del vestido.

—Perdóname —dijo con una sonrisa amarga—. No pretendía convertir esto en una sesión de terapia. Te he arrastrado a un viaje por mis tristes recuerdos en una tarde lluviosa. Qué forma tan deprimente de pasar el tiempo —añadió, haciendo alarde de su sentido del humor.

—No te disculpes —dijo Aria—. Nunca te disculpes por recordar a las personas que amaste. Nunca.

Katerina le sonrió. Fue un gesto lleno de afecto y agradecimiento.

—Eres una buena chica, Aria Shaw. —Apretó la mano de Aria—. Y ahora entiendes un poco mejor por qué mi nieto es como es. Por qué lo empujo tanto a abrirse, a vivir, a dejar entrar a alguien. Porque he visto lo que la soledad le está haciendo. He visto cómo se está convirtiendo en una sombra de lo que podría ser.

Aria asintió lentamente, pensando en Ulises. En sus ojos verdes que parecían guardar tormentas. En sus murallas de hielo. En la forma en que controlaba cada aspecto de su vida porque era lo único que le daba seguridad.

«Un niño que perdió todo —pensó—. Que creció demasiado rápido. Que enterró sus sueños para cumplir con un deber que nunca debería haber sido suyo.»

Y de repente, todas las irritantes excentricidades de Ulises, todas sus manías obsesivas, sus listas absurdas, su necesidad de control, su incapacidad para relajarse... todo tenía sentido.

No eran solo rasgos de personalidad molestos.

Eran mecanismos de supervivencia.

Eran las herramientas que un niño traumatizado había desarrollado para navegar un mundo que le había enseñado, de la manera más cruel posible, que nada era seguro, que nada era permanente, que todo lo que amabas podía ser arrebatado en un instante. En un solo instante.

«Oh, Ulises», pensó, sintiendo una ola de empatía tan fuerte que casi la ahogó.

Katerina debió ver algo en su expresión porque sonrió.

—Ahora lo ves —dijo—. Ahora lo entiendes.

—Sí —admitió Aria—. Creo que sí.

Katerina pasó una mano sobre la cubierta de cuero del álbum con cariño. Tomó aire.

—Me alegro de habértelo contado —dijo—. Necesitaba que lo supieras. Porque cuando Ulises inevitablemente haga algo que te enfade, y lo hará, quiero que recuerdes esta conversación. Quiero que recuerdes al niño que hay detrás de las murallas. El niño que todavía está perdido en aquel mar oscuro, esperando que alguien vaya a rescatarlo.

Las palabras de Katerina resonaron en el silencio del salón.

Aria las absorbió, guardándolas en algún lugar profundo de su corazón, sabiendo que quizá las necesitaría.

La lluvia seguía cayendo sobre Ítaca.

CAPÍTULO 21

La noche había caído sobre Ítaca con una oscuridad absoluta. Ese tipo de oscuridad que solo se da cuando las nubes son tan densas que ocultan hasta el último rastro de luna y estrellas.

La lluvia suave y melancólica de la tarde había evolucionado en algo más violento. Una tormenta mediterránea en toda regla que azotaba los ventanales de Villa Penélope con ráfagas de viento y cortinas de agua que parecían querer arrancar los marcos de las paredes.

Los truenos retumbaban en la distancia, cada vez más cerca, y los relámpagos iluminaban el jardín en estallidos de color azul eléctrico. Las buganvillas se sacudían con fuerza, los cipreses se doblaban bajo el vendaval, y el mar, invisible en la oscuridad, rugía con una furia que hacía vibrar los cimientos de piedra de la mansión.

Aria subía las escaleras de mármol con el álbum de fotos contra el cuerpo. El peso que sentía no era físico sino emocional. Cada página que había visto, cada historia que Katerina había compartido, cada fotografía de rostros sonrientes que ya no existían... todo se había instalado en algún lugar profundo de su pecho.

«Los muertos pesan más que los vivos —pensó, recordando algo que su *yiayá* Calíope solía decir—. Porque no solo cargas con su memoria, sino con todo lo que podrían haber sido y nunca serán.»

Katerina le había pedido que guardara el álbum en alguna de las habitaciones del segundo piso, las que no se usaban, donde se

almacenaban décadas de recuerdos familiares en armarios y estanterías que nadie abría excepto cuando la nostalgia o la necesidad lo requerían.

—Cualquier habitación está bien, cariño —había dicho Katerina con voz cansada, recostada ya en el sofá con una manta sobre las piernas y los ojos cerrados—. Es que… no quiero tenerlo cerca esta noche. Me he sumergido bastante en el pasado por hoy. Necesito que descanse en algún lugar donde no pueda verlo cada vez que abro los ojos.

Aria lo entendía perfectamente. A veces los recuerdos necesitaban guardarse en cajones, cerrados bajo llave, almacenados en habitaciones oscuras donde no pudieran alcanzarte constantemente.

El piso superior de la mansión estaba en penumbra, iluminado solo por las lámparas de pared que proyectaban círculos suaves de luz dorada cada pocos metros. El pasillo principal se extendía en ambas direcciones, con puertas de madera maciza a intervalos regulares. La mayoría llevaban cerradas meses. Matilde las limpiaba de vez en cuando para mantener el polvo a raya, pero nadie las habitaba.

Un relámpago estalló fuera, tan brillante que por un momento el pasillo se bañó en una luz azul y fantasmal. El trueno que siguió casi inmediatamente fue tan fuerte que hizo vibrar los cristales de las ventanas.

Aria se estremeció involuntariamente. No tenía miedo a las tormentas, pero había algo en ellas, algo que activaba esa parte antigua del cerebro humano, que no le hacía mucha gracia.

Eligió una puerta al azar, la tercera a la izquierda, y giró el pomo de bronce. Se abrió con un ligero chirrido, revelando una habitación sumida en la oscuridad. Aria palpó la pared hasta encontrar el interruptor.

La luz se encendió con un parpadeo, revelando lo que claramente había sido una biblioteca personal o un estudio. Las paredes estaban forradas de estanterías de madera oscura, repletas de libros con lomos de cuero desgastado. Había un escritorio antiguo junto a la ventana, una silla con el respaldo alto, y en el rincón más alejado, un sillón orejero de color granate que parecía increíblemente cómodo.

El aire olía a madera vieja, papel enmohecido, y a ese aroma indefinible de espacios cerrados durante mucho tiempo. No era desagradable, ni mucho menos. Era el olor de los secretos guardados, de historias atrapadas entre páginas, de tiempo suspendido.

Perfecto.

Aria atravesó la habitación, sorteando una alfombra persa desgastada, y colocó el álbum de fotos en uno de los estantes a media altura, entre lo que parecían ser enciclopedias antiguas y una colección de novelas en griego antiguo con las páginas amarillentas.

«Aquí te quedas —pensó, dándole unas palmaditas al álbum como si fuera una criatura viva que necesitara consuelo—. Descansa un poco. Guarda tus fantasmas por hoy.»

Se dio la vuelta para marcharse, pero algo captó su atención. En el escritorio junto a la ventana, apenas visible en el ángulo de luz de la lámpara del techo, había una pila de cuadernos.

No eran cuadernos normales. Los que cualquiera podría utilizar para tomar notas o hacer la lista de la compra. Eran más grandes, con cubiertas duras. Los cuadernos que los artistas usan para hacer los bocetos.

Aria se quedó inmóvil, sintiendo la curiosidad tirando de ella como un anzuelo.

«No deberías fisgar —se dijo—. No es asunto tuyo. Es privado.»

Pero sus pies no recibieron el mensaje porque ya estaba caminando hacia el escritorio, atraída por aquellos cuadernos como una polilla a la luz.

Otro relámpago iluminó la habitación, seguido casi instantáneamente por un trueno que hizo temblar los libros en las estanterías. La tormenta estaba encima de Ítaca.

Aria extendió la mano, vacilando durante un segundo sobre la pila de cuadernos. La parte racional de su cerebro le gritaba que se detuviera, que respetara la privacidad, que saliera de la habitación y cerrara la puerta tras ella.

Pero la otra parte, la parte que había visto las fotografías de Ulises niño con sus dibujos, la parte que acababa de enterarse de que había renunciado a su sueño de ser artista... esa parte necesitaba saber.

Necesitaba ver.

Cogió el cuaderno superior, sintiendo el peso del mismo en sus manos. La cubierta era de un negro mate, sin adornos, sin título. Anónima.

Se sentó en el sillón orejero, que se hundió suavemente bajo su peso, y se acomodó confirmando que era tan cómodo como prometía. Colocó el cuaderno sobre su regazo y lo abrió con cuidado, como si estuviera desentrañando un enigma.

La primera página la dejó sin aliento.

Era un dibujo a carboncillo del puerto de Vathy. Pero no era solo un dibujo. Era... algo perfecto. Los detalles eran tan precisos, tan meticulosos, que parecía una fotografía en blanco y negro. Cada barca en el agua tenía su propio carácter, cada edificio su propia personalidad. Las sombras caían exactamente como deberían caer, la luz se reflejaba en el agua con una autenticidad que hacía que Aria sintiera que podía meter la mano en la página y sentir el agua fría entre los dedos.

«Joder —pensó, pasando un dedo sobre el dibujo sin tocarlo realmente, consciente de que el carboncillo podía mancharse—. Esto es... esto es arte de verdad. Arte puro.»

En la esquina inferior derecha, había una firma. «U.D.» Y una fecha: «15 de julio, 2010».

Aria hizo cálculos rápidos. Ulises tendría... diecinueve años por aquel entonces. Aquel dibujo lo había hecho apenas un año después de haber abandonado sus sueños artísticos para salvar la empresa familiar.

Pasó la página.

El siguiente dibujo era completamente diferente. No era realista, era abstracto. Realizado con líneas violentas y caóticas que se entrecruzaban por toda la página. Había una energía frenética en cada trazo, una desesperación apenas contenida. Como si lo hubiera hecho para sacar algo de dentro, como si las palabras no fueran suficientes y la única forma de comunicar el dolor fuera a través del arte.

No había fecha en él. Solo caos en blanco y negro.

Aria sintió un nudo formándose en la garganta.

«Los usaba para escapar —se dio cuenta—. O tal vez para sobrevivir.»

Continuó pasando páginas, hipnotizada.

Había más paisajes.

La casa vista desde el jardín, con un nivel de detalle tan asombroso que Aria podía contar las tejas individuales en el tejado. El antiguo monasterio en la cima de la colina, con las paredes desmoronándose detalladas con una precisión brutal. El mar durante una tormenta, las olas capturadas en medio del movimiento, congeladas en el momento justo antes de estrellarse contra las rocas.

También había retratos. Katerina sentada en su silla favorita bajo el olivo, con una expresión de serenidad absoluta que Ulises había capturado a la perfección. Un pescador viejo con el rostro surcado por mil arrugas. Una niña riendo, con coletas y un vestido de flores...

Aria se detuvo en esa imagen, sintiendo que el corazón se le estrujaba.

Keisi.

Tenía que ser Keisi. Su hermana. El dibujo estaba hecho de memoria, obviamente, años después de su muerte, pero había tanta vida en él, tanto amor, que Aria tuvo que parpadear varias veces contra las lágrimas que amenazaban con caer.

«La mantenía viva —pensó—. A través del arte. Era su forma de no dejarla ir.»

Pasó más páginas.

Algunos dibujos eran técnicos, de anatomía o de arquitectura. Otros eran experimentales, jugando con los claroscuros de maneras innovadoras.

Y luego estaban los dibujos hechos en los márgenes de hojas de cuadernos normales.

Aria reconoció el papel de líneas, el de los cuadernos escolares. Esos dibujos debían ser de sus años de instituto o universidad. Matemáticas, Economía, Administración de Empresas... las asignaturas que había estudiado por obligación en lugar de por pasión.

Pero en cada margen, escapándose por los bordes de los apuntes sobre análisis de mercado y teoría económica, había pequeños bocetos. Una mano. Un ojo. Un pájaro en pleno vuelo. Como si incluso mientras trataba de concentrarse en las lecciones que se suponía que debía aprender, su mente escapara

constantemente al arte, al dibujo, a la expresión visual que era su verdadero lenguaje.

Era desgarrador.

Ver el talento capturado en aquellos márgenes, confinado a los espacios en blanco entre fórmulas matemáticas y gráficos, gritaba en silencio sobre sueños aplazados y pasiones que había tenido que ser enterradas.

Había uno en particular que llamó especialmente su atención. Estaba hecho con bolígrafo azul en la esquina de lo que parecía ser un trabajo de Microeconomía. Era un autorretrato. Ulises a los diecinueve o veinte años, mirando directamente desde la página con esos ojos verdes que Aria conocía tan bien.

Pero la expresión...

No había hielo en esos ojos dibujados.

Había dolor.

Había cansancio.

Había una pregunta silenciosa que parecía decir: «¿Qué estoy haciendo? ¿Por qué estoy aquí? ¿Cuándo dejé de ser yo mismo?»

Aria cerró aquel otro cuaderno con suavidad, sintiéndose como si hubiera invadido algo profundamente personal, algo que no tenía que haber visto nunca.

Pero al mismo tiempo, se sentía... una privilegiada. Privilegiada de haber visto esa parte de Ulises. La parte sensible, la parte artística, la parte que escondía detrás de trajes hechos a medida y expresiones gélidas.

«Tiene tanto talento —pensó, con una mezcla de asombro y tristeza—. Podría haber sido un artista increíble. Podría haber creado belleza para todo el mundo. Y en lugar de eso...»

En lugar de eso, creaba imperios. Firmaba contratos. Asistía a reuniones. Vivía entre hojas de cálculo y salas de juntas.

Y los cuadernos, con toda aquella belleza capturada, estaban guardados en una habitación oscura que nadie visitaba.

Fuera, la tormenta alcanzó su punto álgido. Los truenos eran casi continuos. La lluvia golpeaba las ventanas con tanta fuerza que parecía granizo, y el viento aullaba a través de las rendijas.

Aria se levantó del sillón, sosteniendo todavía el último cuaderno que estaba viendo contra el pecho. Debería devolverlo a la pila en el escritorio, salir de la habitación, cerrar la puerta, y fingir que nunca había visto nada, que nunca había estado allí.

Pero no podía.

No podía simplemente pasar y dejar todo aquello enterrado en la oscuridad.

Caminó de vuelta al escritorio. Las yemas de los dedos rozaron los otros cuadernos de la pila. Había por lo menos seis más que no había visto, cada uno probablemente lleno de arte similar. Años de trabajo. Años de pasión capturada en carboncillo y tinta.

Escondido.

Olvidado.

Enterrado bajo el peso de las responsabilidades y el trauma.

Colocó ese último cuaderno de vuelta en su lugar, asegurándose de dejarlo exactamente como lo había encontrado. No quería que Ulises supiera (si es que alguna vez volvía a aquella habitación) que alguien había estado mirando.

Pero mientras se giraba para irse, mientras apagaba la luz y cerraba la puerta tras ella, Aria llevaba consigo algo nuevo.

Una comprensión más profunda del hombre que era Ulises Diakos.

No solo el Ogro de la Colina que controlaba cada aspecto de su vida con una obsesión casi maniática.

No solo el CEO implacable que había construido un imperio sobre los huesos de sus propios sueños.

Sino también el artista. El soñador. El niño que una vez había visto el mundo a través de ojos que buscaban belleza en cada línea, en cada sombra, en cada momento de luz capturada.

Y ese niño todavía estaba ahí, en algún lugar debajo de todas las capas de hielo y control.

Esperando.

Tal vez esperando que alguien lo viera.

Tal vez esperando que alguien le recordara que todavía existía.

Aria caminó por el pasillo hacia su habitación, con el sonido de la tormenta siguiéndola como una banda de música. Los relámpagos iluminaban su camino con estallidos intermitentes, proyectando sombras largas en las paredes.

Cuando llegó a la puerta, se detuvo, apoyando la frente contra la madera.

«Ulises Diakos —pensó—. Eres mucho más complicado de lo que pareces. Y mucho más interesante.»

Suspiró.

«Y peligroso —susurró una voz en el fondo de su mente—. Peligroso para tu corazón.»

Porque una cosa era apreciar el atractivo de tu jefe, algo meramente objetivo. Y otra completamente diferente, empezar a verlo como un hombre complejo, herido y fascinante que había sacrificado sus sueños por el deber.

Y empezar a sentir... cosas.

Cosas que no debería sentir por su jefe.

«Estás jugando con fuego», se advirtió a sí misma.

Pero sabía que ya era tarde.

Ya había cruzado una línea invisible.

Ya había visto demasiado.

Ya sabía demasiado.

Y no había forma de retroceder al momento antes de abrir aquel cuaderno negro sin título y ver el alma de Ulises capturada en decenas de dibujos.

Entró en su habitación, cerrando la puerta a la tormenta que rugía fuera, porque la que se había desatado en su interior ya era imparable.

CAPÍTULO 22

El mundo se apagó en un instante.

Villa Penélope estaba iluminada por las lámparas doradas que mantenían la oscuridad de la tormenta a raya, hasta que un trueno colosal sacudió los cimientos de la mansión y todas las luces parpadearon una vez, dos veces, y después murieron.

La oscuridad que siguió fue total, porque no había electricidad, ni luna, ni estrellas.

Aria estaba en su habitación cuando sucedió, poniéndose el pijama. Se quedó inmóvil en la oscuridad, con la camiseta a medio camino y el corazón latiendo un poco más rápido de lo normal.

«Genial —pensó, tirando de la camiseta hacia abajo a ciegas—. Tenemos un apagón.»

Esperó un momento, pensando que tal vez los generadores de emergencia se activarían automáticamente. Las casas como Villa Penélope siempre tenían generadores de respaldo, ¿verdad? Era prácticamente un requisito para las mansiones de gente rica. O no.

Pero los segundos pasaron y la oscuridad permaneció impenetrable.

—Me parece que no hay generadores de emergencia —dijo, empezando a moverse despacio hacia donde estaba la puerta.

Se golpeó el dedo meñique del pie contra la pata de la cama.

—¡Ay! Mierda, mierda, mierda... —susurró, saltando sobre un pie mientras se agarraba el otro, como si eso fuera a ayudar en algo—. Me he jodido el dedo pequeño del pie —dijo—. ¿Para qué sirve este puñetero dedo excepto para encontrarse todas las esquinas de los muebles?

A trompicones, llegó a la puerta, la abrió, y salió al pasillo, que estaba igual de oscuro que la habitación. Los relámpagos eran la única fuente de luz.

De pronto, escuchó un grito abajo.

No era un grito de terror exactamente, más bien un grito de sobresalto, pero fue suficiente para poner a Aria en movimiento. Katerina.

Bajó las escaleras tan rápido como pudo en la oscuridad, con una mano firmemente agarrada a la barandilla y contando los escalones mentalmente porque la alternativa era caerse de cabeza y acabar con todos los dientes rotos.

—¿Katerina? —llamó cuando llegó al final de las escaleras—. ¿Estás bien?

Otro relámpago iluminó el salón, y Aria vio a Katerina sentada muy tiesa en el sofá, con las manos agarrando el reposabrazos con fuerza.

—Estoy bien, cariño —dijo ella, pero su voz temblaba ligeramente—. Es solo que... no me gustan las tormentas. Especialmente cuando la oscuridad las acompaña.

Aria se apresuró a ir a su lado, guiándose por los estallidos ocasionales de luz de los relámpagos. Se sentó junto a Katerina en el sofá y tomó una de sus manos frías entre las suyas.

—Es solo un apagón —dijo con voz suave y tranquilizadora. El tono que se usa con un niño asustado—. Seguramente la tormenta ha derribado algún poste eléctrico o algo así. Volverá en unas horas. ¿Tienes velas en algún lado?

—En la cocina —respondió Katerina. Su voz sonó con un poco más de firmeza—. En el cajón junto al fregadero. Matilde siempre guarda velas ahí para emergencias. Y cerillas también.

—Perfecto. Espera aquí, voy a buscarlas. No te muevas, ¿vale? Lo último que necesitamos es que tropieces con algo en la oscuridad y te caigas. Ya me he sacrificado yo por el equipo esta noche con mi dedo del pie.

Escuchó lo que sonaba como una risa de Katerina.

—Pero ¿estás bien? —preguntó.

—Sí, sí, por esta vez se ha salvado.

Aria navegó hacia la cocina con los brazos extendidos como un zombi, maldiciendo mentalmente cada vez que rozaba algo con los dedos. Una mesa. Una silla. Una pared. Por fin palpó el marco de la puerta de la cocina.

El cajón junto al fregadero fue fácil de encontrar una vez que sus dedos localizaron el propio fregadero. Lo abrió. Dentro, sus manos encontraron una vela grande, luego otra, y finalmente una caja de cerillas.

«Gracias, Matilde, por ser de esa clase de personas que siempre está preparada para el apocalipsis», pensó.

Encendió una cerilla, y la llama deshizo un poco la oscuridad. Después encendió otra de las velas, y el resplandor dorado y parpadeante iluminó ligeramente la cocina.

Fue en ese instante cuando la puerta trasera se abrió de golpe.

Una figura oscura y enorme apareció en el umbral, empapada, chorreando agua, moviéndose hacia el interior con pasos pesados.

El cerebro de Aria hizo varios cálculos en un segundo:

Uno: Había una tormenta apocalíptica fuera.

Dos: Era medianoche.

Tres: Katerina y ella estaban solas en la cima de una colina.

Cuatro: Un desconocido acababa de entrar por la puerta trasera.

Conclusión lógica: Era un INTRUSO.

No pensó. Solo reaccionó.

Sus ojos buscaron frenéticamente un arma. Cualquier cosa. Lo primero que vio fue una bandeja de plástico grande apoyada contra la pared.

La agarró con ambas manos como si fuera una espada.

—¡Fuera de aquí! —gritó con toda la fuerza que pudo reunir, que sinceramente no era mucha, pero tenía que intentarlo.

La figura se giró hacia ella, sorprendida, levantando una mano...

Y Aria la golpeó con la bandeja de plástico.

Directamente en la cabeza.

El sonido fue de risa, como golpear un tambor pequeño y barato. La bandeja de plástico era ligera y no estaba diseñada para tumbar a ladrones.

Pero el elemento sorpresa estaba de su lado.

La figura se tambaleó hacia atrás, más por sorpresa que por dolor, levantando ambos brazos para protegerse de un segundo ataque.

—¡Ay!

Aria se preparó para un segundo golpe, blandiendo la bandeja como un guerrero vikingo.

—¡Fuera de aquí! —repitió.

—¡Pare! ¡Pare!

Y entonces la voz del intruso penetró en su miedo.

—¡Soy yo! ¡Soy Ulises!

Aria se congeló, la bandeja quedó suspendida en el aire a medio camino de otro golpe devastador (bueno, tan devastador como podía ser un golpe de una bandeja de plástico).

—¿Qué?

—Soy Ulises. Su jefe. El nieto de Katerina. El tipo que le paga. ¿Recuerda?

Aria entornó los ojos, tratando de ver.

Efectivamente, allí estaba Ulises Diakos, empapado, formando charcos en el suelo de la cocina, con una expresión de asombro en el rostro.

El horror se apoderó de Aria como una ola fría.

«Oh, no. Oh, no, no, no. Le acabas de pegar a tu jefe. Con una bandeja. En la cabeza.»

—¡Oh, Dios mío! —La bandeja cayó de sus manos al suelo—. ¡Lo siento mucho! ¡Pensé que era un intruso! ¡La tormenta, la oscuridad, la puerta abriéndose así...! ¡Lo siento! ¿Está bien? ¿Le he hecho daño? Por favor, dígame que está bien.

Ulises bajó lentamente la mano de su cabeza, parpadeando hacia ella como si no estuviera del todo seguro de lo que acababa de suceder.

—Estoy... bien. Por suerte la bandeja es de plástico.

—¡Joder ¡Lo siento muchísimo! —Aria se había llevado las manos a la boca—. De verdad que he pensado que era un ladrón o algo así. ¿Quién entra por la puerta trasera en medio de la noche durante una tormenta?

—Alguien que acaba de aterrizar un helicóptero en el helipuerto que está «en la parte trasera de la propiedad» —respondió Ulises, enfatizando las últimas palabras.

—¡No le he oído llegar! ¡La tormenta es muy ruidosa! ¡Y estaba oscuro! ¡Y asustada!

Aria estaba parloteando. Las palabras salían en torrente de su boca mientras daba vueltas alrededor de él, tratando de evaluar si le había causado algún daño.

—De verdad, lo siento tanto. ¿Necesita hielo? ¿Un médico? ¿Llamo a alguien? ¿Está sangrando? Por favor, dígame que no está sangrando.

—No estoy sangrando. Señorita Shaw, pare. Respire —habló Ulises.

Pero Aria no podía parar. El horror de haber golpeado a su jefe, a Ulises Diakos, multimillonario y probablemente la persona más intimidante que había conocido en su vida, con una bandeja de servir limonada era demasiado.

—Puede despedirme si quiere. Lo entendería. Agredir a tu jefe es probablemente causa de despido inmediato. Seguro que hay cláusulas en mi contrato sobre no golpearlo con objetos de cocina...

—Señorita Shaw.

—... aunque técnicamente ha sido en defensa propia porque he pensado que era un intruso, pero tal vez eso no cuenta legalmente. ¿Cuenta legalmente? No sé las leyes griegas sobre...

—¡SEÑORITA SHAW!

La voz de Ulises cortó su monólogo. No era fuerte, pero tenía autoridad suficiente para hacerla cerrar la boca de golpe.

Se miraron el uno al otro bajo la luz parpadeante de las velas. Él estaba empapado, goteando agua por todas partes, con el pelo pegado a la frente. Ella estaba en pijama, con los ojos enormes llenos de vergüenza y disculpa.

Pero Ulises dijo algo completamente inesperado.

—Al menos sé que defendería bien a mi abuela si entrara un ladrón de verdad en la casa.

Lo dijo serio. Con la misma expresión grave que usaría para discutir los términos de una negociación.

Pero había algo en sus ojos. Un brillo quizá divertido. Aria no lo distinguía bien.

Aria sintió una risa burbujear en el interior de su pecho. Una risa histérica, nacida del alivio y de la cómica situación. Trató de contenerla, mordiéndose el labio con fuerza, llevándose la mano a la boca para ahogarla.

No funcionó.

Un sonido escapó, algo entre un resoplido y un chillido sofocado.

—Lo siento —logró decir detrás de la mano—. No es gracioso. No debería reírme. Es inapropiado...

Pero cuanto más trataba de contenerlo, peor se ponía. Sus hombros empezaron a temblar. Sus ojos se llenaron de lágrimas de risa.

—Aunque... tiene que admitir... —Dio otro resoplido sofocado— ...que la imagen... de mí... defendiendo la casa... con una bandeja de plástico…

Ulises la miraba con una expresión que era difícil de descifrar a la luz de las velas. Tal vez era confusión. O incredulidad.

Pero entonces las comisuras de su boca empezaron a curvarse hacia arriba.

Un poco. Tan leve, que Aria pensó que quizá fueran imaginaciones suyas.

—Ha sido una forma de defenderse... original —dijo Ulises, y su voz tenía un deje extraño, como si también estuviera tratando de no reírse.

—¡Iba a golpearlo otra vez! —Aria había perdido completamente la batalla contra la risa—. ¡Estaba preparándome para un segundo

ataque! ¡Como si una bandeja de plástico fuera a detener a un ladrón!

—Podría haberlo detenido —dijo Ulises, y había una nota de diversión en su voz—. Nunca se sabe.

Aria estalló en carcajadas. De esas carcajadas que no puedes controlar, aunque tu vida dependa de ello. Y aquí casi era así.

Ulises también empezó a reír. Inevitablemente.

No fue una risa grande y ruidosa. Fueron una serie de exhalaciones entrecortadas, que casi parecían una risa real.

Pero era risa.

—Su cara… —logró decir Aria—… cuando la bandeja le ha golpeado. Era como... como si...

—¿Como si no pudiera creer que la cuidadora de mi abuela me estuviera atacando con menaje del hogar? —completó Ulises, y había humor en su tono de voz—. Joder, nadie me ha golpeado nunca con una bandeja.

—¡Lo siento! —Aria se limpió las lágrimas de los ojos—. De verdad, estoy tan...

—Pare de disculparse. Ya lo ha hecho muchas veces. Y pensándolo bien, tenía razón en atacar. Podría haber sido un intruso.

—Entendería si me despide —dijo Aria.

—Tranquila, no tengo intención de despedirla —dijo Ulises—. Pero todos los objetos de cocina deberían mantenerse fuera de su alcance. No me quiero imaginar qué haría con un… pelador de patatas.

—Eso es... justo.

Se miraron el uno al otro, y durante unos segundos, el aire entre ellos se cargó con algo que Aria no podía nombrar. No era tensión. Era más como... conexión. Complicidad.

—¡Ulises! —La voz de Katerina llegó desde el salón, interrumpiendo el momento—. ¿Eres tú? ¿Qué ha sido ese ruido?

Ulises y Aria intercambiaron una última mirada.

—¿Le decimos que su cuidadora ha atacado a su nieto con una bandeja de plástico? —dijo Aria.

—Preferiría mantener algo de dignidad, si no le importa —bromeó Ulises.

—Vale.

Ulises echó a andar, dirigiéndose al salón.

Aria lo siguió, recogiendo las velas que había dejado en la mesa. Una sonrisilla burbujeaba todavía en sus labios. Había atacado a Ulises Diakos con una bandeja de plástico. ¡Dios!

Cuando entraron en el salón, Katerina se puso de pie, con las manos en las caderas.

—¿Qué ha pasado? He oído gritos. Y risas. Y algo que ha sonado como... ¿un tambor?

Ulises abrió la boca para responder, pero Aria se le adelantó.

—Su nieto ha entrado por la puerta trasera en medio de la oscuridad y he pensado que era un ladrón, así que le he golpeado con una bandeja de plástico. En la cabeza. —Aria se sentía avergonzada.

Hubo un momento de silencio absoluto.

Katerina miró a ambos, a Ulises empapado e ileso, a Aria mortificada, pero todavía luchando contra la risilla que escapaba de sus labios.

Katerina no pudo evitar echarse a reír.

—¡Oh, Dios! —logró decir—. Mi poderoso nieto golpeado con una bandeja.

—Yiayá... —comenzó Ulises, en un tono de advertencia.

—¡Y lo mejor es que te lo mereces! —dijo Katerina—. Entrando así sin anunciarte, asustando a la pobre chica... ¿Qué esperabas que hiciera?

—Esperaba que reconociera el sonido del helicóptero y dedujera que era yo —respondió Ulises.

—¿En medio de una tormenta? ¿Con truenos que suenan como si se estuviera derrumbando la isla? —Katerina sacudió la cabeza, todavía riendo—. Aria, cariño, estoy orgullosa de ti. Muy pocas personas se atreverían a atacar a mi nieto, y mucho menos a tener éxito en tal hazaña.

—No ha tenido éxito —murmuró Ulises—. Ni siquiera me ha dolido.

—Bueno, eso es lo que dices tú, pero el golpe te le has llevado —dijo Katerina.

Aria observaba la conversación entre abuela y nieto, todavía procesando el hecho de que Ulises no la había despedido y de que Katerina parecía encontrar toda la situación muy divertida.

Ulises se pasó una mano por la cara, y cuando la bajó, había resignación en su expresión.

—¿Podemos acordar los tres no mencionar esto de nuevo nunca más? —dijo.

—Por supuesto que no —respondió Katerina inmediatamente—. Esto va directamente a mi colección de historias favoritas sobre ti. Delante de esa cuando tenías siete años y trataste de rescatar a un gatito del árbol y terminaste atascado tú mismo y el gatito bajó solo.

—Yiayá, pero ¿qué te pasa?

—Y cuando tenías doce y decidiste que podías arreglar el motor del viejo coche y terminaste cubierto de aceite de motor de la cabeza a los pies...

—Por favor, para —le pidió Ulises.

—¡Oh! Y cuando tenías trece y...

—Abuela —la cortó Ulises con voz ya seria—. ¿Estás bien?

—Perfectamente bien, cariño —respondió Katerina, caminando hacia él con los brazos extendidos—. Aunque estás mojando el suelo. Pero, ¿no podrías haber esperado a que amainara la tormenta como una persona normal?

—No, y menos cuando hay un apagón en la isla —replicó Ulises. Se inclinó para besarla en ambas mejillas.

Luego sus ojos se dirigieron a Aria, y ella sintió el peso de su mirada.

—Señorita Shaw, ¿mi abuela ha tomado sus vitaminas esta noche?

—Sí —respondió.

—¿Y sus medicinas? Toma tres diferentes. Una azul, una rosa y una blanca.

—Las tres. Después de la cena. Como todos los días —contestó Aria, armándose de paciencia.

—¿Qué ha cenado? ¿Algo sustancial o algo ligero?

—*Moussaka* que Matilde ha dejado preparada. Se ha comido casi todo el plato. Yo lo he supervisado personalmente.

—¿Ha bebido suficiente agua? Se deshidrata fácilmente —continuó Ulises.

—Dos vasos durante la cena. Otro hace un rato.

—¿Algún síntoma extraño? ¿Dolor de cabeza? ¿Mareos? ¿Presión en el pecho?

—Ninguno. Está bien, señor Diakos. De verdad.

Katerina los observaba con una expresión divertida en el rostro.

—¿Habéis terminado de hablar de mí como si fuera una niña pequeña o un experimento científico? Porque estoy justo aquí, puedes preguntarme directamente a mí, Ulises. No estoy senil.

Ulises tuvo la decencia de parecer ligeramente avergonzado.

—Lo siento, abuela. Pero tengo que asegurarme de que todo está bien.

—Podrías haberte asegurado por teléfono sin arriesgar tu cuello volando en medio de una tormenta como la que está sacudiendo Ítaca esta noche —señaló Katerina—. Pero aprecio el gesto —añadió —. Gracias por venir.

Ulises asintió.

—Voy a cambiarme —murmuró—. Tengo ropa seca en mi habitación.

Desapareció escaleras arriba, dejando un rastro de gotas de agua como migas de pan.

Katerina se giró hacia Aria con ojos brillantes.

—Nunca está tranquilo cuando hay tormenta. Incluso si le pilla fuera de Atenas, si hay tormenta y yo estoy aquí sola, encuentra la manera de venir.

Aria sacudió la cabeza.

—Es un milagro que haya sobrevivido hasta la edad adulta con esa falta de sentido común —bromeó.

—Sí, yo a veces también lo pienso —dijo Katerina, sonriendo.

CAPÍTULO 23

Ulises reapareció unos minutos después, vestido con pantalones de chándal grises y una camiseta negra de manga corta que dejaba ver sus brazos. Su pelo todavía estaba húmedo, pero al menos no goteaba.

Se veía... diferente.

Más joven, de alguna manera. Más accesible. Sin el traje ejecutivo, sin la gomina manteniendo cada pelo en su lugar, parecía casi... normal.

«Que guapo —susurró el cerebro traidor de Aria—. Cállate —le ordenó mentalmente ella.»

—Bueno —dijo Ulises, mirando alrededor de la habitación iluminada por las velas—. Supongo que la electricidad no va a volver pronto. ¿Tienes más velas, abuela?

—Sí, en el mismo cajón de donde Aria ha sacado estas. Hay una docena más o menos.

—Bien. ¿Y las linternas? Deberías tener linternas con pilas nuevas en cada habitación. Te lo he dicho durante años.

—Y yo te he ignorado durante años —replicó Katerina—. Las velas son más románticas.

Ulises abrió la boca, seguro que para lanzarse un argumento contradiciendo lo que Katerina había dicho, pero ella lo interrumpió.

—La noche va a ser larga. ¿Sabéis qué podríamos hacer? Podríamos jugar a las cartas. Como en los viejos tiempos —sugirió.

—Yiayá, es tarde. Deberías estar en la cama... —protestó Ulises.

—Es tarde, hay una tormenta, no hay electricidad, y mi nieto ha volado heroicamente a través del mal tiempo para asegurarse de que no me he muerto. —Katerina desplegó una sonrisa en los labios —. Esto requiere una celebración. Vamos a jugar una partida de Prefa. Aria, ¿conoces el Prefa?

Aria asintió. Prefa era un juego de cartas griego popular, un poco como el *bridge,* pero más simple. Su *yiayá* Calíope solía jugar con sus amigas todos los domingos por la tarde.

—Lo conozco. Aunque debo confesar que mi *yiayá* decía que yo tenía la suerte de principiante, porque siempre ganaba.

—Perfecto —dijo Katerina, que ya se dirigía al aparador donde guardaba las cartas—. Ulises, deja de poner esa cara de que te están obligando a ir al dentista. Vamos a jugar y va a gustarte lo quieras o no.

—No pongo ninguna cara —protestó Ulises, pero efectivamente estaba poniendo cara. Una cara que decía claramente «preferiría estar revisando informes» (o dejándose aplastar por una manada de elefantes).

Katerina sacó una baraja de cartas desgastada por el uso, se sentó a la mesa en su sillón favorito y comenzó a barajar. Ulises y Aria se acomodaron uno frente a otro, con suficiente distancia entre ellos para no tocarse, pero lo suficientemente cerca para que Aria pudiera oler su colonia, ese algo fresco y ligeramente amaderado que ponía sus sentidos en alerta.

«Concéntrate en las cartas —se ordenó a sí misma—. Las cartas no tienen penetrantes ojos verdes ni sonrisas que provocan cosas extrañas en tu ritmo cardíaco.»

Katerina repartió las cartas.

—Prefa clásico. Primera mano es de práctica. A partir de la segunda, contamos puntos —dijo.

Aria recogió sus cartas y las organizó por palos. No era una mano terrible, un par de ases, algunas figuras altas. Podría hacer algo con ellas.

Jugaron la primera mano en silencio, interrumpido solo por el sonido de las cartas sobre la mesa, la lluvia golpeando las ventanas, y los truenos ocasionales que hacían vibrar los cristales.

Ulises jugó con la precisión que Aria esperaba de él, como si estuviera haciendo un examen.

Katerina jugaba con astucia, haciendo movimientos que parecían arriesgados, pero que de alguna manera siempre funcionaban.

Aria jugaba con una combinación de estrategia y la voluntad de arriesgarse. Y, tal como había advertido, parecía tener la suerte de principiante de su lado.

Ganó la primera mano.

—Principiante con suerte —murmuró Ulises, pero había un brillo en sus ojos. ¿Tal vez diversión? ¿Tal vez interés? Era difícil de identificar solo con el resplandor parpadeante de las velas.

—No seas mal perdedor, cariño —dijo Katerina—. Aria es buena. Admítelo.

—Una mano no significa nada —respondió Ulises, barajando para la siguiente ronda—. Es una muestra estadísticamente insignificante.

«Oh, Dios —pensó Aria, mordiéndose el interior de la mejilla para no reírse—. Está molesto. A Ulises Diakos no le gusta perder.»

Jugaron otra mano. Aria ganó de nuevo.

La mandíbula de Ulises se tensó ligeramente. Era apenas perceptible, pero Aria lo notó.

«Sí, definitivamente está molesto», se dijo con cierto deleite interior.

—Dos de dos —anunció Katerina—. Aria, creo que mi nieto te ha subestimado.

—No la he subestimado —dijo Ulises. Su tono era un poco más tenso de lo normal—. Solo estoy... ajustando mi estrategia.

«Traducción: está perdiendo y él odia perder y está tratando de sonar despreocupado en lugar de admitir que le molesta», pensó Aria, escondiendo una sonrisa detrás de la mano.

Le gustaba poner contra las cuerdas a Ulises Diakos, hacerle rabiar un poco. No podía evitarlo.

La tercera mano fue más reñida. Ulises ajustó su estrategia, tentando a la suerte y tomando riesgos que normalmente no tomaría. Pero Aria se mantuvo firme en su forma de jugar, y al final...

—Y son tres —dijo, colocando su última carta con un pequeño gesto de triunfo.

Ulises dejó caer sus cartas en la mesa con un suspiro de exasperación.

—Las cartas están claramente en tu contra esta noche —comentó Katerina, pero su sonrisa sugería que estaba disfrutando mucho viendo a su nieto, siempre perfecto e impasible, perder ante Aria.

—Las cartas son aleatorias —respondió Ulises—. No están «a favor» ni «en contra» de nadie. Es solo probabilidad y...

Se detuvo porque Aria había hecho un pequeño sonido sofocado. Cuando la miró, estaba presionando la mano contra su boca, sus ojos brillaban tratando de contener la risa, como cuando le había atizado con la bandeja de plástico, y sus hombros temblaban ligeramente.

—¿Qué? —preguntó, desconcertado.

—Nada —consiguió decir Aria. Su voz se escuchaba amortiguada detrás de la mano—. Es solo que... usted es tan de «probabilidad y...» —Imitó su tono serio, y luego perdió completamente la compostura, riéndose abiertamente.

Katerina se unió a su risa, y su carcajeo llenó el salón.

Ulises las miró como si hubieran perdido la cabeza.

—No veo qué es tan gracioso.

—Precisamente eso —dijo Katerina entre risas—. Cariño, eres brillante, pero necesitas aprender a perder a las cartas sin convertirlo en un análisis estadístico.

—No estoy... no estoy convirtiéndolo… —comenzó Ulises, pero luego se detuvo, pasándose una mano por los mechones de pelo en un gesto de frustración que lo hacía verse sorprendentemente joven —. Está bien. Vale. Tal vez soy un poco competitivo.

—¿Un poco? —Aria había recuperado la compostura para hablar, aunque todavía sonreía—. Le he visto haciendo cálculos mentales durante el juego.

—El Prefa es un juego de estrategia —argumentó Ulises—. Se supone que debes pensar.

—Se supone que debes divertirte —lo contradijo Katerina—. Pensar es opcional. Divertirse es obligatorio.

Ulises abrió la boca para argumentar, luego pareció pensarlo mejor y simplemente sacudió la cabeza.

—Lo que vosotras digáis —dijo, pero su tono era distendido, lejos de la habitual seriedad con la que solía hablar.

Jugaron varias manos más. Ulises ganó la siguiente, y se veía tan satisfecho consigo mismo que Aria tuvo que apretar los labios para no burlarse de él. No podía olvidarse de que era su jefe.

Katerina ganó la que siguió, tirándose un farol magistral que engañó a ambos completamente.

—Todavía se te da bien, abuela —dijo Ulises, y había un viso de orgullo en su voz.

—Llevo jugando Prefa desde antes de que tu padre naciera —respondió Katerina—. Vosotros sois unos aprendices comparados conmigo.

CAPÍTULO 24

Alrededor de la medianoche, después de otra mano que Aria ganó con una combinación de suerte y buena estrategia, Katerina se quedó dormida con la cabeza apoyada en el reposacabezas del sillón. Bueno, en realidad hay que decir que se hizo la dormida con la intención de que Ulises y Aria se quedaran «solos». Katerina tenía sus tretas.

Ulises recogió las cartas y las barajó.

—¿Una mano más? —preguntó, con la voz baja para no «despertar» a Katerina.

—Claro —respondió Aria, también con la voz baja—. Pero esta vez, hagámoslo interesante.

Una ceja oscura de Ulises se arqueó con una pregunta silenciosa.

—¿Cómo?

—Apostemos algo. El ganador... —Aria pensó unos segundos—. El ganador puede pedirle al perdedor que haga algo. Cualquier cosa. Dentro de lo razonable, por supuesto.

Ulises la estudió a través de la luz parpadeante de las velas. La expresión de sus ojos verdes era imposible de leer.

—Define «razonable» —dijo.

—Nada ilegal ni peligroso. —Sonrió Aria—. Nada que viole contratos laborales o límites personales. Pero más allá de eso... —Se encogió de hombros—. El ganador decide.

Hubo un momento de silencio mientras Ulises consideraba la propuesta. Finalmente, asintió.

—De acuerdo. Pero cuando gane yo, espero que cumpla sin quejarse —aseveró.

—Cuando gane —repitió Aria—. Admiro su confianza. Ha ganado una de seis manos esta noche. Las estadísticas no están precisamente de su lado.

La mirada de Ulises brilló con algo que podría haber sido diversión o podría haber sido desafío.

—Las muestras pasadas no predicen necesariamente los resultados futuros. Esta es una nueva mano. Es decir, nuevas probabilidades.

—A ver si dice lo mismo cuando pierda —se atrevió a retarlo Aria.

Durante un momento, Ulises se quedó mirándola, y Aria se preguntó si había ido demasiado lejos. Era su jefe. No debería estar burlándose de él, ni apostando, ni desafiándolo a juegos de cartas a medianoche en un salón iluminado por velas...

Sin embargo, Ulises rio.

No fue una risa grande ni ruidosa, fue una especie de exhalación suave, acompañada de ese movimiento hacia arriba de las comisuras de la boca que podía interpretarse como un gesto de resignación.

—Pocas personas se atreverían a decirme algo así —comentó Ulises.

Aria apretó los labios. Estaba segura de ello.

Mientras tanto, Katerina abrió ligeramente uno de los ojos. Vio la escena, medio sonrió, y volvió a cerrarlo. La cosa pintaba bien.

—Reparta las cartas —dijo Aria, tratando de sonar casual, aunque su corazón daba volteretas en el interior de su pecho. ¿Cómo podía causar ese efecto Ulises Diakos en ella?

Él repartió.

Aria recogió su mano y evaluó las cartas que tenía. No eran buenas, pero tampoco terribles. Tendría que jugar de forma inteligente.

La mano fue tensa desde el primer momento. Ulises jugaba con su característica concentración, pero había algo más, una intensidad que iba más allá de su habitual competitividad. Aria respondía pensando cuidadosamente cada movimiento, tratando de leer sus intenciones en las pequeñas expresiones que ocasionalmente cruzaban su rostro.

En la silla, Katerina permanecía inmóvil, con los ojos cerrados, respirando de manera regular, interpretando su papel. Desde luego era una actriz excepcional.

La mano se reducía, carta por carta, hasta que solo quedaron unas pocas.

Aria jugó un rey. Ulises la cubrió con un as. Aria respondió con su última figura alta.

Ulises colocó su carta final, y Aria hizo lo mismo.

Contaron los puntos en silencio.

Aria había ganado. Solo por tres puntos de más, pero había ganado. ¡No se lo podía creer!

Ulises se recostó en el respaldo de la silla, sacudiendo la cabeza con un gesto que podría ser resignación o respeto.

—Suerte de principiante… —murmuró, pero no había enfado en su tono. Solo una especie de asombro.

—O tal vez es que soy mejor que usted jugando a las cartas —replicó Aria, incapaz de resistir el impulso de picarlo un poco más.

—No tiente a su suerte, señorita Shaw.

—¿O qué? ¿Me va a despedir? Acaba de perder una apuesta. Técnicamente, ahora me debe un favor. Creo que eso me da cierta inmunidad temporal.

Ulises la miró, y había algo en sus ojos que Aria no podía identificar del todo. Algo cálido y complejo. Algo que le resultaba peligroso por lo que le hacía sentir.

—Sí, ha ganado —dijo Ulises. Su voz sonó baja y suave en el salón iluminado por las velas—. Dígame qué quiere.

Aria abrió la boca para responder, pero se detuvo.

Era una buena pregunta.

¿Qué quería?

Podía pedirle algo laboral. Un aumento. Algún día libre de más.

Podía pedirle algo personal, pero que no supusiera un problema. Que no fuera tan gruñón. Que dijera «por favor» y «gracias» más a menudo. Que sonriera más.

O podría pedirle algo más... profundo.

Algo que le dejara ver a la persona que había bajo todas las capas de control y defensa que lo rodeaban.

—Quiero —comenzó lentamente— que me enseñe sus dibujos. Los cuadernos que guarda en el estudio del segundo piso. Quiero que me los enseñe usted mismo y que me hable de ellos.

La expresión de Ulises cambió de golpe.

El calor en sus ojos se evaporó, y algo frío y defensivo apareció. Su cuerpo se tensó, y los hombros se le pusieron rígidos.

Aria sabía que aquella petición era arriesgada. Demasiado arriesgada. Estaba entrando en terreno pantanoso, pero tenía que intentarlo. Joder, se moría de ganas de conocer esa parte de Ulises Diakos. Esa parte tan desconocida y sensible.

—¿De qué habla? —preguntó él.

—Sabe de lo que hablo —aseveró Aria con suavidad—. He visto los cuadernos. Esta noche, cuando he ido a guardar el álbum de fotos de su abuela. Estaban en el escritorio. Y sí, he mirado un par de ellos. No debería haberlo hecho, lo sé, ha sido una invasión de su privacidad y lo siento. Pero he visto suficiente para saber que tiene un talento increíble. Y creo que... creo que sería bueno para usted compartirlo. Aunque sea solo con una persona.

El silencio que cayó en el salón fue tan denso que Aria casi hubiera podido tocarlo con las manos. Apretó los labios hasta formar una línea. Habían empezado con un inocente juego de cartas, pero de pronto se estaba jugando su puesto de trabajo. Así, tal cual.

Ulises la miraba con una expresión que era parte asombro, parte enfado, parte algo más profundo y doloroso para lo que Aria no tenía nombre.

—No tenía ningún derecho a husmear en mis cosas —dijo finalmente, en un tono engañosamente tranquilo.

—Lo sé. Y lo siento de verdad. —Aria habló con el corazón en la mano—. Pero no voy a retractarme de lo que vi o de lo que pienso sobre ello. —Cogió aire—. Es usted brillante. No solo en los negocios. No solo en transacciones empresariales y negociaciones. También en el arte. Y está enterrando esa parte de sí mismo en una habitación oscura y olvidada donde nadie puede verla.

—Hay una razón para ello —dijo Ulises.

—Estoy segura de que la hay. Y si quiere contarme esa razón, si quiere hablar sobre por qué guardó todo... yo lo escucharé —se atrevió a decir Aria, consciente de que aquel momento era decisivo —. Sin juzgar. Solo... escuchando.

Hubo otro silencio largo.

Fuera, la tormenta había comenzado a amainar, la lluvia golpeaba las ventanas de una forma constante. Los truenos eran

menos frecuentes, más distantes.

Ulises volvió a hablar.

—Dijo una cosa razonable. Dentro de los límites.

—Sí.

—Esto no es razonable.

Aria decidió presionar un poco más. Estaba tensando la cuerda, quizá demasiado, pero tenía que correr el riesgo.

—Ha dicho que cumpliría si perdía —dijo—. Y supongo que es un hombre de palabra.

Ulises cerró los ojos unos instantes. Su mandíbula se movía como si estuviera masticando las palabras que quería decir y descubriendo que sabían amargas.

Cuando abrió los párpados de nuevo, había resignación en su mirada.

—Mañana —dijo—. Después del desayuno.

A Aria se le iluminó el rostro, aunque trató de disimular su alegría. Aquello no era fácil para Ulises. Lo sabía.

—Gracias —dijo Aria en tono dulce.

—No me agradezca nada. Es el pago de una apuesta —contestó Ulises.

Se miraron a través del resplandor de color ámbar de las velas.

En su silla, Katerina finalmente «despertó», parpadeando un par de veces.

—Oh, cielos —dijo, con un bostezo—. Me he quedado dormida, ¿verdad? Los años ya pesan… —Miró a uno y a otro—. ¿Quién ha ganado la última mano?

—Aria —respondió Ulises. Su voz sonaba de nuevo normal, como si la conversación anterior nunca hubiera ocurrido—. Como todas las

otras.

—Bien —dijo Katerina, sonriendo a Aria con un orgullo que parecía desproporcionado por ganar simplemente a las cartas.

Luego sus ojos se movieron brevemente a Ulises, y después de vuelta a Aria, y su sonrisa se profundizó.

Y Aria pensó si Katerina no había estado despierta todo el tiempo. Si lo de quedarse dormida no había sido un teatro.

No le importó. Porque por la mañana, Ulises Diakos iba a abrir una puerta que había mantenido cerrada durante años.

CAPÍTULO 25

La mañana siguiente amaneció con esa claridad que solo el Mediterráneo sabe exhibir después de una tormenta. El cielo, sin rastro de nubes grises, era de un azul tan intenso que parecía recién pintado, y el sol brillaba sobre el mar Jónico convirtiéndolo en un inmenso tapiz de diamantes líquidos.

El aire olía a tierra mojada, a ozono, a hierba y a salitre, una combinación que invitaba a respirar hondo y a creer que todo en el mundo era posible.

En la terraza trasera de Villa Penélope, bajo la sombra protectora de la pérgola de buganvillas que habían sobrevivido al vendaval de la noche, Katerina estaba sentada en su sillón de mimbre. Llevaba una bata de seda de un vibrante color esmeralda que contrastaba con su pelo blanco, y lucía una sonrisa tan amplia, tan innegablemente satisfecha, que iluminaba su rostro más que el propio sol de la mañana.

Las puertas de cristal se abrieron con un suave deslizamiento y Matilde apareció empujando el carrito del desayuno. El aroma a café recién hecho, a tostadas, a mantequilla, a mermelada de higos y a yogur griego inundó la terraza.

Matilde aparcó el carrito junto a la mesa de hierro forjado y comenzó a colocar los platos con su habitual eficiencia. Sin embargo, no tardó ni cinco segundos en notar la expresión de Katerina.

Matilde se detuvo, con la jarrita de la leche suspendida en el aire, y entrecerró los ojos.

—Tienes cara de haber atracado el Banco de Grecia, haber salido impune y, además, haberte llevado los lingotes de oro en el bolso —aseveró Matilde, apoyando la mano libre en su cadera cubierta por el delantal—. ¿Qué has hecho, Katerina?

Katerina soltó una pequeña carcajada, de esas que borbotean desde el estómago hasta la garganta y son imposibles de fingir. Y de evitar.

—Ay, mi querida Matilde. He hecho algo mucho mejor que robar un banco. He sido la arquitecta del destino. He movido los hilos del universo con la precisión de un Dios del Olimpo —dijo con voz grandilocuente.

Matilde puso los ojos en blanco, aunque una sonrisa curiosa ya asomaba a sus labios. Alargó el brazo y sirvió el café en la taza de porcelana de Katerina con cuidado.

—Déjate de mitología y ve al grano. ¿Qué pasó anoche? He visto que el helicóptero está aparcado en el helipuerto. Supongo que Ulises vino a verte.

—Vino a asegurarse de que estaba bien, sí. Sabe el miedo que me dan las tormentas —confirmó Katerina, dándole un sorbo a su café y cerrando los ojos con deleite—. Pero lo que pasó después... Ay, Matilde, siéntate —dijo, cambiando el tono de voz a uno más ligero—. Tienes que escuchar esto. Es cotilleo de primera calidad.

Matilde no se lo pensó dos veces.

¿Había dicho cotilleo?

Arrastró una de las sillas y se sentó frente a Katerina, inclinándose hacia delante todo lo que el cuerpo le permitía para enterarse de lo que parecía ser el mejor chisme del año.

—Te escucho —dijo.

Katerina se acomodó en su sillón, saboreando el momento como si fuera a meterse en la boca un trozo de su tarta favorita.

—Bueno, para empezar, cuando Ulises entró por la puerta trasera a oscuras, nuestra dulce y educada Aria pensó que era un ladrón. Así que hizo lo que cualquier heroína moderna haría. Agarró una bandeja de plástico de la cocina y le atizó en la cabeza con todas sus fuerzas.

Matilde abrió la boca, horrorizada y maravillada a partes iguales. Se llevó una mano al pecho.

—¡No me lo puedo creer! ¡Le pegó a Ulises! —exclamó—. ¿Y él qué hizo? ¿La despidió en el acto? ¿Llamó a la policía?

—Esa es la mejor parte —Katerina dio una palmada en la mesa, haciendo tintinear la cucharilla en el plato—. ¡Se echaron a reír! Los dos. A carcajadas. Ulises estaba empapado, Aria estaba en pijama y muerta de vergüenza, y terminaron riéndose juntos en medio de la cocina a la luz de las velas. Cuando llegaron al salón, parecían dos adolescentes que acababan de hacer una travesura.

—Dios santo... —murmuró Matilde, procesando la imagen del estricto y gélido Ulises riéndose a carcajadas tras ser agredido con una bandeja de plástico—. Eso es un milagro. Deberían canonizar a Aria. Esa proeza no la consigue nadie —bromeó.

—Pero espera, que hay más. —Katerina se inclinó hacia delante, bajando la voz hasta convertirla en un susurro de conspiración—. Después de eso, nos sentamos a jugar al Prefa a la luz de las velas.

—Espera, ¿cómo conseguiste que Ulises jugara a las cartas? —preguntó Matilde.

Katerina movió una mano en el aire.

—Apelé a los viejos tiempos y a que soy una mujer mayor llena de recuerdos y nostalgia. Y a que la noche iba a ser muy larga.

Matilde sacudió la cabeza.

—Oh, por favor… —masculló.

Katerina continuó con su relato.

—El caso es que Aria le dio una paliza monumental. Le ganó casi todas las manos. Ulises estaba que se subía por las paredes, intentando disimular lo mucho que le molestaba perder, haciendo sus absurdos cálculos mentales para ver si podía ganar. Y entonces... yo decidí que era el momento de actuar.

Matilde frunció el ceño.

—¿De actuar? —repitió, sin saber muy bien qué pensar.

Katerina hizo un ademán afirmativo con la cabeza.

—Sí, de actuar.

—¿Qué hiciste? —preguntó Matilde, con los ojos como platos.

—Fingí estar dormida —confesó Katerina, con un orgullo descarado—. Cerré los ojos, dejé caer la cabeza hacia un lado del sillón y empecé a respirar de forma profunda y acompasada. Una actuación digna de un Óscar, te lo aseguro. Todo para que Ulises y Aria se quedaran a solas.

Matilde soltó una carcajada, negando con la cabeza.

—Eres incorregible, Katerina. ¡Fingir dormir! —Hizo un aspaviento con las manos—. ¿Y funcionó?

—Vaya si funcionó. Se quedaron a solas, hablando en voz baja para no «despertarme» —Katerina hizo el gesto de las comillas con los dedos—. Y entonces, en la última mano, Aria le propuso apostarse algo. El ganador podría pedirle al perdedor cualquier cosa.

Matilde contuvo la respiración. Conocía a Ulises. Sabía lo competitivo que era y lo mucho que odiaba perder el control de cualquier situación. Incluso el de un simple juego de cartas.

—Dime que Aria ganó —dijo casi con anhelo.

—Por supuesto que ganó. Esa chica tiene una suerte con las cartas que no es normal, o tal vez es que Ulises estaba demasiado distraído mirándola como para concentrarse en el juego. A mí no se me escapó la manera en que la miraba —observó Katerina—. El caso es que Aria ganó. Y no te imaginas lo que le pidió...

Katerina hizo una pausa teatral, tomando una de las tostadas del plato y untándole mermelada con una lentitud que a Matilde le resultó exasperante.

—¡Por el amor de Dios, Katerina, dímelo ya o te quito el café! —la amenazó.

Katerina sonrió, relamiéndose los labios.

—Le pidió que le enseñara sus dibujos —respondió—. Los cuadernos que guarda en el estudio del segundo piso. Le dijo que los había visto, que sabía el talento que tenía, y le pidió que se los enseñara él mismo y que le hablara de ellos.

El silencio cayó sobre la terraza, tan profundo que se escuchó el zumbido de una abeja que revoloteaba a su alrededor.

Matilde se quedó petrificada, con los ojos muy abiertos, procesando aquella revelación. Sabía de la existencia de los cuadernos. Sabía lo que significaban. Eran la caja fuerte donde Ulises había encerrado su alma, sus sueños rotos, el dolor de su infancia y el talento que había sacrificado por el deber familiar. Era la parte más vulnerable, secreta y complicada de su vida. Nadie, absolutamente nadie, tenía acceso a esos cuadernos, y mucho menos a lo que contenía su interior.

—¿Y accedió? —susurró Matilde, con la voz llena de asombro.

Katerina asintió lentamente, y la burla desapareció de sus ojos.

—Sí, accedió —dijo—. Le costó, por supuesto. Se puso rígido como una tabla y trató de evitarlo diciendo que no sabía de qué le hablaba, pero Aria se mantuvo firme. Esa chica los tiene bien puestos —señaló, alzando las cejas—. Y él... bueno, él tenía que

cumplir su palabra. Le dijo que se los enseñaría hoy, después del desayuno.

Matilde se dejó caer contra el respaldo de la silla, exhalando un suspiro sonoro. Su cabeza daba vueltas. Ulises Diakos, el hombre que no dejaba que nadie viera más allá de su coraza de trajes hechos a medida y hojas de cálculo, iba a abrir su corazón de papel y carboncillo ante una chica que conocía desde hacía apenas unas semanas.

—Es increíble... —murmuró Matilde, llevándose las manos a las mejillas—. Katerina, esto es algo muy grande. Esos dibujos... son su mayor secreto. Para que Ulises haya aceptado enseñárselos a Aria...

—Lo sé —dijo Katerina en tono delicado—. Lo sé perfectamente.

Sí, lo sabía.

—Algo le está haciendo Aria a Ulises —continuó Matilde, y una sonrisa empezó a florecer en su rostro—. Algo muy bueno. Para que él baje sus defensas de esa manera, para que le permita entrar en esa parte tan especial y dolorosa de su vida... —Alzó los ojos y miró a Katerina—. Aria está logrando lo que nadie más ha podido —concluyó.

Katerina asintió, completamente de acuerdo, y extendió la mano por encima de la mesa para apretar la de su amiga. Porque Matilde, por encima de todo, era su amiga, su confidente. Y en aquel asunto, su cómplice.

—Es exactamente lo que te vengo diciendo, Matilde. Aria tiene esa luz, esa autenticidad que lo desarma. Poco a poco, y casi sin darse cuenta, Ulises se va abriendo a ella. Sus murallas de hielo se están derritiendo.

Ambas mujeres se miraron, compartiendo un momento de alegría. Habían visto a Ulises sufrir, lo habían visto endurecerse y aislarse del mundo durante más de dos décadas. Ver aquel pequeño pero enorme rayo de esperanza era como presenciar el primer brote de primavera después de un invierno duro e interminable.

—Nuestros papeles como celestinas están dando muy buenos resultados —dijo Matilde, enderezando la espalda con una sonrisa traviesa en los labios—. Somos unas genias, Katerina. Deberíamos montar una agencia matrimonial.

—No te vengas arriba, que todavía queda mucho trabajo por hacer. Ulises es un hueso duro de roer —le advirtió Katerina, aunque la sonrisa que se dibujaba en sus labios la delataba, no podía evitarlo—. Ulises es como un animal asustado. Si se da cuenta de que estamos orquestando todo esto, saldrá huyendo en dirección contraria y se encerrará en su despacho de Atenas hasta el día del juicio final. Tenemos que seguir siendo sutiles.

—Sutiles como un elefante en una cacharrería, querrás decir —bromeó Matilde, levantándose para recoger la jarrita de leche—. Pero tienes razón. Los dejaremos ir a su ritmo. Ahora, si me disculpas, voy a preparar algo espectacular para la comida. Van a necesitar carbohidratos.

—No estoy muy convencida de que Ulises se quede a comer —dijo Katerina.

—Bueno, habrá que ver si Aria no consigue convencerlo —respondió Matilde. Y le guiñó un ojo a Katerina.

Katerina rio, levantando su taza de café a modo de brindis.

—Entonces, por los carbohidratos, Matilde. Y por amor.

Matilde sonrió.

CAPÍTULO 26

Mientras tanto, en el piso superior, Aria estaba librando su propia batalla frente al espejo del armario.

Había dormido sorprendentemente bien, arrullada por el sonido de la lluvia que finalmente había amainado de madrugada. Pero al despertar, la realidad de lo que iba a suceder aquella mañana le había caído encima como un jarro de agua fría.

Iba a ver los dibujos de Ulises. Con Ulises. ¡Joder!

Un enjambre de mariposas nerviosas había decidido organizar un festival de música electrónica en su estómago. Se había duchado con agua casi fría para intentar despejarse, pero su cerebro seguía funcionando a mil por hora. Sin parar.

—¿Por qué le pediste eso, Aria? —se recriminó a sí misma, sosteniendo una blusa azul contra el torso y mirándose con ojo crítico en el espejo—. Podrías haberle pedido que te subiera el sueldo. Podrías haberle pedido que te dejara usar el helicóptero los fines de semana —bromeó—. Pero no, tenías que pedirle que te abriera su alma. Muy inteligente. —Dejó escapar un suspiro—. Como si no estuviera ya lo bastante pillada por él.

Tiró la blusa azul sobre la cama, donde ya descansaban otras tres opciones descartadas. No quería presentarse muy arreglada, porque parecería que le estaba dando demasiada importancia al asunto (aunque se la daba), pero tampoco quería ir con unos

pantalones cualquiera y una camiseta desgastada, porque el momento requería cierto… respeto. Cierta solemnidad.

—¿Por qué las mujeres tenemos ese afán por salvar siempre al hombre? —se preguntó, mirando otras prendas de ropa.

Se encogió de hombros. No tenía esa respuesta. Pero se acordó de Maggie, la mujer de la agencia de trabajo. Ella se lo había advertido.

Finalmente, se decidió por un vestido de lino de color verde oliva, de tirantes anchos y falda fluida que le llegaba por debajo de las rodillas. Era cómodo, sencillo, pero favorecedor. Se dejó el pelo suelto, permitiendo que sus ondas naturales cayeran sobre los hombros, y se aplicó un poco de brillo de labios, algo que hacía todos los días.

Respiró hondo frente al espejo.

—Tranquila —le susurró a su reflejo—. Solo vais a ver unos cuadernos. No es una cita. Es tu jefe cumpliendo una apuesta tras perder al Prefa. Todo muy normal. Todo muy profesional.

La mentira sonó tan poco convincente que hasta su reflejo pareció arquearle una ceja.

Salió de la habitación y bajó las escaleras hacia el salón. Ulises ya estaba allí.

Se encontraba de pie junto a los grandes ventanales que daban al mar, sosteniendo una taza de café negro. A Ulises Diakos le gustaban las cosas fuertes. Llevaba unos pantalones chinos de color arena y una camisa de lino blanco con las mangas remangadas hasta los codos. La luz de la mañana delineaba su perfil, resaltando la fuerza de su mandíbula y la concentración que proyectaba su mirada. Parecía tenso. Sus hombros estaban rígidos, y la forma en que agarraba el asa de la taza sugería que estaba a punto de romperla.

Aria sintió una punzada de culpa. Lo estaba forzando a hacer algo que claramente le incomodaba.

—Buenos días —dijo, anunciando su presencia con voz suave para no sobresaltarlo.

Ulises se giró. Sus ojos verdes se clavaron en ella, recorriendo el vestido verde oliva durante un par de segundos antes de volver a su rostro. Tragó saliva, un movimiento casi imperceptible en su garganta.

—Buenos días, señorita Shaw —respondió. Su voz era grave, controlada, pero carecía del filo cortante habitual. Ese detalle dio cierta confianza a Aria.

—Puede llamarme Aria…, si quiere —sugirió, acercándose a la mesa donde Matilde había dejado una jarra de zumo de naranja—. Teniendo en cuenta que anoche le golpeé en la cabeza con una bandeja y le gané a las cartas, creo que hemos superado la barrera del «señorita Shaw».

La comisura de los labios de Ulises tembló, luchando contra una sonrisa. ¿Por qué aquella chica tenía siempre algo lógico que decir? Quería rebatirle, pero se lo ponía muy difícil.

—Las formalidades mantienen el orden, Aria —accedió él, usando su nombre por primera vez con una naturalidad que hizo que el corazón de Aria diera un pequeño salto dentro de su pecho.

—El orden está sobrevalorado —replicó ella con voz risueña y una sonrisa, al tiempo que se servía un vaso de zumo—. ¿Ha dormido bien?

—Aceptable —respondió Ulises.

El silencio se instaló entre ellos. Pero no era un silencio hostil, aunque estaba cargado de expectación. Sí, esa era la mejor palabra para definirlo, expectación. Ambos sabían lo que tocaba. El elefante en la habitación era tan grande que prácticamente estaba pidiendo un café.

Ulises dejó su taza vacía sobre la mesa. Se pasó una mano por el pelo negro, un gesto de nerviosismo que Aria encontraba extrañamente entrañable en una persona que tenía el mundo a sus pies.

—Dijo que quería ver los cuadernos de mis dibujos —soltó él, sin preámbulos, yendo directo al grano, como el excelente hombre de negocios que era.

Aria asintió, dejando su vaso de zumo.

—Sí. Si todavía está dispuesto a cumplir su palabra. Si ha cambiado de opinión, lo entenderé. No quiero forzarle a...

—Yo siempre cumplo mi palabra —la interrumpió Ulises, con una firmeza que no admitía réplica—. Dije que se los enseñaría, y lo haré. Sígame.

Ulises pasó por su lado y se dirigió hacia las escaleras. Aria lo siguió, notando cómo el aire parecía volverse más denso con cada escalón que subían.

Dejaron atrás la planta baja, luminosa y llena de los sonidos de Matilde trajinando en la cocina, y se adentraron en el silencio del segundo piso.

Caminaron por el pasillo hasta llegar a la tercera puerta a la izquierda. La misma puerta que Aria había abierto la noche anterior en medio de la tormenta.

Ulises se detuvo frente a ella. Su mano se posó sobre el pomo de bronce, pero no lo giró de inmediato. Se quedó ahí, inmóvil, como si estuviera reuniendo el valor necesario para entrar en una cueva llena de dragones.

Aria se colocó a su lado. Podía sentir la tensión que desprendía su cuerpo. Instintivamente, sin pensarlo, levantó una mano y rozó suavemente su brazo.

Dios, estaba traspasando todas las putas líneas.

—No tiene que hacerlo si le duele demasiado —susurró.

Ulises bajó la mirada hacia la mano de Aria apoyada en su brazo. El contacto era ligero, apenas un roce, pero pareció afianzarlo al presente. Devolverlo a la realidad. Dejó escapar un pequeño suspiro, y giró el pomo.

—Entremos —dijo.

La habitación estaba bañada por la luz de la mañana que se filtraba a través de las cortinas entreabiertas, haciendo visibles las partículas de polvo que flotaban en el aire. Olía a papel viejo, a madera y a recuerdos cerrados en el vacío.

Ulises caminó directamente hacia el escritorio junto a la ventana. Allí, exactamente donde Aria los había dejado, estaba la pila de cuadernos negros.

Se quedó mirándolos durante un largo minuto.

Aria se mantuvo a unos pasos de distancia, dándole espacio, dejándole respirar, observando cómo la postura de aquel implacable CEO parecía encogerse ligeramente bajo el peso de su propio pasado. Ulises Diakos era mucho más sensible de lo que le hacía creer al mundo.

Finalmente, tomó el primer cuaderno de la pila. El mismo que Aria había hojeado la noche anterior. Se giró hacia ella y le hizo un gesto hacia el cómodo sillón orejero granate.

—Siéntese —le indicó.

Aria obedeció, acomodándose en el sillón. Estaba nerviosa, le temblaban las rodillas.

Ulises arrastró la silla del escritorio y se sentó frente a ella, tan cerca que sus rodillas casi se rozaban. Apoyó el cuaderno cerrado sobre sus muslos, trazando el contorno de la cubierta con la yema del dedo índice.

—Nadie ha visto esto en años —comenzó, y su voz sonó ronca, despojada de cualquier rastro de ironía o autoridad—. Ni siquiera mi abuela ha visto los más recientes. Dejé de enseñárselos cuando fui a la universidad. Se convirtieron en algo... privado. Una vía de escape.

—¿Por qué dejó de dibujar? —preguntó Aria con suavidad, aunque conocía la respuesta por Katerina. Pero quería escucharlo de él.

Ulises levantó la vista. Sus ojos verdes se encontraron con los avellana de ella, y por primera vez, Aria no vio al jefe gruñón ni al magnate implacable. Vio al hombre que había tenido que sacrificar su pasión por el deber.

—Porque el arte no salva empresas al borde de la quiebra, Aria —respondió él, con una sonrisa triste—. El arte no paga las nóminas de cientos de empleados que dependen de ti. Cuando mi padre murió, dejó un vacío enorme. La empresa era su legado, el trabajo de su vida. Cuando cumplí dieciocho años, las cosas estaban muy mal. Los administradores habían tomado malas decisiones. Si no intervenía, lo perderíamos todo.

—Pero era solo un chico —protestó ella, sintiendo una punzada de indignación—. No era su responsabilidad cargar con el mundo sobre sus hombros.

—Era el único Diakos que quedaba —rebatió él, con una lógica implacable—. Era mi deber. Mi obligación. Así que guardé los lápices, me puse un traje y aprendí a leer balances financieros y a negociar en lugar de estudiar teoría del color.

Aria no sabía qué decir.

Ulises finalmente abrió el cuaderno.

Aria contuvo la respiración cuando él pasó las primeras páginas y se detuvo en el dibujo del puerto de Vathy. A la luz del día, los detalles eran aún más impresionantes. La textura del agua, las sombras de las barcas, la vida que latía en cada trazo.

—Este lo hice el verano antes de irme a Londres a estudiar Economía —explicó Ulises, girando el cuaderno para que Aria pudiera verlo mejor—. Quería capturar Ítaca exactamente como era, por si... por si olvidaba cómo me sentía al estar aquí.

—Es magnífico —susurró Aria, y no había ni un ápice de adulación vacía en su voz. Era pura reverencia—. Tiene un don absoluto. La forma en que captura la luz... es como si la página respirara, como si la escena tuviera vida propia.

Ulises bajó la mirada hacia el dibujo, y un levísimo rubor tiñó sus mejillas. No estaba acostumbrado a los cumplidos sobre algo tan personal. Estaba acostumbrado a que elogiaran sus márgenes de beneficio, no su alma.

—Gracias —murmuró, porque no sabía muy bien qué decir.

Pasó la página.

Y luego otra.

Le fue mostrando los paisajes, los retratos de los pescadores, los bocetos arquitectónicos. Con cada hoja que pasaba, la tensión en sus hombros parecía disiparse un poco más. Empezó a hablar de las técnicas que había usado, de cómo había intentado capturar una tormenta usando solo el lateral del carboncillo, de cómo la luz del atardecer en Ítaca era la más difícil de plasmar porque cambiaba cada segundo.

Aria lo escuchaba fascinada, casi con la boca abierta. Al fin y al cabo, ella había estudiado Historia del Arte. Pero no solo por eso, la voz de Ulises había adquirido una cadencia apasionada, un ritmo entusiasmado que jamás le había escuchado antes. Aria estaba segura de que ni siquiera cuando cerrara un contrato de millones de euros tendría aquella expresión.

Sus manos se movían sobre las páginas señalando detalles, y sus ojos brillaban con una luz nueva que Aria no había visto nunca.

Estaba vivo. Vivo.

Ulises pasó una nueva hoja y se detuvo.

Era el retrato de la niña riendo. De Keisi. Su hermana.

El silencio volvió a caer sobre la habitación, pero aquella vez era un silencio cerrado, cargado de un dolor pasado, pero profundo, de una herida que no había cicatrizado y que probablemente nunca lo haría. Los dedos de Ulises se aferraron a los bordes del cuaderno con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

Aria sintió que el corazón se le encogía. Quiso decirle algo, quiso consolarlo, pero las palabras parecían inútiles ante la magnitud de aquella pérdida.

—Esta es Keisi —dijo Ulises, al cabo de un rato, en un susurro apenas audible—. Mi hermana mayor.

—Es preciosa —comentó Aria, sin levantar la voz—. Se la ve muy feliz.

—Lo era. —Ulises acarició el borde de la página, sin atreverse a tocar el rostro que había dibujado en ella—. Hice este retrato de memoria, años después del accidente. Tenía terror de olvidar cómo era su sonrisa. De que el tiempo borrara los detalles de su cara. Así que la dibujé una y otra vez hasta que sentí que la había capturado tal y como era.

Levantó la vista hacia Aria, y la vulnerabilidad en sus ojos fue tan visceral, tan abrumadora, que a Aria le faltó el aire.

—Es mi mayor miedo —confesó Ulises, abriendo una grieta en su armadura que jamás había mostrado a nadie—. Olvidarlos. Olvidar el sonido de la voz de mi madre. Olvidar cómo mi padre me subía a sus hombros. Por eso lo controlo todo, Aria. Por eso mido cada detalle, por eso hago listas y protocolos. Porque cuando tenía ocho años, aprendí que el caos te arrebata todo lo que amas en un segundo. Si lo controlo todo... tal vez controle el caos y no vuelva a pasar nada malo.

Una lágrima solitaria escapó del ojo de Aria y rodó por su mejilla. No lo pensó. No evaluó las consecuencias, ni recordó que él era su jefe, ni pensó en que debía mantener las distancias con él.

Simplemente se inclinó hacia adelante, acortando la distancia entre ellos, y tomó el rostro de Ulises entre sus manos.

Él se quedó paralizado. Sus ojos se abrieron de par en par, sorprendido por el contacto cálido y suave de las manos de Aria en sus mejillas. Y en contra de todo pronóstico, no se retiró ni se echó hacia atrás.

—No los va a olvidar nunca —le susurró Aria, mirándolo directamente a los ojos, transmitiéndole toda la certeza y el cariño que albergaba en su interior—. Están aquí. En su arte. En su memoria. En los recuerdos que le quedaron de ellos. En la forma en que cuida de su abuela. Pero no puede seguir castigándose por haber sobrevivido. Tiene que darse el permiso de vivir. Tiene que darse el permiso de sentir.

Ulises soltó el aliento. Cerró los ojos, inclinándose imperceptiblemente hacia el tacto de las manos de Aria. El cuaderno descansaba olvidado sobre sus rodillas.

La atmósfera de la habitación cambió. Ya no olía a polvo y recuerdos cerrados, sino a algo nuevo. A flores.

A Aria.

Y mientras Aria mantenía el rostro de Ulises entre sus manos, sintiendo el pulso en su mandíbula, el tiempo pareció detenerse en aquel estudio olvidado.

Ulises abrió lentamente los ojos. La fragilidad que había mostrado dio paso de pronto a una intensidad oscura y magnética. La miró no como un jefe mira a su empleada, sino como un hombre mira a la mujer que acaba de desarmarlo por completo. Aria sintió que el aire de la estancia se volvía casi irrespirable, cargado de algo (no sabía exactamente de qué) que le puso la carne de gallina.

Sin que ninguno de los dos tomara la decisión consciente, movidos por una fuerza que gravitaba sobre ellos, y que era imposible de resistir, la distancia que había entre sus cuerpos comenzó a acortarse. Poco a poco.

El rostro de Ulises se acercó al de ella. Aria bajó la mirada hacia sus labios, sintiendo su propia respiración entrecortarse al mezclarse con la de él. El aroma a madera y bergamota de su colonia la envolvió, embriagándola por completo. El corazón le latía con tanta fuerza en los oídos que apenas podía escuchar nada más. Todo su cuerpo anhelaba acortar los escasos milímetros que los separaban. La anticipación del beso era un fuego que amenazaba con consumirlos a ambos.

Pero entonces, a un solo suspiro de rozar sus labios, la realidad golpeó a Ulises.

Parpadeó, y la coraza de hielo, esa que había tardado más de dos décadas en construir, volvió a caer sobre él con la contundencia de un muro de hormigón. Se apartó bruscamente, rompiendo el contacto y poniéndose en pie con tanta rapidez que la silla raspó contra el suelo y el cuaderno casi resbaló de sus rodillas.

Aria dejó caer las manos en su regazo, sintiendo un vacío repentino y helado donde apenas unos instantes antes estaba el calor de la piel de Ulises.

Ulises carraspeó. Alzó el brazo y se pasó la mano por el pelo. Cuando levantó el rostro, su expresión volvía a ser la del impenetrable y distante CEO. La del Ogro de la Colina.

—Creo que ya hemos visto bastante por hoy —dijo.

Su voz sonó ronca, pero se esforzó por mantener un tono firme y estrictamente profesional.

Aria, todavía con el corazón latiendo como un loco contra las costillas y tratando de recuperar el aliento que le había robado Ulises, bajó la mirada. Sabía que habían cruzado una línea peligrosa (muy peligrosa, para ser exactos), pero también sabía que él lo

había deseado tanto como ella. Lo había visto en sus ojos. Y los ojos nunca mentían. Sin embargo, ante el muro que Ulises acababa de levantar de nuevo, no le quedó más remedio que estar de acuerdo.

—Sí —murmuró, poniéndose en pie lentamente y alisándose la falda del vestido con manos temblorosas—. Sí, tiene razón.

CAPÍTULO 27

El *clic* de la pesada puerta de roble al cerrarse a sus espaldas sonó en el pasillo como el pistoletazo de salida de una carrera que ninguno de los dos sabía muy bien cómo correr.

Aria soltó el aire que no se había dado cuenta de que estaba conteniendo.

Fuera del estudio, el aire de la mansión se sentía fresco, ligero y escandalosamente normal. Un contraste brutal con la atmósfera densa, casi asfixiante, que acababan de dejar atrás. Se pasó las palmas de las manos por los brazos, intentando borrar cualquier rastro de la electricidad que aún le erizaba la piel.

A su lado, Ulises se ajustaba los puños de la camisa como si de ello dependiera su vida. Era un gesto automático, se podría decir que defensivo. Si uno lo miraba de pasada, vería al hombre impasible de siempre, con su postura impecable y su mandíbula tensa. Pero Aria, que aún tenía el fantasma del calor de su piel en las yemas de los dedos, notó el levísimo temblor en sus manos y la forma en que su pecho subía y bajaba un poco más rápido de lo habitual.

«Míralo —se dijo Aria a sí misma, mordiéndose el interior de la mejilla—. El Ogro de la Colina huyendo como si le hubieran puesto una bomba de relojería en el culo. Millonarios y su estreñimiento emocional... un clásico.»

Justo cuando Ulises parecía a punto de decir algo, seguramente alguna orden para restaurar el orden cósmico de su universo, una voz cantarina y cargada de ironía resonó al final del pasillo.

—¡Vaya, vaya! Empezaba a pensar que tendría que enviar a los perros de rescate San Bernardo con un barrilito de coñac al cuello.

Katerina avanzaba hacia ellos con esa elegancia innata que ni los años ni los achaques podían arrebatarle. Llevaba un chal de cachemira color mostaza echado sobre los hombros y una sonrisa que, a los ojos de Aria, tenía un brillo perspicaz.

Sus ojos, tan iguales a los de su nieto, saltaron de Ulises a Aria, y de Aria a Ulises, escaneando la situación con la misma precisión de una máquina de rayos X.

Aria sintió que el rubor le subía por el cuello. Estaba segura de que llevaban la palabra «Culpables» escrita en la frente con luces de neón. Y eso que no había pasado nada. Aunque había estado a punto de pasar, y eso era más que suficiente.

—Hemos sobrevivido —respondió Aria, forzando un tono ligero y chispeante, siguiendo el juego a Katerina—. Aunque durante un momento hemos temido quedar atrapados en una montaña de polvo de las que hay ahí dentro. Por suerte, el señor Diakos tiene buenas técnicas de escapismo.

Evidentemente, era una metáfora.

Ulises le lanzó una mirada de advertencia que habría congelado el infierno, pero que, a Aria, dadas las circunstancias, le dio igual, porque actuaba como si estuviera borracha. Tenía el cerebro embotado. De pronto, Ulises le parecía solo un león gruñón al que le acababan de peinar la melena y le habían puesto un lazo rosa.

Katerina sonrió, deteniéndose frente a ellos.

—Bueno, habéis acabado justo a tiempo. Matilde se ha superado a sí misma hoy —comenzó a decir—. Ha preparado un *boeuf bourguignon* que lleva cociéndose a fuego lento desde primera hora,

acompañado de un puré de patatas trufado que es, literalmente, un pecado mortal. Ulises, querido, supongo que te quedarás a comer. Necesitas un poco de comida de verdad y menos de esos batidos de proteínas que bebes y que huelen a césped masticado.

El pánico cruzó los ojos de Ulises durante una décima de segundo, tan rápido que si Aria hubiera parpadeado se lo habría perdido. La sola idea de sentarse a la mesa y de tener que sostenerle la mirada a Aria durante una hora entera bajo el escrutinio de Katerina, parecía aterrorizarle más que una caída en picado de las acciones de su empresa.

—No —soltó, con una rapidez casi cómica. Se aclaró la garganta, intentando recuperar su tono autoritario—. No, imposible. Tengo que...

Se detuvo en seco. Abrió la boca y la volvió a cerrar.

—¿Tienes que...? —le animó Katerina, arqueando una ceja blanca.

—Tengo que volver a... —Ulises frunció el ceño, como si su cerebro de superdotado para los negocios de repente hubiera sufrido un cortocircuito. O un colapso. Miró a Aria de reojo y apartó la vista de inmediato, como si ella quemara—. A Atenas. Hay un asunto. Con... los japoneses. Una fusión. Muy urgente.

Aria lo miró sin saber qué pensar. Le daba un dos de diez en improvisación. Que mal lo estaba haciendo, Dios.

No es que estuviera de humor después de lo que había pasado, o medio pasado, pero resultaba divertido ver al hombre que controlaba un imperio en Grecia titubear como un adolescente pillado saltándose una clase.

Katerina no pareció creerse ni una sola palabra, pero su sonrisa se ensanchó, complacida.

—Sí, claro. Los japoneses y sus fusiones ineludibles de los viernes a la hora de comer. Qué tragedia —dijo, en un tono tan

rebosante de sarcasmo que goteaba—. Bueno, tú te lo pierdes. Más puré trufado para nosotras.

Aria decidió que era el momento de hacer una retirada táctica. Ella tampoco estaba cómoda con aquella situación. Todavía estaba intentando aterrizar y poner los pies en el suelo, después de lo que había pasado. Habían sido demasiadas emociones juntas.

—Y hablando de cosas ineludibles —intervino, dando un paso atrás—, yo tengo cosas que hacer. —Miró a Katerina—. Es la hora de tus medicinas, Katerina. Voy a prepararlas antes de que Matilde nos llame para comer.

—Ah, mi carcelera personal, siempre tan diligente —suspiró Katerina, fingiendo resignación, aunque le guiñó un ojo a Aria.

—Es un trabajo duro, pero alguien tiene que asegurarse de que sigas regañando a tu nieto muchos años más —bromeó ella.

No se atrevió a mirar a Ulises directamente a los ojos, pero sentía el peso de su mirada clavada en ella.

—Que tenga un buen vuelo, señor Diakos —dijo de forma expedita, como si las palabras le quemaran los labios.

Dicho esto, Aria se giró sobre sus talones y se alejó por el pasillo hacia la cocina, caminando con un paso un poco más ligero de lo normal.

Ulises se quedó en el pasillo, observando cómo su figura desaparecía tras la esquina. Tragó saliva. Se sentía desorientado en su propia casa.

—Voy a recoger mis cosas —dijo—. Adiós, abuela —murmuró, dándole un beso apresurado en la mejilla.

—Que tengas buen viaje —se despidió Katerina.

Se quedó observando cómo su nieto se alejaba.

—Huye, huye, cobarde —dijo cuando Ulises ya no podía escucharla—. Pero recuerda que los helicópteros no vuelan lo

suficientemente rápido como para escapar de uno mismo. Ni de lo que se siente.

Ulises recogió sus cosas y salió al jardín. El sol del mediodía bañaba los amplios jardines de la finca.

Mientras caminaba por el césped, las ráfagas de viento que soplan en lo alto de la colina, donde se asentaba la mansión, hizo que su impecable traje se arremolinara a su alrededor y le alborotara el pelo, destruyendo por completo su peinado de revista.

Sin mirar atrás, se subió al helicóptero, la puerta se cerró y la máquina se elevó hacia el cielo azul, alejándose con un rugido ensordecedor.

Aria se quedó mirando el punto negro desde la ventana de la estancia donde estaba preparando la mediación de Katerina, hasta que desapareció en el horizonte.

CAPÍTULO 28

La sala de juntas de la planta cuarenta y cinco de Diakos Corporation en Atenas era una especie de templo de cristal, acero y eficiencia despiadada. Normalmente, en ese entorno, Ulises era un depredador alfa en su hábitat natural: afilado, implacable y con una capacidad de concentración que rozaba lo sobrehumano.

Normalmente.

Aquel día, sin embargo, llevaba veinte minutos mirando fijamente un gráfico de proyecciones trimestrales en la pantalla gigante sin ver absolutamente nada. En lugar de barras de crecimiento y porcentajes de rentabilidad, la mente de Ulises estaba pensando en bucle en un par de ojos color avellana brillantes, en una sonrisa insolente y el recuerdo casi fantasmagórico de unas manos cálidas sosteniendo su rostro.

A su lado, Tobías carraspeó por tercera vez.

—... y por eso, considerando la fluctuación del yen, creemos que la expansión en el mercado asiático debería posponerse al Q3 — concluyó el director comercial, sudando ligeramente bajo su traje de mil dólares. Miró a Ulises, esperando el habitual interrogatorio implacable al que lo sometía. A él y a todos.

Ulises parpadeó, volviendo a la realidad con la sutileza de un aterrizaje forzoso.

—Sí. Bien. Procedan —dijo con voz plana.

Aquello era tan extraño, tan anormal, tan inusual, que los siete ejecutivos presentes en la reunión intercambiaron miradas de pánico. ¿Ulises Diakos había aprobado un informe sin realizar al menos cinco preguntas diseñadas para hacer sudar la gota gorda y hasta sudar sangre a la persona que lo presentaba? Eso era poco menos que el equivalente a que el sol saliera por el oeste, en lugar de por el este.

—Excelente exposición, señores —intervino Tobías rápidamente, poniéndose en pie con una sonrisa deslumbrante en los labios. Los hombres empezaron a recoger sus carpetas—. Les enviaremos el acta por la tarde. Ya pueden retirarse —añadió.

En menos de treinta segundos, la sala se vació con la rapidez de un simulacro de incendios. Cuando la pesada puerta de cristal se cerró con un suave siseo, dejando a Ulises y a Tobías solos en la inmensa sala, Tobías se aflojó el nudo de la corbata un par de centímetros, se dejó caer en la silla contigua a la de Ulises y cruzó las piernas sobre la inmaculada mesa de caoba.

—Muy bien, suéltalo —dijo, mirándolo con los ojos entrecerrados —. ¿Quién eres y qué has hecho con Ulises? ¿Te han abducido los extraterrestres? ¿Te han implantado un chip de amabilidad en el cerebro? ¡Joder, el informe de finanzas tenía un error en la página cuatro y ni siquiera has parpadeado!

Ulises se pinzó el puente de la nariz con los dedos, sintiendo que una migraña amenazaba con instalarse detrás de sus ojos.

—No es nada, Tobías. Solo estoy cansado —dijo.

—Claro, y yo soy albino —replicó su amigo, pasándose una mano por el pelo. Estaba desconcertado—. Ulises, te conozco desde la universidad. Llevas toda la puñetera reunión con la mirada perdida, suspirando como si fueras el héroe de una novela victoriana. ¿Qué cojones pasó anoche? Pensé que ibas a ver a tu abuela, no a un retiro espiritual.

Ulises soltó un bufido, recostándose en la silla. Sabía que Tobías no iba a soltar el hueso. Nunca lo hacía. Ni siquiera aunque su vida estuviera en juego.

—Fui a ver a mi abuela, sí. Ya sabes cómo se pone cuando hay tormenta —admitió, rindiéndose—. Y... terminé jugando a las cartas.

Tobías arqueó una ceja.

—¿A las cartas? ¿Tú? ¿El hombre que considera que el Monopoly es una pérdida de tiempo porque no genera dividendos reales? ¿Con tu abuela?

—Con mi abuela y con Aria —matizó Ulises, y solo pronunciar su nombre hizo que sintiera un pinchazo absurdo en el estómago.

La sonrisa de Tobías se amplió hasta convertirse en la de un gato siamés que acaba de descubrir un cuenco lleno de nata.

—¡Ah! La señorita Aria. La cuidadora que no se deja amedrentar por ti. Esto se pone interesante. Sigue, por favor. No escatimes en detalles.

Ulises puso los ojos en blanco, pero la necesidad de desahogarse pudo más que su habitual hermetismo. Le contó a Tobías cómo había llegado a la mansión, cómo se había visto arrastrado a una partida de póker en el salón, y cómo Aria y él habían terminado haciendo una apuesta. Decidió omitir que le había golpeado con una bandeja de plástico.

—Espera, espera —lo interrumpió Tobías, levantando una mano —. ¿Apostasteis? ¿Qué estaba en juego? —preguntó.

—Quien ganara podía pedirle al otro algo, dentro de lo razonable, por supuesto —explicó Ulises.

—Conociéndote como te conozco, estoy seguro de que aceptaste.

—Claro que acepté.

—¿Y quién ganó?

—Ella.

—Oh, joder, esto se pone cada vez mejor —dijo Tobías, entusiasmado con la historia.

—¿Y qué te pidió? —Tobías se inclinó hacia delante. Un destello de curiosidad brillaba en sus ojos azules.

Ulises sintió calor. La sala de juntas de repente parecía haber subido de golpe diez grados de temperatura.

—Que le enseñara mis dibujos. Los cuadernos que hay en uno de los estudios de la casa de mi abuela —respondió.

El golpe de los zapatos de Tobías al caer de la mesa resonó en la sala. Su amigo lo miró con la boca ligeramente abierta, estupefacto.

—¿Le enseñaste los dibujos? —preguntó Tobías, que había reducido la voz a un susurro de incredulidad—. Ulises... no me has dejado ver esos cuadernos a mí. Ni siquiera te hace gracia que los vea Katerina. ¿Y se los has enseñado a ella?

—Empezó a decirme que tenía que cumplir mi palabra —se defendió Ulises, aunque sonó patético incluso para sus propios oídos —. Joder, tiene una forma de... de mirarte, y de hablar, que… no sé. Pero antes de darme cuenta, había perdido la mano y le estaba diciendo que sí, que le mostraría mis dibujos.

Tobías se echó a reír, con una carcajada resonante que rebotó en las paredes de cristal de la sala.

—¡Te ganó al Prefa y te hizo mostrarle tus secretos más oscuros! —se burló—. Joder, tengo que enviarle un ramo de flores a esa chica. Es mi nuevo ídolo.

Ulises lo taladró con los ojos.

—No tiene gracia, Tobías —gruñó, levantándose de la silla para caminar hacia el ventanal. Desde allí, contempló el *skyline* de Atenas. Los rascacielos que él dominaba desde aquella altura le hacían sentirse ridículamente pequeño en aquel momento—. No sé

qué me pasa con ella. Es... frustrante. Dirijo a miles de personas. Tomo decisiones de millones de dólares antes de beberme el primer café. Si alguien me pide algo que no quiero hacer, digo que no y punto. Es sencillo. Pero con ella...

—¿Con ella no puedes? —sugirió Tobías.

Su entonación perdió el matiz burlón para volverse más suave, más analítico.

—Es como si mis defensas sufrieran un cortocircuito —confesó Ulises, apoyando la frente contra el cristal—. A veces me saca de mis casillas, me desafía, me vacila, me pica... y, sin embargo, no puedo negarle nada. Si me pide que le enseñe mis dibujos, se lo enseño. Si mi abuela me pide que le dé una vuelta en el helicóptero por Ítaca, le doy la vuelta. Si me dice que me tire por un puente, pues seguramente me tire por un puente. Es absurdo.

Tobías lo observó en silencio durante un largo rato. Había una chispa de comprensión en sus ojos que Ulises, de espaldas a él, no podía ver, pero que estaba ahí.

—Tengo una pregunta estrictamente técnica, señor CEO de Diakos Entreprises —comenzó Tobías, girando su silla con un ligero chirrido—. Si hubieras ganado tú la partida de cartas... ¿qué le habrías pedido a Aria?

Ulises se encogió de hombros.

—No lo sé —respondió en voz alta, demasiado rápido—. Que no hable tanto —dijo, tratando de sonar despreocupado.

Tobías esbozó una sonrisa de conclusión a su espalda.

Sin embargo, en la mente de Ulises, la respuesta estalló con una claridad cegadora.

«Un beso —se dijo—. Le habría pedido un beso.»

El pensamiento lo asaltó con tanta fuerza que casi dio un paso hacia atrás. Si hubiera ganado, le habría pedido que lo besara.

En ese momento todavía no había ocurrido el casi beso en el estudio y quería saber si sus labios eran tan suaves como parecían cuando discutía con él. Quería saber a qué sabía, quería sentir esa descarga eléctrica recorriéndole la espina dorsal, quería borrar esa sonrisa vacilona de su boca con la suya propia.

Ulises se había quedado horrorizado consigo mismo. ¿Acaso era un adolescente con las hormonas revolucionadas? ¡Por el amor de Dios! Era un hombre de treinta y dos años, inmensamente rico. Cada fin de semana pasaba una mujer distinta, despampanante y sofisticada, por su cama, mujeres que sabían exactamente a lo que iban y no hacían preguntas. ¿Cómo demonios podía estar perdiendo la cabeza por la idea de pedirle *un simple beso* a la chica que cuidaba de su abuela tras ganar una partida de cartas?

Pensó que se había vuelto loco.

Y se preguntó qué demonios le estaba pasando.

Sin embargo, aunque eso era lo que le hubiera pedido si hubiera ganado, después, cuando Aria y él habían estado a punto de besarse en el estudio, mientras le enseñaba los dibujos, lo había impedido. La cordura había pesado más que las ganas.

Tobías, que tenía un máster no oficial en leer el lenguaje corporal de Ulises, observó cómo los hombros de su amigo y jefe se tensaban, cómo su respiración se volvía superficial y cómo las puntas de sus orejas se teñían de un levísimo color rojo. Una sonrisa lenta, astuta y llena de afecto se dibujó en su rostro.

Se levantó despacio, caminó hacia Ulises y le palmeó el hombro con suavidad.

—Ay, Ulises —dijo, con un tono que mezclaba la compasión y la diversión—. Puedes volar todo lo alto que quieras con tu helicóptero, pero ya estás cayendo.

—¿De qué cojones hablas? —le preguntó Ulises, frunciendo el ceño tanto que sus cejas casi se juntaron formando una línea.

—De que esa chica te gusta.

Las cejas de Ulises se fruncieron aún más, si eso era posible.

—No digas bobadas —soltó.

—Creo que no he hablado más en serio en toda mi vida —dijo Tobías—. Esa chica te gusta, y no solo para echar un polvo con ella.

Ulises soltó una carcajada. Fue un sonido áspero, carente de humor. Se alejó de la ventana como si el paisaje de repente le quemara la vista y caminó hacia el minibar camuflado tras un elegante panel de roble.

—Te has vuelto loco. Definitivamente, el estrés de la fusión asiática te ha frito las neuronas —le dijo a Tobías, sacando una botella de agua con gas de la pequeña nevera. El siseo al desenroscar el tapón sonó inusualmente fuerte en la quietud de la sala—. ¿A mí? ¿Gustarme alguien para algo más que para pasar un buen rato? Por favor, Tobías. Soy alérgico al compromiso. Lo sabes. La sola idea de una relación me produce urticaria.

Tobías se acomodó en la silla, entrelazando los dedos sobre la tripa con una actitud relajada, como un psicólogo a punto de diagnosticar a un paciente que se encuentra en la fase más profunda de la negación.

—Ah, sí, la famosa alergia de Ulises Diakos al compromiso —ironizó, asintiendo lentamente con la cabeza—. Y dime, ¿cuáles son los síntomas esta vez? ¿Sudores fríos? ¿Taquicardia? ¿O tal vez mariposas en el estómago?

Ulises, que acababa de dar un trago de la botella, casi se atragantó con el agua con gas. Tosió, fulminando a su amigo con una mirada tan gélida que, en cualquier otro contexto, habría hecho llorar al director comercial y dimitir a la mitad de la junta directiva.

—¿Mariposas? —repitió, asqueado, limpiándose una gota de agua de la comisura de los labios con el pulgar—. ¿Qué tienes, doce años? ¿Has estado leyendo a escondidas el diario de tu sobrina

adolescente? No siento ninguna maldita mariposa. Lo que siento es... indigestión. Seguramente el desayuno de esta mañana me ha sentado mal. Matilde, la cocinera de mi abuela, le pone demasiada mantequilla a todo.

—Claro, el desayuno. Esa indigestión que te hace suspirar mirando un gráfico de barras financieras —replicó Tobías, sin perder ni un ápice la sonrisa de suficiencia que se dibujaba en sus labios—. Ulises, mírame. Mírate. Eres el hombre de hielo de Atenas. Llevas años despachando a modelos rusas, actrices francesas y herederas italianas antes de que tengan tiempo siquiera de pedir el desayuno en la cama. Eres un maestro indiscutible en el arte de la huida táctica matutina. Y, sin embargo, aquí estás, perdiendo el tiempo un día laboral, con la mente en blanco, pensando en una chica que te gana a las cartas y te pide a cambio ver tus dibujos.

Ulises apretó la botella de cristal entre los dedos. Quería rebatirle. Quería soltar un discurso brillante, lógico y aplastante sobre por qué Aria era solo una anomalía temporal, un pequeño bache sin importancia en su perfectamente estructurada y controlada vida. Quería decirle que solo era curiosidad, un simple capricho de su ego herido por no poder dominarla. Pero las palabras se atascaron en su garganta.

Porque, por mucho que le jodiera admitirlo, Tobías tenía razón en algo: Aria no era como las demás.

—Es solo que es irritante —gruñó Ulises, dejándose caer en su silla de nuevo. Se aflojó la corbata de seda con un tirón seco, sintiendo de pronto que el nudo estaba muy apretado—. No me tiene el respeto que debería. No me habla como si fuera su jefe. Me vacila en mi propia cara.

—Lo que no te tiene es miedo, Ulises. Y te habla como si fueras un ser humano normal y corriente —dijo Tobías, visiblemente divertido—. Y eso te vuelve loco. Estás tan acostumbrado a que todo el mundo te haga reverencias y te diga que sí a todo que, cuando

alguien te planta cara y te trata como a un igual, no sabes cómo reaccionar. Te fascina.

—No me fascina. Me saca de quicio.

—La línea entre el odio y el amor es muy fina, amigo mío. Finísima. Casi transparente.

—No pronuncies esa palabra en mi presencia —advirtió Ulises, señalando a Tobías con un dedo acusador—. Yo no me enamoro. Jamás. El amor es una construcción social absurda diseñada para vender joyas caras, llenar restaurantes en San Valentín y arruinar patrimonios en divorcios interminables. Es irracional, ineficiente y, sobre todo, una pérdida de tiempo monumental.

Tobías soltó una carcajada.

—Dios santo, suenas exactamente igual que el villano de una comedia romántica justo antes de ser derrotado por el poder del amor verdadero —se burló, poniéndose en pie y alisándose los pantalones del traje—. Escúchame bien, Ulises. Puedes negarlo todo lo que quieras. Puedes escudarte en tu cinismo de manual, en tu inmensa cuenta bancaria y en tu supuesta alergia al compromiso. Pero esa chica ha abierto una grieta en tu impenetrable armadura de titanio. Y te garantizo que, antes de que te des cuenta, esa grieta se hará tan grande que terminarás cayendo de rodillas.

Ulises levantó los ojos hacia el techo, intentando proyectar una imagen de absoluta y fría indiferencia, aunque por dentro sentía que la sangre le zumbaba en los oídos y su pulso iba a mil por hora.

—Voy a despedirte —murmuró, mirando a Tobías con los ojos entrecerrados.

—No puedes, soy el único en este edificio que sabe cómo funciona la máquina de café de tu despacho —replicó Tobías, guiñándole un ojo de forma descarada mientras caminaba hacia la puerta—. Voy a ir mirando catálogos de anillos. Algo discreto, tal vez un diamante de tres quilates, corte princesa... Y empezaré a

preparar mi discurso para la boda. Será épico. Voy a contar lo de las mariposas.

—¡Vete al infierno, Tobías! —le espetó Ulises, aunque, a pesar de sus esfuerzos por mantener el ceño fruncido, no pudo evitar que una levísima sonrisa, casi imperceptible, elevara la comisura de sus labios.

Tobías abrió la puerta de cristal y se giró por última vez antes de salir al pasillo.

—Disfruta del baile de las mariposas en el estómago, jefe. Dales de comer de vez en cuando, no las vayas a matar de hambre.

La puerta se cerró con su habitual siseo, dejando a Ulises solo de nuevo en la inmensidad de la sala de juntas. El silencio volvió a envolverlo, pero en aquella ocasión no le llevó paz.

Apoyó los codos sobre la inmaculada mesa de caoba y hundió el rostro entre las manos.

«Mariposas», pensó, soltando un resoplido de frustración.

Era la cosa más ridícula, cursi y estúpida que había escuchado en sus treinta y dos años de vida. Él no sentía mariposas. Él era Ulises Diakos. Su corazón bombeaba sangre fría, no cursilerías románticas de novela de amor.

Sin embargo, al cerrar los ojos, la imagen de Aria volvió a asaltarlo sin pedir permiso. Su risa cantarina cuando le ganó la mano de cartas, la forma en que se mordía el labio inferior, el brillo desafiante y chispeante de sus ojos avellana…

Y entonces, de repente, lo sintió.

Fue un extraño aleteo en la boca del estómago. Un cosquilleo cálido, ligero e inequívoco. Como si algo diminuto hubiera cobrado vida justo debajo de las costillas.

Ulises abrió los ojos de golpe, apartó las manos del rostro y miró su propio abdomen, casi como si esperara ver salir una turba de

insectos voladores atravesando la tela de su camisa de diseño hecha a medida. Se quedó petrificado, con la respiración contenida.

—Maldita sea —murmuró para sí mismo en la sala vacía. Se pasó la mano por la cabeza—. Maldita sea.

CAPÍTULO 29

El sol de media mañana bañaba las calles empedradas de Ítaca con una luz acaramelada y cálida, de esas que parecen acariciar la piel en lugar de quemarla. Era uno de los días libres de Aria, y había decidido exprimirlo al máximo.

Su primera parada, guiada por una necesidad casi obsesiva tras haber devorado los dos libros anteriores en un tiempo récord, fue en *Letras del Mar*.

Cuando la campanilla de latón tintineó, Dora levantó la vista de un grueso volumen de mitología y esbozó una sonrisa que le iluminó el rostro.

—No me digas que ya te has ventilado las dos novelas —dijo, ajustándose las gafas de pasta roja sobre el puente de la nariz.

—Soy una lectora compulsiva con mucho tiempo libre por las noches. ¿Qué esperabas? —replicó Aria, riendo mientras dejaba los libros leídos sobre el mostrador de madera—. Necesito más material. Y rápido. Si me quedo a solas con mis pensamientos, es posible que me vuelva loca.

Dora la observó durante unos segundos con una ceja arqueada, captando al vuelo el matiz de ansiedad en la voz de Aria, con quien estaba empezando una bonita relación de amistad.

—Eso suena a que necesitas algo más fuerte que una novela. Suena a que necesitas un *freddo espresso* y una dosis de cotilleo terapéutico. Mi turno termina en cinco minutos. ¿Nos vamos a *La Gaviota*?

—¿Me lees la mente o es un superpoder que viene con la librería? —bromeó Aria.

Dora delineó en los labios una sonrisa.

—Creo que un poco de las dos —contestó.

Aria soltó una carcajada y se apoyó en el mostrador, paseando la mirada por las estanterías atestadas de coloridos libros que trepaban hasta el techo.

—Pero antes del café y del interrogatorio al que sé perfectamente que me vais a someter, necesito mi dosis de lectura. ¿Qué me recomiendas? —le preguntó a Dora—. Y por favor, no me digas que lea a Homero, que ya tengo suficiente intensidad griega en mi vida ahora mismo con un jefe llamado Ulises.

Dora soltó una risita cómplice y se dio la vuelta para rebuscar en una pila de novedades que descansaba sobre una mesita auxiliar. Sus dedos ágiles, acostumbrados a navegar entre miles de páginas, se detuvieron sobre un volumen de tapa dura con una ilustración vibrante en tonos azules, blancos y dorados.

—Tranquila, nada de *Odiseas* por hoy. Toma —dijo, deslizando el libro sobre la madera pulida del mostrador—. Es lo último de Ana Vasileiou. Salió hace apenas un par de semanas y está teniendo una repercusión brutal. Está arrasando en todo el país. Literalmente, la gente se está peleando por él en las librerías de Atenas.

Aria tomó el libro entre las manos, acariciando la portada en relieve con reverencia. Para ella, un libro, al igual que un amigo, era un tesoro.

—¿De qué va? —preguntó, aunque en el fondo ya sabía que se lo iba a llevar.

—Es una mezcla brillante de misterio, humor negrísimo y secretos familiares inconfesables, ambientada en una pequeña isla del Egeo. Te vas a reír a carcajadas y, a la vez, no vas a poder soltarlo hasta descubrir quién envenenó al alcalde en las fiestas del pueblo —explicó Dora. Sus ojos oscuros brillaban con pura emoción literaria tras sus gafas de pasta roja—. Es adictivo, ágil y los diálogos son una maravilla. Perfecto para desconectar de... bueno, de ogros gruñones.

Aria no lo dudó ni un segundo. Abrió el bolso de tela para sacar la cartera, asintiendo con total convicción. Se fiaba ciegamente del criterio de su nueva amiga. Las recomendaciones que Dora le había hecho hasta ese momento habían sido un acierto absoluto, casi milagroso, como si hubiera escaneado su estado de ánimo y supiera exactamente qué palabras necesitaba leer.

—Vendido. Me lo llevo —aseveró Aria, entregándole un billete con una amplia sonrisa en los labios—. Hasta ahora no has fallado ni una sola vez, Dora. Tienes un don para emparejar a las personas con sus libros ideales. Eres… —pensó las palabras unos instantes—… como una celestina literaria.

Dora hizo sonar la caja registradora con un tintineo alegre y le guiñó un ojo mientras le entregaba el cambio y metía el libro en una preciosa bolsa de papel kraft.

—Ese es mi superpoder. El de leer la mente es solo un efecto secundario para dejar flipada a la gente —bromeó, quitándose la bata de trabajo y colgándola en un perchero detrás de la puerta—. Venga, guarda eso, que Xanna nos espera y ese café helado lleva mi nombre escrito en mayúsculas.

Diez minutos después, ambas cruzaban la puerta de cristal de la cafetería. El aroma a canela, café recién molido y azúcar tostado las envolvió como un abrazo. Detrás de la barra, Xanna se movía con la

agilidad de una gimnasta olímpica mientras preparaba tres cafés a la vez. Era un portento. Al verlas, sus ojos brillaron con un destello de entusiasmo.

—¡Mis dos chicas nuevas favoritas! —exclamó—. Bueno, Dora, tú eres mi chica favorita desde hace tiempo, pero ya me entiendes —dijo Xanna, limpiando la barra con una bayeta antes de que se sentaran—. ¿Lo de siempre para la intelectual y un *freddo* para la cuidadora más valiente del Jónico?

—Has dado en el clavo —respondió Dora, acomodándose en uno de los taburetes altos de madera.

Aria se sentó a su lado, apoyando los codos en la barra y soltando un suspiro.

Xanna no tardó ni dos minutos en plantar las bebidas frente a ellas, acompañadas de un platito con galletas de mantequilla que olían a gloria. En lugar de seguir atendiendo las mesas, que a esa hora estaban bastante tranquilas, Xanna se apoyó en la barra frente a ellas, invadiendo su espacio con esa confianza arrolladora que la caracterizaba.

—Muy bien, desembucha —disparó, mirando a Aria fijamente—. Llevas varias semanas trabajando en la fortaleza de los Diakos. ¿Cómo va la convivencia con Katerina? ¿Y, más importante aún, cómo va la *supervivencia* con el Ogro de la Colina? —le preguntó, enfatizando la palabra «supervivencia».

Aria sintió que el estómago le daba un vuelco traicionero. Agarró el vaso de cristal empañado, dejando que el frío le adormeciera las yemas de los dedos, y le dio un sorbo largo a su café para ganar tiempo.

—Katerina está estupenda. Ayer estuvimos plantando hortensias y me ganó dos veces seguidas al ajedrez. Es un genio del mal —dijo Aria en tono de broma, logrando que su voz sonara ligera.

—Ya... No intentes desviar el tema, ateniense —la cortó Dora, dándole un golpecito con el hombro—. Xanna ha preguntado por

Ulises Diakos. Y tienes unas ojeras muy sospechosas para alguien que supuestamente duerme a pierna suelta en una mansión de lujo.

Aria suspiró.

Podía mentir, claro. Podía decir que Ulises seguía siendo el mismo témpano de hielo, gruñón y exigente de siempre, y que le era totalmente indiferente. Pero la verdad era que, desde el día que casi se habían besado, su mente era un torbellino. Cada vez que cerraba los ojos, volvía a sentir la respiración cálida de Ulises rozándole la mejilla, el olor amaderado que desprendía su piel, y la intensidad de esa mirada verde clavada en sus labios, como si estuviera a punto de cometer una locura.

—Ulises es... es un tío muy complicado —empezó a decir Aria, eligiendo las palabras con cuidado—. A veces es insoportable. Pero otras veces...

—Otras veces, ¿qué? —la apremió Xanna, alzando mucho las cejas.

Aria miró a sus dos nuevas amigas. Había algo en la calidez de Dora y en la energía desbordante de Xanna que le daba confianza y la invitaba a hablar.

—El día después de la tormenta... —Aria bajó la voz instintivamente, inclinándose hacia adelante sobre la barra—…. casi nos besamos —soltó de golpe.

Aria pudo escuchar el zumbido de la nevera de las tartas con claridad, porque todo se quedó en silencio.

Xanna tiró el trapo que llevaba en la mano, que cayó al suelo con un ruido sordo. Dora, por su parte, se atragantó con el café, tosiendo y dándose golpes en el pecho mientras miraba a Aria como si acabara de bajar de un ovni.

—¡¿Que vosotros qué?! —chilló Xanna, olvidando por completo que estaban en un lugar público. Mirta, desde el otro lado del local, le lanzó una mirada fulminante, y Xanna bajó la voz a un susurro

medio histérico—. ¿Que casi te besas con el Ogro? ¡Pero si ese hombre no tiene labios, tiene una perpetua línea recta de desaprobación en la boca!

—Claro que tiene labios —dijo Aria.

—Por supuesto que los tiene —intervino Dora—. Gorditos, carnosos, rosados… —enumeró con una nota de anhelo en la voz.

Aria y Xanna giraron el rostro hacia ella al mismo tiempo.

Dora se sonrojó ligeramente.

—¡¿Qué?! Una tiene ojos, ¿sabéis? —se defendió.

Aria sacudió la cabeza y Xanna puso los ojos en blanco.

—Bueno, nos estamos desviando del tema —dijo Xanna. Miró a Aria—. A ver, ¿cómo que casi os besáis? ¿Con Ulises Diakos? ¿El hombre que se queja por todo? ¿Ese Ulises?

Aria sintió que una ola de calor le trepaba por el rostro, tiñéndole las mejillas de un rojo intenso.

—Sí, ese Ulises —confesó, tapándose la cara con las manos.

—Pero ¿cómo fue? —quiso saber Dora, con los ojos abiertos de par en par detrás de las gafas de pasta roja.

Aria no quería hablar sobre los cuadernos de dibujos de Ulises ni sobre su pasión por el arte. Era algo muy personal y no le correspondía a ella hablar sobre ello.

—Estábamos… buscando unas cosas en uno de los estudios. Y de repente... no sé. Nos acercamos. Mucho.

Aria revivió el momento en su mente: la tensión que flotaba en el aire, la forma en que los ojos de Ulises habían bajado hasta su boca, la respiración entrecortada de ambos.

—Estábamos a milímetros —continuó—. Podía sentir su pulso. Y os juro que iba a hacerlo. Iba a besarme. Se inclinó hacia mí y...

—¿Y qué? —dijo Dora, que no aguantaba más la tensión.

—Se separó y salió corriendo de la habitación como si estuviera en llamas. Metafóricamente hablando —contestó Aria en tono resignado.

Xanna se apoyó en la barra, con la boca abierta en una perfecta «O» de asombro.

—Madre mía. El Ogro tiene sangre en las venas. Esto es noticia de portada para los periódicos locales —dijo.

—Ni se te ocurra, Xanna —le advirtió Aria, señalándola con el dedo, aunque no pudo evitar sonreír—. Es un secreto. Si esto sale de aquí, me despide, me destierra de la isla y probablemente me corte en pedazos y me tire al mar.

—Mi boca es una tumba —prometió Xanna, haciendo el gesto de cerrarse los labios con una cremallera invisible—. Pero, tía... ¡qué fuerte! Oye, ¿y te gusta? ¿El Ogro de la Colina te hace tilín? Ya sabes a que me refiero…

Aria pasó la yema de los dedos por el borde del vaso de su café.

—No lo sé —admitió con sinceridad—. Es frustrante, arrogante y mandón. Pero cuando baja la guardia... hay algo en él. Algo que me hace querer descubrir qué hay debajo de toda esa armadura de trajes caros y gruñidos. —Cogió aire—. ¿Sabéis que me dio una vuelta en el helicóptero por Ítaca?

—¿En serio? —preguntó Dora, que seguía sin salir de su asombro.

Aria asintió.

—Joder, yo mataría porque me diera una vuelta en su helicóptero —dijo Xanna.

Aria y Dora giraron el rostro hacia ella a la vez, como un rato antes había ocurrido con Dora.

—¡¿Qué?! Yo también tengo ojos —se defendió Xanna, alzando los hombros—. Ulises Diakos puede ser un ogro, pero está

buenísimo. Es un puto bombón. Joder, es el tío más guapo de toda Grecia.

Aria y Dora no pudieron evitar sonreír.

—La verdad es que le medio obligó su abuela —dijo Aria, volviendo a retomar la conversación.

—No creo que su abuela tenga capacidad para obligar a Ulises a hacer algo que no quiera —comentó Xanna—. Se nota que le gusta mandar.

—Sí, tiene pinta de dominante. De ponerte sobre sus rodillas y darte una buena azotaina —dijo Dora.

—Sí, es verda…

—¡Chicas, nos estamos desviando del tema! —exclamó Aria, cortando de raíz los derroteros por los que iban Dora y Xanna.

—Oops…, tienes razón —dijo Dora, arrugando la nariz—. Bueno, ¿y cómo fue? —curioseó.

—Genial. Ítaca es espectacul…

—Ítaca no, Aria —la interrumpió Dora—. Ya sabemos que Ítaca es espectacular. ¿Cómo fue estar encerrada con Ulises Diakos en un espacio tan reducido como el de un helicóptero? Eso es lo que nos interesa saber.

—Pues también espectacular —terminó confesando Aria—. Me enseñó los lugares más bonitos de la isla y me contó su historia. Y, además, olía tan bien —añadió en tono de ensoñación, recordando cómo había sido el momento.

—Es cierto que huele genial —dijo Xanna—. Una vez que estuvo aquí dejó el olor de su colonia en toda la cafetería.

—La verdad es que dan ganas de pasarle la lengua por el cuerpo —se le escapó a Aria, poniendo voz a sus pensamientos.

Cuando reaccionó, se dio cuenta de que Dora y Xanna la miraban con una ceja enarcada. Carraspeó.

—¿Por dónde íbamos?

Dora, que había estado analizando la situación con su afilada mente, apoyó una mano sobre el brazo de Aria. Su expresión se había vuelto más seria, perdiendo el tono de broma.

—Aria, escúchame bien —dijo, con un tono suave pero firme—. Si te gusta y quieres jugar con fuego, adelante. Eres adulta. Y no te voy a negar que la idea de que alguien descongele a ese témpano de hielo me parece fascinante. Pero debes tener cuidado. Mucho cuidado —le advirtió.

—Dora tiene razón —secundó Xanna, asintiendo con vehemencia. Su coleta alta rebotó a un lado y a otro—. Ulises no es un hombre cualquiera, es un tiburón. Y su historial amoroso... bueno, no existe.

—¿A qué os referís? —preguntó Aria, sintiendo que el nudo en su estómago volvía a apretarse.

—A que no se le conoce ninguna relación seria. Nunca —explicó Dora—. Las revistas del corazón en Atenas lo llaman «el hombre de titanio» porque nada le ablanda. Las mujeres pasan por su vida y por su cama como si fueran estaciones del año. Modelos, actrices, hijas de millonarios... Están con él un par de semanas, se pasean por un par de galas, y luego desaparecen sin dejar rastro.

—¿Sin dejar rastro? —repitió Aria.

—No me malinterpretes, no es que acabe con ellas —aclaró Dora —. Lo digo en el sentido de que él nunca mira atrás. Nunca se compromete.

Xanna se inclinó aún más sobre la barra.

—Dicen que tiene el corazón de piedra. Que es alérgico a los sentimientos. No queremos que te haga daño, Aria —afirmó—. Eres demasiado legal, demasiado... de verdad, para que un tío como él te use como su pasatiempo durante un par de semanas y luego se olvide de ti.

Las palabras de Dora y Xanna cayeron sobre Aria como un jarro de agua fría, disipando un poco la neblina romántica en la que llevaba envuelta desde el día en el que casi se habían besado. Tenían razón. Sí, la tenían.

¿Qué estaba haciendo? Ulises era su jefe. Era un multimillonario con fobia al compromiso. Ella era solo la persona que cuidaba a su abuela. Como mucho, ¿que sería para Ulises Diakos? ¿Un capricho momentáneo? ¿Una distracción?

Sin embargo, al recordar la vulnerabilidad que mostraban sus ojos cuando le había enseñado sus dibujos, Aria supo que había algo más. Pero no iba a ser ella la idiota que se lanzara al vacío sin paracaídas. Ya lo había hecho otras veces y se había dado un hostión.

Aria enderezó la espalda.

—Tranquilas, chicas. Os he escuchado alto y claro —dijo, con un brillo chispeante en los ojos—. No nací ayer. Me mantendré alerta y mantendré mi corazón a buen recaudo bajo siete llaves. Lo prometo.

—Y si se le ocurre romperte el corazón, le echamos laxante en el café para que se vaya por la pata abajo —añadió Xanna.

Aria no tuvo más remedio que reírse. Soltó una carcajada que resonó por toda *La Gaviota*. Dora y Xanna rieron con ella.

CAPÍTULO 30

Algunos días después, el destino (o la excusa perfectamente calculada de una firma pendiente en el anexo del contrato de arrendamiento de un local comercial) llevó a Ezio Marcetti de vuelta a Villa Penélope.

—Ya conoces el camino de salida, Ezio. Discúlpame si no te acompaño a la puerta, pero me cuesta bajar las escaleras —le había dicho Katerina al terminar de rubricar toda la documentación.

—Entre nosotros hay confianza, Katerina. No es necesario que me acompañes —respondió Ezio.

Con el maletín en la mano, Ezio salió de la casa y enfiló los pasos hacia el coche, aparcado en la zona habilitada para ello en uno de los laterales de la mansión.

El sol de la tarde comenzaba a descender, bañando el jardín de la villa en esa luz dorada que hacía que todo pareciera estar bajo un filtro cinematográfico. El aire olía a salitre, a tierra caliente y al dulzor embriagador de los jazmines.

Y vio a Aria.

Ezio detuvo sus pasos.

Aria estaba sentada en un banco de madera bajo la sombra de uno de los olivos. Llevaba un vestido de lino color mostaza que contrastaba con el tono de su piel, y tenía las piernas cruzadas, balanceando una sandalia en la punta del pie con un ritmo hipnótico.

Pero lo que realmente capturó la atención de Ezio no fue solo lo innegablemente guapa que estaba, sino su nivel de concentración. Estaba completamente absorta en un libro de tapa dura, con el ceño ligeramente fruncido y los labios apretados en una línea tensa. Al parecer, lo que leía era interesante.

Ezio reconoció la portada azul, blanca y dorada al instante. Una sonrisa ladeada asomó a sus labios. Ajustó la sujeción del maletín y se dirigió hacia ella con pasos silenciosos.

—Cuando llegues al capítulo quince, te aconsejo que respires hondo. El giro de guion es de los que provocan taquicardias —dijo, en un tono suave pero lo suficientemente alto para sacarla de su burbuja.

Aria dio un pequeño respingo, alzando la vista de golpe. Durante un segundo, sus ojos avellana mostraron el desconcierto de una persona que acaba de ser arrancada de golpe de las calles de una isla del Egeo para aterrizar de vuelta en la realidad. Luego, su mirada se enfocó en el hombre del traje impecable que la observaba desde el sendero.

—Por Dios, Ezio. ¿En la facultad de derecho os enseñan a acercaros sigilosamente a la gente para que no se note vuestra presencia o es un talento natural? —preguntó, llevándose una mano al pecho.

Ezio dejó escapar una carcajada.

—Es una asignatura optativa del tercer año —bromeó, dando un par de pasos más hasta quedar a un metro del banco—. Siento haberte asustado, pero no he podido resistirme.

—Ya veo —replicó Aria, marcando la página con un marcapáginas de papel y cerrando el libro sobre su regazo.

—Mi intención era despedirme. Pero entonces he visto lo que estabas leyendo.

Aria miró el libro de Ana Vasileiou y luego volvió a mirar a Enzo, arqueando una ceja con escepticismo.

—No me digas que lees novelas de misterio y humor negro. Te hacía más de leer el Boletín Oficial del Estado antes de dormir —bromeó.

—Eso ha dolido, Aria. —Ezio se llevó una mano al pecho, fingiendo indignación—. Tengo corazón, ¿sabes? —Sonrió—. De hecho, me lo leí la semana pasada. Me duró dos noches. Es imposible soltarlo.

Aria se reacomodó en el banco, de repente más interesada. La recomendación de Dora estaba resultando ser un éxito rotundo.

—¿De verdad? —preguntó, con una sonrisa asomando en las comisuras de los labios—. Entonces entenderás por qué estoy a punto de desarrollar una úlcera intentando descubrir quién envenenó al alcalde. Por favor, dime que no es la viuda. Sería un cliché demasiado obvio.

—Mis labios están sellados —respondió Ezio, guiñándole un ojo —. Pero te diré que Ana Vasileiou no hace clichés. La repercusión que está teniendo este libro es una locura. En Atenas no se habla de otra cosa en los cafés. De hecho... —Ezio hizo una pausa, mirando el espacio vacío en el banco junto a ella—. ¿Te importa si...? Mi maletín pesa toneladas y mis zapatos italianos no están diseñados para estar de pie sobre el césped mojado —dijo en broma.

Aria soltó una pequeña risa y se apartó un poco, haciéndole un gesto con la mano.

—Adelante. Salvemos tus zapatos italianos.

Ezio se sentó a su lado, dejando el maletín en el suelo. La distancia entre ellos era la correcta, pero Aria pudo percibir el aroma sutil de su colonia.

—Gracias —dijo él, estirando las piernas—. Como te decía, el libro es un fenómeno. Tengo un cliente en el sector audiovisual que

me comentó el otro día que hay una guerra de pujas por los derechos. Se rumorea que Netflix ya ha puesto una oferta astronómica sobre la mesa para hacer una miniserie.

—¿Una miniserie? —Aria abrió los ojos, emocionada—. Eso sería increíble. Aunque espero que no destrocen los diálogos. El sarcasmo de la protagonista es lo mejor de toda la novela.

—Estoy totalmente de acuerdo. Tiene una acidez maravillosa. —Ezio giró la cabeza para mirarla, apoyando el brazo en el respaldo del banco, lo que hizo que su postura fuera mucho más íntima y relajada—. ¿Eres de las que prefieren el libro a la película por sistema, o le das una oportunidad a las adaptaciones?

—Soy una purista del libro hasta que me demuestran lo contrario —confesó Aria, abrazando el tomo contra su pecho de forma protectora—. Me gusta imaginar las voces, los escenarios. Cuando ves una película, te imponen la visión de otra persona. Aunque, si te soy sincera, a veces una buena adaptación es la excusa perfecta para comer palomitas y criticar la elección del casting.

Ezio esbozó una amplia sonrisa, y Aria volvió a notar esos hoyuelos que le daban un aire juvenil.

—Me gusta tu filosofía. Crítica constructiva con carbohidratos. —Ezio la observó un momento. Sus ojos azules escudriñaron su rostro con curiosidad—. ¿Lees mucho? Aparte de misterios griegos que arrasan en ventas, me refiero.

—Leo todo lo que cae en mis manos. Es mi vía de escape —admitió Aria—. Fantasía, novela histórica, thrillers psicológicos... Si tiene muchas páginas y una buena trama, me lo leo. ¿Y tú? Aparte de leer la letra pequeña de los contratos para arruinarle la vida a la gente, claro.

—Oye, yo no le arruino la vida a nadie, yo protejo patrimonios —se defendió Ezio, riendo—. Y para tu información, soy un gran fan de la ciencia ficción. Asimov, Herbert, Philip K. Dick. Me relaja leer sobre

futuros distópicos y viajes espaciales. Supongo que hace que los problemas de herencias parezcan insignificantes comparados con una invasión alienígena.

—Ciencia ficción... —Aria ladeó la cabeza—. Vaya, el abogado de la familia es en realidad un friki de las naves espaciales. El mundo está lleno de sorpresas.

—Todos tenemos nuestros secretos —murmuró Ezio, y el tono de su voz bajó una octava, perdiendo un poco de broma y ganando algo mucho más magnético—. Solo hay que saber leer entre líneas.

Se quedaron mirándose un instante, el sonido de las cigarras y el roce del viento en las hojas del olivo llenaron el silencio.

Aria fue la primera en romper el contacto visual, bajando la mirada hacia la portada del libro con una sonrisa que no pudo reprimir.

—Bueno, señor Marcetti —dijo, recuperando su tono ligero—. Si me disculpas, tengo un asesinato que resolver antes de la hora de la cena.

CAPÍTULO 31

El sonido de los zapatos de cuero de Ulises resonaba con un eco rítmico y confiado contra el suelo de mármol del pasillo principal de Villa Penélope. Llevaba bajo el brazo una elegante carpeta de piel negra que contenía los documentos legales que, cada cinco años, tenía que firmar su abuela para ratificar su poder ejecutivo sobre las acciones que Katerina tenía en la empresa. Era un día de negocios. Un día de transacciones, firmas, sellos y eficiencia.

Su mente estaba configurada en modo empresarial: entrar, que Katerina firmara los papeles, tomarse un té rápido con ella y volver a la oficina en Atenas. Todavía tenía algunas cosas en las que trabajar antes de que acabara el día.

Sin embargo, Villa Penélope tenía la curiosa costumbre de desbaratar los planes de Ulises. Sobre todo, desde que Aria había llegado a ella.

Al pasar junto a los inmensos ventanales que daban al jardín, algo captó su atención periférica. Un destello de color mostaza.

Ulises detuvo su marcha, giró la cabeza y frunció el ceño.

Ahí, bajo la sombra de uno de los viejos olivos, estaba Aria. Llevaba un vestido ligero en tono mostaza y tenía un libro en el regazo. Pero no estaba sola. Sentado a su lado, con una postura que irradiaba una confianza relajada y distendida, estaba Ezio Marcetti. El abogado de la familia, y amigo de Ulises.

Ulises entrecerró los ojos, acercándose un paso más al cristal.

La escena parecía sacada de un anuncio de estilo de vida mediterráneo. Ezio estaba inclinado hacia Aria, diciendo algo que, a juzgar por la forma en que ella echó la cabeza hacia atrás para reír, debía de ser muy gracioso. Ulises notó cómo Ezio sonreía, exhibiendo esos malditos hoyuelos que, según tenía entendido, derretían a las secretarias del bufete.

Una punzada extraña, caliente y aguda, se instaló justo debajo de las costillas de Ulises.

—Las flores están preciosas en esta época del año, ¿no crees, Ulises?

La voz de su abuela sonó justo a su espalda, suave y cargada de una inocencia tan artificial que rozaba lo delictivo.

Ulises dio un respingo imperceptible, girándose para encontrarse con Katerina, que estaba de pie, con una sonrisa plácida y unos ojos que brillaban con la intensidad de un depredador que acaba de acorralar a su presa.

—*Yiayá* —la saludó Ulises, carraspeando para aclararse la garganta y ajustando la carpeta bajo el brazo en un intento de recuperar la compostura—. No te he oído llegar.

—A mi edad, uno aprende a moverse en silencio, cariño. Es la única ventaja de que los huesos ya no pesen —respondió Katerina, dando un paso para situarse junto a él frente al ventanal—. Aunque tú estabas... muy concentrado en la botánica.

Ulises apretó la mandíbula. Volvió a mirar hacia el jardín. Ezio acababa de hacer un gesto con las manos y Aria le sonreía con esa calidez natural suya que, a Ulises, por alguna razón que no quería analizar, le calentaba el pecho.

—Pensaba que Ezio venía a tratar asuntos de las propiedades —dijo, intentando que su tono sonara casual, como quien comenta el pronóstico del tiempo—. ¿No debería estar revisando contratos en lugar de tomar el sol?

Katerina rio bajo, un sonido que a Ulises le pareció de diversión. ¿Qué era lo que le parecía tan gracioso?

—Oh, ya hemos terminado con los contratos. Ezio es un muchacho muy eficiente. —Katerina hizo una pausa, ajustándose el chal sobre los hombros—. Supongo que ahora está... cultivando otro tipo de intereses.

—¿Intereses? —La palabra salió de la boca de Ulises antes de que su cerebro pudiera activar el filtro de control de daños.

—Bueno, es evidente, ¿no? —Katerina señaló con un leve movimiento de cabeza hacia el banco—. Míralos. Hacen una pareja estupenda. Ezio es joven, guapo, tiene una carrera brillante... y está soltero. Y Aria es, bueno, Aria es un soplo de aire fresco. Ezio me comentó el otro día que le parecía una chica de lo más «refrescante».

El sistema operativo del cerebro de Ulises pareció colapsar durante un segundo. *Error 404: Lógica no encontrada.*

¿Refrescante? ¿Qué clase de adjetivo era ese para describir a una persona? ¿Acaso Aria era una limonada? Ulises sintió que la temperatura de su cuerpo subía unos cuantos grados. Una sensación pesada, oscura y completamente irracional comenzó a expandirse por su pecho. Era como si alguien le hubiera inyectado plomo en las venas.

Trató de procesarlo. Él era un hombre de negocios. Un hombre de ciencia, de datos, de hechos contrastables. Si una empresa perdía valor, se reestructuraba. Si un contrato tenía fisuras, se renegociaba. Todo tenía una explicación.

Pero ¿qué cojones era aquello? ¿Qué le pasaba?

No era indigestión (como le decía a Tobías). No era estrés. Eran... ¿celos?

La palabra apareció en su mente como un letrero de neón parpadeante y Ulises quiso golpearse la cabeza contra el cristal.

No, imposible. Él no sentía celos. Los celos eran una emoción ineficiente, primitiva, propia de adolescentes inseguros o de protagonistas de telenovelas cursis. Él no tenía ningún derecho sobre Aria. Ella era la cuidadora de su abuela. Una empleada. Una mujer con la que apenas había cruzado un puñado de conversaciones que, en su mayoría, habían consistido en ella sacándolo de quicio. O vacilándolo.

Pero al ver cómo Ezio se inclinaba un poco más cerca de ella, Ulises sintió un impulso casi cavernícola de salir al jardín, agarrarlo por las solapas de la chaqueta del traje y lanzarlo por encima del muro de piedra de la villa. Lanzarlo lejos. Muy lejos.

—No creo que sea apropiado —soltó de repente. Su voz sonó un poco más ronca de lo normal.

Katerina lo miró de reojo, disfrutando del espectáculo con satisfacción. Estaba asistiendo a una obra de teatro que ella misma dirigía.

—¿El qué no es apropiado? —preguntó.

—Que el abogado de la familia intente... cortejar a tu empleada en horas de trabajo —argumentó Ulises, aferrándose a la primera excusa que encontró flotando en el caos de su mente—. Es poco profesional. Podría generar un conflicto de intereses. Podría... distraerla de sus obligaciones.

Katerina soltó un bufido.

—Por el amor de Dios, Ulises. Aria está en sus horas de descanso. Y Ezio ya ha terminado su trabajo. Además, estamos en Grecia, no en un monasterio del siglo XII de la Inglaterra profunda. La gente joven flirtea. Es la ley de la vida. Deberías probarlo alguna vez, te relajaría esa postura de estatua de mármol que tienes.

Ulises se quedó sin palabras. Abrió la boca para replicar, para soltar algún argumento sobre la ética laboral o la responsabilidad, pero se dio cuenta de que sonaría exactamente como el idiota amargado que su abuela insinuaba que era.

Volvió a mirar por la ventana, sintiéndose incómodo en su propia piel. No le gustaba no tener el control. Y en ese momento, sus emociones estaban al volante, conduciendo a doscientos cincuenta kilómetros por hora hacia un precipicio.

Pero en ese momento, Ezio se puso en pie. Recogió su maletín, le dedicó una última sonrisa deslumbrante a Aria, levantó una mano a modo de despedida y comenzó a caminar por el sendero hacia el coche.

Ulises soltó el aire que, sin darse cuenta, había estado reteniendo en los pulmones.

Fue físico.

Una ola de alivio le recorrió el cuerpo. El nudo en el estómago se deshizo, el plomo de sus venas se evaporó y su ritmo cardíaco volvió a una frecuencia normal.

Ezio se iba. Aria volvía a abrir su libro, sola en el banco.

Ulises tragó saliva, dándose cuenta de la gravedad de su propia reacción. No le importaba la ética laboral. No le importaba el puto conflicto de intereses. La verdad era que, por alguna razón que escapaba a toda su lógica y raciocinio, simplemente no soportaba la idea de que Ezio Marcetti (ni ningún otro hombre, si era sincero consigo mismo) estuviera cerca de Aria.

—Bueno —dijo Katerina, rompiendo el silencio con un tono ligero y cantarín, como si no acabara de detonar una bomba nuclear en la cabeza de su nieto—. Supongo que traes los documentos del traspaso de poderes para que los firme, ¿verdad?

Ulises parpadeó, apartando la vista del jardín con esfuerzo para mirar a su abuela. Katerina le sonreía con una expresión de triunfo en la boca.

—Sí —logró decir él. Sonaba un poco desconectado—. Los documentos. Exacto.

—Perfecto. Vamos al despacho. —Katerina se dio la vuelta y comenzó a caminar por el pasillo, pero antes de alejarse, se detuvo y miró a Ulises por encima del hombro—. Por cierto, Ulises... si alguna vez decides que quieres aprender algo sobre botánica, o sobre cómo apreciar las flores... asegúrate de no llegar tarde. A veces, otros se llevan los mejores ejemplares.

Y con aquella última estocada, Katerina reanudó su marcha, dejando a Ulises solo en el pasillo, con una carpeta en las manos, y la absoluta certeza de que su abuela no hablaba de jardinería.

CAPÍTULO 32

La cocina de Villa Penélope era, en muchos sentidos, el verdadero centro de operaciones de la mansión. Un lugar donde las tretas y los planes se cocinaban a fuego lento, entremezclados con el aroma a ajo doradito, albahaca fresca y aceite de oliva.

Aquella mañana, sin embargo, al olor del sofrito que burbujeaba en la olla se le sumaba un matiz inusual, el aroma a tierra húmeda y abono.

En un extremo de la inmensa mesa central de roble macizo, Matilde picaba cebollas tratando de no llorar. En el otro extremo, sobre una generosa capa de hojas de periódicos viejos, Katerina hundía las manos enguantadas en un saco de turba negra, trasplantando con mimo una delicada orquídea a una maceta de terracota esmaltada.

Era una estampa curiosa, pero para ellas, absolutamente normal. Sus reuniones en la cocina eran el equivalente a las cumbres del G8, solo que con decisiones mucho más trascendentales sobre el destino de los habitantes de la casa.

—Tendrías que haberle visto la cara, Matilde —comentó Katerina, rompiendo el cómodo silencio. Su tono era casual, pero sus ojos brillaban con la chispa peligrosa y divertida de un niño que acaba de encender la mecha de un petardo y espera a que explote—. Fue un poema. No, qué digo un poema... Fue una tragedia griega en tres actos, comprimida en diez segundos.

Matilde detuvo el cuchillo en el aire, apartó un mechón de pelo medio encanecido que se le había escapado del moño con el dorso de la mano y alzó una ceja.

—¿Ulises? —preguntó, aunque conocía perfectamente la respuesta.

—El mismísimo. El Ogro de la Colina. El rey de las finanzas. —Katerina soltó una risilla encantada mientras apisonaba la tierra alrededor de las raíces de la planta con los pulgares—. Llegó pavoneándose con sus carpetas y su aura de CEO implacable, y de pronto... ¡pum! Miró por la ventana y vio a nuestra querida Aria en el jardín.

—¿Y eso le molestó? —Matilde echó la cebolla picada a la sartén.

El siseo del aceite caliente llenó la cocina.

—Le habría dado igual si ella hubiera estado sola, leyendo alguno de sus libros. Pero resulta que estaba muy bien acompañada por Ezio. Y ya conoces a Ezio. Si la sonrisa de ese chico fuera un recurso natural, podríamos iluminar toda Ítaca con ella. Estaban riendo, charlando... muy juntos.

Matilde se apoyó en la encimera, con la cuchara de madera en la mano, y una sonrisa cómplice empezó a dibujarse en su rostro.

—No me digas que Ulises se puso celoso.

—¿Celoso? Matilde, por un momento temí que le fuera a dar un ictus allí mismo. —Katerina soltó una carcajada, limpiándose un poco de tierra en el delantal que llevaba sobre la elegante blusa—. Se quedó rígido como una tabla. Empezó a balbucear cosas sobre la ética profesional, sobre cómo Ezio no debería distraer a los empleados... ¡Excusas de libro barato! Y yo, por supuesto, no pude resistirme. Le dije que hacían una pareja estupenda, que Ezio estaba soltero y que Aria era un soplo de aire fresco.

Matilde negó con la cabeza, riendo por lo bajo mientras volvía a remover el sofrito.

—Katerina... eres verdaderamente maquiavélica. Jugar así con la mente del pobre chico —dijo.

—¡Tonterías! —Katerina agitó una mano en el aire, desestimando la acusación con un gesto teatral—. En el amor y en la guerra todo vale, mi querida amiga. Y esto, te lo aseguro, es una guerra para salvar a mi nieto de morir de aburrimiento crónico. Además, te garantizo que surtió efecto. Cuando Ezio por fin se fue, a Ulises le volvió el color a la cara. Fue como si le hubieran quitado un yunque del pecho.

Matilde asintió, pensativa, bajando el fuego de los fogones. El aroma a tomate frito y especias invadía cada rincón, creando una atmósfera cálida y hogareña que contrastaba cómicamente con las maquinaciones de la dueña de la casa.

—Hacen buena pareja, ¿verdad, Katerina? —murmuró, mirando hacia la ventana que daba al jardín, como si pudiera verlos allí—. Ulises es un buen chico. Un poco gruñón, sí, y a veces parece que se ha tragado el palo de la escoba, pero tiene buen corazón. Solo necesita a alguien que le enseñe a reírse un poco. A ver la vida de otra manera.

—Están hechos el uno para el otro, Matilde. Lo he sabido desde el primer día que los vi en la misma habitación —afirmó Katerina con rotundidad, tomando una pequeña regadera para humedecer la tierra de su orquídea recién trasplantada—. Aria tiene esa luz, esa insolencia educada que lo descoloca por completo. Y él... bueno, él le da a ella esa sensación de seguridad que tanto necesita, aunque ninguno de los dos sea lo bastante inteligente todavía para darse cuenta.

Katerina dejó la regadera, bajó el tono de voz, y se inclinó hacia Matilde como si temiera que alguien pudiera oírla.

—Pero te diré algo más. Lo del jardín solo ha sido el empujón final. La dinamita ya estaba puesta desde hace días —dijo.

Matilde se acercó, secándose las manos en el delantal, con los ojos brillando con un destello de curiosidad.

—¿A qué te refieres?

—Al día de los dibujos —susurró Katerina, alzando las cejas para darle énfasis al asunto—. El día que Ulises le enseñó sus antiguos cuadernos de dibujos a Aria.

—¡Ah, sí! Recuerdo que ese día Ulises no se quedó a comer, dijo que tenía una reunión muy importante o algo así.

—Una reunión importante, mis narices —bufó Katerina, con una sonrisa astuta—. Pasó algo, Matilde. Estoy absolutamente segura. No sé el qué, porque no estaba allí, pero pongo la mano en el fuego a que saltaron chispas entre ellos. Me atrevería a decir incluso que estuvimos a milímetros de un beso.

—¿Un beso? ¿En serio? —repitió Matilde, incrédula.

—Sí, un beso.

—¿Y no has tratado de sonsacárselo a Aria? Sueles ser muy... persuasiva.

—¡Lo he intentado! —Katerina alzó las manos en un gesto de frustración—. He lanzado indirectas, he preguntado por el estudio, por los dibujos, por la temperatura de la habitación... pero nada. Aria me sonríe con esa carita de ángel que tiene, me cambia de tema y me ofrece más té. Es escurridiza como una anguila.

Matilde rio.

—¿Y Ulises?

—¿Ulises? Por favor. Mi nieto es una tumba con candado y clave alfanumérica. Si le pregunto algo personal, me recita el índice bursátil del día para despistarme. —Katerina suspiró, aunque su sonrisa no vaciló—. Pero no necesito que me lo cuenten. Los vi en el

pasillo poco después de que salieran del estudio. Sus caras hablaban por sí solas.

Matilde se apoyó en la encimera, fascinada.

—¿Cómo estaban?

—Aria estaba roja como uno de esos tomates que estás cocinando. Y respiraba un poco más rápido de lo normal, como si acabara de subir las escaleras corriendo. Y Ulises... —Katerina soltó una risa deliciosa, recordando la escena—. Ulises parecía que acababa de ver a un fantasma. O a una diosa del Olimpo. No lo sé muy bien. Tenía los ojos desorbitados y miraba a la nada con cara de no saber ni cómo se llamaba. Había una tensión entre ellos que se podía cortar con uno de tus cuchillos de trinchar.

Matilde soltó una sonora carcajada sin poder contenerse, y volvió a remover el guiso.

—Ay, Katerina... El amor es ciego, pero los que están alrededor lo ven todo en alta definición.

—Exactamente, mi querida Matilde. Exactamente —Katerina se quitó los guantes de las manos con elegancia, dando por finalizada su labor de jardinería—. Nosotras solo tenemos que sentarnos, preparar buena comida, mantener las plantas vivas y dejar que el amor haga su trabajo. Porque caerán. Vaya si caerán.

Ambas mujeres intercambiaron una mirada cargada de complicidad. Sonrieron.

CAPÍTULO 33

La luz de la mañana se filtraba a través de las cortinas de lino blanco de la habitación de Katerina, pintando franjas doradas sobre las sábanas de algodón. Sin embargo, la habitual energía arrolladora de la matriarca brillaba por su ausencia. En su lugar, un inusual silencio reinaba en la estancia.

Aria, que había entrado con la bandeja del desayuno, se detuvo en seco al pie de la inmensa cama con dosel. Katerina no estaba sentada frente al espejo cepillándose el pelo con su vigor habitual, ni estaba leyendo la prensa económica para buscar excusas con las que atormentar a su nieto. Estaba recostada contra los almohadones, con las mejillas encendidas con un rubor febril y el ceño fruncido en una expresión de dolor.

—Katerina, ¿te encuentras bien? —preguntó Aria, dejando la bandeja sobre la mesita de noche con un leve tintineo de la porcelana.

—Sí.

Aria acercó el dorso de la mano a la frente de Katerina y casi dio un respingo. Irradiaba calor como un pequeño radiador.

—Estoy perfectamente —graznó Katerina, aunque su voz carecía de su habitual energía—. Solo es un poco de calor. Esta casa retiene la humedad de una forma espantosa.

—Claro, el calor. A primera hora de la mañana y con el aire acondicionado puesto —replicó Aria, sacando un termómetro digital

del cajón de los suministros médicos con una expresión en el rostro que decía que no aceptaría excusas—. Levanta el brazo, por favor. O te lo pongo en el trasero. Tú elijes.

Katerina la fulminó con la mirada, pero levantó el brazo con un suspiro sonoro, casi teatral. Unos segundos después, el aparato emitió un pitido.

—Treinta y ocho y medio —leyó Aria, alzando las cejas—. Voy a llamar al médico —dijo, sacando el móvil del bolsillo trasero de su pantalón.

—¡Ni se te ocurra, niña! —protestó Katerina, intentando incorporarse, aunque un leve mareo la obligó a recostarse de nuevo —. He sobrevivido a la Guerra Civil griega, a la Segunda Guerra Mundial y a la pandemia de COVID-19. Un poco de fiebre no me matará. Seguramente es solo cansancio.

En ese momento, la puerta de la habitación se abrió y Matilde entró, llevando una jarra de zumo de naranja para agregar al desayuno. Miró a Katerina, después a Aria y vio el termómetro en su mano.

—¿Qué pasa? —preguntó, acercándose a la cama. Al ver de cerca el rostro colorado de Katerina, se llevó la mano a la boca—. Ay, madre mía. Katerina, tienes la cara del color de mis pimientos morrones.

—Matilde, por favor, dile a esta jovencita exagerada que guarde el teléfono. Quiere llamar al médico por unas décimas de fiebre.

—No tiene solo unas décimas, tiene treinta y ocho grados y medio —matizó Aria.

Katerina la miró de reojo con cara de pocos amigos.

—Respaldo totalmente a Aria —aseveró Matilde sin un ápice de duda, y se colocó junto a la cama como un guardia—. De hecho, si no llama ella, llamaré yo. Y sabes que yo llamo al doctor Kostas, el que le da esas pastillas para chupar que saben a tiza —añadió.

—¡Sois unas traidoras! ¡Esto es una conspiración de mis empleadas en mi propia casa! —Katerina cruzó los brazos, ofendida, haciendo un puchero que resultaba cómico en una mujer de su edad.

Aria no pudo evitar reír. Se sentó en el borde de la cama, mirando a Katerina con una mezcla de cariño y diversión.

—¿Sabes una cosa? —dijo, ladeando la cabeza, mientras tecleaba el número de la consulta médica en su móvil—. Cuando frunces el ceño de esa manera y te pones así de terca, te pareces muchísimo a tu nieto. Sois exactamente igual de gruñones. Solo te falta la corbata de seda y la carpeta de cuero negro bajo el brazo para ser un clon de Ulises.

Katerina abrió los ojos como platos, casi escandalizada con la comparación.

—¡Habrase visto! Yo tengo muchísimo más estilo que Ulises. Y mi sentido del humor es legendario, no como el suyo, que no tiene. Ulises tiene la flexibilidad emocional de un poste de telefonía. ¡Compararme con él! Eso sí que me ha subido la fiebre.

Aria y Matilde se miraron, tratando de contener la risa. Si Katerina no existiera, habría que inventarla.

Mientras Matilde se quedaba aplacando su mal humor con un paño frío en la frente y la promesa de un caldo de pollo que resucitaba a los muertos, Aria salió al pasillo. Una vez que terminó de hablar con el médico, buscó en su agenda el contacto de Ulises. Sabía que él la mataría si no le avisaba, por muy leve que fuera el asunto. Y Aria no quería despertar a la bestia.

A kilómetros de allí, en la planta superior del rascacielos de cristal y acero de Diakos Corporation, Ulises presidía una reunión de

la junta directiva. Estaba en pleno desglose de los márgenes de beneficio del último semestre, proyectando una gráfica en la pantalla gigante, con su habitual expresión de hombre implacable, cuando su teléfono, que descansaba bocabajo sobre la mesa ovalada, vibró.

Ulises ignoraba las llamadas durante las juntas. Era una regla de oro. Pero por el rabillo del ojo, al girar el aparato, vio el nombre en la pantalla: Aria.

El corazón le dio un vuelco, saltándose un latido. Ella nunca llamaba a menos que...

—Disculpen un momento —dijo, cortando en seco al director financiero. Sin esperar respuesta, agarró el teléfono y salió de la sala de juntas a zancadas, dejando a doce ejecutivos parpadeando en silencio—. ¿Aria? ¿Pasa algo? —dijo al cogerlo, ya fuera de la sala.

Las preguntas sonaron tensas.

—Buenos días, señor Diakos. Siento interrumpirlo —comenzó Aria. Su voz al otro lado sonaba tranquila, lo cual redujo el nivel de alerta de Ulises de 5 a 1—. No se asuste, no ha pasado nada grave, pero su abuela ha amanecido con fiebre.

—¿Fiebre? ¿Cuánta? ¿Está consciente? ¿Has llamado a una ambulancia? —Las preguntas salieron disparadas de su boca como balas. Su mente, tan analítica, ya estaba calculando rutas hacia el hospital más cercano.

—Tranquilo, respire —rio Aria con suavidad. Un sonido que tuvo el extraño efecto de aflojar el nudo en el estómago de Ulises—. Tiene treinta y ocho grados y medio. Está consciente y quejándose de que Matilde y yo somos unas traidoras. Ya he llamado al médico, viene de camino.

—Salgo para allá —afirmó Ulises de inmediato.

—Señor Diakos, no hace falta que deje el trabajo, de verdad, está controlada...

—Llego en una hora. —Ulises colgó sin esperar réplica.

Aria se quedó mirando el móvil, desconcertada.

Ulises volvió a entrar en la sala de juntas, recogió su documentación, la metió rápidamente en el maletín y miró a su equipo.

—La reunión ha terminado. Envíenme los informes a mi correo electrónico —dijo.

Y sin dar más explicaciones, se giró y desapareció por la puerta.

Después se dirigió al ascensor. Una vez dentro, pulsó el botón que lo catapultó directamente hacia la azotea del rascacielos.

Las puertas de acero se abrieron con un siseo, revelando el helipuerto bañado por el sol cegador de la mañana y, posado en el centro de la H blanca, su helicóptero negro brillante. Normalmente, para Ulises, pilotar era una vía de escape, un momento de paz, pero en aquel instante, la adrenalina le corría por las venas a una velocidad vertiginosa.

Se saltó los saludos protocolarios con el personal de mantenimiento, subió a la cabina de un salto y se colocó los auriculares con micrófono. Sus manos volaron con urgencia sobre el panel lleno de botones, encendiendo los sistemas. En cuestión de un minuto, el rugido ensordecedor de las aspas comenzó a cortar el aire.

El despegue fue impecable, como todo lo que hacía Ulises, pero la trayectoria fue directa y agresiva. Dejó atrás la jungla de asfalto y hormigón de la capital, poniendo rumbo al oeste, hacia el azul profundo del mar Jónico.

Mientras sobrevolaba el golfo de Corinto, la preocupación le latía en las sienes al mismo ritmo frenético que los rotores del helicóptero. Katerina era fuerte, sí. De hecho, Ulises estaba convencido de que, si la mismísima Parca llamara a la puerta de Villa Penélope, su abuela la obligaría a limpiarse los zapatos en el felpudo antes de entrar, y le discutiría la letra pequeña del contrato de defunción hasta obligarla a irse con dolor de cabeza. Sí, su *yiayá* era

así. Pero los años no perdonaban, y la sola idea de que algo grave le pasara a la mujer que lo había criado le revolvía las entrañas, rompiendo por completo su fachada de hielo.

En Villa Penélope, el médico ya había llegado. Era un hombre afable, de gafas redondas y maletín de cuero desgastado, que conocía a Katerina desde hacía años y que estaba, afortunadamente, inmunizado contra sus quejas. Katerina era una persona extraordinaria, pero muy mala paciente.

Tras una revisión exhaustiva en la habitación, mientras Aria y Matilde esperaban expectantes junto a la puerta, el médico guardó su estetoscopio con una sonrisa tranquilizadora.

—Bueno, mi querida Katerina. Su corazón suena como un reloj suizo y sus pulmones están perfectos —anunció.

—Se lo he dicho a estas dos exageradas —murmuró Katerina, lanzando una mirada de triunfo a Aria y Matilde—. ¿Veis? Estoy como una rosa.

—Una rosa con una infección de orina, me temo —puntualizó el médico, ajustándose las gafas—. Es muy común, pero causa esa fiebre tan molesta y el malestar general.

Katerina dejó caer la cabeza contra las almohadas, poniendo los ojos en blanco con una mueca de fastidio.

—Infección de orina. Por el amor de Dios. Qué falta de glamour. Si una va a caer enferma, al menos que sea de algo más poético, como melancolía victoriana o un desmayo por exceso de calor. Pero no, mi vejiga decide tener protagonismo. Qué… infamia.

Aria se mordió el labio inferior para no reírse a carcajadas. Después se acercó al médico para recibir las instrucciones pertinentes.

—Nada de qué preocuparse —dijo él, sacando su talón de recetas—. Le prescribiré un antibiótico de amplio espectro. Una pastilla cada ocho horas durante siete días. Y mucha hidratación. Necesito que beba líquidos constantemente. Zumos, infusiones, agua...

—Me voy a pasar el día en el baño —gruñó Katerina desde la cama.

—Esa es exactamente la idea —replicó el médico con buen humor, entregándole la receta a Aria—. Reposo un par de días y estará organizando la vida de todos para el fin de semana.

El eco de los pasos apresurados de Ulises por el pasillo sonaba como el preludio de una invasión militar. Cuando irrumpió en la habitación, casi arrancando la puerta del marco, llevaba consigo la energía de un tornado. Tenía el pecho agitado, la corbata aflojada como si de repente le asfixiara, y un mechón de pelo oscuro caía por su frente.

Se detuvo en seco a los pies de la inmensa cama con dosel. Sus ojos escanearon a su abuela de arriba abajo, buscando vías intravenosas, mascarillas de oxígeno o cualquier señal del apocalipsis que su mente había imaginado durante el trayecto hasta Ítaca.

En su lugar, se encontró con Katerina recostada contra una montaña de almohadones de pluma de ganso, envuelta en un camisón de seda de color blanco. Tenía las mejillas ligeramente sonrosadas por la fiebre, sí, pero su mirada conservaba el brillo afilado de una guillotina recién pulida. A su lado, Aria sostenía un vaso de agua y una caja de pastillas, mientas observaba su entrada con una mezcla de fascinación y diversión mal disimulada.

—*Yiayá* —exhaló Ulises, acercándose a la cama con zancadas que devoraron la distancia en un segundo. Se sentó en el colchón, agarrando las manos de Katerina—. ¿Qué ha pasado? ¿Cómo te

sientes? Dímelo todo. ¿Dónde está el médico? ¿Por qué no está aquí? Puedo traer a los mejores especialistas de Atenas, de Europa si hace falta...

Katerina lo miró con indulgencia, como si su nieto fuera un cachorro que tropieza con sus propias patas.

—Ulises, cariño, suéltame que me estás cortando la circulación —dijo con su característico humor negro—. Y deja de mirarme como si estuviera a punto de dictarte mis últimas voluntades. No te vas a librar de mí tan fácilmente.

—Pero Aria me ha llamado... me ha dicho que tenías fiebre. — Ulises parpadeó, girando la cabeza hacia Aria, buscando respuestas.

Aria le ofreció una sonrisa tranquilizadora, de esas que se usan para calmar a los leones en el circo.

—El médico acaba de irse —comenzó a explicar—. Katerina tiene una infección de orina. Eso es todo. Es lo que le provoca la fiebre y el malestar.

—¿Una... infección de orina? —repitió Ulises, vocalizando cada sílaba como si estuviera aprendiendo un idioma nuevo—. Pero ¿está bien? —quiso cerciorarse.

Aria le tendió a Ulises la receta médica, como si fuera un tratado de paz.

—El médico le ha recetado antibiótico —dijo—. Una pastilla cada ocho horas y mucho líquido. En un par de días estará como nueva, aunque ahora mismo está enfadada con el mundo porque la hemos condenado a beber agua como si fuera un camello en un oasis.

Ulises se puso en pie lentamente. Se cruzó de brazos, adoptando su mejor postura de presidente de junta directiva, y frunció el ceño.

—Hay que tener más cuidado —aseveró, pasando la mirada de Katerina a Aria como si ambas fueran empleadas que acababan de perder un cliente millonario—. Es por esos paseos que dais.

—¿Qué paseos? —preguntó Aria, parpadeando.

—Los paseos por la playa al caer la tarde —acusó Ulises, señalando hacia la ventana—. Salís cuando el sol se mete. Hace fresco. La brisa marina engaña, baja la temperatura de golpe. ¡Mi abuela ha cogido frío! —Miró a Katerina—. Te lo he dicho mil veces, abuela, el relente del mar es traicionero. No deberíais salir a esas horas sin ir bien abrigadas. ¡Es una irresponsabilidad!

Aria se mordió el interior de la mejilla con tanta fuerza que le dolió, luchando de forma titánica con ella misma para no soltarle a Ulises lo que se le estaba pasando por la cabeza.

Katerina, por su parte, no tuvo tanta piedad. Lanzó un suspiro largo y cargado de infinita paciencia.

—Ulises, luz de mis días, heredero de mi imperio y, aparentemente, poseedor de un título de medicina del siglo XIX... —empezó Katerina, alzando una ceja blanca—. Estamos a finales de julio. El relente del mar del que hablas está a veinticinco grados centígrados. Si salgo con una chaqueta de punto a pasear por la playa, no cogeré frío, moriré por combustión espontánea.

—Pero el cambio de temperatura... —intentó argumentar él.

—Las infecciones de orina son causadas por bacterias, Ulises, no por mirar románticamente la puesta de sol una tarde fresca —lo interrumpió su abuela—. Mi vejiga no se ha resfriado. Es una molestia común, mundana y tremendamente aburrida. Así que hazme el favor de guardar tu instinto de protección y tu dramatismo griego para los pasillos de tu empresa.

Aria, incapaz de contenerse más tiempo, dejó escapar una risilla. Ulises giró el rostro y la fulminó con la mirada, pero ella no se inmutó.

Ulises se pasó una mano por el pelo alborotado. Toda su imponente fachada de hombre de negocios implacable se había desmoronado frente a su abuela y una chica que lo miraba con ojos llenos de diversión.

—Vale. De acuerdo. Me he pasado un poco —aceptó finalmente, exhalando un suspiro. Se sentó en el borde de la cama—. Es que… me he asustado.

El tono de voz de Ulises bajó una octava, volviéndose ronco, vulnerable. Katerina suavizó la mirada al instante. Toda la ironía desapareció de sus ojos, dejando solo un amor profundo y maternal. Extendió la mano y acarició la mejilla de su nieto, notando la incipiente barba que empezaba a despuntar en la mandíbula.

—Lo sé, cariño. Lo sé —murmuró con dulzura—. Pero mala hierba nunca muere. Tendrás que soportarme unas cuantas décadas más.

—Eso espero —replicó Ulises, esbozando por fin una media sonrisa—. De todas formas, me quedaré aquí hasta que la infección remita —anunció.

Katerina iba a replicar. No le gustaba que la trataran como si estuviera a punto de morirse, pero tener dos o tres días a Ulises en la casa le encantaba. Además, le vendría bien para sus planes. No había mal que por bien no viniera. O eso decían.

Matilde llamó a la puerta y entró.

—¿Alguien quiere que le traiga un café? —preguntó. Porque creo que os va a venir bien a todos, y Katerina necesita empezar su maratón de líquidos.

—Un café negro, por favor. Fuerte —pidió Ulises.

—Yo un descafeinado —habló Aria.

—Y a mí tráeme agua, supongo —refunfuñó Katerina, volviendo a su papel de paciente indignada—. Ten piedad de mí y ponle una rodaja de limón. Si voy a pasarme el día en el baño, al menos que el viaje tenga un toque cítrico.

Matilde sacudió la cabeza.

—Ahora mismo os lo traigo.

CAPÍTULO 34

El salón principal de Villa Penélope, decorado con antigüedades invaluables, cortinas de lino y un perenne olor a cera y madera, había sido reconquistado. En menos de media hora, Ulises lo había transformado en la sede no oficial de su imperio empresarial. Al parecer, y como había hecho saber a toda la casa. El wifi iba como una mierda en su despacho, y él necesitaba wifi para trabajar.

El epicentro de aquella invasión era la inmensa mesa de caoba de la estancia, sobre la cual descansaba, casi como un insulto a la tecnología moderna, un viejo ordenador portátil que él mismo había abandonado allí hacía al menos cinco años, durante unas vacaciones que juró que serían de desconexión (pero que no lo fueron).

Ulises pulsó el botón de encendido y el aparato respondió con un zumbido asmático, seguido del rugido de un ventilador que sonaba sospechosamente parecido a su helicóptero.

Mientras esperaba a que el dinosaurio cibernético decidiera arrancar, se aflojó un poco más el nudo de la corbata y se desabrochó el primer botón de la camisa. Estaba a punto de ir a la cocina a buscar un segundo café cuando su teléfono móvil, apoyado sobre la mesa, comenzó a sonar.

En la pantalla podía leerse el nombre de Tobías.

Ulises descolgó y se llevó el teléfono a la oreja, dejándose caer en una de las sillas de respaldo alto.

—Dime que estás vivo, que no te han secuestrado los servicios secretos y que hay una explicación lógica para tu huida —disparó Tobías a modo de saludo, sin molestarse en decir «hola». Su voz sonaba a medio camino entre la broma y la desesperación—. Dimitris me acaba de llamar al borde de un ataque de nervios. Dice que estabais en mitad de la presentación del desglose de los márgenes de beneficio del último semestre, recibiste una llamada, saliste de la sala, entraste pálido como si hubieras visto al fantasma de Sócrates, cogiste tu maletín y saliste corriendo de la sala de juntas sin decir nada más que la reunión había terminado. Dimitris cree que la empresa está en quiebra.

Ulises se pinzó el puente de la nariz, cerrando los ojos. El recuerdo de la reunión de esa mañana le parecía de otra vida.

—La empresa está perfectamente, Tobías. Dimitris es un exagerado que necesita tomarse una tila —suspiró Ulises, apoyando el codo en la mesa—. Ha sido una emergencia familiar.

El tono de Tobías cambió al instante, perdiendo toda la ironía.

—¿Katerina? ¿Qué ha pasado? ¿Estáis en el hospital? ¿Necesitas que movilice el avión de la empresa para llevar a algún especialista desde Atenas?

—No, no, frena. Estamos en Villa Penélope. —Ulises hizo una pausa—. Tiene una infección de orina.

Hubo un silencio al otro lado de la línea, y fue tan largo que Ulises pensó que se había cortado la llamada. Luego, escuchó un sonido extraño, como el de alguien atragantándose con su propia saliva.

—¿Me estás diciendo que has salido cagando leches de la reunión con la junta directiva, que has dejado a Dimitris hiperventilando en una bolsa de papel y has cruzado el cielo como si fueras un caza de combate... por un problema de vejiga? —dijo Tobías.

—Aria me llamó antes de saber el diagnóstico, diciendo que mi abuela tenía fiebre alta y que estaba en la cama. Tiene ochenta y cuatro años, Tobías. Mi cerebro no se paró a considerar que tuviera un problema urológico leve, ¿vale? —se defendió Ulises, gruñendo.

—Los controladores aéreos de Atenas todavía deben estar llorando por el susto que les has dado —se burló su amigo—. Eres un exagerado, Ulises. Pero me alegro de que Katerina esté bien. Supongo que ahora estará torturando a Aria y negándose a beber agua.

—Eso es lo que está haciendo, sí —respondió Ulises—. Tobías, me voy a quedar aquí unos días. Hasta que la infección y la fiebre desaparezcan y deje de mirar a todo el mundo con intenciones homicidas. Trabajaré desde aquí. ¿Puedes encargarte de la empresa?

—Por supuesto. Hablaré con la junta y le diré a Dimitris que no hace falta que salte por la ventana —repuso Tobías—. Tú relájate, respira brisa marina y, por favor, no intentes morder a nadie. El villano de la novela eres tú.

Ulises puso los ojos en blanco.

—No prometo nada —dijo—. Pásame los informes de la filial logística, tengo una videollamada con ellos en diez minutos. Hablamos luego.

—Ok, hasta luego —se despidió Tobías.

Ulises colgó, dejó el móvil a un lado y clavó la mirada en la pantalla del portátil, que por fin había decidido mostrar el escritorio. En cuestión de segundos, el nieto preocupado por su abuela se evaporó en el aire salado de Ítaca, dando paso al depredador empresarial.

Un par de horas más tarde, Aria caminaba por el pasillo, llevando en las manos una bandeja de madera con el quinto vaso de agua con limón para Katerina, además de unas galletas de avena con pasas que esperaba que suavizaran su humor. Al acercarse a las

puertas dobles del salón, que estaban entreabiertas para dejar correr la brisa, la voz de Ulises la hizo detenerse.

Aria se asomó con disimulo por la rendija de la puerta, tratando de que no la viera.

Ulises estaba inmerso en una videollamada. Su postura había cambiado por completo. Estaba inclinado hacia adelante, con los codos apoyados en la mesa y las manos entrelazadas bajo la barbilla en una pose de poder absoluto. Sus ojos, fijos en la cámara del viejo portátil, parecían capaces de fulminar a quienquiera que estuviera al otro lado de la pantalla.

—No me interesan las proyecciones optimistas, Damián, me interesan los números reales —estaba diciendo, con una calma que resultaba mil veces más intimidante que un grito a pleno pulmón—. Habéis tenido tres semanas para cerrar ese acuerdo de distribución. Si la excusa que me vas a dar incluye la palabra «imprevisto», te sugiero que apagues la cámara ahora mismo y vayas recogiendo las cosas de tu despacho.

Aria parpadeó varias veces seguidas, fascinada y ligeramente sobrecogida. Todo a la vez. El contraste era vertiginoso. El hombre que hacía un rato había estado a punto de sufrir un colapso nervioso porque su abuela tenía fiebre, estaba ahora despellejando vivo a un alto ejecutivo sin alterar siquiera su ritmo cardíaco.

—Quiero el informe reestructurado en mi bandeja de entrada antes de las cinco —continuó Ulises, implacable, sin levantar la voz ni un decibelio—. Y si los márgenes de beneficio no coinciden con lo que acordamos en la junta, no te molestes en enviarlo. ¿Ha quedado claro? Perfecto.

Aria sintió un pequeño escalofrío recorriéndole la espalda y tragó saliva. A menudo, en el día a día de la mansión, entre los cuidados a Katerina, los paseos por la playa y las tazas de té, a Aria se le olvidaba un pequeño gran detalle: aunque ella no trabajaba en las oficinas de la empresa de Atenas, Ulises era su jefe. El mismo que ahora amenazaba a uno de sus empleados con despedirle.

Ella no lidiaba con él todos los días, pero el hombre que estaba al otro lado de esa puerta era el dueño del circo. El gran jefe. El que pagaba su salario y el que, con un simple chasquido de esos dedos que en aquel momento tamborileaban sobre la madera de la mesa, podía dejarla en la calle.

Era intimidante, desde luego. Autoritario hasta rozar la tiranía. Pero, al mismo tiempo, Aria no pudo evitar notar que había algo magnético en la absoluta seguridad que irradiaba. Era el macho alfa en su hábitat natural, dominando la situación con una mezcla de inteligencia y carisma. Un carisma letal, había que decir.

«Menos mal que mi paciente es Katerina y no él —pensó Aria para sus adentros, esbozando una sonrisa mordaz mientras ajustaba la sujeción de la bandeja en las manos—. Si me hablara con ese tono, seguro que terminaría tirándole el vaso de agua con limón a la cabeza.»

Con un ligero movimiento de cabeza para espantar la imagen de su mente, y sintiendo un cosquilleo burbujeando en el estómago, se giró y enfiló el pasillo. Por nada del mundo quería que Ulises la pillara espiándolo. Aunque reconocía que se moría de ganas de ver su cara cuando Katerina se negara a tomarse la siguiente pastilla.

El sol de media tarde dejaba en la habitación de Katerina un resplandor de color oro, dándole una estampa idílica, pacífica, de revista de decoración mediterránea. Sin embargo, la atmósfera en el interior de la estancia tenía la misma tensión que la sala de crisis del Pentágono.

Ulises estaba de pie junto a la inmensa cama con dosel, con las mangas de la camisa remangadas hasta los codos en una postura que dejaba ver su exasperación. En una mano sostenía un vaso con agua y en la otra una pequeña pastilla blanca, a la que miraba como si fuera algo radiactivo.

Frente a él, Katerina, no solo había echado a un lado el edredón, también estaba sentada al borde del colchón, calzándose las pantuflas con una agilidad que desafiaba cualquier diagnóstico médico.

—Abuela, por el amor de Dios y de todos los santos ortodoxos —suplicó Ulises, lanzando al aire un suspiro—. Tienes fiebre. Tienes una infección. No puedes ir a podar los rosales.

—Mis rosales de la terraza sur están pidiendo a gritos una poda de limpieza, Ulises. Los escucho desde aquí —replicó Katerina, ajustándose las pantuflas—. Y no tengo fiebre, lo que tengo es calor. Este cuarto es un horno.

—El termómetro decía treinta y ocho con dos hace una hora —rebatió Ulises—. El antibiótico todavía no ha empezado a hacer efecto.

—Ese termómetro moderno no sabe nada de la biología de una mujer de mi edad. Aparta, que necesito ir a por mis tijeras de podar.

Ulises respiró hondo. Su cerebro, acostumbrado a lidiar con juntas de accionistas hostiles, sindicatos furiosos y crisis bursátiles internacionales, estaba sufriendo un cortocircuito. Llevaba veinte minutos intentando razonar con Katerina, utilizando la lógica, las estadísticas médicas y el chantaje emocional básico. Pero nada había funcionado. Así que, agotado, recurrió a su última carta: el CEO.

Enderezó la espalda, adoptó la postura que hacía temblar a los ejecutivos de medio mundo, endureció la mandíbula y bajó el tono de voz a ese registro grave y autoritario que no admitía réplicas.

—Katerina —dijo, usando su nombre de pila para mayor impacto —. Te sientas ahora mismo en esa cama y te tomas la pastilla. Es una orden.

El silencio cayó en la habitación. Durante una décima de segundo, Ulises pensó que había ganado. Entonces, Katerina levantó la vista, lo miró de arriba abajo y soltó una breve carcajada.

—Ay, cariño —comenzó—. Tus órdenes funcionarán muy bien con esos ejecutivos tuyos de traje gris que te ríen las gracias, pero a mí no me vengas con aires de emperador romano. Que yo te he cambiado los pañales, Ulises. Y te aseguro que no eras nada imponente cuando tenías sarpullido en el culo.

Ulises sintió cómo su autoridad se esfumaba. ¿Cómo podía su abuela ser tan terca? Joder, era peor que él. Mucho peor.

En ese momento Aria apareció en el umbral de la puerta. Llevaba una jarra de zumo de naranja recién exprimido, y se había quedado apoyada en el marco, observando la escena con una sonrisa ladeada que no intentaba ocultar. Había escuchado el final de la conversación entre Katerina y Ulises y sus ojos color avellana destellaban con un viso de regocijo.

—¿Problemas? —murmuró, entrando en la habitación con pasos ligeros.

Ulises la miró como un náufrago miraría a un barco de rescate.

—Dígale que se tome el antibiótico. Por favor. Le subo el sueldo. Le compro una casa. Una isla. Lo que quiera —murmuró, sonando desesperado.

Aria dejó la jarra sobre la mesita de noche, ignorando olímpicamente a Ulises y su pastilla, y se giró hacia Katerina.

—Veo que te encuentras mejor. ¿Estás lista para hacer las tareas de jardinería? —preguntó Aria en tono casual, como si fuera la cosa más normal del mundo.

Ulises abrió la boca para protestar, pero Aria le lanzó una mirada de advertencia, rápida y afilada, que lo silenció en el acto.

—Por fin alguien con sentido común en esta casa —bufó Katerina, lanzando una mirada de triunfo a su nieto—. Sí. Si no podo hoy los rosales de la terraza sur, se echarán a perder.

—Estoy de acuerdo —dijo Aria, sentándose junto a ella en la cama—. Es una pena. Aunque, pensándolo bien... si vas ahora, con

este calor y sintiéndote tan débil, a lo mejor no calculas bien el corte. Ya sabes cómo son los rosales, si cortas por debajo del nudo equivocado, la rama se muere.

Katerina frunció el ceño, dudando por primera vez.

—Yo nunca corto por el nudo equivocado —dijo.

—Lo sé, lo sé. Eres una artista. Pero el pulso falla cuando el cuerpo está luchando contra una infección. —Aria se encogió de hombros, restándole importancia—. Supongo que no pasa nada. Si los estropeas, o si te desmayas en el jardín y tenemos que llamar a la ambulancia, siempre podemos pedirle a Yiannis que se encargue de ellos mañana.

El rostro de Katerina palideció de horror.

—¿Yiannis? ¿Ese carnicero con tijeras? ¡Una vez le pedí ayuda con mis hortensias porque me dijo que antes de ser chófer había sido jardinero, pero me las dejó como si hubieran pasado por una trituradora de papel! —exclamó, llevándose una mano a la mejilla—. No, no quiero que Yiannis toque mis flores.

—Es mejor que no. Pero oye, si no te tomas el antibiótico hoy para estar perfecta mañana, será él quien pode tus preciosos rosales. Es tu decisión, Katerina. Yo no me meto —dijo Aria, lanzando un órdago.

Se levantó, alisándose los pantalones, y le hizo un gesto a Ulises para que le pasara el vasito con la pastilla. Katerina miró la pastilla, luego miró hacia la ventana, imaginando al pobre Yiannis masacrando sus flores.

Con un gruñido de indignación, la arrebató el vaso a Aria, se metió la pastilla en la boca y se la tragó de golpe con un sorbo de agua.

—Ese hombre no tocará mis rosas mientras yo respire —sentenció Katerina, quitándose las pantuflas con un suspiro de resignación y volviendo a meter las piernas bajo las sábanas—.

Mañana a primera hora estaré en el jardín. Pero ahora voy a descansar los ojos cinco minutos. Solo cinco minutos.

—Me parece un plan excelente —sonrió Aria, arropándola con suavidad—. Te despertaré para la merienda.

Menos de dos minutos.

Ciento veinte segundos.

Ulises se había quedado congelado cerca de la cómoda, con los labios ligeramente entreabiertos, procesando lo que acababa de presenciar. ¿Cómo cojones lo había hecho? ¿Cómo había conseguido que…?

Aria le hizo una seña con la cabeza hacia la puerta. Ulises la siguió al pasillo como si estuviera hipnotizado, cerrando la puerta de la habitación de su abuela con sumo cuidado.

Una vez en el pasillo, lejos de los oídos de Katerina, Ulises se apoyó contra la pared y se quedó mirando a Aria. La observó asombrado, como si acabara de descubrir una nueva especie.

—Usted es como una hechicera, o algo peor… —murmuró, negando con la cabeza, con una sonrisa incrédula asomando a los labios.

Aria dejó escapar una risa baja.

—Solo soy una cuidadora que conoce a su paciente. No hay magia negra involucrada —dijo.

—¿No la hay? —replicó Ulises, como si no la creyera—. Llevo veinte minutos negociando con ella como si fuera una fusión de empresas. Le he ofrecido un argumento lógico, le he ofrecido datos, le he dado una orden directa... y usted entra, le habla de rosales y de un chófer que es un incompetente en temas de jardinería, y consigue que se tome la pastilla como si fuera un puñetero caramelo.

Aria le sostuvo la mirada, sus ojos chispeaban con una mezcla de burla y ternura.

—Ese es su problema, señor Diakos —dijo, arrastrando las palabras «señor Diakos» con una ironía deliciosa—. Intenta resolver los problemas humanos con tácticas de sala de juntas. A su abuela no le importan sus estadísticas ni su tono de macho alfa…

—¿Mi tono de macho alfa? —repitió Ulises.

Aria hizo una mueca con la boca. ¿Se había pasado? Tenía que dejar de tratar a Ulises Diakos como si tuviera confianza con él.

—Sí, bueno… ya me entiende —dijo, pasándose la mano por el cuello. Ulises no hizo ningún comentario, así que Aria prosiguió—. El caso es que a Katerina le importa su independencia. Le importa su jardín. Hay que saber llevarla con un poco de inteligencia emocional.

—Vale, tomo nota —dijo Ulises.

—Bueno, por hoy, ¡misión cumplida!

Aria sonrió, sintiendo una repentina oleada de entusiasmo. El ambiente entre Ulises y ella era ligero, efervescente, desprovisto de las barreras invisibles que solían separarlos. Sin pensárselo dos veces (más bien fue un acto reflejo), arrastrada por la victoria del momento y la complicidad que vibraba en el pasillo, Aria levantó la mano derecha, con la palma abierta, esperando que él chocara los cinco.

Ulises se quedó mirando la mano suspendida en el aire. Su cerebro pareció sufrir un pequeño lapsus. ¿Chocar los cinco? ¿Él? ¿El CEO de un imperio naviero y logístico, el hombre que cerraba tratos con apretones de manos firmes y fríos, chocando los cinco en un pasillo como un adolescente que acaba de ganar un partido de baloncesto?

Aria, al ver su vacilación, alzó una ceja, retándole.

—Venga, señor Diakos. No me deje colgada. Es de mala educación —dijo con la espontaneidad que la caracterizaba.

La sonrisa de Ulises se ensanchó un poco en los labios. Joder, lo de aquella chica no tenía nombre. O, por lo menos, él no era capaz de encontrarlo. Tobías tenía razón. Aria no le tenía miedo, y no le trataba como a un jefe, le trataba como a un igual. Y tenía que reconocer que era algo que ya no le irritaba tanto.

—Está bien —murmuró.

Levantó la mano y, con un sonido resonante, chocó la palma contra la de ella.

El contacto duró apenas un segundo, pero fue suficiente. La piel de Aria era cálida, y la energía del choque dejó un cosquilleo en su mano que pareció viajarle directamente por el brazo.

Cuando bajaron las manos, el aire en el pasillo se enrareció. La risa se apagó lentamente, dejando paso a un silencio cargado de significado. Ulises la miró a los ojos, y de repente, la ironía desapareció de su expresión.

Sintió una profunda admiración por ella. Aria era brillante. Era resolutiva. Era rápida, empática y no le tenía el más mínimo miedo. En un mundo donde todo el mundo le decía lo que quería oír, ella le decía lo que necesitaba escuchar.

En ese instante, mirándola, Ulises tuvo una revelación. Su vida era un caos perfectamente estructurado, un torbellino de responsabilidades, de números y de soledad disfrazada de éxito. Y aquella chica, con su inteligencia emocional y su descaro, era la única capaz de poner orden en su caótico mundo personal.

«Maldita sea. Estoy perdido», pensó. Tobías iba a descojonarse en su puta cara.

Aria carraspeó. De repente era muy consciente de la intensidad con la que Ulises la estaba mirando. Notó cómo un rubor traicionero le subía por el cuello.

—Bueno —dijo—. Voy a... voy a preparar la merienda, para cuando Katerina despierte.

—Sí —respondió Ulises. Su voz sonó ronca. Pero no apartó la mirada de Aria ni un milímetro—. La merienda. Buena idea.

Aria le dedicó una última sonrisa, un poco más tímida, y se dio la vuelta, enfilando los pasos hacia la escalera. Ulises se quedó en el pasillo, frotándose distraídamente la palma de la mano que acababa de chocar con la de ella.

CAPÍTULO 35

La casa estaba sumida en ese silencio tranquilo que solo se encuentra en las madrugadas de verano, roto únicamente por el canto de los grillos en el jardín y el murmullo del mar.

Eran casi las dos de la madrugada. Aria caminaba por el pasillo de la planta superior de Villa Penélope con el sigilo de una ladrona de guante blanco, sosteniendo un pequeño cuenco de cristal con agua helada y un paño limpio de algodón.

Su misión era sencilla. Entrar en territorio enemigo (la habitación de Katerina), cambiarle el paño de la frente para mantener a raya la fiebre, y salir sin despertar al dragón (la propia Katerina, que incluso enferma tenía el sueño ligero).

Aria empujó la puerta, que cedió sin un solo ruido, y se deslizó hacia el interior. La habitación estaba bañada por el resplandor plateado de la luna que se colaba a través de los ventanales, creando un ambiente de teatro.

Sin embargo, la escena que encontró la detuvo en seco a un metro de la cama.

No solo estaba Katerina, respirando plácidamente. A su lado, sentado en una pequeña butaca que claramente no estaba diseñada para albergar a un hombre de un metro ochenta y pico de músculo, estaba Ulises.

Se había quedado dormido. Tenía la cabeza apoyada en el borde del colchón, muy cerca del hombro de su abuela. Y lo que hizo que a

Aria se le encogiera el corazón fue el detalle de sus manos. Los dedos grandes y fuertes de Ulises, esos mismos que firmaban contratos millonarios y tecleaban correos electrónicos letales, estaban entrelazados con suavidad alrededor de la mano frágil y arrugada de Katerina. Como si temiera que, si la soltaba, ella fuera a desaparecer.

Aria se quedó inmóvil. Una sonrisa tierna, teñida de una ironía inevitable, asomó a sus labios.

«Vaya, vaya —pensó, avanzando los últimos pasos con ligereza —. Resulta que el Ogro de la Colina, el terror de los empresarios de Grecia, tiene corazón. Y bastante grande, por lo visto. Si sus rivales en los negocios lo vieran ahora mismo, acurrucado en un pequeño sillón que le está destrozando las lumbares, perdería toda su reputación de villano de película.»

Con movimientos suaves y sin hacer ruido, Aria dejó el cuenco sobre la mesita de noche. Se inclinó sobre Katerina, retiró con infinita delicadeza el paño tibio que descansaba sobre su frente, sumergió en el agua helada el que llevaba limpio, lo escurrió bien y se lo colocó. Katerina soltó en sueños un pequeño suspiro de alivio, pero no se movió. Misión cumplida.

Aria debería haberse dado la vuelta y haberse marchado a la cama. Era lo lógico.

Pero no lo hizo.

En lugar de eso, su mirada se dirigió como un imán hacia el hombre dormido al otro lado de la cama. Sin el constante ceño fruncido, sin la armadura de sus trajes hechos a medida y sin esa postura de macho alfa que parecía tener de serie, Ulises parecía otra persona. Llevaba una camiseta gris de algodón que se le ajustaba a los hombros de una forma que debería estar totalmente prohibida, y el pelo, normalmente bien peinado, le caía sobre la frente con un desorden rebelde y juvenil.

Aria ladeó la cabeza, estudiándolo con descaro, aprovechando que él no podía fulminarla con la mirada.

«Es insultantemente guapo —admitió para sí misma, sintiendo un calor súbito en las mejillas que no tenía nada que ver con la temperatura de la noche—. No es justo. Nadie debería tener esas pestañas. Ni esos pómulos. Ni esos labios.»

Observó la línea de su mandíbula, en esos momentos relajada, y la sombra de la barba de un día que le daba un aire canalla y peligrosamente atractivo.

Suspiró en silencio.

Recordó el momento en el pasillo, aquella misma tarde, cuando habían chocado los cinco. Recordó la electricidad en su palma y la forma en que él la había mirado, como si de repente ella fuera el centro de gravedad del universo.

Luego, irremediablemente, su mirada bajó a los labios de Ulises.

Un pensamiento chispeante y audaz cruzó su mente.

«¿Qué pasaría si lo beso? ¿Me demandaría por acoso? ¿Llamaría a sus abogados? O peor... ¿se despertaría y me devolvería el beso?»

La sola idea hizo que un escalofrío le recorriera la columna vertebral.

Le encantaría besarle.

Dios, cómo le gustaría.

Comprobar si sus labios eran tan firmes y exigentes como su voz, o si, por el contrario, escondían la misma suavidad que le dedicaba a su abuela.

Pero no podía. Evidentemente, no podía.

Las heroínas de las películas románticas robaban besos a hombres dormidos, pero en la vida real, eso podía terminar en un ataque al corazón por el susto, en un cabezazo accidental (también por el susto). O en la cárcel.

Sin embargo, mientras lo miraba, la ironía y el deseo dieron paso a una comprensión mucho más profunda.

Aria se dio cuenta de la inmensa paradoja que era Ulises Diakos. Se pasaba la vida construyendo muros, proyectando una imagen de hielo y acero, de hombre intocable que no necesitaba a nadie. Pero ahí estaba. Había dejado su imperio, sus reuniones y su vida en Atenas para cuidar de una anciana testaruda. Se estaba destrozando la espalda en un sillón en el que apenas cabía solo para que su abuela no se sintiera sola en medio de la noche.

«Eres un fraude, Ulises Diakos —pensó Aria, sintiendo una oleada de ternura tan grande que casi le cortó la respiración—. No eres de piedra. Eres mucho más sensible, más bueno y más humano de lo que jamás admitirías en voz alta. Y me gustas. Me gustas muchísimo, maldita sea.»

El impulso fue más fuerte que el sentido común.

Con el latido del corazón martilleándole las costillas, Aria se inclinó hacia delante. Apoyó una mano en el respaldo del sillón para no perder el equilibrio y se acercó al rostro de Ulises. Pudo oler su aroma, una mezcla embriagadora de jabón limpio, sal marina y ese toque sutil amaderado que parecía acompañarlo siempre.

Contuvo la respiración.

«Solo un roce. Un microsegundo. No se enterará», se prometió.

Cerró los ojos y presionó sus labios contra la frente de Ulises. Fue un beso levísimo, apenas el roce de las alas de una mariposa, suave y cargado de un afecto que ya no podía (ni quería) ocultar. La piel de él estaba cálida.

Aria se apartó lentamente, abriendo los ojos con el temor irracional de encontrarse con los de Ulises mirándola. Pero Ulises seguía profundamente dormido, ajeno al pequeño robo que acababa de sufrir. Solo hizo un leve sonido gutural, acomodando mejor la cabeza contra el colchón, sin soltar la mano de Katerina.

Aria sonrió. Fue una sonrisa radiante, un poco (solo un poco) culpable y absolutamente feliz.

Se enderezó, recogió el cuenco de cristal con el paño usado y, caminando hacia atrás los primeros pasos para no perderlo de vista, se dirigió a la puerta. Salió de la habitación con el mismo sigilo con el que había entrado, cerrando la puerta tras ella.

Una vez en el pasillo, se apoyó contra la pared, cerró los ojos y soltó el aire de los pulmones. Se llevó los dedos a los labios, que aún conservaban el calor de la piel de Ulises, y dejó escapar una risilla silenciosa.

CAPÍTULO 36

Ítaca había amanecido con ese sol radiante y perezoso típico del Mediterráneo, prometiendo un día de paz, brisa marina y tranquilidad. O, al menos, esa habría sido la promesa si el salón de Villa Penélope no se hubiera convertido en la sucursal griega de Wall Street.

Eran apenas las ocho y media de la mañana, pero Ulises ya llevaba al menos una hora librando una guerra a grito pelado.

La mesa seguía siendo su cuartel general. Encima de ella había un café negro que ya debía de estar frío, el teléfono móvil que echaba humo y el viejo portátil. El pobre aparato tenía la potencia de procesamiento de una tostadora, y emitía un sonido agónico, como si los ventiladores estuvieran a punto de salir volando.

—¡No me importa lo que diga el departamento de contabilidad, Constantino! —bramó Ulises a la pantalla, pasándose una mano por el pelo, que ya había perdido cualquier forma—. ¡Quiero esos informes en mi bandeja de entrada antes de las diez o juro que voy a reestructurar todo el piso de oficinas y tú serás el primero en ir a la calle! ¡Y apaga el micrófono si vas a respirar tan fuerte, joder!

En la planta de arriba, el eco de sus amenazas resonaba por el pasillo. Aria, que llevaba la bandeja de madera con el desayuno, acompañado de tostadas con miel, zumo de naranja recién exprimido y la medicación correspondiente, entró en la habitación de Katerina conteniendo una sonrisa.

Katerina estaba recostada contra la montaña de almohadas. Aunque la fiebre había bajado gracias a los cuidados nocturnos (y al paño de agua fría que Aria le había cambiado de madrugada), aún se la veía pálida y cansada. Sin embargo, su espíritu seguía intacto. Katerina tenía los ojos cerrados y los dedos pellizcándose el puente de la nariz, en un gesto de exasperación que su nieto había heredado de ella.

—Buenos días, Katerina —saludó Aria con voz cantarina, dejando la bandeja sobre las sábanas—. Te traigo el desayuno. Y buenas noticias: la fiebre casi ha desaparecido.

Katerina abrió un ojo, miró la bandeja y luego clavó la vista en la puerta abierta de la habitación, por donde se colaba un nuevo grito de Ulises exigiendo saber quién había autorizado una compra de material de oficina.

—¿Cómo puede dar tantos gritos tan temprano? —murmuró, con voz ronca pero cargada de ironía—. ¿Es que este chico desayuna pólvora? Me duele la cabeza solo de escucharle.

Aria soltó una risa suave mientras le acomodaba la servilleta.

—Creo que está peleándose con el portátil. Y con un tal Constantino. Constantino no está teniendo una buena mañana, la verdad —dijo.

Katerina soltó un suspiro, rodando los ojos hasta el techo.

—Ese niño va a sufrir un infarto antes de los cuarenta. Aria, cariño, hazme un favor. Llévale una tila. O dos. Ponle un dardo tranquilizante dentro si lo ves necesario. Si sigue gritando, los cimientos de esta casa van a ceder.

—¿Una tila? —Aria enarcó una ceja—. No sé si Ulises aceptará algo que no sea café negro con un chorrito de whisky.

—Tú díselo de mi parte. Dile que, si no se calla, bajaré yo misma a romperle ese trasto viejo en la cabeza —sentenció Katerina, cogiendo una tostada.

Quince minutos después, Aria avanzaba por el pasillo, sosteniendo entre las manos una taza humeante de cerámica blanca. Mientras se acercaba al salón, no podía evitar que una sonrisa chispeante bailara en sus labios. Su mente viajó irremediablemente a la noche anterior.

«Si lo vieran ahora —pensó—. El terror de las finanzas, el Godzilla de las videollamadas... Quién iba a decir que hace unas horas estaba encogido en un sillón en el que apenas cabía, dándole la mano a su abuela mientras dormía como un corderito.»

El contraste era tan cómico, y a la vez tan entrañable, que Aria sentía que compartía un secreto con el universo. Ella sabía la verdad. Sabía que bajo esa coraza de trajes caros e impaciencia crónica latía un corazón enorme. Y también sabía, aunque eso la hacía ruborizarse ligeramente, lo suave que era la piel de su frente.

Se detuvo en el umbral del salón. Ulises estaba de pie, de espaldas a ella. Llevaba unos pantalones de vestir azul marino y una camisa blanca perfectamente planchada, aunque se había remangado los puños hasta los codos, revelando unos brazos fuertes que distrajeron a Aria durante un segundo de más. Estaba con el torso inclinado, tecleando rápidamente en el portátil con una mano, mientras sostenía el móvil contra su oreja con la otra.

—...y dile a recursos humanos que... —Ulises se detuvo al notar una presencia.

Se giró bruscamente, con el ceño fruncido en su habitual expresión de «no tengo tiempo para tonterías».

Al ver a Aria, su expresión se suavizó un poco, aunque la tensión seguía marcando la línea de su mandíbula.

—Luego hablamos —dijo a la persona que estaba al otro lado del teléfono.

Colgó sin despedirse y dejó el móvil sobre la mesa.

—¿Pasa algo? ¿Es mi abuela? ¿Le ha subido la fiebre? —preguntó de inmediato, dando un paso hacia Aria, con la voz teñida de una preocupación repentina que delataba su fachada de tipo duro.

—Su abuela está bien. Está desayunando. —Aria entró en el salón con paso ligero, sosteniendo la taza como si fuera un trofeo—. Pero me ha enviado en una misión diplomática de alto riesgo.

Ulises parpadeó, desconcertado, y miró la taza humeante que había en las manos de Aria.

—¿Qué es eso? ¿Café? —preguntó.

—No, es una tila —anunció Aria, deteniéndose frente a Ulises.

Ulises la miró como si le acabara de ofrecer un vaso de cicuta. Alucinaba. Sus cejas se juntaron tanto que amenazaban con fusionarse en una sola.

—¿Tila? —repitió, incrédulo, mirando la taza—. ¿Para qué demonios quiero yo una tila?

—Instrucciones directas de su abuela. —Aria señaló hacia el techo con el pulgar—. Dice que, y cito textualmente: «que, si no se calla, ella misma bajara a romperle ese trasto viejo en la cabeza». Teme por la integridad estructural de la casa. Ah, y por los tímpanos de los pájaros del jardín.

Ulises se quedó sin palabras durante un segundo. Abrió la boca, la volvió a cerrar, y soltó una exhalación que era mitad indignación y mitad rendición.

—¿En serio? —murmuró, pasándose de nuevo la mano por el pelo—. Estoy intentando salvar un acuerdo de tres millones de euros con un ordenador que tarda diez minutos en abrir un PDF, ¿y me manda una tila?

Aria se encogió de hombros, con una sonrisa ladeada y los ojos brillando con esa chispa traviesa que tanto la caracterizaba.

—Ya sabe cómo es. Para ella, tus tres millones de euros no son excusa para alterar la paz de la casa. —Aria hizo un amago de retirar la taza, dando un pequeño paso atrás—. ¿Quiere que me la lleve? Puedo tirarla por el fregadero y decir que se la ha bebido de un trago.

Ulises miró la taza otra vez. Luego miró a Aria. Llevaba el pelo recogido en una coleta alta que se balanceaba de un lado a otro, y una camiseta de tirantes amarilla que parecía atrapar toda la luz del salón. Había algo en su actitud, en esa forma tan natural y descarada de tratarle sin una pizca del miedo que le tenían sus empleados, que actuó como un bálsamo instantáneo sobre sus nervios y su estrés.

Su ceño fruncido desapareció. Suspiró, dejando caer los hombros.

—No —respondió finalmente, con una voz mucho más grave y suave, casi un murmullo—. La verdad es que me va a venir bien. Hoy va a ser un día muy largo.

Aria asintió y extendió el brazo para entregarle la taza. Ulises adelantó su mano para cogerla.

Al envolver sus dedos grandes y cálidos alrededor de la cerámica, rozaron los nudillos de Aria. No fue un choque aparatoso, sino un contacto leve, una fricción suave. Pero fue suficiente.

El tiempo pareció ralentizarse. El zumbido agónico del viejo portátil pasó a un segundo plano, ahogado por el repentino latido acelerado en los oídos de Aria. Ella levantó la vista de golpe, y se encontró con los intensos ojos verdes de Ulises clavados en los suyos.

Ulises no apartó la mano. De hecho, sus dedos se quedaron ahí, rozando los de Aria durante un segundo eterno, infinito. La miró, y advirtió el ligero rubor que empezaba a teñir sus mejillas y la forma en que sus labios se habían entreabierto.

Aria tragó saliva, recordando de golpe la textura de la frente de Ulises contra sus labios la noche anterior.

«Dios mío, lo sabe. Seguro que lo sabe. Seguro que se dio cuenta», pensó en un ataque de pánico irracional.

Pero Ulises no sabía nada de besos robados en la madrugada. Solo sabía que, de repente, la idea de volver a gritarle a Constantino le parecía la cosa más aburrida y carente de sentido del mundo, y que preferiría quedarse atrapado en ese instante, mirando los ojos de color avellana de la chica que le traía tilas por orden de su abuela.

Finalmente, con una lentitud casi dolorosa, Aria deslizó sus dedos, liberando la taza.

Ulises la sostuvo con firmeza, pero no rompió el contacto visual.

—Gracias —dijo.

Su voz sonó ronca, profunda, cargada de un matiz que hizo que a Aria le temblaran un poco las piernas.

—De... de nada —consiguió decir, carraspeando y recuperando la compostura a base de pura fuerza de voluntad—. Tómesela antes de que se enfríe. Y, por favor, tenga piedad de Constantino. Seguro que el pobre hombre tiene familia.

Ulises soltó una risa baja.

—Lo intentaré —prometió.

Y realmente parecía que iba a intentarlo. Solo porque Aria se lo había pedido.

Aria se dio la vuelta y salió del salón, caminando con una dignidad impecable hasta que llegó a la cocina. Una vez allí, se apoyó contra la encimera de mármol, se llevó una mano al pecho para comprobar que su corazón seguía en su sitio, y soltó un suspiro.

—Como Ulises Diakos no se vaya pronto, va a acabar conmigo —susurró.

El calor de la tarde había descendido sobre Villa Penélope con la pesadez de una siesta de verano. Los gritos de la mañana habían dado paso al canto de las cigarras en el jardín.

Katerina seguía en su habitación, lidiando con unas tercas décimas de fiebre que se negaban a abandonarla, y Matilde, incombustible, había decidido que era el momento perfecto para hacerle compañía, llevarle un caldo ligero y, de paso, delegar responsabilidades.

Y es que Matilde no era mujer de andarse con rodeos. Al cruzarse con Ulises en el pasillo, no vio al temible CEO de un imperio financiero, vio a un chico joven, fuerte y, lo más importante, desocupado. Así que le encasquetó la misión de arreglar el grifo del fregadero de la cocina, que llevaba unos días goteando con un *ploc, ploc* que amenazaba con volver locos a todos los habitantes de la mansión.

Para sorpresa incluso de la propia Matilde, Ulises había aceptado sin rechistar. Quizá la tila que se había tomado por la mañana había surtido un efecto milagroso, o quizá necesitaba una tarea manual para desconectar de tanta llamada de negocios y tanto correo electrónico.

Aria bajó las escaleras tarareando la canción *Single Ladies* de Beyoncé, con la intención de prepararse un té helado. Entró en la cocina empujando la puerta con la cadera, esperando hallar la paz habitual que tenía aquella estancia.

En su lugar, encontró una emboscada visual para la que nadie la había preparado.

El *Whoa-oh-oh, oh-oh-oh* del estribillo de la canción se le quedó atascado en la garganta. Se calló de golpe. Su boca dibujaba una «O» enorme.

Ulises estaba en la cocina. Pero no el Ulises de los trajes de tres piezas, ni siquiera el de la camisa arremangada de la mañana. Ni el de los pantalones de lino. Aquel era un Ulises en su versión más... casual.

Llevaba puesto unos pantalones de deporte grises de algodón que colgaban peligrosamente bajos de sus caderas, sostenidos por algún tipo de milagro físico. Y en la parte de arriba... en la parte de arriba no llevaba absolutamente nada.

Na-da.

Aria se quedó petrificada en el umbral, con la mano aún apoyada en la puerta. Su cerebro hizo un cortocircuito monumental.

«Error 404. Capacidad de raciocinio no encontrada», pensó, mientras sus ojos hacían un escáner involuntario y exhaustivo de la situación.

Ulises tenía la espalda ancha, los hombros esculpidos y una definición muscular que sugería que, cuando no estaba despidiendo gente, se dedicaba a levantar camiones con los dientes. Estaba medio inclinado sobre el fregadero, con una caja de herramientas de metal abierta sobre la isla de la cocina. Su piel, ligeramente bronceada, brillaba con una fina capa de sudor por el calor de la tarde.

—Hola —la saludó, girando la cabeza al escuchar la puerta.

Al darse la vuelta por completo, la situación para el sistema cardiovascular de Aria empeoró. ¡Y de qué manera! El torso de Ulises era un mapa de abdominales perfectamente definidos y una línea en «V» que desaparecía bajo la cinturilla del pantalón gris.

—Ho... hola —fue lo único capaz de decir ella. Su propia voz le sonó como si hubiera tragado helio. Carraspeó, intentando recuperar

la dignidad—. Yo solo venía a por agua. O hielo. Mucho hielo, de hecho. Hace calor, ¿verdad? Un calor terrible. Global, diría yo. El calentamiento global es un problema serio.

Ulises enarcó una ceja, mirándola con una mezcla de diversión y desconcierto. Se pasó el brazo por la frente para apartarse un mechón de pelo. Un gesto tan casual que a Aria le pareció lo más sexy del mundo.

—Sí, hace calor —dijo él, con una media sonrisa asomando a los labios—. Matilde me ha secuestrado para hacer de fontanero. Está arriba con mi abuela. ¿Le importaría hacer de ayudante un momento? Necesito a alguien que me pase las herramientas mientras me meto debajo del fregadero.

«¿Ayudante? ¿Yo? ¿A medio metro de ti mientras estás así? ¡Claro, ¿por qué no?! También podemos jugar a la ruleta rusa si quieres», gritó la voz irónica en la cabeza de Aria.

—Claro —dijo en voz alta, asintiendo con demasiada energía.

Ulises se tumbó en el suelo, deslizándose por debajo del mueble del fregadero, dejando a la vista sus piernas y gran parte del torso.

—Pásame la llave inglesa, por favor. Está en la caja —pidió. Su voz estaba amortiguada por el mueble.

Aria se acercó a la isla de la cocina, tragando saliva. Miró la caja de herramientas. Había demasiadas cosas de metal. Agarró lo primero que le pareció que tenía forma de llave y se agachó junto a él. Al hacerlo, tuvo una vista privilegiada de su pecho subiendo y bajando con la respiración, y de cómo los músculos de sus brazos se tensaban al intentar aflojar una tuerca.

—Tome —dijo, extendiendo la mano a ciegas, porque se negaba a mirar directamente a sus abdominales.

Ulises sacó la mano de las profundidades del fregadero, rozando los dedos de Aria al coger la herramienta. Hubo una pausa.

—Aria… —dijo él.

—¿Sí?

—Esto es un destornillador de estrella.

—¿Y no le sirve? —bromeó Aria, sintiendo que las mejillas le ardían.

Ulises sacó la cabeza de debajo del mueble. Estaba tan cerca que Aria pudo oler su colonia, mezclada con el aroma a piel limpia. Él la miró directamente a los ojos, con esa chispa burlona que empezaba a ser habitual entre ellos.

—La llave inglesa es la que parece un dinosaurio con la boca abierta —explicó Ulises, despacio, como si le hablara a una niña pequeña.

—Ah, el tiranosaurio rex de las herramientas. Hubiera empezado por ahí —murmuró Aria, levantándose a toda prisa para cambiar el destornillador por la llave correcta.

Se la entregó, asegurándose de mirar fijamente a los azulejos de la pared.

«Azulejos blancos y azules. Bonitos. Cuadrados. No mires a su torso desnudo.»

Durante los siguientes diez minutos, la cocina se convirtió en una comedia de enredos y tensión contenida. Ulises pedía alicates, cinta de teflón, la linterna, y Aria se las apañaba para entregarle todo con un nivel de torpeza que rozaba lo cómico. No podía concentrarse. Era imposible. ¿Cómo iba a concentrarse con esos malditos abdominales?

Cada vez que él se movía, los músculos de su espalda y sus hombros se marcaban bajo la luz de la tarde. Cuando maldecía en voz baja porque una tuerca estaba demasiado apretada, a Aria se le erizaba el vello de la nuca. Y cuando le pedía que le iluminara con la linterna, ella tenía que hacer un esfuerzo sobrehumano para que el pulso no le temblara tanto que pareciera que estaban en una discoteca.

—Apunte un poco más a la izquierda, por favor —le pidió Ulises, con la voz tensa por el esfuerzo—. No veo nada.

—Estoy apuntando a la izquierda —mintió Aria, que en realidad estaba apuntando vagamente al sifón mientras miraba fijamente la curva del bíceps de Ulises.

—Aria, está iluminando mi codo. Por muy bonito que sea mi codo, no es lo que gotea.

—Perdón, perdón —se disculpó ella, riendo nerviosa y corrigiendo el ángulo de la luz—. Es que la fontanería me distrae. Tanta tubería, tanta tuerca… es un mundo fascinante.

Ulises soltó un bufido divertido desde las sombras.

—Ya casi está. Páseme el trapo que hay sobre la encimera, creo que he conseguido sellarlo —dijo.

Aria le tendió el trapo de cocina. Ulises salió de debajo del fregadero, deslizándose sobre la espalda, y se sentó en el suelo, apoyando el torso contra los armarios inferiores. Estaba respirando un poco más fuerte, con el pecho brillante por el sudor y una mancha de grasa oscura cerca del ombligo que, por algún motivo incomprensible, a Aria le parecía la cosa más atractiva que había visto en su vida.

Ulises se limpió las manos con el trapo y luego se levantó de un salto ágil, estirando la espalda. Los huesos le crujieron ligeramente.

—Ha llegado el momento de la verdad —anunció, abriendo la llave de paso del agua y luego el grifo.

El agua fluyó con fuerza. Ulises cerró el grifo y ambos se quedaron en silencio, mirando el fondo del fregadero. Ni una gota. Ni un sonido. El *ploc, ploc* había desaparecido.

—Perfecto —celebró Ulises, girándose hacia Aria con una sonrisa amplia, triunfal, que le iluminó todo el rostro. Era una sonrisa tan desprovista de su habitual malhumor que a Aria le dio un vuelco el corazón.

—Impresionante —admitió, exhalando un suspiro que llevaba aguantando desde que había entrado en la cocina—. Es el terror de Wall Street y el rey de las cañerías —bromeó.

Ulises rio, acercándose a la isla para empezar a recoger las herramientas.

—No se burle de mi talento oculto. Si lo de las finanzas sale mal, siempre puedo abrir un negocio de reparaciones a domicilio.

—Con ese uniforme de trabajo, le aseguro que tendría una clientela muy fiel —murmuró Aria antes de que su cerebro pudiera filtrar las palabras y darse cuenta de que estaba hablando en alto.

En cuanto lo dijo, abrió los ojos de par en par e hizo una mueca con la boca.

«¡Tierra trágame y escúpeme en las Bahamas!», pensó, horrorizada.

Ulises se detuvo, con la llave inglesa a medio guardar. Levantó la vista lentamente. Sus ojos se clavaron en los de Aria. Una sonrisa lenta, pícara y devastadora se dibujó en sus labios.

—¿Cree que el uniforme es adecuado? —dijo, bajando el tono de voz un par de octavas.

Aria sintió que la temperatura de la cocina subía diez grados de golpe. Retrocedió un paso, chocando con la nevera, y se cruzó de brazos en un intento inútil de parecer casual.

—Es... muy aerodinámico. Para meterse debajo de los muebles, digo.

Ulises rio por lo bajo, cerrando la caja de herramientas con un chasquido metálico. Agarró la caja por el asa y se la echó al hombro.

—Gracias por la ayuda. Ha sido una asistente excelente, a pesar de sus problemas para identificar un destornillador.

—No ha sido nada —contestó Aria.

Ulises volvió a sonreír, mostrando sus blancos y perfectos dientes, y casi hizo que a Aria le fallaran las rodillas. Después salió de la cocina con paso relajado, llevándose consigo la tensión que había saturado el aire.

En cuanto la puerta se cerró tras él, Aria se dejó escurrir contra la puerta de la nevera hasta quedarse en cuclillas en el suelo. Se tapó la cara con las manos, sintiendo las mejillas arder como brasas.

Soltó un gemido ahogado que era mitad frustración y mitad alivio.

«Gracias a Dios —pensó, cerrando los ojos con fuerza—. Cinco minutos más... Cinco minutos más de ese hombre pidiéndome herramientas sin camiseta, y juro por mi vida que se me olvida que es Ulises Diakos y me le tiro encima como una posesa. Señor, dame paciencia, porque como me des fuerza... le arranco los pantalones del chándal.»

CAPÍTULO 37

Eran las dos de la mañana y el insomnio de Ulises había pasado de ser una leve molestia a una declaración de guerra.

Tumbado boca arriba en la cama, había contado ovejas, repasado mentalmente las fluctuaciones del mercado y analizado los presupuestos del próximo trimestre. Pero nada. No había manera. Su cerebro seguía girando a mil revoluciones por minuto, negándose a apagar los motores.

Frustrado, soltó un gruñido, apartó las sábanas de una patada y se puso en pie. Llevaba unos pantalones de pijama negros de algodón que resbalaban por la cadera y una camiseta blanca tan arrugada que parecía haber sobrevivido a un naufragio. Se frotó los ojos con el dorso de la mano, desordenando aún más su pelo, y decidió que, si no podía dormir, al menos un vaso de leche caliente le daría algo que hacer.

Bajó las escaleras descalzo, moviéndose por la casa en penumbra. Al acercarse a la cocina, notó algo inusual. Una luz cálida y tenue, proveniente de la campana extractora, rompía la oscuridad. Y luego escuchó un ruido. Un leve *clic, clac*, seguido del inconfundible sonido de la puerta de la nevera abierta.

Ulises se asomó por el marco de la puerta, preparándose instintivamente para reprender a su abuela si era la que estaba asaltando la despensa. Pero las palabras murieron en su garganta.

Era Aria.

Llevaba una camiseta gigante de una banda de rock de los ochenta que le llegaba a la mitad del muslo y que, francamente, podría haber albergado a dos Arias en su interior. Sus piernas desnudas terminaban en un espectáculo de color, con un calcetín de rayas amarillas y negras en el pie izquierdo, y uno con pequeños aguacates en el derecho. Tenía el pelo recogido en un moño desordenado del que escapaban algunos mechones rebeldes, y estaba inclinada hacia el interior de la nevera, iluminada por la luz blanca del electrodoméstico como si fuera una aparición divina... o un mapache muy concentrado rebuscando en la basura.

—¿Se puede saber qué hace? —preguntó Ulises, apoyando un hombro contra el marco de la puerta y cruzándose de brazos.

Aria dio un respingo, golpeándose levemente la cabeza con el estante superior de la nevera.

—¡Ay! —Se frotó la coronilla y se giró hacia él, con los ojos muy abiertos y un trozo de queso feta a medio camino de la boca—. ¡Por los antiguos dioses, señor Diakos! Casi me mata del susto. ¿Por qué no hace ruido al caminar? Parece un ninja.

Ulises no pudo evitar que la comisura de los labios le temblara en un intento de reprimir una sonrisa.

—Es mi cocina. Y son las dos de la mañana. La pregunta sigue en pie —dijo.

—Cuando no puedo dormir, mi estómago se cree que es la hora de desayunar —explicó Aria con total naturalidad, encogiéndose de hombros—. Es una condición médica muy seria. ¿Usted qué excusa tiene? ¿Está trabajando en una fusión de empresas?

—Insomnio —murmuró Ulises, adentrándose en la cocina.

El ambiente era íntimo, envuelto en el silencio de la madrugada, roto solo por el zumbido de la nevera y la respiración de ambos.

Aria lo escrutó disimuladamente.

Sin el traje de tres piezas, sin la corbata asfixiante y sin el ceño fruncido, Ulises parecía humano. E igual de atractivo. Muy, muy atractivo, para ser exactos. Pero eso no era nuevo. Menudos abdominales tenía.

Mierda, ¿por qué coño tenía que ser tan guapo? Daba igual qué hora fuera, cuáles fueran las circunstancias o qué llevara puesto, que siempre estaba guapo.

—Bueno, ya que está aquí —comenzó, haciéndole un gesto con la mano—. Pásame ese pan de pita que está en la encimera. ¿Quiere compartir el botín?

Ulises parpadeó, desconcertado. Aria no dejaba de sorprenderlo. Que una chica con los calcetines desparejados le diera órdenes a las dos de la mañana era una novedad. Y, extrañamente, no le molestaba.

Si le viera Tobías…

Le acercó el pan y se sentó en uno de los taburetes de la isla de la cocina.

Aria cerró la nevera, dejando la estancia sumida de nuevo en la luz acaramelada de la campana extractora. Puso un plato en el centro con el queso feta, un poco de aceite de oliva, orégano y el pan.

—Sírvase —dijo, arrancando un trozo de pan.

Sin saber por qué, Ulises obedeció.

Comieron en silencio durante unos minutos. Era un silencio cómodo, desprovisto de las tensiones del día a día. Ulises la observaba masticar, fascinado por su falta de pretensiones.

—Todavía me late el corazón en la garganta por culpa del susto que me ha dado su voz de Batman —dijo Aria de repente, tragando el bocado que tenía en la boca.

Ulises enarcó una ceja. ¿Qué? ¿Cómo? ¿Había escuchado bien?

—¿Voz de Batman? —repitió.

—Sí. Esa voz grave, ronca, como si siempre estuviera a punto de vengar a Gotham o de anunciar el fin del mundo. —Aria se aclaró la garganta, puso una expresión exageradamente severa, frunciendo el ceño hasta casi juntar las cejas, e impostó una voz profunda y gutural, mirando fijamente a la nevera—: Quiero la leche desnatada en mi mesa antes de las cinco o estás despedida. Y tú, lechuga, no me mires con ese tono verde. Estás fuera del equipo.

A Ulises no le quedó más remedio que reírse. ¿En serio aquella chica le estaba imitando? Hacía tanto tiempo que no se reía así que casi le dolió el pecho.

—Mi voz no suena así —protestó, aunque la sonrisa no se le borraba de la cara.

—Suena exactamente así —replicó Aria, con una expresión divertida en los ojos.

Ulises se metió en la boca un trozo de pan junto a un poco de queso feta, y la miró con una mezcla de curiosidad y fascinación.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —empezó, bajando el tono de voz sin darse cuenta, volviéndolo más suave.

—¿Me está pidiendo permiso? Eso sí que es nuevo —dijo Aria—. Claro, dígame.

—¿Por qué no me tiene miedo? Soy su jefe. Podría despedirla mañana mismo si quisiera. Todo el mundo en la empresa me tiene pánico.

Aria dejó el pan en el plato. La sonrisa juguetona se desvaneció un poco, dando paso a una expresión más seria, más formal. Ladeó la cabeza, mirándolo directamente a los ojos, sin apartar la vista.

—¿Y usted quiere que le tenga miedo? —preguntó. Su voz apenas era un susurro en el silencio de la cocina.

Ulises sostuvo su mirada. Durante un latido. Durante dos. Durante tres.

—No —respondió, con una sinceridad que lo sorprendió incluso a él mismo—. No quiero.

Ulises se dio cuenta de que, con Aria, los muros que había construido a su alrededor durante años simplemente se esfumaban. No tenía que fingir ser el CEO perfecto, ni el nieto de hierro que todo lo soportaba, ni el hombre que nunca dudaba. Esa sensación de libertad, de poder respirar sin armadura, solo la había experimentado con Tobías. Y ahora, con ella.

Joder, y era de lo más extraño.

Aria se humedeció los labios, y Ulises siguió con los ojos el movimiento que hizo la punta de su lengua sobre ellos.

El momento fue tan intenso, que Aria tuvo la imperiosa necesidad de escapar de su mirada. Para ello, estiró el brazo hacia el servilletero que estaba al lado de Ulises, rompiendo el contacto visual. Al mismo tiempo, él se movió para alcanzar su vaso de agua.

Sus brazos se rozaron.

Fue un contacto fugaz, piel contra piel, pero la sacudida fue inmediata. Ambos se quedaron congelados. La tensión de aquel beso que habían estado a punto de darse cuando él le había enseñado sus dibujos y el mundo había parecido reducirse a ellos dos, volvió, golpeándolos con la fuerza de una maza.

Aria dejó la mano suspendida en el aire. Ulises giró el rostro hacia ella. Estaban tan cerca que él podía contar las pequeñas pecas que salpicaban el puente de su nariz. Podía oler su champú, de flores y vainilla, mezclado con el aroma del pan tostado.

Se quedaron mirándose un segundo de más.

Dos segundos de más.

Tres.

El tiempo suficiente para que el cerebro de Ulises registrara un pensamiento que lo sorprendió. Le gustaba infinitamente más aquella chica despeinada, con una camiseta tres tallas más grande, con calcetines ridículos y desparejados, y la boca manchada de queso, a las dos de la mañana, que cualquier supermodelo espectacular y aburrida con las que solía salir.

Aria era real. Era vibrante. Era... un puto peligro para su cordura, si seguía pensando en ella de aquella manera. Santa Mierda, se la estaba imaginando en su cama.

La respiración de Aria se volvió un poco más superficial. Sus ojos viajaron, durante una décima de segundo, a los labios de él, antes de volver a sus ojos.

La atmósfera se electrificó. Más aún.

Aria parpadeó, cogió finalmente una servilleta y se echó hacia atrás rápidamente, rompiendo el hechizo con una sonrisa nerviosa. Dios, no sabía qué hacer. Su cerebro no daba señales de funcionar con normalidad.

—Además —dijo, tratando de recuperar la compostura, aunque tenía la voz un poco más aguda de lo normal—, no podría despedirme aunque quisiera. ¿Quién le iba a decir las verdades a la cara? ¿La máquina de café? Esa cobarde siempre te da la razón.

Ulises no pudo evitar sonreír de nuevo. Una sonrisa amplia y que arrastraba un punto de rendición.

—Tiene razón —dijo, sin poder dejar de mirarla, sintiendo que el insomnio había sido, de lejos, la mejor idea que había tenido su cerebro en meses—. La máquina de café es una pelota.

En ese momento fue Aria quien sonrió, y Ulises se quedó mirándola sonreír bajo el resplandor acaramelado de la luz de la campana extractora.

CAPÍTULO 38

Aria estaba sentada junto a la cama de Katerina, en la butaca en la que Ulises se había quedado dormido la primera noche. Aún guardaba en el paladar el recuerdo fantasma del queso feta de la madrugada anterior.

La noche de insomnio, compartida en la penumbra de la cocina con un Ulises sorprendentemente humano y desprovisto de su armadura de Ogro de la Colina, le había dejado una sensación efervescente en el estómago. Una especie de resaca de buen rollo que ni siquiera el madrugón había logrado disipar.

Katerina, recostada entre la montaña de cojines que la hacían parecer una emperatriz, la miraba con ojos brillantes. La fiebre había remitido, dejando a su paso una agradable languidez y unas ganas irrefrenables de consumir cultura. Y por «cultura», Katerina entendía exclusivamente poesía griega. Constantino Cavafis y Yorgos Seferis, para ser exactos.

—Vamos, Aria —la había animado, pasándole un libro de tapas desgastadas—. Cavafis es el remedio para cualquier mal del alma. Y para los de la garganta también, si lo lees con la entonación adecuada.

Aria había aceptado el reto con una sonrisa.

«De fontanera a rapsoda en menos de veinticuatro horas. Mi currículum está adquiriendo unos matices fascinantes», pensó, aclarándose la voz con un par de carraspeos.

Fuera, en el pasillo, los pasos amortiguados de Ulises avanzaban hacia la habitación de Katerina. Llevaba una taza de café negro en la mano y el ceño ligeramente fruncido, repasando mentalmente la agenda del día. Iba a ver cómo había amanecido su abuela antes de encerrarse en el salón para dar comienzo a su interminable jornada laboral. Sin embargo, al acercarse a la puerta entreabierta, una voz lo detuvo en seco.

No era la voz cantarina y ligeramente sarcástica con la que Aria solía dirigirse a él. Era una voz aterciopelada, grave, impregnada de una cadencia melancólica y profunda que parecía surgir de otra época. De otro tiempo.

Ulises se quedó inmóvil a escasos centímetros del umbral. A través de la rendija, pudo ver a Aria de perfil. Tenía un libro pequeño abierto sobre el regazo y la luz de la mañana le arrancaba destellos cobrizos al pelo, que lo llevaba suelto sobre los hombros.

—*En el teatro...* —comenzó a leer Aria. Ulises contuvo la respiración—*.* Me cansé de mirar el escenario,

y levanté los ojos a los palcos.

Y en uno de esos palcos fue donde te vi

con tu extraña belleza, tu depravada juventud.

Y enseguida volvió a mi pensamiento

todo lo que de ti me contaron esta tarde,

y se me conmovieron cuerpo y mente.

Y mientras contemplaba, fascinado,

tu lánguida belleza, tu juventud lánguida,

tu refinado atuendo,

fantaseaba contigo y te me aparecías

tal y como de ti me contaron esta tarde.

Ulises parpadeó, atónito.

La forma en que Aria pronunciaba cada palabra, respetando las pausas, dejando que el peso del deseo y la fascinación del poema flotaran en el aire antes de desvanecerse, era hipnótica. No había rastro de artificio ni teatralidad, era una lectura íntima, sentida, casi como si ella misma estuviera recordando a alguien en un palco lejano.

«¿De dónde saca esa sensibilidad?», se preguntó Ulises, sintiendo que el café le templaba ligeramente los dedos a través de la taza de cerámica.

Entrar sería un crimen. Un sacrilegio que rompería la burbuja mágica que se había creado en la habitación.

Con un movimiento silencioso, Ulises apoyó la espalda contra la pared del pasillo, echó la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos, y se dejó envolver por el sonido de la voz de Aria.

Dentro, Katerina suspiró, encantada. Amaba la poesía.

—Maravilloso, Aria. Tienes alma de poeta, te lo aseguro. Cavafis estaría orgulloso. Lee otro, por favor. El de las ventanas. Es perfecto para cuando una se siente encerrada —dijo.

Aria soltó una risilla suave que llegó hasta el pasillo, haciendo que los labios de Ulises se curvaran en una sonrisa involuntaria.

—A sus órdenes —bromeó Aria, pasando un par de páginas—. Aquí está. *Las ventanas*.

El silencio volvió a reinar antes de que la voz de Aria, teñida de un sutil timbre poético, volviera a alzarse.

—En estos cuartos sombríos, donde paso

días de tedio, voy vagando de un lado a otro

en pos de las ventanas. —Cada vez

que se abre una ventana es un consuelo—.

Mas no hay ventanas, o es que yo no puedo

encontrarlas. Y acaso, mejor que no lo haga.

Acaso la luz sea otra tiranía más…

Al escuchar los últimos versos, algo extraño y cálido se agitó en el pecho de Ulises. Fue un tirón tenue, justo debajo de las costillas. La imagen de Aria, de madrugada, con su enorme camiseta y los calcetines desparejados, comiendo queso feta y riendo en la cocina, se superpuso con la de aquella mujer capaz de recitar a Cavafis con la delicadeza de quien entiende perfectamente el miedo a la luz y a lo excepcional.

—Quién sabe qué inusitadas cosas vendrá a mostrarnos —susurró él en voz baja, al mismo tiempo que Aria, terminando el poema.

Ulises exhaló un suspiro largo, lento y profundo. De pronto, el café negro le pareció demasiado amargo, y los correos electrónicos que le esperaban, una soberana pérdida de tiempo. Se quedó allí, recostado en la pared, con los ojos cerrados y una sonrisa tonta dibujada en la cara, dejando que la resaca del queso feta y la poesía le alegraran, irremediablemente, la mañana.

Aria continuó con el poema *En la tarde*.

—Después de todo, no iba a durar mucho. La experiencia

de años me lo enseña. Mas resultó algo tajante

cómo acudió el Destino y le puso fin.

Breve fue la hermosa vida.

Pero qué fuertes los aromas,

en qué exquisitos lechos nos tendimos,

a qué placeres dimos nuestros cuerpos.

Un eco de los días del deleite,

un eco de aquellos días vino a mí,

algo del fuego que, jóvenes los dos, fue nuestro;

volví a tomar una carta entre mis manos

y la leí una vez y otra vez, hasta que me quedé sin luz.

Y salí fuera al balcón con melancolía,

salí a pensar en otras cosas, al menos contemplando

un poco de la ciudad amada, un poco

de ese fragor de calles y de tiendas.

El timbre de Villa Penélope resonó por los altos techos del vestíbulo, interrumpiendo la calma de la tarde. Ulises, que justo en ese momento salía del salón (su despacho temporal) con el ceño fruncido, el teléfono móvil y una expresión como si acabara de leer un informe financiero desastroso, soltó un suspiro de impaciencia. Como se encontraba a escasos metros de la entrada, decidió ahorrarse la espera de que acudiera Matilde y abrió él mismo la pesada puerta de roble.

Al otro lado, luciendo una sonrisa deslumbrante, estaba Ezio.

—¡Por todos los dioses del Olimpo! ¿Acaso mis ojos me engañan o es el mismísimo fantasma de Ítaca en carne y hueso el que me abre la puerta? —exclamó el abogado, cruzando el umbral con una teatralidad exagerada y abriendo los brazos de par en par, lo que hizo suspirar de nuevo a Ulises.

A pesar de su perpetua irritación, sus hombros se relajaron ligeramente. Al fin y al cabo, Ezio y él habían compartido demasiados veranos cuando eran adolescentes, demasiadas cervezas a escondidas y demasiados castigos como para mantener la

fachada de hielo intacta. Ulises esbozó una media sonrisa, de esas que rara vez se permitía, y aceptó el abrazo con palmadas en la espalda que le ofreció el abogado.

—Ezio. Veo que sigues vistiendo como si fueras a protagonizar un anuncio de Martini —bromeó Ulises, dándole un repaso al inmaculado traje de lino beige del abogado mientras cerraba la puerta a sus espaldas—. ¿Qué te trae por aquí a primera hora de la tarde? Pensé que los de tu gremio no perdonabais la siesta si no había una demanda millonaria de por medio.

—Asuntos de tu abuela, ya sabes. Firmas, papeleos, burocracia aburrida que requiere mi toque mágico —respondió Ezio, adentrándose en el vestíbulo como si fuera el dueño del lugar—. Pero, hablando en serio, no se te ve el pelo, Ulises. Eres una leyenda urbana en la isla. La gente empieza a dudar de tu existencia.

Ulises soltó un bufido, pasándose una mano por el pelo oscuro, deshaciendo su peinado perfecto.

—Tengo demasiado trabajo en Atenas, Ezio. La junta de accionistas está imposible, las fusiones me quitan el sueño y apenas tengo tiempo para respirar, y mucho menos para pasearme por los cafés del puerto para dejarme ver.

—Ah, Atenas... la ciudad que nunca duerme y que te está robando la juventud —suspiró Ezio con falsa compasión, aunque sus ojos brillaban con una chispa de picardía—. Pues qué quieres que te diga, me alegro.

Ulises enarcó una ceja.

—¿Te alegras de mi estrés crónico? —dijo en tono distendido.

—Me alegro de que estés tan ocupado, sí —repuso Ezio, ensanchando su sonrisa de medio lado—. Así dejas el terreno libre para que los demás mortales podamos disfrutar de las maravillas que esconde esta villa sin tu mirada de halcón juzgándonos. Hablando de maravillas... me ha parecido ver a cierta señorita de

cabello castaño y aguda inteligencia dirigiéndose al jardín mientras yo aparcaba. Si me disculpas, el deber me llama.

Sin esperar respuesta, Ezio le dio una última palmada en el hombro a un desconcertado Ulises y enfiló el pasillo hacia las puertas de cristal, listo para desplegar todo su encanto bajo la pérgola. Ulises se quedó allí plantado en medio del vestíbulo, con el móvil en la mano y una repentina punzada de irritación instalándose en la boca del estómago.

El jardín de Villa Penélope era, en las tardes de finales de julio, un auténtico paraíso terrenal. El aroma a jazmín y a buganvilla se mezclaba con la brisa salada que subía desde la costa, creando una atmósfera tan idílica que casi parecía un insulto estar de mal humor. Sin embargo, la paz es a veces fugaz.

Ezio llegó hasta la pérgola desplegando todo su arsenal de encanto natural. Encontró a Aria recostada en uno de los sillones de mimbre, absorta en la lectura de un libro de tapa dura que, a simple vista, ya no era el que la había mantenido cautiva días atrás.

—Veo que has cambiado de víctima literaria —saludó Ezio, apoyándose con elegancia en el respaldo de una silla vacía y dedicándole una sonrisa deslumbrante—. ¿Significa eso que descubriste quien envenenó al alcalde y que has terminado el libro de Ana Vasileiou?

Aria levantó la vista de las páginas, marcando su lectura con un dedo, y no pudo evitar devolverle la sonrisa.

—Así es. Lo terminé anoche de madrugada. No podía soltarlo —dijo.

—¿Y bien? —Ezio se sentó frente a ella, inclinándose hacia delante con esa postura que los manuales de seducción de dudosa procedencia recomiendan para crear «intimidad»—. ¿Estuvo a la

altura de las expectativas? Medio país está obsesionado con ese *thriller*.

—Tengo que admitir que Vasileiou sabe cómo tejer una buena trama —contestó Aria, animándose al hablar de la novela—. Aunque debo decir que sospeché de la esposa del alcalde desde el capítulo cuatro. El detalle de las infusiones de adelfa fue una pista demasiado evidente para mi gusto, pero el giro final con el boticario me pilló totalmente por sorpresa.

—El boticario —repitió Ezio, gesticulando con las manos—. Nadie sospecharía nunca del tipo amable que te vende las tiritas. Es una genialidad.

Aria dejó escapar una pequeña carcajada, echando la cabeza hacia atrás. No podía evitarlo. Ezio era un conversador nato.

«Es como un cruce entre un encantador de serpientes y un presentador de televisión», pensó, dándole un sorbo a su limonada.

Le caía bien, de verdad que sí. Era amable, chispeante y sabía cómo mantener su atención. Pero hasta ahí llegaba la cosa. El radar romántico de Aria estaba completamente apagado con él. No había química, no había tensión, solo un buen rato de conversación bajo el sol de vez en cuando.

Ezio sonrió, acercándose un poco más, invadiendo sutilmente su espacio personal.

—Me fascina tu capacidad de deducción, Aria —murmuró él, bajando un poco el tono de voz para darle un matiz más confidencial —. Aunque, si me permites decirlo, prefiero mil veces el misterio que tengo ahora mismo delante que cualquier novela de suspense. Eres mucho más... intrigante.

Aria le devolvió una sonrisa cortés, levantando con ella una barrera invisible pero infranqueable. Estaba a punto de soltar una respuesta diplomática cuando el sonido de unos pasos pesados triturando la grava del sendero interrumpió el momento.

Era Ulises. Y parecía que acababa de tragarse una tormenta eléctrica.

Llevaba una camisa azul marino con los primeros botones desabrochados y las mangas arremangadas, pero cualquier atisbo de calma quedaba anulado por la tensión de su mandíbula. Sus ojos verdes, normalmente fríos y calculadores, echaban chispas mientras pasaban de la sonrisa seductora de Ezio a la postura relajada de Aria.

—Qué estampa tan bucólica —soltó, con una voz que podría haber congelado el Mediterráneo en pleno verano—. Siento interrumpir la hora del té, pero me preguntaba si alguien en esta casa está haciendo su trabajo.

Aria parpadeó, desconcertada, dejando el vaso de limonada sobre la mesa con un golpe seco. La sonrisa se le borró de golpe.

—¿Perdone? ¿A qué se refiere? —dijo.

—Me refiero a mi abuela —atacó Ulises, dando un paso hacia la pérgola, invadiendo el espacio con su imponente presencia—. Lleva dos días con fiebre por la infección de orina. Se supone que debe estar pendiente de ella. ¿Le ha tomado la temperatura en la última hora? ¿O estaba demasiado ocupada riéndose de los chistes de Ezio?

El ataque fue tan directo y desproporcionado que Aria sintió como si le hubieran echado un jarro de agua fría por encima. La indignación subió por su garganta como espuma. Se puso en pie, alisándose la falda del vestido con un gesto nervioso pero desafiante.

—Para su información, Katerina no es una prisionera y yo no soy su carcelera —replicó, alzando la barbilla, negándose a dejarse intimidar por su más de metro ochenta y cinco de furia—. Y sí, estoy pendiente de ella. Ya no tiene fiebre, ha comido bien y...

—¡No te pago para que supongas que está bien! —la interrumpió Ulises, alzando la voz, perdiendo por completo sus

habituales modales de hielo—. ¡Te pago para que estés con ella! Si le sube la fiebre y tú estás aquí fuera...

—¡Si le sube la fiebre, me llamará! —estalló Aria.

Sus ojos centelleaban con una mezcla de enfado y decepción.

«¿Qué cojones le pasa a este hombre? Anoche estábamos comiendo queso en la cocina, y ahora me trata como a una empleada negligente», pensó Aria, sintiendo un nudo amargo en el estómago.

Ezio, que seguía cómodamente sentado, observaba la escena como si estuviera en la primera fila de un partido de tenis. Sus ojos iban de Aria a Ulises. Notó la respiración agitada de su amigo, la forma en que sus puños se apretaban a los costados y, sobre todo, cómo no podía apartar la vista de Aria.

«Vaya... —pensó para sus adentros, y una sonrisa lenta y maquiavélica empezó a formarse en su interior, aunque su rostro se mantuvo neutral—. No estás preocupado por Katerina, amigo mío. Estás celoso. Estás rabioso porque Aria se estaba riendo conmigo.»

Ezio carraspeó, dispuesto a intervenir para quedar como el caballero salvador, pero no hizo falta.

—Si vais a gritar en mi jardín, os ruego que al menos lo hagáis en verso. Los gritos en prosa son de muy mala educación.

Las tres cabezas se giraron al unísono. En mitad del sendero, con una postura tan erguida que imponía respeto, estaba Katerina. Llevaba un caftán de seda negro y unas gafas de sol enormes que le daban un aire de estrella de cine de los años sesenta. No había rastro de fiebre en su rostro, solo una expresión de diversión mezclada con autoridad.

—Abuela —murmuró Ulises, cambiando de actitud al instante. La furia se desinfló, dando paso a la preocupación, pero también a una evidente incomodidad—. No deberías estar levantada.

—No me digas lo que debo o no debo hacer, Ulises, que te he cambiado los pañales —replicó Katerina, avanzando con paso lento pero seguro hacia la pérgola—. Ya estoy mucho mejor de la infección, gracias a los dioses y a los antibióticos. Y antes de que sigas ladrándole a Aria, que sepas que yo le he dado permiso.

Ulises se quedó paralizado.

—¿Qué?

—Lo que oyes. La he echado de mi habitación —continuó Katerina, sentándose en una de las sillas de mimbre que Ezio se apresuró a ofrecerle—. Llevaba horas aguantándome. Le he dicho que saliera a tomar el aire, a disfrutar del jardín y a leer un rato, que le encanta.

Aria soltó el aire que tenía en los pulmones. Miró a Ulises, esperando una disculpa.

Pero Ulises no se disculpó. Su mandíbula volvió a tensarse, porque se dio cuenta de que había reaccionado de forma desmedida.

El cóctel de emociones que bullía en su pecho, celos, vergüenza, orgullo herido, era demasiado para procesarlo allí mismo.

—Bien —dijo, con la voz tensa y fría como el acero—. Si estás bien, me voy a trabajar. Tengo una llamada que hacer a Tokio.

Sin añadir una palabra más, ni mirar a Aria, dio media vuelta y se alejó por el sendero, con la espalda rígida y el paso apresurado, como si huyera de la escena de un crimen.

Aria se quedó mirándole la espalda hasta que desapareció por la puerta de cristal de la casa. Se dejó caer en la silla, sintiendo un regusto amargo en la boca. Toda la ligereza, la magia y la complicidad de los últimos días se habían esfumado. De golpe.

Mierda.

—Ay, este chico... —suspiró Katerina, negando con la cabeza—. Tiene la inteligencia emocional de una nuez moscada. No se lo tengas en cuenta, Aria, cariño. El estrés del trabajo le nubla el juicio.

—No te preocupes, Katerina. Estoy bien —mintió Aria, forzando una sonrisa. En el fondo, estaba dolida. Ulises había vuelto a ser el de siempre.

Ezio, aprovechando su momento de gloria, se inclinó hacia adelante y puso una mano reconfortante sobre el brazo de Aria.

—No dejes que te amargue el día —dijo con voz aterciopelada, mirándola con una falsa empatía en los ojos—. Ulises siempre ha sido así. Cuando pierde el control de una situación, ataca. Es su naturaleza. Pero tú has estado fantástica. No te has dejado pisar.

Aria le dedicó una sonrisa de agradecimiento, aunque tenía un viso de tristeza.

—Gracias —dijo.

Ezio le devolvió la sonrisa, dándole un suave apretón en el brazo antes de retirarlo. Por dentro, estaba frotándose las manos. Sabía exactamente lo que le pasaba a Ulises. Lo había visto en sus ojos: el instinto territorial, la posesividad irracional. Ulises estaba colado por Aria.

«Pero eres demasiado orgulloso y estás demasiado ciego para admitirlo, amigo mío —pensó—. Y yo no pienso decirte ni una palabra. En el amor y en los tribunales, el que calla, otorga... y el que es más listo, se lleva a la chica.»

Sonrió para sí mismo.

El sol seguía brillando en el cielo, las abejas seguían zumbando entre las buganvillas y los pájaros seguían cantando en los árboles.

CAPÍTULO 39

El sol comenzaba a derretirse sobre el horizonte del mar Jónico, tiñendo el cielo de una escandalosa paleta de violetas, naranjas y dorados que habría hecho llorar de envidia a cualquier pintor impresionista. Sin embargo, Aria no estaba para apreciar obras de arte creadas por la naturaleza. Llevaba media hora paseándose por la habitación con la energía nerviosa de una leona enjaulada. Si alguien hubiera conectado un podómetro a su tobillo, probablemente habría registrado que ya estaba a medio camino de Atenas.

Estaba intranquila. Desasosegada. Tenía esa molesta sensación de hormigueo en la boca del estómago que no se había quitado ni con tres tilas. Lo que había pasado con Ulises horas antes la tenía completamente confundida. El choque, la regañina, la tensión que chisporroteaba entre los dos... Era como si alguien hubiera agitado una botella de champán y le hubiera quitado el corcho justo en su cara.

Con una inhalación honda, que arrastró consigo la mitad del oxígeno de la habitación, Aria descorrió las cortinas y se asomó a la ventana para dejar que la brisa marina le enfriara las mejillas. Fue entonces cuando lo vio.

Abajo, en la cala privada que abrazaba la mansión, había una figura solitaria.

Era Ulises.

Estaba sentado en la arena, lo cual ya era un evento digno de ser documentado por el National Geographic. Y no llevaba bañador, no. Llevaba los pantalones de pinzas oscuros y la camisa azul marino arremangada hasta los codos. Estaba vestido como si estuviera a punto de presidir una junta de accionistas con los cangrejos ermitaños. Tenía las rodillas flexionadas, los brazos apoyados en ellas, y se dedicaba a lanzar piedras al mar con una precisión casi robótica.

Plis, plas, pluf.

Una tras otra.

Aria se mordió el labio inferior. El sentido común le decía que se quedara en su habitación, que leyera un libro y dejara al fiero Ogro de la Colina lidiar con sus demonios. Pero la curiosidad, y algo más profundo y cálido, ganó la partida.

Y bajó.

Al llegar a la cala, se quitó las sandalias. Cualquier tipo de zapatos y la arena eran una mala combinación, y descendió descalza el tramo de escaleras de piedra que unían la mansión y la playa, moviéndose por ellas con el sigilo de un gato.

Cuando sus pies tocaron la arena fría, un escalofrío le recorrió la columna. El sonido de las olas rompiendo suavemente contra la orilla enmascaraba sus pasos, pero, aun así, cuando estuvo a un par de metros de él, Ulises detuvo su mano en el aire, con una piedra plana a medio lanzar. Se giró lentamente.

Sus ojos, habitualmente insondables y afilados, la escanearon. No parecía enfadado, más bien... cansado. Y sorprendentemente humano.

—¿Está ocupado este metro cuadrado de arena o hay que pedir permiso para sentarse? —preguntó Aria, señalando el espacio a su

lado con una sonrisa cautelosa, intentando mantener el tono ligero y chispeante que era habitual en ella.

Ulises bajó la mano, dejando caer la piedra, y soltó un suspiro que sonó casi como una risa derrotada.

—Depende. ¿Viene a tirarme al mar o viene en son de paz?

—He dejado mis armas en la mansión, así que supongo que hay tregua —respondió Aria.

—Entonces sí, puede sentarte —dijo Ulises.

Aria se dejó caer a su lado, cruzando las piernas a lo indio y alisando la falda de su vaporoso vestido.

Durante un largo rato, ninguno de los dos dijo nada. El silencio, lejos de ser incómodo, se sentía como una manta cálida. Solo se escuchaba el rumor del agua y el canto lejano de alguna gaviota despistada.

Aria observó a Ulises de reojo. En ese momento, olía a salitre, a la brisa del atardecer y a los últimos vestigios de esa colonia cara que parecía estar impregnada en su piel.

—Siento lo de antes —soltó Ulises de pronto, con la voz grave y rasposa, rompiendo el silencio como quien rompe un cristal—. Mi comportamiento. La forma en la que le he hablado... la regañina. No tenía la culpa.

Aria parpadeó, sorprendida. ¿Ulises pidiendo perdón sin que un juez lo obligara? Definitivamente, los planetas se habían alineado.

—Resulta raro oírle pedir disculpas —bromeó, buscando sus ojos.

Ulises esbozó una leve sonrisa, torcida y melancólica, que hizo que Aria sintiera un tirón en el pecho.

—Tengo que pedirlas cuando me comporto como un imbécil, que es bastante a menudo —dijo. Alargó el brazo y tiró una piedra al agua.

—Siento haberle enfadado —repuso Aria.

Ulises la miró.

—No ha sido su culpa —dijo.

Luego, su mirada volvió al mar. El horizonte ya casi se había tragado el sol, dejando un rastro de sangre y oro sobre el agua oscura. La expresión de Ulises cambió, y la ironía se desvaneció. Sus hombros se tensaron bajo la camisa de lino.

—No me gusta el mar —confesó de pronto, en un susurro que se llevó el viento.

Era una afirmación absurda para un hombre que había vivido gran parte de su vida en una isla y poseía una naviera, pero Aria sabía exactamente por qué lo decía. Katerina se lo había contado. Aún así, escucharlo de sus labios era distinto. Era real. Era humano.

—Lo sé —respondió ella suavemente, abandonando cualquier rastro de broma.

Ulises cogió un puñado de arena y la dejó escurrir entre sus largos dedos.

—Tenía ocho años —comenzó, con la mirada fija en las olas, como si estuviera viendo una película proyectada en el agua—. Volvíamos de Cefalonia. Era un vuelo corto. Mis padres, mi hermana mayor y yo. Hacía un día precioso, ni una sola nube. Y de repente... todo se fue al infierno. Una tormenta. Un… fallo en el motor. Caímos en picado.

Ulises se guardó que su padre había perdido el control de la avioneta por la fuerte discusión que mantenía con su madre.

Aria sintió un nudo en la garganta. Instintivamente, acortó la distancia entre ellos hasta que sus brazos casi se rozaron. Quería que sintiera que no estaba solo en la playa.

—El impacto fue... no hay palabras para describirlo. Es un ruido que te rompe los tímpanos y te revienta por dentro —continuó

Ulises, con una calma escalofriante que contrastaba con el horror de sus palabras—. Cuando abrí los ojos, el agua estaba helada. Todo era caos, metal retorcido, olor a combustible. Me aferré a un trozo del fuselaje de la avioneta. Mis brazos eran tan cortos que apenas podía rodear el metal, pero me agarré como pude con la fuerza de un animal.

Aria contuvo la respiración. Podía imaginarlo. Un niño pequeño, aterrado, solo en medio de la inmensidad del mar.

—Estuve allí horas. O tal vez fueron minutos, el tiempo dejó de existir. Y entonces... los vi. —La voz de Ulises se rompió durante un segundo, pero tragó saliva y continuó, estoico—. Vi los cuerpos de mis padres. Y el de mi hermana. Flotando en el agua, a pocos metros de mí. Estaban los tres muertos.

Aria sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Sin pensarlo, extendió la mano y cubrió la de él, que estaba apretada en un puño sobre la arena. Ulises se tensó al sentir su tacto, pero no se apartó. Al contrario, giró la mano y entrelazó sus dedos con los de ella, aferrándose como si Aria fuera su nuevo salvavidas.

—Recuerdo que gritaba sus nombres —susurró Ulises, cerrando los ojos con fuerza—. Los grité hasta que me sangró la garganta. Les suplicaba que despertaran, que nadaran hacia mí. Pero no respondían. Solo se escuchaba el sonido de las olas y el silencio. Fue lo más terrorífico que alguien puede vivir. Saber que tu familia, que la gente que es tu mundo entero está ahí, a tu lado, pero ya no están. Y que no puedes hacer absolutamente nada.

Aria le apretó la mano con firmeza, usando el pulgar para acariciar sus nudillos.

—Lo siento muchísimo. De verdad... —murmuró, con la voz temblorosa. No había frases hechas que pudieran arreglar aquello. No había un «todo pasa por algo» capaz de consolar, que valiera. Solo había dolor puro y duro.

Ulises abrió los ojos y la miró. Sus pupilas reflejaban la última luz del crepúsculo.

—Ese día, en medio del mar helado, algo se rompió dentro de mí, Aria —dijo, con una honestidad brutal que le encogió el corazón —. Un engranaje, una pieza fundamental. Y a pesar de los años, del dinero, del éxito, de la terapia y de la coraza que me he construido... sigue roto. Sigo siendo ese niño de ocho años agarrado a un trozo de metal, esperando que algún miembro de su familia abra los ojos, o que le despierten de la pesadilla.

Aria lo miró a los ojos, sintiendo una oleada de ternura y comprensión tan grande que la abrumó. De pronto, todas las piezas del complicado rompecabezas que era Ulises encajaban de nuevo. Su necesidad de control, su frialdad aparente, su adicción al trabajo, su seriedad. Todo era un escudo para proteger a ese niño roto.

Con un movimiento suave, Aria se acercó un poco más a él, apoyando la cabeza en su hombro. Ulises exhaló un suspiro, y, para sorpresa de Aria, no le soltó la mano.

—Mi padre me abandonó cuando yo solo tenía dos años. Se fue y nunca más volvimos a saber nada de él —dijo Aria al cabo de un rato, recuperando un tono suave, teñido de un humor muy delicado —. Así que, si le sirve de consuelo, yo también tengo algo roto por ahí dentro.

—¿Puedo decir que su padre es un cabrón? —dijo Ulises.

—Sí, porque mi madre y yo también lo pensamos —comentó Aria—. Y mi *yiayá* Calíope.

Ulises soltó una pequeña risa nasal, apoyando su mejilla contra el pelo de Aria. La tensión había abandonado su cuerpo, dejando una paz inusual en él.

—Si no existiera, habría que inventarla, Aria —dijo.

—Lo sé. Pero me prefiere a los cangrejos ermitaños, y eso es un avance —respondió ella.

Y tenía razón.

Se quedaron allí, en la arena, mientras la noche caía sobre Ítaca. El mar seguía rugiendo frente a ellos, inmenso y oscuro. Aria sentía el latido acompasado del corazón de Ulises bajo la camisa.

La noche había caído por completo sobre ellos, desplegando un manto de estrellas que parecía un decorado de Hollywood. El sonido de las olas rompiendo en la orilla ya no sonaba a amenaza, sino a una banda sonora sorprendentemente bonita.

Aria seguía apoyada en el hombro de Ulises, maravillosamente cómoda, procesando el hecho de que el temible Ogro de la Colina, el hombre que desayunaba empleados en las juntas de accionistas y respiraba fuego, era en realidad un ser humano cálido, vulnerable y que, además, olía condenadamente bien.

—Deberíamos volver a la mansión —murmuró Ulises, aunque su tono de voz, perezoso y grave, contradecía por completo sus palabras, porque no hizo el menor amago de moverse. De hecho, su mano apretó un poco más la de Aria.

—Sí —dijo ella, sin mover un solo músculo—. La arena se está empezando a meter en lugares donde no debería.

Ulises soltó una risa baja que vibró contra el pecho de Aria. Giró la cabeza para mirarla. En la penumbra, iluminado solo por el resplandor plateado de la luna, su rostro había perdido toda esa tensión que solía endurecer sus facciones, y sus ojos, habitualmente insondables, brillaban con una intensidad diferente. Una que hizo que a Aria se le secara la boca de golpe y que su corazón diera un salto mortal con triple tirabuzón.

El aire entre ellos pareció condensarse, y la brisa marina dejó de ser fresca para volverse extrañamente cálida.

—Aria... —susurró él, y la forma en que pronunció su nombre, como si fuera un secreto, una confesión o una plegaria, la dejó sin aliento.

Ulises levantó el brazo que tenía libre y, con una suavidad que contrastaba con el tamaño de sus manos, le apartó un mechón de pelo rebelde que el viento le había pegado a la mejilla. Sus dedos rozaron la piel de Aria, trazando la línea de su mandíbula. Fue un toque eléctrico, un chispazo que le recorrió la espina dorsal de arriba abajo.

Ella levantó la vista, perdiéndose en su mirada.

El radar romántico de Aria, que horas antes con Ezio estaba más apagado que un televisor estropeado, ahora pitaba como una alarma nuclear.

Ulises acortó los escasos centímetros que los separaban.

El primer beso fue una exploración tímida. Sus labios rozaron los de ella con una delicadeza abrumadora, como si temiera que Aria fuera a romperse o a salir corriendo.

Aria cerró los ojos y dejó escapar un pequeño suspiro, respondiendo al beso instintivamente. Ulises sabía a salitre, a la menta de su aliento y a algo oscuro y embriagador que era pura esencia suya. Llevó una mano a su nuca, enredando los dedos en su pelo oscuro y espeso.

Ese simple gesto fue como echarle gasolina a una hoguera.

El control férreo del que Ulises siempre hacía gala se evaporó en el aire. El beso cambió de marcha, volviéndose profundo, exigente, hambriento. Los labios de él se movieron sobre los de Aria con una urgencia que le hizo dar vueltas la cabeza. Aria le correspondió con la misma intensidad, abriendo los labios para dejar paso a su lengua, perdiéndose en el sabor y en el calor que irradiaba su cuerpo. Era un beso de película, de esos que dejan las rodillas temblando y el sentido común perdido en otro continente.

Sin romper el beso, Ulises se giró, envolviéndola con ambos brazos, y el impulso los hizo perder el equilibrio. Cayeron sobre la arena en un enredo de extremidades y suspiros.

Aria se encontró de espaldas contra la arena fría, pero no le importó en absoluto, porque el calor del cuerpo de Ulises, que estaba sobre ella, era más que suficiente para compensarlo. Él se apoyó sobre sus codos para no aplastarla, enmarcando el rostro de Aria con las manos. La miró desde arriba, con la respiración agitada y los ojos oscurecidos por el deseo.

—Si esto es un sueño, te juro que despido al que me despierte —murmuró con la voz ronca, antes de volver a atacar sus labios.

Aria dejó escapar una carcajada que murió en su boca cuando Ulises empezó a besarle el cuello, justo en ese punto sensible debajo de la oreja. Un escalofrío de placer la recorrió entera.

«Adiós, cordura. Ha sido un placer conocerte», pensó, mientras sus manos recorrían la espalda de Ulises, sintiendo la tensión de sus músculos bajo la fina tela de la camisa de lino.

La cosa se estaba calentando a un ritmo alarmante. Las manos de Ulises ya no eran cautelosas, recorrían la cintura de Aria, acariciando la curva de su cadera, subiendo por sus costillas con una urgencia que la hacía arquear la espalda buscando más contacto. Se deseaban. La química entre ellos, que había estado burbujeando bajo la superficie en forma de discusiones y miradas furtivas, acababa de explotar por los aires.

Aria tiró de la camisa de Ulises, queriendo deshacerse de los botones, queriendo sentir su piel. Él gruñó en respuesta, soltando un sonido gutural que a ella le pareció la mejor sinfonía del mundo, y bajó sus besos por la clavícula de Aria, apartando el tirante de su vestido. Estaban a un paso del punto de no retorno, a un suspiro de convertir la playa privada en el escenario de una escena escandalosa.

Pero entonces, justo cuando el cerebro de Aria ya estaba emitiendo un pitido plano y su cuerpo era pura anticipación, Ulises se detuvo en seco.

Se quedó totalmente quieto. Su respiración era pesada, como si acabara de correr una maratón. Apoyó la frente contra la de Aria y cerró los ojos con fuerza, apretando las mandíbulas.

—Ulises... —susurró ella, confundida—. ¿Qué...?

Él tomó una gran bocanada de aire, como si estuviera intentando aspirar toda la cordura que flotaba en el mar Jónico, y se separó unos centímetros para mirarla. Aria tenía el pelo revuelto, los labios hinchados y una expresión que era una mezcla a partes iguales de agonía y determinación.

—No —dijo él, con voz rasposa, negando con la cabeza—. No puedo hacerte esto. Lo siento.

Aria parpadeó. Se sentía como si acabaran de tirarle un cubo de agua con hielo en la cara. Se quedó mirándolo, con los labios entreabiertos y el tirante del vestido aún caído por el hombro. Su cerebro tardó unos segundos en reiniciar el sistema.

—¿Qué… Qué pasa? —preguntó, con la sensación de que se estaba perdiendo algo.

Ulises se incorporó lentamente, sentándose a su lado y pasándose las manos por el pelo en un gesto de frustración. Exhaló el aire. Parecía estar cargando con el peso del mundo.

—Pasa que... eres tú. Y yo soy yo —dijo, mirándola con una intensidad que la desarmó.

Aria frunció el ceño, confundida, mientras él continuaba, midiendo cada palabra.

—Yo… Joder, cada fin de semana hay una mujer distinta en mi cama. Huyo de las relaciones sentimentales. No tengo nada que ofrecer más allá de un rato divertido, y tú... —Ulises levantó una mano, rozando con el pulgar la mejilla de Aria con una suavidad

infinita—. Tú no eres una mujer cualquiera, Aria. Eres noble, tienes un corazón demasiado bueno, y no voy a ser yo el imbécil que te lo rompa.

Aria se incorporó, colocándose el tirante en su sitio y sacudiéndose un poco de arena de la falda del vestido.

—Pero…

—No quiero que te confundas, Aria, y mucho menos quiero que sufras —continuó Ulises, con la voz grave y firme—. Mereces a alguien que se enamore de ti. Alguien que busque exactamente lo mismo que tú, que quiera construir algo real. Yo… yo no puedo darte eso. Y me niego a joderte el corazón por un simple polvo en la playa. No te mereces que te trate como a una más. Lo siento, pero prefiero ser sincero contigo ahora, antes de cruzar una línea de la que me arrepienta.

Aria parpadeó, procesando su discurso. Era un jarro de agua fría, sin duda, pero ¿qué iba a hacer? ¿Obligarle a ser un canalla cuando por fin estaba demostrando tener principios? ¿Ser humano? No le quedaba más remedio que aceptarlo.

Todo era una mierda, porque en el fondo sabía que tenía razón.

—Vale —dijo, tratando de ocultar la punzada de decepción que sentía.

Aria se había imaginado que terminarían follando como dos animales salvajes en medio de la playa, como ocurría en las películas románticas, donde el protagonista masculino se daba cuenta de que estaba enamorado hasta los huesos de la protagonista, se casaban, y comían perdices felices para siempre, pero Ulises había tenido un ataque de nobleza repentina. Y aunque le pesara, Aria tenía que admitir que tenía razón. Sí, la tenía.

Se pasó la mano por el cuello.

—Será mejor que volvamos a la mansión —dijo.

—Aria, ¿estás bien? —le preguntó Ulises, al ver la expresión de su rostro.

—Sí, estoy bien —respondió ella, demasiado rápido.

Pero no, no estaba bien. ¿Cómo iba a estarlo? Le habían puesto un caramelo en la boca y después se lo habían quitado con un bofetón.

—Aria, no quiero levantarme mañana y decirte que todo ha sido un error, que no debería haber pasado nada entre nosotros… No quiero ser un cabrón contigo. No te lo mereces...

—Ulises, lo entiendo —lo interrumpió Aria—. Volvamos a la casa, Katerina puede estar preocupada.

CAPÍTULO 40

Aria caminaba por el pasillo del segundo piso, equilibrando la bandeja de madera que contenía un desayuno digno de una emperatriz: yogurt griego con miel y nueces, tostadas crujientes, fruta fresca cortada en trozos pequeños, un café con leche humeante y un vaso de zumo de naranja recién exprimido.

Sin embargo, a pesar de la belleza del entorno y del aroma del café recién hecho, el estómago de Aria era un nudo marinero de los difíciles. Había dormido fatal. Su cerebro se había pasado la noche en un bucle infinito, reproduciendo cada segundo de lo que había ocurrido en la playa. El calor de las manos de Ulises, el sabor de su boca, y luego... el frenazo en seco. Su discurso lleno de una honestidad tan brutal y caballerosa que la había dejado completamente descolocada. Estaba tocada, muy tocada. Una parte de ella quería aplaudirle por su madurez emocional, y la otra quería tirarle un jarrón a la cabeza por haberla dejado con la miel en los labios. Ahora tenía que enfrentarse a él a la luz del día, y no tenía ni la más remota idea de qué cara poner. ¿La de empleada eficiente? ¿La de persona comprensiva? ¿La de una mujer que casi se acuesta con su jefe en una cala privada?

Aria respiró hondo, compuso su mejor sonrisa de «aquí no ha pasado nada» en los labios y empujó la puerta de la habitación de Katerina con la cadera.

—Buenos días, Katerina —saludó, intentando sonar de buen humor.

Katerina estaba sentada en la cama, apoyada contra el montón de almohadones. El cambio en ella era espectacular. La infección de orina que la había tenido postrada y febril durante dos días era ya historia. Tenía buen color en las mejillas, el pelo blanco perfectamente peinado y esa chispa de astucia incombustible brillando de nuevo en sus ojos.

—Buenos días, cariño —respondió Katerina, cerrando el libro que tenía en el regazo y acomodándose las gafas de lectura—. Aunque, por el ceño fruncido que traías en la cara antes de forzar esa sonrisa, diría que tu mañana podría ser mejor.

Aria casi tropezó con la alfombra. ¿Su rostro era un libro abierto?

—Son imaginaciones tuyas, he dormido de maravilla —mintió, depositando la pesada bandeja sobre las piernas de Katerina con cuidado—. Aquí tienes tu desayuno. Y, por supuesto, el postre. Tu dosis de antibiótico. Ya es el penúltimo día.

Katerina ignoró la pastilla por el momento y tomó la taza de café, dándole un sorbo mientras miraba a Aria por encima del borde de porcelana.

—Supongo que ya te habrás dado cuenta de que hay un silencio inusual en la casa —comentó Katerina en tono casual, demasiado casual—. Ulises se ha ido.

Aria se quedó congelada a mitad de camino de recoger una servilleta.

—¿Se ha ido? —repitió, intentando que su voz sonara neutral y no como si le acabaran de quitar un yunque de encima.

—Al poco de amanecer. Ha venido a despedirse, me ha dado un beso en la frente, ha cogido el helicóptero y ha puesto rumbo a Atenas. Ha dicho que tenía una crisis en la oficina que requería su atención inmediata. —Katerina hizo un gesto despectivo con la mano libre—. Excusas de adicto al trabajo.

Aria parpadeó, procesando la información.

Se había ido.

Antes de que ella se despertara. Antes de tener que cruzarse con ella en la cocina o en los pasillos.

La recorrió una ola de alivio tan inmensa que casi suspiró en voz alta. Lo agradecía, de verdad que sí. No tenía ningunas ganas de encontrárselo por la casa, de intentar descifrar sus miradas o de lidiar con la tensión que seguramente flotaría entre ellos. Sin embargo, en el fondo de su pecho, una minúscula y traicionera punzada de engaño se hizo notar. El muy cobarde había huido. Muy noble por la noche, pero incapaz de darle los «buenos días» por la mañana y despedirse.

—Un imperio no se dirige solo, supongo —dijo, encogiéndose de hombros, mientras fingía un repentino interés en alinear los cubiertos de la bandeja.

Katerina dejó la taza en el platillo de porcelana con un tintineo suave. Sus ojos, afilados como bisturís, se clavaron en el rostro de Aria.

—Anoche me costó conciliar el sueño —empezó a decir, bajando un poco el tono de voz, como si estuviera a punto de revelar un secreto de estado.

—¿Ah, sí?

—Sí, me levanté a por un vaso de agua y, casualmente, miré por la ventana. Ya sabes que mis ventanas dan directamente a la playa privada.

El corazón de Aria dio un espectacular brinco contra las costillas y empezó a latir a toda prisa. Sintió que la sangre le subía a las mejillas de golpe.

«Mierda, mierda, mierda», gritó su cerebro.

—Qué... qué casualidad —logró decir, pasándose las manos por la falda. De repente se puso muy nerviosa.

—Os vi —soltó Katerina, sin anestesia, como era ella—. A ti y a mi nieto. Las sombras no engañaban. Parecía una escena bastante intensa. Dime la verdad, Aria, ¿pasó algo entre vosotros? ¿Discutisteis? ¿Ese cabezota te regañó por algo relacionado con el trabajo? Porque si es así, te juro que le llamo ahora mismo y le desheredo.

Aria soltó el aire que no se había dado cuenta de que estaba reteniendo. Katerina no había visto los besos. O, si los había visto, la distancia y la oscuridad le habían hecho interpretar el lenguaje corporal de otra manera. Mejor.

—¡No, no! Nada de eso, Katerina —se apresuró a decir Aria, forzando una sonrisa—. No discutimos ni me regañó. Todo está bien. Los dos... necesitábamos tomar un poco de aire después de lo que había pasado por la tarde. Ulises me pidió disculpas por su comportamiento delante de Ezio.

Era una mentira como una catedral, y el sabor de esa mentira le amargó la boca. Todo no estaba bien. Estaba tremendamente tocada por la forma en que Ulises la había rechazado. Sí, lo había hecho de una manera caballerosa para protegerla, pero no por eso no le dolía, porque significaba que nunca iba a estar con él y que todas las fantasías que había creado a su alrededor se habían ido a la mierda con su negativa. Pero jamás se lo diría a su abuela.

Para escapar del escrutinio, Aria agarró el vaso de agua y la pastilla que Katerina había ignorado al principio.

—Venga, tómate esto antes de que se te enfríe el café —ordenó, usando su tono más profesional y autoritario.

Katerina tomó la pastilla a regañadientes y se la tragó con un sorbo de agua, pero no apartó la vista de Aria. La mujer tenía la mosca detrás de la oreja, y cuando Katerina Diakos se aferraba a una idea, era peor que un perro de presa con un hueso.

—Sabes, he estado pensando en la rabieta que tuvo Ulises ayer. Nunca lo había visto así. Esa forma de reaccionar no es habitual en

él, a pesar de que es muy impulsivo —continuó, untando un poco de mantequilla en su tostada—. Yo creo que no era simple mal humor. Yo creo que eran celos.

—¿Celos? ¿Ulises? Por favor, Katerina. —Aria resopló, cruzándose de brazos—. Ulises no siente celos porque, para empezar, no le importa nada que no cotice en bolsa, excepto tú. Fue solo esa manía que tiene de protestar por todo y de que se hagan las cosas como él quiere.

—No me trates de tonta, Aria —la reprendió Katerina con cariño, señalándola con el cuchillo de la mantequilla—. Conozco a mi nieto. Y te conozco a ti. ¿Sabes qué pienso?

Aria se echó a temblar. A saber qué iba a decir Katerina.

—¿Qué?

—Que hacéis muy buena pareja. Sois como el fuego y la pólvora. Él necesita a alguien como tú, alguien que no le baile el agua, que tenga un corazón noble y que le ponga los pies en la tierra. Y tú... bueno, tú necesitas a alguien que te cuide como te mereces.

Las palabras de la mujer fueron como un dardo directo al centro del pecho de Aria, precisamente porque hacían eco de lo que el propio Ulises le había dicho horas antes.

«Mereces a alguien que se enamora de ti... Yo no puedo darte eso.»

Aria tragó saliva, obligándose a mantener la compostura. Tenía que quitarle esas ideas románticas a Katerina de una vez por todas, por el bien de las dos.

—Katerina, Ulises y yo somos jefe y empleada. Fin de la historia —comenzó—. Su nieto es un hombre brillante, sí, pero no tiene madera de novio. Él mismo lo dice. Huye del compromiso como de la peste. Yo busco… amor, estabilidad, busco a alguien que quiera

construir algo real, no a un hombre que cambia de mujer cada fin de semana. Él y yo no somos compatibles.

Katerina dejó la tostada en el plato. La vehemencia en las palabras de Aria, sumada a la expresión tensa de su rostro, le confirmó que sus sospechas no iban desencaminadas. Había pasado algo en esa playa. La repentina huida de su nieto, que nunca dejaba las cosas a medias, era tremendamente sospechosa. Y la mirada de Aria, habitualmente chispeante y llena de humor, estaba ensombrecida por una tristeza que intentaba ocultar a toda costa.

—Si tú lo dices... —murmuró, adoptando un tono conciliador, pero con una ceja levemente arqueada—. Supongo que me estaré volviendo una vieja romántica y melancólica.

Aria asintió, y se dio cuenta de que su discurso había sonado demasiado intenso, demasiado personal. Se apartó de la cama y fingió abrir las cortinas para darle la espalda a Katerina durante unos segundos.

—Tómate el desayuno, vendré a por la bandeja en un rato —dijo, recuperando un poco de su tono ligero habitual, aunque la expresión de su rostro seguía siendo más seria que de costumbre.

Salió de la habitación cerrando la puerta con suavidad. Katerina se quedó sola, masticando su tostada lentamente, con la mirada fija en la ventana que daba al mar. Una sonrisa minúscula pero astuta se dibujó en sus labios.

Sí, había pasado algo. Y aunque Ulises hubiera huido a Atenas, Katerina sabía perfectamente que de los sentimientos no se podía escapar en helicóptero.

Apenas cinco minutos después de que Aria abandonara la habitación, la puerta volvió a abrirse. Dos discretos golpecitos en la madera con los nudillos precedieron a la entrada de Matilde. La ama

de llaves asomó la cabeza con esa sonrisa cálida y maternal que parecía llevar cosida al rostro. Tenía puesto su impecable delantal, del que siempre emanaba un levísimo y reconfortante aroma a hierbas provenzales y jabón de Marsella.

—Con permiso, Katerina —saludó Matilde, entrando con paso resuelto y cerrando la puerta a sus espaldas—. Venía a comprobar si sigues por el buen camino. ¿Qué tal te ha sentado el desayuno? Y de paso venía a preguntarte que ¿qué le apetece que prepare para comer? El pescadero ha traído una dorada que es un escándalo, pero si el cuerpo te pide algo más contundente, puedo hacer mi famosa *musaka*.

Katerina, que seguía con la mirada perdida en el azul infinito del mar que se colaba por el ventanal, giró el rostro hacia ella. Lejos de tener la expresión de una anciana convaleciente pensando en el menú del día, sus ojos brillaban con la intensidad de un general a punto de planear una emboscada.

—Matilde, olvídate de la dorada y de la *musaka*. Podrías servirme cartón hervido y ni me enteraría —aseveró, dándole unas palmaditas al colchón a su lado—. Siéntate. Tenemos una crisis de estado de nivel cinco.

Matilde enarcó las cejas, estaba acostumbrada a los dramas domésticos de Katerina, pero no pudo disimular que le intrigaba el tono conspiratorio de su jefa. Se limpió las manos en el delantal por puro acto reflejo y se sentó en el borde de la inmensa cama, cruzando las manos sobre el regazo.

—Virgen santa, ¿qué ha pasado ahora? —preguntó, bajando la voz instintivamente—. ¿Se ha vuelto a estropear la bomba de agua de la piscina?

—Ojalá fuera la bomba de agua. Eso se arregla con dinero y un fontanero —suspiró Katerina, acomodándose las gafas de lectura sobre el puente de la nariz con un gesto teatral—. Es mi nieto. Y Aria.

Una sonrisa cómplice, casi felina, asomó a los labios de Matilde. El «Proyecto Emparejamiento», como lo llamaban en la intimidad de la cocina, era el tema de conversación favorito de Matilde.

—Ah... Ya decía yo que el ambiente esta mañana estaba más tenso que la cuerda de un violín —murmuró, inclinándose hacia adelante, lista para escuchar el chisme—. Cuéntame. Soy todos los oídos.

Katerina se frotó las sienes, como si la estupidez masculina le provocara jaqueca.

—Anoche los vi desde la ventana. Estaban en la playa. Y no, no estaban precisamente buscando conchas. Había... cercanía. Mucha cercanía. Las sombras casi se fundían, Matilde. Yo ya estaba mentalmente eligiendo el color de los centros de mesa para la boda. —Katerina hizo una pausa dramática, levantando un dedo acusador hacia el techo—. Y de repente, esta mañana, Ulises se ha despedido de mí, se ha montado en su helicóptero y se ha marchado a Atenas. Ni que fuera James Bond escapando de un villano. Se ha ido con la excusa de una «emergencia en la empresa».

—¿Ha huido? —Matilde soltó una risa incrédula, negando con la cabeza—. Ulises no huye, Katerina. Él hace «retiradas estratégicas».

—Llámalo como quieras, pero ha dejado a la pobre Aria aquí, sola, lidiando con lo que fuera que pasara entre ellos anoche —replicó Katerina, indignada—. Acaba de estar aquí trayéndome el desayuno. Intentó venderme la moto de que no había pasado nada, sonriendo con tantos dientes que parecía un anuncio de dentífrico. Pero yo tengo muchos años, Matilde. Tenía los ojos tristes. Esa chica estaba tocada. Se le notaba la decepción a kilómetros. Y me ha soltado un discurso sobre cómo mi nieto no tiene madera de novio que sonaba a que se lo había repetido a sí misma cien veces frente al espejo.

Matilde chasqueó la lengua, compadeciéndose de Aria. Conocía bien a Ulises; lo había visto crecer. Sabía que debajo de su fachada

de tiburón de los negocios y playboy empedernido había un hombre que le tenía pánico a las emociones reales.

—Ay, nuestro chico... —suspiró—. Es que es imposible. ¿Tú crees que algún día va a asentar la cabeza? A veces pienso que está programado para sabotear cualquier cosa que le haga sentir mariposas en el estómago. Prefiere los dolores de cabeza que le provoca la junta directiva.

—Es una idiota integral —dijo Katerina, alzando las manos al cielo—. Mi plan se está yendo al traste por culpa de su complejo de lobo solitario. Y lo peor es que Aria le importa. Le importa mucho más de lo que admite. Y de lo que cree. ¿Tú oíste el numerito que montó ayer por la tarde en el jardín?

Matilde afirmó con la cabeza.

—¿Que si lo oí? Por favor, si casi se me quemaron las croquetas que estaba haciendo, viéndolo desde la ventana de la cocina —contestó, llevándose una mano al pecho—. Ulises salió al jardín con esa cara de Zeus a punto de lanzar un rayo, solo porque el pobre chico estaba hablando con Aria.

—¡Le echó una regañina absurda sobre que me tenía descuidada! —Katerina resopló, con expresión divertida a pesar de la frustración—. Celos, Matilde. Celos puros, duros y primitivos es lo que tenía Ulises. Le hervía la sangre de ver a otro hombre haciendo reír a Aria.

—Estoy de acuerdo contigo —asintió Matilde, con los ojos chispeando de diversión—. Aunque, si lo piensas fríamente, resulta hasta cómico. ¿Ulises, el soltero de oro de Grecia, el hombre que tiene a las modelos haciendo cola para estar con él, celoso? Parece un chiste. Es difícil imaginar que un hombre con un ego del tamaño del Partenón pueda sentirse amenazado.

—El ego es inversamente proporcional a la inteligencia emocional, querida Matilde —afirmó Katerina con su centenaria sabiduría—. Ezio es guapo, es joven, es encantador y, lo más

importante, no tiene miedo de demostrar que Aria le gusta. Ulises vio eso y su cerebro de cromañón se puso en alerta. «Mujer mía, casa mía, Ezio fuera».

Las dos compartieron una risa llena de complicidad, imaginando a Ulises gruñendo y golpeándose el pecho en el jardín, como si fuera un hombre prehistórico.

—Bueno —dijo Matilde, alisándose el delantal y poniéndose en pie con un suspiro—. No des todo por perdido. Si Ulises ha salido huyendo en helicóptero, es porque el susto que se ha llevado al sentir algo real ha sido tremendo. Y ya sabes lo que dicen: cuanto más corren, más cansados vuelven.

Katerina esbozó una sonrisa.

—Tienes razón. Roma no se construyó en un día, y domesticar a un Diakos requiere paciencia.

—Que te lo digan a ti —comentó Matilde.

—Sí, que me lo digan a mí. El abuelo de Ulises era terco como una mula.

—Cierto —dijo Matilde.

Katerina se acomodó entre los almohadones, de repente con mucho mejor humor. Miró a Matilde.

—Prepara la dorada al horno, Matilde. Y hazle a Aria su postre favorito —indicó—. Esa chica va a necesitar azúcar para sobrevivir a la resaca emocional que le ha dejado mi nieto.

—Marchando una dorada y un tiramisú de emergencia para corazones en horas bajas —guiñó un ojo Matilde, dirigiéndose hacia la puerta—. No te preocupes, Katerina. Nosotras ganaremos esta guerra.

Katerina asintió, viendo salir a su cómplice.

CAPÍTULO 41

El sol de mediodía caía a plomo sobre Ítaca, convirtiendo el mar Jónico en un inmenso espejo de zafiro deslumbrante. Aria se había refugiado bajo la sombra de la pérgola cubierta de buganvillas en una de las terrazas laterales de la mansión. Frente a ella, sobre una mesita, descansaba un vaso de limonada helada que sudaba gotas de condensación y, a su lado, un platito con el tiramisú que Matilde le había encasquetado con la excusa de que estaba haciendo pruebas para un nuevo menú.

Aria acababa de hundir la cucharilla en la cremosa capa de mascarpone cuando su teléfono móvil, apoyado junto al vaso, empezó a vibrar y a bailar una especie de conga silenciosa sobre el cristal de la mesa.

Miró la pantalla.

Mamá.

Una sonrisa, amplia y luminosa, borró de un plumazo cualquier rastro de la tristeza que llevaba arrastrando desde el amanecer. Se limpió los labios con la servilleta, se acomodó en el sillón de mimbre y descolgó.

—¡Hola, mamá! —saludó, en un tono que solo reservaba para ella.

—¡Mi niña preciosa! —La voz de Eleni resonó al otro lado de la línea, cálida, vibrante y con ese volumen ligeramente elevado típico de las madres que creen que, por estar lejos, tienen que gritar un

poco más para que la señal cruce el mar—. ¿Te pillo en mal momento? ¿Estás trabajando? Si estás con la señora Diakos, cuelgo y te llamo luego, que no quiero que te despidan por mi culpa.

Aria soltó una carcajada suave, recostándose contra los cojines.

—Tranquila, mamá, Katerina está descansando en su habitación y yo estoy en mis horas libres. Estoy comiéndome un tiramisú que podría resucitar a un muerto, cortesía de Matilde, el ama de llaves.

—¡Ay, qué maravilla! Ya sabía yo que en esa casa te iban a tratar bien. Con lo delgada que te fuiste, a ver si vuelves con un poco de color y un par de kilos, que falta te hace —bromeó Eleni—. ¿Y qué tal todo por allí, mi amor? ¿Cómo te van las cosas en Ítaca? ¿Es tan bonito como dicen?

—Es el paraíso, mamá. De verdad. La isla es preciosa, la casa parece sacada de una revista de arquitectura, como ya te dije, y el trabajo... bueno, el trabajo es genial. —Aria suspiró, satisfecha—. Katerina es un personaje fascinante. Es una mezcla entre una diosa griega y la abuelita de Caperucita, pero con mucho más glamour y una lengua afilada como un cuchillo jamonero. Me río muchísimo con ella. Y aunque ha tenido una infección de orina, ya está recuperada del todo, tiene una vitalidad increíble.

—Cuánto me alegro. De verdad que sí —suspiró Eleni, aliviada—. Te confieso que cuando me dijiste que te ibas a trabajar para una de las familias más ricas de Grecia, me dio un poco de miedo. Ya sabes cómo es esa gente... a veces miran por encima del hombro al resto. Pero si la señora Diakos es buena contigo, yo soy feliz.

—Es maravillosa, mamá. Me trata como si fuera su nieta. Nos pasamos las tardes charlando, leyendo o cotilleando sobre los famosos. —Aria sonrió. El ambiente era tan bueno con Katerina, y también con Matilde, que, durante un momento, casi olvidó su drama.

Casi.

—Oye, ¿y qué tal con el jefe? —preguntó de pronto Eleni, con un tono casual—. El famoso Ulises Diakos. He leído en las revistas que es un portento de los negocios. Y muy guapo, todo hay que decirlo. ¿Es muy estricto? ¿Te trata bien?

El estómago de Aria hizo un triple salto mortal hacia atrás y aterrizó de bruces con la cara. La cucharilla, que había vuelto a levantar hacia su boca, se quedó congelada a medio camino. Toda la calma que había acumulado en los últimos cinco minutos se evaporó como una gota de agua en una sartén hirviendo.

Su expresión cambió de golpe. Apretó los labios, formando una línea dura con ellos.

«¿Que si me trata bien? —repitió para sí misma en silencio—. Oh, de maravilla, mamá. Anoche me devoró la boca en la playa bajo la luz de la luna, pero me dijo que no quería nada conmigo porque merezco a alguien mejor que él, y esta mañana ha huido en helicóptero como si yo fuera portadora de la peste bubónica. Todo fantástico.»

Afortunadamente, era una llamada tradicional y no una videollamada. Su madre no podía ver la expresión de su rostro. Bendito fuera el siglo XXI y sus opciones de llamada sin cámara.

Aria carraspeó, obligándose a relajar los músculos del cuello. Invocó a la actriz ganadora del Óscar que llevaba dentro y forzó un tono de voz tan ligero y chispeante que casi sonó como un anuncio de champán.

—¿Ulises? A ese hombre apenas le veo el pelo —mintió—. Se pasa la vida en Atenas, dirigiendo su imperio.

—¿Ah, sí? Vaya, yo pensaba que al estar su abuela enferma pasaría más tiempo en la isla —comentó Eleni, completamente ajena a la taquicardia que sufría su hija.

—Qué va, qué va. —Aria agitó una mano en el aire, como si su madre pudiera ver el gesto de restarle importancia—. Vino un par de días para asegurarse de que Katerina no se moría, y en cuanto vio

que estaba bien, se volvió a la capital. De hecho, se ha ido esta misma mañana, al amanecer. Creo que tiene un romance apasionado y exclusivo con sus hojas de cálculo y con los informes de las reuniones de la junta directiva —bromeó.

Eleni rio al otro lado de la línea.

—Mejor así, hija. Los hombres tan ricos, tan guapos y tan adictos al trabajo suelen ser unos estirados insoportables y unos egocéntricos. Cuanto más lejos lo tengas, menos dolores de cabeza te darán. Tú céntrate en cuidar a su abuela, en disfrutar de la playa y en ahorrar, que es a lo que has ido.

«Estirado no es, mamá. Pero cabrón, un rato. Y lo de los dolores de cabeza... llegas unas veinticuatro horas tarde con el consejo», pensó Aria, clavando la cucharilla en el tiramisú con un poco más de fuerza de la estrictamente necesaria.

—Exacto, mamá. Sabias palabras, como siempre —respondió Aria, logrando que su voz sonara alegre y despreocupada—. Yo aquí estoy en la gloria. Sol, mar, comida deliciosa y cero estrés.

—Esa es mi chica —dijo Eleni, con orgullo—. Bueno, mi amor, te dejo que termines tu tiramisú y que siguas con tu descanso. Solo quería oír tu voz y saber que estabas bien. Me dejas mucho más tranquila.

—Yo también me alegro mucho de escucharte, mamá. Me ha venido genial la llamada —confesó Aria, y era cien por cien verdad. Hablar con su madre siempre la devolvía a la realidad, lejos de los dramas de multimillonarios griegos.

—Te quiero muchísimo, Aria. Cuídate, ¿vale? Y ponte crema solar, que el sol del Mediterráneo es muy traicionero.

—Yo también te quiero, mamá. Muchísimo. Y tranquila, que me baño en factor cincuenta. ¡Tengo muchas ganas de verte!

—Y yo a ti, mi vida. Un beso enorme.

—Otro para ti. Chao.

Aria separó el teléfono de su oreja, pulsó el botón rojo para finalizar la llamada y lo dejó caer sobre la mesa. Dejó escapar un suspiro sonoro, de esos que vacían los pulmones por completo. Se pasó las manos por la cara, frotándose los ojos, y luego miró hacia el horizonte azul.

Había superado el interrogatorio materno con matrícula de honor. Su madre no sospechaba absolutamente nada del huracán emocional en el que estaba metida. Ni de que se había besuqueado con su jefe.

Cogió la cucharilla llena de mascarpone y se la metió en la boca.

CAPÍTULO 42

La cala de Sarakiniko, con sus guijarros blancos pulidos por el mar Jónico y sus aguas de un turquesa tan irreal que parecía editado con Photoshop, era el refugio perfecto para una tarde libre.

El sol de media tarde caía con una calidez dorada, tostando la piel y arrancando destellos a la superficie del agua. El aire olía a salitre, a hierba y a la crema solar con aroma a coco que Xanna se estaba untando por las piernas.

Dora, fiel a su naturaleza, estaba atrincherada bajo la sombra de una sombrilla de rayas azules y blancas, armada con unas gafas de sol gigantes y un libro. Aria, en medio de las dos, estaba tumbada bocarriba sobre su toalla, con los ojos cerrados tras sus propias gafas de sol, dejando que la brisa marina le acariciara el rostro.

Por fuera, parecía la viva imagen del relax. Pero por dentro, su cerebro era como un hámster corriendo en una rueda infinita.

—¿Os habéis fijado en el socorrista de la torre de la izquierda? Tiene unos abdominales que parecen tallados en mármol —dijo Xanna, rompiendo el arrullo del suave batir de las olas.

—Yo llevo un cuarto de hora dándole gracias a los dioses del Olimpo por haberle traído hasta aquí —comentó Dora.

Aria no hizo ningún comentario.

Xanna giró el rostro para mirarla.

—Tienes cara de haber chupado un limón, Aria. ¿Nos vas a contar ya qué te pasa? —dijo.

Dejó el bote de crema solar al lado de la bolsa de playa. Dora bajó el libro lentamente, asomando los ojos por encima de la montura de sus gafas.

—No es nada —respondió Aria.

—Algo es, porque si no, no estarías con esa cara —dijo Dora, con el radar para el cotilleo encendido.

Aria se incorporó, apoyándose sobre los codos, y se quitó las gafas de sol. Miró a sus dos amigas a izquierda y derecha. Suspiró, rindiéndose a la imperiosa necesidad que tenía de soltar la bomba antes de que le explotara en el pecho.

—Ulises y yo nos hemos besado —dijo al fin.

Dora soltó el libro, que cayó sobre la toalla con un ruido seco, perdiendo la página por la que iba leyendo. Xanna, por su parte, se quedó con la boca abierta, la mano a medio camino de extender la crema por su muslo, paralizada como si le hubieran dado al botón de pausa.

—¡¿Que tú y Ulises qué?! —chillaron las dos al unísono, espantando a un par de gaviotas que merodeaban cerca.

—Lo que habéis oído —confesó Aria, sintiendo que el rubor le subía por el cuello, y no precisamente por culpa del sol—. Hace un par de noches. En la cala privada de la mansión. A la luz de la luna. Muy de película romántica, muy intenso y muy... real.

Xanna se arrastró por la toalla hasta acortar la distancia con Aria, clavando sus ojos oscuros en ella como si fuera un interrogador del FBI.

—A ver, frena, rebobina y dale al *play* en cámara lenta —exigió, gesticulando con las manos pringadas de crema—. ¿Me estás diciendo que el Ogro de la Colina, el hombre de titanio, el hombre

que frunce el ceño hasta cuando respira, te ha besado? —enumeró sin parar—. ¡¿Y te lo has callado hasta ahora?!

—Estaba procesándolo —se defendió Aria—. Fue... fue increíble, chicas. No os voy a mentir. Teníais razón, el tío tiene sangre en las venas. Y mucha. Me agarró, me pegó a él, y os juro que el mundo dejó de girar. Sus labios, sus manos... todo. Fue un beso de esos que te dejan las rodillas temblando y el cerebro hecho puré.

Dora se ajustó las gafas, con los ojos brillando de pura fascinación literaria.

—Oh, Dios mío. Esto es mejor que cualquier novela que tenga en la librería —murmuró, inclinándose hacia delante—. ¿Y luego? ¿Qué pasó luego? ¿Acabasteis rodando por la arena como en la película *De aquí a la eternidad*?

Aria dejó caer los hombros, y toda la ensoñación de su rostro se transformó en una mueca de frustración. Hizo una mueca con la boca.

—Ojalá, cuando estábamos en lo mejor, *el señor* decidió parar.

—¿Parar? —repitió Xanna, parpadeando rápidamente—. ¿Cómo que parar? ¿En plan «espera, que cojo aire» o en plan «hasta aquí hemos llegado»?

—En plan «hasta aquí hemos llegado». —Aria atrapó un guijarro blanco y lo lanzó al mar con un gesto de resignación—. Estábamos a punto de pasar a mayores. La temperatura estaba por las nubes, yo ya estaba mentalmente despidiéndome de mi ropa, y de repente, se separa. Me mira con esos ojazos verdes llenos de intensidad y me dice que no puede hacerlo. Que merezco algo mejor. Y me deja ahí, con la miel en los labios y un calentón que podría haber fundido los casquetes polares.

Xanna soltó una carcajada de incredulidad. No se lo podía creer. Se llevó las manos a la cabeza.

—¡Nos estás tomando el pelo! —dijo.

—Te aseguro que no.

—¿Cómo puede ser tan cabrón? —Xanna negó con la cabeza—. Aria, tía, Ulises tiene que dar gracias de que no le tiraras arena a los ojos. Yo lo habría ahogado en la orilla.

Aria no pudo evitar echarse a reír imaginando la escena.

—Te juro que la tentación de empujarlo al agua fue grande —admitió, abrazándose las rodillas—. Su decisión le ha bajado varios puntos a su aura de chico malo, no os creáis.

—Bueno, sigue siendo un chico malo, pero no contigo —dijo Xanna.

Dora, que había estado analizando la situación con su mente analítica y su experiencia leyendo miles de tramas románticas, habló.

—Tiene todo el sentido del mundo —dijo, señalando a Aria con el dedo índice—. Piénsalo. Ulises es un mujeriego, se lía con todo lo que se mueve y no se compromete con nadie. Si se hubiera acostado contigo, habrías sido una más en su lista. Una muesca más en el cabecero de su cama. Al parar, te está demostrando que te respeta demasiado para usarte y tirarte. Puedes odiarle, pero estaba siendo un caballero… a su manera retorcida, eso sí.

Aria suspiró, dejándose caer de espaldas sobre la toalla, mirando el cielo azul infinito.

—Sí, supongo que tienes razón —murmuró, aunque el tono de su voz estaba cargado de ironía—. Según él, lo estaba haciendo por mi propio bien. Para protegerme de él mismo, porque es un desastre emocional y yo soy demasiado noble, o algo así.

—¡Ay, por favor, qué intensidad! —Xanna puso los ojos en blanco, aunque no podía ocultar la sonrisa divertida que le cruzaba la cara—. Los hombres ricos y guapos siempre tienen que hacerse los atormentados.

—Totalmente —coincidió Dora, riendo.

—Pero bueno… —Xanna alzó los hombros, volviendo a coger el bote de crema solar—, míralo por el lado bueno, Aria. Fue un caballero. No quiso hacerte daño. Aunque, sinceramente, ya puede ir subiéndote el sueldo para compensar ese gatillazo emocional, porque dejar a una mujer así de encendida debería estar penado por la ley.

Las tres rieron.

Un rato después las risas se fueron desvaneciendo poco a poco, fundiéndose con el rítmico vaivén de las olas rompiendo contra los guijarros blancos de Sarakiniko. El ambiente era perfecto, ligero, cargado de esa complicidad que solo se consigue cuando tres mujeres deciden arreglar el mundo (o, en este caso, analizar la psique de un multimillonario griego) en bikini y con el sol acariciándoles la piel.

Xanna, que ya había terminado de embadurnarse el cuerpo con la crema de coco, se tumbó bocarriba y se colocó las gafas de sol.

—En fin, mirándolo por el lado bueno, te has librado de un buen dolor de cabeza —comentó, con un tono despreocupado—. Porque, seamos sinceras, un calentón no resuelto fastidia, pero se pasa. Sería muchísimo peor si estuvieras pillada por él. Te imaginas, ¿no? Qué horror.

El comentario quedó flotando en el aire salado, ligero como una pluma. Pero Aria lo sintió como un yunque de doscientas toneladas.

De repente, el sonido de las cigarras le pareció ensordecedor. La brisa cálida se volvió sofocante y la sonrisa que tenía en los labios desde hacía unos minutos se le congeló en el rostro, transformándose en una mueca rígida. Bajó la mirada hacia la braguita de su bikini, muy interesada en un hilo suelto del borde, y cerró la boca de golpe.

Trascurrió un segundo. Dos segundos. Tres segundos.

El silencio de Aria se extendió, delator, llenando el espacio entre las tres toallas.

Dora, que estaba a punto de retomar su lectura, detuvo el movimiento de su mano. Lentamente, giró el cuello hacia Aria. Sus ojos escanearon la postura tensa de su amiga. Xanna, al no escuchar la réplica mordaz que esperaba, se levantó sobre un codo y se bajó las gafas de sol hasta la punta de la nariz.

—Aria… —empezó, arrastrando las sílabas, con los ojos entrecerrados—. ¿Por qué de repente estás más callada que un mimo en un funeral?

Aria tragó saliva. Sintió que el calor le subía por las mejillas, y no podía echarle la culpa al sol.

—No estoy callada —murmuró. Su voz sonó una octava más aguda de lo normal.

Dora dejó el libro sobre sus rodillas.

—Oh, Dioses del Olimpo —susurró, alzando las cejas todo lo que podía—. No me lo puedo creer.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —preguntó Xanna, moviendo los ojos de Dora a Aria como si estuviera viendo un partido de ping-pong—. ¿Qué me he perdido?

—Mírala, Xanna. Mírale la cara —indicó Dora, señalando a Aria con un gesto de la cabeza—. Está roja como un tomate y no es por el sol —dijo—. Se ha enamorado. Aria se ha enamorado del Ogro de la Colina.

Xanna soltó un jadeo ahogado, llevándose una mano al pecho como si le hubieran disparado.

—¡No! ¡Dime que no es verdad, Aria! —suplicó, incorporándose de un salto hasta quedar sentada con las piernas cruzadas.

Aria se incorporó y se tapó la cara con ambas manos, soltando un gemido lastimero que confirmaba todas las sospechas de Dora y Xanna.

—Vale, puede que esté un poquito… enamorada —confesó, con la voz amortiguada por los dedos—. Solo un poco. Una pizca.

—¡No, no, no! —estalló Xanna, agitando las manos en el aire con su habitual espontaneidad y teatralidad—. ¡Las mujeres no podemos enamorarnos de hombres como Ulises Diakos! Ese tipo de tíos nos llevan directamente al psicólogo, Aria. Te lo digo yo. Joder, ¿cómo se te ocurre?

Aria apartó las manos del rostro.

—¡Uno no elige de quién se enamora! —se defendió, alzando la voz por encima del sonido del mar—. ¡Creedme, si pudiera elegir, me habría enamorado del farmacéutico del pueblo, que siempre me regala caramelos y tiene pinta de no tener traumas infantiles! Pero no, mi estúpido corazón decidió que era buena idea interesarse por un témpano de hielo con traje hecho a medida, abdominales de vértigo y que me da paseos en helicóptero.

Dora suspiró profundamente, ajustándose las gafas de pasta con un gesto que denotaba que estaba entrando en su modo de «analista de crisis».

—Eso sí que ya es un problema —intervino, mirándola con una mezcla de compasión y severidad—. Que un tío te deje a las puertas de un polvo porque le entra un ataque de caballerosidad no tiene nada de malo, hasta que resulta que estás enamorada de él. Porque entonces ya no es solo orgullo herido, Aria. Es tu corazón el que está en la línea de fuego.

Aria se abrazó las rodillas, apoyando la barbilla sobre ellas.

Sabía que Dora tenía toda la razón del mundo. Había sido una tonta, una ilusa de manual por caer de esa manera. Y lo peor de todo era que no podía decir que no se lo hubieran advertido. Todo el mundo se lo había dicho. Incluso Maggie, la estrambótica dueña de la agencia de trabajo de Atenas, donde le consiguieron el puesto de cuidadora de Katerina Diakos.

«Sí, Ulises Diakos es guapísimo. Sí, probablemente te hará sentir cosas que no te convienen mientras trabajas. Pero recuerda esto: los hombres guapos son siempre los peores —le había dicho Maggie—. Los hombres guapos y ricos con problemas de control no son proyectos que arreglar. Son desastres que evitar. ¿Lo has entendido?»

Y ella no había sido capaz de evitarlo.

Pero ¿qué podía hacer? ¿Cómo se suponía que iba a mantener las distancias cuando él la miraba con esos ojos verdes que parecían desnudarla? ¿Cómo iba a ignorar la forma en que su voz grave le erizaba el vello de la nuca, o la vulnerabilidad que se escondía detrás de toda esa fachada de arrogancia y control?

Había caído, y había caído con todo el equipo. Sin remedio y directa contra el asfalto. Podía ver sus dientes clavados en el cemento.

Y ahora tenía que lidiar con las consecuencias.

—Lo sé —admitió, soltando un suspiro tembloroso que no encajaba con el día tan luminoso que hacía—. Soy idiota. He roto la regla número uno de la supervivencia laboral: no te enamoras de tu jefe. Y menos si tu jefe es un tiburón emocional.

Xanna, viendo la expresión de derrota de Aria, suavizó el rostro. Su indignación teatral se evaporó al instante, desplazada por esa lealtad feroz que la caracterizaba. Se inclinó y le pasó un brazo por los hombros, dándole un apretón reconfortante.

—A ver, idiota no eres. Eres humana —dijo, apoyando la cabeza contra la de Aria—. Y, seamos justas, el tío está para hacerle un monumento en el centro de Atenas. Es normal que las hormonas te hayan nublado el juicio. A mí me hubiera pasado lo mismo. Ese tipo de hombres es lo que tienen, que nos vuelven locas.

—Además —añadió Dora, acercándose a ellas con una sonrisa cálida—, si realmente le importas lo suficiente como para frenar un polvo por miedo a hacerte daño... a lo mejor el témpano de hielo se

está empezando a derretir. Pero vas a tener que ser fuerte, Aria. No puedes dejar que él marque siempre los tiempos.

Aria miró a sus dos amigas. El nudo de angustia que se le había formado en el estómago empezó a aflojarse, sustituido por una chispa de determinación. Tenía un problema, sí. Uno de un metro ochenta y pico, ojos verdes y un carácter de mil demonios. Pero saldría adelante. Sí, saldría adelante.

—Tenéis razón —dijo, irguiendo la espalda—. Se acabó el lamentarse. Si Ulises Diakos cree que puede ponerme el mundo patas arriba y luego salir huyendo con la excusa de la caballerosidad, es que no sabe con quién se está metiendo.

Xanna soltó una carcajada y alzó su botella de agua.

—¡Claro que sí! —celebró—. Y si te rompe el corazón, recuerda el plan B: laxante en el café. Mi propuesta sigue en pie.

—Amén a eso —secundó Dora, chocando su propia botella con la de Xanna. Aría también levantó su botella y brindó con ambas.

CAPÍTULO 43

El ambiente en la planta cuarenta y cinco de Diakos Corporation se había convertido en un campo de minas. Y Ulises era el general al mando, pisando como un elefante en una cacharrería y dispuesto a detonarlas todas.

Llevaba tres días de vuelta en Atenas y su mal humor había alcanzado niveles legendarios. Si normalmente era un jefe exigente, esa semana se había transformado en un auténtico tirano. Había rechazado cuatro propuestas de marketing con un simple y cortante «rehagan esta basura», había fulminado con la mirada a un becario por no traerle el café negro como a él le gustaba, y acababa de despachar al director de recursos humanos con un bufido tan despectivo que el pobre hombre había salido del despacho pálido y abrazando su tablet como si fuera un escudo y tratara de protegerse con ella.

Cuando la puerta se cerró tras el aterrorizado director, Tobías entró sin llamar, esquivándolo por los pelos. El jefe de finanzas llevaba las manos en los bolsillos del pantalón y una expresión que mezclaba fascinación y exasperación a partes iguales.

—Has batido tu propio récord —anunció, dejándose caer en uno de los sofás de cuero que adornaban el inmenso despacho de Ulises —. Has conseguido que Maximus, un hombre de casi sesenta años que lleva toda la vida trabajando aquí y ha sobrevivido a un divorcio con una abogada matrimonialista, parezca a punto de echarse a

llorar. Felicidades. ¿Te enviamos ya el trofeo del «Jefe del Año» o prefieres que te hagamos una estatua en el vestíbulo de la entrada?

Ulises, de pie frente al ventanal panorámico, ni siquiera se giró. Tenía los hombros tan tensos que parecían tallados en granito y la mandíbula apretada hasta el punto de que le dolían los dientes.

—Su plan de reestructuración es deficiente —gruñó, aflojándose el nudo de la corbata con un tirón brusco—. Parecía redactado por un niño de cinco años.

—Su plan de reestructuración era exactamente el mismo que aprobaste hace seis meses, Ulises —replicó Tobías, cruzando una pierna sobre la otra—. El problema no es el plan. El problema no es Maximus. El problema ni siquiera es el café del becario, ni que tu secretaria llegue un minuto y medio tarde. El problema eres tú. Estás insoportable. Estás que muerdes. Llevas tres días gruñendo por los pasillos como un oso al que le han robado la miel.

Ulises se giró de golpe, fulminando a su amigo con esos ojos verdes que, en ese momento, parecían disparar láseres.

—Estoy perfectamente. Solo exijo excelencia. Si esta empresa no puede seguir mi ritmo, quizás deba despedir a la mitad de la plantilla.

Tobías soltó una carcajada seca, negando con la cabeza. Se inclinó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas, y lo miró con esa perspicacia aguda que lo convertía en el único hombre capaz de leer a Ulises Diakos como si fuera un libro abierto.

—Déjate de tonterías conmigo, Ulises. Te conozco desde que usábamos camisetas de bandas de rock y bebíamos cerveza barata —dijo Tobías, bajando el tono de voz a uno más confidencial—. ¿Qué cojones te pasa? Y no me digas que es el trabajo. Esto tiene nombre, apellidos y, si no me equivoco, una sonrisa que te saca de quicio. O te sacaba… —Dejó la frase en el aire—. Algo me dice que tu mal humor tiene que ver con Aria, la cuidadora de tu abuela.

Desde que has vuelto de Ítaca le saltas a la yugular a todo el mundo.

El nombre flotó en la atmósfera climatizada del despacho. Para Ulises, escuchar esas cuatro letras fue como recibir un puñetazo directo en el estómago. Sintió que el pulso se le aceleraba y una oleada de calor le subía por el cuello. Apretó los puños a los costados, tratando de mantener su habitual expresión de indiferencia, pero sabía que con Tobías era inútil.

—Deja a Aria tranquila —mintió, dándose la vuelta para caminar hacia su imponente escritorio.

—¡Ja! —exclamó Tobías, señalándolo con el dedo índice en un gesto triunfal—. ¡Has parpadeado varias veces! ¡Y se te ha tensado la vena del cuello! Es por ella. Lo sabía. A ver, cuéntamelo todo. ¿Qué ha pasado? ¿Te ha vuelto a ganar a las cartas? ¿Te ha obligado a ver comedias románticas? ¿O es que el todopoderoso Ulises Diakos ha intentado desplegar sus encantos y se ha estrellado contra un muro de indiferencia?

Ulises se dejó caer pesadamente en su sillón de cuero negro. Se pasó ambas manos por el pelo oscuro, desordenándolo por completo. Un gesto tan impropio de su habitual pulcritud que Tobías enarcó ambas cejas, sorprendido de verdad. ¿Qué coño había pasado?

El silencio se prolongó durante un minuto entero. Lo único que se escuchaba en el despacho era el suave zumbido del aire acondicionado y el tráfico lejano de Atenas cuarenta y cinco pisos más abajo.

Finalmente, Ulises exhaló el aire que tenía en los pulmones, como si se estuviera rindiendo.

—Nos liamos —soltó, con la voz ronca, mirando fijamente un pisapapeles de cristal que había sobre la mesa.

Tobías se quedó congelado. Literalmente. Tenía la boca medio abierta para soltar otra broma, pero las palabras murieron en sus

labios. Parpadeó un par de veces, procesando la información.

—Espera… —le pidió a Ulises, poniéndose en pie de un salto y acercándose al escritorio—. ¿Que os liasteis? ¿Tú y Aria? ¿Cuándo? ¿Cómo?

—En la playa privada de la casa de mi abuela —confesó Ulises, y solo recordarlo hizo que un escalofrío le recorriera la espina dorsal.

Cerró los ojos, y la imagen de Aria bajo la luz de la luna, con la piel salada y los labios hinchados por los besos, lo golpeó con la fuerza de un huracán.

—Fue... joder, Tobías, fue una locura. Le conté el accidente de mis padres, cómo sobreviví en medio del mar agarrado al fuselaje de la avioneta, y de repente la estaba besando. Y ella me estaba besando a mí. Fue como si alguien hubiera encendido una cerilla en una fábrica de pólvora. Acabamos tumbados en la arena —continuó —. Estaba perdiendo el control por completo. La deseaba tanto que sentía que me iba a volver loco si no me la follaba en ese mismo instante.

Tobías se apoyó en el borde del escritorio. Sus ojos azul claro mostraban una expresión de fascinación.

—Esto es oro puro, joder —murmuró—. Pero entonces... si hubo fuegos artificiales, explosiones y revolcones en la arena... ¿por qué estás aquí, tres días después, amargándonos la existencia a todos? ¿Qué salió mal? ¿Te rechazó? ¿Te mandó a tomar por culo?

Ulises abrió los ojos y clavó su mirada en Tobías. Su expresión era una mezcla de frustración y fastidio.

—No. Fui yo. Yo paré —dijo.

Tobías lo miró como si Ulises acabara de lanzar fuego por la boca.

Frunció el ceño.

—¿Tú? —repitió, en un susurro de incredulidad—. ¿Tú, Ulises Diakos, el hombre que se tira a una mujer diferente cada fin de semana, que has estado con las tías más despampanantes del mundo, detuviste un posible polvo en la playa, con la chica que te tiene suspirando por las esquinas?

—Aria no me tiene suspirando por las esquinas —lo interrumpió Ulises.

—Claro que sí, solo hay que verte —se reiteró Tobías—. Definitivamente, estamos en pleno apocalipsis. Los jinetes están aparcando los caballos en el garaje del edificio.

—¡Por eso estoy tan cabreado! —estalló Ulises, poniéndose en pie de un salto y comenzando a caminar de un lado a otro del despacho como si tuviera hormigas en el cuerpo—. ¡Porque no me reconozco, Tobías! ¡La deseaba más que a nada en el mundo, la tenía entre mis brazos, ella estaba dispuesta, y mi maldito cerebro decidió que era el momento perfecto para tener un ataque de caballerosidad!

—Pero ¿por qué? —preguntó Tobías, visiblemente desconcertado —. Si los dos queríais...

Ulises se detuvo en seco. Miró hacia el horizonte de la ciudad, pero lo que veía era la sonrisa cálida de Aria, la forma en que cuidaba a Katerina con una ternura infinita, la manera en que no se dejaba intimidar por sus millones ni por su mal genio.

—Porque no quiero que sea una más —dijo, y su voz sonó inusualmente suave, desprovista de toda su habitual autoridad—. No es como las mujeres con las que suelo salir, Tobías. Esas mujeres saben a lo que juegan. Es una transacción. Un par de cenas caras, pasamos un buen rato, y cada uno por su lado. Pero Aria... Aria no es así.

Ulises se giró hacia su amigo, con los ojos brillando con una intensidad abrumadora.

—Tiene un corazón enorme, Tobías. Es noble. Es pura. Se preocupa por mi abuela como si fuera su propia sangre. Me mira y no ve al CEO de Diakos Corporation, no ve mi cuenta bancaria. Ve a un idiota gruñón y, aun así, me sonríe. Si me hubiera acostado con ella en esa playa, impulsado por el calentón del momento, y luego hubiera desaparecido como hago siempre... la hubiera destrozado.

Ulises tragó saliva.

—Y lo que es peor —añadió, en un susurro ronco—, creo que me destrozaría a mí mismo. No podría usarla y desecharla. Simplemente... no podría. Así que paré, le dije que no quería tratarla como si fuera una más, y todo terminó. Y ahora me odio por haberla dejado a medias, me odio por desearla tanto, y me odio porque no puedo dejar de pensar en ella ni un maldito segundo.

Tobías se quedó mirándolo durante un largo rato. La burla había desaparecido por completo de su rostro, reemplazada por una sonrisa suave y llena de afecto fraternal. Se acercó a Ulises y le dio una palmada amistosa en el hombro.

—Amigo mío —dijo, con un tono solemne pero chispeante—, no estás enfermo, ni te has vuelto loco, ni necesitas despedir a media plantilla. Lo que te pasa es mucho más grave y no tiene cura conocida.

—¿Qué? —gruñó Ulises, a la defensiva.

—Te has enamorado de esa chica —aseveró Tobías, guiñándole un ojo—. Y, sinceramente, ya era hora. Ahora, hazme el favor de dejar de aterrorizar a mis contables y ve a comprar flores, bombones o un maldito helicóptero nuevo. Lo que quieras. Porque, por lo que me cuentas, vas a tener que currarte mucho la disculpa por haberla dejado a las puertas del paraíso por tu arrepentido complejo de caballero medieval.

La palabra «enamorado» quedó flotando en el aire del despacho, rebotando contra las cristaleras con vistas al Partenón como si fuera una pelota de goma.

Ulises se quedó inmóvil durante un segundo, procesando la aberración lingüística que acababa de salir de la boca de su mejor amigo. Luego, soltó una carcajada. No fue una risa alegre, ni siquiera una de sus habituales risas irónicas, fue un sonido áspero, seco y tan desprovisto de humor que hizo que Tobías arqueara una ceja.

—¿Enamorado? —repitió Ulises, saboreando la palabra como si fuera un trago de leche caducada—. Por favor, Tobías. Pensaba que eras un hombre de números, de estadísticas, de hechos empíricos. ¿Desde cuándo te has vuelto un guionista de películas de sobremesa? Yo no me enamoro. Nunca lo he hecho y nunca lo haré. Es biológicamente imposible. Carezco del gen de la estupidez romántica.

Tobías se acomodó en el sofá de cuero con actitud despreocupada, estirando las piernas y cruzando los tobillos con parsimonia. Tenía todo el tiempo del mundo para desmontar los argumentos de Ulises. Uno por uno.

—Oh, claro, perdona. Olvidaba que estoy hablando con el ciborg de las finanzas —ironizó, llevándose una mano al pecho en un gesto teatral—. Ulises Diakos, el hombre de titanio. El único ser humano que sangra dinero en lugar de glóbulos rojos. Ilumíname, oh, gran máquina sin corazón, ¿qué es entonces lo que te tiene al borde de un colapso nervioso? —preguntó de forma retórica—. Estás así por una chica con la que ni siquiera has tenido sexo.

Ulises le dio la espalda, caminando de nuevo hacia el ventanal. El sol de la tarde bañaba Atenas con una luz dorada, pero él solo sentía frío. Apoyó una mano contra el cristal templado, sintiendo la vibración imperceptible de la ciudad a sus pies.

—Es simple lógica y preservación —comenzó, adoptando su tono de sala de juntas, ese que usaba para aplastar a la competencia—. El amor es una ilusión química temporal diseñada para la procreación, que inevitablemente desemboca en un desastre financiero y emocional. Mira a tu alrededor, Tobías. El sesenta por

ciento de los matrimonios acaban en divorcio. Y los que no, terminan con los involucrados convertidos en seres vacíos que se odian en silencio mientras cenan frente al televisor. Te lo he dicho muchas veces. Es una inversión con un retorno de capital desastroso. Y yo no invierto en quiebras aseguradas.

—Que discurso tan bonito —murmuró Tobías, fingiendo secarse una lágrima invisible en la comisura del ojo—. Debes imprimirlo en tarjetas de San Valentín. Te harías de oro.

Ulises apretó la mandíbula. La ironía de Tobías normalmente le divertía, pero en aquel momento sentía que le estaba hurgando una herida que llevaba décadas intentando mantener cerrada.

—No es cinismo, es la maldita realidad —replicó, girándose a medias, con el perfil recortado contra la luz—. Y lo sabes. Mis padres son el ejemplo perfecto.

El ambiente en el despacho cambió sutilmente. La mención a los padres de Ulises siempre era un tema delicado, pero Tobías, conociéndolo como lo conocía, no apartó la mirada. Se limitó a asentir, dándole espacio para que soltara lo que tuviera que decir.

—Se decía que se amaban con locura —continuó Ulises, y su voz bajó una octava, volviéndose más oscura, más rasposa—. Una pasión arrolladora, titulaban las revistas. ¿Y en qué se convirtió? En gritos. En reproches constantes. En una guerra fría que calentaban a base de peleas monumentales. El amor los volvió irracionales, Tobías. Los volvió estúpidos.

Ulises cerró los ojos un instante. La memoria, traicionera y nítida, lo asaltó. El sonido de la lluvia golpeando los cristales, los truenos y las voces elevadas.

—Aquel día... el día del accidente de la avioneta —dijo Ulises, tragando saliva para deshacer el nudo áspero que se le había formado en la garganta—. Había una tormenta espantosa, sí. Las alertas meteorológicas desaconsejaban el vuelo, pero mi padre era quien pilotaba. Estaba ciego de rabia porque mi madre no paraba de

reprocharle no sé qué estupidez sobre una cena a la que no iba a ir. Quería salir de allí a toda costa, huir de la discusión, así que ignoró las advertencias, subió los motores y despegó. Discutieron hasta el último maldito segundo. Mi madre le gritaba desde el asiento del copiloto, él se giró para contestarle, perdiendo la concentración en los mandos... Y no solo ellos murieron, Tobías. También murió mi hermana, y yo me salvé de milagro. —La voz de Ulises tembló apenas una décima de segundo, pero lo suficiente para que el silencio en el despacho se volviera sepulcral—. El amor no los salvó. El amor los mató a los tres. Los distrajo de lo único verdaderamente importante: sobrevivir.

Tobías se quedó en silencio durante unos largos segundos. No había lástima en su mirada, sino una comprensión profunda y empática. Sabía que esa era la verdadera armadura de Ulises. No era arrogancia, no era que no tuviera sentimientos, era terror. Terror a perder el control. Terror a que le ocurriera lo mismo que a sus padres.

—Ulises... —empezó, con voz suave, pero a la vez firme—. Lo de tus padres fue una tragedia. Una tragedia horrible. Pero ellos eran ellos. Tú eres tú. No todas las relaciones son un campo de batalla, y no todas las discusiones terminan en un accidente aéreo. Estás usando un trauma infantil para justificar que te estás cagando de miedo ante una chica de metro sesenta y cinco que te hace sonreír.

—¡No me estoy cagando de miedo! —estalló Ulises, separándose del cristal como si quemara—. ¡Y no me hace sonreír!

—Claro que no. Te hace gruñir. Mucho más romántico —puntualizó Tobías, recuperando su tono chispeante y ligero, negándose a dejar que la conversación se hundiera en el drama—. Pero volvamos a los hechos empíricos, señor CEO. Si, como tú dices, no estás enamorado y eres inmune al amor... ¿por qué te detuviste en la playa?

—Ya te lo he dicho. Porque Aria es una persona con un corazón noble, porque cuida de mi abuela...

—¡Gilipolleces! —lo interrumpió Tobías, poniéndose en pie y caminando hacia él, señalándolo con el dedo índice como un abogado en pleno interrogatorio—. Si solo fuera eso, le habrías subido el sueldo y le habrías comprado una cesta de frutas. Pero no. La estabas besando. La deseabas. Y te detuviste para no hacerle daño. Ulises, por el amor de Dios, a las modelos con las que sales no les preguntas ni cómo se llaman sus mascotas antes de llevártelas a la cama. Nunca, en los años que te conozco, te he visto mostrar ese nivel de cuidado, de protección y de empatía hacia una mujer con la que te quieres acostar. Eso significa algo. Y ese algo empieza por «A» y termina por «mor».

Ulises sintió que la sangre le hervía. La lógica de Tobías era aplastante, irritante y, sobre todo, peligrosa. Porque si Tobías tenía razón, el mundo de Ulises se desmoronaba. Así que hizo lo único que sabía hacer, atrincherarse en la negación más absoluta.

—Significa que tengo un mínimo de decencia moral, Tobías, nada más —espetó Ulises, cruzándose de brazos, como si así pudiera proteger sus propios órganos vitales—. No estoy enamorado de Aria. Entiéndelo de una maldita vez. Lo que tengo con ella es una simple, llana y primitiva atracción física.

—Ah, claro. Atracción física —repitió Tobías, asintiendo lentamente, con una sonrisa burlona danzando en los labios—. La famosa atracción física que te hace detenerte en seco cuando la chica está dispuesta. Eres el peor casanova de la historia de Grecia, amigo mío.

—¡La deseo sexualmente! —insistió Ulises, alzando la voz, como si estuviera intentando convencerse a sí mismo—. Es guapa, tiene una boca que me vuelve loco y un cuerpo que... joder. Es lujuria. Pura y dura. Y precisamente porque es solo lujuria, me detuve. Porque sé que, si me acuesto con ella para saciar las ganas, la destrozaré cuando me aburra a las dos semanas. Y mi abuela me mataría, de paso. Es una decisión táctica. Nada más. Cero sentimientos. Cero amor. Solo... gestión de riesgos.

Tobías movió la cabeza de un lado a otro.

—Gestión de riesgos —repitió, riéndose por lo bajo mientras se dirigía hacia la puerta del despacho—. Eres increíble. De verdad. Podrías venderle hielo a un esquimal con esa capacidad de autoengaño.

Tobías agarró el pomo de la puerta de cristal, pero antes de abrir, se giró hacia Ulises, guiñándole un ojo con una chispa de diversión.

—Disfruta de tu «gestión de riesgos», Ulises. Pero te doy un consejo gratis. La lujuria te hace querer desnudar a alguien. El amor... el amor te hace querer cubrirla con tu chaqueta para que no pase frío. Piensa en qué hiciste en esa playa después de separarte de ella —dijo—. Nos vemos en la reunión de las cuatro. Intenta no morder ni despedir a nadie, por favor.

La puerta se cerró con un suave sonido, dejando a Ulises solo de nuevo.

Se quedó de pie en el centro del despacho, con el corazón latiéndole a una velocidad absurda. Recordó la suavidad de los labios de Aria sobre los suyos, la brisa fría del mar golpeándole tras el beso. Recordó cómo, instintivamente, había rodeado los hombros de Aria con sus brazos para darle calor.

«Maldito Tobías —pensó, cerrando los ojos con fuerza.»

CAPÍTULO 44

Ocho días.

Ciento noventa y dos horas.

Y, si Aria se ponía un poco tiquismiquis con las matemáticas (cosa que últimamente hacía solo para mantener su cerebro ocupado), un montón de minutos insoportables. Ese era el tiempo exacto que Ulises llevaba sin pisar Villa Penélope.

Era el récord absoluto de ausencia desde que Aria había comenzado a trabajar allí. Al principio, intentó convencerse de que era un alivio. Sin el ceño fruncido de Ulises, sin su aura de CEO implacable que parecía bajar la temperatura de las habitaciones diez grados, la villa respiraba una paz envidiable.

Aria y Katerina habían establecido una rutina deliciosa, tejida con desayunos tardíos en la terraza, paseos por los jardines perfumados de buganvillas y tardes de lectura donde el único sonido era el zumbido de las abejas.

Pero la paz, en aquel momento, a Aria le parecía un sinónimo de aburrimiento.

Aria suspiró, hundiendo las manos en la tierra de una de las macetas del jardín trasero. Katerina le había pedido que la ayudara a trasplantar unos geranios, y lo estaba haciendo con una concentración digna de un cirujano cardiovascular, o al menos eso intentaba aparentar. La realidad era que su mente estaba a kilómetros de allí, atrapada en un bucle de repetición constante.

«Sus labios salados por el mar. La forma en que sus manos grandes y firmes la habían acariciado. La intensidad de su mirada verde antes de separarse y romper el hechizo que los envolvía.»

—Maldito cíborg emocional —murmuró para sí misma, arrancando una hoja seca de un tirón.

Estaba enfadada. No con él, sino con ella misma. Porque, a pesar de la distancia, de su frialdad y de su excusa de no querer hacerla daño, Aria seguía pensando en él. Todo el tiempo. Seguía enamorada de él. Irremediablemente, estúpidamente y de manual. Seguía enamorada del Ogro de la Colina, del jefe gruñón que huía de los sentimientos como si fueran una enfermedad mortal. ¡Qué cliché tan espantoso, joder!

—Si sigues asesinando a ese pobre geranio con la mirada, voy a tener que llamar a la sociedad protectora de plantas, cariño.

La voz cargada de buen humor de Katerina la sacó de sus pensamientos. La mujer estaba sentada a su lado, bajo la sombra de la pérgola, echando un puñado de abonos al geranio que acababa de trasplantar ella.

Aria se sonrojó, sacudiéndose la tierra de las manos.

—Solo le estaba quitando las hojas muertas.

—Claro, claro. Las hojas muertas…

Katerina sonrió, con esa chispa astuta en los ojos que demostraba que no se le escapaba absolutamente nada. Ella diría que su frustración tenía nombre, apellido y una preocupante adicción al trabajo.

—Hace más de una semana que Ulises no viene a la villa —dejó caer, como si tal cosa.

Aria arqueó las cejas, aunque no dejó que Katerina viera la expresión de su rostro. Si lo hiciera, estaba perdida.

—Estará muy ocupado —dijo, intentando sonar casual, como si estuviera hablando del clima, aunque había cierto resquemor en su entonación—. Las negociaciones no se hacen solas.

—Tonterías. Está escondido —aseveró Katerina, aplanando la tierra de su tiesto—. Mi nieto siempre hace lo mismo cuando algo le asusta. Se atrinchera en su torre de cristal en Atenas y finge que el mundo exterior no existe. Lo hacía desde que era un niño.

Aria siguió sin girar el rostro hacia Katerina. A ella no podría engañarla, sería tan inútil como intentar peinar a un gato, pero reconoció que la conversación se había vuelto más interesante.

—De niño también era... ¿así? —preguntó, buscando la palabra adecuada—. ¿Tan… impenetrable?

—¡Por Dios, no! Ulises era todo corazón. —La mirada de Katerina se suavizó, perdiéndose en los recuerdos—. Recuerdo un verano, tendría él unos siete años. Encontró un pajarito con el ala rota en el jardín. Se pasó tres noches sin dormir, dándole de comer con un cuentagotas, llorando a mares porque pensaba que no sobreviviría. Le construyó una camita con algodón y se negó a ir a jugar con los otros niños hasta que el pájaro pudo volar.

Aria sintió un pinchazo de ternura tan agudo en el pecho que casi le dolió. Se imaginó a un pequeño Ulises, con sus grandes ojos, cuidando de un pájaro herido con la misma delicadeza con la que la había acariciado a ella en la playa.

Le apenaba profundamente que esa parte vulnerable y más humana hubiera desaparecido, sepultada bajo trajes sastre y capas de frialdad.

—Ahora parece que solo le importan los márgenes de beneficio —se le escapó decir.

—El accidente de sus padres, las responsabilidades... Ulises aprendió que, si no sientes, no sufres. Construyó una armadura tan gruesa que a veces se olvida de cómo quitársela, ya lo hemos

hablado otras veces. Pero el niño del pajarito sigue ahí dentro. Solo necesita que alguien le recuerde que no pasa nada por sentir.

Aria bajó la mirada hacia el geranio recién trasplantado. Quería ser ella quien rompiera esa armadura, quien le enseñara lo que había fuera, pero Ulises ni siquiera le daba la oportunidad de intentarlo.

Justo cuando el ambiente se estaba volviendo un poco triste, el rugido de un motor rompió la paz del jardín. Un deportivo descapotable de color rojo chillón apareció frente a la entrada principal con un frenazo que levantó una nube de polvo.

De él bajó Ezio.

El abogado llevaba un traje negro, la camisa desabrochada tres botones más de lo estrictamente profesional y unas gafas de sol de aviador. Antes de llegar a la terraza, Aria ya podía oler su colonia. Una mezcla abrumadora de sándalo y regaliz.

—Buenas tardes —saludó Ezio.

—Hola —correspondió Aria.

—Ezio, querido. Qué... sorpresa —saludó Katerina.

—He venido porque hay un asunto urgente que tengo que tratar contigo —explicó.

—¿Es grave? —preguntó Katerina.

—No, no es grave, pero sí importante —respondió Ezio.

Después de aquellas palabras, Ezio centró toda su atención en Aria. Se quitó las gafas de sol y le dedicó una sonrisa que seguramente ensayaba frente al espejo cada mañana.

—Aria, estás radiante —ronroneó, acercándose a ella e invadiendo su espacio personal—. Las manos manchadas de tierra te dan un encantador toque rústico. Podrías ser la musa de un pintor renacentista.

Aria tuvo que morderse el interior de la mejilla para no soltar una carcajada. Ezio era tan sutil como un martillo eléctrico a las siete de la mañana.

—Gracias por el cumplido —dijo—. Aunque creo que los pintores renacentistas preferían a sus musas con menos suciedad. —Esbozó una sonrisa cortés pero completamente blindada.

Ezio rio.

—Si me disculpas, voy a lavarme las manos para que puedas hablar de negocios con Katerina.

—No hay prisa —insistió Ezio, interponiéndose ligeramente en su camino—. De hecho, me preguntaba si te gustaría que te llevara a dar una vuelta por Ítaca. Conozco un restaurante en la costa donde preparan un marisco espectacular.

Aria no pudo evitar pensar en lo diferente que eran Ezio y Ulises. Mientras uno huía de ella como si tuviera la peste, el otro se le lanzaba al cuello con la elegancia de un vendedor de coches usados.

—Es una oferta muy tentadora, Ezio —dijo, utilizando un tono cortés—, pero tengo algunas cosas que hacer aquí en la casa.

Katerina miró a uno y a otro. Estaba claro que a Aria no le gustaba Ezio. Mejor, así se fijaría en Ulises. Ezio era un buen chico, pero ella prefería que fuera Ulises quien se emparejara con Aria.

Ezio parpadeó, desconcertado por el rechazo. Su sonrisa vaciló un segundo ante de recuperarse.

—Bueno, una pena. El marisco tendrá que esperar. Pero no me rindo fácilmente, Aria. Soy abogado, la perseverancia es mi especialidad.

—Y la mía es la paciencia —replicó ella—. Con permiso.

Aria se dio media vuelta y enfiló los pasos hacia la casa, consciente de que tenía la mirada de Ezio clavada en ella.

—Ezio, siéntate y explícame qué pasa ahora —gruñó Katerina.

El sol de media tarde bañaba el salón principal de Villa Penélope, el que Ulises había utilizado como despacho durante su estancia allí, con una luz perezosa que invitaba a la siesta, o en el caso de Aria, a organizar la interminable colección de vinilos de Katerina, para paliar el aburrimiento. Estaba debatiéndose entre clasificar a Frank Sinatra por orden alfabético o por nivel de dramatismo romántico, cuando el sonido de su teléfono sobre la mesa rompió la paz del momento.

Aria salió del caos de discos que tenía encima y se acercó al móvil con tranquilidad. Seguro que era una notificación de la compañía telefónica o un mensaje de Dora o Xanna para verse alguna tarde en el pueblo. Sin embargo, cuando sus ojos se posaron en la pantalla, el corazón le dio un vuelco tan fuerte que temió que se le saliera por las costillas para ponerse a bailar claqué sobre la alfombra.

Ulises.

El nombre parpadeaba en la pantalla con letras mayúsculas, burlándose de su repentina taquicardia. Llevaba días sin dar señales de vida, atrincherado en su fortaleza de cristal en Atenas, y ahora, de repente, la llamaba. A ella. A su móvil.

Aria se secó las manos, que habían empezado a sudarle de forma escandalosa, en los vaqueros, y carraspeó dos veces para aclararse la garganta.

«Calma, Aria. Eres una mujer adulta y profesional. No una adolescente a punto de hablar con el cantante de tu *boyband* favorita.»

Deslizó el dedo por la pantalla y se llevó el teléfono a la oreja.

—¿Sí? —respondió, intentando que la voz sonara casual, fresca, como si estuviera a punto de pedir un café y no al borde de un ataque de nervios.

—¿Aria? —La voz de Ulises al otro lado de la línea era un trueno lejano, grave, profundo y con esa textura aterciopelada que le

enviaba un escalofrío directo a la base de la columna vertebral—. Siento molestarte en tu teléfono personal.

Después de lo que había pasado entre ellos en la playa, el tratamiento formal había desaparecido.

—No es molestia —mintió ella, apoyando una mano en el sofá para no perder el equilibrio—. ¿Ocurre algo?

—Es mi abuela. Llevo media hora intentando localizarla en su móvil y me sale que está apagado o fuera de cobertura. ¿Está bien? ¿Ha pasado algo? —La urgencia en su tono, mezclada con una irritación apenas contenida, era palpable.

Aria sintió un levísimo pinchazo de decepción.

Por supuesto. No llamaba para escuchar su voz. No llamaba porque quisiera hablar con ella, llamaba porque el móvil de Katerina no estaba disponible.

Aria se desinfló como un globo.

—Katerina está bien. Está en el jardín trasero, dándole una charla motivacional a las hortensias mientras pinta uno de sus cuadros —respondió Aria, permitiendo que un toque de humor se filtrara en su voz para enmascarar su nerviosismo—. ¿Quieres que le diga algo?

—Quiero que le lleves tu teléfono, por favor. Necesito hablar con ella y asegurarme de que no se ha caído por un barranco o algo peor.

—Enseguida —murmuró Aria, poniendo los ojos en blanco, aunque una sonrisa asomó a sus labios. Ulises y su dramatismo.

Caminó a paso ligero hacia el jardín, cruzando las puertas francesas. Allí estaba Katerina, sentada majestuosamente bajo la pérgola, con un sombrero de paja inmenso y un pincel en la mano, luciendo como la dueña absoluta del universo.

—¡Katerina! —la llamó Aria, agitando el teléfono—. Tienes una llamada de Ulises.

Katerina levantó la vista, arqueando una de sus blancas cejas.

—¿Ulises? Qué raro, mi teléfono no ha sonado.

—Tu teléfono está en la mesa del porche, más muerto que el Imperio Romano —señaló Aria, tendiéndole su propio móvil—. Se te ha acabado la batería.

Katerina chasqueó la lengua, restándole importancia, y cogió el móvil de Aria.

—¿Sí, cariño? —saludó a Ulises, con la voz más dulce y despreocupada del mundo.

Aria se quedó a un par de metros, fingiendo examinar un rosal, pero con los oídos afilados. Aunque no podía escuchar las palabras exactas de Ulises, el tono grave y acelerado que salía del auricular dejaba claro que le estaba echando una buena reprimenda a Katerina.

—Por favor, Ulises, no exageres —lo interrumpió Katerina, riendo por lo bajo—. No me ha comido ningún león. Es solo un teléfono, se le gasta la energía, igual que a las personas. Deberías probar a desconectarte tú también de vez en cuando.

Más murmullos graves e indignados desde el otro lado de la línea.

—Bueno, pues si te preocupas tanto y mi teléfono está apagado, no pasa nada. Tienes el número de Aria, la llamas a ella y ya está. Para eso estamos juntas todo el día.

Al otro lado de la línea, en su inmaculado despacho de Atenas, Ulises sintió que el aire se le atascaba en los pulmones.

«Llamar a Aria.»

Su abuela lo decía con una ligereza pasmosa, ignorando por completo que el simple hecho de escuchar el «¿Sí?» de Aria hacía

unos minutos había provocado que un puño invisible le estrujara el pecho. Esa voz chispeante, cálida, con ese deje de constante buen humor... Era un peligro. Una distracción para su cuadriculado cerebro. Por eso llevaba días sin ir a Ítaca. Por eso prefería llamar a su abuela. Pero, por supuesto, no iba a admitirlo en voz alta.

—No voy a usar a tu cuidadora como centralita telefónica, *yiayá* —masculló Ulises, pinzándose el puente de la nariz con el índice y el pulgar.

—Tonterías, a Aria no le importa. ¿Verdad, Aria? —Katerina apartó el teléfono de su oreja y miró a Aria—. Dice mi nieto que le da apuro llamarte a ti. Qué hombre tan protocolario.

Al oírlo, Ulises notó que se le calentaban las mejillas. ¿Es que su abuela tenía que contarlo todo? Dios, qué vergüenza.

Aria por su parte, también sintió que el calor le subía a las mejillas.

—Dile… Dile que no me importa ser su secretaria en funciones, si eso evita que le dé un infarto por culpa del estrés —respondió Aria en voz alta, sabiendo perfectamente que Ulises la estaba escuchando.

Katerina soltó una carcajada y volvió a ponerse el teléfono en la oreja.

—Ya la has oído. Bueno, te dejo, que tengo que terminar uno de mis cuadros. No quiero que las acuarelas se me resequen. Te paso con Aria.

Antes de que Ulises pudiera protestar, y antes de que Aria pudiera prepararse mentalmente, Katerina le encajó el teléfono en la mano y se giró hacia su lienzo, tarareando una canción griega de sus tiempos jóvenes.

Aria se llevó el móvil a la oreja, tragando saliva.

—Hola de nuevo —dijo, sonando con una voz un poco más aguda de lo normal.

Hubo un silencio al otro lado. Un silencio en el que Aria casi podía escuchar la respiración de Ulises.

—Aria… —dijo Ulises finalmente. Su nombre sonó distinto en sus labios esa vez. Menos urgente, más... suave. Más melódica. Como si las letras que lo formaban tuvieran peso—. Siento el espectáculo. Mi abuela y su enemistad con la tecnología van a acabar con mi paciencia.

—Tranquilo. Es parte de su encanto. —Aria sonrió, relajándose un poco al notar que el tono de él había perdido dureza—. Pondré a cargar su móvil ahora mismo.

—Gracias. —Otro pequeño silencio. Aria pensó que iba a colgar, pero entonces Ulises carraspeó—. Yo... ya que te tengo al teléfono. Quería preguntarte por su medicación. ¿Se la está tomando a sus horas?

—Sí.

—¿Y las vitaminas?

—Lleva todas al día —respondió Aria—. Pastilla azul con el desayuno, pastilla blanca después de comer. Y su dosis diaria de sarcasmo intacta. No tienes de qué preocuparte.

—Bien. —La voz de Ulises bajó un tono, volviéndose un ronroneo grave que vibró directamente en el oído de Aria, haciéndole cosquillas en el cerebro—. Estás… haciendo un buen trabajo. Gracias por cuidarla.

El tono sincero la desarmó por completo. De repente, el jardín, el sol y las hortensias desaparecieron, y solo quedó esa voz profunda al otro lado de la línea.

—Es fácil cuidarla. Se hace querer —susurró Aria, casi sin aliento.

«A diferencia de ti, que eres un dolor de muelas, pero del que estoy estúpidamente enamorada», añadió en silencio para sus adentros.

—Sí... supongo que sí. —Ulises pareció dudar un segundo, como si quisiera agregar algo más, pero el sonido de un teléfono fijo sonando de fondo en su despacho rompió el hechizo—. Tengo que dejarte. Tengo otra llamada.

—Claro.

—Adiós, Aria.

—Adiós, Ulises.

La línea hizo *clic* y se cortó.

Aria apartó el teléfono de su oído y se quedó mirando la pantalla negra durante unos segundos. Llevó una mano a su pecho, justo sobre el esternón. Su corazón latía desbocado, como si acabara de correr una maratón cuesta arriba. Sentía las mejillas ardiendo y había una estúpida sonrisa bobalicona instalada en su cara, que no podía borrar por mucho que lo intentara.

«¿Se puede saber por qué tiene este maldito efecto en mí?», murmuró para sí misma, mirando al cielo azul como si esperara que los Antiguos Dioses griegos le dieran una respuesta.

Su voz era capaz de aflojarle las rodillas a una estatua de piedra.

Giró el rostro y miró a Katerina, que seguía pintando su cuadro sin dejar de tararear.

CAPÍTULO 45

El sol de media tarde caía sobre la terraza de la villa, haciendo brillar las buganvillas en un tono magenta precioso. Era una de esas tardes perfectas, mecidas por la brisa del mar Jónico, en las que cualquiera con un mínimo de sensibilidad poética se dedicaría a contemplar el horizonte. Katerina, sin embargo, estaba ocupada asesinando a su teléfono móvil con la mirada.

Acababa de pulsar el botón rojo para finalizar la llamada, dejándolo caer sobre la mesa de hierro forjado con un *clac* que hizo tintinear las tazas de porcelana.

—Sigue en Atenas —dijo, con el tono funesto de una heroína de tragedia griega a la que le acaban de robar el último trozo de *baklava*—. Me llama, me pregunta si he desayunado bien, si me duelen las articulaciones, si la casa sigue en pie... y ya está. Ni una mención a cuándo piensa dignarse a pisar la isla. Ni una.

Frente a ella, Matilde, que se había convertido oficialmente en la cómplice en todas las intrigas de Katerina, dio un sorbo pausado a su limonada. Matilde tenía esa envidiable capacidad de mantener la calma mientras el mundo (o Katerina) ardía a su alrededor.

—Es un hombre ocupado, Katerina. Los imperios financieros no se dirigen desde una hamaca —razonó Matilde.

—¡Al cuerno el imperio financiero! —exclamó ella, agitando una mano en el aire con desdén—. ¿De qué le sirve tanto dinero si tiene el corazón más seco que una pasa de Corinto? —soltó—. Matilde, te

lo digo en serio, estoy aterrada. Temo que esta distancia que se ha impuesto Ulises enfríe lo que sea que estuviera naciendo entre él y Aria.

Katerina se inclinó hacia adelante, bajando la voz como si alguien pudiera escucharlas.

—Mi plan era perfecto. Ulises venía a menudo a Ítaca, estaba bajo el mismo techo que Aria, hablaban, se conocían, se lanzaban de vez en cuando esas miraditas furtivas que creían que yo no notaba porque asumen que a mi edad estoy medio ciega. ¡Pero ahora él está atrincherado en Atenas y ella aquí! Mi plan de emparejarlos se está yendo al traste.

Matilde suspiró, asintiendo. Dejó el vaso de limonada sobre la mesa y adoptó una expresión solemne.

—Pues ya lo dice el bolero, Katerina: la distancia es el olvido.

Katerina se llevó una mano al pecho, horrorizada ante la cita musical.

—¡No me digas eso, por Dios! ¡No pienso permitirlo! —Los ojos de Katerina brillaron con determinación—. No me voy a quedar de brazos cruzados mientras ese nieto mío, que ha heredado mi terquedad, pero claramente no mi romanticismo, lo tira todo por la borda por culpa de unos malditos informes de rentabilidad. Tengo que hacer algo.

—Ese chico necesita un empujoncito —afirmó Matilde, cogiendo una galleta de mantequilla de la bandeja—. Un empujoncito hacia el precipicio del amor, por supuesto.

—Y tener a Aria cerca. Muy cerca. A menos de un metro a ser posible, respirando el mismo aire —añadió Katerina, tamborileando los dedos sobre la mesa con impaciencia, buscando la estrategia perfecta.

Matilde masticó la galleta pensativa, mirando hacia el mar.

—Como cuando tuviste la infección de orina y Ulises se quedó aquí unos días hasta que te recuperaste —comentó Matilde en tono casual.

El silencio gravitó sobre sus cabezas.

Katerina detuvo el tamborileo de los dedos. Sus ojos se abrieron de par en par y una sonrisa lenta, felina y con un toque maquiavélico comenzó a dibujarse en sus labios.

Y se hizo la luz. Una luz brillante, deslumbrante y del tamaño de un faro.

—Matilde... —susurró, arrastrando las sílabas con deleite—. Eres un genio. Te adoro.

—¿Qué he dicho? —preguntó Matilde, parpadeando con expresión inocente, aunque la pequeña sonrisa en su boca delataba que sabía exactamente lo que había provocado.

—¡La salud! ¡El talón de Aquiles de Ulises! —Katerina se puso en pie, de repente llena de una energía envidiable—. Si cree que su pobre, anciana y frágil abuela está enferma, cogerá de nuevo el helicóptero para venir, o incluso vendrá nadando desde Atenas si hace falta.

—¿Vas a fingir una infección de orina? Katerina, eso carece de todo glamour. —Matilde arrugó la nariz.

—¡No, por supuesto que no! —Katerina agitó la mano, descartando la idea—. Demasiado escatológico. Voy a tener... —lo pensó durante unos segundos—… un resfriado. Un terrible resfriado. De esos que te dejan postrada en la cama, con voz de ultratumba y necesidad constante de calditos calientes. Conociendo a Ulises, entrará en pánico pensando que es una neumonía y vendrá corriendo a Ítaca. —A Katerina se le iluminó la cara solo de imaginárselo.

Matilde soltó una carcajada. Como cómplice oficial de las locuras de Katerina, la idea le parecía sencillamente brillante.

—Y, por supuesto, como tú estarás «terriblemente indispuesta» —continuó Matilde, haciendo el gesto de las comillas en el aire con los dedos—, Ulises y Aria no tendrán más remedio que cuidarte. Y pasar mucho, mucho tiempo juntos.

—Y a solas. —Katerina se frotó las manos, sintiéndose como una directora de orquesta a punto de iniciar la sinfonía de su vida—. Estarán atrapados. Juntos. Entre termómetros, sopas de pollo y miradas intensas. No tendrán escapatoria.

Matilde negó con la cabeza.

—Eres terrible —dijo.

Katerina ya estaba metida en su teatro.

—Voy a empezar a practicar mi tos. Tiene que sonar seca, dolorosa, pero con un toque de dignidad —dijo, aclarándose la garganta—. Matilde, vete preparando, porque vas a tener que preparar mucho caldo de pollo.

—Cuente con ello. Hay medio pollo en el congelador.

—Y por favor, recuérdame que me ponga polvos de talco blancos en la cara cuando ponga en marcha mi plan, necesito estar pálida y demacrada. Ah, y colorete en la nariz, para que parezca que la tengo irritada.

Matilde rio por lo bajo.

—Será un placer, Katerina. Cupido no tiene nada que hacer a tu lado —dijo.

Katerina miró hacia el horizonte, donde kilómetros más allá estaba Atenas. Ulises no sabía la que se le venía encima, pero algún día, cuando estuviera locamente enamorado y feliz, se lo agradecería. De momento, Katerina ensayó un par de toses lastimeras que asustaron a una gaviota que volaba cerca. Sonrió satisfecha.

La fase uno de la «Operación Resfriado» estaba en marcha.

Todo en el despacho de Ulises, desde la imponente mesa hasta las sillas de cuero negro, estaba diseñado para intimidar. Y, normalmente, Ulises encajaba en ese decorado a la perfección. Él personificaba al CEO implacable, al hombre de hielo, al tipo capaz de leer un contrato de fusión de trescientas páginas sin parpadear.

Pero aquella tarde, la cláusula cuatro punto dos sobre responsabilidades fiscales subsidiarias se le estaba resistiendo. O atragantando, más bien. Y no porque fuera compleja, sino porque las letras parecían estar organizándose por su cuenta para formar un nombre.

Aria.

Como si se tratara de una sopa de letras.

Ulises parpadeó y después se frotó los ojos con los dedos. Suspiró. Un sonido sonoro y cansado que rebotó en las paredes insonorizadas. Intentó volver a centrar la vista en el documento, pero su cerebro decidió que era el momento perfecto para reproducir, en alta definición, la forma en que Aria arrugaba la nariz cuando se reía de alguna de las cosas que decía Katerina.

«Maldita sea.»

Sin darse cuenta, su mano derecha, que sostenía un carísimo bolígrafo de tinta negra, se deslizó hacia un folio en blanco que descansaba inocentemente junto a la torre de contratos.

No fue una decisión consciente.

Fue un reflejo.

Un tic.

La punta del bolígrafo tocó el papel. *Ras.*

Ulises bajó la mirada. Había trazado una línea curva. Suave, decidida. No era un gráfico de beneficios trimestrales. No era un esquema de reestructuración de personal. Era... la curva de un pómulo.

Se quedó paralizado durante una décima de segundo. Hacía años, literalmente años, que no dibujaba nada que no fuera un garabato incomprensible mientras hablaba por teléfono.

Antes de que el mundo se le cayera encima, antes de aquel maldito accidente de avioneta que se llevó a sus padres y a su hermana y lo obligó a cambiar los lienzos, el carboncillo y los estudios de Bellas Artes por trajes de tres piezas y juntas de accionistas, Ulises había sido un artista. Uno bueno, además. Pero el deber y la responsabilidad habían sellado esa puerta en su interior con cemento armado.

El arte requería sentir, y él había necesitado dejar de hacerlo para mantener a flote la empresa familiar y no desmoronarse. Se había convertido en un empresario frío, calculador, impenetrable.

Hasta que un huracán con nombre musical había entrado en su vida sin llamar a la puerta.

El bolígrafo volvió a moverse sobre el papel. *Ras, ras.*

Ulises observó su propia mano con una mezcla de fascinación y pánico, como si estuviera poseída. Pero no intentó detenerla.

De repente, una chispa cálida y olvidada se encendió en su pecho. Inspiración. Hacía tanto tiempo que no sentía ese cosquilleo en la yema de los dedos, esa urgencia por capturar la belleza en un trozo de papel, que casi le dio vértigo.

Aria le inspiraba. Era un hecho innegable.

Trazó la línea de su mandíbula, recordando el orgullo con la que solía alzar la barbilla cuando le llevaba la contraria. Luego, con toques rápidos y precisos, empezó a esbozar sus labios. Esos labios que siempre parecían estar a punto de soltar una réplica mordaz o una carcajada escandalosa.

La tinta negra fluía, creando sombras y volúmenes. Ulises entornó los ojos. Sonrió. Una sonrisa tonta.

Estaba disfrutando. Estaba dibujando a la mujer que le estaba volviendo loco y, por primera vez en años, sentía que respiraba de verdad.

Se inclinó sobre la mesa, completamente absorto, añadiendo los detalles de sus ojos. Quería capturar esa chispa de desafío que siempre le dedicaba.

El mundo exterior había desaparecido. Ya no había empresa, ni contratos, ni responsabilidades. Solo existía el papel, la tinta y Aria.

Estaba a punto de empezar con el desastre encantador que era su pelo cuando dos golpes secos en la puerta rompieron el hechizo como un martillazo en un cristal.

—¡Ulises, dime que has revisado los anexos de...!

La puerta se abrió de golpe y la voz de Tobías irrumpió en el despacho con la sutileza de una estampida de elefantes.

El cerebro de Ulises pasó de «artista enamorado en el Renacimiento» a «adolescente pillado con una revista porno» en cero coma dos segundos. El pánico se apoderó de él.

Con un movimiento tan rápido que casi se dislocó el hombro, agarró el grueso informe financiero que estaba revisando y lo estampó directamente sobre el folio, aplastando el rostro a medio terminar de Aria bajo trescientas páginas de jerga legal.

—¡Sí! —soltó, con la voz una octava más aguda de lo normal. Carraspeó, intentando recuperar su tono de barítono intimidante, y se enderezó en el sillón de cuero, cruzando las manos sobre el informe—. Sí, Tobías. Los anexos. Estaba... estaba justo con ellos.

Tobías se detuvo en seco a mitad del despacho. Llevaba una carpeta bajo el brazo y una ceja arqueada hasta la línea del pelo. Miró a Ulises. Miró las manos de Ulises, que estaban aferradas al informe como si temiera que saliera volando. Luego volvió a mirar la cara de su amigo, que tenía un levísimo, pero inconfundible, tono rojizo en las mejillas.

—¿Estás bien? —preguntó, con una sonrisa burlona asomando a la comisura de los labios—. Pareces... no sé. ¿Has visto un fantasma? ¿O es que la cláusula de indemnización te ha provocado taquicardia?

—Es el aire acondicionado —mintió Ulises con aplomo, aunque sentía una gota de sudor frío resbalándole por la nuca—. Está muy fuerte. Me ha dado un escalofrío. ¿Qué querías?

Tobías avanzó hasta la mesa y se apoyó en el borde.

—Quería saber si vamos a firmar hoy o si prefieres seguir mirando ese informe con cara de estar desactivando una bomba nuclear —bromeó, intentando echar un vistazo a los papeles que Ulises protegía con su vida.

—Hoy. Firmamos hoy —se apresuró a decir Ulises, deslizando sutilmente el informe (y el dibujo oculto debajo) hacia el centro de la mesa, lejos de las garras curiosas de Tobías—. Solo necesito diez minutos más para... revisar los últimos anexos. Ya sabes que soy muy maniático con los anexos.

Tobías soltó una sonora carcajada.

—Sí, claro. Eres el terror de los anexos. —Tobías se dio la vuelta, dirigiéndose hacia la puerta—. Avísame cuando lo tengas listo.

La puerta se cerró a su espalda.

Lentamente, con cuidado de que nadie más entrara, levantó el informe financiero. El rostro de Aria, a medio terminar, le devolvió la mirada desde el papel. Faltaba el pelo, faltaba sombrear el cuello, pero la esencia estaba ahí. Estaba viva en todos los trazos que había hecho.

Ulises negó con la cabeza ante su propia estupidez.

Con un suspiro que era mitad resignación y mitad asombro, se levantó de su imponente silla de cuero, sosteniendo el folio como si transportara un pergamino milenario. Caminó hacia el extremo opuesto del despacho, donde un espantoso cuadro abstracto

(comprado únicamente por su valor de inversión y porque combinaba con las cortinas) ocultaba la caja fuerte empotrada en la pared. La misma que protegía los documentos verdaderamente confidenciales y los contratos multimillonarios de la empresa.

Tecleó la combinación de seguridad de ocho dígitos, y la pesada puerta de acero y titanio cedió con un ruido seco. Guardar un boceto a medio terminar en una caja fuerte de grado militar junto a documentos de nueve cifras era, objetivamente, una soberana ridiculez. Pero ahí estaba él. Con sumo cuidado, deslizó el dibujo de Aria en su interior, acomodándolo sobre unas escrituras de propiedad, dejándolo a salvo de las miradas curiosas de Tobías y del resto del mundo.

—Maldita seas, Aria —murmuró para sí mismo, con un tono que no tenía absolutamente nada de maldición y sí mucho de rendición —. Mira lo que estás haciendo conmigo.

Cerró la pesada puerta blindada, colocó el cuadro en su sitio y volvió al escritorio para continuar con su jornada laboral.

CAPÍTULO 46

La luz de primera hora de la mañana se colaba por las rendijas de las contraventanas de caoba, amenazando con arruinar la lúgubre atmósfera de «enferma terminal» que Katerina llevaba media hora intentando orquestar.

Se levantó de la cama, que hasta ese momento había estado desordenando meticulosamente, y cerró las cortinas de golpe. La habitación quedó sumida en una penumbra mucho más apropiada para el drama que estaba a punto de tener lugar.

—Demasiada alegría luminosa para una mujer al borde de la muerte por… congestión nasal —murmuró, volviéndose a meter bajo las sábanas.

De pie junto a la cama, con expresión de absoluta complicidad, estaba Matilde. Con su impecable delantal y una paciencia infinita, observaba el escenario que había montado Katerina con una ceja enarcada.

—Si le pones tanto empeño a esto como a evitar comerte mis lentejas, Aria va a llamar a una ambulancia antes del desayuno —dijo, depositando un platillo con una taza de porcelana sobre la mesilla de noche. En su interior humeaba una infusión de manzanilla que olía a campo y a remedio de abuela.

Katerina soltó una risilla chispeante, frotándose las manos con la emoción de un villano de película que acaba de idear el plan perfecto.

—Esa es exactamente la idea, Matilde. Necesito que Aria me vea, sienta una punzada de pánico compasivo y decida llamar a Ulises. El arte del engaño requiere sacrificios —dijo.

—Y muchos pañuelos de papel, por lo que veo —replicó el ama de llaves, señalando el campo de batalla en el que se había convertido la colcha de seda.

Katerina asintió, muy seria, mientras cogía un pañuelo de papel limpio de la caja.

—Arrugar pañuelos para que parezcan usados es todo un arte, Matilde. No puedes simplemente hacer una bola y tirarla. Tiene que haber textura. Tiene que transmitir congestión nasal. —Katerina estrujó el papel con ambas manos, le dio un par de dobleces irregulares y lo dejó caer estratégicamente sobre la almohada, junto a otros cinco o seis que ya adornaban la cama y la mesilla—. ¿Ves? Este grita: «he pasado la noche tosiendo mis propios pulmones».

Matilde puso los ojos en blanco, pero delineó en los labios una sonrisa cómplice. Le divertían enormemente las excentricidades de Katerina.

—Bueno, Ingrid Bergman, si ya has terminado con el *atrezzo*, deberías mirarte al espejo. Te has pasado con el colorete en la nariz —dijo.

—¿Tú crees?

—Pareces el reno Rudolph después de una noche de juerga.

Katerina soltó un gritito indignado y se dirigió al tocador. Se inclinó sobre el espejo y frunció el ceño. Matilde tenía razón, como casi siempre. En su afán por simular una nariz irritada por el roce constante de los pañuelos, se había aplicado una cantidad de rubor carmesí que rozaba lo caricaturesco.

—Mierda. La línea entre «resfriado agudo» y «payaso de circo» es muy fina —murmuró para sí misma.

Con un disco de algodón y un poco de crema, empezó a difuminar el color, rebajando el tono hasta conseguir un enrojecimiento sutil, brillante, casi febril en la punta y las aletas de la nariz. Se revolvió el pelo a conciencia, asegurándose de que varios mechones blancos cayeran sobre su rostro con un aspecto lacio y descuidado, y ensayó una tos cavernosa frente al espejo.

Cof, cof.

Sonaba hueca, dolorosa, perfecta. Se sentía lista para recoger su Óscar.

—Vale, la estética está dominada —anunció Katerina, girando sobre sus talones y caminando de vuelta a la cama con pasos arrastrados, metiéndose ya en el papel—. Ahora, el golpe de gracia. Necesito pruebas empíricas.

Katerina cogió el termómetro digital que descansaba junto a la caja de pañuelos. Lo miró como si fuera la espada de Excalibur.

—¿Cómo vas a falsificar la fiebre? —preguntó Matilde, cruzándose de brazos—. Porque si te lo frotas contra el pijama como hacías cuando tenías diez años para no ir al colegio, te aviso que ya no cuela.

—Oh, por favor, Matilde, he evolucionado. Mis métodos son mucho más sofisticados ahora. —Katerina paseó la mirada por la habitación hasta que sus ojos se clavaron en la taza humeante. Una sonrisa de conclusión iluminó su rostro—. La manzanilla —dijo.

Matilde abrió los ojos de par en par, comprendiendo al instante cual era su idea.

—Katerina, no. Vas a derretir el aparato.

—¡Tonterías! Solo será un segundo.

Sin dudarlo, Katerina encendió el termómetro, esperó a que la pantalla parpadeara y lo sumergió directamente en la taza de manzanilla. El calor del líquido le subió por los dedos. Contó en voz alta.

—Uno... dos... tres...

—¡Sácalo ya, insensata, que va a marcar cuarenta y cinco grados, y Aria va a llamar al forense en lugar de al médico! —siseó Matilde.

Katerina sacó el termómetro de la infusión, sacudiendo un par de gotas de manzanilla sobre la alfombra, y miró la pantalla.

—¡Bingo! Treinta y ocho con dos. —Katerina alzó el termómetro como un trofeo—. Fiebre lo suficientemente alta como para inspirar lástima, pero no tan alta como para que me obliguen a ir a urgencias. Soy un genio. Una mente maestra del engaño.

Matilde negó con la cabeza, riendo por lo bajo mientras le quitaba el termómetro de las manos y lo dejaba con cuidado sobre la mesilla, con la pantalla bien visible.

—Eres un peligro público, eso es lo que eres. Venga, métete en la cama. Aria es de costumbres fijas, y si el reloj no me falla...

Como si el universo estuviera sincronizado con las palabras de Matilde, el inconfundible sonido de unos pasos ligeros y decididos resonó en el pasillo. Y se acercaban a la habitación.

Una punzada de adrenalina recorrió la espina dorsal de Katerina.

—¡Ya viene! ¡A nuestros puestos! —susurró con un grito ahogado.

Se lanzó sobre el colchón con la agilidad de una pantera, se tapó hasta la barbilla con la colcha y cerró los ojos a medias.

Su cerebro empezó a emitir órdenes rápidamente.

Relaja la mandíbula.

Entrecierra los ojos.

Respira por la boca, que suene un poco a silbido.

¡Y tose! ¡Dios, tose!

Matilde, como si fuera la actriz secundaria, compuso una expresión de preocupación en el rostro y se inclinó sobre Katerina, fingiendo acomodarle las sábanas.

Justo en el momento en que el pomo de bronce de la puerta empezó a girar lentamente, Katerina dejó escapar un gemido lastimoso, seguido de una tos ronca y perfectamente medida.

—Que empiece el espectáculo —susurró.

La puerta se abrió con un crujido suave, dejando que un rectángulo de luz del pasillo invadiera la penumbra de la habitación. Aria se quedó clavada en el umbral, con la frase de «buenos días» congelada en los labios. Sus ojos avellana, grandes y expresivos, escanearon la escena.

Registró las cortinas cerradas a cal y canto. Registró el olor a manzanilla y a ungüento mentolado que Matilde había destapado estratégicamente. Y, por supuesto, registró el apocalipsis de pañuelos de papel que cubría la cama como si una nube de celulosa hubiera estallado sobre ella.

—Pero... ¿qué ha pasado aquí? —preguntó, parpadeando, mientras su tono de voz pasaba a la alarma—. ¿Ha explotado una fábrica de pañuelos? Katerina, ¿estás bien?

Desde las profundidades de la colcha, Katerina dejó escapar un gemido que habría hecho llorar a un jurado de la Academia de Cine. Acompañó el sonido con una tos ronca, hueca, que le raspó la garganta de verdad (había ensayado demasiado frente al espejo).

—Ay, Aria —se adelantó Matilde, frotándose las manos contra el delantal con una expresión de congoja que merecía un premio a la mejor actriz de reparto—. Qué nochecita ha tenido la pobre. No ha pegado ojo. Mírala, si es que tiene la carita como un tomate y no deja de tiritar.

Katerina, metidísima en su papel de dama victoriana enferma, sacó una mano lánguida de debajo de las sábanas y se tocó la frente con el dorso.

—No es nada, Aria... —susurró, con un hilo de voz tan frágil que parecía a punto de romperse—. Solo... solo es un pequeño resfriado de verano. Un virus tonto. Sobreviviré.

Aria se acercó a la cama a zancadas. Su rostro, habitualmente sereno y lleno de esa energía arrolladora que tanto desquiciaba (y fascinaba) a Ulises, mostraba una preocupación real. Se sentó en el borde del colchón, apartando un par de pañuelos arrugados con cuidado, y posó el dorso de la mano sobre la frente de Katerina.

Ella contuvo la respiración.

«Por favor, que el vapor de la manzanilla y el calor del verano haya hecho su trabajo», rezó mentalmente.

—La verdad es que sí que estás un poco caliente —dijo Aria, retirando la mano. Sus ojos se desviaron hacia la mesilla de noche y se clavaron en la pantalla digital del termómetro, que Matilde había dejado convenientemente a la vista—. ¿Treinta y ocho con dos? ¡Katerina, tienes mucha fiebre!

—La fiebre ha subido de golpe... —murmuró ella, parpadeando lentamente, intentando que sus ojos parecieran vidriosos y cansados —. Un escalofrío y... —Tosió, *cof, cof*...—, y de repente sentí como si me hubiera atropellado un camión de mercancías.

Aria se puso en pie, pasándose las manos por el pelo, claramente alterada.

—¿Y por qué no me has llamado durante la noche? —le recriminó, con ese tono de regaño cariñoso que usaba cuando se preocupaba de verdad—. Mi habitación está al final del pasillo. Podría haberte traído alguna medicina, paños fríos, ¡podría haber llamado a un médico! ¿Por qué te has quedado aquí sufriendo sola en la oscuridad?

Katerina esbozó una sonrisa débil, cargada de un estoicismo mártir que casi le dio risa a ella misma.

—Oh, Aria... trabajas tanto. Te vi tan cansada ayer... —Katerina hizo una pausa dramática para tomar aire—. No quería molestarte. Me pareció un crimen despertarte por unos simples mocos y un poco de fiebre. No quería ser una carga.

Matilde se mordió los labios con tanta fuerza que casi se hizo sangre para no soltar una carcajada.

—¡Nunca eres una carga, no digas tonterías! —Aria suspiró, exasperada pero enternecida, y se cruzó de brazos—. Bueno, se acabó. Hoy no te mueves de la cama. Voy a llamar a la farmacia para que traigan paracetamol y... —Aria se detuvo en seco. Sus ojos se abrieron un poco más, como si acabara de recordar algo crucial —. Ulises. Tengo que avisar a Ulises. Se volvería loco si se enterara de que estás así y no se lo hemos dicho.

El corazón de Katerina dio un vuelco. Eso era lo que quería. ¡Bien!

—No... no le molestes... —gimió, intentando sonar convincente mientras por dentro organizaba un desfile de confeti—. Seguro que está en una de esas reuniones aburridísimas donde deciden el destino del PIB mundial. Déjale trabajar...

—Ni hablar. Si no le llamo, y se entera luego, me despedirá o me tirará al mar Jónico para que me coman los tiburones. O ambas cosas. —Aria ya había sacado su teléfono del bolsillo del pantalón y estaba marcando el número con el pulgar, caminando nerviosa hacia la ventana.

Katerina y Matilde contuvieron la respiración.

El teléfono dio un tono. Dos tonos. Al tercero, la voz grave y profunda de Ulises resonó a través del auricular, lo suficientemente alta como para que el silencio sepulcral de la habitación permitiera captar algunos fragmentos de la conversación.

—Aria, ¿qué pasa?

—Ulises… —comenzó Aria, bajando la voz, adoptando un tono profesional pero teñido de urgencia—. Es Katerina. Está enferma.

Hubo un silencio al otro lado de la línea. Katerina se imaginó a Ulises en su despacho, probablemente dejando caer su carísimo bolígrafo sobre la mesa y poniéndose rígido como una tabla.

—¿Qué le pasa? —La voz de Ulises era seria.

—Tiene un resfriado muy fuerte. Ha pasado una noche horrible y tiene treinta y ocho con dos de fiebre. No me ha avisado hasta ahora, la muy terca. Está en la cama, pálida y... bueno, rodeada de pañuelos.

—Treinta y ocho con dos. —Ulises repitió la cifra como si fuera el código de desactivación de una granada—. De acuerdo. Cancelaré mis reuniones de esta tarde.

—Ulises, espera, no hace falta que canceles... —empezó a decir Aria.

Oyó pasos al otro lado de la línea y una puerta que se abría.

—Señorita Georgiou, avise a Darío —continuó Ulises, ignorando a Aria por completo. Su tono era el de un general dando órdenes en el campo de batalla—. Dígale que prepare el helicóptero. Voy a volar a Ítaca.

—Enseguida, señor Diakos —contestó la secretaria.

—Aria, estaré allí en menos de una hora y media —dijo Ulises.

Aria pegó un respingo, separando el teléfono de su oreja durante un segundo para mirarlo con incredulidad.

—¡Ulises, por favor! ¡Es un resfriado, no el escorbuto! —exclamó Aria, gesticulando con la mano libre, aunque él no pudiera verla—. No hace falta que vengas por unos mocos. Yo me estoy ocupando de ella, Matilde le ha hecho una manzanilla...

—Asegúrate de que beba líquidos —fue lo que dijo Ulises. Y sin más, colgó la llamada.

Aria se quedó mirando la pantalla del teléfono, con la boca ligeramente abierta, completamente estupefacta.

—¿Se puede saber qué le pasa a este hombre en la cabeza? —murmuró para sí misma, guardando el móvil en el bolsillo—. Ha dicho que viene. En el helicóptero. Por un resfriado.

—Oh, vaya... —susurró Katerina, llevándose una mano al pecho, fingiendo sorpresa—. Qué exagerado es. Pero ya le conoces.

—Sí, ya lo conozco —repitió Aria—. Voy a llamar a la farmacia y a preparar tus medicinas. Vuelvo en cinco minutos.

—No tengo fuerzas ni para pestañear —mintió Katerina.

Aria asintió, le dedicó una última mirada llena de cariño y salió de la habitación, cerrando la puerta tras de sí con extrema suavidad.

El silencio reinó en la estancia durante exactamente tres segundos.

En cuanto el sonido de los pasos de Aria se desvaneció por el pasillo, Katerina abrió los ojos de par en par. La expresión de mártir moribunda desapareció de su rostro como por arte de magia, sustituida por una sonrisa tan amplia, brillante y cargada de picardía que iluminó la penumbra de la habitación.

Giró la cabeza hacia Matilde.

El ama de llaves estaba de pie junto a la mesilla, con los brazos cruzados sobre el delantal. Su rostro serio y compungido se fue rompiendo poco a poco, hasta que una sonrisa idéntica a la de Katerina se dibujó en sus labios.

Se miraron. No hizo falta decir ni una sola palabra. La complicidad vibraba en el aire, chispeante y victoriosa.

Katerina sacó los brazos de debajo de las sábanas y, con un movimiento rápido, se quitó el pañuelo arrugado que se había puesto estratégicamente sobre el cuello, como si le doliera la garganta.

—¿Has oído eso, Matilde? —susurró, con los ojos brillando de emoción, y la voz clara y sin rastro de tos—. Ulises viene para acá.

—Se lo ha tragado hasta el fondo, Katerina —respondió ella, riendo por lo bajo, pero sin maldad.

—Sí. —Katerina se acomodó contra las almohadas, entrelazando los dedos sobre el regazo con la satisfacción del trabajo bien hecho —. Los encerraremos en la casa. Tú harás tu famoso *pastitsio*, yo fingiré que me he quedado dormida, y les obligaremos a cenar solos. A ser posible en la terraza, bajo las estrellas. No tendrán escapatoria.

Matilde soltó una carcajada suave y se acercó para recoger la taza de manzanilla, que ya se había enfriado.

—Eres diabólica, ¿lo sabes? Jugar con la salud de esta manera...

—Oh, por favor, Matilde. —Katerina le guiñó un ojo, radiante, mientras cogía el termómetro y lo apagaba—. No es jugar con la salud. Es… acelerar el destino. Estoy segura de que mi nieto siente algo por Aria y de que ella le corresponde, pero Ulises está demasiado ciego para darse cuenta. Alguien tiene que darle un empujoncito.

Katerina miró hacia la puerta por la que acababa de salir Aria, y su sonrisa se suavizó, volviéndose más cálida, más real.

—El plan ha salido a la perfección —murmuró para sí misma, suspirando satisfecha—. Y es que, mi querida Matilde, en el amor y en la guerra... todo vale. Te lo digo muchas veces.

CAPÍTULO 47

—Ulises, ¿vas a ir a Ítaca? ¿De verdad? —Tobías, apoyado en el marco de la puerta del despacho, lo miraba con una ceja arqueada —. No puedes ser tan hipocondriaco, tu abuela solo ha estornudado.

Ulises, que ya se estaba abrochando el botón de la chaqueta del traje azul marino, ni siquiera se dignó a mirarlo. Estaba demasiado ocupado guardando su Tablet y su teléfono en el maletín de cuero.

—No ha estornudado, Tobías. Tiene treinta y ocho con dos de fiebre. A su edad, eso es prácticamente la antesala a la neumonía —replicó Ulises, en tono grave.

—Ya, ya… Neumonía. Y el hecho de que Aria sea la que está allí cuidándola, no tiene absolutamente nada que ver con tu repentina necesidad de batir el récord de velocidad en helicóptero sobre el mar Jónico, ¿verdad?

Ulises se detuvo una milésima de segundo. Solo una milésima. Pero fue suficiente para que Tobías soltara una pequeña risa.

—Cancela la reunión con los inversores suizos. Diles que me ha surgido una emergencia familiar ineludible —ordenó Ulises, ignorando olímpicamente la pulla de su amigo mientras pasaba por su lado como una exhalación—. Y si alguien pregunta, estoy ilocalizable.

—Dale recuerdos a la «emergencia familiar» de mi parte. Y a tu abuela también, Katerina sabe que la adoro —le gritó Tobías por el pasillo.

Una hora después, el repiqueteo de las aspas del helicóptero cortaba el viento cálido de Ítaca. Ulises saltó a tierra en cuanto los rotores se detuvieron, y caminó con zancadas largas hacia la villa. Llevaba el traje impecable, la corbata perfectamente anudada al cuello y una expresión de preocupación que no lograba ocultar del todo bajo su habitual expresión de control y autoridad.

Entró en la casa como un rayo. No se paró en el vestíbulo, ni en el salón. Subió las escaleras de dos en dos, guiado por el instinto y por la urgencia, hasta llegar a la puerta entreabierta de la habitación de Katerina.

Se detuvo en el umbral. Y entonces, el mundo pareció frenar en seco.

Allí estaba ella. Aria.

Se encontraba sentada en el sillón de terciopelo verde junto a la cama, leyendo un libro en voz baja. Llevaba unos vaqueros sencillos y una blusa blanca de manga corta que le daba un aire fresco, casi etéreo. Cuando escuchó los pasos, Aria levantó la vista. Sus ojos se encontraron, y el aire de la habitación de repente se volvió un treinta por ciento más denso.

Era la primera vez que se veían desde lo que había pasado en la playa. Aquella noche donde la brisa marina, la luna y una tensión acumulada de semanas habían culminado en un beso que todavía le quemaba a Ulises en los labios (y a Aria). Unos besos salvajes, hambrientos, que él mismo había tenido que detener cuando la cosa estaba a punto de cruzar el punto de no retorno, apelando a un sentido de la responsabilidad que ahora mismo maldecía profundamente.

Aria sintió que el corazón le daba un vuelco traicionero. Tragó saliva, intentando que su rostro no reflejara el cortocircuito que acababa de sufrir su cerebro.

«Madre mía —pensó—. Se me había olvidado lo insultantemente guapo que es. ¿Cómo es legal que un traje le quede así? Debería

estar prohibido tener esa anchura de hombros y esa mirada de depredador empresarial.»

Ulises se quedó rígido, aferrando el asa de su maletín con un poco más de fuerza de la necesaria. La luz que entraba por la rendija de la cortina iluminaba el perfil de Aria, dándole un brillo dorado a la piel. Y entonces le llegó. Ese olor. Por encima del aroma a manzanilla y a eucalipto que inundaba el cuarto, Ulises captó esa fragancia tan característica de ella, a flores frescas, a jazmín y a algo dulce que siempre lograba desarmarlo.

«Es un peligro público», se dijo a sí mismo, obligándose a apartar la mirada de la boca de Aria antes de hacer una locura.

Ambos, como los profesionales de la contención emocional que eran, se pusieron sus mejores armaduras.

—Ulises —dijo Aria, levantándose con una sonrisa educada, aunque sus mejillas tenían un levísimo tono rosado—. Has llegado rápido.

—El viento estaba a favor —respondió él, con voz ronca. Carraspeó, aclarándose la garganta, y desvió toda su atención hacia el bulto bajo las sábanas—. *Yiayá*, ¿qué tal estás?

Katerina, que había estado observando el intercambio de miradas entre ellos fascinada, como si hubiera estado viendo un partido de tenis de primera categoría, dejó escapar un suspiro lastimero.

—Ay, cariño… —murmuró, sacando una mano lánguida de debajo de las sábanas—. Ya ves. La salud, que es un cristal muy fino. Un día estás podando los rosales y al siguiente estás aquí, esperando a que venga el notario —exageró.

Ulises se acercó a la cama, dejó el maletín en el suelo y se sentó en el borde del colchón. Le tocó la frente con el dorso de la mano. Tenía el ceño fruncido en una línea.

—No parece que estés muy caliente —dijo.

—Pero eso es por los paños fríos que me está poniendo Aria, pero tengo treinta y ocho con dos, ¿verdad? —miró a Aria para que confirmara su argumento.

—Sí, así es —respondió ella.

Ulises devolvió la mirada a Katerina.

—Te lo he dicho mil veces. No debes dormir con la ventana abierta por la noche. La temperatura de madrugada baja mucho, la humedad del mar entra directa a tus pulmones y luego pasa lo que pasa —la regañó, porque Ulises Diakos no podía quedarse sin regañar a alguien.

Katerina rodó los ojos hasta el techo. Una hazaña impresionante para alguien que supuestamente estaba a las puertas de la muerte.

—Claro, la culpa es de la ventana. No de los virus, no de la biología, no del destino. De la ventana. Si algún día me rompo una pierna, seguro que también me dirás que es por no haber cerrado los postigos —replicó con su ironía de siempre, acomodándose en las almohadas.

Ulises ignoró el comentario y se volvió hacia Aria, adoptando de nuevo el modo de «CEO al mando de la crisis».

—¿Has llamado al médico? —preguntó, clavando sus ojos en los de ella.

Aria le sostuvo la mirada, irguiendo la barbilla con esa chispa de desafío que a Ulises tanto le fascinaba.

—No he llamado al médico porque no estamos en medio de una epidemia de cólera —respondió—. Es un simple resfriado, pero han venido los de la farmacia del pueblo con todo lo necesario para combatirlo. Paracetamol para la fiebre, caramelos de miel y limón para la tos, ibuprofeno para el dolor de garganta... Matilde le ha preparado una taza de caldo y la tiene a base de infusiones. Está perfectamente atendida.

Ulises miró el arsenal de cajas de medicinas perfectamente alineadas en la mesilla de noche. Luego miró a Aria, evaluando su aplomo, y finalmente asintió lentamente, relajando un poco la tensión de los hombros.

—De acuerdo —dijo, aflojándose el nudo de la corbata en un gesto que hizo que Aria tuviera que apartar la vista unos segundos para no quedarse embobada mirándolo. No quería ponerse a babear como Homer Simpson—. Me quedo conforme. Por ahora. Pero que quede claro: si le sube la fiebre una sola décima más, llamaremos al médico. Y si hace falta, lo traigo yo mismo del cuello.

—No esperaba menos de ti, cariño—murmuró Katerina desde la cama, ocultando una sonrisa de triunfo detrás de un pañuelo de papel arrugado.

La «Operación Resfriado» iba sobre ruedas.

El calor aquella tarde en Ítaca parecía tener voluntad propia. El aire vibraba sobre las baldosas de terracota del patio, mientras el canto incesante de las cigarras ponía banda sonora a un día que invitaba a no hacer absolutamente nada.

En la habitación de Katerina, sin embargo, el ambiente era un oasis de frescor gracias al aire acondicionado, aunque ella miraba hacia la ventana con expresión de aburrimiento supino.

—Aria, querida, mírame fijamente a los ojos y dime la verdad —comenzó Katerina, ajustándose las gafas de lectura sobre el puente de la nariz—. ¿Acaso tengo cara de estar a punto de exhalar mi último aliento?

Aria, que estaba sentada en la butaca viendo algunos vídeos de TikTok en el móvil, levantó la vista y sonrió.

—Tienes mejor cara que yo, Katerina —bromeó.

—Exacto. —Katerina dio una palmada sobre la cama—. Por lo tanto, tu papel como cuidadora ha terminado durante las próximas tres horas. Hace un calor de mil demonios ahí fuera y tenemos una piscina olímpica de borde infinito que está cogiendo polvo. Bueno, agua. Ya me entiendes. Es un crimen que nadie la use. Ve a darte un baño.

Aria negó con la cabeza, bloqueando la pantalla del móvil.

—Ni hablar. Estoy aquí para trabajar y para asegurarme de que no te levantas a hacer ninguna locura —dijo.

—Por favor, no digas tonterías —replicó Katerina—. Escúchame bien. Me voy a tomar la pastilla que me deja frita, me voy a poner el antifaz y voy a dormir una siesta de proporciones épicas. No te voy a necesitar.

—Pero ¿y si te despiertas y te encuentras mal? ¿Y si te sube la fiebre?

—Si me despierto y me encuentro mal, gritaré. Y si no me oyes, está Matilde en la cocina preparando quién sabe qué delicia llena de calorías. Y por supuesto, tenemos a Ulises rondando por la casa como un león. Si me da un parraque, él puede llamar a su escuadrón de médicos. ¡Ve a la piscina, por el amor de Zeus! Me está dando calor verte ahí sentada con esa blusa abotonada.

Aria soltó una carcajada, rindiéndose ante la aplastante y manipuladora lógica de Katerina.

—Está bien, está bien. Madre mía, eres imposible, ¿lo sabías?

—Es parte de mi encanto. Ahora, fuera de mi vista. Y ponte protección solar, que el sol no perdona —dijo Katerina.

Diez minutos después, Aria abría la puerta de cristal que daba a la inmensa terraza trasera de la mansión. El calor la golpeó como un muro físico, pero la visión de la piscina, una lámina de agua cristalina que parecía fundirse con el azul profundo del mar en el horizonte, hizo que el bochorno valiera la pena.

La verdad era que le apetecía mucho darse un chapuzón. El día y el bochorno invitaban a ello.

Llevaba un bikini de color verde esmeralda, sencillo, pero favorecedor. No era nada escandaloso, pero se ajustaba a sus curvas con una precisión matemática, resaltando el tono dorado que su piel había ido adquiriendo durante el verano. Dejó la toalla sobre una de las tumbonas de madera, se recogió el pelo castaño en un moño alto y desordenado, y caminó hacia el borde.

El primer contacto con el agua fría le arrancó un suspiro de alivio (y hasta de placer). Se sumergió de un salto, rompiendo la superficie perfecta de la piscina, y nadó por debajo del agua hasta el otro extremo. Cuando emergió, apartándose un mechón rebelde de la cara, sintió que había renacido.

El calor era sofocante.

Dos pisos más arriba, en la penumbra fresca de su habitación convertida, en aquella ocasión, en despacho improvisado, Ulises intentaba concentrarse. Tenía un contrato de fusión de cien páginas abierto en la Tablet, un café negro con hielo a medio terminar y un humor de perros.

El calor lo ponía de mal humor.

Estar lejos de la oficina lo ponía de mal humor.

Y, sobre todo, saber que Aria estaba bajo el mismo techo, a escasos metros de distancia, lo ponía de un humor insoportable.

Se frotó los ojos, cansado de leer la misma cláusula sobre pasivos fiscales por cuarta vez, y se levantó de la silla para estirar las piernas. Caminó hacia el gran ventanal que dominaba la pared, con la intención de contemplar un rato el mar para relajar la vista.

Pero no miró el mar.

Sus ojos se clavaron en la piscina. Más concretamente, en la figura esbelta que acababa de salir del agua y se estaba apoyando en el borde de piedra, de espaldas a la casa.

Ulises dejó de respirar. Literalmente. Sus pulmones decidieron que el oxígeno era un lujo innecesario en aquel momento.

Aria se impulsó hacia arriba y se sentó en el bordillo, sacando las piernas del agua. El bikini verde esmeralda contrastaba de una forma casi ofensiva con su piel húmeda y brillante bajo el sol de la tarde. Ulises observó, paralizado, cómo echaba la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos para recibir los rayos del sol.

—¡Qué Dios Santo me perdone! —masculló, tragando saliva con tanto esfuerzo que le dolió la garganta.

Él no era un hombre particularmente religioso, pero en ese preciso instante estaba dispuesto a rezarle a cualquier Dios o Santo que quisiera escucharle.

Desde su posición, no podía apartar la vista. Era como si un imán invisible le mantuviera pegado al cristal. Observó cómo las gotas de agua se deslizaban por su cuerpo. Una gota en particular captó su atención: bajó por la curva de su cuello, trazó la línea de su clavícula, descendió lentamente por el escote del bikini y continuó su camino por su vientre plano hasta perderse en la tela de la braguita.

Ulises apretó los puños, sintiendo cómo una oleada de calor que no tenía nada que ver con el clima de Ítaca le subía por el cuello hasta las orejas. La tensión en su mandíbula era tal que temió romperse un diente.

—Estás fatal —se regañó a sí mismo, obligándose a cerrar los ojos durante un segundo—. Eres el CEO de una multinacional, tienes treinta y dos años, controlas flotas enteras de barcos. ¿Y estás aquí, espiando por la ventana como si fueras un adolescente hormonado?

Abrió los ojos.

Ella seguía allí.

Ahora se estaba aplicando protector solar en los hombros con movimientos lentos y circulares.

Ulises soltó un gruñido, apoyando la frente contra el cristal frío de la ventana. La imagen de la playa lo asaltó con fuerza. El sabor de su boca, la suavidad de su piel bajo sus manos, el pequeño gemido que ella había soltado cuando él le había mordido el labio inferior...

¡Joder!

La necesidad de bajar las escaleras, cruzar el patio, meterse en el agua con ella y follarla allí mismo, contra el borde de la piscina, fue tan abrumadora que tuvo que dar un paso atrás, alejándose de la ventana como si el cristal le hubiera dado una descarga eléctrica.

Se pasó una mano por el pelo, desordenando su peinado perfecto. Su respiración era agitada, irregular, y su corazón latía con la fuerza de una docena de tambores de guerra.

¿Pero qué mierda le estaba pasando?

Él era el tiburón de las finanzas. El Ogro de la Colina. Las mujeres entraban y salían de su vida sin dejar más huella que un leve aroma a perfume caro en las sábanas. Nunca perdía el control. Nunca se dejaba llevar por impulsos irracionales.

Y, sin embargo, ahí estaba, a punto de hiperventilar en su propia habitación, porque la cuidadora de su abuela llevaba puesto un trozo de tela verde y se había dado un chapuzón.

—Maldita sea, Aria... —murmuró al aire, aflojándose el cuello de la camisa. De repente, parecía que el aire acondicionado se había estropeado.

Volvió a mirar hacia la ventana, solo un instante, justo a tiempo para ver cómo ella se tumbaba bocabajo en la hamaca, desabrochándose el cierre de la espalda del bikini para que no le dejara marcas de sol.

Ulises cerró los ojos con fuerza, dio media vuelta y se alejó de la ventana. Necesitaba un vaso de agua helada. O un whisky doble. O, preferiblemente, un cubo de hielo por la cabeza (y por la

entrepierna). Porque si seguía mirando por esa ventana, el contrato de fusión iba a ser lo último que se firmara en aquella casa.

Tomó la jarra de agua que Matilde siempre dejaba preparada sobre la mesilla de noche, llenó el vaso y dio un trago largo.

CAPÍTULO 48

La noche había caído sobre Ítaca como un manto azul oscuro, salpicado por una cantidad casi obscena de estrellas. El viento, que durante el día había sido un aliento pesado y ardiente, se había transformado en una brisa suave que arrastraba con él el olor a salitre, a ciprés y a la dama de noche que florecía en los jardines de la mansión.

En la terraza este, la más íntima y resguardada por una cascada de buganvillas, Matilde se movía como un director de orquesta. Alisó el mantel blanco asegurándose de que cayera con la simetría perfecta, colocó los bajoplatos y alineó las copas de cristal de Bohemia para que reflejaran la luz de la luna. Y, como toque final, encendió dos velas en el centro de la mesa. Solo dos. Lo justo para iluminar los rostros sin que pareciera un altar, pero lo suficiente para crear una atmósfera que gritaba «romance» a los cuatro vientos.

Matilde dio un paso atrás, se limpió las manos en el delantal y asintió, satisfecha. Katerina había sido muy específica con las instrucciones, y Matilde, que llevaba trabajando para ella el tiempo suficiente como para saber que llevarle la contraria era un deporte de riesgo, había ejecutado el plan a la perfección.

Unos pasos firmes resonaron en las baldosas del pasillo interior. Ulises apareció en el umbral de las puertas francesas. Tras el incidente visual de la piscina, se había dado una ducha de agua fría (muy, muy fría) y se había cambiado. Llevaba unos pantalones chinos de color arena y una camisa de lino blanca con los dos

primeros botones desabrochados y las mangas remangadas hasta los codos. Parecía relajado, pero la tensión en su mandíbula indicaba que su cerebro seguía operando a mil revoluciones por minuto.

Se detuvo en seco al ver la mesa. Sus ojos escanearon la escena. El lino, las copas, las velas titilantes, el sonido lejano de las olas rompiendo contra las rocas... y solo dos sillas.

—Matilde —dijo, con esa voz profunda que solía usar cuando encontraba una discrepancia en un informe financiero—. ¿Qué es exactamente este despliegue?

Matilde se giró, componiendo una expresión de inocencia en el rostro.

—La cena, Ulises. Ensalada de higos con queso feta, cordero asado al romero y, de postre, *baklava*. Todo ligero, pero contundente.

—No me refiero al menú, Matilde. Me refiero a la ubicación —dijo—. ¿Por qué has preparado la mesa en la terraza? El comedor tiene una mesa de caoba para doce personas y aire acondicionado.

Matilde parpadeó, ajustándose un mechón de pelo gris detrás de la oreja como si la pregunta le pareciera desconcertante.

—Ah, bueno... la noche invitaba a cenar fuera. Su abuela y Katerina cenan muchas veces aquí —argumentó—. Hace una temperatura deliciosa, la brisa es perfecta y, francamente, me pareció un desperdicio encerraros en ese comedor tan grande y tan... formal. Aquí estaréis más a gusto. Bajo las estrellas —añadió.

Ulises entrecerró los ojos.

Bajo las estrellas.

Sonaba exactamente a algo que diría su abuela. Su sentido arácnido de CEO, entrenado para detectar emboscadas empresariales, le estaba enviando señales de alerta rojas y parpadeantes. Cenar a solas con Aria. A la luz de las velas. Con el

recuerdo de su cuerpo húmedo en bikini todavía grabado a fuego en sus retinas. Era una trampa mortal.

—Ya veo —murmuró, frotándose la barbilla—. Pues te agradezco el detalle, Matilde, pero creo que prefiero el comedor.

Matilde no perdió la sonrisa, pero dejó escapar un levísimo suspiro, mirando su reloj de pulsera.

—Por supuesto. Si es lo que deseas, ahora mismo lo recojo todo. Me llevará unos veinte minutos desmontar esto, montar la mesa del comedor, trasladar la cubertería, volver a enfriar las copas... No pasa nada. Mi turno ha terminado hace media hora y mi marido me está esperando para cenar, pero no me importa quedarme un rato más. Es mi trabajo, al fin y al cabo.

Ulises sintió una punzada de culpa inmediata. Matilde era prácticamente de la familia, la mujer que le había preparado galletas *koulourakia* cuando se llenaba de raspones de niño, y quien aguantaba que le soltara un montón de ranas en la cocina. Hacerla trabajar horas extras solo porque él tenía miedo de no poder controlar sus propias hormonas frente a Aria, además de patético, era profundamente desconsiderado.

Suspiró, pasándose una mano por la cabeza.

—No, no. Déjalo, Matilde. Tienes razón, es tarde y ya deberías estar en casa —dijo—. Cenaremos aquí. Vete a descansar.

—¿Estás seguro? No me cuesta nada... —insistió ella, añadiendo un toque de abnegación a sus palabras.

—Sí. Vete. Y gracias por la cena.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Matilde se dio media vuelta y se marchó por el pasillo con paso rápido. Sin embargo, en lugar de dirigirse hacia la puerta principal, se desvió hacia la habitación de Katerina.

Llamó suavemente con los nudillos a la puerta de madera maciza y entró sin esperar respuesta.

La estancia estaba sumida en una penumbra teatral, iluminada solo por la luz acaramelada que emitía la pequeña lámpara de la mesilla de noche. Recostada contra la habitual montaña de almohadas, Katerina se encontraba resolviendo un crucigrama.

Al ver entrar a Matilde, Katerina dejó el libro sobre el colchón y se llevó la mano al pecho, adoptando instantáneamente su pose de viuda lánguida y febril.

—¿Y bien? —susurró, con los ojos brillando de anticipación—. Dime que el pez ha mordido el anzuelo.

Matilde se acercó a los pies de la cama, con una sonrisa cómplice iluminándole el rostro.

—La mesa está servida en la terraza de las buganvillas. Con las velas, las copas buenas y bajo las estrellas, tal y como dijiste.

—¿Y Ulises? ¿Ha puesto pegas? Conociéndolo, habrá intentado llevarse la cena a su despacho para comer mientras revisa los índices de la bolsa.

—Lo ha intentado —admitió Matilde, con un brillo de orgullo en la mirada—. Quería que lo trasladara todo al comedor principal. Pero le he recordado sutilmente que mi turno había terminado y que mi pobre marido me espera en casa para cenar. No ha tenido corazón para hacerme trabajar más. Ha accedido. Van a cenar a solas.

Katerina dejó escapar una risa baja y gutural. Estaba hecha toda una celestina.

Se relamió los labios, exactamente igual que un gato al descubrir que alguien se ha dejado la puerta de la despensa abierta y el bote de la miel a su alcance.

—Maravilloso, Matilde. Eres un tesoro nacional —ronroneó Katerina, acomodándose mejor contra los cojines y quitándose las gafas—. Ese chico se cree que lo controla todo porque es el dueño

de un imperio y da órdenes en tres idiomas, pero no tiene ni idea de lo que se le viene encima. Aria es exactamente lo que necesita para descongelar ese corazón de témpano que tiene.

—Es que hacen muy buena pareja —dijo Matilde con voz cursi.

—¡Por supuesto que la hacen! Yo tengo un ojo clínico para estas cosas. —Katerina suspiró, mirando hacia el techo con una expresión soñadora pintada en el rostro—. Ah... una cena bajo las estrellas, la brisa del mar, el vino frío, la tensión acumulada de estos días... Si esta noche no saltan chispas, juro por los dioses del Olimpo que los encierro a los dos en la bodega hasta que se entiendan.

Matilde soltó una carcajada ahogada.

—Bueno, yo me voy. Que descanses. Y no te olvides de toser si alguno de los dos se acerca por el pasillo.

—Tranquila, tengo mi repertorio de toses ensayado. Buenas noches, Matilde.

—Buenas noches.

Cuando Matilde cerró la puerta, Katerina se quedó a solas en el silencio de la habitación. Cogió una almendra del pequeño cuenco que tenía escondido bajo las almohadas y se la metió en la boca. Sonrió. El plan continuaba tal y como lo había orquestado en su brillante y maquiavélica mente.

Tener que fingir un resfriado en pleno verano, quedarse en la cama y perderse los paseos por el jardín estaba siendo un fastidio. Lo reconocía. Pero al imaginar a su estirado y guapísimo nieto sudando la gota gorda frente a Aria en una cena romántica de la que no podía escapar...

Oh, sí. El sacrificio estaba mereciendo la pena. Y mucho.

CAPÍTULO 49

Cuando Aria cruzó el umbral de las puertas francesas y salió a la terraza, el mundo pareció detenerse. Llevaba un vestido blanco con flores rojas, de tirantes finos y falda fluida, que contrastaba con el tono dorado que su piel había adquirido aquella misma tarde. El pelo, suelto y ligeramente ondulado, le caía sobre los hombros, y olía a una mezcla de coco, salitre y crema hidratante.

Ulises, que estaba de pie junto a la balaustrada de piedra, intentando convencerse a sí mismo de que el sonido del mar calmaría su desasosiego, se giró al escuchar sus pasos. Su cerebro, que normalmente procesaba datos financieros en segundos, sufrió un extraño colapso. La imagen de Aria con el bikini verde esmeralda se superpuso a la de Aria con ese vestido floreado, creando un cóctel visual que amenazaba con derribar sus defensas.

Y empalmarle ahí mismo, todo hay que decirlo.

—Buenas noches —dijo ella, deteniéndose al ver la mesa. Dos velas, mantel blanco, copas de cristal. Parpadeó, sorprendida, y un leve rubor tiñó involuntariamente sus mejillas—. Vaya. Esto es...

Ulises carraspeó, aclarándose la garganta, que de repente parecía haberse llenado de arena del desierto.

—Antes de que pienses cosas raras, o llames a recursos humanos para denunciarme por acoso en el entorno laboral, quiero que sepas que esto es obra exclusiva de Matilde —se apresuró a explicar, señalando la mesa con un gesto casi defensivo—. Al

parecer, consideró que la temperatura era demasiado idílica como para cenar encerrados en el comedor. He intentado disuadirla, pero ya conoces a Matilde. Y su turno ya había terminado, así que... aquí estamos.

Aria soltó una risilla nerviosa, aliviada por la explicación, aunque una minúscula (y traicionera) parte de ella se sintió un poco decepcionada. Pero ¿cómo iba a preparar Ulises Diakos algo así para ella?

—Tranquilo. Conozco a Matilde. Y, la verdad es que tiene razón. Hace una noche preciosa. Sería un crimen cenar bajo el aire acondicionado.

Se acercaron a la mesa. Ulises, en un gesto de caballerosidad que dejó algo perpleja a Aria, le apartó la silla para que se sentara.

Durante un segundo, mientras él se inclinaba ligeramente, Aria sintió el calor de su cuerpo y percibió su colonia. Madera, bergamota y algo puramente masculino que le hizo un nudo en el estómago. Recordó la playa, la cercanía, la tensión, los besos... y de repente, el vestido le pareció demasiado pesado.

Los primeros diez minutos de la cena fueron incómodos. Se sirvieron la ensalada de higos y queso feta con movimientos mecánicos. El tintineo de los tenedores contra la porcelana sonaba atronador en medio del silencio. Ninguno de los dos sabía muy bien dónde mirar. Si Ulises la miraba a los ojos, recordaba lo mucho que deseaba besarla (y otras cosas que no se pueden nombrar). Si Aria lo miraba a él, se daba cuenta de lo jodidamente atractivo que estaba con esa camisa blanca medio desabrochada.

—¿Cómo ves a mi abuela? —preguntó Ulises finalmente, agarrándose al salvavidas más cercano y seguro que tenían en común.

—Sobreviviendo a su agonía —respondió Aria con una sonrisa irónica, pinchando un trozo de higo—. Acabo de ir a verla, la he dejado viendo *Anatomía de Grey*, y quejándose de que el té estaba

demasiado caliente. Creo que el resfriado le ha dado un apetito voraz, porque se ha comido tres galletas de mantequilla mientras yo estaba allí.

Ulises negó con la cabeza.

—Nos va a enterrar a todos. Te juro que a veces pienso que es inmortal.

—Lo parece —dijo Aria.

El hielo inicial empezó a resquebrajarse. La conversación fluyó un poco más fácil mientras daban buena cuenta del cordero asado. Pero seguían moviéndose en aguas seguras, superficiales. Hasta que, de forma totalmente fortuita, el destino (o la magia de la terraza de Katerina) intervino.

Aria estaba comentando una anécdota sobre un antiguo profesor de la universidad que solía dar las clases subido a una silla para «cambiar la perspectiva».

—Era un excéntrico de libro —dijo, riendo—. Me recordaba muchísimo al protagonista de un libro rarísimo que leí hace años. Un tipo que decide subirse a los árboles y no volver a pisar el suelo en toda su vida.

Ulises detuvo su tenedor a medio camino de la boca. Sus ojos se clavaron en Aria, llenos de una chispa de sorpresa.

—¿*El barón rampante*? —preguntó, casi en un susurro—. ¿De Italo Calvino?

Aria abrió los ojos de par en par.

—¡Sí! Exacto. Cosimo Piovasco di Rondò. No me puedo creer que lo conozcas. Nadie en mi círculo ha oído hablar de ese libro en su vida. Cuando lo menciono, me miran como si me hubiera inventado el título.

Ulises dejó los cubiertos sobre el plato, apoyando los codos en la mesa y entrelazando los dedos. La máscara de CEO gruñón y

distante se evaporó por completo, y en su lugar apareció un hombre fascinado.

—Es uno de mis libros favoritos. Lo leí cuando tenía quince años. Me lo regaló mi abuela. Me pasé todo un verano deseando tener un bosque lo suficientemente denso como para no tener que volver al instituto.

—¡Yo también! —exclamó Aria, inclinándose hacia adelante, olvidando por completo los nervios—. Bueno, no lo del instituto, pero sí la idea de vivir en las copas de los árboles, saltando de rama en rama, creando tu propia sociedad allá arriba... Es una genialidad. La forma en que Calvino mezcla la fantasía con la filosofía ilustrada...

—Y la ironía —apuntó Ulises, con media sonrisa torcida que hizo que el corazón de Aria diera un brinco dentro del pecho—. La forma en que critica los convencionalismos sociales desde arriba. Literalmente.

A partir de ese momento, la cena formal y tensa desapareció. Fue como si alguien hubiera abierto una compuerta. De Italo Calvino saltaron a Borges, y de ahí a la ciencia ficción clásica. Descubrieron, con una mezcla de asombro y deleite, que ambos compartían una afición inconfesable por las novelas de misterio de Agatha Christie.

—No me lo trago —dijo Aria, señalándolo con la cucharilla del postre mientras daban cuenta del *baklava*—. Tú, Ulises Diakos, ¿leyendo a Miss Marple en tus ratos libres? Exijo pruebas.

—Te juro que es verdad —dijo él—. Hay algo profundamente relajante en saber que, al final del libro, todas las piezas van a encajar en el salón de la casa de campo y el asesino será el mayordomo, o el vicario. Es orden dentro del caos. A mi cerebro cuadriculado le encanta.

De los libros pasaron a la música. Resultó que el hombre de trajes hechos a medida tenía una debilidad por el rock de los años 70, mientras que Aria, siempre tan moderna y colorida, era una apasionada del jazz clásico y de Nina Simone. Discutieron

acaloradamente (y entre risas) sobre si los Beatles estaban sobrevalorados, y terminaron encontrando un punto de acuerdo absoluto en su amor por las bandas sonoras de Ennio Morricone.

El tiempo perdió su significado. Las velas se consumieron hasta convertirse en pequeños charcos de cera líquida sobre la mesa, y la luna trazó su arco en el cielo.

A simple vista, no podían ser más distintos. Él era la tormenta contenida, el pragmatismo, la seriedad vestida a medida. Ella era el sol, la espontaneidad, la risa fácil y los colores brillantes. Sin embargo, allí, bajo las estrellas de Ítaca, las piezas encajaban con una naturalidad pasmosa. Las barreras y las tensiones no resueltas se habían disuelto entre copas de vino blanco y debates sobre si el final de *Los Soprano* era una obra maestra o una estafa.

Ulises la miraba hablar, gesticulando con las manos, con los ojos brillando de entusiasmo mientras defendía su teoría sobre una serie de televisión, y se dio cuenta de que no quería estar en ningún otro lugar del mundo. El nudo de tensión que solía habitar en su pecho había desaparecido. Se sentía ligero. Y raro.

—Y por eso —concluyó Aria, tomando un sorbo de agua—, sostengo que los guionistas no sabían cómo terminarla y optaron por hacer lo que hicieron por pura cobardía.

—Es una teoría fascinante, aunque completamente equivocada —replicó Ulises, mirándola con una suavidad que hizo que a Aria se le cortara un poco la respiración.

Ella sonrió, apoyando la mejilla en la mano.

—Eres un gruñón incorregible, Ulises.

—Y tú eres agotadoramente optimista, Aria.

Se miraron en silencio durante unos segundos. No era un silencio incómodo como el del principio de la cena, sino uno cálido, cargado de energía y de mil cosas que no decían en voz alta. El sonido del mar llenaba el espacio entre ellos.

Aria miró de reojo el reloj y ahogó una exclamación.

—¡Madre mía, son casi las dos de la madrugada! —dijo—. La cena se ha pasado volando.

Ulises parpadeó un par de veces, sorprendido al darse cuenta de la hora. Hacía años que no pasaba cuatro horas seguidas hablando con alguien sin mirar el móvil ni pensar en el trabajo.

—Supongo que el tiempo vuela cuando uno discute sobre literatura italiana y asesinos de ficción —murmuró, sin apartar la vista de Aria.

—Supongo que sí —respondió ella en un susurro, sintiendo que el corazón le latía un poco más rápido de lo normal.

La noche invitaba a quedarse, a alargar ese momento mágico, pero ambos sabían que estaban jugando con fuego. Y no se lo podían permitir.

CAPÍTULO 50

Aria se desperezó ligeramente en la silla, alzando los brazos por encima de la cabeza con un gesto felino que hizo que la tela blanca del vestido se tensara de una forma que Ulises, muy a su pesar, encontró fascinante. Tras el estiramiento, apoyó las manos en la mesa y suspiró, mirando el campo de batalla en el que se había convertido la elegante cena. Migas de hojaldre del *baklava* esparcidas por el mantel, copas con culos de vino, servilletas arrugadas y pequeñas gotas de cera solidificada alrededor de los candelabros.

—Bueno —dijo, poniéndose en pie, mientras agarraba su plato y el de Ulises—. Se acabó la magia. Toca volver al mundo real.

—¿Qué haces? —preguntó Ulises, desconcertado, viéndola apilar los cubiertos encima de los platos.

—Recoger. ¿Qué va a ser si no? —respondió Aria, equilibrando los platos en una mano mientras con la otra agarraba la fuente del cordero—. Matilde es un sol, pero si mañana a las siete de la mañana, cuando llegue, se encuentra con este despliegue de decadencia romana en la terraza, le va a dar un síncope. Y con razón. No voy a dejar que se pase la primera hora de la mañana rascando cera y metiendo nuestras sobras en túperes.

Ulises se quedó mudo durante un par de segundos, observándola.

En su mundo, en su ático de Atenas con vistas a la Acrópolis, los platos sucios simplemente desaparecían. Uno se levantaba de la mesa, se iba a leer o a dormir, y a la mañana siguiente la cocina olía

a café recién hecho y las encimeras brillaban como espejos gracias a su impecable personal de servicio. Jamás se le habría ocurrido recoger la mesa. No por maldad ni clasismo, sino por falta de costumbre.

Pero al ver a Aria preocupándose por el bienestar del ama de llaves después de una velada perfecta, Ulises sintió que algo cálido y profundo se expandía en su pecho. No era una pose. No lo hacía para impresionarle. Era, sencillamente, una de las personas más consideradas que había conocido en su vida.

Ulises se puso en pie y se acercó a ella.

—Dame la mitad —dijo.

Aria se quedó mirándolo, observando su camisa de lino impecable y su porte aristocrático.

—¿En serio? —preguntó.

—Claro, no voy a quedarme aquí mirando cómo haces el trabajo sucio.

—Vale, aquí tienes —dijo Aria, alargando hacia él las copas—. Pero si rompes una, se lo diré a tu abuela.

—Estoy seguro de que me mataría —bromeó Ulises.

Juntos, echaron a andar hacia el interior de la casa. La cocina estaba a oscuras, iluminada solo por el resplandor lechoso de la luna que entraba por los ventanales y los leds azules de los electrodomésticos de última generación. Aria encendió las luces bajo los armarios, creando un ambiente cálido y acogedor.

Mientras ella guardaba las sobras del cordero y la ensalada en túperes, organizándolos en la inmensa nevera de doble puerta, Ulises se enfrentaba al lavavajillas.

—A ver, señor CEO —lo picó Aria, apoyando la cadera contra la encimera de mármol mientras lo observaba—. Esa no es la mejor

forma de colocar los platos. Estás desperdiciando espacio en la bandeja inferior.

—Disculpa, pero estoy aplicando principios de logística física —se defendió Ulises, moviendo un plato hondo—. Si coloco los platos grandes en este ángulo, maximizo el flujo de agua del aspersor central. Es pura física.

—Es un plato sucio, no un carguero tratando de cruzar el Canal de Suez —rio Aria, acercándose para arrebatarle un cuenco y colocarlo correctamente—. Va aquí. Así caben también las copas.

Cuando Aria le pasó la bandeja de cordero después de enjuagarla bajo el grifo, sus manos se rozaron un instante. Una chispa invisible pareció saltar entre ellos. Para disipar el momento, Ulises retomó rápidamente la conversación donde la habían dejado en la terraza.

—Por cierto, antes de que nos interrumpiéramos con esta apasionante tarea de limpieza... —dijo con sarcasmo—. Has dicho que el cine griego de los sesenta está sobrevalorado. Lo cual es, francamente, una herejía.

—No dije sobrevalorado, dije *pretencioso* —corrigió Aria, pasándole un paño para que se secara las manos—. Hay una diferencia. Mucho humo de cigarrillo, miradas intensas al vacío y diálogos existenciales, pero a veces, la gente solo quiere ver una buena persecución de coches o a alguien resolviendo un misterio sin tanto trauma de por medio.

—Eres una ignorante de la cultura, Aria —bromeó Ulises.

—Y tú un esnob de lo que no hay, Ulises.

Se sonrieron. Una sonrisa cómplice mientras apagaban las luces de la cocina. El trabajo estaba hecho. La mesa de la terraza volvía a estar inmaculada y Matilde tendría una mañana tranquila.

Emprendieron el camino de vuelta por el pasillo principal hacia las habitaciones. La casa estaba sumida en un silencio absoluto, solo

roto por sus pasos y, al pasar cerca de la habitación de Katerina, por sus ronquidos.

El pasillo estaba en penumbra, iluminado por unos discretos apliques en la pared. A medida que avanzaban, la ligereza y las bromas de la cocina empezaron a evaporarse, sustituidas por una tensión nueva y magnética. Caminaban muy cerca el uno del otro. Ulises podía sentir el calor que desprendía el cuerpo de Aria, podía oler de nuevo ese rastro a coco y sal que lo estaba volviendo loco desde la tarde.

Llegaron a la puerta de la habitación de Aria, que era la primera del pasillo.

Ella se giró para quedar frente a él. La luz tenue del aplique más cercano le iluminaba la mitad del rostro, haciendo que sus ojos parecieran inmensos y oscuros. Se apoyó ligeramente contra la madera de la puerta, mirándolo hacia arriba.

—Bueno... —murmuró. Su voz sonó un poco más ronca de lo normal en ella, despojada de la ironía chispeante de hacía unos minutos—. Mañana Matilde nos lo agradecerá. Gracias por la ayuda.

Ulises clavó la mirada en Aria. Su cerebro, que era como un ordenador perfecto, se apagó por completo. Solo podía registrar sensaciones. La curva de su cuello, la forma en que el vestido caía por su cuerpo, la respiración ligeramente acelerada, y, sobre todo, los labios.

De repente, una urgencia casi dolorosa se apoderó de él. Quería acortar los escasos centímetros que los separaban. Quería apoyar las manos en la puerta de madera, a ambos lados de su cabeza, inclinarse y besarla hasta que ninguno de los dos recordara cómo se llamaba. Quería comprobar si sus labios sabían cómo la cena, a miel y a vino blanco.

Aria pareció notar el cambio en la atmósfera. Sus labios se entreabrieron ligeramente y sus ojos bajaron un instante hacia la

boca de Ulises antes de volver a mirarlo a los ojos. Estaba esperando.

«Peligro —gritó la última neurona racional que le quedaba a Ulises—. Si cruzas esa línea, no hay vuelta atrás. La vas a liar.»

El instinto de supervivencia y su férreo autocontrol ganaron la batalla, pero por un margen tan estrecho que casi daba vértigo.

Ulises tragó saliva, tensó la mandíbula y dio un imperceptible paso atrás, rompiendo el campo magnético que había entre ambos.

—Buenas noches, Aria —dijo. Sonó brusco, rápido, casi como si estuviera dando una orden a uno de sus empleados de Atenas, aunque su voz tembló un poco en la última sílaba—. Que descanses.

Antes de que ella pudiera responder o procesar la abrupta despedida, Ulises se giró sobre sus talones y caminó a paso rápido por el pasillo hacia su habitación, como si le persiguiera el mismísimo demonio.

Aria se quedó parpadeando ante la puerta cerrada, con el corazón latiéndole desbocado y una mezcla de alivio y profunda frustración en el pecho.

Mierda.

Unos metros más allá, Ulises entró en su habitación y cerró la puerta tras de sí. Se apoyó de espaldas contra la madera, cerró los ojos y dejó escapar el aire de los pulmones. Se pasó ambas manos por el pelo, desordenándolo por completo, y soltó una maldición en voz baja.

CAPÍTULO 51

La habitación de Katerina parecía el escenario de una tragedia griega de bajo presupuesto, y ella era la indiscutible actriz principal. Recostada contra el cabecero de la cama, Katerina dejó escapar una tos débil.

—Tiene treinta y ocho con ocho, es más fiebre que ayer —dijo Ulises.

Katerina, siguiendo con su plan, había vuelto a meter el termómetro en la infusión de manzanilla que le había llevado Matilde, pero se le había ido la mano y lo había dejado más tiempo del necesario.

—Seguro que con el paracetamol se baja —comentó Aria.

—¿Y si no es así? —dijo Ulises—. Creo que lo mejor es que llame al médico —añadió.

La alarma saltó en el cerebro de Katerina.

—¿Qué médico ni que nada? —soltó con su habitual humor negro—. Aria tiene razón, con el paracetamol que me he tomado, la fiebre va a ir bajando. Por supuesto, no se lo había tomado, lo había escondido debajo de las almohadas.

Aria le acomodó la colcha.

Ulises observaba la escena con la mandíbula tan apretada que le dolían los dientes.

—Si fuera por ti, *yiayá*, no llamaríamos al médico ni aunque te hubiera dado un infarto —dijo.

—Ya sabes que no me gustan los matasanos.

—No son matasanos, son quienes nos curan. Y tú, Aria, no deberías darle razón. Mi abuela necesita que la vea un médico.

—¿Para qué? ¿Para que me diga que me tome paracetamol y agua? —intervino Katerina.

—Es que tienes que beber mucha agua, tener reposo absoluto, y nada de visitas —dijo Ulises.

—¡¿Qué?! ¿Te has vuelto loco? —gruñó Katerina.

Aria se giró hacia él, con una ceja enarcada. Llevaba unos vaqueros cortos y una camiseta que dejaba uno de los hombros al descubierto de una forma que a Ulises le parecía muy *sexy*.

—Ulises, es un simple resfriado. Y dudo mucho que necesite dieta líquida. Hace diez minutos me ha pedido que le suba un trozo de *baklava*.

—¡Porque está delirando por la fiebre! —replicó él, dando un paso hacia la cama.

Pero la verdad era otra. La verdad, la que le carcomía por dentro y le tenía los nervios destrozados, no tenía absolutamente nada que ver con la temperatura corporal de su abuela, ni con su resfriado. Tenía que ver con Aria.

Estaba perdiendo la cabeza por ella. Cada vez que Aria sonreía, cada vez que le llevaba la contraria con esa chispa desafiante en los ojos, Ulises sentía que el control férreo que siempre había mantenido sobre su vida se desmoronaba. Y ahora, verla allí, inclinada sobre la cama, con el cuello al descubierto y ese maldito perfume de flores y cítricos flotando en el ambiente cerrado de la habitación... era demasiado.

Su irritabilidad no era preocupación médica, era frustración sexual. Sí, eso es lo que era. Estaba furioso porque no podía dejar de mirarle la boca, porque la cercanía de ella en la habitación a media luz le estaba volviendo loco y odiaba no tener el control de la situación.

—No estoy delirando —dijo Katerina, tosiendo otra vez, tapándose la boca con un pañuelo de papel para ocultar lo que sospechosamente parecía una sonrisa—. Aria tiene razón. Eres muy buen nieto, pero me estás dando jaqueca.

—¿Lo ves? —dijo Aria.

Ulises cerró los ojos un instante, luchando por mantener a raya el impulso irracional de agarrarla por la cintura allí mismo y callarla a besos. Cuando los volvió a abrir, sus pupilas estaban dilatadas.

—Aria —dijo, con una voz tan grave y contenida que hizo que ella parpadeara, sorprendida—. ¿Puedes salir al pasillo un momento, por favor?

—¿Para qué? —preguntó Aria.

—Tenemos que hablar. A solas. Sin molestar a mi abuela —dijo Ulises.

Katerina soltó un suspiro dramático y cerró los ojos.

—Sí, por favor, id a discutir fuera. Y cerrad la puerta. Que haya paz en esta casa.

Aria dudó un instante, pero la intensidad en la mirada de Ulises no le dejó margen de maniobra. Asintió y caminó hacia la puerta. Ulises la siguió de cerca, tan de cerca que pudo sentir el calor que desprendía su cuerpo al pasar junto a él.

Salieron al pasillo y Ulises cerró la puerta de la habitación de Katerina a sus espaldas. El silencio de la casa cayó sobre ellos.

Sin decir una palabra, Ulises echó a andar a grandes zancadas por el largo pasillo en dirección a uno de los salones que la mansión

tenía en el segundo piso. Necesitaba espacio para respirar. Aria le siguió el ritmo, y apenas cruzaron el umbral del salón, la frustración de Ulises estalló por fin.

—¿Qué crees que estás haciendo? —soltó.

—¿A qué te refieres?

—A llevarme la contraria delante de mi abuela.

—Ulises, joder, ¡tu abuela solo tiene un resfriado, no está agonizando por la peste negra.

Aria cruzó los brazos sobre el pecho, apoyando el peso en una pierna y mirándole con esa mezcla de exasperación y diversión que últimamente parecía ser su estado natural cuando estaban juntos. Estaban en el inmenso salón, rodeados de ventanales que dejaban entrar la luz anaranjada del atardecer, pero Ulises caminaba de un lado a otro sobre la alfombra con la energía nerviosa de un tigre.

—A su edad, un simple resfriado puede derivar en neumonía en cuestión de horas —replicó, deteniéndose en seco para señalar a Aria con un dedo acusador—. Y tiene ochenta y cuatro años. Deberías haberme apoyado para que viniera a verla el médico. Para eso pagó un seguro médico, no para que el farmacéutico me diga por teléfono que la deje descansar y le dé té con miel.

—Katerina tiene ochenta y cuatro años, sí, y el sistema inmunológico de un adolescente. Tiene la típica fiebre de un resfriado, no una enfermedad terminal —replicó Aria, dando un paso hacia él—. La estás asfixiando, Ulises. Manteniéndola confinada en esa cama entre sábanas de seda y termómetros, vas a conseguir que enferme de verdad, pero de aburrimiento.

—La estoy *cuidando* —gruñó él, aflojándose el nudo de la corbata con un tirón seco.

—La estás convirtiendo en una persona dependiente, sin serlo —corrigió Aria, sin amedrentarse lo más mínimo por el tono de CEO-a-punto-de-despedir-a-alguien que Ulises estaba empleando—. Es una

mujer adulta, independiente y perfectamente capaz de sonarse la nariz sola. Pero tú te empeñas en envolverla en plástico de burbujas. ¿Qué será lo próximo? ¿Contratar a alguien para que le mastique las pastillas de vitamina C? ¿Instalarle un respirador artificial al cabecero de la cama?

Ulises apretó la mandíbula. Lo que más le irritaba de Aria no era que le llevara la contraria, sino que, maldita sea, casi siempre tenía razón. Pero no iba a admitirlo. No iba a admitir que quizá sí que estaba sobreprotegiendo a su abuela, y mucho menos iba a darle la razón a Aria cuando ella le miraba con esos ojos brillantes y desafiantes, con los labios ligeramente fruncidos en una sonrisa burlona que le estaba volviendo absoluta y completamente loco.

—Tú no lo entiendes —rebatió él, acortando la distancia entre los dos con un par de zancadas. Ahora estaban a menos de un metro. Demasiado cerca—. Es mi abuela. Es mi responsabilidad.

—No es una reliquia frágil, Ulises, es una persona. —Aria alzó la barbilla, negándose a retroceder un solo milímetro—. Y las personas necesitan aire. Necesitan sentir que controlan su vida. Si le quitas su independencia por tu propia tranquilidad mental, no la estás protegiendo a ella, te estás protegiendo a ti. Eres un neurótico del control que no se da cuenta de que su abuela todavía se vale por sí misma.

—Y tú eres una insubordinada temeraria.

—Y tú un pesado de tres pares de narices.

La discusión había adquirido un ritmo frenético, un peloteo verbal digno de la final de Wimbledon. Pero bajo las palabras, la atmósfera del salón se había enrarecido. Sin que ninguno de los dos se diera cuenta.

Vivir bajo el mismo techo estaba resultando ser una tortura china diseñada para destruir su cordura. Ulises se había sorprendido a sí mismo memorizando el sonido exacto de los pasos de Aria, reconociendo su risa desde tres habitaciones de distancia y, lo que

era infinitamente peor, imaginando a qué sabría la piel de su cuello justo debajo de su alborotada melena.

—Si la fiebre le sube mientras la dejamos a su aire... —empezó Ulises, con la voz un tono más ronca, dando otro paso hacia ella.

—No le va a subir nada, está medicada —le interrumpió Aria, dando ella también un paso al frente, de modo que las puntas de sus zapatos casi se rozaron—. Tienes que dejarla respirar, Ulises. Tienes que dejar de intentar controlarlo todo. No puedes gobernar el universo entero.

—Yo no intento gobernar el universo —susurró él. Su mirada bajó, traicionándolo, hacia la boca de Aria. Estaba tan cerca que podía oler su perfume. Ese aroma que le nublaba el raciocinio.

—Sí que lo intentas. —Aria tragó saliva, y por primera vez, su voz chispeante tembló. Se dio cuenta de la proximidad, del calor que irradiaba el cuerpo de Ulises, pero en lugar de apartarse, alzó la vista, clavando sus ojos en los de él—. Quieres que todo el mundo haga lo que tú dictas. Pero conmigo no funciona. Y con tu abuela tampoco.

Esa fue la gota que colmó el vaso. La chispa final en el polvorín.

El cerebro hiperracional de Ulises se rindió. Ya no había abuela, ni termómetros, ni caldos de pollo, ni resfriados. Solo estaba Aria.

Aria y su boca insolente.

Aria y su defensa acérrima de la independencia.

Aria volviéndole loco en su propia casa.

No lo pensó. Con un movimiento rápido, fluido y cargado de una urgencia que llevaba días reprimiendo, Ulises dio el último paso, acorralándola. Sus manos volaron a la cintura de Aria y, con un impulso que arrancó un pequeño jadeo de sorpresa de los labios de ella, la empujó con firmeza contra la pared más cercana.

El golpe sordo de la espalda de Aria contra el revestimiento de madera coincidió exactamente con el momento en que Ulises estrelló su boca contra la de ella.

No fue un beso de película romántica, dulce y ensayado. Fue una colisión. Fue pura combustión espontánea. Ulises la besó con una mezcla de frustración, hambre y un deseo tan animal que le hizo gruñir contra sus labios. Toda la tensión acumulada de los últimos días, cada mirada furtiva, cada roce accidental, explotó en ese instante.

Aria se quedó rígida durante un segundo, paralizada por la sorpresa del impacto. Pero entonces, la lógica también la abandonó. Con un suspiro que Ulises se bebió entero, ella abrió los labios, dándole acceso, y enredó sus manos desesperadamente en su pelo, atrayéndolo hacia sí para borrar cualquier milímetro de distancia que pudiera quedar entre sus cuerpos.

Ulises soltó un sonido ronco, casi gutural, al sentir la respuesta de ella. Una de sus manos subió desde la cintura de Aria hasta su nuca, acariciando su piel, mientras la otra se aferraba a su cadera, apretándola contra él. La besó más profundo, más fuerte, saboreando la ironía y la insolencia que tanto le desquiciaban, devorándola como si fuera el oxígeno que le había faltado durante días.

El mundo exterior desapareció. Las discusiones, la sensatez, las reglas, la caballerosidad... todo se desintegró contra aquella pared. Solo existía el calor entre los dos, el choque de las lenguas, el ritmo acelerado de las respiraciones mezclándose, y la certeza de que ninguno de los dos iba a ser capaz de parar.

Se besaron, y se besaron, perdiéndose el uno en el otro, mientras la tarde caía sobre Ítaca.

«Por fin —pensó Aria, sintiendo que el suelo desaparecía bajo sus pies—. Ya era hora de que el «señor Control Absoluto» perdiera los papeles.»

Y vaya si los estaba perdiendo.

Ulises, el hombre que planificaba hasta los minutos que tardaba en tomarse el café, la agarró por la cintura con una posesividad que la dejó sin aliento. Sin romper el beso, la alzó en vilo.

El instinto de Aria fue inmediato, enroscó las piernas alrededor de sus caderas, aferrándose a su cuello como si fuera un salvavidas en medio de un naufragio.

—Si me dejas caer, te juro que le digo a la policía que fue un intento de asesinato —murmuró contra sus labios, con la respiración entrecortada, incapaz de contener esa chispa irónica incluso cuando sentía que el corazón le iba a estallar.

—Cállate, Aria. Por una vez en tu vida, cállate —gruñó Ulises, aunque la comisura de sus labios se curvó en una sonrisa antes de volver a devorar su boca.

Avanzaron por el pasillo en una coreografía torpe y desesperada. Ulises caminaba a ciegas, guiándose por puro instinto hacia la primera puerta abierta que encontró: la habitación de Aria. Chocaron ligeramente contra el marco de madera.

—Ese ha sido mi hombro, bruto —rio ella. Fue una risa baja y ronca que a Ulises le sonó a gloria.

—Te lo compensaré con un centenar de besos —respondió él, dándole una patada a la puerta para cerrarla a sus espaldas con un golpe seco que resonó en la habitación.

La oscuridad del cuarto solo estaba rota por la luz de la luna que se filtraba por las cortinas, iluminando la enorme cama hacia la que Ulises se dirigió sin dudar. Se dejaron caer sobre el colchón en una maraña de extremidades, ropa arrugada y respiraciones agitadas.

Ulises quedó sobre ella, sosteniendo su peso en los brazos para no aplastarla, pero mirándola con unos ojos tan oscuros y encendidos que Aria sintió un escalofrío recorriéndole la espina dorsal.

La atmósfera se volvió densa, cargada de una anticipación que erizaba la piel.

Ulises le mordisqueó el labio inferior, antes de ir bajando la boca para trazar con los labios la línea del cuello, el hombro, la clavícula, dejando una estela de besos lentos y embriagadores.

Aria soltó un suspiro tembloroso cuando él encontró ese punto exacto bajo su mandíbula. La sensación de la boca de Ulises sobre su piel era un cortocircuito directo a su cerebro. Adiós a la ironía. Adiós a las frases ingeniosas. Adiós a la cordura.

La ropa empezó a sobrar con una urgencia casi cómica. Ulises se deshizo de su camisa con tirones impacientes, haciendo saltar algún botón que rodó por el suelo (un detalle del que se preocuparía mañana, o tal vez nunca). Aria, por su parte, se deshizo de la blusa con una agilidad que demostraba que, en ese momento, ambos compartían exactamente el mismo nivel de desesperación.

Cuando la piel desnuda de ambos finalmente entró en contacto, fue como si alguien hubiera encendido una cerilla en una habitación llena de pólvora. El contraste de la piel cálida y suave de Aria contra el torso firme y ardiente de Ulises los hizo jadear a los dos.

Ulises trazó el contorno de la cintura de Aria, sus manos grandes y expertas memorizaban cada curva, cada estremecimiento que le provocaba.

Estaba completamente fascinado con ella. El olor a flores y cítricos que antes lo irritaba ahora era su oxígeno. La besó de nuevo, aquella vez de forma más profunda, más lenta, saboreando el momento en el que el deseo se convertía en algo abrumador.

Aria le devolvía cada caricia con la misma intensidad. Sus manos recorrían la espalda de él, clavando ligeramente las uñas en su piel, atrayéndolo más hacia sí, como si quisiera borrar cualquier resquicio de distancia entre los dos.

La pasión que había estado hirviendo a fuego lento durante días bajo capas de control e indiferencia fingida estalló, como una bomba

nuclear.

—Eres… joder, Aria, no tengo palabras —murmuró Ulises, con la voz rasposa, casi irreconocible, mirándola desde arriba mientras se deshacían de lo poco que les quedaba de ropa.

—¿He conseguido dejar sin palabras a Ulises Diakos? —consiguió decir ella, regalándole una sonrisa ladeada.

—Sin ninguna —respondió él, antes de que Aria tirara de su cuerpo hacia abajo de nuevo.

Ulises le besó la curva suave del pecho, lamiendo después el pezón y haciendo que Aria se arqueara contra su boca.

—Ulises… te necesito dentro —susurró. No podía aguantarse las ganas.

—Aria, no voy a correr —siseó él—, quiero que los momentos que vas a vivir esta noche duren, para que puedas atesorar cada uno de ellos. No voy a precipitar nada. No es así como deseo que pase entre nosotros, no contigo. Voy a saborear cada paso, despacio. Eso es lo que planeo para esta noche. Saborearte de arriba abajo.

Aria jadeó. Sabía lo que significaban aquellas palabras. Ulises le regalaría esa noche, pero no habría ninguna más. Él se lo había dejado claro en la playa. No era un hombre de compromisos ni de relaciones sentimentales.

Sin embargo, el deseo del momento pudo más. Quería dejarse llevar, sin pensar en las consecuencias. Sin pensar en que, por la mañana, al despertar, él se habría ido. Quería saber qué se sentía al estar con un hombre que, con una simple caricia, le volvía el mundo del revés, y convertía todo lo racional en un caos.

A partir de ahí, el sentido común la abandonó por completo.

La habitación se llenó de suspiros, de piel contra piel, de sábanas enredadas y de un calor sofocante. Ulises demostró que su necesidad de control podía transformarse en una devoción absoluta

por hacerla perder la cabeza. Cada beso, cada roce, cada movimiento estaba cargado de una intensidad tórrida que dejaba a Aria sin aliento, arqueando la espalda y aferrándose a él como si fuera lo único real en el mundo.

Aria alzó las caderas y apretó su sexo contra la erección de Ulises. Él gimió. En respuesta, se apretó contra ella, frotándose arriba y abajo.

Metió la mano entre sus braguitas y se dio cuenta de que Aria ya estaba húmeda. Ella jadeó de placer. Ulises se inclinó y cubrió sus labios. Aria le devolvió el beso y le succionó la lengua mientras él seguía acariciando su sexo.

Durante un rato, Ulises trazó círculos alrededor del clítoris. Aria se estremeció una y otra vez hasta que un fuerte orgasmo la sacudió de arriba abajo. Sintió que las piernas eran de goma, y dio gracias a Dios por estar tumbada en la cama, porque si no, se hubiera caído.

Ulises le besó la suave piel de la tripa. Después, su lengua encontró el ombligo y los dientes mordisquearon la línea que ascendía hasta los pechos. Aria continuaba tan encendida que apenas podía soportarlo.

La erección de Ulises se agitó y Aria sintió que la tensión volvía a acumularse entre sus muslos. Lo quería dentro de ella, empapado de sus jugos.

Las braguitas y los calzoncillos terminaron de desaparecer entre gemidos.

Aria separó las piernas, Ulises se tumbó sobre ella, con un preservativo que había sacado de la cartera y que se había puesto, y la penetró. Hasta el fondo. Llenando por completo su interior.

—Joder… —jadeó Aria.

Ulises comenzó a moverse, primero despacio, para que Aria fuera acostumbrándose a su miembro. Después de un rato, aceleró las embestidas.

Y se perdieron el uno en el otro, en la fricción de la piel, en el ritmo frenético y en la deliciosa forma en que sus cuerpos parecían haber sido diseñados para encajar.

Cuando la ola de placer finalmente rompió sobre ellos, fue con una fuerza que los dejó a ambos jadeando, aferrados el uno al otro, con los corazones latiendo al unísono en el silencio de la habitación.

Minutos después, cuando las respiraciones empezaron a normalizarse, Ulises se dejó caer a un lado, atrayendo a Aria hacia su pecho. Ella apoyó la mejilla en su hombro, trazando círculos con los dedos sobre su piel húmeda por el sudor.

CAPÍTULO 52

El primer rayo de sol del amanecer se filtró por el hueco de las cortinas, trazando una línea azulada y cálida justo sobre el rostro de Ulises. En cualquier otra circunstancia, su primer instinto habría sido gruñir, maldecir y, sobre todo, ya que estaba despierto, ejecutar la maniobra de evasión táctica que llevaba perfeccionando desde sus veintitantos. Vestirse en silencio y huir de la escena del crimen antes de que la otra persona abriera los ojos.

Pero esa vez no lo hizo.

Ulises parpadeó, ajustando los ojos a la luz, y se dio cuenta de dos cosas. La primera: le dolían músculos que ni siquiera sabía que tenía, un recordatorio físico y glorioso de la maratón de la noche anterior. La segunda: Aria estaba a su lado, medio enredada en las sábanas blancas, con el pelo convertido en un nido de pájaros salvaje y una pierna estratégicamente cruzada sobre la cadera de él. Y lo más sorprendente de todo era que Ulises no sentía la más mínima urgencia por salir corriendo. De hecho, se descubrió a sí mismo acomodándose mejor contra las almohadas, observando cómo el pecho de Aria subía y bajaba con una respiración tranquila.

Aria se removió, arrugó la nariz con un gesto casi infantil y abrió un ojo, espiándolo a través de la maraña de pelo castaño.

—Si me estás mirando con cara de arrepentimiento, te juro que te tiro por el balcón —murmuró, con la voz ronca por el sueño y, seamos sinceros, por los gritos ahogados de la madrugada.

Ulises soltó una carcajada baja, un sonido profundo que vibró en su pecho y que hizo que Aria abriera el otro ojo, repentinamente más despierta.

—Buenos días a ti también, encanto —respondió él, pasándole una mano por el pelo para apartárselo de la cara—. Y no, no es arrepentimiento. Estaba calculando mentalmente cuántos cafés necesito para volver a sentir las piernas.

Aria sonrió. Un gesto perezoso y felino que le iluminó el rostro entero. Se estiró como un gato bajo el sol, sin importarle lo más mínimo que la sábana resbalara, dejando al descubierto la curva de su pecho y la piel salpicada de pequeñas marcas rojizas.

Ulises tragó saliva. El instinto era volver a empujarla contra el colchón y follarla hasta quedarse sin aliento, pero su cerebro, ese aguafiestas profesional, decidió que era el momento perfecto para hacer acto de presencia.

El ambiente era ligero, cálido, y flotaba un buen rollo innegable entre ellos. Habían cruzado una línea, sí, pero el mundo no se había acabado. Sin embargo, Ulises sentía la necesidad imperiosa de dejar las cosas claras. Su maldito sentido de la responsabilidad (o su miedo crónico al compromiso, dependiendo de a qué psicólogo le preguntaras) le exigía hablar.

—Aria... —empezó, cambiando el tono. La sonrisa se suavizó, volviéndose un poco más seria—. Lo de anoche...

Aria dejó caer la cabeza hacia atrás contra la almohada y soltó un suspiro exagerado, poniendo los ojos en blanco con una comicidad que desarmó a Ulises por completo.

—Oh, no. Ya está aquí. El discurso —dijo, levantando una mano para detenerlo como si fuera un guardia de tráfico—. Por favor, dime que no vas a soltarme la perorata del lobo solitario.

—No es una perorata —protestó Ulises, frunciendo el ceño, aunque no pudo evitar que una chispa de diversión bailara en sus

ojos verdes—. Es la verdad. Y quiero ser honesto contigo porque... bueno, porque te respeto demasiado.

Aria se apoyó sobre un codo, sosteniéndose la cabeza con la mano, y lo miró con una mezcla de ternura y burla.

—A ver, dispara. Te escucho —dijo.

Ulises suspiró, pasándose una mano por la cara.

—Hablo en serio, Aria. Eres increíble. Lo de anoche fue... joder, fue espectacular. Pero tú y yo sabemos cómo soy. Sigo pensando lo mismo que en la playa. No estoy hecho para tener relaciones sentimentales. No funciono así. Soy un tipo roto, tengo demasiado equipaje emocional, y tú... tú eres luz, eres brillante. Te mereces algo mucho mejor que alguien que no sabe ni cómo cuidarse a sí mismo, y mucho menos a otra persona.

Se quedó en silencio, esperando la reacción. Esperaba decepción, tal vez un reproche, o incluso que ella intentara convencerlo de lo contrario con el clásico «yo puedo arreglarte».

Pero Aria no era una mujer clásica. En ningún aspecto.

Sonrió.

—Ulises, no he estado planeando elegir el color de las cortinas de nuestra futura casa mientras dormías —comenzó—. Sabía perfectamente lo que estaba haciendo anoche —dijo—. Sabía que esto era un regalo de una noche. Una noche increíble, tórrida y que probablemente me deje agujetas hasta pasado mañana, sí, pero solo una noche. Soy lo suficientemente adulta como para separar el sexo del amor. Me gustas, te tenía ganas, me tenías ganas. Punto y final.

Ulises la miró.

Una oleada de admiración lo invadió. Pensó en todas las veces que él mismo había complicado las cosas, con sus miedos, con sus barreras. Y allí estaba ella, simplificando el universo entero con una sonrisa.

«Hasta en esto es mejor que yo», pensó, sintiendo una punzada de algo que se parecía sospechosamente al orgullo... y quizá a una pequeñísima, minúscula e inconfesable decepción de que ella no quisiera atarlo.

—Eres... —Ulises negó con la cabeza, riendo por lo bajo—. Eres una maldita fuerza de la naturaleza, Aria.

Ella esbozó una sonrisa.

—Creo que será mejor que nos levantemos, antes de que Matilde o Katerina se den cuenta de lo que ha pasado —dijo.

—Sí, es una buena idea.

Ulises se inclinó, cerrando la distancia entre ellos, y le cogió el rostro entre las manos con una suavidad que contrastaba con la pasión de la noche anterior.

Le dio un beso en los labios. No fue un beso apresurado, ni un beso de despedida triste. Fue un beso cálido, profundo.

Al separarse, le acarició la mejilla con el pulgar una última vez antes de apartar las sábanas y levantarse de la cama. Recogió sus pantalones del suelo y se los puso, mientras Aria lo observaba con descaro.

El cuerpo de Ulises Diakos bien valía un monumento. O dos. Santo Dios.

—Nos vemos en el desayuno —dijo Ulises a modo de despedida.

—Nos vemos en el desayuno —repitió Aria, dedicándole una última mirada.

Ulises giró el pomo y salió de la habitación, cerrando la puerta tras de sí.

En cuanto escuchó el suave *clic*, Aria lanzó un suspiro y se dejó caer de espaldas contra el colchón. Se giró lentamente, abrazando la almohada en la que Ulises acababa de estar recostado, y hundió el rostro en ella con una sonrisa perezosa.

Olía a él, a una mezcla embriagadora de esencias amaderadas, sábanas revueltas y ese magnetismo que parecía desprender por los poros. Su cuerpo entero vibraba con un letargo delicioso, cada músculo recordándole con punzadas placenteras la absoluta locura en la que se habían sumergido durante horas.

No quería pensar. Se negaba en rotundo a encender el interruptor de su cerebro. Quería quedarse ahí, suspendida en aquella burbuja de algodón y endorfinas, saboreando el eco de las manos de Ulises sobre su piel y el calor fantasma de sus besos.

Muy en el fondo, en ese rincón silencioso de su pecho que normalmente mantenía bajo llave, conocía perfectamente la verdad. Por supuesto que deseaba mucho más que una sola noche de pasión desenfrenada, lo quería todo, con sus miedos, sus corazas y su absurda cabezonería. Pero en ese preciso instante, Aria decidió que el futuro y sus consecuencias no estaban invitados a la fiesta. Ya habría tiempo para lidiar con la realidad. Hoy no. Hoy solo pensaba en permitirse el lujo de sonreír al techo como una tonta, estirarse entre las sábanas como una gata satisfecha y deleitarse, segundo a segundo, con el recuerdo de la mejor noche de su vida.

La habitación de Katerina olía a una mezcla de eucalipto y manzanilla.

El sol entraba a raudales por los ventanales abiertos, trayendo consigo la brisa salada del mar. Aria estaba inclinada sobre la mesilla, sirviéndole el desayuno con una sonrisa que, por mucho que intentara disimular, amenazaba con delatarla. Aún sentía un cosquilleo fantasma en la piel, un eco vibrante de la noche anterior que la hacía suspirar internamente cada vez que pensaba en lo que había ocurrido entre Ulises y ella.

Él estaba de pie junto a los pies de la enorme cama con dosel. Llevaba unos vaqueros desgastados y una camiseta básica de

algodón negra que hacía resaltar sus ojos y que se ajustaba a sus hombros dejando ver su anchura. Parecía relajado, pero la mirada que le dirigía a su abuela era de advertencia.

—Ni se te ocurra destaparte, *yiayá* —le ordenó Ulises.

Katerina rodó los ojos con tal fuerza que Aria temió que se mareara.

—Deja de tratarme como si fuera una reliquia de cristal a punto de hacerse añicos —protestó Katerina, apartando las sábanas de un manotazo—. Es solo un resfriado. Además, hoy ya no tengo fiebre, así que me voy a levantar. Esta cama me está robando la juventud que me queda —bromeó.

Aria se echó a reír.

—Entonces, ¿ya te encuentras mejor? —preguntó.

—Oh, sí. Un refriado no iba a acabar conmigo —respondió Katerina, deslizando las piernas fuera de la cama y buscando sus zapatillas con los pies.

Katerina ya se había cansado de fingir. No podía salir al jardín y llevaba varios días sin cuidar de sus plantas. No quería imaginarse cómo estarían algunas de ellas. Las malas hierbas crecían como lo que eran, malas hierbas. Además, Ulises y Aria ya habían pasado suficiente tiempo juntos como ella quería.

—Me encuentro perfectamente —continuó—. Necesito aire fresco, un buen desayuno y que dejéis de mirarme como si fuera a morirme en cualquier momento.

—El desayuno ya está listo —anunció Aria, pasándole el vaso de zumo de naranja.

Katerina lo tomó, se lo llevó a los labios y dio un trago. En ese momento sonó el teléfono de Ulises.

Lo sacó del bolsillo trasero de su pantalón con un suspiro de resignación. Al ver la pantalla, su expresión cambió. Era Tobías.

¿Qué querría a esas horas?

—Es Tobías —dijo, mirando a Aria y a su abuela a modo de disculpa antes de descolgar—. Dime, Tobías.

Aria se quedó observándolo, fascinada por la transformación que había sufrido. Era como ver a Clark Kent entrar en una cabina telefónica. La postura de Ulises se enderezó, su mandíbula se tensó ligeramente y su voz bajó, adoptando ese tono cortante y autoritario que usaba en las salas de juntas.

—¿Cómo que el servidor principal se ha caído? —preguntó Ulises, empezando a caminar de un lado a otro de la habitación, esquivando los muebles que había en ella—. No, no me digas que están trabajando en ello, dime en cuánto tiempo estará solucionado. ¿Y los inversores japoneses?

Katerina, ya de pie y ajustándose una bata de seda sobre los hombros, negó con la cabeza.

—Hombres de negocios —murmuró con un susurro teatral—. Siempre creyendo que el mundo dejará de girar si ellos no están detrás de su escritorio dando órdenes.

Aria sonrió, aunque no podía apartar la vista de Ulises. Lo observó pasarse la mano por el pelo, despeinándolo justo en el mismo lugar donde ella había enredado sus dedos la noche anterior. Era una dicotomía deliciosa. Sí, lo era. El hombre que unas horas atrás le besaba el cuello hasta hacerle perder el sentido, ahora estaba discutiendo sobre protocolos de seguridad cibernética e inversiones millonarias.

«Y lo peor de todo —admitió Aria para sí misma—, es que esta versión mandona y estresada también me resulta increíblemente atractiva. Joder, no tengo remedio. ¿Qué voy a hacer?»

—Escúchame, Tobías, no firmes absolutamente nada hasta que yo lo lea —ordenó Ulises, deteniéndose frente al ventanal, mirando hacia el mar, pero sin verlo realmente—. Sí. De acuerdo. Prepara una junta de crisis. Llegaré lo antes posible.

Colgó la llamada y se quedó un segundo en silencio, apretándose el puente de la nariz. Cuando se giró hacia Aria y hacia su abuela, su expresión era una mezcla de frustración y disculpa.

—Problemas en la empresa, supongo —aventuró Katerina.

Ulises asintió, guardando el teléfono.

—Ha habido una brecha de seguridad en los servidores de la sede central y los inversores están a punto de entrar en pánico. Tobías está haciendo malabares, pero... —Suspiró, mirando primero a su abuela y luego deteniendo su mirada en Aria—. Tengo que volver a Atenas. Ahora mismo.

Katerina hizo un gesto de desdén con la mano, restándole importancia al asunto mientras levantaba su taza de café.

—Pues ve a salvar tu imperio. Yo ya estoy bien —dijo.

Ulises se acercó a su abuela para darle un beso en la mejilla.

—Yo también te quiero, *yiayá*. Prométeme que no te pondrás a podar los olivos hoy.

—No prometo nada. Largo de aquí —le espetó Katerina, aunque le dio unas palmaditas cariñosas en la mejilla.

Ulises se volvió hacia Aria.

—Cuida de ella —dijo.

—Tranquilo. Ve a patear traseros a Atenas y a salvar los servidores —respondió Aria con su habitual sentido del humor—. Yo me quedaré aquí, asegurándome de que Katerina no organice partidas de bingo clandestinas mientras no estás.

Ulises dejó escapar una pequeña risa.

—Vale.

Después de una última mirada, Ulises se dio media vuelta y salió de la habitación.

CAPÍTULO 53

El aroma a aceite de oliva virgen, ajo dorándose lentamente y orégano fresco flotaba en el aire de la cocina. Matilde se movía por ella preparando *musaka*, y el rítmico sonido del cuchillo picando cebolla era la única banda sonora de la estancia.

Sentada en una silla, con una taza de té que apenas había tocado y envuelta en la bata de seda, estaba Katerina. Supuestamente, seguía en fase de convalecencia, pero la forma en que tamborileaba los dedos sobre la mesa delataba una energía que nada tenía que ver con la de una mujer enferma.

Matilde dejó el cuchillo a un lado, se limpió las manos en el delantal y echó un vistazo rápido hacia el pasillo, asegurándose de que nadie pudiera escucharla. Luego, se inclinó sobre la mesa, y bajó la voz hasta convertirla en un susurro cargado de intriga.

—A las siete y cuarto de la mañana —murmuró, con los ojos brillando—. Cuando el sol apenas estaba asomando por el horizonte, yo iba a cambiar las toallas de los baños de arriba y lo he visto.

Katerina detuvo el tamborileo de los dedos al instante. Se inclinó hacia adelante, reduciendo la distancia entre ambas, con la taza de té olvidada.

—¿Has visto qué? Vamos, Matilde, no me dejes a medias, que mi corazón no está para misterios.

—A Ulises —respondió ella, saboreando cada sílaba—. Saliendo de la habitación de Aria. Y déjame decirte, Katerina, que no llevaba precisamente cara de haber estado discutiendo sobre qué deberías

tomarte para curarte el resfriado. Iba descalzo, con la camisa a medio abrochar y una sonrisa que... bueno, que yo no le veía desde que tenía siete años y robaba galletas de esta misma cocina.

—¿En serio?

Matilde afirmó varias veces con la cabeza.

—Sí.

Los ojos de Katerina se iluminaron con la intensidad de un faro en plena tormenta. Una sonrisa de triunfo, amplia y descarada, se dibujó en su rostro, borrando de un plumazo cualquier rastro de la anciana frágil que había estado interpretando durante los últimos dos días.

—¡Bendito sea Dios! —exclamó, dando una palmada sobre la madera que hizo tintinear las cucharillas—. ¿Tú crees que han pasado la noche juntos? Dime que sí, Matilde. Dime que mi nieto, ese cabezota con la inteligencia emocional de una estatua de mármol, por fin ha entrado en razón.

Matilde soltó una carcajada baja y cómplice, volviendo a su tabla de cortar para empezar a picar las berenjenas.

—Me atrevería a decir que sí. Y diría que toda la noche.

Katerina dejó escapar un suspiro, llevándose una mano al pecho. La expresión de su rostro solo expresaba satisfacción.

—¡Lo sabía! Sabía que esa chica era exactamente lo que Ulises necesitaba. Alguien que no se deje intimidar por sus ceños fruncidos, sus gruñidos y sus aires de lobo solitario atormentado. Aria tiene suficiente chispa para incendiar todas sus tormentas.

—Desde luego, el plan ha salido a la perfección —dijo Matilde, echando las cebollas a la sartén. El chisporroteo llenó la cocina, mezclándose con las risas de ambas—. Tengo que admitir que cuando me dijiste que ibas a fingir un resfriado para obligarlo a venir a Ítaca y encerrarlo aquí un par de días con Aria, pensé que habías perdido el juicio.

—A grandes males, grandes remedios —replicó Katerina, agitando la mano en el aire—. Ulises es un adicto al trabajo. Si no lo sacaba de su hábitat natural, si no lo «obligaba» a convivir bajo el mismo techo que Aria, jamás se habría dado cuenta de lo que tenía delante de las narices. Mi tos del martes merecía un Óscar.

—O dos —bromeó Matilde, removiendo el sofrito con una cuchara de palo—. Aunque casi me dio la risa cuando te vi toser agarrada al cabecero de la cama. Eres una actriz extraordinaria, Katerina.

—La verdad es que Hollywood se ha perdido a una leyenda conmigo —bromeó Katerina.

Rio orgullosa, pero pronto su expresión se torció en una mueca de fastidio. Miró hacia el ventanal, donde el jardín trasero se extendía bañado por el sol, lleno de buganvillas y árboles y plantas de todas las clases.

—Ha merecido la pena, por supuesto que sí. Ver que todo ha salido como lo planeamos lo compensa —murmuró Katerina, frunciendo el ceño—. Pero, por Dios, qué suplicio ha sido. Llevo dos días encerrada en esa maldita habitación, fingiendo que no puedo dar dos pasos sin ahogarme. ¡No he podido salir al jardín! —exclamó —. Mis hortensias deben estar preguntándose si las he abandonado. Menos mal que le encargué a Aria que regara todo.

Matilde se echó a reír con ganas, negando con la cabeza.

—El sacrificio del amor, Katerina. Tus hortensias sobrevivirán, pero Ulises necesitaba ese empujón. Además, ahora que se ha ido corriendo a Atenas por esa emergencia de la empresa, ya puedes «milagrosamente» empezar a sentirte mejor.

—Sí, desde luego. Ulises quería que todavía estuviera en reposo, pero esta tarde volveré a mi jardín —dijo Katerina, con los ojos chispeando de picardía—. Me pondré el sombrero de paja, cogeré la regadera y regaré mis pobres hortensias.

Matilde asintió, bajando el fuego de la sartén para que la cebolla terminara de pocharse lentamente. El aroma dulce y caramelizado inundó la cocina, creando una atmósfera aún más cálida y hogareña.

—Pero dime una cosa, Katerina —dijo—. ¿Tú crees que esto irá a más? Quiero decir... ¿Crees que ese obtuso nieto tuyo se dará cuenta de que Aria es la mujer ideal para él?

—¡Tiene que ir a más! —afirmó ella, golpeando suavemente la mesa con la mano, hablando más por puro anhelo que por verdadera certeza—. Me niego en rotundo a aceptar que mi actuación estelar se quede en un simple romance de una noche. ¡Yo no he fingido un resfriado casi terminal para nada! Exijo resultados. Necesito boda, bisnietos…

—Y en serio —dijo Matilde.

Katerina se encogió de hombros. Su rostro adoptó una expresión seria.

—Solo el tiempo lo dirá, Matilde. Ya sabes cómo es Ulises. Pero... —Sonrió ligeramente— no creo que Aria sea una chica fácil de olvidar. Tiene demasiada luz. Es de esas personas que dejan huella. Y él lleva demasiado tiempo a oscuras.

—Bueno, entonces, paso a paso, Katerina. Como tú misma dijiste, Roma no se construyó en un día, y las corazas de Ulises tampoco se van a desmoronar por completo en una sola noche, por muy mágica que haya sido —dijo Matilde.

Katerina levantó la taza y dio por fin un sorbo a su té, que ya estaba tibio.

—Supongo que tienes razón. Pero escúchame bien —añadió, bajando la voz—, tenemos que andar con pies de plomo a partir de ahora. Aria es una chica lista. Como se dé cuenta de que todo esto ha sido una trampa orquestada por nosotras...

—Habla por ti, yo solo soy tu humilde cómplice —la interrumpió Matilde con sorna, apuntándola con la cuchara de palo.

—Tú eres tan culpable como yo —bromeó Katerina.

Matilde rio.

—Sí, tienes razón. Aria no tiene un pelo de tonta y sus ojos lo captan todo. Si te ve esta tarde saltando por el jardín con la regadera, el sombrero de paja y la energía de una veinteañera, va a sumar dos y dos.

Katerina abrió mucho los ojos, horrorizada ante la sola idea de ser descubierta.

—Cierto, cierto. Si descubre que todo ha sido para empujar a Ulises a sus brazos, igual hace las maletas y no le volvemos a ver el pelo. Seré sutil —decidió Katerina, asintiendo para sí misma, ya planificando su próxima puesta en escena—. Saldré al jardín, sí, pero arrastrando un poco los pies. Tal vez tosa un par de veces frente a los rosales cuando ella esté cerca. Le diré que el sol del Jónico tiene propiedades curativas y que me está devolviendo la vitalidad poco a poco.

—Me parece un plan excelente, digno de tu talento —aprobó Matilde, volviendo a sus fogones con una sonrisa que se abría de oreja a oreja—. Una recuperación milagrosa, pero progresiva. No vaya a ser que la chica nos descubra el pastel antes de tiempo y se nos arruine el final feliz.

CAPÍTULO 54

El zumbido del aire acondicionado era el único sonido constante en el despacho de la última planta del edificio de Diakos Entreprises en Atenas. Fuera, la ciudad era un tapiz de luces anaranjadas y faros de coches atrapados en el tráfico nocturno, pero dentro, la atmósfera estaba cargada con la adrenalina de una crisis recién resuelta.

Ulises se frotó los ojos con el pulgar y el índice, sintiendo que el cansancio se acumulaba bajo sus párpados. Habían pasado las últimas cinco horas lidiando con una brecha de seguridad en los servidores principales de la empresa. Un ataque coordinado que había amenazado con exponer datos financieros confidenciales, pero que, gracias a la eficiencia paranoica de Ulises y a la brillantez de Tobías (y del equipo informático y de seguridad), había sido contenido, neutralizado y desactivado.

Tobías, fiel a su naturaleza, no parecía haber librado una batalla cibernética de alto riesgo. Estaba desparramado en una de las sillas de diseño frente al escritorio de Ulises, con la corbata aflojada, el cuello de la camisa desabrochado y una bolsa de pistachos que había sacado de la máquina del pasillo. Lanzaba los frutos secos al aire y los atrapaba con la boca, sin fallar ni una sola vez.

—Y con esto, mi querido y tiránico jefe, los servidores vuelven a ser una fortaleza inexpugnable —anunció, atrapando un pistacho con un chasquido de dientes—. Deberías darme un bono. O unas

vacaciones pagadas en las Maldivas. O ambas cosas. Sí, ambas suenan a justicia.

Ulises parpadeó, mirando la pantalla de su ordenador sin ver realmente las líneas de código verde que confirmaban que el sistema estaba limpio. Su mente, traicionera y desobediente, no estaba en los servidores, ni en los hackers, ni en las cuentas de la empresa. Estaba a cientos de kilómetros de allí, en Ítaca. Estaba enredada en sábanas revueltas, en el olor a salitre y flores, y en el recuerdo de una piel suave que había ardido bajo sus manos.

—Ulises. Tierra llamando al comandante Diakos. —La voz de Tobías cortó sus pensamientos.

Una cáscara de pistacho rebotó contra el impecable nudo de la corbata de Ulises.

Él parpadeó, sacudiendo la cabeza, y fulminó a su amigo con la mirada.

—¿Acabas de tirarme una cáscara de pistacho encima, Tobías?

—Llevo hablándote un minuto entero sobre mi merecido aumento de sueldo y unas vacaciones pagadas en las Maldivas y estás mirando esa pantalla como si estuvieras descifrando Matrix, pero con la mirada vacía —señaló él, inclinándose hacia delante y apoyando los codos en la mesa. Sus ojos azules, siempre risueños, en ese momento brillaban con la agudeza de un águila—. Y no es la primera vez hoy. Te has equivocado en dos contraseñas esta tarde. Tú. Ulises Diakos. El hombre que recuerda el número de la Seguridad Social de todos sus empleados. ¿Qué te pasa?

—No me pasa nada. Estoy cansado. Ha sido un día largo —mintió Ulises, con la voz tan tensa que parecía a punto de romperse. Empezó a apilar carpetas perfectamente alineadas, buscando refugio en el orden.

Tobías soltó una carcajada seca, negando con la cabeza.

—A otro perro con ese hueso. Ese ceño fruncido no es de «estoy cansado por el trabajo», básicamente porque tú no te cansas de trabajar —matizó—. Ese ceño es de «mi mundo perfectamente estructurado se está yendo a la mierda». —Tobías entrecerró los ojos, analizando la rigidez de los hombros de su amigo, el tic casi imperceptible en su mandíbula—. Acabas de volver de Ítaca. Tu abuela está bien, me lo has dicho tú mismo. Así que solo queda una variable en la ecuación de tu isla. Aria.

El nombre de Aria hizo que los dedos de Ulises se detuvieran sobre una carpeta. Fue una pausa de apenas un segundo, pero para un observador experto como Tobías, que no se le escapaba ni una, fue como si hubieran encendido luces de neón parpadeantes.

—No seas ridículo —escupió Ulises, retomando su tarea con el doble de velocidad—. Aria está haciendo su trabajo.

—¿Os habéis vuelto a besuquear en la playa a la luz de la luna, bajo las estrellas? —se medio burló Tobías—. Vamos, dime qué ha pasado en esa isla, Ulises.

Ulises dejó caer la carpeta sobre la mesa de cristal con un golpe sordo. Se levantó de la silla, sintiendo que el despacho se encogía a su alrededor, y caminó hacia el ventanal panorámico. Atenas brillaba a sus pies, pero él sentía que estaba cayendo al vacío. La presión en su pecho era insoportable. Era un hombre de lógica, de control absoluto, y lo que había sucedido en Ítaca desafiaba todas las leyes de su universo.

Necesitaba decirlo en voz alta. Necesitaba que alguien le dijera que era un error estadístico, un fallo en el sistema que podía solucionarse con un parche.

—Me he acostado con ella —soltó.

La frase sonó ronca, como si la hubiera arrancado de su garganta contra su voluntad.

El silencio fue tan absoluto que Ulises pensó que Tobías se había atragantado con un pistacho. Al girarse, vio a su Jefe de finanzas

con la boca ligeramente abierta, la bolsa de frutos secos olvidada en el regazo y los ojos abiertos como platos.

—Santa madre de todos los Dioses del Olimpo —susurró Tobías, poniéndose en pie lentamente, como si estuviera presenciando un milagro—. Te has tirado a la cuidadora insolente.

—No lo digas así —gruñó Ulises, pasándose una mano por la cabeza—. Suena... vulgar, y no fue así. Fue... fue...

—¿Épico? ¿Glorioso? ¿Como si un rayo de Zeus te hubiera partido en dos? —Tobías ya estaba sonriendo, con una sonrisa de oreja a oreja, deslumbrante y llena de una ironía que a Ulises le dieron ganas de estrangularlo.

—Tobías…

—¡Lo sabía! —lo cortó él—. Sabía que esa chica iba a ser tu perdición desde el momento en que me dijiste que te había contestado en la entrevista.

—Es un desastre, Tobías —confesó Ulises, dejándose caer en uno de los sofás de cuero, frotándose las sienes—. No sé qué me pasa con ella. Es exasperante, testaruda, me saca de mis casillas constantemente. No sigue mis normas. Y, sin embargo... no pude resistirme. Estábamos discutiendo, como casi siempre, y de repente la estaba besando. Y después... Dios, Tobías, no puedo pensar con claridad. No puedo concentrarme. La veo en cada maldita esquina de esta oficina.

Tobías caminó hacia el minibar, sirvió dos vasos de whisky y le tendió uno a Ulises. Lo necesitaba, por lo de Aria y por el día tan largo que habían tenido. Se sentó a su lado, dándole una palmada condescendiente en el hombro.

—Ulises, amigo mío, hermano de mi alma. Lo que te pasa no es un misterio médico. No es un virus troyano en tu cerebro. No estás rayando la locura. Estás enamorado. Ya te lo he dicho en otra ocasión, y me reitero, aunque tú te reíste de mí.

Ulises casi escupió el whisky. Lo miró con auténtico terror.

—Y yo me reitero en que no. Absolutamente no. Eso es absurdo. Es química. Biología básica. Tensión acumulada. Lujuria. Llámalo como quieras, pero no es... eso. Yo no me enamoro, Tobías. Joder, te lo he dicho un millón de veces. No tengo tiempo ni capacidad para enamorarme.

—Claro, claro. Lujuria —se burló Tobías, dando un sorbo a su bebida—. Por eso estás aquí, en Atenas, a punto de sufrir un ictus porque no puedes dejar de pensar en ella. Por eso te has equivocado en las contraseñas. Porque es solo «biología básica».

—Es la cuidadora de mi abuela. Es temporal. Somos de mundos distintos —enumeró Ulises, aferrándose a sus argumentos como un náufrago a una tabla. Argumentos tontos, por otro lado. Ninguno tenía peso suficiente como para ser un verdadero argumento.

—Eres un idiota —replicó Tobías, con cariño—. Un idiota muy rico y muy guapo, pero un idiota, al fin y al cabo. Escúchame bien, cíborg. Tienes un problema muy grave si no admites lo que sientes. Porque si sigues negándolo, si intentas meter a Aria en una de tus cajitas de Excel bajo la etiqueta de «error temporal» —dijo, utilizando la jerga de Ulises—, la vas a perder. Y te aseguro que no vas a poder sacártela de la cabeza en lo que te queda de vida. Te va a perseguir como un fantasma. Día y noche. Noche y día.

Ulises apretó la mandíbula, mirando el líquido ámbar en su vaso. Las palabras de Tobías lo golpearon como si fueran un martillo.

—No puedo permitirme perder el control, Tobías. Mi vida es orden. Ella es el caos.

—El caos es exactamente lo que necesitas para estar vivo, Ulises. Piénsalo. —Tobías apuró su vaso y se levantó, ajustándose la chaqueta con un movimiento ágil—. Me voy. Tengo una cita con una rubia de piernas infinitas que no trabaja para mí ni cuida a mi abuela, lo cual simplifica mucho las cosas.

—¿Sabes que eres un hijo de puta? —dijo Ulises, fulminándolo con la mirada.

—Sí —respondió Tobías sin inmutarse—. Descansa, jefe. Y, hazte un favor, deja de luchar contra la corriente. Te vas a ahogar.

Cuando la puerta se cerró tras Tobías, el silencio volvió a adueñarse del despacho, pero esa vez era un silencio atronador, cargado de preguntas sin respuesta. Ulises se quedó inmóvil durante unos largos minutos.

«Estás enamorado», había dicho Tobías.

La palabra le producía vértigo.

Dejó el vaso vacío sobre la mesa auxiliar y caminó hacia el cuadro abstracto que ocultaba la caja fuerte empotrada en la pared. Tecleó la combinación de ocho dígitos con movimientos automáticos. El pesado mecanismo de acero hizo *clic* y la puerta se abrió con un suspiro.

Dentro había documentos confidenciales, discos duros encriptados, contratos por valor de millones de euros. Pero Ulises ignoró todo eso. Su mano fue directamente hacia una carpeta plana de cartón negro que descansaba en el estante inferior.

La sacó con cuidado, como si fuera una reliquia antigua y frágil, y la llevó hasta su escritorio. La abrió.

Allí estaba. El retrato a bolígrafo de Aria. Todavía estaba sin terminar; los bordes se difuminaban en trazos rápidos y nerviosos, pero a pesar de que el rostro estaba a la mitad... era inconfundible. Ulises había captado a la perfección la curva de sus labios, la rebeldía de su cabello cayendo sobre los hombros, y, sobre todo, la intensidad desafiante y luminosa de sus ojos. Había capturado esa chispa de insolencia que tanto le irritaba y que, secretamente, tanto le fascinaba.

Trazó la línea de su mejilla en el papel con la yema del dedo índice, sintiendo el ligero roce de la tinta del bolígrafo. Su pecho se

contrajo. El nivel de detalle del dibujo, la forma en que su memoria había guardado cada imperfección perfecta del rostro de Aria, lo delataba.

«Tienes un problema muy grave si no admites lo que sientes». En su cabeza resonó la voz de Tobías.

Ulises suspiró. Fue un sonido sonoro y derrotado que se perdió en la inmensidad del despacho. Cerró la carpeta con suavidad, protegiendo el retrato de la luz, y caminó de vuelta a la caja fuerte. Colocó el dibujo en su interior, junto a los secretos más valiosos de su imperio, y cerró la pesada puerta de acero, bloqueando el mecanismo.

Podía encerrar el dibujo bajo mil llaves, bajo una combinación de mil dígitos, podía tirarlo al mar, si quería, pero, en aquel momento, no había caja fuerte en el mundo capaz de proteger el corazón de Ulises Diakos de Aria.

CAPÍTULO 55

El tintineo de la campanilla de latón de *La Gaviota* sonó, anunciando la llegada de Aria al refugio con aroma a granos de café tostado y canela. El local estaba en plena ebullición, bastante más animado que la última vez que se habían reunido allí. El murmullo constante de las conversaciones se entrelazaba con el siseo rítmico y vaporoso de la máquina de café.

Aria se quedó un segundo en el umbral, dejando que el aire acondicionado le acariciara el rostro, que sentía inusualmente acalorado.

Aquel día le había pedido a Yiannis, el chófer de Katerina, que la bajara al pueblo. Estaban en plena hora de calor y bajar dándose un paseo no era algo que le apeteciera. Básicamente porque podría darle una lipotimia o un golpe de calor.

Sentía el estómago lleno de mariposas (aunque parecían murciélagos hambrientos), y tenía una sonrisa tonta en los labios que llevaba toda la mañana intentando borrar sin éxito. Se moría de ganas de contar a Dora y Xanna lo que había pasado con Ulises.

Al fondo, Xanna iba de un lado a otro con una bandeja repleta de refrescos y porciones de tarta de chocolate, moviéndose con la agilidad de una gimnasta olímpica y la energía de alguien que se ha bebido tres cafés solos dobles. Sin embargo, al ver a Aria entrar, sus ojos se iluminaron.

—Hey, Aria, hola —la saludó.

Aria levantó la mano mientras se acercaba.

—Hola, Xanna. ¿Qué tal está la tarde? —le preguntó, dándole un par de besos en las mejillas.

—Hasta arriba, con este calor, la gente mata por un refresco.

Aria miró a su alrededor.

—Ya veo.

A unos metros de Xanna, Dora ya estaba sentada en su taburete habitual de la barra, completamente abstraída del caos que la rodeaba, inmersa en la lectura del último libro de Ana Vasileiou que ella misma le había recomendado a Aria semanas atrás.

Aria caminó hacia la barra, arrastrando los pies un poco más de lo normal, intentando ganar tiempo para ordenar el caos de su cabeza. Tomó aire, llenando sus pulmones del olor a azúcar tostado, y se sentó en el taburete libre junto a Dora.

—Hola, Dora —la saludó.

Dora salió de su ensimismamiento y levantó el rostro del libro. Sonrió.

—Hola, cariño —dijo, rodeando el cuello de Aria con el brazo y dándole un beso en la mejilla.

—¿Atrapada en los mundos de Ana Vasileiou? —preguntó Aria.

—No lo sabes bien, esto es un vicio, no soy capaz de parar —contestó Dora.

—Pues vas a tener que hacer un alto.

Dora miró a Aria con el ceño fruncido.

—¿Por qué?

Xanna no tardó ni un minuto en despachar las mesas, dejó la bandeja vacía sobre la encimera de acero inoxidable con un golpe seco, y se acercó a ellas, apoyando ambas manos en la barra con una expresión de expectación en el rostro casi depredadora.

—Porque tengo que contaros algo —soltó Aria, sin preámbulos, incapaz de retenerlo un segundo más.

Xanna entrecerró los ojos, inclinando la cabeza hacia un lado mientras observaba su rostro.

—Esa cara... —murmuró, chasqueando la lengua—. Esa cara es de salseo del bueno. De los que hacen historia. Tiene que ver con el Ogro de la Colina, ¿a que sí? —preguntó, destilando intuición.

Dora marcó la página por la que se llegaba con un marcapáginas de cartón ilustrado y cerró el libro. Observó a Aria a través de los cristales de sus inconfundibles gafas de pasta roja. Analizó el ligero pero delator rubor en sus mejillas, el brillo febril y diferente en los ojos, y la forma en la que sus dedos jugueteaban con el asa de su bolso de tela, como si quisiera arrancarla.

—Te has acostado con él —aseveró. Lo dijo con la misma naturalidad, calma y aplomo con la que le pediría a Xanna un vaso de agua con hielo.

El tiempo pareció detenerse. El trapo húmedo que Xanna acababa de coger para limpiar la barra resbaló de sus dedos.

—¡¿Quéee?! —El grito resonó con tanta fuerza que cortó el bullicio del local. De fondo solo se oía la música indie del hilo musical.

Al menos media docena de clientes giraron la cabeza hacia la barra al unísono, mirándolas con una mezcla de curiosidad y susto. Desde la cocina, la puerta batiente se abrió de golpe y Mirta, la dueña del local, asomó la cabeza con el ceño tan fruncido que parecía que sus cejas iban a fusionarse en una sola.

Xanna, dándose cuenta del espectáculo, levantó una mano a modo de disculpa hacia la clientela, encogiéndose de hombros con una sonrisa culpable, y se inclinó rápidamente sobre la barra, acercándose a Aria. Bajó el volumen, sí, pero la intensidad de su mirada podría haber fundido plomo.

—¡¿Te has tirado a Ulises Diakos?! —susurró a gritos, con los ojos tan abiertos que parecía que se le iban a salir de las órbitas—. ¡Madre del amor hermoso, Aria! ¡Santa Virgen del Jónico!

Aria se tapó la cara con ambas manos, sintiendo que sus mejillas ardían con si fueran ascuas de una hoguera, pero asintió despacio. Un movimiento afirmativo que desató un gritito ahogado por parte de Xanna. Luego, Aria separó los dedos índice y corazón para mirar con auténtica estupefacción a Dora a través de la rendija que había formado.

—Pero... ¿por qué lo sabes? ¿Cómo has podido adivinarlo tan rápido, Dora? —preguntó, bajando las manos y mirándola como si fuera una bruja con poderes telepáticos—. ¡Ni siquiera he abierto la boca! ¡Apenas he dicho «hola»!

Dora se encogió de hombros con elegancia, ajustándose las gafas sobre el puente de la nariz con un dedo, y esbozando una sonrisilla de suficiencia que habría puesto celoso al mismísimo Sherlock Holmes.

—Aria, por favor, es pura lógica —explicó—. Es difícil resistirse a un hombre como él. Tanta tensión acumulada, tantas miradas, tanto roce accidental, los besos en la playa... eso tenía que estallar por algún lado. Era cuestión de tiempo. Sois una bomba de relojería hecha de hormonas.

—Vale, pensaré eso y no que eres bruja —repuso ella.

—Venga, desembucha, suéltalo todo. ¿Cómo fue? Queremos detalles. Todos —atajó Dora.

Aria soltó un largo suspiro, rindiéndose a la evidencia de que no podía ocultarles absolutamente nada a ese par de sabuesos. Agarró una servilleta de papel y empezó a despedazarla, nerviosa. No podía estarse con las manos quietas.

—Fue... intenso —comenzó, bajando la voz al máximo para asegurarse de que solo ellas pudieran escucharla—. La mejor noche de mi vida.

—Wooow —susurraron Dora y Xanna.

—Estábamos discutiendo. Le eché en cara que no le daba suficiente independencia a Katerina, que la trataba como si fuera una muñeca de porcelana a punto de romperse y no la dejaba respirar ni tomar sus propias decisiones. Él se puso a la defensiva, ya sabéis cómo es... puro orgullo, terquedad y con un ego del tamaño del Partenón. Empezamos a alzar la voz, a invadir el espacio del otro, y la cosa se calentó muchísimo...

—Sigue, sigue, por lo que más quieras, no te pares ahora —la apremió Xanna, que estaba apoyada sobre la barra, aunque parecía estar a punto de trepar por la mismísima Aria para no perderse ningún detalle.

—El caso es que, en medio de la explosión de la discusión, cuando yo estaba a punto de gritarle otra barbaridad sobre su carácter de mierda... me agarró. —Aria tragó saliva al recordarlo, sintiendo un escalofrío recorriéndole la espalda—. Me empujó contra la pared del salón y me besó. Me besó como si se acabara el mundo. Y bueno... ya os imagináis el resto. Una cosa llevó a la otra, nos metimos en mi habitación, la ropa empezó a sobrar, y... terminamos haciéndolo.

Dora soltó un suspiro soñador, apoyando la barbilla en la palma de la mano, con la mirada perdida en algún punto de la cafetería.

—Como en las películas románticas —murmuró, con los ojos brillando—. De enemigos a amantes. La tensión *enemies to lovers* en su máximo esplendor, ejecutada a la perfección. Es un cliché maravilloso. Te juro que pagaría por leer ese capítulo.

—Sí, bueno, un cliché de una sola noche, que quede claro —se apresuró a aclarar Aria, sacudiendo la cabeza para intentar poner los pies en la tierra, y recordar la solemne promesa que se había hecho a sí misma de proteger su corazón bajo siete llaves—. Ha sido una noche de pasión alucinante y nada más. Sé perfectamente quién es él y quién soy yo. No me voy a montar castillos en el aire ni a

comprar un vestido de novia. Volvió a dejarme claro que sigue pensando lo mismo que me dijo en la playa.

—¿Lo de que no es un hombre para ti y que te mereces algo mejor que él? —recordó Xanna.

—Sí.

Xanna y Dora intercambiaron una mirada.

—¿Y qué tal lo llevas? —preguntó Dora.

Aria alzó los hombros.

—Sabía lo que había, chicas. Él lo ha dejado claro desde el primer momento —dijo—. Es un cabrón, pero no lo ha sido conmigo, así que no puedo culparle de nada. —Xanna le pasó la mano por la espalda, consolándola—. Pero, oye... —Aria no pudo evitar que una sonrisa pícara apareciera en sus labios—... que me quiten lo *bailao*. Porque, madre mía, cómo baila.

—¡Di que sí, joder! —exclamó Xanna, radiante de orgullo, como si Aria acabara de ganar el premio Nobel—. Además, no te quites mérito. Una noche de sexo salvaje con Ulises Diakos no es cualquier cosa. Has escalado y conquistado el mismísimo Monte Olimpo, aunque solo haya sido por unas horas.

—¿Así que fue un buen polvo? —preguntó Dora.

—¿Bueno? Buenísimo —contestó Aria.

—Pues eso es lo importante —dijo Dora—. Porque hay tíos que no saben satisfacer a una mujer.

—Eso es verdad, mi ex, sin ir más lejos —habló Xanna.

Aria giró el rostro hacia ella.

—Un día nos tienes que hablar de tus ex.

Xanna puso los ojos en blanco.

—Pues vamos a necesitar un fin de semana entero, chocolate y un psicólogo, porque acabareis traumatizadas.

Aria y Dora se echaron a reír.

—¿Tan malos fueron? —dijo Aria.

—Ufff… no lo sabes bien.

Xanna soltó una carcajada ronca, vibrante y contagiosa, y le dio una palmada en el brazo a Aria que casi la desestabilizó y la mandó de bruces contra el suelo.

CAPÍTULO 56

El calor en Ítaca aquella tarde era una entidad física, un abrazo espeso y pegajoso que convertía el aire en una sopa invisible.

Aria estaba sentada en una de las tumbonas de madera de la piscina, con las piernas estiradas y un vaso de té helado. Las chicharras cantaban con una estridencia que rozaba la histeria colectiva.

Justo cuando estaba considerando seriamente si meter la cabeza en la nevera de la cocina sería motivo de despido, su teléfono sonó sobre la mesa de al lado, vibrando peligrosamente cerca del borde. Lo cogió antes de que se cayera al suelo y se hiciera añicos.

Era su madre.

Aria esbozó una ligera sonrisa, deslizó el dedo por la pantalla y se llevó el móvil a la oreja.

—¡Aria, mi niña! —La voz de Eleni entró como un torbellino por el auricular—. ¿Cómo está la futura cumpleañera?

Aria amplió la sonrisa, suavizando las facciones de su rostro.

—Hola, mamá —la saludó—. Sobreviviendo. Aunque si me derrito y me convierto en un charco de sudor antes del martes, te dejaré en herencia mi colección de libros y mi chaqueta vaquera favorita —bromeó.

Eleni soltó una carcajada al otro lado de la línea.

—¡Exagerada! Siempre has sido muy dramática con el verano. Pero dime, ¿cómo estás? ¿Cómo te trata la isla? ¿Y la señora Diakos? ¿Sigue igual de amable?

—Katerina es un sol, mamá, de verdad. Me reitero en todo lo que te he dicho de ella en nuestras llamadas. Es la abuela que todo el mundo querría tener, si las abuelas vinieran con un manual de sarcasmo avanzado y una afición desmedida por la jardinería —respondió Aria, dándole un sorbo al té helado. El hielo chocó contra el cristal con un tintineo refrescante—. Todo está bien. Muy tranquilo.

—Tranquilo... —dijo Eleni, repitiendo la palabra en un tono cantarín—. Bueno, más te vale ir preparándote, porque en unos días cumples veintisiete años, jovencita. Veintisiete. Estás a un suspiro de los treinta. A tu edad, yo ya te tenía a ti correteando por la casa y destrozando las macetas. Y a veces hasta comiéndote la tierra.

—Mamá, por favor, no me saques el reloj biológico a pasear con este calor, que se le van a derretir las manecillas —dijo Aria en tono distendido, pasándose una mano por la nuca húmeda.

—No te saco nada a pasear, solo digo que el tiempo vuela. ¿Vas a hacer algo especial? ¿Te darán el día libre, al menos? Ese jefe tuyo, el estirado de Atenas... Ulises, ¿te dejará respirar el día de tu cumpleaños, o te pedirá que midas el césped con una regla para cortarlo?

El nombre. Ulises.

Fue como si el aire de repente se volviera irrespirable, atrapándose en los pulmones de Aria. Su corazón dio un vuelco traicionero y estúpido, latiendo con una fuerza que no tenía nada que ver con la cafeína del té helado.

«El estirado de Atenas.»

Si su madre supiera. Si Eleni tuviera la más mínima idea de que ese hombre de trajes oscuros, mirada de hielo y modales de dictador

romano había sido el protagonista de la noche más tórrida, caótica y absolutamente perfecta de toda su vida.

Involuntariamente, la mente de Aria viajó hacia el recuerdo de aquellas sábanas revueltas. Recordó el peso del cuerpo de Ulises sobre el suyo, la forma en que sus manos, siempre tan controladas y precisas, habían recorrido su piel con una urgencia desesperada, como le habían acariciado cada centímetro. Recordó el sabor de su boca, el sonido ronco de su voz susurrando su nombre en la oscuridad mientras se corría, despojado de toda su armadura de magnate implacable.

Aria tragó saliva.

Se había acostado con su jefe.

Se había acostado con Ulises Diakos.

Y lo peor, lo verdaderamente catastrófico, no era el acto en sí. Lo peor era la resaca emocional. Se había dado cuenta, con el terror de quien ve venir un tren sin frenos, de que estaba más enamorada de él de lo que creía. De que estaba profundamente enamorada del Ogro de la Colina. La huella que había dejado en ella no era superficial, no era pasajera, se le había grabado en los huesos.

—¿Aria? ¿Sigues ahí o ya te has derretido? —La voz de Eleni la sacó bruscamente de su ensoñación.

—Sí, sí, sigo aquí —se apresuró a decir Aria, aclarándose la garganta, intentando que su voz sonara normal y no como la de una mujer al borde de un ataque de pánico—. Y no, no creo que Ulises me ponga a medir el césped. Seguramente estaré con Katerina, comeremos algo rico que hará Matilde y ya está.

Hubo un silencio al otro lado de la línea. Eleni poseía ese radar maternal, esa antena parabólica invisible capaz de detectar cambios de frecuencia en el tono de voz de su hija a kilómetros de distancia.

—Aria... —empezó, y la broma había desaparecido—. Te noto rara.

—¿Rara? ¿Yo? Para nada.

—Sí, rara. Estás... apagada —afirmó Eleni—. Como si te faltara chispa. Normalmente a estas alturas de la conversación ya me habrías contado tres anécdotas graciosas sobre Katerina o te habrías quejado de la humedad. ¿Qué pasa, mi amor? ¿Estás triste? ¿Te sientes sola en esa isla tan grande?

Aria cerró los ojos y apoyó el cristal frío del vaso contra su mejilla.

«No estoy sola, mamá. Estoy acompañada contantemente por el fantasma de un griego testarudo que no sale de mi cabeza ni aunque me arranque la cabeza.»

—No, mamá, te lo prometo. No estoy triste —mintió Aria, forzando una risa ligera que esperaba que sonara convincente—. Es solo... el calor.

—¿El calor?

—Sí, el calor. Te juro que está a punto de derretirme las neuronas. Hoy el termómetro marca treinta y nueve grados a la sombra, mamá. A la sombra. Siento que, si respiro muy fuerte, voy a exhalar fuego como un dragón. Me tiene completamente agotada, me consume la energía. Apenas he dormido bien estos días por culpa del bochorno.

Era una verdad a medias. No había dormido bien, cierto, pero el bochorno no venía del clima, sino del recuerdo constante de unas manos fuertes y unos ojos verdes clavados en los suyos mientras subía y bajaba sobre ella.

Eleni suspiró, y Aria pudo imaginarla asintiendo comprensivamente en la cocina de su casa.

—Ay, mi niña. Es verdad que este verano está siendo criminal. Tienes que hidratarte mucho, ¿me oyes? Bebe agua, nada de refrescos azucarados. Y dile a la señora Diakos que encienda el aire

acondicionado, que para algo esa familia tiene dinero para comprar media Grecia. No tienes por qué sufrir como una mártir.

Aria soltó una carcajada, mucho más real, sintiendo que el nudo en el estómago se aflojaba. Su madre había mordido el anzuelo. Mejor, no quería preocuparla.

—Se lo diré, mamá. Le exigiré que ponga la casa a temperatura de pingüino.

Eleni también rio.

—Sí, eso. Bueno, te dejo descansar, que si estás tan aplatanada por el calor necesitas una siesta. Te llamaré el martes para cantarte el cumpleaños feliz a grito pelado, ¿entendido?

—Entendido. Gracias, mamá. Te quiero.

—Y yo a ti, mi amor. ¡Bebe agua! —Y con esa última orden, Eleni colgó.

Aria bajó el teléfono y lo dejó sobre la mesa. A su alrededor, el jardín seguía igual de inmutable, bañado por el sol implacable de la tarde. Se pasó ambas manos por el rostro, dejando escapar un suspiro. Había esquivado la bala con su madre, pero no podía mentirse a sí misma.

Miró hacia el horizonte, donde el mar Jónico brillaba como un zafiro líquido, y pensó en Ulises. Pensó en su ceño fruncido, en su exasperación cuando ella le llevaba la contraria, y en cómo todo eso se había desvanecido en la oscuridad de su habitación.

—Maldito calor... —murmuró para sí misma, enjugándose el sudor de la frente con la mano—. Y maldito Ulises Diakos. —Volvió a coger el vaso de té helado y dio un trago.

Aquella tarde, el ventilador de techo de la cocina giraba perezosamente, cortando el aire cálido con un zumbido hipnótico.

Katerina estaba sentada a la gran mesa rústica, que había sido temporalmente invadida por un pequeño ejército de macetas de barro, sacos de tierra húmeda y tijeras de podar. Con la espalda recta como el mástil de un barco y las manos hundidas en el sustrato, acomodaba con mimo unos delicados esquejes de buganvilla. Frente a ella, Matilde, pelaba almendras con la habilidad del mejor chef, ignorando la tierra que amenazaba con invadir su territorio.

Katerina se inclinó hacia adelante, sacudiendo un poco de tierra de los dedos, y bajó la voz un par de octavas, adoptando el tono como si estuviera a punto de revelar la ubicación del Santo Grial.

—Matilde, querida, tenemos una misión de vital importancia —susurró, con los ojos brillando con esa chispa traviesa que los años no habían logrado apagar, mientras presionaba la tierra alrededor de un tallo verde.

Matilde detuvo el cuchillo en el aire, levantó una ceja y miró a su jefa por encima de las gafas de lectura, que a veces ya se tenía que poner para ver mejor.

—¿A quién hay que enterrar en el jardín, Katerina? Sabes que mi espalda ya no está para cavar hoyos profundos —dijo en tono de broma.

Katerina soltó una fuerte carcajada que rebotó contra los azulejos de aire mediterráneo, esparciendo sin querer unas migajas de turba sobre la madera de la mesa.

—Oh, por favor, si tuviera que enterrar a alguien le pediría a Yiannis que alquilara una excavadora. No, es algo mucho mejor. Y menos ilegal. En unos días es el cumpleaños de nuestra querida Aria. Veintisiete añitos, ¡quién los pillara! —exclamó—. El caso es que quiero prepararle una fiesta.

Los ojos de Matilde se iluminaron de inmediato. Dejó el cuchillo sobre la tabla de cortar y se limpió las manos en el delantal. Aria se había ganado el corazón de todos en la casa con su sonrisa fácil y su infinita paciencia.

—¡Me parece una idea estupenda! —prorrumpió, elevando la voz, antes de que Katerina le hiciera un gesto frenético con la mano manchada de tierra para que bajara el volumen.

—Shhh… va a ser una sorpresa —dijo Katerina.

—Ay, perdón. —Matilde se inclinó también sobre la mesa, entrando de lleno en la dinámica conspiratoria de Katerina—. ¿Qué tienes pensado? ¿Una cena elegante? ¿Un almuerzo en el jardín?

—Una fiesta sorpresa por la tarde-noche —sentenció Katerina, saboreando las palabras como si fueran un caramelo, mientras elegía con cuidado el siguiente esqueje que iba a plantar—. Quiero que no se espere absolutamente nada. Esa niña lleva semanas trabajando como una mula y soportando este calor infernal sin quejarse...

—Y sus resfriados de mentira —apuntó Matilde.

—Así es, y mis resfriados de mentira —repitió Katerina—. Necesita un poco de alegría, de música, de gente de su edad.

—Una sorpresa... —murmuró Matilde, asintiendo lentamente con la cabeza, con la mente ya calculando proporciones de harina y azúcar—. Me encanta. ¿A quién invitamos?

—He pensado en algo íntimo, pero animado. Voy a encargarle a Yiannis que haga de mensajero. Le diré que se ponga sus gafas de sol oscuras, que le hacen sentirse como un espía de película, y que invite a Dora y a Xanna, las amigas que Aria ha hecho en el pueblo.

—Sí, Dora es la chica que trabaja en la librería y Xanna es camarera en *La Gaviota*.

—Esas chicas son un torbellino, le darán mucha vida al asunto, y estoy segura de que a Aria le encantará que estén en su fiesta de cumpleaños. Se lleva muy bien con ellas.

—Yiannis estará encantado de ser el mensajero. Cualquier excusa es buena para pasearse por el pueblo con el coche grande y hacerse el misterioso —comentó Matilde con una sonrisa irónica.

—Sí, es verdad —dijo Katerina—. También voy a invitar a Ezio. Aria y él se llevan bien.

—¿A alguien más?

Katerina se detuvo, dejando la pequeña pala de jardinería a un lado. Con cuidado, acarició las hojas de la planta recién sembrada. Su expresión se volvió un poco más calculadora, como una jugadora de póker a punto de lanzar su mejor carta.

—Sí. Voy a llamar a Ulises. Quiero que esté aquí —dijo.

Matilde dejó de picar las almendras.

—¿Ulises? —repitió, con un tono que destilaba escepticismo—. Estaría muy bien que viniera, así afianzaría lo que pudiera haber entre él y Aria, pero ¿crees de verdad que va a venir a su fiesta de cumpleaños? ¿Una fiesta sorpresa, con globos y amigas del pueblo? —Lanzó al aire—. Desde que se fue por aquel problema en la empresa, después de lo de su resfriado, y de que yo le viera salir de la habitación de Aria, no ha vuelto.

Katerina alzó la barbilla, con una sonrisa felina asomando a los labios, sin importarle la mancha de tierra que se acababa de dejar en la mejilla al apartarse un mechón de pelo.

—Le obligaré si es necesario. Soy su abuela —comenzó—. Tengo el poder de la culpa de mi lado, Matilde, y no dudaré en usarlo. Le diré que me duelen las articulaciones o que me queda poco tiempo en esta tierra. Siempre funciona.

Matilde puso los ojos en blanco con cariño.

—Tú tienes la salud de un roble y él lo sabe perfectamente. Además, no puedes utilizar la excusa del resfriado otra vez, o terminarán pillándote —le recordó.

Katerina suspiró, perdiendo un poco de la pose teatral tan característica suya. Sus dedos juguetearon distraídamente con un montoncito de turba húmeda.

—Lo sé, lo sé. Esa excusa puede volverse en mi contra —dijo. Se mordisqueó el labio de abajo—. La verdad es que no tengo ni idea de si vendrá. Ya sabes cómo es. Es más impredecible que el viento del Jónico. Seguramente me pondrá la excusa del trabajo, me dirá que tiene una fusión empresarial en Tokio o que la bolsa de Nueva York colapsará si él se toma un canapé. Pero voy a intentarlo. Siento que... —Katerina hizo una pausa, buscando las palabras exactas, con la mirada fija en las raíces que acababa de cubrir—. Siento que a Aria le gustaría que estuviera aquí y que le vendría bien. No sé qué pasó entre ellos, pero ella está apagada desde que Ulises se fue.

—Yo también le he notado más apagada.

—¿Sabes qué creo, Matilde? —dijo Katerina.

—¿Qué?

—Que pasaron la noche juntos, ya me entiendes, que se acostaron, pero él no ha vuelto a dar señales de vida.

Matilde tenía un sexto sentido para detectar ese tipo de cosas.

—Yo también lo llevo pensando desde hace unos días —dijo—y, sinceramente, si ese es el motivo, no creo que Ulises venga.

Katerina tomó una bocanada de aire.

—Yo tampoco, pero como te he dicho, tengo que intentarlo.

—Bueno, a ti no hay nada que se te resista —afirmó Matilde con un tono optimista en la voz.

Katerina no pudo evitar sonreír.

—Sí, soy Katerina Diakos. Terca como una mula —dijo.

—Venga Ulises o el mismísimo Primer Ministro, aquí no va a faltar comida —anunció Matilde, dándose una palmada en los muslos —. Yo me encargo de todo el menú. Prepararé esos canapés de

hojaldre con queso feta y espinacas que tanto le gustan a Aria, y los rollitos de berenjena. Y también me encargaré de la tarta, por supuesto.

—¿Qué tarta tienes en mente? —preguntó Katerina, con los ojos brillando de anticipación golosa, mientras regaba el esqueje con una pequeña jarrita de agua.

—Algo fresco, que con este calor el chocolate es un suicidio. Una tarta de limón y merengue. Ligera, chispeante, dulce, pero con un toque ácido. Como Aria.

Katerina sonrió, encantada con la metáfora y con el plan en general. Contempló su obra de jardinería sobre la mesa y asintió satisfecha.

—Perfecto, Matilde. Es un plan perfecto. Ahora, tenemos que hacer el juramento de silencio. Si en algún momento, mientras estamos preparando la fiesta estos días, Aria entra por la puerta y nos pilla, le diremos que estábamos hablando de... de la poda de los olivos.

—De la poda de los olivos —repitió Matilde, guiñando un ojo a Katerina y volviendo a coger su cuchillo para seguir picando las almendras. Las necesitaba para su próximo guiso. Sonrió—. Será la mejor fiesta que esta casa haya visto en años, Katerina. Te lo garantizo.

—No tengas ninguna duda, Matilde —dijo ella.

CAPÍTULO 57

La cocina se había transformado en algo parecido al cuartel general de una operación militar encubierta, si los militares en cuestión estuvieran armados con mangas pasteleras, rollos de papel crepé de colores pastel y una cantidad indecente de queso feta. El aire olía a vainilla, a limón recién rallado y a la inconfundible fragancia de la conspiración. Porque otra cosa no, pero en Villa Penélope no había semana que no hubiera una conspiración.

Matilde, con un delantal que a esas alturas del día ya parecía un lienzo de arte abstracto, batía unas claras de huevo con la misma energía que si estuviera exorcizando demonios. A su lado, Katerina inspeccionaba una guirnalda de luces como si se tratara de un collar de diamantes.

—Si ponemos esto en el tronco y las ramas del olivo grande, le dará un toque mágico —murmuró Katerina, desenredando el cable —. Matilde, ¿cuántas botellas de champán dijo Yiannis que traería?

—Suficientes para que los invitados acaben bailando *sirtaki* sobre la mesa —bromeó Matilde sin dejar de batir, con la respiración un poco agitada, pero con una sonrisa de oreja a oreja—. Y he escondido los globos en la despensa, detrás de las latas de tomate en conserva. Aria nunca busca ahí.

Katerina rio encantada.

—Perfecto. Todo marcha sobre ruedas. Solo me falta atar un pequeño y testarudo cabo suelto. —Dejó la guirnalda de luces sobre

la mesa, se limpió las manos y sacó su teléfono móvil del bolsillo. Lo desbloqueó—. Es hora de llamar a las altas esferas.

A varios cientos de kilómetros de allí, Ulises miraba la pantalla de su ordenador con el ceño fruncido. El aire acondicionado sonaba con un murmullo aséptico, manteniendo la temperatura en unos perfectos y gélidos veintiún grados. Estaba a punto de enviar un correo electrónico a su equipo de marketing cuando su teléfono vibró sobre la mesa.

Al ver el identificador de llamadas, Ulises se preocupó.

—Hola, abuela. ¿Estás bien? —preguntó casi sin respirar.

Katerina puso los ojos en blanco.

—Claro que estoy bien, ¿por qué no habría de estarlo? —dijo.

—No sé, últimamente entre la infección de orina y el resfriado…

—Eso son solo achaques de la edad, ya los sufrirás tú cuando llegues. Claro, si es que llegas…

—Abuela, ¿qué quieres?

—Te llamo para invitarte a un evento social de primer nivel. Exclusivo. Al que solo se puede acudir con invitación —anunció Katerina con voz enfática.

Ulises se recostó en el sillón ergonómico de cuero, girando un bolígrafo de plata entre los dedos.

—Si es otra de esas galas benéficas donde intentas emparejarme con las hijas o nietas de tus amigas del club, la respuesta es no.

—Oh, por favor, que desconsiderado eres. Pero no, no es eso. —Katerina bajó la voz, adoptando un tono teatral y misterioso que hizo que Ulises arqueara una ceja, aunque ella no pudiera verlo—. Es una fiesta sorpresa. El martes por la noche. Para Aria. Es su cumpleaños y le estamos preparando algo muy especial con sus amigas del pueblo. Tienes que venir.

El bolígrafo de plata resbaló de los dedos de Ulises y cayó sobre el escritorio.

El tiempo pareció detenerse un segundo en el interior del despacho.

«¿El cumpleaños de Aria?».

Ulises parpadeó, sintiendo que el cerebro le patinaba. No tenía ni idea de que era su cumpleaños. Una punzada extraña le atravesó el pecho. De repente, la imagen de Aria apareció en su mente con una claridad pasmosa.

Y ahí estaba el problema. El gran, inmenso e inexplicable problema.

Ulises tragó saliva, sintiendo que el nudo de la corbata le apretaba. Lo que sentía por Aria estaba cruzando una línea peligrosa. Si iba a esa fiesta, si la veía sonreír rodeada de luces, si la veía feliz y sorprendida..., emocionada, estaba perdido. Su instinto de supervivencia se activó con luces rojas de emergencia.

«No vayas. Aléjate. Corta por lo sano antes de que sea tarde.»

—No... no sabía que era su cumpleaños. Qué bien. Felicítala de mi parte —dijo finalmente, esforzándose por mantener la voz en un tono neutro, casi aburrido, mientras el pulso le iba a mil por hora.

—¿Felicítala de mi parte? —repitió Katerina, y Ulises pudo visualizar perfectamente cómo su abuela se ponía en jarras—. Ulises Diakos, no soy un servicio de mensajería. Se lo dirás tú mismo cuando llegues el martes por la tarde. Habrá tarta de limón y merengue.

—Abuela, no puedo ir —soltó él, tratando de buscar un buen argumento—. Es martes. Mitad de semana. Al día siguiente tengo que trabajar. Tengo responsabilidades, reuniones, una empresa que dirigir. No puedo simplemente coger el helicóptero y plantarme allí para comer tarta y tirar confeti.

Se oyó un bufido al otro lado de la línea. Era Matilde, de fondo, que no perdía detalle. Katerina retomó la palabra con indignación.

—¡Por el amor de Dios, Ulises! Eres el dueño de la empresa. El CEO, el jefe supremo, el gran kahuna, o como demonios os llaméis ahora... No tienes que pedirle permiso a nadie. Si quieres tomarte un miércoles libre, te lo tomas. Y si alguien se queja, lo despides. O mejor, lo traes a podar mis olivos.

—La empresa no funciona así, abuela —replicó Ulises, frotándose la sien, donde empezaba a palpitar una pequeña migraña —. No puedo cancelar una junta directiva porque haya globos en tu jardín. Sería poco profesional. Irresponsable.

—Irresponsable es perderse los momentos de alegría por estar mirando informes de mil páginas en la pantalla del ordenador, querido nieto. Un poco de champán y buena compañía te quitarán ese color cetrino de vampiro oficinista que se te está poniendo — contraatacó Katerina, con la agilidad de una esgrimista.

—Pero ¿qué…?

—Además —lo interrumpió Katerina, ignorando su posible protesta—, Aria se alegrará mucho de verte. Trabaja muy duro y se merece que todos estemos el día de su cumpleaños felicitándola.

La mención de que Aria se alegraría de verle fue como un dardo envenenado directo a sus defensas. Ulises cerró los ojos con fuerza.

—Me es completamente imposible ir, abuela —insistió, endureciendo el tono, levantando un muro entre él y Katerina—. Tengo la agenda cerrada. Felicítala de mi parte, si quieres. O no. Pero no voy a asistir.

El silencio que hubo después de la rotunda negativa de Ulises duró exactamente tres segundos. En el despacho, Ulises exhaló, creyendo ingenuamente que había ganado la batalla. En la cocina, sin embargo, Matilde detuvo las varillas de batir y dio un paso atrás, persignándose mentalmente. Conocía esa mirada en los ojos de

Katerina. Era la mirada de una emperatriz a punto de ordenar que rodaran cabezas.

Katerina se irguió, alisando su delantal con una lentitud deliberada que habría aterrorizado a cualquier miembro de la junta directiva de su nieto.

—Escúchame bien, Ulises Diakos —comenzó. Su voz había perdido cualquier rastro de dulzura de abuela, ahora sonaba como el acero envuelto en terciopelo—. No te estaba sugiriendo incluirte en la lista de invitados. Te estaba informando de tu itinerario para el martes por la noche. Vas a venir a esta fiesta.

Ulises, a cientos de kilómetros de distancia, sintió que la silla ergonómica de tres mil euros de repente le quedaba pequeña. Se aflojó el nudo de la corbata, sintiendo un calor repentino que desafiaba el impecable sistema de climatización de su edificio inteligente.

—Abuela, por favor —replicó, intentando inyectar en su tono toda la autoridad de un CEO, aunque sonó parecido a un adolescente acorralado—. No puedes darme órdenes. Ya no tengo diez años para que me obligues a asistir a la fiesta de cumpleaños de nadie bajo la amenaza de dejarme sin postre. Soy un hombre adulto. Dirijo un imperio naviero.

—Y yo soy tu abuela —disparó Katerina, con la precisión de un francotirador—. La misma mujer que te limpiaba los mocos cuando llorabas porque te raspabas las rodillas. La misma que te enseñó a atarte los zapatos. Así que me importa un comino si diriges un imperio financiero o un puesto de limonada en la esquina. Para mí, sigues siendo mi nieto, y cuando tu abuela te dice que hay una fiesta y que tienes que venir, tú te pones tu mejor traje y apareces.

Ulises se frotó la cara con la mano, emitiendo un gruñido. La imagen de Aria, con aquella sonrisa que amenazaba con desmoronar todas sus barreras, volvió a asaltarle. Ir a esa fiesta era un suicidio. Si la veía soplar las velas, si la veía reír, iba a terminar haciendo algo

estúpido, como besarla. O algo romántico, como invitarla a cenar. O peor, admitir que le importaba.

—Es una locura, Katerina —intentó razonar, usando su nombre de pila en un intento desesperado de igualar las fuerzas—. Tengo una videoconferencia con Tokio a las ocho de la mañana del miércoles.

—Oh, perdona, señor —ironizó Katerina, paseándose por la cocina, mientras Matilde se tapaba la boca para ocultar la risa—. ¿Acaso no tienes un helicóptero que sabes pilotar y que te traerá y te llevará en poco más de una hora?

—Abuela…

—¡Pues entonces ya está! —canturreó Katerina, sin dejarle hablar, saboreando la victoria—. Mira, cariño, sé que te encanta hacerte el duro y fingir que tu corazón es un témpano de hielo que solo bombea café negro y dividendos. Pero Aria es importante. Es importante para mí, es importante para esta casa, y, aunque te niegues a admitirlo, sé… que te cae bien. —Katerina no quería ahondar más en qué podía o no sentir Ulises para que no saliera definitivamente corriendo—. Se merece que estemos todos —añadió.

El golpe bajo de la culpa aterrizó justo en el centro del pecho de Ulises.

Maldita fuera.

—Abuela... —empezó, tratando de lanzar una nueva excusa.

—No hay «abuela» que valga —lo cortó Katerina, implacable—. Te espero el martes. A las nueve de la noche en punto. Ni un minuto más tarde, o le diré a Matilde que le dé tu porción de tarta al perro del vecino. Y Ulises... —añadió—. No se te ocurra aparecer con las manos vacías. Cómprale un regalo bonito. Algo que no grite «le pedí a mi secretaria que lo comprara en el duty-free». Algo con alma. Nos vemos el martes, querido.

Y sin darle tiempo a articular una sola palabra más, Katerina colgó.

El silencio llenó el otro lado de la línea. Ulises se quedó mirando la pantalla del móvil apagada durante un minuto entero, con la boca ligeramente entreabierta. Había negociado fusiones multimillonarias con magnates del petróleo que daban menos miedo que su abuela armada con un teléfono y una fiesta sorpresa.

Dejó caer la cabeza sobre el escritorio, escuchando el suave golpe de su frente contra la superficie.

Mientras tanto, en la cocina bañada por el sol, Katerina dejó el móvil sobre la encimera como si acabara de desactivar una bomba y salvar el mundo. Se giró hacia Matilde, con una expresión seria en el rostro.

Matilde, que ya no se molestaba en disimular, se apoyó en la encimera y se echó a reír.

—Ay, Katerina... Pobre muchacho —dijo.

Katerina soltó un bufido, cogiendo una uva del frutero y llevándosela a la boca.

—Pobre muchacho, mis narices. Ese chico es de lo que no hay. —Negó con la cabeza—. Se cree que me chupo el dedo, Matilde. «Tengo que trabajar, tengo reuniones, tengo, tengo, tengo…» ¡Tonterías!

—Desde luego, cuando se pone terco, es igualito a ti —comentó Matilde, volviendo a encender la batidora a velocidad baja, mientras el aroma a vainilla parecía intensificarse en la cocina—. Pero vendrá, ya lo verás.

Katerina hizo una mueca con la boca. Ella no estaba tan convencida.

—Yo no estoy tan segura, Matilde —dijo, cogiendo el rollo de papel crepé—. Conozco a Ulises. Si se le ha metido en la cabeza que no va a venir… lo más probable es que no venga. —Chasqueó la lengua.

—Bueno, mantendremos la esperanza hasta el último momento —la animó ella.

—No nos que más remedio que esperar —dijo Katerina—. Ahora, pásame las tijeras. Tenemos una fiesta que decorar y hemos de ir adelantando trabajo para que luego no se nos junte todo.

CAPÍTULO 58

El martes amaneció con la luz dorada típica del Mediterráneo y un teléfono que parecía haber cobrado vida propia. Desde las ocho de la mañana, el móvil de Aria no había dejado de sonar, emitir pitidos, vibrar y reproducir su tono de llamada con una insistencia casi de locura.

Su madre había sido la primera, cantándole un «Cumpleaños feliz» ligeramente desafinado pero lleno de amor, seguida de sus tías, sus primas, primos y un desfile de viejas amigas que le recordaron anécdotas que ella creía (y esperaba) felizmente olvidadas, pero que no lo estaban. Bueno, por lo menos le sirvieron para echarse unas risas.

Aria sentía que flotaba en una nube de cariño. Sin embargo, al bajar a la planta principal de la mansión, el día parecía transcurrir con la más absoluta y decepcionante normalidad. Katerina estaba enfrascada en sus plantas, Matilde en sus comidas, y nadie parecía recordar qué día era. Aria, con esa mezcla de madurez y resignación que la caracterizaba, decidió que no pasaba nada. Al fin y al cabo, era un martes laborable como otro cualquiera.

Lo que Aria no sabía era que, a sus espaldas, la mansión era una olla a presión de secretismo y conspiración.

A media tarde, Katerina la interceptó en el pasillo con una lista escrita a mano que parecía un pergamino antiguo.

—Aria, cariño, necesito que me hagas un favor inmenso —dijo, ajustándose las gafas con un suspiro—. Matilde está ocupadísima y yo tengo un principio de dolor de cabeza. Necesito que vayas al pueblo. Hay que comprar algunas cosas urgentemente.

Aria parpadeó, mirando la lista.

—¿Extracto de vainilla? ¿Hilo dental? ¿Crema para los callos de la farmacia? —enumeró—. Katerina, ¿en serio necesitas todo esto hoy? —le preguntó, porque la lista era realmente interminable.

—Por supuesto —respondió ella con una naturalidad pasmosa—. Así no habrá que bajar el resto de la semana. Pero no te preocupes, Yiannis te va a llevar. Ya le he avisado. Tómate tu tiempo, no hay prisa. De hecho, si quieres, date un paseo. Respira.

Y así, Aria se vio metida en el asiento trasero del coche, conducido por un Yiannis que, misteriosamente, parecía haber olvidado cómo pisar el acelerador. El trayecto al pueblo, que normalmente tomaba diez minutos, se convirtió en una odisea a veinte kilómetros por hora.

—Yiannis, ¿le pasa algo al motor? —preguntó Aria, viendo cómo un ciclista los adelantaba por la derecha.

—El motor está perfecto. Es solo que... quiero que disfrute del paisaje. Ítaca está precioso hoy, ¿no cree? —respondió el chófer, mirándola por el espejo retrovisor con una sonrisa.

—Sí, claro —dijo Aria.

Suspiró, apoyando la mejilla en la ventanilla.

La tarde se convirtió en una especie de yincana. Yiannis insistió en acompañarla a cada uno de los recados, debatiendo con el farmacéutico durante veinte minutos sobre las propiedades de la crema para los callos, y luego obligando a Aria a sentarse en una terraza a tomar un café helado porque «se sentía un poco mareado».

Mientras tanto, en el jardín trasero de la mansión, el caos organizado había alcanzado su punto álgido.

Las guirnaldas de luces leds parpadeaban entre las ramas de los árboles, creando un dosel de estrellas artificiales. Matilde estaba colocando las bandejas de los canapés sobre la mesa, mientras Dora y Xanna, daban saltitos de emoción, cuchicheando y recolocando los regalos sobre una mesa adornada con manteles de color oro.

Ezio observaba la escena con una copa de champán en la mano y su habitual traje impoluto, aunque se había aflojado la corbata. Y es que el calor no perdonaba a nadie.

—Katerina, si alguien tropieza con esos cables de luz y se rompe un tobillo, que conste en acta que te lo advertí —comentó con ironía.

—Oh, cállate, Ezio, y bébete el champán. Si alguien se rompe un tobillo, lo demandaremos por arruinar la fiesta —replicó Katerina, paseando la mirada hacia el helipuerto por enésima vez.

Su sonrisa flaqueó un poco. El sol ya se había puesto, el cielo se teñía de un azul índigo profundo, y el helipuerto seguía vacío. No había rastro del helicóptero de Ulises. Katerina apretó los labios.

«Maldito muchacho testarudo», pensó, sintiendo una punzada de decepción.

Había albergado la esperanza de que, bajo aquella coraza de hombre de negocios implacable, su nieto tuviera el sentido común de aparecer. Pero el reloj avanzaba inexorable y la esperanza de Katerina se iba desinflando como un globo mal atado.

A las nueve menos diez, el teléfono de Yiannis vibró. Era un WhatsApp de Matilde:

«¡Todo está listo! ¡Tráela ya!»

—Bueno, señorita Shaw, creo que ya es hora de volver —anunció Yiannis, levantándose de la silla de la cafetería con una agilidad repentina que contradecía su supuesto mareo.

Al menos el trayecto de vuelta no fue tan exasperante como el de ida.

Cuando por fin llegaron a la mansión, el reloj marcaba las nueve en punto. La casa estaba extrañamente a oscuras.

—Qué raro... ¿Se habrá ido la luz? —murmuró Aria, frunciendo el ceño, mientras salía del coche con un par de bolsas de la mano.

—Seguro que Katerina está en el jardín trasero. La temperatura es ideal a estas horas —improvisó Yiannis, empujándola suavemente por los hombros hacia el sendero que bordeaba la casa.

Aria caminó hacia la parte trasera, con Yiannis detrás de ella como un guardaespaldas. El sonido de la grava crujiendo bajo sus sandalias era lo único que rompía el silencio. Dobló la esquina del seto de jazmines y, de repente...

¡ZAS!

El jardín entero se iluminó de golpe, bañado en un resplandor dorado.

—¡SORPRESA! —gritaron varias voces al unísono.

Aria dio un respingo tan grande que la bolsa de la farmacia estuvo a punto de salir volando. Las dejó en el suelo y se llevó ambas manos a la boca, abriendo los ojos de par en par.

Estaban todos. Matilde, con una sonrisa de oreja a oreja; Dora y Xanna, que corrieron hacia ella chillando de alegría; Ezio, levantando su copa a modo de saludo; y Katerina, radiante, abriendo los brazos de par en par.

—¡Feliz cumpleaños! —exclamó, avanzando para envolverla en un abrazo con olor a perfume caro y cariño sincero.

—Yo... vosotros... Pero ¿qué es todo esto? —balbuceó Aria, sintiendo que un nudo de emoción le apretaba la garganta. Lágrimas de felicidad empezaron a asomar por las comisuras de los ojos—. ¡Me habéis engañado! ¡Ahora entiendo lo de Yiannis y su mareo!

Giró el rostro hacia atrás y miró al chófer por encima del hombro, que se limitó a sonreír.

Las risas estallaron en el jardín. Dora y Xanna se abalanzaron sobre ella, llenándola de besos y abrazos, mientras Matilde se acercaba para darle un achuchón maternal.

—Te mereces esto y mucho más, tesoro —le susurró Matilde, acariciándole la mejilla.

El ambiente era mágico, chispeante, lleno de una energía vibrante que hacía que el aire pareciera cargado de magia. La música de fondo empezó a sonar suavemente, y Ezio se acercó para ofrecerle una copa de champán.

—Felicidades, Aria. Como asesor legal de esta familia, te aconsejo encarecidamente que te bebas esto y te comas el trozo más grande de tarta —bromeó, guiñándole un ojo.

Aria rio, y el sonido resonó en el jardín. Se sentía inmensamente feliz, abrumada por el cariño de aquella gente que se había convertido en su familia.

Pero entonces, mientras daba un sorbo al champán y sus ojos recorrían el jardín iluminado, su mirada hizo un barrido involuntario, casi instintivo. Pasó por la mesa de los regalos, por el viejo roble, por la figura de Yiannis que se estaba uniendo al grupo... y se detuvo en las sombras del helipuerto.

Nada.

Su corazón dio un pequeño vuelco, un latido discordante en medio de la sinfonía de alegría. Lo buscó entre los invitados, detrás de Ezio, cerca de la puerta de la cocina, por si salía de la casa. Pero Ulises no estaba. El hombre de los trajes hechos a medida, la mirada

intensa y los gruñidos, no había ido. No estaba en su fiesta de cumpleaños.

Aria tragó saliva, sintiendo una minúscula punzada de decepción.

«¿Qué esperabas? —se regañó a sí misma en silencio, obligándose a mantener la sonrisa intacta en la cara—. Es el dueño de un imperio. No va a cancelar su vida para venir a comer tarta contigo. No seas idiota.»

—¿Aria? ¿Estás bien, cariño? —preguntó Katerina, que la observaba con esos ojos astutos que parecían leerle el alma. Ella también había notado la ausencia, y su tono contenía un matiz de comprensión.

—Sí, perfectamente —respondió Aria rápidamente, alzando la barbilla y forzando que la sonrisa llegara a sus ojos. Y era verdad, o al menos quería que lo fuera. Estaba rodeada de luz, de música y de gente que la quería—. Es que... es la sorpresa más bonita que me han dado nunca.

—¿Te ha gustado?

—Me ha encantado. —Aria miró hacia la mesa donde estaban los canapés—. ¡Vamos a probar esos canapés! —dijo.

Katerina sonrió y Aria se dejó arrastrar por ella hacia la mesa. No iba a permitir que la ausencia de Ulises apagara las luces de su noche. Aunque, en el fondo, supiera que una pequeña parte de su corazón se había quedado mirando hacia el helipuerto.

El jardín trasero de la mansión Diakos se había transformado en un escenario sacado de una película de esas que dan buen rollo desde el principio y que te dejan con un buenísimo sabor de boca. Las tiras de luces led titilaban entre las ramas de los olivos

centenarios, y la suave brisa nocturna arrastraba el aroma dulzón de los jazmines, las buganvillas y el champán.

Aria, con una copa de cristal tallado en una mano y una sonrisa que le empezaba a dar agujetas en las mejillas, arrinconó a sus dos mejores amigas cerca de la mesa de los canapés. Dora y Xanna la miraron con esa inocencia fingida que solo las verdaderas culpables saben poner.

—Sois unas perras —soltó Aria, entrecerrando los ojos con una falsa mirada asesina—. Unas perras traidoras y manipuladoras. ¿Cómo habéis sido capaces de mirarme a la cara toda la semana y no soltar ni prenda? ¡Si hasta te quejaste de que hoy tenías que quedarte hasta tarde en la librería haciendo inventario, Dora!

Dora carcajeó, llevándose una mano al pecho. Se había puesto un vestido vaporoso que ondeaba con la brisa, dándole un aire de ninfa del bosque que contrastaba con su risa pícara.

—¡Era una sorpresa, tonta! —se defendió, dándole un empujoncito cariñoso en el hombro—. Si te llego a dar la más mínima pista, con lo lista que eres, lo habrías descubierto todo.

—De verdad, chicas, gracias —dijo Aria, rebajando el tono de broma durante un segundo para dejar asomar una agradecimiento cálido y sincero—. Significa muchísimo para mí que estéis aquí. Sé que es martes, que mañana trabajáis...

Xanna, que estaba dando buena cuenta de un canapé de salmón ahumado con la elegancia de una duquesa y el apetito de un leñador, agitó la mano libre en el aire para restarle importancia. Con su vestido rojo ajustado y su habitual desparpajo, Xanna era un huracán de sinceridad sin filtros.

—Ay, por favor, Aria, no te pongas sentimental que se me corre el rímel —replicó, tragando y dándole un sorbo a su copa—. A ver, seamos sinceras, no nos habríamos perdido esto por nada del mundo. ¿Te crees que la oportunidad de colarnos en la mansión Diakos y beber champán que cuesta más que mi alquiler se presenta

todos los días? Yo ya he hecho fotos hasta de los pomos de las puertas para subirlas a Instagram.

Aria no pudo reprimir una carcajada. Sabía de sobra que Xanna bromeaba (bueno, en parte, lo de las fotos de los pomos probablemente fuera cierto), y que ambas habrían ido a celebrar su cumpleaños, aunque hubiera sido en el descampado detrás de la gasolinera del pueblo. Pero le encantaba esa forma que tenía Xanna de quitarle hierro a las cosas.

—Es que, fíjate en esto, tía —continuó Xanna, abriendo los brazos para abarcar la inmensidad del jardín iluminado, las estatuas de mármol y la piscina que brillaba al fondo—. Esto no es una casa, es una ciudad propia. Si me pierdo yendo al baño, por favor, mandad un equipo de rescate.

—Es espectacular, la verdad —coincidió Dora, suspirando mientras miraba hacia la imponente fachada de piedra de la mansión —. Aunque, hablando de vistas espectaculares... —Dora bajó la voz a un susurro conspiratorio y le dio un codazo a Xanna—. ¿Dónde está el dueño del castillo?

Xanna chasqueó la lengua.

—Eso digo yo. Es una pena que no podamos alegrarnos la vista con el buenorro de Ulises. Yo venía mentalizada para verle pasear con uno de esos trajes de tres piezas que le quedan como si se los hubieran pintado encima.

El nombre de Ulises hizo que el estómago de Aria diera un pequeño e inoportuno vuelco. Intentó mantener la expresión neutra, componiendo una máscara de indiferencia que esperaba que resultara convincente. Le dio un sorbo al champán.

—No ha venido —dijo por fin, encogiéndose de hombros con una ligereza estudiada—. Está en Atenas, o en algunos de sus viajes de negocios. Ya sabéis cómo es esto. Es el CEO de una multinacional, no tiene tiempo para venir a un cumpleaños un martes por la noche.

Dora, que tenía una sensibilidad especial para detectar el cambio en los tonos de voz de las personas, ladeó la cabeza y le dedicó una mirada de empatía.

—Bueno, él se lo pierde —dijo, rodeando la cintura de Aria con un brazo—. Nosotras somos mucho mejor compañía que cualquier amargado con traje, por muy guapo que sea.

—¡Así se habla! —secundó Xanna, levantando su copa—. Si el Ogro de la Colina no quiere venir a probar la tarta, más para nosotras. Nosotras vamos a celebrar tu cumpleaños como te mereces.

Aria sonrió, notando que el pequeño nudo de decepción que sentía en el pecho se aflojaba gracias al cariño de sus amigas. Iba a responder, dispuesta a proponer un brindis por la amistad y los canapés gratis, cuando una voz profunda sonó por la espalda.

—Señoritas. Espero no interrumpir un cónclave demasiado secreto.

Las tres se giraron.

Allí estaba Ezio. Llevaba un traje azul marino, el pelo perfectamente engominado hacia atrás y una sonrisa que él probablemente consideraba arrebatadora, pero que a Aria en aquel momento le parecía un poco a la de un tiburón a punto de morder a alguien.

—Ezio —dijo Aria, manteniendo la cortesía.

Xanna, a su lado, enarcó una ceja, evaluando al abogado con descaro de arriba abajo.

—Aria. —Ezio dio un paso al frente, ignorando olímpicamente a Dora y a Xanna, y le tendió una pequeña caja rectangular forrada en terciopelo negro—. No quería dejar pasar la oportunidad de darte mi regalo personalmente. Feliz cumpleaños.

—Aria, vamos a por más champán —dijo Xanna, antes de alejarse junto a Dora.

—Vale —contestó ella.

Ya a solas con Ezio, Aria parpadeó, sorprendida. No esperaba un regalo suyo. No se conocían tanto como para que él le regalara nada. Cogió la caja con cierta vacilación, sintiendo el peso del objeto que había en su interior. Al abrirla, un destello plateado le hizo entrecerrar los ojos. Era un reloj. Y no un reloj cualquiera; era una pieza de relojería suiza, delicada, elegante, con pequeñas esferas que parecían diamantes incrustados en la correa.

—Ezio... esto es... —Aria tragó saliva, abrumada. Ese reloj tenía que costar mucho dinero—. Es demasiado. No puedo aceptar algo tan caro, de verdad, yo...

—Bobadas —la cortó Ezio, con un gesto de la mano, acercándose un paso más, invadiendo sutilmente el espacio personal de Aria—. Para una mujer tan excepcional, solo lo mejor. Además, es una minucia. Quería que tuvieras algo que estuviera a la altura de tu belleza esta noche.

Aria sintió que las mejillas se le sonrojaban, y no precisamente por el halago. La intensidad de la mirada de Ezio había empezado a incomodarle últimamente. Era ese tipo de galantería pesada, antigua, que te obligaba a sonreír por educación mientras por dentro buscabas la salida de emergencia más cercana.

—Te lo agradezco muchísimo, Ezio, de verdad. Es precioso —dijo, cerrando la caja con un chasquido rápido, como si temiera que el reloj fuera a morderla—. Pero no hacía falta.

—Claro que hacía falta —insistió él, bajando un poco el tono de voz para hacerlo sonar más íntimo, lo cual solo consiguió que Aria diera un imperceptible paso hacia atrás—. Estás absolutamente deslumbrante hoy. Ese vestido resalta... bueno, resalta todo lo que tiene que resaltar —dijo, mirándola de arriba abajo—. Es un crimen que alguien tan guapa esté escondida en esta casa —añadió.

¿Qué coño quería decir eso?

A unos pasos de distancia, Xanna tosió de repente, un sonido que sonó sospechosamente parecido a un «madre mía». Dora se mordió el labio inferior, mirando a Aria con las cejas levantadas, como preguntándole si necesitaba que la rescataran.

Aria dejó escapar una risita nerviosa, restándole importancia con un gesto rápido de la mano.

—Son los focos del jardín, Ezio, que hacen milagros con cualquiera. Y el maquillaje, claro. Pura chapa y pintura —dijo.

—No seas modesta, Aria. La belleza natural no se puede fingir. —Ezio se inclinó un poco más, sonriendo con todos los dientes, en un claro ejemplo de no saber leer a Aria. Era el típico tío que, sin recibir ninguna señal, se creía que era un regalo para las mujeres—. Y te aseguro que yo tengo muy buen ojo para apreciar las obras de arte.

«Qué pesado », pensó Aria.

Tenía la sensación de que el aire empezaba a faltarle. Necesitaba salir de aquel atolladero antes de que Ezio le ofreciera llevarla a París en su jet privado o algo igualmente incómodo. ¿Cuándo había pasado de ser un chico con el que se podía hablar de libros a convertirse en un plasta? Su cerebro trabajó a toda máquina buscando una excusa plausible.

Miró por encima del hombro de Ezio hacia la mesa de bebidas.

—Matilde me está haciendo señas. Creo que quiere darme su regalo —dijo.

Ezio parpadeó, desconcertado por el cambio brusco de tema.

—Voy a ver qué quiere —añadió Aria con prisa en la voz—. Muchísimas gracias otra vez por el reloj, eres muy amable.

Y sin darle tiempo a Ezio a articular una sola palabra más de su repertorio de halagos de saldo, Aria echó a andar a zancadas hacia el otro lado del jardín, huyendo de la zona de peligro con la agilidad de quien escapa de un campo de minas.

CAPÍTULO 59

El ritual de los regalos había llegado a su fin, culminando con una montaña de papel de envolver brillante, lazos de seda y un reloj suizo que Aria había guardado en su caja, con la misma rapidez que si estuviera escondiendo algo de contrabando.

El ambiente en el jardín de la mansión era una delicia de risas, copas tintineantes y los últimos éxitos de la música pop internacional que se escuchaban a través de los altavoces que había instalado Yiannis.

Fue entonces cuando Matilde, con la solemnidad de un sacerdote en plena ceremonia, hizo su gran entrada. Llevaba entre las manos una tarta de limón y merengue, fresquita para el tiempo estival, cubierta de virutas de lima. Las velas, estratégicamente colocadas, iluminaban su rostro, que sonreía de oreja a oreja.

—¡Abrid paso, abrid paso, que viene la obra maestra! —anunció Matilde, depositando la tarta sobre la mesa principal con sumo cuidado.

Katerina, elegante como siempre con uno de sus vestidos, dio una palmada entusiasmada, con los ojos brillando de alegría.

—¡Oh, Matilde, te has superado! —exclamó, antes de girarse hacia Aria y agarrarla por los hombros para posicionarla frente a la tarta, como si la estuviera preparando para un lanzamiento de penalti—. Venga, cariño. El momento de la verdad ha llegado. Tienes que pedir un deseo. Y nada de desear la paz en el mundo, que eso

está muy visto, y no sirve para mucho, a juzgar cómo están muchos países —dijo, con su incombustible sentido del humor ácido—. Pide algo para ti.

—Y sopla fuerte que, si queda una sola vela encendida, el deseo se lo lleva el diablo, o eso decía mi abuela —añadió Matilde, guiñándole un ojo.

Aria se echó a reír, sintiendo el calor de las pequeñas llamas en el rostro y el aroma embriagador a limón. Miró a su alrededor. Estaban sus amigas, estaba Katerina, estaba Matilde, estaba Yiannis... Incluso Ezio estaba allí, acechando como un halcón con traje de diseño. Aria cerró los ojos un segundo.

«¿Un deseo? —pensó—. Que Ezio deje de mirarme como si fuera una inversión en la bolsa muy atractiva —bromeó para sí misma. El champán ya debía de estar haciendo de las suyas—. O mejor aún, que esta noche no se acabe nunca.»

Con una sonrisa pícara dibujada en los labios, Aria se inclinó sobre la tarta. Apoyó las manos en el borde de la mesa, cogió aire, llenando sus pulmones hasta el tope e inflando las mejillas, dispuesta a desatar un vendaval sobre aquellas velas. Pero no iba a dejar ninguna encendida.

Estaba a un segundo de exhalar cuando una voz cortó el aire.

Era una voz profunda, grave y con esa textura aterciopelada que hace que las vibraciones se sientan directamente en la base de la columna vertebral.

—Espero no llegar demasiado tarde.

Aria se quedó petrificada. Literalmente. Con los pulmones llenos de aire, las mejillas infladas como un pez globo y los labios fruncidos a un centímetro de la llama más cercana.

El jardín entero pareció detenerse. La canción *Houdini* de Dua Lipa, como si estuviera sincronizada con el destino, terminó en ese preciso instante, dejando un silencio repentino en el que solo se

escuchaba el canto de las chicharras y el murmullo de las olas del mar.

Todos los rostros se giraron hacia el otro extremo del jardín, allí donde las sombras de los árboles se encontraban con la luz de las guirnaldas de luces. Y de entre esas sombras, emergió él.

Ulises.

Si alguien hubiera querido escribir la definición exacta de entrada triunfal, habría tomado notas en ese momento.

Ulises avanzaba por el césped verde como si fuera el mismísimo Odiseo regresando a las costas de Ítaca después de la Guerra de Troya, solo que este Odiseo no llevaba harapos ni cicatrices de batalla, sino un traje negro hecho a medida que se ajustaba a su cuerpo con una precisión casi insultante. Llevaba una camisa negra y una corbata del mismo color. Todo al negro. Un dios del inframundo moderno, oscuro, magnético y letalmente atractivo, que acababa de materializarse en medio de una fiesta de cumpleaños.

«¿Cómo demonios ha llegado?», fue el primer pensamiento coherente que logró cruzar la mente colapsada de Aria.

No habían oído nada. Ni el rugido del motor, ni el batir de las aspas. Claro que, con la música a todo volumen en los altavoces, las risas de Xanna y el alboroto general, un helicóptero militar podría haber aterrizado en el tejado y nadie se habría enterado.

Mientras Ulises caminaba hacia la mesa, algunas mandíbulas se cayeron al suelo.

Las reacciones no se hicieron esperar. A unos metros de distancia, Ezio, que hasta hacía un segundo se creía el macho alfa del lugar gracias al reloj suizo que le había regalado a Aria, tensó la mandíbula. Su sonrisa se transformó en una mueca agria, y apretó los labios en una línea, destilando unos celos tan palpables que casi se podían embotellar y vender. Su momento de gloria acababa de ser aplastado por un hombre vestido de negro que ni siquiera se había despeinado al bajar del helicóptero.

Pero el verdadero espectáculo estaba junto a Aria.

Xanna y Dora, que sostenían sus copas de champán, se habían quedado patidifusas. Dora tenía los ojos tan abiertos que parecía haber visto un fantasma, mientras que Xanna, la siempre locuaz y descarada Xanna, tenía la boca ligeramente entreabierta, mirándolo con una expresión de absoluto embobamiento. Si Ulises les hubiera pedido en ese momento que le transfirieran sus ahorros, ambas lo habrían hecho sin pestañear. Era, a falta de una palabra mejor y menos usada, un dios. Un dios, en su caso, griego.

Y luego estaba Aria.

Aria seguía inclinada sobre la tarta, a medio soplar, incapaz de soltar el aire que tenía en los pulmones. El corazón le dio un vuelco tan salvaje que temió que se le saliera por la boca y saltara a la mesa, encima de las velas aún sin soplar. La sorpresa la había paralizado por completo.

Él había dicho que no vendría.

Él estaba en Atenas.

Él era el CEO ocupado que no tenía tiempo para fiestas de cumpleaños un martes.

Y, sin embargo, estaba allí.

Ulises se detuvo al otro lado de la mesa, justo frente a ella. La luz dorada de las velas iluminaba las facciones angulosas de su rostro, proyectando sombras que lo hacían parecer aún más inalcanzable. Sus ojos, verdes y penetrantes, se clavaron directamente en los de Aria, ignorando a Katerina, a Matilde, a Ezio, y a sus amigas. En ese instante, para Ulises, el resto del jardín simplemente dejó de existir.

La miró con una intensidad que hizo que a Aria le temblaran las rodillas bajo el vestido.

—Felicidades, Aria.

Aria por fin dejó escapar el aire de los pulmones, en un suspiro tembloroso, que hizo parpadear peligrosamente las llamas de las velas, pero sin llegar a apagarlas.

El corazón le latía a un ritmo frenético, loco, como si los altavoces del jardín vibraran dentro de su caja torácica. Trató de recomponerse, de poner esa expresión de despreocupación que tan bien le había funcionado minutos antes con sus amigas, pero frente a Ulises, sus defensas parecían hechas de papel de fumar.

—Gracias —logró decir, aunque la voz le salió un poco aguda. Carraspeó, intentando recuperar algo de mesura—. Yo... quiero decir, ¿qué haces aquí?

Ulises delineó en los labios una media sonrisa, uno de esos gestos asimétricos que no llegaban a mostrar los dientes pero que tenían el poder de derretir glaciares. De derretir a Aria. Se metió una mano en el bolsillo del pantalón, destilando una tranquilidad pasmosa frente al caos interno que sentía Aria.

—Te pido disculpas por la hora —dijo, con esa voz profunda que parecía acariciar el aire—. He tenido mucho trabajo. Unas reuniones de última hora se han alargado más de lo previsto y no… he podido escaparme antes.

Katerina, que observaba la escena con la mirada afilada y chispeante, como si estuviera viendo su comedia romántica favorita en primera fila, al escucharlo, entrecerró los ojos.

«Eso es mentira», pensó.

Ulises no era un hombre al que las reuniones le retuvieran contra su voluntad, él era quien decidía cuándo empezaba y cuándo terminaba el mundo. Pero ya daba igual. Estaba allí, vestido como el mismísimo pecado original, y eso era lo único que importaba.

Katerina dio un paso al frente, rompiendo la burbuja de tensión con su habitual desenvoltura (y humor negro).

—Bueno, cariño, no has llegado tarde de milagro —bromeó, dándole un golpecito cariñoso en el brazo a Ulises—. Pero un minuto más y te habría tocado comerte las migas y fregar los platos.

El murmullo de la risa recorrió el grupo. Matilde intercambió una mirada cómplice con Katerina. Que finalmente Ulises hubiera ido a la fiesta de cumpleaños de Aria significaba tanto. Katerina le guiñó un ojo. Xanna y Dora no dejaban de mirar a Ulises, sonriendo. El único que no compartía el momento era Ezio. El abogado, relegado a un segundo plano, apretaba la mandíbula con tanta fuerza que parecía a punto de astillarse una muela. Su costoso reloj suizo había quedado eclipsado por la simple presencia de Ulises.

Ulises aceptó la broma de su abuela sin hacer ningún comentario, pero sus ojos volvieron de inmediato a Aria.

—Creo que he interrumpido algo importante —dijo, señalando la tarta con un leve gesto de la barbilla—. Todavía no has apagado las velas. Venga. Vuelve a pedir un deseo y sopla.

Aria notó que una ola de calor le subía por el cuello. Cerró los ojos con fuerza. Ya no necesitaba pensar en un deseo; el universo, o el destino, o quienquiera que estuviera al mando esa noche, ya se lo había concedido trayendo a Ulises al jardín. Aún así, formuló un pequeño anhelo silencioso, tomó aire de nuevo y, esa vez sí, sopló con todas sus fuerzas.

Las llamas se extinguieron casi al mismo tiempo, elevando al aire finos hilos de humo blanco con olor a cera quemada.

El jardín estalló en aplausos y vítores. Matilde se apresuró a retirar las velas para empezar a cortar porciones de tarta del tamaño de un ladrillo.

Pasada la algarabía inicial, la atención se dispersó. Katerina arrastró a Ezio hacia Yiannis para hablar de algún tema legal pendiente, y Xanna y Dora, demostrando ser las mejores amigas del mundo, se evaporaron estratégicamente hacia la mesa de los cócteles, no sin antes lanzarle a Aria un guiño nada sutil.

De repente, el bullicio pareció alejarse, y Aria y Ulises se encontraron envueltos en un oasis de intimidad en medio de la fiesta.

Aria se frotó los brazos, consciente de la brisa... o tal vez de la proximidad de Ulises. Él dio un paso más hacia ella, acortando la distancia hasta que Aria pudo percibir el aroma de su colonia que, como casi siempre, le nublaba el sentido común.

Fue entonces cuando Aria se dio cuenta de que Ulises llevaba algo en la mano izquierda, pegado al costado. Era una carpeta, de tapas negras y textura rugosa.

Ulises levantó la carpeta y se la tendió.

—Espero que te guste —dijo, en un tono mucho más bajo, casi un susurro que solo ella podía escuchar.

Aria tomó la carpeta. Pesaba poco, pero en sus manos se sentía como si sostuviera un bloque de plomo. Miró a Ulises, buscando alguna pista, pero su rostro había vuelto a su habitual expresión inescrutable, aunque no apartaba la vista de ella.

Con dedos temblorosos, Aria desató el fino cordón elástico que mantenía la carpeta cerrada y abrió la tapa.

Se quedó muerta. El aire abandonó sus pulmones por segunda vez en la noche, pero en aquella ocasión no fue por sorpresa, sino por un shock absoluto y arrollador.

Dentro de la carpeta, sobre un papel, había un retrato. Su retrato.

Estaba hecho a bolígrafo. Trazos finos, precisos, en tinta negra, que capturaban no solo sus facciones, sino su esencia. Estaba dibujada riendo, con la cabeza ligeramente ladeada, los ojos achinados por la diversión y un mechón de pelo rebelde cayéndole sobre la frente. Era un dibujo de una técnica exquisita, lleno de luces y sombras sutiles creadas con el espacio en blanco del papel. Era vibrante. Estaba vivo.

Aria flipó. Flotó en un estado de incredulidad absoluta. No era solo porque el dibujo fuera una obra de arte, que lo era. Era por lo que significaba.

Ella conocía la historia. Sabía que Ulises había sido un artista brillante. Sabía que el dibujo y la pintura eran su mayor pasión, su refugio. Y también sabía que, en la universidad, Ulises había guardado sus lápices en un cajón, había enterrado su vocación bajo toneladas de responsabilidad y se había puesto un traje de chaqueta para tomar las riendas de la empresa familiar. Llevaba años, muchísimos años, sin dibujar una sola línea. Había sacrificado su alma de artista en el altar del deber.

Que él hubiera vuelto a coger un bolígrafo... Que el primer dibujo que hacía en años, rompiendo ese bloqueo autoimpuesto, fuera para ella...

El pecho de Aria se contrajo con una emoción tan intensa que le escocieron los ojos. Una lágrima traicionera amenazó con asomar, pero la contuvo parpadeando rápidamente. Levantó la vista del papel y miró a Ulises. Él la observaba en silencio, esperando su reacción, con la mandíbula ligeramente tensa.

—Ulises... —susurró Aria. Apenas le salían las palabras. Tenía un nudo en la garganta del tamaño de una nuez—. Es... es precioso. Es increíble.

Volvió a mirar el retrato, incapaz de apartar la vista de aquellos trazos que hablaban de un talento inmenso y de un tiempo que él le había dedicado solo a ella. Pasó la yema del dedo índice rozando el borde del papel, como si temiera que la imagen fuera a desvanecerse. O como si todo fuera un sueño.

—Gracias —consiguió decir por fin, alzando de nuevo el rostro hacia él, con el corazón desbocado y el alma en un puño—. De verdad, Ulises. Gracias.

CAPÍTULO 60

Dos horas antes

A las ocho de la tarde, exactamente sesenta minutos antes de que diera comienzo la fiesta de cumpleaños de Aria, el despacho de la última planta de Diakos Corporation era un remanso de sombras y silencio.

Ulises no había encendido las luces. Ni siquiera se había molestado en ir a casa para cambiarse, aunque, para ser justos, su impecable traje negro, combinado con la camisa y la corbata oscuras, ya le daba ese aire de deidad griega contemporánea que no necesitaba retoques.

El problema no era su vestuario. El problema era su cabeza.

Ulises, el hombre capaz de desmantelar corporaciones rivales antes del desayuno y de negociar contratos multimillonarios sin que se le alterara el pulso, llevaba más de media hora comportándose como un tigre enjaulado.

Primero se había sentado en su imponente sillón de cuero detrás del escritorio. Había durado exactamente tres minutos. El cuero crujía con cada uno de sus suspiros de frustración. Luego, había decidido que el sofá de diseño minimalista al otro lado de la estancia sería un lugar mejor para ignorar el reloj. Se equivocó. Desde el sofá, el tictac del reloj de pared parecía burlarse de él.

Finalmente, había optado por la posición clásica del CEO atormentado. De pie, con las manos en los bolsillos, frente a los

inmensos ventanales de cristal que iban del suelo al techo.

Atenas se extendía a sus pies, un mar de luces doradas y blancas que comenzaban a parpadear en la cálida noche griega. A lo lejos, la Acrópolis se erguía iluminada, majestuosa e inmutable. Ulises la contempló con los ojos entrecerrados, debatiéndose internamente.

—¿Ir o no ir? Esa es la maldita cuestión.

Había dicho que no iría. Se había escudado en la vieja y confiable excusa del exceso de trabajo. Y técnicamente, tenía trabajo. Podía revisar los informes trimestrales de la filial en Londres. Podía leerse los contratos de la nueva absorción empresarial. Podía hacer mil cosas mucho más productivas que presentarse en un jardín lleno de gente ruidosa, globos y canapés.

Pero la imagen de Aria se colaba en su mente. Aria riendo. Aria con ese brillo desafiante en los ojos. Aria rodeada de sus amigas, de Katerina, de Matilde... y de Ezio.

Ulises tensó la mandíbula al pensar en el abogado. Se imaginó a Ezio paseándose por el jardín con su sonrisa de anuncio de dentífrico, tratando de acaparar la atención de Aria con anécdotas legales que a nadie le importaban.

Se iba a volver loco.

Él era un hombre adulto, racional y pragmático. Pero la idea de quedarse allí, en la oscuridad, mientras Aria soplaba las velas rodeada de otras personas, le producía un nudo en el estómago que no encontraba forma de deshacer.

Con un suspiro de rendición, Ulises se apartó del ventanal. Ya estaba decidido. El sentido común había perdido la batalla por goleada.

—Pero no tengo regalo —se lamentó.

Se quedó pensando unos segundos.

Caminó con paso decidido hacia el cuadro abstracto detrás del que estaba la caja fuerte. Ulises introdujo el código numérico con dedos rápidos y mecánicos.

El pesado mecanismo de acero hizo un pequeño ruido y la puerta se abrió.

Ulises ignoró toda la documentación que contenía en su interior. Su mano fue directamente hacia la sencilla carpeta negra que descansaba sobre las pilas de papeles legales.

La sacó con un cuidado. La abrió allí mismo, bajo la tenue luz que se filtraba desde la ciudad.

El retrato le devolvió la mirada.

Ulises se quedó inmóvil, observando los trazos de bolígrafo negro. Había pasado horas trabajando en él, redescubriendo la fricción de la punta sobre el papel blanco, recordando cómo se sentía traducir una emoción en líneas y sombras. Había capturado la risa de Aria, ese mechón rebelde, la luz de sus ojos color avellana. Era lo más honesto que había hecho en años.

—¿Y si se lo doy?

Sorprendentemente, la idea no le desagradaba. Al contrario, le provocaba una chispa de anticipación, una adrenalina vibrante y ligera que hacía mucho tiempo que no sentía.

Tomó una bocanada de aire.

—Espero que te gusten los regalos hechos a mano, Aria —murmuró para sí mismo.

Cerró la carpeta, asegurando el cordón elástico. Empujó la puerta de la caja fuerte hasta que el mecanismo se bloqueó de nuevo y devolvió el cuadro a su sitio.

Ulises se ajustó la chaqueta del traje, se pasó una mano por el pelo para asegurarse de que cada mechón estaba en su lugar, y se colocó la carpeta bajo el brazo izquierdo con naturalidad.

Salió del despacho, dejando atrás la oscuridad y las dudas. Cruzó el pasillo desierto hacia el ascensor y pulsó el botón del último piso. Las puertas metálicas se cerraron y el elevador comenzó su rápido ascenso hacia la azotea del edificio.

Cuando las puertas volvieron a abrirse, el viento cálido de la noche ateniense le golpeó el rostro. Allí, en el centro del helipuerto, iluminado por balizas azules y blancas, descansaba su helicóptero privado listo para despegar.

Abrió la puerta y se introdujo en su interior de un salto. El suave y rítmico zumbido de las aspas llenó el aire.

El helicóptero empezó a ganar altura y Ulises miró hacia el horizonte.

CAPÍTULO 61

Aria seguía atrapada en un bucle mental del que no parecía querer salir. Sus ojos iban del papel a Ulises, y de Ulises al papel, como si estuviera presenciando un número de magia y tratara de descubrir dónde estaba el truco. Pero no había truco. Solo tinta, talento y una vulnerabilidad que el empresario griego llevaba años escondiendo bajo trajes de tres mil euros.

—No me mires así, por favor —murmuró Ulises, rompiendo el silencio con una sonrisa que intentaba ser casual, aunque la tensión en sus hombros lo delataba—. Sé que estoy un poco oxidado. Probablemente las proporciones del lado izquierdo estén mal, y la luz... bueno, digamos que la iluminación de mi despacho no es la de un estudio de arte renacentista.

Aria soltó una risilla de incredulidad. Un sonido limpio que flotó sobre la música que seguía sonando de fondo en los altavoces. ¿Oxidado? El dibujo era una puta obra maestra.

—¿Oxidado? Ulises, esto... esto es... —Aria no encontró la palabra exacta en el diccionario, así que hizo lo que mejor se le daba, dejarse llevar por el instinto.

Sin pensarlo dos veces, sin importarle que estuvieran en medio de un jardín lleno de gente, sin importarle el protocolo, los espacios personales, o el hecho de que él fuera el Ogro de la Colina, el CEO más temido de Europa, Aria cerró la carpeta de golpe, dio un paso al frente y se lanzó a sus brazos.

Fue un abrazo de impacto total. Aria rodeó el cuello de Ulises con ambos brazos, apretándose contra él con una fuerza que desmentía su complexión menuda. Durante un instante, Ulises se quedó rígido como una de las estatuas de mármol del Partenón. Sus brazos se quedaron suspendidos en el aire, a medio camino entre la sorpresa y una especie de pánico escénico. No estaba acostumbrado a que lo abrazaran en esas circunstancias. La gente solía darle la mano, inclinar la cabeza o, en el caso de sus rivales, huir en dirección contraria.

Pero entonces, el inconfundible aroma a flores y cítricos de Aria inundó sus sentidos, y la calidez de su cuerpo derritió la última capa de hielo que le quedaba. Con un suspiro casi inaudible que sonó a rendición, Ulises subió los brazos y la rodeó por la cintura, devolviéndole el abrazo. La apretó contra su pecho con una firmeza protectora, hundiendo momentáneamente el rostro en su pelo. Fue un instante fugaz, íntimo, un paréntesis en medio del bullicio.

Cuando Aria fue consciente de lo que había hecho, se separó de Ulises, con las mejillas teñidas de un favorecedor tono carmesí, pero sin soltar la carpeta negra. Ulises, recuperando su máscara de imperturbabilidad, se tiró de los bordes de la chaqueta hacia abajo, como si se la estuviera reajustando.

En cuestión de segundos, el oasis de intimidad se convirtió en la plaza del pueblo en hora punta. Xanna y Dora aparecieron por detrás de Aria, con copas de champán en la mano.

—¿Por qué tienes esa cara, Aria? ¿Qué te ha regalado? —preguntó Xanna, estirando el cuello como una jirafa curiosa—. ¿Las llaves de un yate? ¿Una isla en el caribe?

—Mejor que eso —dijo Aria, con una sonrisa radiante.

Abrió la carpeta y giró el retrato para que todos lo vieran.

Xanna parpadeó tres veces seguidas, Dora casi se tiró el champán encima, y Katerina... Katerina se llevó una mano al pecho, soltando un pequeño jadeo.

—Dios mío… —susurró, acercándose al dibujo. Sus ojos, normalmente llenos de un brillo pícaro, se suavizaron por la emoción. Miró a Ulises, que de repente parecía encontrar muy interesante el césped del jardín—. Ulises... ¿has vuelto a dibujar?

—Solo era un garabato para pasar el rato. No hagamos un suceso extraordinario de esto —replicó él, utilizando su tono más diplomático y quitándole hierro al asunto con un gesto elegante de la mano.

—¿Un garabato? —saltó Xanna, señalando el papel con su uña pintada de negro—. ¡Si parece que va a empezar a hablar en cualquier momento! ¿Cómo… como puedes tener esa sensibilidad artística? Joder, es injusto para el resto de los mortales.

—Yo estoy flipando —dijo Dora, negando con la cabeza—. O sea, ¿este dibujo lo has hecho tú? ¿Escondes a un Da Vinci bajo el traje?

Las risas estallaron a su alrededor. Atraídos por el alboroto, Matilde y Yiannis se asomaron por encima de los hombros de las chicas para admirar la obra. Los murmullos de asombro y los halagos no se hicieron esperar.

—Es una maravilla, Ulises. Tienes un don. Siempre lo has tenido —dijo Matilde en tono maternal.

—Gracias, Matilde —contestó él.

—La luz en los ojos es espectacular —comentó Yiannis.

Ulises aceptaba los cumplidos con una sonrisa, pero su mirada volvía una y otra vez a Aria, que contemplaba el retrato como si fuera el tesoro más valioso del mundo.

El único que no parecía disfrutar del ambiente era Ezio. El abogado se había quedado al margen del círculo, con los brazos cruzados y una copa de champán que agarraba con tanta fuerza que el cristal amenazaba con romperse. Miraba el retrato con el ceño fruncido, como si el papel le debiera dinero. Su carísimo regalo de

repente le parecía tan emocionante como el manual de instrucciones de una lavadora.

—No está mal —masculló por lo bajo, en un intento patético de salvar su orgullo—. Aunque el bolígrafo es una técnica un poco... amateur, ¿no creéis?

Nadie le hizo el menor caso.

Katerina se acercó a Ulises y, sin previo aviso, le dio un sonoro beso en la mejilla.

—Me alegro tanto de que hayas vuelto a dibujar, cariño —le susurró al oído, para que solo él la escuchara—. Y me alegro aún más de la musa que has elegido.

Ulises sonrió, y miró de nuevo a Aria, que estaba con una sonrisa de oreja a oreja comentando algo del retrato a Xanna y a Dora, iluminando el jardín entero.

«Sí —pensó Ulises—. Es la musa perfecta.»

El jardín de la mansión se había convertido en un ecosistema propio, un mar de risas, copas de cristal chocando y el ritmo de la música pop que salía de los altavoces. Aria, sin embargo, sentía que flotaba en su propia burbuja. Todavía aferraba la carpeta negra contra su pecho con la fuerza de un dragón custodiando su tesoro más preciado.

Sin ser conscientes de ello, Aria y Ulises se apartaron unos pasos del bullicio, buscando refugio cerca de las buganvillas de la pérgola. Ulises estaba a su lado con esa elegancia felina tan suya, con una mano metida en el bolsillo del pantalón y la otra sosteniendo una copa de champán.

—Gracias por venir —comenzó Aria, girándose para mirarle a los ojos. El resplandor de las tiras de luces que adornaban algunos de

los olivos se reflejaba en las pupilas dilatadas de Ulises, dándoles un brillo especial—. Sé que odias este tipo de eventos y que probablemente preferirías estar revisando algún informe o absorbiendo una empresa de la competencia —dijo, con su humor habitual.

Ulises le dio un sorbo al champán y arqueó una ceja fingiendo indignación.

—Me ofendes profundamente, Aria —dijo—. Pero, seamos sinceros. Si no hubiera aparecido en la fiesta de tu cumpleaños, mi abuela habría contratado a un sicario para matarme. O peor aún, me habría envenenado el café alguna mañana con cianuro. Sabes que es una mujer de recursos. No me la puedo jugar.

Aria no pudo evitar dejar escapar una carcajada, y echó la cabeza hacia atrás. Ulises sintió que algo se aflojaba en su pecho al escucharla. Joder, era un sonido adictivo.

—Tiene sentido. La supervivencia es lo primero —dijo Aria, sonriendo de oreja a oreja—. Pero, bromas aparte... gracias por molestarte en venir, y también por el retrato. No tengo palabras.

Aria bajó la mirada hacia la textura rugosa de la carpeta, trazando el borde con la yema del dedo. De repente, el tono ligero dio paso a una intimidad mucho más profunda.

—Sé lo que esto significa, Ulises —continuó, con la voz un poco más suave, casi un murmullo que se coló por debajo de la música—. Sé que llevabas años sin coger un lápiz para dibujar. Que lo habías dejado guardado en un cajón junto con... bueno, con muchas otras cosas. Que hayas roto ese bloqueo, que hayas decidido volver a hacerlo, y que encima haya sido para mí... Es el mejor regalo que me han hecho en la vida. Y no lo digo por quedar bien.

—Sé que no lo dices por quedar bien —afirmó Ulises.

La observó en silencio durante unos segundos y Aria le sostuvo la mirada.

—Digamos que el papel en blanco ya no me daba tanto miedo si el objetivo era capturar tu sonrisa —confesó él, con una naturalidad que hizo que a Aria le diera un vuelco el corazón.

—Pues te ha quedado perfecto. —Aria apretó la carpeta aún más contra su pecho, justo en el momento en el que Matilde pasaba a su lado, haciendo equilibrios con otra bandeja llena de copas de champán que se tambaleaban peligrosamente.

Aria dio un respingo, cubriendo la carpeta con ambos brazos como si fuera un escudo humano.

—Vale, se acabó —dijo, en tono preocupado—. Este jardín es una zona de guerra ahora mismo. Hay demasiado alcohol por ahí, demasiada gente gesticulando con entusiasmo y demasiadas posibilidades de que mi obra de arte acabe oliendo a Moët & Chandon. No pienso permitir que una gota de champán lo arruine.

—¿Qué vas a hacer? ¿Llamar a un furgón blindado? —preguntó Ulises.

—No es mala idea. Pero de momento, voy a subir a mi habitación a guardarlo. Lo meteré en un cajón, bajo llave y, si es necesario, le pondré un sistema de alarmas —dijo Aria, dando un paso hacia atrás en dirección a la imponente fachada de la casa—. Vuelvo en dos minutos.

—Vale —dijo Ulises—. Pero no tardes, o Katerina me obligará a bailar la conga.

Aria no pudo imaginarse a Ulises Diakos bailando la conga. Lo intentó, pero no, no pudo.

Le dedicó una última sonrisa, se giró sobre sus talones y se encaminó hacia las puertas francesas que daban al interior de la mansión.

Lo que Aria no sabía, ni Ulises notó desde su posición, era que no eran los únicos inmersos en la conversación que habían mantenido.

A escasos metros de allí, oculto a medias por la sombra de una de las fuentes del jardín, Ezio había estado observando toda la escena. Tenía la mandíbula tan apretada que los músculos del rostro parecían a punto de sufrir un calambre. En su mano derecha, la copa seguía intacta, pero sus nudillos estaban blancos por la fuerza con que la estaba agarrando.

Había escuchado cada palabra. Había visto la forma en que Aria miraba a Ulises, como si hubiera inventado la penicilina e Internet en la misma tarde. Y, sobre todo, se había dado cuenta de cómo su propio regalo, su carísimo reloj suizo, se hundía en la irrelevancia más absoluta frente a un trozo de papel pintarrajeado con bolígrafo.

Entrecerró los ojos, y sintió que una mezcla tóxica de celos y orgullo herido le quemaba el estómago. Vio a Aria desaparecer por las puertas de cristal, alejándose de la luz del jardín para adentrarse en los silenciosos pasillos de la casa.

Sin pensarlo, movido por un impulso oscuro que ni él mismo se molestó en analizar, dejó su copa de champán sobre una de las mesas y, con pasos cautelosos para que no lo vieran, se separó de la fuente. Como una sombra desprendiéndose de la noche, esquivó a los invitados y se deslizó hacia el interior de la mansión, siguiendo el rastro de Aria escaleras arriba.

CAPÍTULO 62

El contraste entre el bullicio del jardín y el silencio de la habitación era abismal. A través de los gruesos cristales del ventanal, la música llegaba apenas como un murmullo lejano y amortiguado.

Aria respiró hondo, disfrutando de esa momentánea paz, y caminó hacia la gran cómoda de caoba que dominaba una de las paredes. Abrió el cajón inferior, apartó con cuidado un par de jerséis de punto y depositó la carpeta negra en el fondo, acariciando la cubierta por última vez antes de cerrarlo. Quería asegurarse de que el retrato estuviera a salvo, lejos de cualquier accidente.

Satisfecha, se alisó la falda del vestido y se dio media vuelta para volver a la fiesta.

El corazón le dio un vuelco tan violento que sintió el latido en la garganta. Ahogó un pequeño grito, retrocediendo por instinto hasta chocar contra la madera de la cómoda.

Ezio estaba en la habitación.

De pie, apoyado contra el marco de la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho. La luz tenue de la lámpara del techo proyectaba sombras sobre su rostro, endureciendo sus facciones, desdibujando al abogado amable y siempre dispuesto que Aria creía conocer.

Había algo profundamente perturbador en su postura, una rigidez antinatural. Pero lo que hizo que a Aria se le erizara el vello

de la nuca fue su mirada. Sus ojos, normalmente serenos, tenían un brillo febril, oscuro y extraño. Era una expresión fría, casi depredadora, que Aria jamás había visto en él. Y, por alguna razón que su instinto ya estaba descifrando, le heló la sangre.

—¿Ezio? —La voz le tembló un poco, maldiciéndose internamente por ello—. Dios, me has dado un susto de muerte. ¿Qué haces aquí?

Él no se movió. Ni siquiera parpadeó. El silencio se alargó en la habitación, volviéndose espeso. Aria sintió que el aire de repente pesaba demasiado, que costaba respirarlo.

—¿Cómo es posible? —dijo Ezio por fin. Su tono era bajo, carente de cualquier inflexión, como si hablara consigo mismo.

—¿El qué? —preguntó Aria.

—¿Que se te ilumine de esa manera la cara por un puto garabato hecho con bolígrafo, y que el reloj que te he regalado, una pieza exclusiva que me ha costado días conseguir, apenas te haya arrancado una sonrisa de cortesía?

Aria frunció el ceño, desconcertada por la hostilidad que albergaban sus palabras. La incomodidad empezó a transformarse en una alarma silenciosa.

—Ezio, ¿de qué estás hablando? —intentó sonar calmada, racional, aunque sus manos buscaron el borde de la cómoda—. Te he dado las gracias por el reloj, es precioso. Pero son regalos distintos, de personas distintas. No se trata del valor económico, se trata de...

—¿De qué se trata, Aria? —la interrumpió él, descruzando los brazos y dando un paso lento hacia ella. El olor a alcohol y a algo amargo, como bilis reprimida, flotó en el aire—. ¿Del valor sentimental? ¿Del gran esfuerzo que le ha supuesto al atormentado Ulises Diakos mancharse las manos de tinta?

Aria tragó saliva.

La presencia de Ezio, que siempre había sido un lugar seguro, en aquel momento se sentía invasiva, tóxica. No le gustaba cómo la miraba, no le gustaba el tono de su voz, y definitivamente no le gustaba estar a solas con él en la habitación.

—No voy a discutir eso contigo, y menos ahora —dijo Aria, irguiendo la barbilla, intentando recuperar el control de la situación —. Estás sacando las cosas de quicio. Voy a volver al jardín. Los invitados me esperan.

Avanzó con paso firme hacia la puerta, dispuesta a pasar por su lado sin mirarle. Pero justo cuando estaba a punto de cruzar el umbral, la mano de Ezio salió disparada como un resorte. Sus dedos se cerraron alrededor del brazo de Aria con una fuerza brutal, clavándose en su piel. Antes de que ella pudiera reaccionar, él dio un tirón violento y la empujó hacia atrás.

Aria tropezó, perdiendo el equilibrio, y tuvo que dar varios pasos torpes hacia el centro de la habitación para no caer al suelo. El pánico estalló en su pecho.

—¡Ezio! —gritó, con la voz aguda por el miedo y la indignación, frotándose el brazo donde ya empezaba a palpitarle la marca de sus dedos—. ¿Pero qué te pasa? ¿Qué crees que estás haciendo? ¡No vuelvas a tocarme!

Ezio cerró la puerta a su espalda con un golpe seco que resonó como un trueno en la habitación. Una sonrisa torcida, desprovista de cualquier humor, de cualquier amabilidad, asomó a sus labios.

—¿Qué creo que estoy haciendo? —repitió, pronunciando las palabras con desprecio—. Intentar que abras los ojos de una vez. Das pena, Aria. ¿Te crees que no me doy cuenta? ¿Te crees que no veo cómo le miras? Estás enamorada de él. Estás perdidamente enamorada de Ulises.

Aria sintió que el rostro le ardía, pero el miedo la mantenía alerta.

—Eso no es asunto tuyo —replicó, con la voz temblorosa pero firme—. Déjame salir. Ahora mismo.

Pero Ezio la ignoró, acercándose un paso más. Su rostro estaba contorsionado por una mezcla de asco y burla.

—¿Qué te piensas, Aria? ¿Eh? —se mofó, alzando las manos en un gesto teatral—. ¿Te piensas que lo va a dejar todo por ti? ¿Que de repente va a descubrir el amor verdadero y se va a convertir en un hombre de familia? ¿Por ti? ¿Crees que vas a ser tú la que redima su oscuro corazón?

—¡Cállate! —estalló Aria, incapaz de soportar el veneno en sus palabras.

—¡No, escúchame! —rugió Ezio, perdiendo por completo la compostura—. ¡Los hombres como Ulises no se redimen! ¡No cambian! Es un témpano de hielo, un sociópata con traje a medida. Está demasiado roto como para sentir nada por nadie, y mucho menos por ti. Solo eres su juguete nuevo, una distracción hasta que se aburra y te tire a la basura.

Aria sintió un nudo en la garganta, pero la furia empezó a ganarle terreno al miedo. No iba a permitir que Ezio hablara así de Ulises.

—No tienes ni idea de cómo es Ulises —escupió, mirándole con un desprecio que nunca pensó que sentiría por Ezio—. No sabes nada de él. Y desde luego, no sabes nada de mí. Ulises tiene más humanidad en un solo dedo de la que tú estás demostrando tener ahora mismo.

La defensa de Aria fue como echar gasolina al fuego. El rostro de Ezio se enrojeció y las venas del cuello se le marcaron de forma grotesca.

—¡Yo siempre he estado aquí! —gritó, golpeándose el pecho—. ¡Yo te he cuidado, yo te he apoyado! ¡Te he dado todo lo que un hombre puede dar, y tú me tratas como a un puto perrito faldero

mientras te abres de piernas para un cabrón que no da un euro por ti!

Aria se quedó paralizada. Las palabras la golpearon con la fuerza de una bofetada. El asco le revolvió el estómago.

—¿De qué estás hablando? —preguntó, con la voz convertida en un susurro horrorizado—. Ezio, tú y yo solo hemos tenido unas cuantas conversaciones, nada más. ¿De dónde te sacas que me has cuidado? ¿Que me has apoyado? —Aria pensó muy seriamente si Ezio estaba bien de la cabeza. ¿De dónde se estaba sacando esas cosas? ¿En qué realidad paralela vivía?—. Entre tú y yo solo ha habido amistad. Siempre lo he dejado claro. Siempre te he visto como a un amigo.

La palabra pareció romper algo definitivo dentro de Ezio. Su expresión pasó de la rabia a una frialdad absoluta, una calma muerta que daba mucho más miedo que sus gritos. Soltó una carcajada seca, áspera, que rasgó el silencio de la habitación.

—¿Amistad? —repitió, saboreando la palabra como si fuera veneno—. ¿Te crees que he invertido todo este tiempo, todo este esfuerzo, todo este dinero, por *amistad*? Qué ingenua eres, Aria. Qué estúpida y patética eres.

Aria retrocedió un paso más, chocando de nuevo contra la cómoda. El aire se le atascó en los pulmones. Mientras miraba a Ezio, al hombre impecable, educado y amable con el que hablaba de libros, la venda cayó de sus ojos de forma brutal. No había confusión, no había malentendidos.

Estaba encerrada en su propia habitación con un lobo que había llevado la piel de cordero durante tanto tiempo que ella misma le había abierto la puerta del redil. Y ahora, el lobo había enseñado los dientes. Y de qué manera.

El aire de la habitación se había vuelto irrespirable, denso y pesado, como si la gravedad se hubiera multiplicado por mil de golpe. El pánico, frío y punzante, comenzó a trepar por la espina

dorsal de Aria, paralizando por un instante sus músculos. La respiración se le aceleró, convirtiéndose en jadeos cortos y superficiales. Tenía que salir de allí. El instinto de supervivencia tomó el control.

Aria hizo un movimiento brusco, un intento desesperado de esquivar el cuerpo de Ezio y alcanzar el pomo de la puerta. Pero él fue más rápido. Con unos reflejos que denotaban una fuerza que jamás habría imaginado en él, Ezio alargó el brazo y la agarró violentamente por la muñeca, tirando de ella hacia atrás con tanta brusquedad que el hombro de Aria crujió.

—¡Suéltame! —gritó, forcejeando, intentando clavar los talones en el suelo.

Su mente trabajaba a una velocidad vertiginosa, buscando una salida. Sus ojos volaron hacia el gran ventanal de la habitación.

«La ventana», pensó.

Pero la esperanza murió antes de nacer siquiera. Su dormitorio daba al jardín delantero de la inmensa propiedad, una zona desierta a esas horas. La fiesta, la música, los invitados, Ulises... todos estaban en la parte trasera. La música y el agua de las fuentes resonaban lo suficientemente alta como para ahogar cualquier grito que ella pudiera emitir hacia el jardín vacío. Estaba completamente sola. Aislada en su propia habitación.

Ezio notó la dirección de su mirada y una sonrisa torcida, desprovista de cualquier rastro de humanidad, deformó sus facciones.

—No tienes dónde ir, Aria —murmuró, con una voz inquietantemente calmada que contrastaba con la violencia de su sujeción—. He sido paciente. Pero se acabó la caridad. Es hora de cobrarme lo que me corresponde.

Las palabras cayeron sobre Aria como una losa de hielo. Antes de que pudiera procesar el asco y el terror que le provocaba esa frase, Ezio tiró con fuerza, acortando la distancia entre ambos. Se

abalanzó sobre ella, aplastando el cuerpo de Aria contra el suyo. El olor a alcohol y a su colonia, una fragancia que antes le resultaba familiar y hasta cierto punto reconfortante, ahora le revolvió el estómago, provocándole náuseas.

Ezio intentó besarla a la fuerza, buscando su boca con una avidez repugnante. Aria cerró los labios, girando el rostro bruscamente, sintiendo la humedad de la boca de él resbalar por su mejilla y su mandíbula. El asco le dio fuerzas. Con un grito ahogado de repulsión, Aria levantó las manos, las apoyó en el pecho de Ezio, y lo empujó con toda la fuerza que fue capaz de reunir, al mismo tiempo que le propinaba un rodillazo a ciegas.

Ezio soltó un gruñido de dolor y aflojó el agarre lo suficiente para que Aria pudiera zafarse. Ella retrocedió a trompicones. El pecho le subía y le bajaba de forma agitada, hasta que su espalda chocó contra la pared.

Ezio se recuperó rápidamente. Se frotó el muslo, mirándola con unos ojos que ahora ardían con una furia oscura y llena de resentimiento.

—Por tu propio bien, te aconsejo que te relajes y que no se te ocurra contar una sola palabra de lo que va a pasar aquí esta noche —dijo. Su tono se volvió sibilante, venenoso. La amenaza implícita en sus palabras hizo que a Aria se le helara la sangre en las venas. La intención en su mirada era inconfundible.

Dios.

—Estás loco... —susurró, con la voz rota por el terror—. Cuando Ulises se entere...

Ezio soltó una carcajada seca. El sonido áspero rebotó en las paredes de la habitación.

—¿Ulises? —se burló, dando un paso lento hacia ella, disfrutando del poder que ejercía sobre su miedo—. ¿A quién crees que va a creer Ulises? ¿A ti? No eres más que el capricho del momento, Aria. La putilla de turno con la que se está divirtiendo. ¿O

me creerá a mí? Un reputado abogado, un hombre de negocios respetable, su igual. Alguien que fue su amigo durante la adolescencia.

Aria negó con la cabeza, las lágrimas de impotencia empezando a nublarle la vista.

—Además, le diré que fuiste tú. Siempre se me ha dado bien mentir —continuó Ezio, saboreando cada palabra, tejiendo una red de manipulación y mentiras diseñada para aplastar el ánimo de Aria —. Le diré que me provocaste. Que llevas buscándome, insinuándote desde que nos conocemos. Que esta noche, borracha y despechada porque él no te prestaba suficiente atención, me rogaste que subiera a tu habitación. ¿Quién va a dudar de la palabra de un hombre intachable frente a la de una mujer histérica?

La angustia inundó el pecho de Aria como una marea negra y opresiva. La perversidad de Ezio, su capacidad para retorcer la realidad, la dejó sin aliento.

—¡Eres un monstruo! —le gritó. La rabia se mezcló con el miedo —. ¡Él no te creerá! ¡Ulises me conoce!

—¡No te conoce nadie! —bramó Ezio, perdiendo los estribos ante la mención de Ulises—. Solo llevas aquí unas cuantas semanas.

La discusión se rompió. La paciencia de Ezio se evaporó por completo. Con un rugido gutural, volvió a lanzarse sobre ella. Aria intentó esquivarlo, pero él era demasiado grande, demasiado pesado. Las manos de Ezio se cerraron sobre su vestido. Hubo un sonido desgarrador, el ruido inconfundible de la fina tela cediendo ante la fuerza bruta.

Ezio tiró hacia abajo con violencia, rasgando el vestido por la parte delantera, rompiéndolo desde el escote hasta la cintura.

Al hacerlo, sus dedos, tensos como garras, arañaron sin piedad la piel de Aria. Ella soltó un grito agudo de dolor al sentir el escozor ardiente en el cuello y el escote, donde las uñas de él habían dejado surcos rojos y sangrantes.

Aprovechando su aturdimiento por el dolor, Ezio la agarró por los hombros y la empujó. Aria cayó de espaldas sobre la cama, rebotando contra el colchón. Antes de que pudiera intentar incorporarse, el peso de Ezio cayó sobre ella, inmovilizándola. Sus rodillas apresaron las piernas de Aria, y una de sus manos le inmovilizó ambas muñecas por encima de la cabeza.

Aria se retorcía, intentaba darle patadas, intentaba morderle, pero la diferencia de fuerza era abismal. Entonces, escuchó el sonido metálico de la hebilla del cinturón. Ezio, con la mano que le quedaba libre, había empezado a desabrocharse el pantalón.

Un terror frío y paralizante se apoderó de Aria. Era el fin.

Con los pulmones ardiendo y la garganta en carne viva, Aria reunió todo el aire que le quedaba y gritó. Gritó con una fuerza desgarradora, un alarido de puro terror y desesperación, pidiendo auxilio, aunque en su mente sabía que la música del jardín ahogaría su voz, que nadie iría a salvarla.

—¡Suéltame! ¡No te atrevas a tocarme, hijo de puta! —exclamó.

—Relájate y disfruta. No va a ser tan malo. Igual hasta te gusta —se burló Ezio.

—No, no… —decía con voz agonizante Aria. Las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas sin parar.

Pero de pronto, el peso aplastante que la asfixiaba desapareció de golpe.

Fue tan repentino que Aria apenas pudo procesarlo. Unas manos inmensas, fuertes como tenazas de acero, habían agarrado a Ezio por la parte posterior del cuello y los hombros. Con una fuerza descomunal, casi sobrehumana (o eso le parecía a Aria en ese momento), tiraron de él hacia atrás, arrancándolo de encima de Aria y lanzándolo por los aires. Ezio se estrelló contra el suelo con un golpe violento.

Aria se encogió sobre sí misma en la cama, temblando incontrolablemente, agarrando los jirones de su vestido para cubrirse el pecho lleno de arañazos. Levantó la vista, con los ojos abiertos de par en par y llenos de lágrimas.

Allí, de pie junto a la cama, bloqueando la luz de la lámpara como un dios vengativo descendido de los cielos, estaba Ulises.

Su pecho subía y bajaba con una respiración pesada. Sus ojos, normalmente fríos y calculadores, eran dos pozos de oscuridad, ardiendo con una furia asesina que helaba la sangre. No llevaba la chaqueta del traje, y los músculos de sus brazos y hombros estaban tensos bajo la camisa negra, listos para destrozar a quien fuera.

Ulises miró a Ezio, que gemía en el suelo intentando incorporarse, y su voz resonó en la habitación, baja, rasposa y cargada de una promesa letal:

—Como la toques un solo pelo, te mato.

CAPÍTULO 63

El eco de la amenaza de Ulises aún vibraba en el aire pesado de la habitación, pero Ezio, cegado por la humillación, la rabia y la adrenalina, no estaba dispuesto a quedarse en el suelo. Con un gruñido gutural que sonó más animal que humano, se apoyó en las manos y se impulsó hacia arriba. Su rostro, antes pálido, en aquel momento estaba inyectado en sangre, desfigurado por una ira irracional.

Sin mediar palabra, cerró el puño y se abalanzó sobre Ulises, lanzando un golpe ciego y desesperado directo a su mandíbula.

Pero Ulises ni siquiera parpadeó. Con una destreza calculada, apenas movió la cabeza y los hombros a un lado. El puño de Ezio cortó el aire vacío, y el propio impulso de su ataque fallido lo hizo trastabillar hacia adelante, dejándolo expuesto y en una posición patética.

Aria, encogida en la cama y temblando de pies a cabeza mientras se aferraba a los jirones del vestido roto, observaba la escena con el corazón latiéndole en la garganta.

Ezio recuperó el equilibrio a duras penas, girándose para encarar de nuevo a Ulises. Su pecho se movía agitado. Al ver la inquebrantable calma en los ojos verdes de su oponente, la frustración estalló en forma de veneno.

—¿Qué te crees? —escupió, con una sonrisa desquiciada asomando a los labios—. Te crees el puto gallo del corral, ¿verdad?

El salvador. El macho alfa.

Ulises no se movió, pero la tensión en los músculos de su cuello y sus brazos delataba que era un depredador a punto de saltar. Ezio, ignorando el peligro inminente, decidió cruzar la última línea roja.

—Vas por la vida de hombre atormentado, de alma oscura y misteriosa —se burló, alzando la voz, escupiendo las palabras como cuchillos—. ¡Pobre Ulises! ¡Qué tragedia! Llorando por los rincones porque sus papás y su hermanita mayor se mataron en un accidente. ¿Crees que eso te da derecho a mirarnos a todos por encima del hombro? ¿Crees que tu dolor te hace mejor que yo? ¡No eres más que un jodido amargado que utiliza su tragedia para dar lástima a niñatas como ella!

Aria ahogó un sollozo, horrorizada por la crueldad gratuita de aquellas palabras. Sabía lo mucho que esa herida sangraba en el interior de Ulises. Había tenido que pasar una verdadera odisea hasta que lo rescataron en mitad del mar cuando la avioneta donde viaja su familia tuvo el accidente.

La temperatura en la habitación pareció caer en picado. Los ojos de Ulises se oscurecieron hasta convertirse en dos abismos insondables. No hubo gritos por su parte, ni pérdida de control. Solo una frialdad letal.

—Yo no tengo la culpa… —comenzó, con una voz tan baja y rasposa que casi hacía vibrar los cristales—… de que tú no seas más que un mediocre, un frustrado y un malnacido que necesita forzar a una mujer para sentirse un hombre.

El insulto, certero y devastador, rompió el último hilo de cordura de Ezio. Con un rugido, volvió a lanzarse contra Ulises, enzarzándose en una pelea cuerpo a cuerpo.

Ezio soltó un par de golpes salvajes, logrando rozar el pómulo de Ulises, pero la diferencia física y de habilidad era enorme.

Ulises esquivó el siguiente embate, bloqueó el brazo de Ezio con un golpe seco, y le propinó un rodillazo directo al estómago.

Ezio se dobló sobre sí mismo, escupiendo saliva y buscando aire. Antes de que pudiera caer al suelo, Ulises lo agarró por las solapas de la camisa y la pechera de la chaqueta con ambas manos. Con una fuerza brutal, lo levantó en vilo y lo estampó contra la pared más cercana. El impacto hizo temblar los cuadros que había colgados.

Ulises acercó su rostro al de Ezio, inmovilizándolo.

—Escúchame bien, escoria, porque solo lo voy a decir una vez —siseó, clavando su mirada asesina en los ojos aterrorizados de Ezio, que boqueaba como un pez fuera del agua—. Como vuelvas a acercarte a ella... como te atrevas siquiera a respirar el mismo aire que Aria, a mirarla o a pronunciar su nombre... te juro por la memoria de mi familia que te mato. Y no será rápido. ¿Me has entendido? No respondo de lo que te haré.

Ezio, pálido como un fantasma y paralizado por el terror, apenas pudo asentir.

En ese preciso instante, la puerta de la habitación, que había quedado entreabierta durante el forcejeo, se abrió de par en par.

—¿Qué es todo este escándalo? —La voz autoritaria de Katerina rompió la tensión del cuarto. Su rostro mostraba una expresión de confusión. ¿Qué estaba pasando?

Se quedó petrificada en el umbral. Los ojos, enmarcados en las arrugas de los años, recorrieron la escena a una velocidad de vértigo. Vio la lámpara volcada en el suelo, vio a Ulises acorralando a un magullado Ezio contra la pared con intenciones homicidas, y finalmente, su mirada se posó en la cama.

Allí estaba Aria, pálida, llorando en silencio, con el pelo revuelto, el cuello y el escote surcados por feos arañazos rojos, y aferrando desesperadamente con ambas manos los restos de su vestido, rasgado por la mitad hasta la cintura.

—¡Dios santo! —exclamó Katerina, llevándose una mano temblorosa al pecho, sintiendo que el corazón se saltaba un latido—.

¿Qué ha pasado aquí? Aria, cariño... ¿Qué significa esto?

Ulises no soltó a Ezio. Solo giró ligeramente la cabeza hacia la puerta. Su mandíbula estaba tan tensa que parecía a punto de romperse, y su voz, aunque controlada, destilaba un asco absoluto.

—Significa que este malnacido ha intentado violar a Aria —aseveró, sin paños calientes, dejando que la cruda realidad cayera con todo su peso—. Y si yo no llego a entrar por esa puerta a tiempo, lo habría conseguido.

Katerina soltó un jadeo ahogado, un sonido de horror y repulsión, mientras las lágrimas acudían a sus ojos y el mundo parecía desmoronarse a su alrededor.

CAPÍTULO 64

El tiempo se detuvo en aquella habitación destrozada, donde el eco de la música que llegaba desde el jardín trasero parecía una burla macabra, una disonancia grotesca frente a la pesadilla que acababa de pasar.

Katerina, la matriarca siempre serena y dueña de sí misma, había envejecido diez años en un solo segundo. Sus ojos, fijos en Ezio, pasaron del estupor a una decepción tan profunda que resultaba dolorosa de presenciar. Dio un paso hacia el interior de la estancia, sin vacilar.

—Ezio... —murmuró, y su voz, normalmente firme, tembló, cargada de una fragilidad inusual—. ¿Cómo... Cómo has podido hacer algo así?

Ezio, aún inmovilizado contra la pared por las manos de Ulises, desvió la mirada durante una fracción de segundo, incapaz de sostener el peso de la decepción de Katerina. Pero ella no había terminado. El dolor en su pecho se estaba transformando rápidamente en una indignación que le quemaba dentro como si tuviera fuego.

—Te abrí las puertas de esta casa —comenzó a decir, elevando el tono, mientras las lágrimas de rabia e incredulidad brillaban en sus ojos—. Te di mi confianza. Eres el abogado de la familia, el hombre encargado de proteger nuestros intereses. ¡Te conozco desde que eras un adolescente! Te he visto crecer, te he visto correr por estos mismos pasillos jugando con Ulises cuando no erais más que unos

críos... Te consideraba parte de nosotros. ¿Y así es como nos pagas? ¿Atacando a una mujer bajo mi propio techo? ¡Eres un monstruo!

Acorralado, sintiendo que el cerco se cerraba sobre él y que su intachable reputación se desmoronaba en pedazos, el instinto de supervivencia más rastrero se apoderó de Ezio. El pánico lo volvió imprudente. Con el rostro perlado de un sudor frío y la respiración entrecortada, intentó aferrarse a la mentira que había ensayado minutos antes.

—¡Katerina, por favor, tienes que escucharme! —suplicó, con una voz aguda y patética, intentando zafarse inútilmente del agarre de Ulises—. ¡Las cosas no son lo que parecen! ¡Ha sido ella! ¡Aria me ha provocado! Lleva insinuándose y buscándome desde el mismo día que la conocí... ¡Me rogó que subiera!

No pudo decir una palabra más.

El impacto fue brutal. Ulises, cuyos músculos se habían tensado hasta el límite de lo humano al escuchar la ponzoña salir de los labios de Ezio, lo estampó contra la pared con una violencia aterradora. El golpe sacudió un cuadro cercano que terminó cayendo al suelo con un estrépito de cristales rotos. A Ezio se le escapó todo el aire de los pulmones en un gemido.

Ulises pegó su rostro al de Ezio. Sus ojos eran puro fuego negro, una tormenta de furia homicida contenida por un hilo invisible de cordura. El brazo de Ulises presionaba la clavícula de Ezio, impidiéndole moverse.

—No te atrevas —le advirtió entre dientes. Su voz no fue un grito, sino un siseo bajo, gutural y escalofriante, mucho más letal que cualquier alarido—. No te atrevas a ensuciar su nombre con tu asquerosa boca. Una palabra más... una sola sílaba más, y te juro que te arranco la lengua.

El ruido del cuadro al romperse y los gritos ahogados habían atraído la atención de los invitados al pasillo. De repente, el umbral

de la puerta se llenó de rostros pálidos y confundidos. Dos figuras se abrieron paso con desesperación. Eran Dora y Xanna.

Al entrar en la habitación y ver la escena, la lámpara volcada, Ulises sometiendo a Ezio, a Katerina con lágrimas en los ojos y, sobre todo, a Aria encogida en la cama, temblando, con el vestido hecho jirones y la piel arañada, el horror las paralizó durante un instante. Pero el instinto protector fue más fuerte.

—¡Aria! —gritaron casi al unísono.

Ignorando a Ulises y a Ezio, Dora y Xanna corrieron hacia la cama. Se arrojaron sobre el colchón, sentándose una a cada lado de Aria. Dora, con lágrimas ya brotando de los ojos, se quitó rápidamente la pashmina de seda que llevaba sobre los hombros y cubrió con ella el torso desnudo y arañado de Aria, ocultando su ropa rasgada. Xanna, por su parte, rodeó los hombros de Aria con los brazos, atrayéndola hacia su pecho con una fuerza feroz, como si quisiera escudarla del resto del mundo con su propio cuerpo.

—Cielo santo, Aria... ¿Estás bien? ¿Te ha hecho daño? —preguntó Dora, con la voz rota por el llanto, acariciando la melena enmarañada de su amiga con manos temblorosas.

Aria, que hasta ese momento había mantenido el miedo encapsulado en su garganta, sintió que el calor de sus amigas rompía el dique de sus emociones. Se aferró a la cintura de Xanna y a la mano de Dora, sollozando, pero al mismo tiempo, una extraña sensación de alivio comenzó a inundar su pecho. Miró a sus amigas, luego miró la amplia espalda de Ulises, que seguía erguido como un muro impenetrable entre ella y su agresor.

—Ahora sí —susurró Aria, con la voz ronca y frágil, pero firme—. Ahora sí estoy bien.

Dora y Xanna la abrazaron aún más fuerte, formando un caparazón impenetrable de amor y sororidad a su alrededor, meciéndola suavemente mientras le susurraban palabras de consuelo.

Cerca de la puerta, observando la escena muda de espanto, estaba Matilde. Se había llevado ambas manos a la boca, ahogando una exclamación. Sus ojos, desorbitados, iban de la figura patética de Ezio a la vulnerabilidad de Aria en la cama. Estaba tan horrorizada que ni siquiera podía articular palabra. El impacto de ver la verdadera naturaleza de un hombre que todos habían considerado respetable la había dejado paralizada.

Fue entonces cuando Katerina se irguió. Toda la fragilidad, toda la decepción y el dolor que había mostrado unos minutos antes se evaporaron, dando paso a una autoridad férrea, fría e implacable. La matriarca de la familia tomó el control absoluto de la situación. Su postura se volvió rígida, su barbilla se alzó con dignidad, y cuando habló, su voz resonó en la habitación con una seriedad y una dureza que nadie, ni siquiera Ulises, le había escuchado jamás.

—Yiannis —dijo, sin apartar sus ojos centelleantes de Ezio.

El chófer, que había llegado tras Dora y Xanna y observaba la escena con el rostro pálido, pero manteniendo la compostura profesional, dio un paso al frente.

—Sí, señora.

—Llama a la policía. Ahora mismo —ordenó Katerina, pronunciando cada palabra con una claridad que cortaba como el cristal—. Y diles que envíen una patrulla de inmediato. Este miserable va a pagar por cada lágrima que ha derramado Aria. Va a pagar por lo que ha intentado hacer.

—Enseguida, señora —respondió Yiannis.

Sin perder un segundo, sacó el teléfono del bolsillo interior de su chaqueta, marcó el número de emergencias y se llevó el móvil a la oreja, alejándose un poco de la habitación para dar la dirección con precisión.

Al escuchar la palabra «policía», el pánico de Ezio alcanzó su punto álgido. La realidad de la situación, la inminente destrucción de su carrera, su vida y su libertad, lo golpeó con la fuerza de un tren.

En un acto de desesperación, intentó moverse. Se retorció bruscamente, tratando de zafarse del agarre de Ulises y escapar por la puerta.

Pero fue un intento inútil.

Ulises, cuyos reflejos estaban agudizados por la adrenalina y la rabia, percibió el cambio en la musculatura de Ezio antes siquiera de que este iniciara la posible huida. Con un movimiento fluido y devastador, Ulises giró su cuerpo, agarró a Ezio por el cinturón y el cuello de la camisa, y lo arrojó boca abajo contra el suelo.

Antes de que Ezio pudiera siquiera intentar levantarse, Ulises plantó la rodilla con todo su peso entre los omóplatos del abogado, inmovilizándolo con fuerza contra la alfombra, y retorciéndole el brazo en la espalda con una dolorosa llave que le arrancó un grito.

—De aquí no te mueves —afirmó Ulises, mirándolo desde arriba —. Tú y yo vamos a esperar a la policía. Juntos.

CAPÍTULO 65

El estridente sonido de las sirenas cortó la noche, rompiendo por fin la tensión asfixiante que reinaba en la mansión. Las luces rojas y azules de los coches patrulla destellaron a través de los ventanales. En cuestión de segundos, el pasillo se llenó de pasos pesados y voces autoritarias.

Cuando los agentes de policía irrumpieron en la habitación, la escena hablaba por sí sola.

Ulises, con la respiración controlada pero los músculos aún tensos como cables de acero, se apartó lentamente, permitiendo que los oficiales tomaran el relevo. Levantaron a Ezio del suelo sin ninguna delicadeza.

El abogado, con el traje arrugado, el rostro magullado y cubierto de un sudor frío, intentó balbucear una defensa ininteligible, pero sus palabras murieron en la garganta al escuchar el inconfundible y metálico sonido de las esposas cerrándose en torno a sus muñecas.

Mientras los agentes lo empujaban hacia la puerta, Ulises dio un paso al frente, interponiéndose en su camino. Su imponente figura bloqueó la salida durante unos instantes. La mirada que le dirigió a Ezio despedía fuego.

—No vuelvas a acercarte a Aria, a mi abuela ni a esta casa —advirtió. Su voz sonó baja, grave y áspera, vibrando con una promesa que iba mucho más allá de una simple amenaza—. Si lo

haces, no habrá policía en el mundo que llegue a tiempo para salvarte.

Ezio, humillado, despojado de su máscara de respetabilidad y arrastrado por los agentes como un vulgar delincuente, giró el rostro para fulminar a Ulises con una mirada cargada de odio y resentimiento. Pero no dijo nada. Desapareció por el pasillo, tragado por la oscuridad y por el murmullo de los agentes.

Poco a poco, la habitación comenzó a vaciarse. Katerina, haciendo acopio de esa fortaleza inquebrantable que la caracterizaba, guio a la policía y al resto de los presentes hacia el piso de abajo para tomar las declaraciones pertinentes. Dora y Xanna, reacias a separarse de Aria, le dieron un último abrazo, prometiéndole que estarían abajo, por si las necesitaba. La puerta se cerró con un suave chasquido, dejando tras de sí un silencio sepulcral y abrumador.

Ya todo estaba más tranquilo, pero para Ulises, la tormenta apenas comenzaba en su interior.

Se giró lentamente hacia la cama. Aria seguía allí, envuelta en la pashmina que Dora le había dejado, temblando.

Se acercó a ella con la cautela de quien se aproxima a un animal herido. Al arrodillarse frente a Aria y fijar la vista en su rostro, el corazón se le encogió en un puño. Vio las lágrimas secas y las nuevas que amenazaban con derramarse por sus mejillas, vio el miedo de todo lo que había pasado en sus pupilas dilatadas. Su mirada descendió hacia el cuello y el escote asomando bajo la tela de la pashmina.

Estaban surcados por arañazos enrojecidos, de los que emergían gotas de sangre. Marcas de violencia. Marcas de unas manos que habían intentado arrebatarle lo que le pertenecía solo a ella.

A Ulises le hirvió la sangre. Una furia incandescente y salvaje le quemó las entrañas. Tuvo que cerrar los ojos unos segundos y tragar

saliva para no golpear la pared hasta destrozarse los nudillos. Pero no podía permitirse perder el control ahora, Aria lo necesitaba.

Se levantó un momento para ir al baño que tenía la habitación y regresó con un pequeño botiquín y una toalla humedecida en agua tibia. Volvió a arrodillarse frente a Aria. Con una delicadeza que contrastaba brutalmente con la violencia que acababa de ejercer sobre Ezio, Ulises apartó un mechón de pelo castaño de su rostro.

—Déjame... déjame limpiarte —murmuró, con la voz ronca.

Aria asintió, incapaz de articular palabra, hipnotizada por la infinita ternura que había en los ojos verdes del hombre que la miraba.

Ulises comenzó a pasar la toalla húmeda por los arañazos del cuello con toques ligeros, casi como si temiera romperla. El roce frío del agua contrastaba con el calor de los dedos rozando su piel.

Mientras la curaba, el muro de contención que Ulises había construido a su alrededor comenzó a resquebrajarse. Apretó los dientes.

—Te juro que lo hubiera matado —dijo de pronto. No era una exageración, era una confesión de la verdad. Tal cual. Sus ojos se clavaron en los de Aria, brillantes por una emoción contenida—. Si llego a entrar un segundo más tarde... te juro por mi vida que lo habría matado con mis propias manos.

Aria levantó la mano y la posó sobre la de él, deteniendo su movimiento. El tacto de su piel contra la de Ulises fue como una chispa en la oscuridad.

—Lo sé —contestó, con un susurro frágil pero firme.

Ulises bajó el brazo. Agachó la cabeza, apoyando la frente sobre las rodillas de Aria. Sus hombros anchos subían y bajaban con la respiración agitada.

—Si te hubiera hecho algo... Joder... —La voz se le rompió.

La simple imagen mental de lo que podría haber ocurrido, del dolor que Aria habría sufrido, lo golpeó con la misma fuerza de un huracán. Un miedo visceral que no sentía desde el día en que perdió a su familia, se apoderó de él.

Algo se agitó en lo más profundo de su pecho.

Una barrera invisible, construida a base de traumas, miedos y negaciones, se derrumbó por completo, dejando al descubierto una verdad que ya no podía, ni quería, seguir ocultando. Levantó el rostro y la miró.

Ya no había escudos.

Ya no había el hombre atormentado e inaccesible.

Solo estaba él.

—Me importas demasiado, Aria. —Las palabras brotaron de sus labios solas, sin esfuerzo, sin pensarlas, como si hubieran estado esperando toda la vida en la punta de su lengua para que las pronunciara—. Yo… no puedo seguir escondiendo lo que siento por ti. —La miró a los ojos—. Estoy enamorado de ti. Ya no puedo seguir negándolo.

Aria dejó de respirar. Sus ojos se abrieron de par en par, alucinada. Pero alucinada de verdad. El tiempo pareció detenerse. En medio de la pesadilla, de la habitación destrozada y el eco del terror, aquellas palabras resonaron como un conjuro mágico, iluminando la oscuridad. ¿Ulises? ¿El Ogro de la Colina, el que se negaba a tener sentimientos, acababa de decirle que estaba enamorado de ella?

—Ulises... yo... —intentó decir Aria, pero el nudo en la garganta se lo impidió.

—He sido un estúpido —continuó él, acercándose más, tomando el rostro de Aria entre sus manos grandes y cálidas. Sus pulgares le acariciaron las mejillas con una devoción absoluta—. He estado ciego, Aria. He intentado negarme mil veces que me había

enamorado de ti. Me aterraba sentir, me aterraba la idea de que pudieras importarme tanto que perderte me destruyera... Pero ha sido imposible. —Esbozó una sonrisa triste, cargada de ironía hacia sí mismo—. ¿Cómo se puede tapar el sol con un solo dedo? —se preguntó—. Tú eres mi sol, Aria. Has traído luz a una vida que solo conocía sombras. Y hoy... hoy casi dejo que esa luz se apague por mi cobardía.

Las palabras de Ulises tocaron el fondo del corazón de Aria. La tensión, el miedo, la adrenalina y ahora, ese amor abrumador y puro, fueron demasiado para ella. El dique se rompió y comenzó a llorar. Eran lágrimas de liberación, de una felicidad tan profunda que dolía.

—Yo también estoy enamorada de ti —consiguió decir, aferrándose a las muñecas de Ulises, mirándolo a través del velo de las lágrimas—. Te quiero tanto...

El rostro de Ulises se transformó. Una mezcla de alivio y adoración suavizó sus facciones. Con una ternura que chocaba con su imponente físico, se inclinó hacia ella. Sus pulgares enjugaron las lágrimas que resbalaban por las mejillas de Aria, atrapándolas antes de que cayeran.

Luego, con una delicadeza exquisita, acercó sus labios a su rostro. Le besó una lágrima en la mejilla izquierda. Luego, otra en la mejilla derecha. Besó suavemente sus párpados cerrados, calmando el llanto con el roce cálido de su boca, transmitiéndole todo el amor, la seguridad y la protección que las palabras no alcanzaban a expresar.

Aria cerró los ojos, dejándose envolver por su calor, por el olor amaderado de su piel y la firmeza de sus brazos.

El aire en la habitación, que hasta hacía unos minutos había sido irrespirable, espeso y cargado de terror, de repente parecía haber cambiado de densidad. Olía a lluvia fresca, a amor y, curiosamente, a las notas amaderadas de la colonia de Ulises mezcladas con el aroma antiséptico de los productos del botiquín.

Ulises la miró a los ojos, esos ojos de color avellana que aún brillaban por las lágrimas recientes, y ya no pudo contenerse más. La distancia entre los dos, que durante tanto tiempo él mismo se había encargado de mantener a base de muros y excusas absurdas, se desvaneció por completo. Buscó su boca con veneración, dándole a Aria el tiempo y el espacio para retroceder si lo deseaba. Pero ella no lo hizo, al contrario, se inclinó hacia él.

Fue un beso suave, tierno, desprovisto de la urgencia salvaje de las veces anteriores. Era un beso que sabía a disculpas, a consuelo y a un «estoy aquí y no me voy a ir».

Los labios de Ulises rozaron los de Aria con una delicadeza infinita, explorando la suavidad de su boca como si temiera romperla. Para Aria, el contacto fue como una descarga eléctrica que le recorrió la espina dorsal, borrando de un plumazo el frío y el miedo que Ezio le había dejado en el cuerpo. Durante un instante, el mundo exterior dejó de existir. Solo estaban ellos dos, respirando el mismo aire.

Cuando se separaron, apenas unos milímetros, las frentes de ambos se quedaron apoyadas la una contra la otra. Ulises dejó escapar un suspiro, cerrando los ojos.

—Perdóname —murmuró, con la voz ronca, acariciando la línea de la mandíbula de Aria con el pulgar—. Perdóname por haber sido tan idiota todo este tiempo. Por hacerte dudar, por alejarme... He sido un puto cobarde.

Aria lo miró y, para sorpresa del propio Ulises, una sonrisa brotó de sus labios. Fue un gesto liberador, chispeante, que iluminó las sombras que aún quedaban en la habitación.

—No tengo nada que perdonarte, Ulises —respondió. Llevó una mano al pelo oscuro de él, enredando los dedos en los mechones de la nuca—. Entiendo perfectamente por qué estabas tan cerrado al amor. Después de lo que pasó con tu familia... de todo ese dolor... es normal que construyeras una fortaleza a tu alrededor. Cada persona tiene sus tiempos. Y todos son respetables.

Ulises enarcó las cejas, mirándola con una mezcla de asombro y devoción. ¿Cómo podía ser tan comprensiva? Acababa de pasar por una de las experiencias más aterradoras de su vida, y ahí estaba, consolándolo a él, entendiendo sus demonios mejor que él mismo. La admiración le ensanchó el pecho hasta que casi le dolió.

—Eres la chica más jodidamente genial del planeta —soltó, negando con la cabeza.

A Aria se le escapó una pequeña carcajada. Escuchar a Ulises, el hombre del traje impecable, de las listas interminables, de los gruñidos y el perpetuo ceño fruncido, decir una frase como «jodidamente genial», era… raro. Sí, era raro.

—Y tú... —replicó ella, dándole un golpecito juguetón en el pecho con el dedo índice—… eres el hombre más jodidamente complicado del planeta. Que lo sepas. No te creas que te vas a librar de esa etiqueta tan fácilmente.

—Lo asumo. Y lo merezco —admitió Ulises, esbozando por fin una sonrisa, una de esas sonrisas raras y escasas que a Aria le aflojaban las rodillas—. Prometo intentar simplificarme. Un poco. No esperes milagros en el primer mes.

Ambos compartieron una mirada cómplice, dulce, sintiendo cómo la tensión abandonaba definitivamente sus cuerpos. Se sonrieron el uno al otro durante un rato. Sin embargo, la sonrisa de Ulises se fue desvaneciendo lentamente, dando paso a su habitual expresión protectora y seria. Sus ojos escanearon el rostro de Aria, buscando cualquier rastro de dolor.

—Aria, ¿estás bien? —bajó el tono de voz, volviéndose grave—. De verdad.

Aria le sostuvo la mirada. El miedo había desaparecido y en su lugar había una calidez que resultaba reconfortante, una calidez que le daba Ulises. Le echó los brazos alrededor del cuello, acortando la distancia entre ellos de nuevo, y lo abrazó con fuerza.

—Sí —susurró contra su cuello—. Ahora sí.

Ulises no dudó ni un segundo. Respondió al abrazo rodeando la cintura de Aria con sus fuertes brazos, atrayéndola hacia su pecho con una firmeza que la hizo sentir la mujer más segura del universo. Hundió el rostro en su melena y tomó una bocanada de aire, aspirando su aroma, dejando que la realidad de tenerla entre sus brazos lo calara.

Tras unos segundos que parecieron horas, Ulises se separó a regañadientes.

—Aún no he terminado de curarte —le recordó, volviendo a coger el botiquín. Sacó un pequeño bote de povidona iodada y una gasa—. Esto va a escocer un poco. Si te duele, puedes insultarme. Tienes permiso.

—Oh, créeme, si me duele, lo haré —bromeó Aria, levantando ligeramente la barbilla para darle acceso.

Ulises aplicó el antiséptico sobre los arañazos del cuello y el escote. Sus toques eran tan ligeros como el aleteo de una mariposa, asegurándose de no provocarle más dolor del estrictamente necesario. Cuando terminó, sopló suavemente sobre la piel para aliviar el escozor, un gesto tan íntimo y tierno que a Aria se le encogió el corazón.

—Gracias —dijo, mirándolo con los ojos brillantes.

Ulises guardó el bote en el botiquín y cerró la tapa. Se giró hacia Aria y le acarició la mejilla con el dorso de la mano.

—No tienes que darme las gracias por nada. Nunca.

El silencio que gravitó segundos después sobre sus cabezas fue cómodo. Un silencio en el que se entendía todo. Sin embargo, aquella burbuja no podía durar para siempre. El mundo real los esperaba abajo.

—Supongo que deberíamos salir —sugirió Aria, ajustándose la pashmina que Dora le había prestado para cubrirse—. Katerina,

Matilde, las chicas... Yiannis. Deben de estar histéricos pensando en qué está pasando aquí arriba.

—Probablemente mi abuela ya esté planeando cómo deshacerse del cuerpo de Ezio si la policía no hace bien su trabajo —comentó Ulises, en un tono irónico y seco que hizo sonreír a Aria—. Sí, será mejor que bajemos.

Ambos se pusieron en pie. Aria se alisó la falda del vestido como pudo, respirando hondo para prepararse para el interrogatorio y las miradas de preocupación que sabía que recibiría. Estaba a punto de dar un paso hacia la puerta cuando sintió la mano grande y cálida de Ulises envolver la suya.

Se giró, sorprendida.

Ulises había entrelazado sus dedos con los de ella. Su agarre era firme, seguro, una declaración de intenciones en toda regla. No iba a soltarla. No iba a esconderse más.

—¿Listo? —preguntó Aria, sintiendo que una sonrisa traviesa pugnaba por salir.

—Más que nunca —respondió Ulises, abriendo la puerta.

Caminaron juntos por el pasillo y comenzaron a descender la gran escalera de la mansión. En el vestíbulo, el ambiente era un hervidero de nervios. Katerina daba instrucciones a Yiannis en voz baja; Matilde se abanicaba frenéticamente con una revista, pálida como el papel; y Dora y Xanna caminaban en círculos, mordiéndose las uñas.

El sonido de los pasos en la escalera hizo que todos se callaran de golpe y levantaran la cabeza al unísono.

Lo primero que vieron fue a Aria, con la pashmina sobre los hombros, despeinada, pero con una expresión extrañamente serena y luminosa. Lo segundo que vieron fue a Ulises, caminando a su lado con la postura de un gladiador romano, pero con una relajación en los hombros que nadie le había visto en años.

Y lo tercero que vieron... fueron sus manos.

Firmemente entrelazadas. Con los dedos cruzados. Piel contra piel.

Dora dejó caer el bolso al suelo con un golpe seco. Xanna abrió la boca, incapaz de articular sonido alguno. Matilde dejó de abanicarse, congelada en el sitio. Yiannis arqueó una ceja, permitiéndose una levísima y casi imperceptible sonrisa de satisfacción. Y Katerina... Katerina simplemente se quedó mirándolos, parpadeando lentamente, como si estuviera procesando un fallo en la Matrix.

CAPÍTULO 66

Las miradas de los presentes giraban frenéticamente entre los rostros de Ulises y Aria, y ese agarre firme, indudable y escandalosamente íntimo de sus manos entrelazadas. Para todos los que conocían a Ulises, la imagen de esos dedos cruzados parecía haberles dejado en shock.

Fue Katerina quien rompió el hechizo. Como matriarca indiscutible y reina del drama por excelencia, no podía permitir que un momento de tal magnitud pasara sin su respectiva banda sonora.

Dio un paso al frente, con los ojos como platos, señalando las manos unidas como si acabara de descubrir la piedra filosofal.

—¡¿Qué significan esas manos?! —preguntó, sin poder contenerse, con la voz vibrando con una mezcla de exigencia, histeria contenida y una esperanza casi infantil.

Ulises se detuvo en el último escalón. Lejos de soltar a Aria o de mostrarse incómodo, afianzó un poco más su agarre. La miró de reojo, notando el leve rubor en sus mejillas, y luego devolvió la vista a su abuela con una calma pasmosa y una sonrisa que rara vez dejaba ver.

—Lo que estás pensando —respondió. Su tono fue ligero, jovial, cargado de una picardía deliciosa que flotó en el aire como confeti.

Katerina se volvió, literal y figuradamente, loca.

Se llevó ambas manos a las mejillas, soltando un grito ahogado que rápidamente se transformó en una exclamación. Parecía a punto de pedir que trajeran champán, fuegos artificiales y una banda de música.

—¡No me lo puedo creer! ¡Por fin! —exclamó, alzando las manos al techo del vestíbulo como si estuviera recibiendo una bendición divina—. ¡Dios bendito, lo que me ha costado! Años de vida, canas nuevas, úlceras... ¡Menos mal que mi plan ha salido finalmente bien!

El entusiasmo de Katerina era tan contagioso como un bostezo, pero esa última frase cayó en el vestíbulo con el peso de un yunque. El buen rollo y la atmósfera de comedia romántica sufrieron un frenazo en seco.

Aria y Ulises, en una sincronía perfecta que demostraba lo bien que ya se complementaban, fruncieron el ceño al mismo tiempo. La sonrisa de Ulises se borró, reemplazada por una expresión de sospecha.

—¿Qué plan? —preguntó, entrecerrando los ojos hacia su abuela.

Su mente analítica de repente empezó a atar cabos sueltos de las últimas semanas. Las «casualidades», las cenas sorpresa, las veces que Aria y él terminaban a solas…

—Sí, ¿qué plan? —dijo Aria, ladeando la cabeza.

A un par de metros de distancia, Matilde, que había sido la cómplice silenciosa, la ejecutora en la sombra y la confidente de todas las maquinaciones maquiavélicas de Katerina, se tensó. Con la rapidez de un francotirador, Matilde fulminó a Katerina con una mirada que habría hecho retroceder a un ejército espartano.

«Cierra-la-boca», decía esa mirada.

Katerina, dándose cuenta de que con la emoción del momento había hablado de más, parpadeó rápidamente. El pánico cruzó sus ojos antes de que su mente racional tomara el control. Agitó la

mano en el aire con un gesto teatral, como si estuviera espantando a una mosca molesta.

—Oh, nada, nada... —canturreó, forzando una risa nerviosa—. A veces ya no sé lo que digo. La edad, el estrés de la noche, la policía... ¡Chocheo, queridos, chocheo!

Aria y Ulises intercambiaron una mirada llena de escepticismo. Ninguno de los dos se creía una sola palabra. Conocían muy bien a Katerina… y a Matilde. Pero antes de que Ulises pudiera abrir la boca para hacer más preguntas, un torbellino de brazos, perfume y exclamaciones se abalanzó sobre ellos.

Dora y Xanna no aguantaban un segundo más. Fueron las primeras en romper filas para darles la enhorabuena. Se lanzaron sobre Aria, envolviéndola en un abrazo a tres bandas que casi la hace perder el equilibrio.

—¡Ay, Dios mío! ¡Qué emocionante! —chilló Dora, apretando a Aria mientras daba saltitos en el sitio—. ¡Es igual que en las películas!

—Enhorabuena —añadió Xanna, separándose un poco para mirarla a los ojos, radiantes de felicidad—. Mírate, estás preciosa. ¡El amor te sienta fenomenal!

Aria se echó a reír con un sonido burbujeante y lleno de luz. Se sentía inmensamente feliz, y ver a sus amigas tan pletóricas por ella le hacía más feliz aún. Las abrazó de vuelta con fuerza, agradeciendo en silencio tenerlas a su lado.

Mientras las chicas celebraban su propio aquelarre de alegría, Matilde se acercó a Ulises. Siempre directa y sonriente, se plantó frente a él. Lo miró de arriba abajo, asintió con aprobación y soltó un resoplido divertido.

—Ya era hora, muchacho —aseveró.

Sin pedir permiso, acortó la distancia y le dio un abrazo contundente y maternal. Ulises, un poco rígido al principio, terminó

relajándose y le devolvió el gesto con una suave sonrisa.

Acto seguido, Matilde se giró hacia Aria. Ella también quería darle la enhorabuena.

—Ven aquí, preciosa —le dijo, envolviéndola en un abrazo cálido que olía a lavanda y a hogar—. Te mereces toda la felicidad del mundo. Los dos os la merecéis.

Yiannis, que había estado observando toda la escena desde un discreto segundo plano, con las manos entrelazadas a la espalda, dio un paso al frente. Su rostro tenía una sonrisa amplia y sincera.

—Mis más sinceras felicitaciones, señor Diakos. Señorita Shaw —dijo, con una leve y elegante inclinación de cabeza—. Es, sin duda, la mejor noticia que esta casa ha recibido en mucho tiempo.

Ulises sintió que el pecho se le expandía de una forma a la que no estaba acostumbrado. Miró a su alrededor. Vio a su abuela fingiendo demencia temporal, a Matilde sonriendo; a las amigas de Aria alborotando el ambiente y a Yiannis compartiendo su alegría. Luego miró a Aria, que le devolvió la mirada con los ojos brillantes y una sonrisa que podría haber iluminado Ítaca entera.

—Gracias —dijo Ulises, y su voz sonó profunda, sincera y cargada de emoción—. Gracias a todos.

—Sí, muchísimas gracias —añadió Aria, volviendo a buscar la mano de Ulises para entrelazar sus dedos otra vez.

CAPÍTULO 67

La mañana siguiente amaneció con una luz distinta. El sol bañaba la gran terraza de piedra de la mansión con un resplandor cálido de color oro, y la brisa marina que subía desde la costa llevaba el aroma a salitre y a vegetación, mezclándose a la perfección con el olor a café recién hecho.

Ulises estaba sentado en la mesa de hierro forjado, vestido con una camisa de lino negro de manga corta y unos pantalones oscuros. Sostenía su taza de café negro entre las manos, pero no estaba bebiendo, simplemente miraba al horizonte, perdido en sus pensamientos.

Por primera vez en años, la tensión que solía habitar en sus hombros había desaparecido. Sentía una ligereza inusual en el pecho, una especie de paz que le resultaba ajena, desconocida, pero que era profundamente adictiva. Recordaba la suavidad de la piel de Aria, el calor de su mano entrelazada con la suya, el sexo que había tenido durante la noche, y una sonrisa involuntaria, pequeña, asomó a sus labios.

El sonido de unos pasos lo sacaron de su ensoñación. Katerina irrumpió en la terraza con el rostro rebosante de felicidad. Parecía haber rejuvenecido más de una década durante la noche (y sobre todo después de lo que había pasado con Ezio). Detrás de ella caminaba Matilde, empujando un carrito de servicio con el desayuno, con una expresión de diversión contenida. También parecía feliz.

—¡Buenos días, sol de mi vida! —exclamó Katerina, tomando asiento frente a Ulises con una agilidad sorprendente para su edad. Sus ojos, del mismo color que los de Ulises, chispeaban con una intensidad deslumbrante—. Qué mañana tan bonita, ¿verdad? El aire huele a victoria. Y a amor, por supuesto.

Matilde comenzó a servir el desayuno en silencio. Zumo de naranja recién exprimido, tostadas, mermelada casera y más café. Katerina apenas le prestó atención a la comida, toda su concentración estaba fija en su nieto.

—Entonces... —comenzó a decir, apoyando los codos en la mesa y entrelazando los dedos bajo la barbilla, con una sonrisa colmada de expectación—. ¿Para cuándo la boda?

Ulises casi se atragantó con el sorbo de café que acababa de dar. Tosió levemente, bajó la taza y miró a su abuela, arqueando una ceja. A pesar de la sorpresa, la sonrisa no abandonó su rostro.

—No corras tanto, *yiayá*, todo a su tiempo —respondió, en un tono suave, pero divertido.

Su abuela no cambiaba. No lo haría nunca.

Katerina frunció el ceño, impaciente, y agitó una mano en el aire, como era su costumbre.

—Tonterías. El tiempo es un lujo que a mi edad no se puede desperdiciar. Además, te casarás con Aria, ¿no? —preguntó, entrecerrando los ojos, buscando cualquier atisbo de duda en él.

Ulises sostuvo su mirada. En su interior, la respuesta era un rugido ensordecedor, una certeza absoluta que le calaba hasta los huesos. Claro que quería casarse con ella. Quería darle el mundo entero, quería despertar cada mañana de su vida viendo cómo la luz del sol se enredaba en su pelo. Pero también sabía que acababan de dar el primer paso en su relación y que las cosas (las relaciones sentimentales) requerían tiempo.

—Por supuesto que quiero casarme con ella —admitió. Su voz sonó relajada y estaba cargada de una sinceridad que hizo que Matilde, al fondo, sonriera con ternura—. Pero acabamos de empezar. Quiero hacer las cosas bien.

—Oh, mi niño... —suspiró Katerina, llevándose una mano al pecho, visiblemente emocionada—. Es que me hace tanta ilusión. El matrimonio es algo tan maravilloso cuando encuentras a la persona adecuada. Mírate, por fin vas a tener lo que tuvieron tus padres. Un amor perfecto, una unión inquebrantable... —dijo—. Porque esa animadversión tuya hacia el matrimonio estaba empezando a preocuparme —bromeó con su habitual humor ácido.

El ambiente en la terraza cambió drásticamente. Fue como si una nube negra hubiera ocultado el sol de golpe. La sonrisa de Ulises se borró, sus facciones se endurecieron y la mandíbula se le tensó. El eco de la palabra «perfecto» resonó en su cabeza como un cristal rompiéndose. Bajó la mirada hacia sus manos, que descansaban sobre la mesa, apretando levemente los puños.

Katerina notó el cambio de actitud en él. Dejó caer la mano sobre la mesa.

—¿Ulises? ¿He dicho algo malo? —preguntó.

Ulises guardó silencio durante unos largos segundos. El sonido de las olas rompiendo a lo lejos llenó el vacío. Matilde, intuyendo que la conversación iba a adentrarse en terreno pantanoso, dio un paso atrás, dispuesta a retirarse, pero Ulises levantó una mano para detenerla. No le importaba que ella lo escuchara. Matilde era familia.

Ulises levantó la vista y miró a su abuela a los ojos. Había un dolor antiguo y profundo en su mirada, una herida que nunca había dejado que nadie viera.

—El matrimonio de mis padres no era perfecto, abuela —dijo, con una voz tan baja y controlada que resultaba escalofriante—. Estaba muy lejos de serlo.

Katerina parpadeó, desconcertada. Una risa nerviosa se escapó de sus labios.

—¿Qué dices, cariño? Si se adoraban. Siempre estaban juntos, siempre sonriendo en las fiestas...

—Eran apariencias, *yiayá*. Solo una fachada para la prensa y la sociedad —la interrumpió Ulises, sintiendo cómo el peso de tantos años de silencio empezaba a asfixiarle. Decidió que ya era hora de soltar el último secreto, el ultimo silencio—. A puerta cerrada, no dejaban de pelear. Era un infierno. Gritos, reproches, frialdad... Se hacían daño constantemente.

Katerina se quedó de piedra. El color abandonó su rostro, dejándola pálida como el mármol. Sus manos temblaron levemente sobre la superficie de la mesa.

—No... no es posible. Yo lo habría notado... —murmuró, negando con la cabeza, resistiéndose a creer que la imagen idílica de su hijo estaba construida sobre una mentira.

—Eran muy buenos ocultándolo frente a ti, y frente a todo el mundo —continuó Ulises, tragando saliva, obligándose a revivir el recuerdo que había forjado su frialdad—. El día que tuvimos el accidente de avioneta... no fue algo fortuito, abuela.

Ulises hizo una pausa, tomando aire. El pecho le dolía al verbalizarlo.

—Estaban discutiendo. Era una pelea muy fuerte. Mi madre le estaba echando en cara algo a mi padre, algo sobre algún sitio donde no quería ir, gritándole en plena cabina. Él se giró para responderle, perdió la concentración... y perdió el control de la avioneta. Por supuesto, la tormenta que había no ayudó.

El silencio que sobrevoló la terraza después de aquella revelación fue devastador.

Katerina se llevó ambas manos a la boca para ahogar un sollozo. Las lágrimas comenzaron a resbalar por sus mejillas arrugadas. Todo

su mundo, la memoria sagrada de su hijo, acababa de romperse, de saltar por los aires. De repente, todo cobraba sentido para ella. El rechazo visceral de Ulises al compromiso, su frialdad, su negativa a enamorarse, su obsesión por el control... Todo venía de ahí. Del terror a repetir la historia que le había arrebatado a su familia.

—Dios mío... —susurró, con la voz entrecortada—. ¿Por qué? ¿Por qué no me lo has contado nunca, Ulises? ¿Por qué has cargado con esto tú solo todos estos años?

Ulises la miró con una ternura infinita, la misma ternura con la que miraba a Aria.

—Porque quería protegerte —respondió con simpleza—. Habías perdido a tu hijo, a tu nuera, a tu nieta… El dolor ya era insoportable. No quería que sufrieras más destruyendo el recuerdo que tenías de él. De ellos. Preferí que pensaras que fueron felices hasta el último segundo.

Katerina no pudo soportarlo más. Emocionada, se levantó de la silla, rodeó la mesa y se acercó a su nieto. Ulises se puso en pie justo a tiempo para recibirla en sus brazos. Katerina se aferró a él, escondiendo el rostro en su pecho, llorando no solo por el hijo que había perdido, por la nuera que había perdido, por la nieta que había perdido, sino por el niño que había tenido que crecer demasiado rápido, tragándose su propio trauma para protegerla a ella. Incluso para proteger a esa familia que ya no estaba.

—Has tenido que sufrir tanto... —sollozó, acariciándole la espalda con manos temblorosas, sintiendo la tensión acumulada en los músculos de Ulises—. Mi pobre niño...

Ulises cerró los ojos y apoyó la barbilla en la cabeza de su abuela. La abrazó con fuerza, sintiendo que, al compartir aquel secreto, una cadena invisible que le oprimía el pecho se rompía para siempre.

—Es algo que ya ha pasado, abuela —dijo, con voz firme y tranquilizadora, acariciándole el pelo plateado—. Ya pasó. Estoy

bien.

Se quedaron así unos minutos, meciéndose levemente, sanando heridas que llevaban décadas supurando en silencio. Matilde, desde su rincón, se enjugó una lágrima con el delantal.

Poco a poco, Katerina se separó de Ulises. Sacó un pañuelo de encaje del bolsillo de su pantalón y se secó las lágrimas, respirando hondo para recuperar la compostura. Miró a su nieto a los ojos, y su mirada estaba llena de comprensión y de un amor desmesurado. Le acarició la mejilla con ternura.

—Ahora lo entiendo todo —murmuró, esbozando una débil sonrisa—. Entiendo tu miedo. Entiendo tus muros. Y por eso... por eso más que nunca me alegra que hayas encontrado a una persona como Aria.

Ulises la escuchó atentamente, sintiendo cómo solo oír su nombre le aceleraba el pulso de una forma reconfortante.

—Ella es perfecta para ti, Ulises —continuó Katerina, plenamente convencida de ello—. Eres un hombre tan complicado, has estado tan atormentado por todo lo que pasaste siendo un niño... Necesitabas a alguien con su luz, con su empatía. Alguien que no se asustara de tus sombras, que estuviera dispuesta a encender una vela en ellas.

Las palabras de su abuela resonaron en el interior de Ulises, encajando a la perfección con todo lo que él mismo sentía. Pensó en la noche anterior, en cómo Aria lo había perdonado sin dudarlo, en cómo había entendido sus tiempos y sus miedos sin juzgarlo. La oscuridad de su pasado ya no parecía tan amenazante si ella estaba a su lado.

Sonrió. Fue una sonrisa amplia, libre de fantasmas, que dejó ver la fila de dientes, y le iluminó el rostro.

—Yo también pienso que Aria es perfecta para mí —dijo.

EPÍLOGO

Un año después

Había pasado un año exacto.

Trescientos sesenta y cinco días desde que el mundo de Ulises había dejado de girar sobre el eje de su trauma para empezar a orbitar alrededor de una mujer que, contra todos los pronósticos, había conseguido derribar sus muros a base de paciencia, sonrisas y una terquedad admirable.

El jardín de la mansión estaba irreconocible, transformado en un escenario que parecía sacado de un sueño estival.

Katerina, por supuesto, había tirado la casa por la ventana. Había cascadas de rosas blancas y buganvillas enredadas en los arcos de piedra, sillas de madera blanca perfectamente alineadas sobre el césped inmaculado, y el mar brillando al fondo como el mejor de los telones. Todo el pueblo estaba allí, desde el panadero hasta la dueña de la mercería, creando un murmullo alegre y expectante.

En una esquina, bajo la sombra de uno de los olivos más viejos, un cuarteto de cuerdas tocaba una pieza ligera y chispeante de Mozart, poniendo la banda sonora perfecta a la brisa cálida de la tarde.

Y en el altar, de pie frente a un arco floral que amenazaba con darle alergia, estaba Ulises. Fiel a su naturaleza, estaba quejándose de casi todo.

—Este esmoquin es un instrumento de tortura medieval —gruñó, por quinta vez en los últimos diez minutos, tirando del cuello de la camisa—. ¿De qué está hecho? ¿De esparto? Me estoy asando. Y hay demasiada gente. ¿Por qué hemos invitado a tanta gente? Ni siquiera conozco al tipo de la tercera fila.

A su lado, Tobías, que era el padrino de boda, soltó una carcajada por lo bajo. Tobías lucía su traje con naturalidad, somo si hubiera nacido para posar en la portada de una revista.

—Es seda italiana hecha a medida, Ulises, y cuesta más que el coche de ese tipo de la tercera fila —se burló, dándole una palmada en el hombro—. Y no es el calor, amigo mío. Estás sudando porque estás nervioso. Mírate, el Ogro de la Colina temblando ante la idea de que algo pueda salir mal. O de que la novia le deje plantado.

—Aria no me va a dejar plantado —replicó Ulises, fulminándolo con la mirada, aunque sus manos, entrelazadas a la espalda, estaban rígidas como tablas—. Es que... ¿cuánto tarda una mujer en ponerse un vestido de novia? Llevamos aquí una eternidad.

—Tranquilo, gruñón. Las obras de arte llevan su tiempo —dijo Tobías.

Antes de que Ulises pudiera soltar otra queja sobre la puntualidad, o sobre cualquier otra cosa, la música del cuarteto cambió. Las notas rápidas de Mozart se desvanecieron para dar paso a una melodía más lenta, dulce y solemne. El murmullo de los invitados se apagó de golpe, sustituido por el crujido de las telas y los suspiros colectivos al ponerse todos en pie.

Primero aparecieron Dora y Xanna, las damas de honor. Llevaban vestidos vaporosos en un tono azul lavanda que contrastaba con el entorno. Ambas caminaban por el pasillo central con sonrisas que amenazaban con darles la vuelta a la cabeza.

Xanna le guiñó un ojo a Tobías al pasar. Él le devolvió el guiño, y Dora le dedicó a Ulises una sonrisa radiante, casi diciéndole con la mirada «al final caíste».

Después apareció ella.

Aria surgió al final del pasillo del brazo de su madre, Eleni. El parecido entre ambas era asombroso. Eleni tenía los mismos ojos expresivos, de color avellana, y la misma forma de sonreír, como si fuera un reflejo del futuro que le esperaba a Ulises, un futuro cálido y precioso.

Pero Ulises no estaba mirando a Eleni. Sus ojos se clavaron en Aria. Y, de repente, el universo entero se detuvo.

Llevaba un vestido de líneas sencillas, pero de una elegancia sobrecogedora, que se adaptaba a su figura como si hubiera sido tejido con luz de luna. Su melena castaña caía en suaves ondas sobre la espalda, adornada con pequeñas flores blancas, y su sonrisa... Dios, su sonrisa era un faro enorme en medio de la oscuridad.

Ulises dejó de respirar. Literalmente. Sus manos cayeron a los costados, sus hombros perdieron toda la tensión, y su cerebro, normalmente una máquina analítica e imparable, se quedó en blanco. Se olvidó del calor, del traje de seda italiana, de la multitud y del tipo de la tercera fila. Solo existía ella. Aria.

Tobías, al notar el silencio sepulcral de su amigo, giró la cabeza. Al ver la expresión de absoluto embobamiento en el rostro de Ulises (la boca ligeramente entreabierta, los ojos muy abiertos, la devoción innegable escrita en cada facción de su rostro), tuvo que apretar los labios para no soltar una risa en medio de la ceremonia.

—Quién te ha visto y quién te ve —susurró, inclinándose hacia él —. Nadie ha conseguido nunca dejarte mudo, solo Aria. Admiro a esa mujer —bromeó.

Ulises ni siquiera parpadeó. Ni siquiera le mandó al infierno. Estaba completamente hipnotizado.

En la primera fila, la emoción estaba servida. Katerina era un mar de lágrimas. Lloraba con una felicidad tan abrumadora que el rímel resistente al agua estaba empezando a rendirse. A su lado, Matilde, que siempre presumía de ser una mujer de hierro, sollozaba abiertamente, mientras le pasaba un pañuelo de papel a Katerina y usaba otro para sonarse la nariz con poca elegancia.

Detrás de ellas, Yiannis observaba la escena. El chófer mantenía su postura erguida y sus manos entrelazadas, pero sus ojos brillaban con una humedad inusual. Ver a Ulises, el niño atormentado que había visto crecer, convertido en un hombre capaz de amar y ser amado de esa manera, le llenaba el pecho de un orgullo silencioso y profundo.

Cuando Aria llegó al altar, Eleni le dio un beso en la mejilla y entregó su mano a Ulises. El tacto de la piel de Aria contra la suya fue como un chispazo que devolvió a Ulises a la realidad, pero a una realidad que era mucho mejor que cualquier sueño.

—Estás... —intentó decir, con la voz ronca—. No tengo palabras.

—Tú sin palabras. Eso sí que es un milagro —susurró Aria, con los ojos brillantes de emoción.

La ceremonia comenzó. El oficiante, un hombre mayor con una voz monótona y una clara afición por los discursos largos, empezó a hablar sobre el amor, el compromiso, las olas del mar y las raíces de los árboles. Pasaron cinco minutos. Luego diez.

Ulises, que había estado mirando a Aria a los ojos como si fuera su salvavidas, empezó a recuperar su esencia. Cambió el peso de una pierna a otra. Miró de reojo al oficiante. ¿Es que no tenía pensado acabar nunca?

Finalmente, llegó el momento crucial.

—Ulises, ¿quieres recibir a Aria como tu legítima esposa, y prometes serle fiel en las alegrías y en las penas, en la salud y en la enfermedad, todos los días de tu vida?

Ulises presionó las manos de Aria entre las suyas. La miró con una intensidad que hizo que le temblaran las piernas. Todo el amor, toda la devoción que sentía por ella estaban concentrados en ese instante.

—Sí, quiero —dijo, con voz firme y profunda, para que lo escuchara hasta el último invitado. Pero entonces, sin poder evitarlo, bajó un poco el tono y añadió con su característico ceño fruncido—: Y más vale que nos besemos ya, porque si este hombre sigue hablando de las raíces de los árboles, me voy a derretir en este traje.

Aria no pudo evitar echarse a reír. El sonido se extendió por el jardín, contagiando a los invitados más cercanos. Lo adoraba. Adoraba a aquel hombre gruñón, impaciente e imperfecto que estaba a punto de ser su marido.

—Yo también quiero —dijo Aria, aún riendo, tirando de las solapas del odiado traje de seda italiana para acortar la distancia entre ellos.

El oficiante, un poco desconcertado por la interrupción, carraspeó.

—Puede besar a la novia.

Ulises no se lo pensó dos veces. Envolvió la cintura de Aria con los brazos, atrayéndola hacia sí con una posesión tierna y desesperada, y la besó. Fue un beso maravilloso, rotundo y apasionado, que arrancó una ovación atronadora de todos los presentes, sobre todo de Dora y Xanna; un silbido gamberro de Tobías y un nuevo mar de lágrimas de Katerina.

A Eleni también se le escapó alguna lágrima que otra. A fin de cuentas, su hija se casaba. Y con un hombre que estaba segura de que la iba a hacer feliz.

Y mientras la música del cuarteto volvía a elevarse, alegre y triunfal, Ulises supo que, a pesar del traje, del calor y de la multitud, aquel era, sin lugar a duda, el mejor día de su vida.

CAPÍTULO EXTRA

El suave y rítmico rasgueo del carboncillo sobre el papel de grano grueso era el único sonido constante en el amplio salón de la mansión, compitiendo apenas con el murmullo lejano de las olas rompiendo contra la costa. La luz escarlata del atardecer se filtraba por los inmensos ventanales, bañando la estancia en un tono cálido, casi mágico.

Cinco años.

Habían pasado cinco años desde que Ulises había pronunciado aquel «sí, quiero» cargado de impaciencia y devoción, y, sin embargo, a veces sentía que había vivido toda una vida nueva en ese lapso.

Sentado en su taburete frente al caballete, entrecerró los ojos, estudiando a sus modelos con concentración, tratando de captar el ángulo perfecto. A pocos metros de él, acomodada en la inmensa alfombra, estaba Aria. Llevaba el pelo recogido en un moño desordenado del que escapaban varios mechones, y unas gafas de lectura de montura fina que la hacían parecer increíblemente atractiva. A su lado, ajena a todo, estaba Dania.

Dania.

Tres años de pura energía, rizos indomables y unos ojos verdes que eran la réplica exacta de los de su padre, pero con la chispa risueña de Aria. En ese momento, la niña estaba muy ocupada

intentando construir una torre con bloques de madera que desafiaba todas las leyes de la física y de la arquitectura moderna.

Aria suspiró, tecleando algo en su portátil antes de morderse el labio inferior. La coqueta Galería de Arte que había montado en un local de la plaza de Ítaca era un éxito rotundo. El negocio florecía, pero el tiempo de Aria menguaba, lo que los había llevado a la inevitable y temida conclusión de que necesitaban ayuda. Necesitaban una niñera.

—Escucha esto —dijo Aria de repente, rompiendo el silencio. Levantó la vista de la pantalla, con los ojos brillando con esa mezcla de picardía y determinación que siempre lograba desarmar a Ulises —. Creo que ya tengo el anuncio perfecto para el periódico local y para el tablón de *La Gaviota*.

Ulises detuvo el trazo. Tenía los dedos pintados de polvo negro y una mancha sospechosa en la mandíbula donde se había rascado minutos antes. Levantó una ceja, escéptico.

—Miedo me das —murmuró.

Volvió a deslizar el carboncillo por el papel, sombreando el perfil de su mujer.

—Escucha —le pidió Aria—. He decidido apostar por la honestidad. A ver qué te parece. Allá va.

Carraspeó para aclararse la garganta, y leyó.

—«Se busca niñera con paciencia infinita. El padre se queja mucho, pero la bisabuela compensa.»

Ulises dejó caer la mano que sostenía el carboncillo. Parpadeó, procesando las palabras, y luego soltó un bufido de indignación que, en realidad, no tenía ninguna credibilidad.

—¿Perdona? —protestó, señalándola con el trozo de carboncillo —. ¿Me estás difamando públicamente en un anuncio por palabras? Mi reputación en Ítaca ya es bastante precaria como para que la hundas diciendo que me quejo mucho.

Aria soltó una carcajada, una de esas que le llenaban el pecho de aire fresco a Ulises.

—Es la verdad —dijo.

—¡Yo no me quejo casi nunca!

—Te quejas de que el café está muy caliente, de que está muy frío, de que hay demasiada gente en el pueblo en verano, de que no hay nadie en invierno... y te quejaste durante tres días seguidos cuando montamos la cuna de Dania.

—¡Aria, faltaban tornillos en esa caja! —se defendió Ulises, aunque no pudo evitar sonreír al recordar la escena.

—No faltaba ningún tornillo —atajó Aria.

Ulises negó con la cabeza, mirándola con una mezcla de exasperación y adoración a la vez.

—No vas a cambiar nunca.

—Y tú tampoco, gracias a Dios —replicó ella, guiñándole un ojo.

Al escuchar las risas, la torre de bloques de Dania se derrumbó con un estrépito de madera contra el suelo. Lejos de llorar, la niña soltó un chillido de alegría, se puso en pie a trompicones y echó a correr hacia el caballete.

—¡Papá, papá! —exclamó, abrazándose a la pierna de Ulises con la fuerza de un pequeño koala.

Ulises dejó el carboncillo en la bandeja, se limpió las manos apresuradamente en un trapo y se agachó para coger a su hija en brazos. Dania le agarró la cara con sus manitas regordetas, manchándole las mejillas de algo que parecía ser mermelada de fresa de la merienda. Ulises cerró los ojos un segundo, aspirando el olor a polvos de talco, a galletas y a niñez que desprendía la niña.

Mientras sostenía a su hija, que estaba muy ocupada intentando robarle el trapo sucio del bolsillo, Ulises miró a Aria, que los

observaba desde el suelo con una expresión de amor tan puro que apenas podía contenerlo en el corazón.

Fue en ese preciso instante cuando Ulises se dio cuenta de algo. Hizo un repaso mental rápido de su vida. Su salud era perfecta. Su matrimonio era una maravilla que aún no lograba comprender del todo. Su hija era el ser más fascinante del planeta. Y la decisión de delegar la mayor parte del trabajo de la empresa en Tobías, para poder estar más tiempo en Ítaca, había sido la mejor de su vida. Bueno, una de las mejores. La mejor había sido dejar que Aria entrara en su vida.

No tenía nada de qué quejarse. Absolutamente nada. El Ogro de la Colina, el gruñón, el huraño, el hombre que había construido una fortaleza alrededor de su corazón, se había quedado sin munición.

—¿Sabes qué es lo peor de que llegaras a mi vida? —dijo Ulises en voz alta, frunciendo el ceño en un intento desesperado por mantener su fachada de gruñón—. Que has arruinado mi carácter. Ya no tengo motivos para protestar ni para quejarme. Mi vida es tan absurdamente perfecta que resulta abrumadora. Creo... creo que sufro de un exceso de felicidad. Me has ablandado el cerebro. Esto tiene que ser grave.

Aria lo miró, con los ojos entrecerrados y una sonrisa pícara asomando a los labios. Sin previo aviso, agarró uno de los cojines del sofá que tenía a su alcance y se lo lanzó con una puntería envidiable. El cojín impactó de lleno contra el hombro de Ulises.

—¡Por quejica! —exclamó Aria, riendo a carcajadas.

Dania, al ver a su madre, abrió los ojos como platos. La idea le pareció brillante. Se retorció en los brazos de su padre hasta que él la dejó en el suelo, corrió hacia el sofá con sus piernecitas regordetas, agarró un cojín más pequeño (con forma de estrella) y, con un esfuerzo titánico y una puntería terrible, se lo lanzó a Ulises, dándole en la rodilla.

—¡Toma, papá! —gritó la niña, saltando de alegría.

Ulises se quedó mirando el cojín en el suelo, luego a su hija, y finalmente a su mujer. La carcajada que brotó de su garganta fue profunda, ronca. Los tres se sumieron en un mar de risas, un sonido que rebotó contra las paredes de la mansión, llenándola de vida.

El alboroto fue tal que las puertas dobles del salón se abrieron de par en par. Allí, apoyada en un bastón, pero con una postura tan elegante como siempre, apareció Katerina. La bisabuela llevaba un chal de seda sobre los hombros y una expresión de fingida severidad que no engañaba a nadie.

—¿Se puede saber qué es este escándalo? —preguntó, alzando una ceja—. Parecéis una manada de lobos salvajes. Así no hay quien lea en esta casa.

—¡Bisabuela! —chilló Dania, olvidándose instantáneamente de la guerra de cojines.

Corrió hacia Katerina, que la recibió con los brazos abiertos, dejando el bastón a un lado para acariciar los rizos negros de la pequeña.

—Mi niña preciosa —murmuró, y su voz perdió toda la dureza—. ¿Qué te parece si dejamos a estos dos salvajes con sus cosas y nos vamos a la cocina? Matilde acaba de sacar una bandeja de galletas *koulourakia* del horno, y creo que llevan tu nombre escrito.

Los ojos de Dania se iluminaron como dos soles.

—¡Galletas! —La niña agarró la mano arrugada de Katerina y empezó a tirar de ella hacia el pasillo—. ¡Vamos, vamos!

—Despacio, torbellino, que mis rodillas no son lo que eran —rio Katerina, dejándose arrastrar—. Adiós, tórtolos. Intentad no destruir el salón, por favor.

Las puertas se cerraron tras ellas, dejando a Aria y a Ulises solos en la inmensidad de la estancia.

Ulises se acercó a Aria, esquivando los bloques de madera esparcidos por el suelo. Le tendió la mano, aún un poco manchada

de carboncillo, y tiró de ella hasta ponerla en pie. Sin soltarla, la atrajo hacia su pecho, rodeando su cintura con los brazos. Aria apoyó las manos en sus hombros, levantando el rostro para mirarle a los ojos.

—Así que... exceso de felicidad, ¿eh? —susurró, limpiando con el pulgar la mancha negra que Ulises tenía en la mandíbula.

—Es terminal, me temo —respondió Ulises en un murmullo, inclinándose hasta que sus frentes se tocaron. El tono de broma desapareció—. Y todo es culpa tuya.

Aria sonrió.

—Puedo vivir con esa culpa —dijo.

Ulises le acarició la mejilla, perdiéndose en la profundidad de su mirada color avellana. Cinco años desde que se habían casado, y la sensación de asombro al tenerla entre sus brazos no había disminuido ni un ápice.

—Te quiero, Aria —dijo, y las palabras sonaron como un juramento, firmes y absolutas—. Más que a mi propia vida. Más de lo que creí que fuera humanamente posible.

Aria sintió que el corazón le saltaba dentro del pecho, exactamente igual que la primera vez que se lo había dicho. Se alzó de puntillas, acortando los milímetros que separaban sus labios.

—Y yo te quiero a ti, mi gruñón favorito —susurró ella contra su boca—. Incluso cuando te quejas.

Ulises esbozó una sonrisa contra sus labios justo antes de besarla. El beso fue lento, profundo y lleno de todo el amor que sentían el uno por el otro. Ulises sabía que Aria siempre sería su refugio y su única y maravillosa debilidad.

Bueno, única no, porque Dania también lo era. Y su mejor obra de arte.

OTROS LIBROS DE LA AUTORA

Hermanos Montenegro:

Donde vuelan las mariposas.

En el otro lado del corazón

Mi sabor preferido eres tú

Vendetta

Trilogía Señor Baker:

La proposición del señor Baker

La petición del señor Baker

La decisión del señor Baker

Algo increíble

Un trocito de cielo para Nathan Littman:

El infierno de Nathan

El cielo de Nathan

Bilogía señor Brooks:

Los pecados de Olivier

La absolución de Olivier

Khalil, el hijo del desierto.

Los Maestros del Placer:

Érase una vez… el placer

Érase una vez… el amor

Serie Cicatrices:

Un corazón para Bruce Sanders

El retorno de Logan Mont Blanc

La bestia de las Highlands

Algo más que magia

Los Borkan:

KADEN: Amor por contrato

KILLIAN: Desde siempre

KAIROS: Y apareciste tú

Prohibido Enamorarse

Al mejor Postor

Serie Los Alfa de Chicago

SAMUEL, el Arrogante

ASHER, el Poderoso

ETHAN, el Vanidoso

TREVOR, el Prepotente

Mi odioso (adorable) vecino

Serie DEVILS

El CEO de corazón de hielo.

La caída del titán.

La debilidad del jefe.

El corazón herido de la bestia.

El corazón oculto del vaquero.